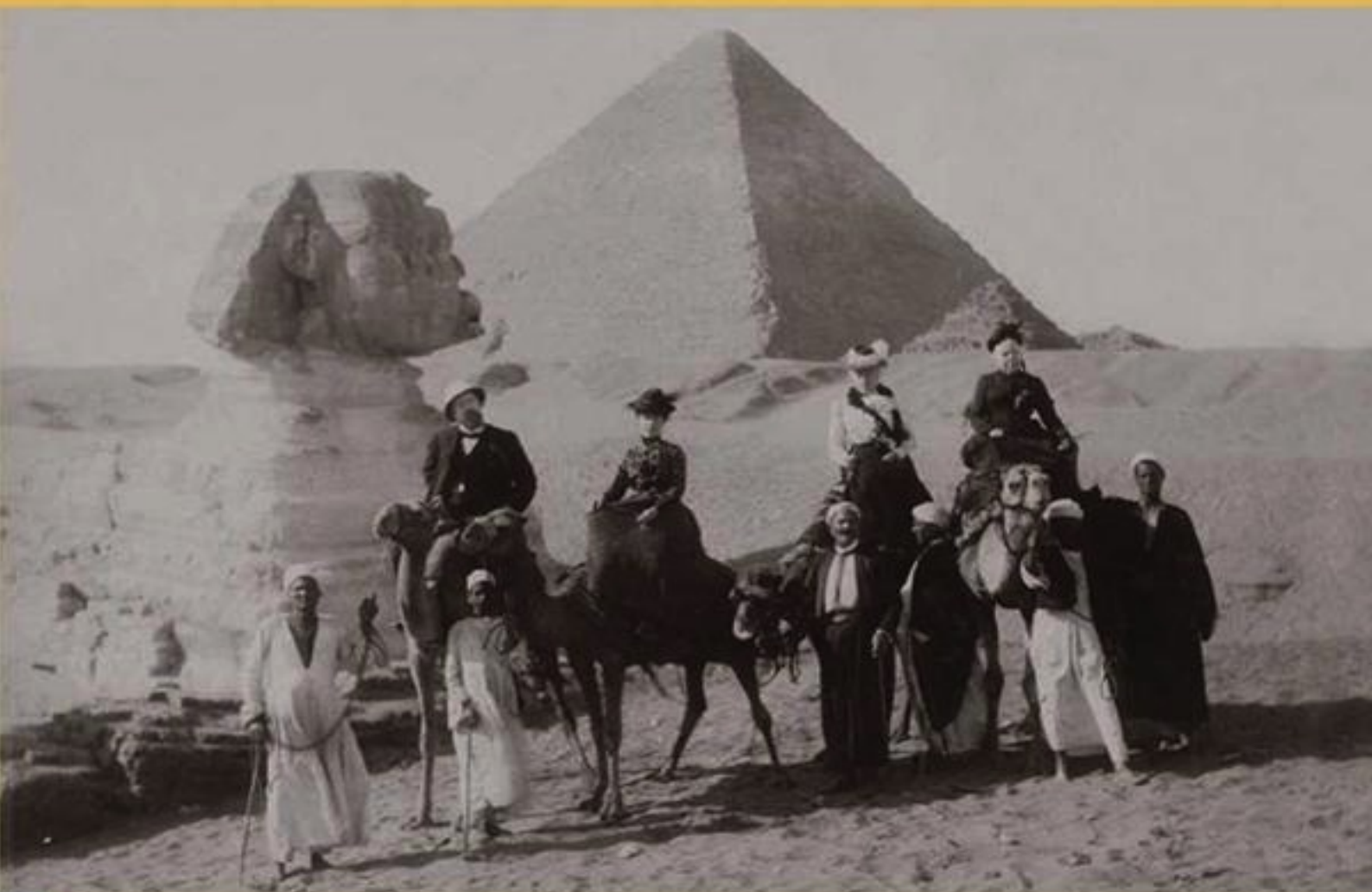


*Mark Twain*

# GUÍA PARA VIAJEROS INOCENTES



En 1867, los periódicos de Norteamérica se hacen eco del anuncio de la Excursión a Tierra Santa, Egipto, Crimea, Grecia y lugares de interés intermedios, para la que se proponen fletar un barco que partirá del puerto de Nueva York. Se trata de uno de los primeros viajes organizados de la historia, del que forma parte el que luego sería padre de Tom Sawyer y Huckleberry Finn, decidido a plasmar su opinión en las crónicas que envía al diario *Alta California*.

Mark Twain

# Guía para viajeros inocentes

ePub r1.0

Titivillus 26.07.2017

Título original: *The Innocents Abroad*  
Mark Twain, 1869  
Traducción: Susana Carral Martínez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

Este libro está cariñosamente dedicado a la más paciente  
de mis lectoras y crítico más generosa,  
MI ANCIANA MADRE.

## PRÓLOGO

**E**ste libro constituye el relato de un viaje de placer. Si se tratase de registrar una solemne expedición científica, rezumaría esa gravedad, esa profundidad y esa impresionante incomprendibilidad que tan apropiadas resultan en las obras de ese tipo y que, al mismo tiempo, son tan atractivas. Pero, aunque sólo se trata del relato de una excursión, cumple un fin, que no es otro que el de sugerir al lector cómo, de manera muy probable, vería Europa y el Oriente si los mirase con sus propios ojos, y no con los de aquellos que han viajado a dichas zonas antes que él. No pretendo decirle a nadie cómo debe mirar los objetos interesantes allende el mar (eso ya lo hacen otros libros así que, aunque yo estuviese capacitado para hacerlo, no es necesario).

No me disculparé por alejarme del estilo normal en los relatos de viajes, si se me acusa de ello, porque creo que he visto con ojos imparciales y estoy seguro de haber escrito, al menos, con sinceridad, ya sea sensato lo que digo o no.

En este libro incluyo extractos de algunas cartas que escribí para el *Daily Alta California* de San Francisco, ya que los propietarios de dicha publicación han renunciado a sus derechos y me han proporcionado los permisos necesarios. También adjunto algunas partes de otras cartas escritas para el *Tribune* y el *Herald* de Nueva York.

EL AUTOR

San Francisco, 1869

# I

**D**urante meses, en todos los periódicos de Norteamérica se habló de la Gran excursión de placer a Europa y Tierra Santa, sobre la que también se debatió ante innumerables hogares de chimenea. Era una novedad en lo que a las excursiones se refiere (jamás a nadie se le había ocurrido algo igual), e inspiraba ese interés que siempre provocan las novedades atractivas. Iba a ser un pícnic de proporciones gigantescas. Los participantes, en lugar de llenar un desgarrado trasbordador con juventud y belleza, y con empanadas y rosquillas, y de remontar chapoteando cualquier riachuelo poco conocido para desembarcar sobre una hierba muy espesa y agotarse retozando arduamente durante todo un largo día de verano convencidos de que era divertido, ¡iban a zarpar en un gran barco de vapor, entre el ondear de las banderas y el tronar de los cañones, para disfrutar de unas vacaciones soberbias allende el ancho océano, en medio de climas desconocidos y en muchos territorios de renombre histórico! Surcarían durante meses el ventoso Atlántico y el soleado Mediterráneo; durante el día, recorrerían las cubiertas a saltitos, llenando el barco de gritos y risas, o leerían novelas y poesía a la sombra de las chimeneas, u observarían a la medusa y al nautilo, sobre la borda, y al tiburón, la ballena y los demás extraños monstruos de las profundidades; y por la noche, danzarían al aire libre, en la cubierta superior, en medio de una sala de baile que se extiende de un horizonte al otro, cuya cúpula es el cielo y sus lámparas no son otras que las estrellas y la magnífica luna. Bailar, pasear, fumar, cantar, cortejar, y examinar los cielos en busca de constelaciones que jamás puedan asociarse con la Osa Mayor, de la que tan hartos están. Y verían los buques de veinte armadas; las costumbres y los atuendos de veinte pueblos curiosos; las grandes urbes de medio mundo; ¡se codearían con la nobleza y conversarían amigablemente con reyes y príncipes, grandes mogoles y los señores ungidos de los imperios más poderosos!

Se trataba de una idea magnífica; era fruto del más ingenioso de los cerebros. Se le hizo una buena publicidad, pero no era necesario: su osada originalidad, lo extraordinario de su carácter, su seductora naturaleza y la inmensidad de la iniciativa provocaron comentarios en todas partes y le hicieron propaganda en todos los hogares de la tierra. ¿Quién iba a ser capaz de leer el programa de la excursión sin desear formar parte del grupo? Lo adjunto a continuación. Es casi como un mapa: no existe pasaje mejor para este libro.

## *EXCURSIÓN A TIERRA SANTA, EGIPTO, CRIMEA, GRECIA Y LUGARES DE INTERÉS INTERMEDIOS*

*Brooklyn, 1 de febrero de 1867.*

*Los abajo firmantes realizarán una excusión por los lugares arriba mencionados durante la próxima temporada y tienen el placer de*

presentarle el siguiente programa:

*Se seleccionará un vapor de primera clase, a las órdenes de la organización, capaz de alojar un mínimo de ciento cincuenta pasajeros, todos en camarote, en el que se dará entrada a un selecto grupo cuyo número no supere las tres cuartas partes de la capacidad total del buque. Estamos seguros de que dicho grupo podrá formarse en la vecindad, entre amigos y conocidos mutuos.*

*El vapor contará con todas las comodidades disponibles, lo que incluye biblioteca e instrumentos musicales.*

*A bordo habrá también un galeno experto.*

*Se zarpará de Nueva York alrededor del 1 de junio para cruzar el Atlántico siguiendo una agradable ruta intermedia que pasará junto al archipiélago de las Azores, para arribar a San Miguel en cuestión de diez días. Allí permaneceremos uno o dos días, gozando de los frutos y los paisajes inhabitados de dichas islas; después se continuará viaje hasta alcanzar Gibraltar en tres o cuatro días.*

*Allí invertiremos una o dos jornadas en visitar las maravillosas fortificaciones subterráneas, ya que el permiso para inspeccionar dichas galerías es fácil de conseguir.*

*Desde Gibraltar, costeano España y Francia, se llegará a Marsella en el plazo de tres días. Aquí se concederá tiempo suficiente, no sólo para visitar la ciudad, fundada seiscientos años antes del comienzo de la era cristiana, y su puerto artificial, el mejor del Mediterráneo entre los de su clase, sino también para visitar París durante la Exposición Universal, y la hermosa ciudad de Lyon, situada a medio camino y desde cuyas alturas, en un día claro, se divisan perfectamente el Mont Blanc y los Alpes. Aquellos pasajeros que deseen ampliar su tiempo de estancia en París pueden hacerlo, regresando por Suiza para tomar el vapor en Génova.*

*Desde Marsella a Génova se llega en una noche. Los excursionistas tendrán la oportunidad de recorrer la llamada «magnífica ciudad de los palacios» y visitar el lugar donde nació Colón, situado a doce millas de la urbe, siguiendo una hermosa carretera construida por Napoleón I. Desde allí, los excursionistas podrán elegir entre visitar Milán y los lagos Como y Mayor o Milán, Verona (famosa por sus extraordinarias fortificaciones), Padua y Venecia. O, en caso de que los pasajeros deseen visitar Parma (famosa por los frescos de Correggio) y Bolonia, podrán continuar por tren hasta Florencia, para reunirse con el vapor en*



*Livorno, lo que les permitiría pasar cerca de tres semanas entre las ciudades de Italia más famosas por su arte.*

*De Génova a Livorno se llega costeando en una noche y, una vez allí, habrá tiempo para visitar Florencia, sus palacios y galerías; Pisa, con su catedral y su torre inclinada, y Lucca con su anfiteatro y sus baños romanos. Florencia, que es la más lejana, está a unas sesenta millas de distancia en ferrocarril.*

*De Livorno a Nápoles (parando en Civitavecchia para dejar en tierra a quienes prefieran ir a Roma desde ese punto), se tardan alrededor de treinta y seis horas, siguiendo la costa italiana y pasando cerca de Caprera, Elba y Córcega. Se ha dispuesto que en Livorno se nos una un piloto de Caprera y, si es posible, se realizará una escala allí para visitar el hogar de Garibaldi.*

*Se podrá visitar (en ferrocarril). Roma, Herculano, Pompeya, el Vesubio, la tumba de Virgilio y, posiblemente, las ruinas de Paestum, además de los hermosos alrededores de Nápoles y su encantadora bahía.*

*El siguiente lugar de interés será Palermo, la ciudad más bonita de Sicilia, a la que se llegará en el plazo de una noche desde Nápoles. Allí pasaremos el día y al anochecer se pondrá rumbo a Atenas.*

*Bordeando la costa norte de Sicilia, atravesando el grupo de las Islas Eolias, a la vista de Stromboli y Vulcania, dos volcanes activos, cruzando el estrecho de Messina, a un lado Escila y al otro Caribdis, para seguir luego la costa este de Sicilia, divisando el monte Etna, bordeando la costa sur de Italia y las costas oeste y sur de Grecia, sin perder de vista la antigua Creta, subiendo por el golfo de Atenas y entrando en el Pireo, se llegará a Atenas en dos días y medio o tres. Después de demorarnos un tiempo aquí, cruzaremos la bahía de Salamina y le concederemos un día a Corinto, desde donde se continuará viaje hasta Constantinopla, atravesando las Islas Griegas, los Dardanelos, el Mar de Mármara, y la entrada del Cuerno de oro, para llegar en un plazo de cuarenta y ocho horas desde Atenas.*

*Al abandonar Constantinopla, saldremos cruzando el hermoso Bósforo, a través del Mar Negro hasta Sebastopol y Balaklava, travesía ésta que durará alrededor de veinticuatro horas. Nuestra intención es la de permanecer aquí dos días, visitando los puertos, las fortificaciones y los campos de batalla de Crimea; desde allí regresaremos cruzando el Bósforo, y haremos escala en Constantinopla para recoger a los que hayan preferido permanecer allí; se atravesará el Mar de Mármara y los*

*Dardanelos, bordeando las costas de la antigua Troya y de Lidia hasta llegar a Esmirna, punto que alcanzaremos en dos días, o dos días y medio, desde Constantinopla. Aquí nos detendremos lo suficiente como para visitar Éfeso, que se encuentra a cincuenta millas de distancia en ferrocarril.*

*Desde Esmirna y rumbo a Tierra Santa, nuestra ruta atravesará las Islas Griegas, pasando junto a la isla de Patmos, bordeando la costa de Asia, la antigua Panfilia y la isla de Chipre. Se llegará a Beirut en el plazo tres días. En Beirut se concederá tiempo para visitar Damasco y después el vapor continuará hasta Jaffa.*

*Desde Jaffa se visitarán Jerusalén, el río Jordán, el mar de Galilea, Nazareth, Betania, Belén y otros lugares de interés de Tierra Santa y aquí podrán regresar al vapor todos aquellos que hayan preferido realizar el viaje desde Beirut atravesando el país, pasando por Damasco, Galilea, Cafarnaúm, Samaria, el río Jordán y el mar de Galilea.*

*Al abandonar Jaffa, el siguiente punto de interés será Alejandría, a la que llegaremos en veinticuatro horas. Merecerá la pena visitar las ruinas del palacio de César, la Columna de Pompeyo, la Aguja de Cleopatra, las Catacumbas y las ruinas de la antigua Alejandría. El viaje hasta El Cairo, que se encuentra a ciento treinta millas de distancia en ferrocarril, puede hacerse en unas horas y, desde allí, se podrán visitar el emplazamiento de la antigua Memphis, los graneros de José y las Pirámides.*

*Desde Alejandría se pondrá rumbo de vuelta a casa, recalando en Malta, Cagliari (en Cerdeña) y Palma (en Mallorca), todos ellos magníficos puertos de encantadores paisajes y abundantes frutos.*

*En cada lugar pasaremos uno o dos días y, después de abandonar Palma al anochecer, se llegará a Valencia, en España, a la mañana siguiente. Aquí permaneceremos unos días, siendo como es la mejor ciudad de España.*

*Desde Valencia se continuará rumbo a casa, costeando España. Pasaremos a una milla o dos de distancia de Alicante, Cartagena, Palos y Málaga, para llegar a Gibraltar en el plazo de veinticuatro horas.*

*Aquí la estancia será de un día, para seguir luego viaje hacia Madeira, a donde se llegará en tres jornadas. El Capitán Marryat ha escrito: «No conozco otro lugar del planeta que asombre y deleite tanto al arribar a él por vez primera que Madeira». Aquí se hará una escala de uno o dos días que, si el tiempo lo permite, podría ampliarse.*

*Atravesando las islas y seguramente divisando el Pico de Tenerife, seguiremos un rumbo más al sur y cruzaremos el Atlántico entre las latitudes de los vientos alisios del nordeste, donde siempre se puede contar con un clima suave y agradable, y con un mar en calma.*

*Se hará escala en las Bermudas, que quedan en medio de nuestra ruta, a las que llegaremos en diez días desde Madeira. Después de pasar un breve período de tiempo con nuestros amigos los habitantes de las Bermudas, zarparemos por última vez rumbo al hogar, para llegar allí tres días después.*

*Ya se han recibido peticiones de grupos europeos que desean unirse allí a la Excursión.*

*El navío será, en todo momento, un hogar, en el que los excursionistas, en caso de enfermar, se verán rodeados de amables amigos y gozarán de consuelo y de todas las comodidades que puedan necesitar.*

*En caso de existir cualquier enfermedad contagiosa en alguno de los puertos incluidos en el programa, pasaremos de largo dicho puerto y lo sustituiremos por otro de interés.*

*El precio del pasaje se ha fijado en 1250\$, en moneda, por cada pasajero adulto. La elección de camarote o del lugar a ocupar en la mesa se realizará por riguroso turno, teniendo en cuenta el orden de reserva de los pasajes. Ningún pasaje se considerará reservado hasta que el tesorero haya recibido un depósito del diez por ciento del precio total.*

*Los pasajeros podrán permanecer a bordo del vapor en todos los puertos, si así lo desearan, sin que ello suponga gasto adicional alguno. Todos los desplazamientos en barca se harán a cargo de los responsables del navío.*

*Todos los pasajes deben estar pagados en su totalidad en el momento de retirarlos, de manera que resulte posible hacer los preparativos necesarios para zarpar en la fecha elegida.*

*Las solicitudes deben ser aprobadas por el comité antes de que se emitan los billetes, y pueden presentarse a cualquiera de los abajo firmantes.*

*Los pasajeros podrán transportar en el vapor, de vuelta a casa y sin cargo adicional alguno, cualquier artículo de interés o curiosidad que adquieran durante el viaje.*

*Nos parece que la suma de cinco dólares diarios, en oro, resultaría apropiada para satisfacer todos los gastos de viaje en tierra, y en los distintos lugares en los que los pasajeros puedan desear abandonar el vapor durante varios días.*

*El viaje puede ampliarse y la ruta ser variada en caso de producirse el voto unánime de los pasajeros.*

*Charles C. DUNCAN,*

*117 Wall Street, Nueva York.*

*R. R. G\*\*\*\*\* Tesorero.*

#### *COMITÉ PARA LA APROBACIÓN DE SOLICITUDES*

*Sr. D. J. T.// \*\*\*\*\* , Sr. D. R. R. G\*\*\*\*\* C. C. DUNCAN.*

#### *COMITÉ PARA LA SELECCIÓN DEL VAPOR*

*Capitán W. W. S\*\*\*\*\*, Perito de la Junta de Aseguradores*

*C. W. C\*\*\*\*\* Ingeniero consultor para los EE.UU. y Canadá. Sr. D. J. T. H\*\*\*\*\**

*C. C. DUNCAN.*

*P. D.: El magnífico y espacioso vapor Quaker City ha sido fletado para la ocasión y zarpará de Nueva York el 8 de junio. El gobierno ha enviado cartas en las que solicita que el grupo reciba un buen trato en el extranjero.*

¿Qué le faltaba al programa para que resultase absolutamente irresistible? Nada que cualquier mente limitada fuese capaz de descubrir. ¡París, Inglaterra, Escocia, Suiza, Italia-Garibaldi! ¡Las Islas Griegas!

¡El Vesubio! ¡Constantinopla! ¡Esmirna! ¡Tierra Santa! ¡Egipto y nuestros amigos los habitantes de las Bermudas! Las gentes de Europa que desean unirse a la Excursión, enfermedades contagiosas que habrá que evitar, desplazamientos en barca a cargo de los responsables del navío, médico a bordo, la posibilidad de dar la vuelta al planeta si los pasajeros lo desean de forma unánime, el grupo seleccionado con rigidez por un despiadado «Comité para la aprobación de solicitudes», el vapor seleccionado con la misma rigidez por un igualmente despiadado «Comité para la

selección del vapor». La naturaleza humana no es capaz de resistirse a tentaciones tan desconcertantes. Me apresuré hasta el despacho del Tesorero y deposité mi diez por ciento. Me alegré al saber que aún quedaban unos pocos camarotes libres. Logré evitar un decisivo examen personal de mi carácter, a manos de tan inhumano comité, pero hice referencia a todas aquellas personas de alta posición que pude recordar, que formasen parte de la comunidad y que menos posibilidades tuvieran de saber algo acerca de mí.

Al poco tiempo emitieron un programa complementario en el que se exponía que a bordo del vapor se utilizaría la *Plymouth Collection of Hymns*. Entonces pagué el resto de mi pasaje.

Me entregaron un recibo y fui aceptado como excursionista de forma oficial. Aquello me hizo feliz, pero no era nada comparado con la novedad de haber sido «seleccionado».

Aquel programa complementario también daba instrucciones a los excursionistas para que llevasen consigo instrumentos musicales ligeros con los que divertirse a bordo; sillas de montar para el viaje por Siria; lentes especiales para el sol y sombrillas; velos para Egipto; y ropas abundantes para su uso en el duro peregrinar por Tierra Santa. Además, se sugería que, a pesar de que la biblioteca del barco iba a proporcionar una buena cantidad de material para la lectura, no estaría mal que cada pasajero se agenciase unas cuantas guías, una Biblia y varios libros de viajes de calidad. Se adjuntaba una lista que, en su mayor parte, contenía libros relacionados con Tierra Santa, ya que Tierra Santa formaba parte de la excursión y parecía ser su elemento principal.

El reverendo Henry Ward Beecher <sup>[1]</sup> tenía que haber acompañado a la expedición, pero sus deberes más urgentes le obligaron a renunciar a la idea. Había otros pasajeros de los que sin duda se podía haber prescindido, y de los que se habría prescindido de buena gana. El teniente general Sherman también iba a formar parte del grupo, pero las guerras indias exigieron su presencia en las llanuras. Una actriz muy popular había apuntado su nombre en la lista de pasajeros del vapor, pero algo se interpuso y no pudo ir. El tamborilero del Ejército del Potomac desertó ¡y hete aquí que nos quedamos sin famosos!

Sin embargo, contaríamos con una batería de cañones del Ministerio de Marina (así anunciado) que usaríamos para responder a los saludos reales; y aún conservábamos el documento que había emitido el Ministro de Marina y por el que «el general Sherman y su grupo» serían siempre bienvenidos en las salas y campamentos del viejo continente; aunque tanto el documento como la batería, creo yo, acabaron perdiendo buena parte de sus augustas proporciones originales. Pero ¿no seguíamos teniendo tan seductor programa, con su París, su Constantinopla, Esmirna, Jerusalén, Jericó y «nuestros amigos los habitantes de las Bermudas»? ¿Qué nos importaba?

## II

**E**n varias ocasiones, durante el mes siguiente, me pasé por el 117 de Wall Street para preguntar cómo marchaba el arreglo y puesta al día del buque, a qué ritmo se iban añadiendo nuevos nombres a la lista de pasajeros, a cuántas personas al día consideraba el comité «no selectas» y desterraba en medio del dolor y la tribulación. Me alegró saber que dispondríamos a bordo de una pequeña imprenta y que, a diario, íbamos a imprimir un periódico propio. Me alegré al enterarme de que nuestro piano, nuestro órgano y nuestro melodeón serían los mejores instrumentos de su clase que el mercado pudiese ofrecer. Me enorgullecí al observar que entre nuestros excursionistas había tres ministros del evangelio, ocho médicos, dieciséis o dieciocho damas, varios jefes militares y navales de título altisonante, una buena colección de «Profesores» de distinto tipo y un caballero ¡que llevaba retumbando tras su nombre, de un tirón, «COMISIONADO DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA EUROPA, ASÍA Y ÁFRICA»! Me había preparado con especial cuidado para ocupar un puesto secundario en aquel navío, debido al material tan extraordinariamente selecto que sería capaz de pasar a través del ojo de la aguja de semejante Comité de aceptación; me había adiestrado para encontrarme con un imponente despliegue de héroes navales y militares y para ocupar un puesto aún más secundario debido a ello; pero con total franqueza afirmo que no estaba preparado para algo tan apabullante.

Bajo tal avalancha titular me sentí como una cosa hecha pedazos, arruinada. Dije que si semejante potentado *tenía* que ir en nuestro barco, bueno, pues que fuese, pero que, en mi opinión, si a los Estados Unidos les parecía necesario enviar a un dignatario de tal tonelaje al otro lado del océano, sería de mejor gusto y más seguro, dividirlo en secciones y cargarlo por partes en varios buques.

Ah, si hubiese yo sabido entonces que sólo era un simple mortal y que su misión no consistía en nada más abrumador que recolectar semillas, batatas poco comunes, coles extraordinarias y ranas mugidoras especiales para ese pobre, inútil, inocente y mohoso viejo fósil que es la Institución Smithsonian, me habría yo sentido muchísimo más tranquilo.

Durante aquel mes memorable disfruté de la felicidad que me proporcionaba el dejarme llevar, por una vez en mi vida, por la marea de un gran movimiento popular. Todo el mundo se iba a Europa; yo también me iba a Europa. Todo el mundo iba a ir a la famosa Exposición Universal de París; yo también iba a ir a la Exposición Universal de París. Las compañías navieras sacaban, de los distintos puertos del país, del orden de cuatro o cinco mil americanos a la semana. Si durante aquel mes me tropecé con una docena de individuos que no iban a ir a Europa en breve, ahora mismo no soy capaz de recordarlo. Paseé bastante por la ciudad con un tal Sr. Blucher, un joven que también se había apuntado a la excursión. Era confiado, bondadoso, sencillo, sociable; pero no era una lumbrera. Tenía unas ideas de lo más extraordinario acerca de este éxodo europeo y, al final, llegó a pensar que la nación

entera hacía las maletas para emigrar a Francia. Un día entramos en una tienda de Broadway, donde él adquirió un pañuelo, y cuando el tendero le dijo que no tenía cambio, el Sr. B. le contestó:

—No importa, ya se lo pagaré en París.

—Es que yo no voy a París.

—¿Cómo... qué es lo que he entendido que ha dicho usted?

—He dicho que no voy a París.

—¡Que no va a París! ¡Que no...! Pero, entonces, ¿a dónde rayos va a ir usted?

—A ningún sitio.

—¿A ningún sitio de verdad? ¿Ningún sitio que no sea éste?

—Ningún otro sitio excepto éste: me quedaré aquí todo el verano.

Mi camarada cogió sus compras y salió de la tienda sin decir una palabra más: salió con una expresión de ofensa en el rostro. Cuando ya habíamos remontado la calle, rompió su silencio y dijo de manera impresionante:

—Era mentira, ¡ésta es mi opinión!

En su momento, el navío estuvo listo para recibir a los pasajeros. Me presentaron al joven caballero que iba a compartir camarote conmigo, y resultó ser inteligente, de carácter alegre, desinteresado, lleno de impulsos generosos, paciente, considerado y asombrosamente amable. Ni uno solo de los pasajeros que navegaron en el *Quaker City* se negará a refrendar lo que acabo de decir acerca de él. Escogimos un camarote de lujo por delante de la rueda, a estribor, bajo cubierta. Dentro había dos literas, una luz mortecina y deprimente, un lavabo con una palangana, y un cajón alargado, suntuosamente acolchado, que debía hacer las veces de sofá, en parte, y de lugar donde esconder nuestras cosas. A pesar de la presencia de todo este mobiliario, aún quedaba sitio para menearse dentro, pero no para menear a un gato dentro, al menos no con total seguridad para el gato. Sin embargo, la habitación era grande para un camarote, y resultaba satisfactoria en todos los aspectos.

Se decidió que el barco zarparía determinado sábado de principios de junio.

Un poco después del mediodía de tan destacado sábado, llegué al buque y subí a bordo. Todo era bullicio y confusión. (No sé dónde habré visto yo antes este comentario). El muelle estaba atestado de carruajes y personas; los pasajeros llegaban sin cesar y subían a bordo; las cubiertas del navío quedaban bloqueadas por los baúles y las maletas; los grupos de excursionistas, ataviados con trajes de viaje poco atractivos, andaban como alma en pena bajo la llovizna, tan lánguidos y desconsolados como un pollo que muda el plumaje. La gallarda bandera se hallaba izada, pero también estaba bajo el hechizo general y colgaba mustia y descorazonada junto al mástil. En conjunto, ¡se trataba del espectáculo más triste que imaginarse pueda! Era una excursión de placer, y resultaba imposible negarlo porque así lo afirmaba el programa y ése era el calificativo que aparecía en el billete, pero lo cierto es que no era ése el aspecto general.

Por fin, superando los golpes, el estruendo, los gritos y el silbido del vapor, se

oyó la orden de ¡Suelten amarras! Se produjo una repentina carrera hacia las pasarelas, los visitantes bajaron brincando a tierra, las ruedas se revolucionaron y zarpamos. ¡Había comenzado el pícnic! Dos hurras muy suaves se elevaron de la empapada multitud del puerto; contestamos discretamente desde las resbaladizas cubiertas; la bandera hizo un esfuerzo por ondear y fracasó; la «batería de cañones» no se pronunció: la munición estaba de viaje.

Llegamos soltando vapor hasta el final del puerto y allí echamos el ancla. Seguía lloviendo. Y no sólo llovía, sino que había tormenta. Nosotros, sin ayuda, podíamos ver que «fuera» el mar estaba tremendo. Debíamos esperar, en el tranquilo puerto, hasta que la tormenta amainase. Nuestros pasajeros procedían de quince estados distintos; sólo unos pocos habían salido antes al mar; estaba claro que no sería buena idea enfrentarlos a una tempestad de las grandes hasta que se acostumbrasen a andar por el barco. Al anoecer, los dos remolcadores de vapor que nos habían acompañado, con un grupo de jóvenes neoyorquinos a bordo bien cargados de *champagne* que deseaban despedirse de uno de los nuestros a la antigua y como es debido, se marcharon y nos quedamos solos ante el abismo. Un abismo de cinco brazas y bien anclados al fondo. Y ya puestos, bajo una lluvia imponente. Aquello era placer con ganas.

Resultó un alivio de lo más apropiado que sonase el gong que anunciaba la reunión de creyentes para rezar. La primera noche de sábado de cualquier otra excursión de placer habría estado dedicada al *whist* y al baile; pero someto al criterio de cualquier mente imparcial si hubiese resultado de buen gusto que nosotros nos dedicásemos a semejantes frivolidades, teniendo en cuenta todo aquello por lo que habíamos pasado y el estado mental en el que nos encontrábamos. Nos habríamos lucido en un velatorio, pero no en ninguna otra situación más alegre.

Sin embargo, el mar siempre produce una influencia alentadora; y aquella noche, en mi litera, mecido por el pausado oleaje y acunado por el murmullo de las lejanas rompientes, pronto perdí la conciencia de todas las horribles experiencias vividas aquel día y de las perjudiciales premoniciones relativas al futuro.



### III

**T**odo el domingo fondeados. La tormenta había amainado bastante, pero no así el mar. Seguía lanzando sus espumosas colinas al aire, «fuera», como podíamos ver perfectamente gracias a los catalejos. No resultaría apropiado dar comienzo a una excursión de placer en domingo; no podíamos ofrecer aquellos estómagos inexpertos a un mar tan despiadado como aquél. Debíamos quedarnos quietos hasta el lunes. Y eso hicimos. Pero repetimos las reuniones de creyentes; y así, por supuesto, nos hallábamos tan perfectamente preparados para «entregarla» como lo habríamos estado en cualquier otro lugar.

Aquel sabbat por la mañana madrugué y me presenté temprano a desayunar. Sentía el deseo, perfectamente natural, de observar larga, imparcial y adecuadamente a los pasajeros, en un momento en el que deberían sentirse libres de toda afectación, es decir, durante el desayuno, si es que dicho momento se da alguna vez en la vida del ser humano.

Me alegró sobremanera ver tanta gente mayor, casi debería decir, tanta gente venerable. Una sola mirada a las largas hileras de cabezas bastaba para pensar que *todo* era gris. Pero no lo era. Había un número bastante tolerable de jóvenes, y otro número aceptable de caballeros y damas que no estaban comprometidos con la edad, ya que en realidad no eran ancianos, pero tampoco jóvenes.

A la mañana siguiente levamos anchas y salimos al mar. Era una felicidad saber que nos íbamos después de tan pesado y desalentador retraso. Me pareció que nunca antes había visto tanta alegría en el aire, tanta viveza en el sol, tanta belleza en el mar. Entonces me sentí satisfecho con el pícnic y con todo lo relativo a él. La totalidad de mis instintos viperinos habían muerto en mi interior; y mientras América se desvanecía ante mis ojos, creo que un espíritu caritativo creció ocupando el lugar de aquéllos, y era tan ilimitado, en aquel momento, como el ancho océano que lanzaba sus gigantescas olas contra nosotros. Deseaba expresar mis sentimientos, deseaba elevar mi voz y cantar; pero no sabía ninguna canción, por lo que tuve que renunciar a la idea. Es posible que el barco saliese ganando.

Se había levantado una brisa agradable, pero el mar seguía muy picado. No era posible pasear sin jugarse el cuello: en un momento determinado el bauprés intentaba aniquilar al sol en mitad del cielo y, al siguiente, pretendía arponear un tiburón en el fondo del mar. ¡Qué sensación tan curiosa es la de sentir el tajamar del barco hundirse rápidamente bajo tus pies y ver la proa elevarse a lo más alto entre las nubes! Aquel día lo más seguro era agarrarse a una barandilla y no soltarla; caminar resultaba un pasatiempo demasiado precario.

Debido a alguna feliz circunstancia, no me mareé. Y era algo de lo que enorgullecerse. No siempre me había salvado en ocasiones anteriores. Si hay algo en este mundo que haga que un hombre se convierta en un ser particular e insufriblemente engraido, es que su estómago se porte bien el primer día de

navegación, cuando casi todos sus compañeros están mareados. Al poco, un venerable fósil, tapado con un chal hasta la barbilla y vendado como una momia, apareció en la puerta de la camareta alta de la cubierta de popa, y el siguiente bandazo del barco lo arrojó a mis brazos. Le dije:

—Buenos días, señor. Hace un día agradable.

Puso la mano sobre su estómago y dijo:

—¡Dios mío! —se alejó tambaleándose y cayó sobre la tela metálica que protegía una claraboya.

Poco después otro anciano caballero salió violentamente despedido desde la misma puerta. Le dije:

—Calma, caballero. No hay prisa. Hace un buen día, señor.

También puso la mano sobre su estómago y dijo:

—¡Dios mío!

Y se fue vacilante.

Al poco, la misma puerta escupió otro veterano, que arañaba el aire en busca de un apoyo salvador. Le dije:

—Buenos días, señor. Hace un día agradable para disfrutar. Estaba usted a punto de decir...

—¡Dios mío!

Ya lo sabía yo. De todos modos, me había anticipado a él. Me quedé allí y los ancianos caballeros me bombardearon durante una hora, más o menos; lo único que conseguí sacarles fue el conocido «¡Dios mío!».

Después me alejé pensativo. Me dije «ésta es una buena excursión de placer. Me gusta. Los pasajeros no son parlanchines, pero sí que son sociables. Me gustan esos ancianos, aunque parece que todos tienen muy arraigado el vicio del ¡Dios mío!».

Yo sabía bien qué era lo que les pasaba. Estaban mareados. Y yo me alegraba. A todos nos gusta ver cómo se marean los demás cuando a nosotros no nos afecta. Jugar al *whist* a la luz de las lámparas del camarote en plena tormenta es agradable; pasear por el alcázar a la luz de la luna es agradable; fumar en la ventosa cofa del trinquete resulta agradable a quien no le dé miedo subir hasta allí; pero todo esto parece pobre y de lo más común si lo comparamos con la alegría de ver a la gente sufrir las miserias del mareo en un barco.

Durante la tarde reuní una buena cantidad de información. En un momento dado, me hallé escalando el alcázar en el instante en el que el tajamar del barco estaba en pleno cielo; iba fumando un puro y me sentía aceptablemente cómodo. Alguien exclamó:

—Vamos, hombre, eso no es cumplir las normas. Lea el cartel de ahí arriba ¡PROHIBIDO FUMAR A POPA DE LA RUEDA!

Era el capitán Duncan, jefe de la expedición. Me fui hacia proa, por supuesto. Vi un gran catalejo abandonado sobre la mesa de uno de los camarotes de la cubierta superior, tras la timonera, y fui a cogerlo: a lo lejos se divisaba un navío.

—¡Eh, eh, deje eso! ¡Suéltelo ahora mismo!

Y lo solté de inmediato. Le dije a un marinero de cubierta, pero en voz baja:

—¿Quién es ese pirata pasado de años, el de las patillas y la voz disorde?

—Es el capitán Bursley, segundo comandante y piloto.

Me entretuve un rato paseando por ahí y después, a falta de algo mejor que hacer, me puse a tallar una barandilla con mi navaja. Alguien dijo, con voz insinuante y admonitoria:

—Oiga usted, amigo, ¿no se le ocurre nada mejor que reducir el barco a astillas? Parece mentira, hombre.

Di la vuelta y volví junto al marinero de cubierta.

—¿Quién es esa atrocidad animada de allí, bien afeitada y mejor vestida?

—Es el capitán L\*\*\*\*, el propietario del barco. Es uno de los jefazos.

Pasado el tiempo acabé acercándome a la zona de estribor de la timonera y me tropecé con un sextante que habían dejado sobre un banco. Y yo pensé que, si con eso miden el sol, bien podría utilizarlo para ver aquel navío. Apenas me lo había llevado al ojo, cuando alguien me tocó en el hombro y me dijo con desprecio:

—Tendré que pedirle que me lo entregue, señor. Si desea saber algo relacionado con las mediciones del sol, tanto me da explicárselo, pero no me gusta que nadie toque ese instrumento. Así que si desea calcular algo... ¡A la orden, señor!

Y se marchó para contestar a la llamada que le hacían desde el otro lado. Yo busqué al marinero de cubierta.

—¿Quién es ese gorila de patas de araña, con esa pinta de mojigato?

—Es el capitán Jones, señor, el primer oficial.

—Bueno, nunca en mi vida había oído nada semejante. ¿Cree usted —y esto se lo pregunto de hombre a hombre— cree usted que podría atreverme a lanzar una piedra en cualquier dirección sin darle a algún capitán de este barco?

—No sé qué decirle, señor, creo que es probable que le atice al oficial de guardia, porque está allí de pie, en el medio.

Me fui abajo, meditabundo y algo desanimado. Pensaba: si cinco cocineros pueden estropear un potaje, ¿qué no harán cinco capitanes con una excursión de placer?

## IV

**S**eguimos surcando los mares valientemente durante una semana o más, y sin que surgiera conflicto de jurisdicción alguno entre los capitanes que merezca la pena mencionar. Los pasajeros pronto aprendieron a adaptarse a sus nuevas circunstancias, y la vida en el buque se convirtió en algo casi tan sistemáticamente monótono como la rutina de un cuartel. No quiero decir que resultase aburrida, ya que no lo era por completo, pero sí que encerraba mucha monotonía. Como siempre ocurre en el mar, los pasajeros pronto comenzaron a utilizar términos marinos, señal de que empezaban a sentirse en casa. Las seis y media ya no eran las seis y media para aquellos peregrinos de Nueva Inglaterra, del Sur y del valle del Misisipi, sino que eran las «siete campanadas»; las ocho, las doce y las cuatro eran «las ocho campanadas»; el capitán no calculaba la longitud a las nueve, sino a «las dos campanadas». Hablaban con labia del «camarote de popa», el «camarote de proa», «babor y estribor» y el «castillo de proa».

A las siete campanadas sonaba el primer gong; a las ocho era el desayuno, para aquellos que no estaban demasiado mareados y podían tomarlo. Después, todos los que estaban bien caminaban arriba y abajo, cogidos del brazo, una y otra vez, de un extremo al otro de la cubierta de paseo, disfrutando de las hermosas mañanas de verano, y los mareados salían arrastrándose, se apuntalaban a sotavento de los tambores de ruedas y se tomaban su deprimente té y su tostada, con pinta de sentirse muy mal. Desde las once hasta la hora del almuerzo, y desde el almuerzo hasta la cena, a las seis de la tarde, las ocupaciones y diversiones eran variadas. Algo se leía, y se fumaba y se cosía mucho, aunque los que se dedicaban a estas cosas no se mezclaban; había que vigilar a los monstruos de las profundidades y asombrarse con ellos; también había que escudriñar los navíos desconocidos a través de los prismáticos, y tomar sabias decisiones en relación a ellos; y más aún, todo el mundo se tomaba un interés personal en ocuparse de que la bandera fuese izada y bajada tres veces, como muestra de cortesía en respuesta a los saludos de dichos desconocidos; en la sala de fumar siempre había grupos de caballeros jugando al *euchre*, a las damas o al dominó, sobre todo al dominó, ese juego tan deliciosamente inofensivo; y abajo, en la cubierta principal, «a proa» —a proa de los gallineros y del ganado— teníamos lo que se denominaba «billar a caballo». El billar a caballo es un buen juego. Proporciona ejercicio activo, del bueno, hilaridad y emociones arrolladoras. Se trata de una mezcla de tejo y de petanca jugada con una muleta. En la cubierta se marca un gran diagrama de tejo y se numera cada uno de los compartimentos. Luego uno se separa unos tres o cuatro pasos, dejando unos anchos discos de madera ante él sobre la cubierta, a los que hay que lanzar hacia delante con una vigorosa estocada de la muleta. Si el disco se detiene sobre una de las líneas de tiza, no hay puntuación. Si se para en el recuadro número siete, vale siete puntos; en el cinco, cinco puntos, y así sucesivamente. Gana quien antes sume cien puntos y pueden jugar cuatro personas a

la vez. Es un juego que podría resultar muy sencillo en un suelo fijo, pero para nosotros jugarlo bien requería su ciencia. Teníamos que contar con que el barco se tambaleaba hacia la derecha o a la izquierda. Lo normal era hacer el cálculo pensando que el barco se tambalearía hacia la derecha, y que no ocurriese así. La consecuencia era que el disco se pasaba de largo todo el dibujo del tejo por un metro o dos, y que en un bando hubiese humillación y risas en el otro.

Cuando llovía, los pasajeros debían permanecer en la camareta, o al menos en los camarotes, y divertirse jugando a algo, leyendo, mirando por la ventana el ya familiar oleaje y cotilleando.

Sobre las siete de la tarde, la cena había terminado ya; luego seguía un paseo de una hora sobre la cubierta superior; después sonaba el gong y la gran mayoría del grupo se retiraba al camarote de popa (superior), un hermoso salón de entre quince y dieciocho metros de largo, a rezar. Los incorregibles llamaban a dicho salón «La Sinagoga». Las oraciones consistían en dos himnos de la *Plymouth Collection* y una breve plegaria, por lo que pocas veces duraban más de quince minutos. Los himnos se acompañaban con la música de un pequeño órgano, cuando el mar estaba lo bastante tranquilo como para permitir que el intérprete se sentase ante el instrumento sin que resultase necesario atarlo a la banqueta.

Después de las oraciones, la Sinagoga pronto adquiría el aspecto de una escuela de caligrafía. Nunca antes en un buque se había visto una imagen semejante. Tras las alargadas mesas de comedor, situadas a cada lado del salón, desparramados de un extremo al otro de las mismas, se sentaban entre veinte y treinta damas y caballeros, bajo las oscilantes lámparas, y durante tres o cuatro horas escribían diligentemente en sus diarios. ¡Ay de mí! ¡Que esos diarios tan prolijamente comenzados deban concluir de una forma tan poco convincente y sosa como hicieron la mayoría de ellos! ¡Dudo que haya un solo peregrino de tan nutrido grupo que no pueda mostrar cien páginas de diario relacionadas con las veinte primeras jornadas de travesía en el *Quaker City*, y estoy totalmente seguro de que ni siquiera diez de todos ellos serían capaces de mostrar veinte páginas de diario que relaten las siguientes veinte mil millas de viaje! En determinados períodos, se convierte en la mayor ambición del hombre el deseo de dejar constancia en un libro de todos sus actos; y se lanza a ello con el entusiasmo que le inculca la idea de que llevar un diario es el mejor pasatiempo del mundo, y el más placentero. Pero aunque sólo viva veintiún días, descubrirá que únicamente esas extrañas naturalezas que aúnan coraje, resistencia, dedicación al deber por amor al deber, y una determinación inquebrantable pueden osar aventurarse en empresa tan tremenda como la de llevar un diario sin sufrir una vergonzosa derrota.

Uno de nuestros jóvenes preferidos, Jack, un muchacho magnífico, con una cabeza llena de sentido común y un par de piernas que daba gusto ver, por su longitud, rectitud y finura, solía informar todas las mañanas acerca de su progreso, de la manera más entusiasta y enérgica, y decía:

—¡Oh, la cosa marcha formidable! —Era un tanto dado a la expresión coloquial

cuando se hallaba de buen humor—. Anoche escribí diez páginas de mi diario, y ya saben que la noche antes escribí nueve, y la anterior, doce. ¡Es que es tan divertido!

—¿Qué cosas encuentra usted que merezca la pena contar, Jack?

—Oh, de todo. La latitud y la longitud, cómo transcurre a diario el mediodía, y cuantas millas recorrimos en las últimas veinticuatro horas; todos los juegos de dominó y de billar a caballo a los que gano; las ballenas, los tiburones y las marsopas; el texto de los sermones de los domingos (porque eso tendrá su efecto en casa, claro está); los buques a los que saludamos y la nacionalidad a la que pertenecen; de qué lado sopla el viento, si el mar está picado, qué velas llevamos, aunque nunca llevamos ninguna, sobre todo porque siempre vamos con el viento en contra (me preguntó porqué será eso), y cuántas mentiras ha contado Moulton. En fin, ¡todo! Lo tengo todo anotado. Mi padre me pidió que llevase un diario. Cuando lo termine, a mi padre no le bastarán mil dólares para hacerse con él.

—No, Jack; valdrá más de mil dólares... cuando lo termine.

—¿Lo cree así? ¿Lo dice usted de verdad?

—Sí, valdrá como poco mil dólares... cuando lo termine. Puede que más.

—Bueno, yo soy de la misma opinión. No es un diario cualquiera.

Pero muy pronto se convirtió en «un diario cualquiera» de lo más lamentable. Una noche en París, después de realizar un arduo esfuerzo durante todo el día haciendo turismo, le dije:

—Yo ahora me iré a pasear por los cafés, Jack, y así usted tendrá la oportunidad de escribir su diario, amigo mío.

Su rostro perdió el color. Me dijo:

—Bueno, no, no es necesario que se preocupe. Creo que no seguiré adelante con el diario. Resulta terriblemente aburrido. ¿Sabe? Me parece que llevo alrededor de cuatro mil páginas de retraso. No he escrito ni una sola palabra de Francia. Primero pensé en dejar Francia fuera y empezar de nuevo. Pero no es una buena solución, ¿no cree? El jefe me diría: «Vaya hombre, ¿es que no has visto nada en Francia?». No se lo iba a tragar, claro que no. Después pensé en copiar todo lo de Francia de una de las guías, como hace el viejo Badger, en el camarote de proa, que está escribiendo un libro, pero es que vienen más de trescientas páginas sobre el tema. Oh, además, creo que los diarios no sirven de nada, ¿y usted? No son más que una lata, ¿no le parece?

—Sí, un diario incompleto no sirve de gran cosa, pero un diario bien llevado vale mil dólares... cuando lo termine.

—¡Mil dólares!... pues, supongo que sí. Pero yo no lo terminaría ni por un millón.

Su experiencia no fue más que la experiencia de la mayor parte de los miembros, tan trabajadores, de la escuela nocturna del camarote. Si desean infligirle un castigo despiadado e inhumano a un joven, oblíguelo a escribir un diario al año.

Muchos recursos se emplearon para mantener a los excursionistas entretenidos y satisfechos. Se creó un club, formado por todos los pasajeros, que se reunía en la

escuela de caligrafía después de las oraciones para leer en alto cosas relacionadas con los países a los que nos aproximábamos y discutir la información así obtenida.

En varias ocasiones el fotógrafo de la expedición sacó sus imágenes transparentes y nos proporcionó un bonito espectáculo de linterna mágica. Sus paisajes eran casi todos de escenas extranjeras, pero entre ellos había un par de imágenes de casa. Anunció que «comenzaría su representación en el camarote de popa a las dos campanadas (las nueve de la noche) y mostraría a los pasajeros los lugares a los que iban a llegar»; lo cual estaba muy bien pero, por un gracioso accidente, ¡la primera imagen que se proyectó sobre el lienzo fue la del cementerio de Greenwood!

En varias noches estrelladas bailamos en la cubierta superior, bajo los toldos, y dimos muestra de nuestra genialidad de salón de baile al colgar de los puntales algunos de los faroles del buque. Nuestra música estaba formada por los compases bien mezclados de un melodeón un tanto asmático y propenso a recuperar el aliento en los momentos en los que debería atacar con fuerza, un clarinete que resultaba poco fiable en las notas agudas y demasiado melancólico en las graves, y un acordeón poco respetable que tenía una fuga por algún sitio y respiraba más alto de lo que graznaba (ahora mismo no se me ocurre un término más elegante). Sin embargo, el baile resultaba infinitamente peor que la música. Cuando el barco se balanceaba hacia estribor, todo el pelotón de bailarines embestía hacia estribor a la vez, y vomitaba en masa por la barandilla; y cuando se balanceaba a babor, se iban todos forcejeando hacia babor con la misma unanimidad de sentimiento. Los que bailaban el vals daban vueltas, muy precariamente, durante quince segundos y luego correteaban apresurados hacia la barandilla, como si su intención fuese la de tirarse por la borda. El *reel* de Virginia <sup>[2]</sup>, tal y como se ejecutaba a bordo del *Quaker City*, tenía más de *reel* que cualquier otro que yo hubiese visto antes, y estaba tan lleno de interés para el espectador como de casualidades desesperadas y salvaciones por los pelos para el participante. Al final, renunciamos a los bailes.

Celebramos el cumpleaños de una de las damas con brindis, discursos, un poema y todo lo demás. También celebramos un simulacro de juicio. No hay barco que se haya hecho a la mar que no acabe celebrando un juicio de pega. Se acusó al sobrecargo de haber robado un abrigo del camarote número diez. Se nombró un juez, además de los secretarios, el pregonero, los agentes, los alguaciles, un fiscal y un abogado defensor; se citó a los testigos y, después de mucha recusación, se constituyó el jurado. Los testigos eran estúpidos, poco fiables y se contradecían, como todos los testigos. El fiscal y el defensor eran elocuentes, pendencieros y vengativamente groseros el uno con el otro, algo característico y propio de ellos. Al fin se presentó el caso y el juez lo remató con una decisión absurda y una condena ridícula.

Los caballeros y las damas jóvenes pusieron en práctica, varias noches, la representación de charadas, que acabó cosechando el éxito más rotundo de todos los experimentos realizados para divertirnos.

Se intentó organizar un club de debate, pero resultó un fracaso. En el buque no

había talento oratorio.

Todos nos divertíamos —creo que puedo afirmarlo sin temor a equivocarme— pero de forma un tanto discreta. Muy raras veces tocábamos el piano; tocábamos la flauta y el clarinete a la vez, y hacíamos buena música, eso es verdad, pero siempre tocábamos la misma vieja melodía; se trataba de una melodía muy bonita —¡qué bien la recuerdo!—, me pregunto cuándo me libraré de ella. Nunca tocábamos ni el melodeón ni el órgano, si no era durante la oración. Pero me estoy precipitando: el joven Albert *sabía* parte de una melodía que se titulaba algo así como «Qué dulce es saber que él es... o está... o como quiera que se llame» (no recuerdo el título exacto, pero era muy lastimero y lleno de sentimiento); Albert la tocaba casi todo el tiempo, hasta que acordamos con él que se contendría. Pero jamás nadie cantaba a la luz de la luna en la cubierta superior, y los cánticos de la congregación en misa no eran de categoría elevada. Me contenía al máximo y después me unía a ellos para intentar mejorarlos, pero eso animaba al joven George a cantar también, y el empeño fracasaba; porque la voz de George estaba empezando a cambiar, y cuando cantaba una lamentable especie de bajo, tendía a perder el control y sobresaltar a todo el mundo con un gallo de lo más discordante en las notas más agudas. Además, George no se sabía las melodías, lo que constituía otro inconveniente para sus representaciones. Yo le decía:

—Vamos, George, no improvise. Resulta de lo más egoísta. Provocará comentarios. Límitese a cantar *Coronation*, como los demás. Es una buena melodía, no puede usted mejorarla, y parece una falta de consideración.

—Pero si yo no intento mejorarla, estoy cantando como los demás; sólo sigo la partitura.

Y lo creía así de verdad; por lo que no podía culpar a nadie que no fuese él mismo cuando su voz se le quebraba en el centro, a veces, y le provocaba trismo <sup>[3]</sup>.

Había quien, entre los incorregibles, atribuía los incesantes vientos contrarios a nuestra angustiada música de coro. Otros decían abiertamente que ya era arriesgarse bastante hacer una música tan espantosa, aún en sus mejores momentos; y que exagerar el delito al permitir que George ayudase era, sencillamente, como burlarse de la Providencia. Decían que el coro continuaría con sus lacerantes tentativas de afinación hasta que, un día de éstos, provocase una tormenta que enviase el barco a pique.

Incluso había quien gruñía porque se rezaba. El segundo comandante decía que los peregrinos no tenían caridad:

—Mírelos, todas las noches, a las ocho campanadas, rezando para que los vientos nos sean favorables, cuando saben tan bien como yo que el nuestro es el único barco que navega hacia el Este en esta época del año, pero que hay mil que navegan en dirección Oeste. Lo que para nosotros sería un viento favorable, para ellos lo sería en contra. El Todopoderoso hace que sople un viento favorable a mil navíos, y esta pandilla pretende que dé un giro completo y favorezca sólo a uno ¡que encima es un



barco de vapor! No tiene sentido, no tienen razón, no es de buenos cristianos, no es de almas caritativas. ¡Basta de tonterías!

## V

Considerándolo en general, como hacen los marinos, la travesía de diez días desde Nueva York a las Islas Azores resultó agradable, aunque no rápida, ya que la distancia es tan sólo de dos mil cuatrocientas millas; pero agradable sí que fue. Ciertamente, tuvimos el viento en contra *siempre*, y experimentamos algunas tormentas que enviaron al cincuenta por ciento de los pasajeros a la cama, mareados, y provocaron que el buque pareciera deprimente y abandonado; tormentas que recordarán todos aquellos que las capearon en la tambaleante cubierta y recibieron las enormes extensiones de espuma que, de vez en cuando, saltaban en el aire desde la proa de barlovento y barrían el buque como una lluvia de truenos; pero en su mayoría disfrutamos de un tiempo cálido y veraniego, y de unas noches que aún eran mejores que los días. Vivimos el fenómeno de una luna llena situada siempre en el mismo lugar del cielo, todas las noches a la misma hora. El motivo de tan singular conducta por parte de la luna no se nos ocurrió al principio, pero sí después, cuando nos dimos cuenta de que cada día ganábamos alrededor de veinte minutos al avanzar hacia el Este a tal velocidad: todos los días ganábamos tiempo suficiente para mantenernos al ritmo de la luna. Para los amigos que habíamos dejado atrás se estaba convirtiendo en una luna vieja, pero para nosotros, Josué, permanecía en el mismo lugar y era siempre la misma.

El joven Sr. Blucher, que es del Lejano Oeste y éste es su primer viaje largo en barco, se sentía muy preocupado por los constantes cambios en la «hora del barco». Al principio estaba orgulloso de su reloj nuevo y solía sacarlo de inmediato cuando sonaban las ocho campanadas al mediodía, pero al cabo de un tiempo empezó a parecer que perdía la confianza en él. Siete días después de haber zarpado de Nueva York, salió a cubierta y dijo con gran decisión:

—¡Esta cosa es un timo!

—¿Qué es un timo?

—Este reloj. Lo compré en Illinois, me costó 150 dólares, y creí que era bueno. ¡Y por Dios que en tierra marcha bien! Pero, no sé por qué, aquí en el agua no mantiene el ritmo; a lo mejor se marea. Se salta horas. Funciona con regularidad hasta las once y media, y entonces, de repente, falla. He manipulado el registro del reloj para que vaya cada vez más rápido, hasta que he alcanzado el límite, pero no sirve de nada. Se distancia de todos los relojes del barco, y funciona maravillosamente hasta el mediodía, pero las ocho campanadas siempre se le adelantan diez minutos. Ya no sé qué hacer con él. Hace lo que puede, va a toda velocidad, pero de nada sirve. Y mire que no hay ni un solo reloj en el barco que marque mejor las horas que él, pero ¿y eso qué importa? Al oír las ocho campanadas, sin duda descubrirá que se ha retrasado diez minutos.

El barco ganaba una hora entera cada tres días, y aquel tipo intentaba que su reloj corriese lo bastante como para mantenerse a su ritmo. Pero, como él había dicho,

había forzado el registro al máximo y el reloj «iba a toda velocidad», por lo que a él no le quedaba más que cruzarse de brazos y contemplar cómo el barco ganaba la carrera. Lo enviamos a ver al capitán, quien le explicó el misterio de la «hora del barco» y dio descanso a su atribulada mente. Aquel joven nos había hecho muchas preguntas interesantes acerca del mareo antes de que zarpásemos, y quería conocer sus características y cómo podía saber si se había mareado o no. Lo descubrió en su momento.

Vimos los habituales tiburones, delfines, marsopas y compañía, por supuesto, y poco a poco los grandes bancos de carabelas portuguesas se fueron añadiendo a la lista de prodigios marinos. Algunas eran blancas y otras de un brillante color carmín. Se trata de una membrana de gelatina transparente que se extiende para atrapar el viento, y que tiene unos hilos de aspecto carnoso que miden entre treinta y sesenta centímetros que le sirven para mantenerse estable en el agua. Es un consumado navegante y tiene mentalidad de marinero. Riza su vela cuando amenaza tormenta o cuando el viento sopla muy fuerte, y la recoge por completo y se sumerge cuando hay vendaval. Suele mantener su vela húmeda y en condiciones de navegación dándose la vuelta y sumergiéndola en el mar durante un minuto. Los marinos dicen que este organismo sólo se encuentra en estas aguas, entre los paralelos 35 y 45 de latitud.

A las tres de la mañana del veintiuno de junio, nos despertaron y nos notificaron que las Islas Azores estaban a la vista. Les dije que, a las tres de la mañana, a mí no había isla que me resultase interesante. Pero vino otro perseguidor, y luego otro y aún otro más, y por fin, creyendo que el entusiasmo general no permitiría que nadie dormitase en paz, me levanté y salí a cubierta soñoliento. Ya eran las cinco y media y soplaba un crudo viento racheado. Los pasajeros se acurrucaban alrededor de las chimeneas y se parapetaban tras los ventiladores, todos ellos envueltos en ropajes invernales, con cara de dormidos e infelices en medio del despiadado vendaval y de la espuma que los calaba hasta los huesos.

La isla que se divisaba era Flores. Parecía tan sólo una montaña de barro que se elevaba entre las grises brumas. Pero según nos íbamos acercando a ella, salió el sol y la convirtió en algo hermoso: una masa de granjas verdes y de prados que crecía ladera arriba hasta alcanzar los cuatrocientos cincuenta metros de altura y cuyo contorno superior se mezclaba con las nubes. La acanalaban las empinadas y pronunciadas crestas y los angostos cañones la hendían y, aquí y allá en las alturas, los levantamientos rocosos tomaban la forma de almenas y castillos; y entre los claros de las nubes surgían anchos rayos de sol que pintaban la cima, la ladera y las cañadas con cintas de fuego, dejando en el medio franjas de oscuras sombras. ¡Era la aurora boreal del helado polo exiliada a un lugar de veraneo!

Rodeamos unos dos tercios de la isla, a cuatro millas de la costa, y se utilizaron todos los prismáticos del barco para resolver las disputas que surgían sobre si las manchas musgosas de las tierras altas eran arboledas o malas hierbas, o si las blancas aldeas situadas junto al mar eran villas realmente o tan sólo agrupaciones de lápidas

en el cementerio. Al final salimos a alta mar rumbo a San Miguel, y muy pronto Flores volvió a ser una elevación de barro, se hundió entre las brumas y desapareció. Pero para más de un pasajero mareado, fue un alivio volver a ver colinas verdes, y todos se sintieron más animados después de este episodio de lo que se podría imaginar, teniendo en cuenta lo escandalosamente temprano que se habían levantado.

Pero nos vimos obligados a cambiar nuestros planes con relación a San Miguel, ya que hacia el mediodía se levantó una tormenta que zarandeó y sacudió el barco de forma tal, que el sentido común indicaba la necesidad de salir corriendo en busca de refugio. Por eso pusimos rumbo hacia la isla más próxima del grupo: Faial (la gente de allí lo pronuncia Fai-al, y marca el acento en la primera sílaba). Echamos el ancla en el fondeadero de Horta, a media milla de la costa. La villa tiene entre ocho y diez mil habitantes. Sus casitas blancas como la nieve están acogedoramente enclavadas en un mar de vegetación verde y nueva, y ninguna aldea podría resultar más hermosa o más atractiva. Está situada en la depresión de un anfiteatro de colinas que miden entre noventa y doscientos metros de altura y que están cuidadosamente cultivadas hasta la cima, sin desperdiciar ni un solo centímetro de tierra. Todas las propiedades están divididas en pequeños recintos cuadrados, separados por muretes de piedra cuyo fin es proteger las cosechas de los terribles vientos destructores que allí soplan. Esos cientos de cuadrados verdes, ribeteados por los muros de lava negra, hacen que las colinas parezcan tableros de ajedrez gigantes.

Las islas pertenecen a Portugal, y todo en Faial tiene reminiscencias portuguesas. Pero de eso hablaremos más adelante. Un enjambre de barqueros portugueses, morenos, ruidosos, *mentirosos*, de los que no paran de encogerse de hombros y gesticular, con aros de latón en las orejas y el fraude en los corazones, treparon por los costados del barco y algunos de nosotros, en grupos, los contratamos para que nos llevaran a tierra a tanto por cabeza, la mejor manera de entenderse en cualquier país. Pisamos tierra bajo los muros de un pequeño fuerte, armado con baterías de piezas de doce y treinta y dos libras, que para Horta resultaba de lo más formidable pero que, en caso de que nos decidiésemos a atacarlo con uno de nuestros monitores <sup>[4]</sup> con torretas, iban a tener que trasladarlo tierra adentro si querían conservarlo en un sitio donde pudiesen ir a buscarlo en caso de necesitarlo otra vez. El grupo que esperaba en el embarcadero era de lo más ordinario: hombres y mujeres, niños y niñas, cubiertos de harapos y descalzos, sin peinar y sucios y, por instinto, educación y profesión, mendigos. Se apiñaron detrás de nosotros y ya nos resultó imposible, mientras permanecimos en Faial, librarnos de ellos. Caminábamos por el centro de la calle principal, y la chusma nos rodeaba y se quedaba mirándonos; a cada momento, alguna pareja emocionada se adelantaba a la procesión para poder, luego, darse la vuelta y observarla avanzar, como hacen los niños de las aldeas cuando acompañan al elefante de un circo en su paseo publicitario de calle en calle. A mí me resultó muy halagador formar parte de aquel gran éxito. Aquí y allá, en los umbrales de las casas, se veían mujeres con esas capuchas portuguesas tan de moda. La capucha es de un

tejido grueso y azul, va unida a una capa del mismo material y no podría ser más fea. Se eleva muy por encima de la cabeza, es muy ancha e insondablemente profunda. Queda como la carpa de un circo, y la cabeza de la mujer se oculta en ella, como lo hace la del hombre que apunta el texto a los cantantes, desde su concha de latón en el escenario de una ópera. No hay ningún tipo de adorno en tan monstruoso *capote*, como ellos lo llaman: no es más que un simple y feo pedazo de paño de un azul apagado, y la mujer no puede caminar con el viento en contra si lo lleva puesto; tiene que llevar el viento siempre de espaldas, o no salir. El estilo general del *capote* es el mismo en todas las islas, y lo seguirá siendo los próximos diez mil años, pero cada isla diferencia sus capotes lo suficiente como para que, con una sola mirada, el observador pueda saber de qué isla en concreto procede la mujer.

Los centavos portugueses, o reales, son prodigiosos. Para juntar un dólar son necesarios mil reales, y todos los cálculos financieros se realizan en reales. No lo sabíamos hasta que lo descubrimos por Blucher. Blucher dijo que se sentía tan feliz y tan agradecido por volver a estar en tierra firme que deseaba celebrar una fiesta. Nos contó que había oído decir que aquel lugar era barato y que estaba decidido a dar un gran banquete. Éramos nueve los invitados y disfrutamos de una cena excelente en el mejor hotel. En medio de la alegría producida por los buenos puros, el buen vino y las anécdotas aceptables, el dueño presentó la cuenta. Blucher la miró y le cambió el semblante. Volvió a mirarla para asegurarse de que sus ojos no lo habían engañado y entonces leyó los artículos en voz alta, titubeante, mientras las rosas de sus mejillas se convertían en cenizas:

*Diez cenas, a 600 reales, ¡6000 reales! ¡Ruina y desolación!*

*Veinticinco puros, a 100 reales, ¡2500 reales! ¡Oh, Santa madre de Dios!*

*Once botellas de vino, a 1200 reales, ¡13 200 reales! ¡Ruega por nosotros!*

*TOTAL, ¡VEINTIÚN MIL SETECIENTOS REALES! ¡Que Dios nos proteja! ¡No hay bastante dinero en todo el barco para pagar esta cuenta! Marchaos, dejadme a solas con mi miseria, amigos, soy un hombre arruinado.*

Creo que jamás había visto yo un grupo más inexpresivo. Nadie era capaz de decir nada. Era como si todos nos hubiésemos quedado mudos. Lentamente, las copas de vino se fueron posando sobre la mesa, con su contenido intacto. Los puros cayeron, sin que nadie se diese cuenta, de unos dedos que ya no los sujetaban. Cada cual miraba a los ojos a su vecino, pero no hallaba ni un mísero rayo de esperanza, ni de aliento. Por fin se rompió tan espantoso silencio. La sombra de una decisión desesperada cayó sobre el semblante de Blucher como una nube; se puso en pie y

dijo:

—Patrón, esto es una estafa de la peor clase y nunca, jamás, la consentiré. Aquí tiene usted ciento cincuenta dólares, señor, y eso es cuanto me sacará. Prefiero ahogarme en mi propia sangre a pagarle un centavo más.

Recuperamos la moral, y el patrón la perdió, o al menos eso creímos nosotros. Desde luego, confuso sí que estaba, a pesar de que no había entendido ni una palabra de lo que se había dicho. Su mirada pasó varias veces del pequeño montón de monedas de oro a Blucher, y luego se marchó. Debió de ir a ver a algún americano, porque cuando volvió, traía su cuenta traducida a un idioma comprensible para cualquier cristiano. Decía así:

*10 cenas, 6000 reales, o \$6.00*

*23 puros, 2500 reales, o \$2.50*

*11 botellas de vino, 13 200 reales, o \$13.20*

*Total, 21 700 reales, o \$21.70*

La felicidad volvió a reinar sobre los invitados de Blucher. Incluso se pidieron más refrescos.

## VI

**C**reo que las Azores deben de ser muy poco conocidas en América. De todo el grupo que viajaba en nuestro barco, ni una sola persona sabía algo acerca de ellas. Algunos, muy versados en la mayoría de los demás países, no tenían más información sobre las Azores que el hecho de que eran nueve o diez pequeñas islas en medio del Atlántico, a poco más de medio camino entre Nueva York y Gibraltar. Y punto. Esto me lleva a introducir aquí unos cuantos hechos relacionados con ellas.

La comunidad es, en su mayoría, portuguesa, es decir, lenta, pobre, holgazana, soñolienta, y vaga. Hay un gobernador civil, nombrado por el rey de Portugal, y también un gobernador militar, que puede asumir el poder supremo y suspender el gobierno civil según le plazca. Las islas tienen una población que ronda las 200 000 almas, casi en su totalidad portuguesas. La población está muy asentada porque el país ya tenía cien años cuando Colón descubrió América. La cosecha principal es el maíz, que cultivan y muelen tal y como lo hacían sus tatarabuelos. Aran la tierra con una tabla a la que le han puesto un regatón de hierro; sus insignificantes gradas las trazan tanto los hombres como las mujeres; unos pequeños molinos de viento muelen el maíz, diez fanegas al día, y hay un ayudante de vigilante encargado de alimentar el molino, y un vigilante jefe que se ocupa de que el otro no se duerma. Cuando el viento cambia, enganchan los burros y hacen girar la parte superior del molino hasta que las aspas quedan en la posición adecuada, en lugar de arreglar la conexión de manera que resulte posible mover las aspas y no el molino. Los bueyes son los encargados de separar el maíz de la espiga, pisándola, según la costumbre predominante en tiempos de Matusalén. No hay una sola carretilla en aquellas tierras: lo llevan todo sobre la cabeza, o en burro, o en una carreta con los laterales de mimbre y de ruedas hechas de madera maciza cuyos ejes giran con la rueda. En las islas no existe un solo arado moderno, ni una trilladora. Todos los intentos realizados para introducirlos han fracasado. El buen católico portugués se santigua y le ruega a Dios que lo proteja de cualquier blasfemo deseo de saber más de lo que sabía su padre.

El clima es templado; nunca nieva ni hiela, y yo no vi chimeneas en la villa. Los asnos, los hombres, las mujeres y los niños de la familia comen y duermen todos juntos, en la misma habitación, andan sucios, están plagados de bichos y son verdaderamente felices. La gente miente, engaña al desconocido, es terriblemente ignorante y prácticamente no venera a sus muertos. Los únicos portugueses bien vestidos de la colonia son los que componen la media docena de familias acomodadas, los Jesuitas y los soldados de la pequeña guarnición. El jornal de un obrero oscila entre los veinte y los veinticuatro centavos al día, y el de un buen mecánico supone casi el doble. Los cuentan en reales —de los que mil equivalen a un dólar— y eso les hace sentirse ricos y satisfechos. En las islas se daban unas uvas muy buenas, con las que se hacía un vino excelente que se exportaba. Pero una

enfermedad mató todas las cepas hace quince años y desde entonces no se ha vuelto a hacer más vino. Como las islas son, en su totalidad, de origen volcánico, la tierra es muy rica. Casi no queda ni un centímetro de terreno sin cultivar, y se producen dos o tres cosechas al año de cada artículo, pero no se exporta nada, excepto algunas naranjas, en su mayoría a Inglaterra. Aquí no viene nadie y nadie se marcha.

En Faial la gente no sabe lo que son las noticias. La sed de información es una pasión que tampoco conocen. Un portugués de inteligencia media me preguntó si nuestra guerra civil había terminado; porque —dijo— alguien le había dicho que así había sido, ¡o al menos creía recordar que alguien se lo había dicho! Y cuando un pasajero le dio a un oficial de la guarnición varios números del *Tribune*, el *Herald* y el *Times*, éste se sorprendió al hallar en ellos noticias de Lisboa más actuales que las que él acababa de recibir a través del pequeño vapor mensual. Le dijeron que las enviaban por cable. Nos dijo que sabía que, diez años antes, habían intentado tender un cable, ¡y que creía recordar que no lo habían conseguido!

Es en comunidades como ésta donde prosperan los disparates de los Jesuitas. Visitamos una catedral jesuita de casi doscientos años de antigüedad y hallamos en ella un pedazo de la Vera Cruz en la que sacrificaron a nuestro Salvador. Estaba pulida, era consistente y su estado de conservación era tan bueno como si la tragedia del Calvario hubiese ocurrido ayer, en lugar de hace dieciocho siglos. Pero aquellas gentes confiadas creían a pies juntillas en aquel pedazo de madera.

En una capilla de la catedral hay un altar revestido de plata maciza —al menos eso dicen ellos, y yo creo que valdría un par de cientos la tonelada (para hablar como los mineros)— ante el que se mantiene siempre encendida una pequeña lámpara. Una dama devota que murió dejó dinero suficiente para que se dijera un número ilimitado de misas por el reposo de su alma, y acordó también que la lámpara se mantuviese siempre encendida, día y noche. Todo esto lo hizo antes de morir, claro está. La lámpara es tan pequeña y su luz tan tenue que, a mi parecer, no podría perjudicar en mucho a la señora que se apagase por completo.

El altar mayor de la catedral y tres o cuatro más de los pequeños constituyen una masa perfecta de dorados de pacotilla, cursis y recargados. Y tiene un enjambre de apóstoles desvencijados, mohosos y polvorientos, de pie alrededor de las filigranas; algunos sólo tienen una pierna, a otros les falta un ojo, pero en el otro brilla una mirada salaz; los hay que han perdido dos o tres dedos, y a otros no les queda nariz suficiente como para sonarse; todos ellos lisiados y desanimados, más propios de un hospital que de una catedral.

Las paredes del presbiterio están recubiertas de azulejos, decorados con figuras a tamaño casi natural, muy elegantemente trabajadas y vestidas según la moda de hace dos siglos. Representaban la historia de algo o de alguien, pero ninguno de nosotros éramos lo bastante instruidos como para saber interpretarla. El viejo sacerdote que reposaba bajo una lápida cercana, datada en 1686, quizás nos lo hubiese explicado, de haber podido levantarse. Pero no lo hizo.



Al atravesar la villa nos encontramos con una cuadrilla de burros ensillados y listos para montar. Las sillas resultaban curiosas, como poco. Consistían en una especie de caballete para serrar con un pequeño colchón encima, y semejante mobiliario cubría casi la mitad del burro. No había estribos, aunque lo cierto es que no resultaban necesarios. Utilizar una silla como ésa era lo más parecido que puede haber a montar una mesa de comedor: tanto era el espacio de apoyo que tenían las articulaciones de las rodillas. Nos rodeó una jauría de andrajosos muleros portugueses, que nos ofrecían sus animales por medio dólar la hora —más pillería para con el extranjero, ya que el precio de mercado era de dieciséis centavos—. Media docena de nosotros montamos en aquellos desgarbados bichos y nos sometimos a la indignidad de dar la nota haciendo el ridículo a través de las calles principales de una villa de 10 000 habitantes.

Nos pusimos en marcha. Aquello no era ni ir al paso, ni al trote, ni al galope, sino que era una estampida que incluía todos los pasos posibles e imaginables. Las espuelas no eran necesarias. Había un mulero por cada burro y, además, una docena de voluntarios, que golpeaban a los animales con sus aguijadas, los irritaban con sus estacas, gritaban algo que sonaba como «*Seki-ya*», y que mantenían un jaleo y un estruendo que resultaban peores que una olla de grillos. Aquellos bribones iban a pie, pero daba igual, siempre llegaban a tiempo: son capaces de correr más rápido que un burro y tienen más resistencia. En total, la nuestra era una procesión alegre y pintoresca, y atraía a las gentes a los balcones por dondequiera que pasara.

Blucher no lograba dominar a su burro. El animal corría dando saltitos en zigzag por la carretera y los demás se tropezaban con él; rozaba a Blucher contra los carros y las esquinas de las casas; el camino estaba protegido por unos muros de piedra, y el burro lo abrillantaba primero por un lado y luego por el otro, pero ni una sola vez fue por el centro; al final llegó hasta la casa donde había nacido y allí se precipitó al interior, raspando a Blucher contra el umbral y librándose de él. Después de montar otra vez, Blucher le dijo al mulero:

—Bueno, ya es más que suficiente; a partir de ahora vaya despacio.

Pero el sujeto no sabía inglés y no lo entendió, así que se limitó a decir «*Seki-ya*» y el burro volvió a salir lanzado. Giró en una esquina tan de repente que Blucher salió disparado de cabeza. Y, para qué negarlo, el resto de las mulas tropezaron con ellos dos y toda la cabalgata acabó apelotonada en un montón. No hubo heridos. Caerse de uno de esos burros tiene tan poca importancia como rodar desde un sofá. Todos los burros permanecieron en pie después de la catástrofe y esperaron a que los ruidosos muleros arreglaran sus descuartizadas sillas y se las pusieran de nuevo. Blucher estaba muy enfadado y quería soltar unos cuantos juramentos, pero cada vez que abría la boca, su jumento hacía lo mismo y lanzaba unos rebuznos que ahogaban todos los demás sonidos.

Era divertido corretear por las ventosas colinas y a través de los hermosos cañones. Tenía esa extraña esencia de la novedad. Era una sensación fresca, nueva,

vivificante esa de montar en burro y que valía más que cien placeres de los nuestros juntos, ya trillados y agotados.

Los caminos eran una maravilla, por mérito propio. Aquella isla albergaba sólo un puñado de personas (25 000), pero tenía unos caminos tan buenos como no existen en los Estados Unidos, a excepción de en Central Park. Da igual en qué dirección se mueva uno, siempre se encuentra con una vía compacta, bien nivelada y lisa, recién recubierta con arena negra de lava y bordeada por unas cunetas cuidadosamente empedradas con pequeños guijarros redondeados, o bien con caminos bien empedrados como Broadway. Mucho hablan del empedrado Russ <sup>[5]</sup> en Nueva York, y dicen que se trata de un invento nuevo, sin embargo, en esta diminuta isla en medio del mar ¡llevan usándolo desde hace doscientos años! Todas las calles de Horta están elegantemente empedradas con los pesados bloques Russ, y su superficie está pulida y alineada como si fueran baldosas, y no deslucida por los agujeros, como en Broadway. Todos los caminos están cercados por muros de lava, altos y sólidos, que durarán mil años en esta tierra donde no se conoce la helada. Son muy gruesos y a menudo están enlucidos, encalados y cubiertos con losas que sobresalen, de piedra tallada. Los árboles de los jardines que quedan encima, dejan caer sus oscilantes zarcillos y hacen contrastar su verde luminoso con la lechada o con la negra lava de los muros, con lo que los embellecen. A veces las ramas de los árboles y las enredaderas se unen por encima de los estrechos caminos y limitan de tal manera la entrada de la luz del sol, que se tiene la sensación de transitar a través de un túnel. Las aceras, los caminos y los puentes son, en su totalidad, obra del gobierno.

Los puentes sólo tienen un ojo —una única arcada— de piedra tallada, sin apoyo; y por arriba están recubiertos con losas de lava y adornos hechos con guijarros. Por todas partes hay muros, muros y más muros, y todos ellos son de buen gusto, hermosos y eternamente sólidos; y esos maravillosos empedrados están por todas partes, tan lisos, tan pulidos, y tan indestructibles. Si hay algún lugar en el mundo donde los caminos, las calles y los exteriores de las casas se vean libres de cualquier rastro o señal de suciedad, polvo, barro o impureza de algún tipo, ése es Horta, ése es Faial. Las clases más bajas, en lo tocante a sus personas y sus domicilios, no son limpias, pero la cosa acaba ahí: la villa y la isla son milagros de limpieza.

Por fin regresamos al punto de partida, después de una excusión de diez millas, y los irrefrenables muleros daban brincos junto a nuestros talones mientras atravesábamos la calle principal, aguijando a los burros, gritando su eterno «*Seki-ya*», y cantando «*John Brown's Body*» <sup>[6]</sup> en un inglés macarrónico.

Cuando desmontamos y llegó la hora de hacer cuentas, los gritos, las broncas y los juramentos entre los muleros y con nosotros resultaban ensordecedores. Un tipo exigía un dólar la hora por el uso de su burro; otro demandaba medio dólar por haberlo aguijado, otro un cuarto por ayudar a lo mismo, y alrededor de catorce guías pretendían cobrarnos por mostrarnos el camino a seguir a través de la villa y sus alrededores; y cada uno de ellos vociferaba más y era más vehemente y más frenético

en su forma de gesticular que el vecino. Le pagamos a un guía y abonamos los servicios de un único mulero por burro.

Las montañas de algunas de las islas son muy altas. Pasamos costeando la isla de Pico, bajo una majestuosa pirámide verde que se erguía, sin interrupción, desde nuestros pies hasta una altitud de 2320 metros y que hundía su cima entre las nubes blancas, ¡cual isla a la deriva entre la niebla!

Por supuesto que adquirimos naranjas, limones, higos, melocotones, etcétera, en cantidad, en las Azores. Pero desisto: mi labor no es redactar los informes de la Oficina de Patentes.

Vamos ya camino de Gibraltar, a donde llegaremos a los cinco o seis días de haber abandonado las Azores.

## VII

Una semana de zarandeos en un mar tempestuoso e implacable; una semana de mareos y de salones desiertos; de solitarias cubiertas empapadas por la espuma: una espuma tan ambiciosa que incluso recubría las chimeneas, hasta lo más alto, con una costra blanca de sal; una semana de escalofríos al amparo de los botes salvavidas y las camaretas altas por el día, y de expulsar sofocantes «nubes» de humo y de jugar escandalosamente al dominó en el salón de fumar por la noche.

Y la última de las siete noches fue la más tormentosa de todas. No había truenos, sólo se oía el ruido de los golpes de la proa del buque contra el mar, el penetrante silbido del viento entre las jarcias, y el rugido de las furiosas aguas. Pero el navío se elevaba en el aire como si su intención fuese la de alcanzar los cielos, se detenía un instante que parecía un siglo y se zambullía de repente, como si se lanzara desde un precipicio. Las extensiones de espuma caían sobre la cubierta como si fuesen lluvia. La negrura de las tinieblas lo envolvía todo. En ocasiones un relámpago la hendía con una trémula línea de fuego que dejaba al descubierto un palpitante mundo de agua donde antes no había nada, encendía las oscuras jarcias hasta hacerlas de plata reluciente e iluminaba los rostros de los hombres con un lustre cadavérico.

El miedo hizo salir a cubierta a muchos de los que solían evitar los vientos nocturnos y la espuma. Algunos pensaron que el buque no sobreviviría a la noche, y les parecía menos espantoso permanecer en medio de la violenta tempestad y *ver* el peligro que los amenazaba, que permanecer encerrados en los sepulcrales camarotes, con su tenue luz, e imaginar los horrores que les esperaban en pleno mar. Y una vez fuera, donde podían ver cómo luchaba el navío contra el dominio de la tormenta, donde podían oír los alaridos del viento, enfrentarse a los torrentes de espuma y mirar el majestuoso cuadro que los relámpagos descubrían, caían prisioneros de una devastadora fascinación a la que no lograban resistirse, y permanecían allí. Fue una noche terrible y muy muy larga.

Aquella hermosa mañana del trece de junio, nos enviaron a todos precipitadamente a cubierta, a las siete de la madrugada ¡para darnos la buena noticia de que había tierra a la vista! Resultaba extraño, y era motivo de alegría, ver a *toda* la familia de a bordo en el exterior una vez más, aunque la felicidad que se había aposentado sobre los semblantes sólo ocultaba en parte los estragos que el largo asedio de las tormentas había provocado. Pero las apagadas miradas comenzaron a brillar enseguida de placer, las pálidas mejillas recuperaron su color, y los estados de ánimo debilitados por el mareo adquirieron una nueva vida gracias a la estimulante influencia de la fresca y clara mañana. Sí, y gracias a una influencia aún más potente: ¡los agotados náufragos iban a ver de nuevo la dichosa tierra! Y verla era lo mismo que recordar la patria que estaba en mente de todos.

En cuestión de una hora nos encontrábamos en el estrecho de Gibraltar: a nuestra derecha las elevadas colinas manchadas de amarillo de África, con sus bases ocultas

por una neblina azul y las cimas envueltas en nubes, como se cuenta en las Escrituras, donde se dice: «las nubes y la oscuridad dominan la tierra». Creo que esas palabras hacían referencia a esta zona concreta de África. A nuestra izquierda se alzaban las cumbres redondeadas de granito acanalado de la vieja España. El estrecho tan sólo mide trece millas en su parte más angosta.

Cada poco, a lo largo de la costa española se alzaban unas viejas torres de piedra de aspecto extraño; creímos que serían árabes, pero más tarde supimos lo que eran: en el pasado, los bribones de Marruecos solían costear la península ibérica en sus barcos hasta que se les presentaba una oportunidad segura, y entonces se lanzaban a tierra, capturaban una aldea española y se llevaban a cuanta mujer hermosa pudieran encontrar. Era una costumbre que les resultaba grata y muy popular. Los españoles habían construido aquellas atalayas en las colinas con el fin de poder vigilar mejor los movimientos de los especuladores marroquíes.

Por otro lado, la imagen resultaba hermosa a unos ojos cansados de mirar un mar invariable y, poco a poco, la gran familia del barco se fue animando. Pero mientras nos hallábamos admirando los picos cubiertos de nubes y las tierras bajas vestidas de una ligera penumbra, una imagen aún más hermosa apareció de súbito y atrapó nuestras miradas como un imán: ¡un majestuoso navío, con tanto velamen que parecía una masa altísima de velas hinchadas al viento! Avanzaba velozmente sobre el mar como un pájaro enorme. Olvidadas quedaron África y España. Todos los honores fueron para el hermoso desconocido. Mientras mirábamos, pasó majestuosamente ¡y ondeó en la brisa la bandera de las barras y las estrellas! Como el relámpago, los sombreros y los pañuelos destellaron en el aire y se oyó un grito de entusiasmo. Antes ya era hermoso, ahora resplandecía. Muchos de los que ocupaban nuestras cubiertas supieron entonces, por vez primera, lo diferente que es avistar la bandera de uno en casa, a hacerlo en tierra extranjera. ¡Verla es como visualizar la madre patria con todos sus ídolos, y sentir un estremecimiento que removería hasta un río de sangre coagulada!

Nos acercábamos a las famosas Columnas de Hércules y ya teníamos a la vista a la africana, el monte Hacho, una enorme y vieja montaña cuya cima está vetada de salientes de granito. La otra, el gran Peñón de Gibraltar, aún no había aparecido. Los antiguos creían que las Columnas de Hércules marcaban el punto en el que la navegación se hacía imposible y el final del mundo. Era mucha la información de la que carecían los antiguos. Hasta los profetas escribieron libro tras libro y epístola tras epístola, sin jamás insinuar siquiera la existencia de un gran continente en nuestro extremo del océano; y sin embargo, digo yo que, justamente ellos, deberían saber que existía.

A los pocos minutos, una enorme y solitaria masa de piedra, que parecía alzarse en medio del estrecho y que, en apariencia, se hallaba cercada por el mar, surgió, magnífica, ante nosotros, y no hizo falta que ninguno de esos loros viajados y aburridos nos dijera que era Gibraltar. No podían existir dos peñones como aquél en

un solo reino.

El Peñón de Gibraltar mide alrededor de dos kilómetros y medio de largo por unos cuatrocientos cincuenta metros de alto, y cuatrocientos metros de ancho en la base. Un lateral y un extremo sobresalen del mar en línea recta, como el muro de una casa, el otro extremo es irregular y el otro lateral es una pronunciada inclinación por la que a cualquier ejército le resultaría muy difícil subir. A los pies de dicha inclinación se sitúa la fortificada villa de Gibraltar o, mejor dicho, la villa ocupa parte de la inclinación. Por todas partes, en la ladera, en el precipicio, junto al mar, sobre las alturas, dondequiera que miremos, Gibraltar está cubierta por obras de albañilería y repleta de cañones. Resulta una imagen sorprendente y alegre, sin importar desde donde la contemplemos. Avanza hacia el mar desde el extremo de una lengua de tierra estrecha y llana, y recuerda un «escupitajo» de barro al final de una playa de guijarros. Unos pocos cientos de metros de ese suelo llano y su base pertenecen a los ingleses y después, ocupando la franja que separa el Mediterráneo del Atlántico y sumando un total de cuatrocientos metros, viene el «terreno neutral», un espacio que de ancho mide doscientos o trescientos metros, al que pueden acceder ambos bandos.

«¿Tiene pensado usted ir a París atravesando España?», era la frase que se oyó noche y día en el barco, desde Faial a Gibraltar, y creí que nunca me cansaría más que entonces de escuchar siempre la misma combinación de palabras y de contestar «No lo sé». En el último momento, seis o siete personas tuvieron el valor suficiente como para decidirse a ir, y se fueron, y yo me sentí aliviado de inmediato: ya era demasiado tarde y ahora podría decidirme, en mis ratos de ocio, a no ir. Debo de tener una cantidad asombrosa de cerebro: a veces tardo hasta una semana en darle vueltas a las cosas antes de decidirme.

Pero atención que las molestias siempre se repiten. No bien nos habíamos librado de la angustia de España, cuando los guías gibraltareños provocaron otra, a causa de la agotadora repetición de una leyenda que en sí misma no resultaba gran cosa, ni siquiera la primera vez: «Esa elevada colina de allá recibe el nombre de “Silla de la reina” <sup>[7]</sup> porque una de las reinas de España colocó allí su silla cuando las tropas francesas y españolas asediaban Gibraltar, y dijo que no se movería de aquel lugar hasta que la bandera inglesa fuese arriada de las fortalezas. Si los ingleses no hubiesen sido tan galantes como para arriar la bandera durante unas horas, la reina habría tenido que romper su juramento o morir allí».

Subimos, en asnos y mulas, aquellas empinadas y estrechas calles y nos adentramos en las galerías subterráneas que los ingleses han abierto con explosivos en la roca. Son espaciosas como túneles ferroviarios y, cada poco, unos enormes cañones fruncen el ceño sobre el mar y la villa a través de unas portillas situadas entre ciento cincuenta y ciento ochenta metros por encima del nivel del mar. Hay casi dos kilómetros de esta obra subterránea y ha debido de costar una gran cantidad de dinero y de esfuerzo. Los cañones de la galería dominan la península y los puertos de ambos océanos, pero tanto daría que no estuviesen allí, creo yo, porque ningún

ejército sería capaz de ascender una pared tan perpendicular. Aunque tan elevadas portillas proporcionan unas vistas soberbias del mar. Habían agujereado un risco que sobresalía y lo habían convertido en una cámara enorme amueblada con un cañón y cuya ventana era una portilla, desde la que se veía una colina no muy lejana, y un soldado dijo:

—Esa elevada colina de allá recibe el nombre de «Silla de la reina» porque una de las reinas de España colocó allí su silla cuando las tropas francesas y españolas asediaban Gibraltar, y dijo que no se movería de aquel lugar hasta que la bandera inglesa fuese arriada de las fortalezas. Si los ingleses no hubiesen sido tan galantes como para arriar la bandera durante unas horas, la reina habría tenido que romper su juramento o morir allí.

En la cima más alta de Gibraltar nos detuvimos un buen rato y, desde luego, las mulas estaban agotadas. Tenían derecho a estarlo. El camino militar era bueno, aunque muy empinado, y recorría un buen trecho. La vista desde el angosto saliente era magnífica. Desde allí, los navíos que parecían los barcos de juguete más diminutos del mundo, se convertían en nobles buques por obra y gracia de los telescopios; y otros barcos que se hallaban a cincuenta o incluso sesenta millas de distancia, invisibles al ojo humano, se distinguían claramente gracias también a los telescopios. Abajo, a un lado, teníamos una masa infinita de baterías y al otro, el mar.

Mientras descansaba tan ricamente en un terraplén y refrescaba mi ardiente cabeza con una deliciosa brisa, un guía entrometido que iba con otro grupo se acercó y dijo:

—Señor, esa elevada colina de allá recibe el nombre de «Silla de la reina»...

—Señor, soy un huérfano indefenso en una tierra extranjera. Tenga piedad de mí. Por favor, ¡no vuelva a castigarme con esa vieja leyenda del demonio!

Vaya, había vuelto a utilizar un lenguaje fuerte después de prometer que no lo haría nunca más; pero la provocación era irresistible para cualquier ser humano. Si los hubiesen molestado a ustedes de esa forma, mientras el noble panorama de España, África y el Mediterráneo azul se extendían a sus pies, y deseaban observar, disfrutar y saciarse de tanta belleza en silencio, seguro que habrían utilizado un lenguaje aún más fuerte que el mío.

Gibraltar ha resistido a varios asedios prolongados: uno de ellos duró casi cuatro años (y fracasó), y los ingleses lo capturaron por medio de una estratagema. Lo asombroso es que haya alguien capaz de soñar con algo tan imposible como tomarlo por asalto, aunque lo cierto es lo han intentado más de una vez.

Los moros ocupaban el lugar hace mil doscientos años, y en el medio de la villa aún se levanta un viejo e inquebrantable castillo de aquella época, con almenas llenas de musgo y los laterales muy marcados por los disparos efectuados en las batallas y asedios que ya han quedado en el olvido. Hace un tiempo se descubrió una cámara secreta oculta en la piedra de detrás del castillo, que contenía una espada de excelente factura, y una vieja y extraña armadura de un estilo que ni los anticuarios conocen,

aunque se supone que es romano. Armaduras romanas y reliquias romanas de distinto tipo han aparecido también en una cueva del extremo de Gibraltar que da al mar. La historia dice que Roma dominaba esta parte del país en la era cristiana, y esos objetos parecen confirmar tal afirmación.

En dicha cueva también han aparecido huesos humanos, cubiertos por una densa capa pétreo, y los eruditos se han atrevido a afirmar que esos hombres no sólo vivieron antes del diluvio, sino que lo hicieron diez mil años antes. Puede que sea verdad, al menos parece razonable, pero mientras no consigan votar, el asunto nunca será de interés público. Además, en la cueva se han encontrado esqueletos y fósiles de animales que existen en todos los rincones de África y que, sin embargo jamás han existido en ningún lugar de España, a excepción del Peñón de Gibraltar. Por ello, se ha desarrollado una teoría según la cual el canal que une Gibraltar con África fue, en el pasado, tierra firme y que el istmo bajo y neutro que se extiende entre Gibraltar y las colinas españolas estaba cubierto por el mar y, por supuesto, que aquellos animales africanos se hallaban en Gibraltar porque habían ido en busca de algo (puede que de piedras, que allí las hay a montones), donde se vieron sorprendidos y aislados por el gran cambio cuando éste se produjo. Las montañas de África, al otro extremo del canal, están llenas de monos y en el Peñón de Gibraltar siempre ha habido, y sigue habiendo, muchos monos, aunque en el resto de España no ocurre lo mismo. Es un tema interesante.

En Gibraltar hay una guarnición inglesa de 6000 o 7000 hombres, por lo que abundan los uniformes rojos como el fuego, y los azules y rojos, los uniformes de cuartel, blancos como la nieve, además del curioso uniforme de los Highlanders, que enseña las rodillas. También se ven jóvenes españolas de San Roque, con su dulce mirada; y bellezas moras con velo (supongo que son bellezas), de Tarifa; mercaderes moros de Fez, con turbante, faja y pantalones; vagabundos mahometanos de andrajosas túnicas, con las piernas al aire, procedentes de Tetuán y de Tánger, algunos morenos, otros amarillos y otros tan negros como la tinta; judíos de todas las procedencias, con gabán, gorro y zapatillas, tal y como se ven en los cuadros y en los teatros y como, sin duda, eran también hace tres mil años. Resulta sencillo comprender que una tribu como la nuestra (de alguna manera, nuestros peregrinos sugieren esa expresión, porque avanzan en procesión desordenada por cualquier lugar extranjero con un aire de autocomplacencia e independencia propio de los indios), formada por ejemplares de quince o dieciséis estados de la Unión, se quedase pasmada ante tan variado panorama de la moda actual.

Al hablar de nuestros peregrinos he recordado que tenemos entre nosotros a una o dos personas que, a veces, resultan de lo más molesto. Sin embargo, no incluiré al Oráculo en esa lista. Debo explicar que el Oráculo es un borrico inocente que come por cuatro y parece más erudito de lo que toda la Academia Francesa junta tendría derecho a parecer, que nunca utiliza un monosílabo si se le ocurre una palabra más larga y que jamás, ni por casualidad, conoce el significado de cualquier palabra larga



que utiliza y que tampoco consigue situarla donde debe; aún así, se atreve a dar su opinión sobre los temas más abstrusos y a apoyarla, con autocomplacencia, citando autores que nunca han existido; pero, cuando se siente acorralado, se pasa de inmediato al bando contrario, dice que ha estado afirmado eso desde el principio y se enfrenta a ti con los argumentos que tú mismo has estado blandiendo, aunque haciéndose un lío con las palabras largas, apoderándose de ellos en tus propias narices. Lee un capítulo de la guía de viajes, confunde todos los datos, debido a su mala memoria, y luego se larga a castigar a alguien con semejante despropósito, como si fuese la erudición que lleva años alimentándose de su cerebro y que él adquirió, en sus tiempos de estudiante, gracias a autores que ya han muerto y que han dejado de editarse. Esta mañana, durante el desayuno, señaló hacia fuera y dijo:

—¿Ve usted aquella colina de allí fuera, en la costa africana? Es una de las Calumnias de Miércoles, creo yo... y allí está la definitiva, a su lado.

—La definitiva: no está mal la expresión; pero las Columnas no se encuentran las dos en el mismo lado del estrecho —comprendí que se había dejado engañar por una frase mal redactada de la guía.

—Bueno, no es usted quien debe decir eso, ni yo. Hay eruditos que así lo afirman, y otros que afirman lo contrario. El viejo Gibbons no dice nada de nada, elude el tema por completo. Gibbons siempre hace lo mismo cuando no sabe por donde salir. Pero tenemos a Rolampton. ¿Y qué dice él? Pues dice que estaban las dos en el mismo lado, y Trinculian, y Sobaster, y Syraccus, y Langomarganbl...

—Oh, déjelo, es más que suficiente. Si usted se dedica a inventarse eruditos y testimonios, yo no tengo nada más que decir: déjelas estar en el mismo lado.

El Oráculo no nos molesta. Hasta nos hace gracia. Resulta bastante sencillo tolerar al Oráculo, pero tenemos a bordo un poeta y un idiota decidido y amigable que sí hacen sufrir a todo el grupo. El primero reparte copias de sus versos en honor de cónsules, comandantes, dueños de hoteles, árabes, holandeses... en realidad de cualquiera que se someta a un penoso castigo impuesto con la mejor de las voluntades. Su poesía no está mal para escucharla a bordo, a pesar de la ocasión en que escribió «Oda al océano en plena tormenta» en media hora, y «Apóstrofe al ave posada en el combés del navío» en la media hora siguiente: la transición nos resultó a todos demasiado abrupta; pero cuando envía una factura por sus versos al gobernador de Faial y otra al comandante en jefe y demás dignatarios de Gibraltar con los cumplidos del Poeta Laureado del Navío, no resulta popular entre los pasajeros.

El otro personaje del que he hecho mención es joven e inexperto, y no es despierto, ni cultivado, ni inteligente. Pero lo será algún día, si recuerda las respuestas a todas sus preguntas. En el barco se le conoce como «Signo de Interrogación», apodo que, debido a su uso constante, ha quedado reducido a «Interrogación». Ya se ha distinguido en dos ocasiones. En Faial, alguien señaló una montaña y le dijo que medía doscientos cincuenta metros de alto y trescientos cincuenta de ancho. También le dijo que un túnel, que medía seiscientos metros de largo por trescientos de alto,

atravesaba la montaña de un extremo al otro. Se lo creyó. Se lo repitió a todo el mundo, discutió al respecto y recurrió a su cuaderno de notas, donde lo había apuntado todo. Al final, entendió la útil indirecta oculta en la siguiente afirmación, hecha por un atento peregrino:

—Pues sí que resulta asombroso, un túnel de lo más singular: sobresale cincuenta metros por encima de la cumbre de la montaña, y uno de sus extremos mide doscientos cincuenta metros más que la base.

Aquí, en Gibraltar, arrincona a los educados oficiales británicos y los importuna con bravatas sobre América y las maravillas que dicha nación puede hacer. A uno de ellos le dijo que un par de nuestras cañoneras podrían llegar hasta aquí ¡y hacer que Gibraltar entre a golpes en el mar Mediterráneo!

En este preciso instante, media docena de viajeros nos hemos embarcado, por nuestra cuenta y riesgo, en una excursión de placer privada. Constituimos más de la mitad de la lista de pasajeros blancos a bordo de un pequeño vapor que navega rumbo a la venerable ciudad mora de Tánger, en África. Nada hay en este mundo más seguro que el hecho de que nos estamos divirtiendo. No puede ser de otra manera cuando se surcan unas aguas tan centelleantes y se respira la suave atmósfera de esta soleada tierra. Aquí las preocupaciones no pueden asediarnos. Nos hallamos fuera de su jurisdicción.

Incluso pasamos echando vapor, imprudentemente, junto a la amenazante fortaleza de Malabat (alcázar del emperador de Marruecos) sin la más mínima sensación de miedo. Toda la guarnición resultó estar armada y preparada para luchar, en actitud amenazante, y ni aún así el pánico nos dominó. Toda la guarnición marchaba y contramarchaba en el interior de la muralla, a plena vista, pero ni siquiera nos estremecimos.

Supongo que, en realidad, no sabemos lo que es el miedo. Pregunté cómo se llamaba la guarnición de la fortaleza de Malabat, y me dijeron que Mehmet Ali Ben Sancom <sup>[8]</sup>. Yo apunté que sería buena idea conseguir que alguna guarnición más lo ayudase; pero me dijeron que no, que el hombre no tenía nada más que hacer que defender el lugar y que era lo bastante competente como para hacerlo, que ya lo había hecho durante dos años. No había quien refutase semejante afirmación. No hay nada como tener buena fama.

De vez en cuando me perturba la compra de guantes que realicé la última noche que pasamos en Gibraltar. El cirujano de a bordo, Dan y yo nos habíamos acercado hasta la plaza principal, para escuchar la música de las estupendas bandas militares y contemplar la hermosura y elegancia de las mujeres inglesas y españolas; a las nueve íbamos camino del teatro cuando nos encontramos al general, al juez, al comodoro, al coronel y al comisionado de los Estados Unidos para Europa, Asia y África, que habían ido a la Casa Club para registrar sus títulos varios y empobrecer el menú. Nos recomendaron que fuésemos a una tienda pequeña, próxima al Palacio de Justicia, y comprásemos guantes de cabritilla. Dijeron que eran elegantes y de precio muy

moderado. Nos pareció un detalle de estilo ir al teatro con guantes de cabritilla, y aceptamos el consejo. En la tienda, una joven muy hermosa me ofreció un par de guantes azules. Yo no los quería azules, pero ella dijo que quedarían muy bien en una mano como la mía. La afirmación me conmovió de verdad. Lancé una mirada furtiva a mi mano y me pareció un miembro bastante bello. Me probé un guante en la izquierda y me sonrojé. Era evidente que resultaba demasiado pequeño para mí. Pero me sentí agradecido cuando ella dijo:

—¡Oh, le queda perfecto! —Aunque yo sabía que, de eso, nada.

Tiré de él con diligencia, pero el resultado era desalentador. Ella dijo:

—¡Ah! Ya veo que está usted acostumbrado a llevar guantes de cabritilla, pero a algunos caballeros les resulta tan difícil ponérselos...

Era el último cumplido que podía esperarme. Yo sólo sé ponerme bien los de piel de cabra. Hice otro esfuerzo y rasgué el guante desde la base del pulgar hasta el centro de la palma. Intenté ocultar el desgarrón. Ella siguió con sus cumplidos y yo continué decidido a merecerlos o a morir en el intento:

—¡Ah, se ve que tiene usted experiencia! —Un jirón en el dorso de la mano—. Son ideales para usted... tiene la mano tan pequeña. Si se rasgan, no está obligado a pagarlos —un desgarrón en el centro—. Yo siempre me doy cuenta cuando un caballero sabe ponerse unos guantes de cabritilla. La gracia que se muestra sólo se adquiere con la práctica —toda la guardia de popa al gareté, como dicen los marinos: el tejido se abrió en los nudillos y no quedó nada, excepto una deprimente ruina.

Me sentía demasiado halagado como para quejarme y arrojar la mercancía en las manos de aquel ángel. Tenía calor, me encontraba molesto y confuso pero, aún así, era feliz; aunque estaba enfadado con mis dos amigos, por observar con un interés tan absorbente todo el proceso. Deseé que se encontrasen en Jericó. Me sentí intensamente malvado cuando dije con la mayor de las alegrías:

—Éste me queda muy bien; qué elegancia. Me gustan los guantes bien ajustados. No, no tiene importancia, señora, no se preocupe; el otro me lo pondré en la calle. Aquí hace calor.

Y *hacía* calor. Nunca había estado en un sitio en el que hiciese más calor. Pagué lo que debía y, al salir haciendo una reverencia fascinante, me pareció detectar un brillo en la mirada de la mujer que resultaba ligeramente irónico; y cuando volví a mirar desde la calle y la vi reírse sola, pensé para mí: «Oh, sin duda, tú sí que sabes ponerte unos guantes de cabritilla. No eres más que un tonto engreído dispuesto a dejarse engatusar hasta perder el sentido común por la primera mujer que se lo proponga».

El silencio de los otros dos me molestaba. Por fin Dan, pensativo, dijo:

—Algunos caballeros no saben ponerse guantes de cabritilla, pero otros sí.

Y el médico dijo (a la luna, o eso parecía):

—Pero siempre resulta sencillo darse cuenta cuando un caballero está acostumbrado a ponerse guantes de cabritilla.

Dan, después de una pausa, monologó:

—Oh, sí; la gracia que se muestra sólo se adquiere con la práctica.

—Sí, es verdad: me he fijado en que cuando un hombre tira de un guante de cabritilla como si estuviese tirando de un gato por la cola, para arrancarlo del agujero donde se ha quedado atascado, es que sabe ponerse guantes de cabritilla; es que tiene expe...

—Amigos, ¡me parece que es más que suficiente! Se creerán ustedes muy graciosos, supongo, pero yo no estoy de acuerdo. Y si se les ocurre contar algo de esto a esa pandilla de viejos cotillas del barco, jamás se lo perdonaré; no hay más que decir.

Y de momento me dejaron en paz. Siempre dejamos de meternos los unos con los otros a tiempo de evitar que una broma se convierta en algo más. Pero ellos también se habían comprado unos guantes, como yo. Esta mañana los tres nos hemos deshecho de nuestras compras. Eran bastos, insustanciales, estaban salpicados por todas partes de manchurroneos amarillos, y ni podíamos ponérselos ni, mucho menos, usarlos en público. Habíamos recibido, sin saberlo, la visita de un ángel, pero no sacamos partido de ella: en cambio ella sí sacó partido de nosotros.

¡Tánger! Una tribu de árabes robustos se adentra en el mar para llevarnos a la orilla, sobre sus espaldas, desde los botes pequeños.

## VIII

¡E

sto es magnífico! Que aquellos que decidieron atravesar España lo disfruten: nuestro pequeño grupo se conforma con estos dominios del emperador de Marruecos. De momento ya habíamos visto bastante de España en Gibraltar. Tánger es ese sitio en el que siempre habíamos deseado estar. En los demás lugares hemos encontrado cosas de aspecto extranjero y personas de aspecto extranjero, pero siempre con cosas y personas intercaladas que ya nos resultaban familiares, por lo que la novedad de la situación perdía buena parte de su fuerza. Queríamos algo total e inquebrantablemente extranjero: extranjero de los pies a la cabeza, extranjero desde el centro a la circunferencia, extranjero dentro, fuera y por todas partes, que nada en ningún sitio pudiese diluir su rareza, que nada nos recordase a otras gentes u otra tierra bajo el sol. ¡Y hete aquí que en Tánger lo hemos encontrado! Aquí no hay ni una sola cosa que hayamos visto antes, a no ser en pintura, y siempre hemos desconfiado de las pinturas. Pero ya no podemos seguir haciéndolo. Las pinturas nos parecían exageraciones: se nos hacían demasiado raras e imaginativas para ser reales. Pero ¡alto ahí!, no eran lo bastante descabelladas, no eran lo bastante inverosímiles... se han quedado cortas. Tánger es una tierra extranjera donde las haya, y su verdadero espíritu no puede encontrarse en ningún libro que no sea *Las mil y una noches*. Aquí no se ven hombres blancos y, sin embargo, enjambres de seres humanos nos rodean. Ésta es una ciudad atestada y abarrotada, circundada por una enorme muralla de piedra con más de mil años de antigüedad. Casi todas las casas tienen sólo una o dos plantas y espesos muros de piedra enlucidos, son cuadradas como cajas de zapatos, tienen el tejado totalmente plano, sin cornisas, y están completamente encaladas ¡una ciudad repleta de tumbas blancas como la nieve! Y las puertas se curvan con los característicos arcos que se ven en los dibujos moros; los suelos están recubiertos de losas de varios colores; de teselas, cuadraditos de porcelana de colorines forjados en los hornos de Fez; de baldosas rojas y anchos ladrillos que el tiempo no logra desgastar; no hay muebles en las habitaciones (de las viviendas judías), excepto divanes —lo que pueda haber en las moras, es algo que nadie sabe: ningún perro cristino puede atravesar sus sagrados muros. Y las calles son orientales: algunas miden un metro de ancho, otras un metro y medio, pero sólo hay dos calles que tengan cuatro metros de anchura; un hombre puede bloquear la mayoría de ellas sólo con tumbarse cruzado. ¿No resulta una imagen de lo más oriental?

Aquí hay vigorosos beduinos del desierto y majestuosos moros, orgullosos de una historia que se remonta a la noche de los tiempos; y judíos cuyos antepasados llegaron aquí huyendo hace siglos y siglos; y morenos habitantes de las montañas del Rif —asesinos natos— y negros auténticos y verdaderos, tan oscuros como Moisés; y derviches aulladores y cien razas diferentes de árabes: gentes de todo tipo y descripción que resultan curiosas y extranjeras a quien las mira.

Y sus ropas son tan extrañas que escapan a toda descripción. Aquí un moro

bronceado, con un prodigioso turbante blanco, un chaleco curiosamente bordado, un fajín oro y carmesí, con muchos pliegues, que envuelve una y otra vez su cintura, unos pantalones que le quedan por debajo de la rodilla y que, aún así, llevan veinte metros de tejido, una cimitarra muy labrada, las espinillas al aire, los pies sin calcetines, unas zapatillas amarillas, un arma de longitud absurda ;no es más que un simple soldado! Yo creí que, como poco, era el emperador. También hay moros ancianos, con unas barbas blancas y sueltas y unas túnicas largas y blancas con enormes capuchas; y beduinos con largas capas de rayas y con capuz; y negros y gentes del Rif con sus cabezas totalmente afeitadas, a excepción de un mechón rizado detrás de la oreja o, mejor dicho, sobre la curva trasera del cráneo; y toda clase de barbarismos en todo tipo de atuendos curiosos, y todos más o menos raídos. También hay moras que se tapan de la cabeza a los pies con unas bastas túnicas blancas, y cuyo sexo sólo puede determinarse porque lo único que dejan al descubierto es un ojo, y nunca miran a los hombres de su misma raza, ni ellos las miran en público. Hay cinco mil judíos con gabanes azules, fajines en la cintura, zapatillas en los pies, pequeños casquetes en la coronilla, el pelo peinado sobre la frente y abierto con una raya al medio bien recta, de un extremo al otro: la mismísima moda que sus antepasados de Tánger han lucido durante no sé qué cantidad impresionante de siglos. Llevan los pies y los tobillos al aire. Todos tienen la nariz ganchuda, y con el mismo tipo de gancho. Se parecen tanto los unos a los otros, que casi se diría que pertenecen todos a la misma familia. Sus mujeres son regordetas y guapas, y le sonríen al cristiano de una forma que, en última instancia, resulta reconfortante.

¡Qué ciudad tan curiosa es ésta! Parece una profanación reír, bromear e intercambiar las frívolas conversaciones de nuestros tiempos entre sus antediluvianas reliquias. Sólo la imponente fraseología y el comedido discurso de los hijos del Profeta resultan adecuados para una venerable antigüedad como ésta. Aquí hay un muro desmoronado que ya era viejo cuando Colón descubrió América; ya era viejo cuando Pedro el Ermitaño incitó a los hombres caballerescos de la Edad Media a armarse para la Primera Cruzada; ya era viejo cuando Carlomagno y sus paladines asediaban castillos encantados y batallaban con gigantes y genios en los legendarios días de los viejos tiempos; ya era viejo cuando Cristo y sus discípulos caminaban sobre la tierra; ¡ya estaba donde está hoy cuando los labios de Memnón eran vehementes y los hombres compraban y vendían en las calles de la antigua Tebas!

Los fenicios, los cartagineses, los ingleses, los moros, los romanos, todos han peleado por Tánger, todos la han ganado y la han perdido.

Aquí se ve un negro andrajoso, de aspecto oriental, procedente de algún lugar desértico del interior de África, que llena su odre de agua en una fuente manchada y vapuleada, construida por los romanos hace mil doscientos años. Más allá se aprecia el arco en ruinas de un puente levantado por Julio César hace mil novecientos años. Los hombres que vieron al Niño-Dios en los brazos de la Virgen María han caminado sobre él, quizás.

Cerca encontramos las ruinas de un astillero donde César reparó sus naves y las llenó de grano cuando invadió Bretaña, cincuenta años antes del comienzo de la era cristiana.

Aquí, bajo las silenciosas estrellas, estas viejas calles parecen atestadas de los fantasmas de épocas ya olvidadas. Mis ojos descansan sobre un lugar en el que se levantó un monumento que los historiadores romanos vieron y describieron hace dos mil años, en el que había inscrito:

**SOMOS LOS CANAANITAS. SOMOS AQUELLOS EXPULSADOS DE LA TIERRA**

**DE CANAÁN POR EL LADRÓN JUDÍO, JOSUÉ**

Josué los expulsó y ellos vinieron aquí. A no muchas leguas de la ciudad hay una tribu de judíos cuyos antepasados llegaron hasta allí huyendo después de una rebelión fracasada contra el rey David, por lo que sus descendientes siguen considerándose excluidos y no se mezclan con los demás.

Tánger ha formado parte de la historia desde hace tres mil años. Y ya era ciudad, aunque rara, cuando Hércules, ataviado con su piel de león, desembarcó aquí hace cuatro mil años. En estas calles se encontró con Anteo, el rey del país, y lo descalabró con su garrote, que era la moda entre caballeros por aquellos días. Las gentes de Tánger (que entonces se llamaba Tingis) vivían en las chozas más toscas que imaginarse pueda, vestían pieles, llevaban garrotes y eran tan salvajes como los animales con los que se veían obligados a luchar constantemente. Pero eran una raza caballerosa y no trabajaban. Vivían de los productos naturales que daba la tierra. La casa de campo de su rey estaba en los famosos jardines de las Hespérides, a setenta millas de aquí siguiendo la costa. Los jardines, con sus manzanas de oro (naranjas), ya no existen... no queda ni rastro de ellos. Los anticuarios admiten que un personaje como Hércules existió en la edad antigua, y aceptan que era un hombre emprendedor y lleno de energía, pero se niegan a creer que fuese un dios auténtico y bueno, porque eso sería anticonstitucional.

Aquí, en el Cabo Espartel, está la famosa cueva de Hércules, donde el héroe se refugió cuando fue derrotado y expulsado del territorio de Tánger. Está llena de inscripciones en lenguas muertas, lo que me hace pensar que Hércules no debió de haber viajado mucho, si no nunca habría llevado un diario.

A cinco días de viaje de aquí —unas doscientas millas— están las ruinas de una ciudad antigua, de cuya historia no existe ni constancia ni tradición. Y sin embargo sus arcos, sus columnas y sus estatuas proclaman que fue construida por una raza ilustrada.

El tamaño normal de una tienda de Tánger es más o menos el de una ducha en tierras civilizadas. El mercader, hojalatero, zapatero o vendedor de baratijas mahometano se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, y desde allí alcanza cualquier artículo que deseemos comprar. Se puede alquilar una manzana entera de esas casillas por cincuenta dólares al mes. Los mercaderes atestan el mercado con sus

cestos de higos, dátiles, melones, albaricoques, etc., y entre ellos, largas hileras de burros cargados, que no son mucho más grandes que un terranova. La escena es alegre, pintoresca y huele a cochiguera. Los cambistas judíos tienen sus guaridas muy cerca, y se pasan el día contando monedas de bronce y pasándolas de un cesto de una fanega a otro. Ya no se acuñan tantas monedas hoy en día, creo yo. No vi ninguna que no tuviese cuatrocientos o quinientos años, y que no estuviese muy gastada y deteriorada. No son monedas muy valiosas. Jack salió a cambiar un napoleón, para tener dinero adecuado al bajo precio de las cosas, y al volver dijo que «había inundado el banco, comprado once litros de moneda, y el director de la empresa había salido a la calle a negociar para conseguir el saldo del cambio». Yo mismo me compré casi media pinta de su dinero a cambio de un chelín. Aunque no me enorgullezco de tener tanto dinero. La riqueza me da igual.

Los moros tienen algunas pequeñas monedas de plata y varias fichas de plata, que se usan como moneda y que valen cada una un dólar. Estas últimas son sumamente escasas, tanto que cuando los árabes pobres y andrajosos ven una, ruegan que se les permita besarla.

También tienen una pequeña moneda de oro que vale dos dólares. Y eso me recuerda una cosa: cuando Marruecos se encuentra en estado de guerra, los correos árabes llevan cartas por todo el país y cobran un generoso franqueo. De vez en cuando caen en manos de bandas de merodeadores que les roban. Escarmentados por la experiencia, tan pronto reúnen monedas por valor de dos dólares, las cambian por una de esas moneditas de oro y, cuando los ladrones los atacan, se la tragan. La estratagema funcionó mientras nadie sospechó la jugada, pero después los ladrones se limitaron a administrarle un vomitivo al sagaz correo y sentarse a esperar.

El emperador de Marruecos es un déspota despiadado, y los grandes jefes a su mando son déspotas a menor escala. No tienen un auténtico sistema tributario, pero cuando el emperador o el pachá necesitan dinero, gravan con impuestos a algún rico, que deberá proporcionar la lana o ir a la cárcel. Por eso, pocos hombres en Marruecos se atreven a ser ricos. Es un lujo demasiado peligroso. A veces la vanidad lleva a alguien a manifestar su riqueza, pero antes o después el emperador se inventa una acusación contra él —sirve cualquiera— y confisca sus propiedades. Por supuesto que hay muchos hombres ricos en el imperio, pero tienen el dinero enterrado, se cubren con harapos y fingen pobreza. De vez en cuando el emperador encarcela a algún sospechoso del delito de ser rico, y le pone las cosas tan feas que se ve obligado a descubrir dónde ha escondido su dinero.

En ocasiones los moros y los judíos solicitan la protección de los cónsules extranjeros, y entonces pueden pasear sus riquezas por delante de las narices del emperador con total impunidad.



## IX

**Y**a la primera aventura que vivimos ayer por la tarde, después de desembarcar, estuvo a punto de suponer el fin del despreocupado Blucher. Acabábamos de montar en varias mulas y burros y nos poníamos en marcha bajo la tutela del majestuoso, principesco y magnífico Hadji Muhammad Lamarty (¡Ojalá aumente su tribu!), cuando llegamos a una hermosa mezquita musulmana, con su alta torre, llena de ajedrezados de porcelana en todos los colores, y todas y cada unas de las partes de edificio adornadas con la singular arquitectura de la Alhambra, y Blucher empezó a cruzar, montado, la puerta abierta. Un sorprendido ¡Eh, eh!, de nuestros seguidores y un claro ¡Alto!, de un caballero inglés que formaba parte del grupo, frenaron al aventurero, y después nos contaron que tan terrible profanación es que el perro cristiano ponga el pie en el sagrado umbral de una mezquita musulmana, que por mucho que se la purifique luego, ya nunca será adecuada para que el fiel vuelva a rezar en ella. Si Blucher hubiera logrado entrar, sin duda lo habrían perseguido por toda la ciudad para acabar lapidado; hubo un tiempo, y no hace tanto, en el que se asesinaba despiadadamente a cualquier cristiano al que se capturase en una mezquita. Echamos un vistazo a los hermosos suelos de teselas del interior y a los fieles realizando sus abluciones en las fuentes, pero hasta esa simple ojeada fue algo que no gustó nada a los moros que pasaban por la calle.

Hace unos años, el reloj de la torre de la mezquita se estropeó. Los moros de Tánger han degenerado tanto que ya hace mucho que no hay entre ellos un artífice capaz de curar un paciente tan frágil como un reloj debilitado. Los grandes hombres de la ciudad se reunieron en solemne cónclave para decidir cómo enfrentarse a dicha dificultad. Discutieron el asunto concienzudamente, pero no alcanzaron solución alguna. Al final, uno de los patriarcas se puso en pie y dijo:

—Oh, hijos del Profeta, ya os es sabido que un perro cristiano y relojero portugués contamina la ciudad de Tánger con su presencia. También sabéis que cuando se construyen las mezquitas, los burros cargan con las piedras y el cemento, y cruzan el sagrado umbral. Por lo tanto, enviad al perro cristiano a cuatro patas y descalzo al interior del recinto sagrado para que arregle el reloj, ¡como si de un burro se tratase!

Y así se hizo. Por lo que, si Blucher ve alguna vez el interior de una mezquita, tendrá que deshacerse de su humanidad y adoptar su temperamento innato. Visitamos la cárcel y encontramos prisioneros moros haciendo alfombrillas y cestos. (Esta manera de utilizar el delito huele a civilización). El asesinato se castiga con la muerte. Hace poco tiempo sacaron a tres asesinos del recinto amurallado de la ciudad y allí los fusilaron. Las armas de fuego moras no son buenas, como tampoco lo son los tiradores moros. En este caso, situaron a los pobres criminales a larga distancia, como se hace con muchos blancos, y practicaron el tiro con ellos: los tuvieron pegando brincos y esquivando balas durante media hora antes conseguir dar en el

centro.

Cuando un hombre roba ganado, le cortan la mano derecha y la pierna izquierda, y las cuelgan en algún lugar visible de la plaza del mercado como advertencia general. No son artistas de la cirugía. Cortan un poco alrededor del hueso y después rompen el miembro. A veces el paciente se recupera; pero por regla general, no lo consigue. Sin embargo, el corazón moro es audaz. Los moros siempre han sido valientes. Estos criminales soportan tan espantosa operación sin siquiera pestañear, sin temblor de ninguna clase, sin un solo gemido. No hay sufrimiento capaz de reducir el orgullo de un moro o de hacerle deshonorar su dignidad con un grito.

Aquí el matrimonio es un contrato que acuerdan los padres de los involucrados. No hay tarjetas del día de los enamorados, ni encuentros robados, ni salidas a caballo, ni cortejos en salones poco iluminados, ni discusiones de novios con sus reconciliaciones, ni nada de lo que tan adecuado es para aproximarse al matrimonio. El joven acepta a la chica que le elige su padre, se casa con ella y luego es cuando le retira el velo y puede verla por primera vez. Si después de tratarla un tiempo ésta le conviene, se queda con ella; pero si sospecha de su pureza, se la encasqueta de vuelta al padre; si descubre que tiene alguna enfermedad, lo mismo; o si, transcurrido un tiempo justo y razonable, ella no consigue concebir hijos, se va de regreso al hogar de su niñez.

Los mahometanos que pueden permitírselo, tienen a mano unas cuantas esposas. Se las llama esposas, aunque creo que el Corán sólo permite cuatro esposas auténticas, el resto son concubinas. El emperador de Marruecos no sabe cuántas mujeres tiene, pero cree que tiene quinientas. Sin embargo, por ahí andará la cosa, ya que docena arriba o docena abajo, tanto da.

Hasta los judíos del interior tienen varias mujeres.

He logrado entrever la faz de varias mujeres moras (es que son humanas y revelan sus rostros para que el perro cristiano los admire cuando no hay ningún moro cerca), y siento la mayor de las veneraciones ante la sensatez que las lleva a cubrir una fealdad tan atroz.

Llevan los hijos a la espalda, en un saco, como otros salvajes de todo el mundo.

Una buena parte de los negros son esclavos de los moros. Pero en el momento en que una mujer esclava se convierte en la concubina de su amo, se rompen sus ataduras, y en cuanto un esclavo es capaz de leer el primer capítulo del Corán (que contiene el credo), nadie puede obligarlo a la esclavitud.

En Tánger tienen tres domingos a la semana. El de los mahometanos se celebra el viernes, el de los judíos el sábado y el de los cónsules cristianos el domingo. Los judíos son los más radicales. El moro acude a su mezquita al mediodía de su fiesta sagrada, como cualquier otro día, se descalza en la puerta, realiza sus abluciones, hace sus zalemas, estampando su frente contra el suelo una y otra vez, dice sus oraciones y vuelve al trabajo. Pero el judío cierra el negocio; no toca ningún dinero de cobre o de bronce; no mancilla sus dedos con nada que sea inferior a la plata o el

oro; asiste a la sinagoga con devoción; no cocina ni tiene relación alguna con el fuego; y se abstiene religiosamente de emprender cualquier empresa.

El moro que ha peregrinado a la Meca tiene derecho a recibir honores. Los hombres lo llaman *hadji* y, desde ese momento, se convierte en un gran personaje. Cientos de moros llegan cada año a Tánger y embarcan hacia la Meca. Parte del camino lo hacen en vapores ingleses, y los diez o doce dólares que pagan por el pasaje es el precio de casi todo el viaje. Se llevan cierta cantidad de comida, y cuando falla la intendencia, hay follón, tal y como lo expresa Jack, a su manera escandalosa y jergal. Desde el momento en que se marchan hasta que regresan de nuevo al hogar, no se lavan, ni en tierra ni en la mar. Suelen estar fuera entre cinco y siete meses, y como no se cambian de ropa en todo ese tiempo, cuando regresan no están en condiciones de visitar a nadie, ni de que nadie los visite.

Muchos de ellos tienen que rascarse el bolsillo durante un largo período de tiempo para reunir los diez dólares que cuesta el pasaje, y cuando uno regresa, se queda en bancarrota por siempre jamás. Pocos moros pueden recuperar sus finanzas en el breve tiempo de una vida, después de tan imprudente desembolso. Con el fin de conservar la dignidad de *hadji* para los caballeros de sangre patricia y propiedades, el emperador decretó que ningún hombre podría realizar el peregrinaje, a no ser los abotargados aristócratas que valiesen cien dólares en monedas. ¡Pero atención a cómo la iniquidad consigue burlar la ley! A cambio de una retribución, los banqueros judíos adelantan al peregrino cien dólares el tiempo suficiente para que preste juramento, y luego los recuperan antes de que el barco zarpe.

España es la única nación a la que temen los moros. Y eso es porque España envía sus buques de guerra más pesados y sus cañones más ruidosos para asombrar a estos musulmanes, mientras que América y otras naciones sólo envían un despreciable cañonero, que más parece una bañera, y eso de vez en cuando. Los moros, al igual que otros salvajes, aprenden de lo que ven, no de lo que oyen o leen. Nosotros tenemos grandes flotas en el Mediterráneo, pero casi nunca tocan puertos africanos. Los moros tienen una pobre opinión de Inglaterra, Francia y América, y a sus representantes los someten a una buena cantidad de circunloquios burocráticos antes de concederles sus derechos, mucho menos un favor. Pero tan pronto un ministro español exige algo, se le concede de inmediato, ya sea justo o no.

España castigó a los moros hace cinco o seis años por unas tierras en disputa situadas frente a Gibraltar, y capturó la ciudad de Tetuán. Negoció el aumento de su territorio, una indemnización de veinte millones de dólares en dinero y la paz. Y después entregó la ciudad. Pero no la entregó hasta que los soldados españoles se hubieron comido todos los gatos. No llegaron a un acuerdo mientras hubo gatos. A los españoles les gustan muchos los gatos. Por el contrario, los moros veneran a los gatos como algo sagrado. Así que los españoles, en aquella ocasión, les tocaron su punto débil. Ese acto tan poco felino de comerse todos los gatos de Tetuán, hizo albergar el odio hacia ellos en los corazones de los moros, a los que ni siquiera les

había afectado el hecho de que los hubieran expulsado de España. Pero ahora los moros y los españoles son enemigos eternos. Francia tuvo aquí a un ministro que puso en su contra a toda la nación de la forma más inocente posible. Mató un par de batallones de gatos (Tánger está llena de ellos) e hizo con sus pieles una alfombra para el salón. Mandó fabricar la alfombra en círculos: primero un círculo de machos viejos y grises, con las colas apuntando hacia el centro; después un círculo de gatos dorados; luego otro de gatos negros, seguido de uno de blancos; a continuación un círculo de todo tipo de gatos y, por último, una pieza central de gatitos variados. Era muy bonita, pero los moros aún siguen maldiciendo su recuerdo.

Hoy, cuando fuimos a visitar a nuestro cónsul americano, me fijé en que todas las variedades posibles de juegos de salón estaban representadas en sus mesas de centro. Me pareció que eso daba sensación de soledad. La idea era correcta. Su familia es la única americana de Tánger. Aquí hay muchos cónsules extranjeros, pero no se tiene costumbre de hacer demasiadas visitas. Es evidente que Tánger está fuera del mundo, así que ¿de qué sirve ir de visita si nadie tiene nada de que hablar? De nada. Por eso las familias de los cónsules se quedan en casa y se divierten como pueden. Tánger resulta muy interesante para un día, pero después se convierte en una cárcel fastidiosa. El cónsul general lleva aquí cinco años, y está tan harto que le parecen un siglo, por lo que dentro de poco volverá a casa. Su familia se apodera de las cartas y de los periódicos tan pronto llega el correo, los leen una y otra vez durante dos o tres días, los comentan sin descanso durante dos o tres días más hasta que los han exprimido por completo, y después, un día tras otro, comen, beben y duermen, recorren el mismo viejo camino, ven las mismas cosas viejas y pesadas que ni varias décadas de siglos han logrado cambiar, ¡y no dicen ni una palabra! Literalmente no tienen nada de que hablar. La llegada de un buque de guerra americano es un regalo del cielo. «Oh, Soledad, ¿dónde están los encantos que los sabios han visto en tu rostro?» <sup>[9]</sup>. Es el exilio más absoluto que imaginarme pueda. Yo recomendaría encarecidamente al gobierno de los Estados Unidos que, cuando un hombre cometa un delito tan infame que la ley no proporcione un castigo adecuado, se le nombre cónsul general en Tánger.

Me alegro de haber visto Tánger, la segunda ciudad más antigua del mundo. Pero creo que estoy preparado para despedirme de ella.

Desde aquí iremos a Gibraltar, esta noche o por la mañana, y sin duda el *Quaker City* zarpará de dicho puerto en las próximas cuarenta y ocho horas.

## X

**P**asamos el 4 de julio a bordo del *Quaker City*, en medio del océano. En todos los sentidos, fue un día típicamente mediterráneo: impecablemente hermoso. El cielo despejado; una refrescante brisa veraniega; un sol radiante que destellaba alegremente desde unas olas pequeñas y bailarinas, en lugar de desde unas encrespadas montañas de agua; un mar que era tan increíblemente azul, tan profusa y brillantemente azul, que vencía las sensibilidades más insulsas con el hechizo de su fascinación.

Hasta tienen atardeceres exquisitos en el Mediterráneo, algo que resulta difícil de encontrar en la mayoría de los lugares del planeta. La noche que nos alejamos de Gibraltar, aquel peñón de rasgos tan duros nadaba en medio de una cremosa bruma tan suntuosa, tan suave, tan encantadoramente imprecisa e indefinida, que hasta el Oráculo, ese sereno, ese inspirado, ese tremendo embaucador, desdeñó el gong que anunciaba la cena y se demoró para rendirle culto. Dijo:

—Vaya, qué maggnífico, ¿no? No hay cosas como ésta en las partes de las que venimos, ¿verdad? Considero que esos efectos se deben a la refragación superior, por así decirlo, de la combinación dirámica del sol con las fuerzas linfáticas del perihelio de Júpiter. ¿Qué opinan ustedes?

—¡Oh, váyase a la cama! —Dan le dijo y se marchó.

—Ah, sí, está muy bien eso de mandar a alguien a la cama cuando un hombre argumenta algo a lo que otro hombre no puede contestar. Dan no tiene nada que hacer debatiendo conmigo. Y lo sabe. ¿Qué dice usted, Jack?

—Mire, doctor, a mí no me venga a dar la lata con esas tonterías de diccionario. Yo no me meto con usted, ¿verdad que no? Pues déjeme en paz.

—También se ha ido. Vaya, los muchachos han atajado al viejo Oráculo, como ellos dicen, pero es que el viejo es mucho para ellos. Y el Poeta Laurado, ¿está satisfecho con sus deducciones?

El poeta contestó con un pareado cruel y se fue abajo.

—Puede que tampoco él esté a la altura. Bueno, tampoco esperaba yo mucho de él. Aún no he visto ni uno solo de esos poetas que sepa algo. Ahora bajará y emporronará cuatro resmas de las más horribles sensiblerías sobre ese viejo peñón y se las dará a un cónsul, o a un piloto, o a un negro, o a cualquiera con el que se encuentre y al que consiga imponer su voluntás. Pena que nadie coja a ese pobre chalado y le arranque del cuerpo toda esa paparrucha de la poesía. ¿Por qué no puede un hombre concentrar su intelecto en cosas que valgan algo? Gibbons, Hippocrates y Sarcophagus, y todos los antiguos filósofos les tenían manía a los poetas...

—Doctor —le dije—, va a empezar a inventarse autoridades y yo también me iré. Siempre disfruto con sus conversaciones, a pesar de la exuberancia de sus sílabas, cuando la filosofía que ofrece se basa en su propia responsabilidad; pero cuando empieza usted a desorbitarse... cuando empieza usted a respaldarla con la prueba de

autoridades que son creación de su propia fantasía, pierdo la confianza.

Ésa era la forma de adular al doctor. Lo consideraba una especie de reconocimiento por mi parte del miedo a discutir con él. Siempre perseguía a los pasajeros con impenetrables propuestas expuestas con un lenguaje que ningún hombre era capaz de entender, y éstos soportaban la exquisita tortura uno o dos minutos y luego abandonaban el campo. Un triunfo como ése, sobre media docena de antagonistas, le parecía suficiente por un día; desde el momento en que lo lograba, se dedicaba a patrullar las cubiertas y a regalar con una sonrisa de oreja a oreja, amablemente, a todos aquéllos con los que se cruzaba, tranquilo y completamente feliz.

Pero me estoy alejando del tema. El retumbar de nuestros dos espléndidos cañones anunció el cuatro de julio, al amanecer, a todos los que estaban despiertos. Aunque muchos de nosotros nos enteramos a una hora más tardía y gracias al calendario. Se izaron al viento todas las banderas, excepto media docena que eran necesarias para decorar algunas zonas inferiores del barco, y en poco tiempo el buque había adoptado un aspecto festivo. Durante la mañana se celebraron reuniones y toda clase de comités pusieron manos a la obra para organizar las ceremonias de celebración. Por la tarde, el pasaje del barco se reunió a popa, en cubierta, bajo los toldos; la flauta, el asmático melodeón y el clarinete tísico arruinaron «The Star-Spangled Banner», el coro salió a la caza para intentar tapar el desastre y George intervino con un aullido particularmente lacerante en la nota final y lo asesinó. Nadie lloró su muerte.

Sacamos el cadáver con tres ovaciones (este chiste no ha sido intencionado y no lo suscribo), y el presidente, entronizado detrás de un pañol cubierto con la bandera nacional, anunció al «Lector», que se levantó y leyó esa misma Declaración de Independencia que todos hemos escuchado tan a menudo sin prestar la más mínima atención a lo que dice; y después el presidente convocó al Orador del Día a su puesto de combate, y él pronunció el mismo discurso de siempre sobre nuestra grandeza nacional, en la que nosotros tan religiosamente creemos y tan fervorosamente aplaudimos. Y otra vez volvió el coro al asalto, con los apenados instrumentos, y agredieron el «Hail Columbia»; y cuando la victoria colgaba oscilante de la escala, regresó George con su espantoso registro de ganso salvaje al ataque, y el coro ganó, por supuesto. Un ministro pronunció la bendición, y la pequeña reunión patriótica se disolvió. El cuatro de julio salía indemne, por lo que al Mediterráneo se refería.

Por la noche, durante la cena, uno de los capitanes del barco recitó, con brío, un poema original y bien escrito, y los trece brindis de siempre se regaron con varias cestas de *champagne*. Los discursos fueron malos, abominables casi sin excepción. En realidad sólo hubo una excepción. El capitán Duncan pronunció un buen discurso; el suyo fue el único discurso bueno de la velada. Dijo:

—Damas y caballeros: ojalá todos vivamos muchos y buenos años y seamos afortunados y felices. Camarero, traiga otro cesto de *champagne*. Nos pareció un

esfuerzo muy logrado.

La celebración, por así llamarla, terminó con otro de esos bailes milagrosos en la cubierta de paseo. Pero no estábamos acostumbrados a bailar con la mar en calma, por lo que el éxito fue dudoso. Aunque, en conjunto, aquél fue un cuatro de julio alegre, animado y agradable.

Poco antes del anochecer, al día siguiente, entramos en el gran puerto artificial de la noble ciudad de Marsella, y vimos al agonizante sol dorar sus arracimadas agujas y murallas, e inundar sus muchas leguas de verdor con un tenue resplandor que rozaba con un encanto adicional las blancas villas que, aquí y allá, salpicaban el paisaje. [Copyright reservado según lo exigido por la ley].

No había desembarcaderos y no pudimos bajar a puerto. No nos pareció bien. Estábamos llenos de entusiasmo, ¡queríamos ver Francia! Justo al anochecer, nuestro grupo de tres llegó a un acuerdo con un barquero, que nos concedió el privilegio de utilizar su lancha como puente: su proa se hallaba junto a la escala de nuestro buque y su popa tocaba el muelle. Subimos y el hombre salió de espaldas hacia el puerto. Le dije en francés que sólo queríamos pasar por encima de sus bancadas y bajar a tierra, y le pregunté por qué se había alejado. Me dijo que no me entendía. Se lo repetí. Seguía sin entenderme. Parecía ignorar por completo el francés. Lo intentó el doctor, pero tampoco pudo entender al doctor. Le pedí al barquero que explicase el porqué de su conducta, cosa que hizo; pero entonces fui yo quien no pudo entenderlo a él. Dan dijo:

—¡Vamos, regrese al muelle, viejo loco! Allí es a donde queremos ir. Con calma, razonamos con Dan que de nada servía hablarle en inglés a aquel extranjero, que era mejor que nos dejase a nosotros solucionar el asunto en francés, sin permitir que el extranjero se diese cuenta de lo inculto que era.

—Bueno, adelante, adelante —dijo—, no se preocupen por mí. No deseo entrometerme. Pero si siguen ustedes hablándole en ese sucedáneo de francés, jamás se enterará de a dónde queremos ir. Ésa es mi opinión.

Le reñimos con severidad por semejante afirmación y dijimos que no conocíamos a ninguna persona ignorante que no tuviese, también, prejuicios. El francés volvió a hablar y el doctor dijo:

—Fíjese, Dan, dice que está *allez* al *douain*. Lo que significa que está yendo al hotel. Pero claro, nosotros no sabemos francés.

El argumento fue aplastante, como diría Jack. Acabó con cualquier asomo de crítica por parte del miembro descontento. Pasamos costeadando las afiladas proas de una armada de grandes barcos de vapor y nos detuvimos, por fin, ante un edificio gubernamental situado en un muelle de piedra. Entonces nos resultó sencillo recordar que la *douain* era la aduana y no el hotel. Sin embargo, no lo dijimos. Con esa encantadora educación francesa, los agentes se limitaron a abrir y cerrar nuestras carteras, rechazaron examinar nuestros pasaportes, y nos dejaron marchar. Nos detuvimos ante el primer café que vimos, y entramos. Una anciana nos sentó en una

mesa y esperó a que le pidiésemos algo. El doctor dijo:

—*Avez-vous du vin?*

La dama nos miraba perpleja. El doctor volvió a decir, con una elaborada claridad de vocalización:

—*Avez-vous du... vin!*

La dama parecía aún más perpleja que antes. Yo dije:

—Doctor, tiene que haber algún fallo en su pronunciación. Déjeme intentarlo a mí. *Madame, avez-vous du vin?* No sirve de nada, doctor, le paso el testigo.

—*Madame, avez-vous du vin... du fromage... pain... manitas de cerdo en vinagre... beurre... des oeufs... du boeuf... rábanos silvestres, chucrut, cerdo y sémola de maíz... lo que sea, ¡cualquier cosa que el estómago de un cristiano sea capaz de soportar!*

Ella dijo:

—¡Válgame Dios!, ¿por qué no me habló antes en inglés? ¡Soy incapaz de entender ese francés tan desastroso!

Las humillantes pullas del miembro descontento nos estropearon la cena, dimos cuenta de ella en medio de un silencio airado y nos marchamos tan pronto como pudimos. Estábamos en la hermosa Francia, en una casa enorme de piedra y de anticuada arquitectura, rodeados de toda clase de señales francesas curiosamente redactadas, llamando la atención de esos franceses barbudos de hábitos extraños, donde todo nos obligaba a aceptar el codiciado conocimiento de que por fin, y más allá de toda duda, estábamos en la hermosa Francia, absorbiendo su naturaleza hasta el extremo de olvidarnos de todo lo demás, y sintiendo el alegre romanticismo del asunto en todo su fascinante encanto, ¡y pensar que aquella veterana flaca se había entrometido con su vil inglés, en semejante momento, para hacer saltar por los aires tan bella visión! Resultaba exasperante.

Salimos a buscar el centro de la ciudad, preguntando de vez en cuando dónde quedaba. No conseguimos que nadie entendiese exactamente qué era lo que queríamos, y tampoco logramos comprender exactamente lo que nos contestaban, pero siempre señalaban (siempre lo hacían), nosotros asentíamos cortésmente y decíamos «*Merci, monsieur*», lo que no dejaba de ser un frustrante triunfo sobre el miembro descontento. Se ponía nervioso con esas victorias y a menudo preguntaba:

—¿Qué ha dicho ese pirata?

—Pues nos ha dicho el camino a seguir para llegar al Gran Casino.

—Ya, pero ¿qué ha dicho?

—Oh, no importa lo que haya dicho, nosotros le hemos entendido. Éstas son personas educadas... no como aquel absurdo barquero.

—Pues ojalá fueran lo bastante educadas como para indicarnos un camino que lleve a alguna parte, porque llevamos una hora dando vueltas en círculo. He pasado siete veces por delante de esta vieja tienda.

Le dijimos que ésa era una falsedad vergonzosa y rastrera (aunque sabíamos que



no lo era). Pero estaba claro que no tragaría con volver a pasar por delante de la tienda. Podíamos seguir preguntando el camino, lo que ya no podíamos hacer era seguir la dirección señalada por los dedos, si queríamos frenar las sospechas del miembro descontento.

Una larga caminata por unas calles llanas y asfaltadas, bordeadas por manzanas de enormes y nuevos edificios mercantiles de piedra color crema, cada edificio y cada manzana exactamente iguales a todos los demás edificios y manzanas a lo largo de una milla, y todos brillantemente iluminados, nos llevó, por fin, a la vía pública principal. Por todas partes se veían colores luminosos, destellantes constelaciones de quemadores de gas, hombres y mujeres con ropas de tonos alegres atestando las aceras... ¡prisa, vida, actividad, júbilo, conversaciones y risas por doquier! Encontramos el *Grand Hotel du Louvre et de la Paix*, y anotamos quiénes éramos, dónde habíamos nacido, a qué nos dedicábamos, el lugar del que procedíamos, si estábamos casados o solteros, si nos gustaba estarlo o no, cuántos años teníamos, adónde nos dirigíamos y cuándo teníamos pensado llegar, y una enorme cantidad de información de importancia similar, todo ello para beneficio del dueño y de la policía secreta. Contratamos un guía y nos dedicamos de inmediato al asunto de hacer turismo. Aquella primera noche en suelo francés resultó emocionante. No puedo pensar ni en la mitad de los sitios a los que fuimos o lo que llegamos a ver; no estábamos en condiciones de examinar con detalle nada de nada, sólo queríamos echar una ojeada e irnos, ¡movernos, no parar de movernos! El espíritu del país se había apoderado de nosotros. Por fin nos sentamos, ya muy tarde, en el gran Casino, y pedimos *champagne* sin límite. ¡Resulta tan fácil ser aristócratas envanecidos cuando el precio a pagar no es importante! Habría unas quinientas personas en aquel deslumbrante lugar, supongo, aunque al estar las paredes totalmente empapeladas con espejos, por decirlo de algún modo, no podría asegurar que hubiese más de cien personas. Jóvenes petimetres elegantemente vestidos, y mujeres jóvenes con atuendos a la moda, además de viejos caballeros y ancianas damas, se sentaban en parejas o en grupos alrededor de innumerables mesas con tapa de mármol y tomaban sofisticadas cenas, bebían vino y mantenían un charloteo ruidoso que hacía las veces de conversación y que aturdía todos los sentidos. En uno de los extremos había un escenario y una gran orquesta; y de vez en cuando unos actores y actrices, vestidos de manera cómica y ridícula, salían y cantaban unas canciones de lo más extravagantemente graciosas, a juzgar por sus absurdos gestos; pero el público se limitaba a suspender su charla y a mirar cínicamente, sin siquiera sonreír o aplaudir una sola vez. ¡Y yo que siempre había pensado que los franceses estaban dispuestos a reírse de cualquier cosa!

## XI

**N**os estamos extranjerizando rápidamente y con facilidad. Nos estamos reconciliando con los salones y las alcobas de suelos de piedra y sin alfombras, tan poco hogareños, suelos que suenan bajo las pisadas de nuestros tacones con una intensidad que es la muerte de las cavilaciones sentimentales. Nos estamos acostumbrando a los camareros pulcros y silenciosos, que se deslizan de acá para allá y que revolotean sobre nuestros hombros y espalda como mariposas, prestos a entender lo que se les pide y prestos a servirlo; agradecidos ante la propina sin tener en cuenta su cantidad; y siempre educados, nunca de otra manera. Ésa es la mayor de las curiosidades: un camarero de hotel realmente educado que no sea idiota. Nos estamos habituando a entrar conduciendo hasta el patio central del hotel, en medio de un fragante círculo de enredaderas y flores y también en medio de grupos de caballeros sentados en silencio, leyendo el periódico y fumando. Nos estamos acostumbrando al hielo congelado por procesos artificiales en botellas normales: es la única clase de hielo que tienen aquí. Nos estamos acomodando a todas estas cosas, pero no nos acostumbramos a llevar nuestro propio jabón. Somos lo bastante civilizados como para llevar nuestros propios peines y cepillos de dientes, pero eso de tener que llamar para pedir jabón cada vez que nos lavamos es, para nosotros, una novedad que no nos resulta nada agradable. Nos acordamos de ella cada vez que tenemos la cabeza o la cara bien empapada, o cuando nos parece que ya llevamos bastante tiempo en la bañera; y entonces, por supuesto, se produce una desagradable espera. Estos marseleses hacen himnos marseleses, chalecos marseleses y jabón de Marsella para todo el mundo, pero ellos nunca cantan sus himnos, ni visten sus chalecos, ni se lavan con su jabón.

Hemos aprendido a cumplir con la prolongada rutina de la *table d'hote* con paciencia, con serenidad, con satisfacción. Tomamos la sopa, después esperamos unos minutos por el pescado; unos minutos más y nos cambian los platos, y llega el *roast beef*; otro cambio y tomamos guisantes; cambio de nuevo y tomamos lentejas; cambio y tomamos frituras de caracol (yo prefiero saltamontes); cambio y tomamos pollo asado con ensalada; luego tarta de fresa con helado; después higos verdes, peras, naranjas, almendras verdes, etc.; y por último, café. Vino con todo lo contado, por descontado estando en Francia. Con semejante carga a bordo, la digestión se convierte en un proceso lento, y debemos sentarnos durante mucho tiempo en las frías habitaciones y fumar... y leer los periódicos franceses, que tienen una forma muy extraña de contar una historia yendo directamente al grano hasta llegar al «quid» de la cuestión, y soltar de repente una palabra que nadie es capaz de traducir, con lo que la historia se fastidia. Ayer se cayó un muro de contención sobre varios franceses, y todos los periódicos hablan de ello, pero si las víctimas murieron, o se quedaron lisiadas, o magulladas, o sólo asustadas, es más de lo que logro entender y, sin embargo, daría cualquier cosa por saberlo.

Hoy nos sentimos un tanto molestos, durante la cena, debido al comportamiento de un americano, que hablaba en voz muy alta y de forma grosera, y que se reía escandalosamente mientras todos los demás se comportaban bien y eran discretos. Pidió vino con magnífico ademán y dijo:

—Yo nunca ceno sin vino, caballero.

(Lo cual era una lamentable falsedad), y paseó la mirada por el grupo para regocijarse con la admiración que esperaba encontrar en sus rostros. ¡Mira que darse aires en un país en el que prefieren sacar la sopa del menú antes que el vino! ¡En un país en el que el vino es casi tan común, entre todos los rangos, como el agua! Pues el sujeto dijo:

—Soy un soberano nacido libre, caballero, un americano, caballero, ¡y quiero que todo el mundo lo sepa!

No mencionó que descendía, por línea directa, del asno de Balam, pero todo el mundo lo supo sin necesidad de que él lo contara.

Hemos paseado en coche por el Prado, esa soberbia avenida bordeada de mansiones patricias y nobles árboles que dan sombra, y hemos visitado el *chateau* Boarely y su curioso museo. Allí nos enseñaron un cementerio en miniatura, una copia del primer cementerio que existió en Marsella, sin duda. Los delicados y diminutos esqueletos yacían en criptas rotas y tenían junto a ellos sus dioses lares y sus utensilios de cocina. El cementerio original había sido excavado, hace unos años, en la calle principal de la ciudad. Estaba allí, aunque a cuatro metros bajo tierra, desde hacía dos mil quinientos años, más o menos. Rómulo estuvo aquí antes de construir Roma, y pensó fundar una ciudad en este lugar, pero renunció a la idea. Es posible que conociera en persona a algunos de esos fenicios cuyos esqueletos hemos estado examinando.

En el magnífico Jardín Zoológico encontramos especímenes de todos los animales que el mundo produce, creo yo, lo que incluye un dromedario, un mono adornado con mechones de pelo de color azul brillante y carmín —y bien guapo que era el mono— un hipopótamo del Nilo, y una especie de ave alta y de patas largas con un pico como un cuerno de pólvora y alas ajustadas como los faldones de un frac. Este sujeto se mantenía en pie con los ojos cerrados y un poco encorvado hacia delante y parecía que tenía las manos bajo los faldones del frac. ¡Qué tranquila estupidez, qué gravedad sobrenatural, qué santurronería y qué inefable autocomplacencia se percibía en la expresión y actitud de aquel pájaro absurdamente falto de gracia, de cabeza calva, alas negras y cuerpo grisáceo! ¡Era tan desgarbado, tenía tantos granos en la cabeza, tantas escamas en las patas y, sin embargo, se le veía tan sereno, tan indeciblemente satisfecho! Era la criatura de aspecto más cómico que imaginarse pueda. Fue agradable oír cómo se reían Dan y el doctor: no se había oído entre nuestros excursionistas una risa tan natural y agradable desde que zarpamos de América. Aquel pájaro fue un regalo del cielo para nosotros, y sería yo un ingrato si olvidara mencionarlo como se merece en estas páginas. La nuestra era una excursión

de placer, por lo que nos quedamos una hora con el pájaro y le sacamos el mayor partido posible. De vez en cuando conseguíamos provocarlo, pero sólo abría un ojo y lo volvía a cerrar lentamente, sin disminuir ni un ápice su imponente piedad de porte ni su extraordinaria seriedad. Sólo parecía decir: «No profanéis a aquellos ungidos por los Cielos con vuestras manos sin santificar». No sabíamos como se llamaba, así que lo bautizamos «El Peregrino». Dan dijo:

—Ya sólo le falta un libro de himnos.

¡La amiga íntima del colosal elefante era una gata común! Esa gata tenía la costumbre de trepar por los cuartos traseros del elefante y estirarse sobre su lomo. Allí se quedaba sentada, con las zarpas dobladas bajo su pecho, y se pasaba media tarde dormitando al sol. Al principio molestaba al elefante, que alargaba la trompa y la bajaba, pero ella volvía a popa y se subía de nuevo. Insistió hasta que por fin venció los prejuicios del elefante, y ahora son inseparables. La gata suele jugar alrededor de las patas delanteras de su camarada, o de su trompa, hasta que se acerca algún perro, y entonces se sitúa fuera de peligro, subiendo al mástil. Últimamente el elefante ha aniquilado a varios perros que habían presionado demasiado a su compañera.

Alquilamos un velero y un guía e hicimos una excursión a una de las pequeñas islas de la bahía para visitar el castillo de If. Esta antigua fortaleza tiene una historia melancólica. Se ha utilizado como cárcel para delincuentes políticos durante doscientos o trescientos años, y los muros de sus mazmorras están marcados con los nombres, toscamente tallados, de muchos muchos cautivos que han malgastado aquí sus vidas sin dejar más recuerdo de sus personas que esos tristes epitafios realizados con sus propias manos. ¡Qué espesor el de esos nombres! Y sus propietarios, muertos hace ya tanto tiempo, parecían atestar aquellas lúgubres celdas y corredores con sus siluetas fantasmas. Nos entretuvimos pasando de mazmorra en mazmorra, hasta llegar a la roca viva, bajo el nivel del mar, parece ser. ¡Había nombres por todas partes! Algunos plebeyos, otros nobles, algunos hasta principescos. Los plebeyos, los príncipes y los nobles pedían lo mismo: que no los olvidasen. Podían soportar la soledad, la inactividad y los horrores de un silencio que ningún sonido rompía jamás, pero no podían resistir la sola idea de que el mundo se olvidase de ellos por completo. De ahí que grabasen sus nombres. En una celda, donde entraba un poquito de luz, un hombre había vivido veintisiete años sin ver el rostro de un ser humano; había vivido entre la inmundicia y la miseria, sin más compañía que sus propios pensamientos, y sin duda éstos debían ser tristes y desesperanzados. Todo lo que necesitaba, en opinión de sus carceleros, se le llevaba a la celda, por la noche, a través de una ventanilla. Ese hombre talló los muros de su prisión desde el suelo hasta el techo con todo tipo de dibujos de hombres y animales agrupados en complicados diseños. Había trabajado arduamente, año tras año, en su tarea autoimpuesta, mientras los niños se convertían en adolescentes, luego en jóvenes vigorosos, pasaban holgazaneando por la escuela y la universidad, aprendían una profesión, afirmaban haber madurado y ser

ya hombres, se casaban y recordaban su infancia como algo casi perteneciente a una época remota e imprecisa. Pero ¿quién puede saber cuántas edades representaba eso para el prisionero? Para el uno, el tiempo volaría a veces; para el otro, ni se movería o lo haría arrastrándose. Para el uno, las noches de baile transcurrirían como minutos, en vez de horas; para el otro, esas mismas noches habrían sido como todas las demás pasadas en las mazmorras, lentas semanas, en lugar de horas o minutos.

Un prisionero de quince años había garabateado versos sobre sus paredes, y cortas frases en prosa, cortas pero llenas de patetismo. No hablaban de sí mismo y de su difícil situación, sino del santuario al que su espíritu acudía a rendir culto, de su hogar y de los ídolos que allí tenían su templo. No vivió para verlos.

Los muros de estas mazmorras son tan espesos como anchas son algunas alcobas en América: cuatro metros y medio. Vimos las celdas húmedas y sombrías en las que dos de los héroes de Dumas pasaron su cautiverio, los héroes de Montecristo. Aquí fue donde el valiente abate escribió un libro con su propia sangre, con una pluma hecha con un trozo de aro de hierro, y a la luz de una lámpara fabricada con pedazos de tela empapados en la grasa de sus comidas; también consiguió atravesar el espeso muro escarbando con un insignificante instrumento que él mismo se hizo con un resto de hierro o de cubertería y liberar a Dantés de sus cadenas. Fue una pena que tantas semanas de agotador esfuerzo no sirvieran de nada al final.

Nos mostraron la nociva celda en la que la famosa Máscara de Hierro (ese malhadado hermano de un insensible rey de Francia) fue confinada durante un tiempo, antes de que la enviaran a ocultar el extraño misterio de su vida a las mazmorras de Santa Margarita. El lugar nos interesaba mucho más de lo que lo hubiera hecho si hubiésemos sabido, sin lugar a dudas, quién era de verdad la Máscara de Hierro y cuál había sido su historia, y por qué se le impuso un castigo tan poco común. ¡Misterio! Eso era lo que nos atraía. Allí habían estado esa lengua sin habla, esos rasgos aprisionados, ese corazón tan cargado de problemas no expresados, y ese pecho tan oprimido con su penoso secreto. Aquellas frías y húmedas paredes habían conocido al hombre cuya dolorosa historia es, ya para siempre, un libro sellado. Aquel sitio resultaba fascinante.

## XII

**H**emos recorrido quinientas millas en tren atravesando el corazón de Francia. ¡Qué tierra tan cautivadora es ésta! ¡Qué jardín! Seguro que todos los días barren, desbrozan y riegan las muchas leguas de césped verde brillante y que el barbero recorta su hierba. Sin duda dan forma a los setos, los miden y conservan su simetría los jardineros que más saben de arquitectura. Seguramente las largas y rectas hileras de majestuosos álamos que dividen el hermoso paisaje y lo convierten en un tablero de ajedrez, se trazan con cordel y plomada, y su altura uniforme se determina con nivel de burbuja. Sin duda igualan con garlopa y lijan a diario esos caminos tan lisos, llanos y puros. ¿Cómo, si no, se llega a esas maravillas de simetría, limpieza y orden? Es impresionante. No hay feos muros de piedra ni vallas de ninguna clase. No hay suciedad, ni descomposición, ni basura por ningún sitio: nada que insinúe el más mínimo desorden, nada que pueda sugerir abandono. Todo es equilibrio y belleza... todo atrae nuestra mirada.

Qué visión la del Ródano deslizándose entre sus márgenes cubiertas de hierba; la de las acogedoras cabañas enterradas entre las flores y los arbustos; la de las pintorescas villas de viejas tejas rojas, de entre las que emergen catedrales medievales cubiertas de musgo; la de las colinas cubiertas de árboles, con las torres y torretas de los castillos feudales que sobresalen por encima del follaje. Para nosotros eran visiones del paraíso, visiones de un fabuloso lugar de ensueño.

Entonces supimos lo que quería decir el poeta cuando escribió:

*... tus verdes maizales, y soleados viñedos.*

*¡Oh, grata tierra de Francia!* <sup>[10]</sup>

Porque sí que es una tierra grata. No hay palabra que la describa más acertadamente que ésta. Dicen que en francés no existe la palabra «hogar». Pues, teniendo en cuenta que dicho artículo aquí presenta un aspecto tan atractivo, deberían apañarse perfectamente sin la palabra. No desperdiciemos nuestra compasión con la Francia «sin hogar». He observado que los franceses que viven en el extranjero casi nunca renuncian a la idea de regresar a Francia en algún momento. Ahora ya no me sorprende esa actitud.

Aunque no nos hemos quedado prendados de los vagones de ferrocarril franceses. Adquirimos billetes de primera clase, no porque deseásemos llamar la atención haciendo algo que no sea común en Europa, sino porque así podíamos hacer el viaje más rápido. En cualquier país resulta difícil que un viaje en tren sea agradable. Es demasiado pesado. Viajar en diligencia es infinitamente más delicioso. En una ocasión crucé las llanuras, los desiertos y las montañas del Oeste en diligencia, desde la frontera de Missouri hasta California, y desde entonces comparo todos mis viajes de placer con aquel curioso divertimento vacacional. Dos mil millas de bullicio,

traqueteo y estrépito, día y noche, sin un momento de cansancio, sin que el interés decreciera. Las primeras setecientas millas discurrieron a través de un continente llano, cuya alfombra de hierba era más suave y esponjosa que cualquier mar y mostraba motivos adecuados a su magnitud: las sombras de las nubes. Allí no había más paisaje que el veraniego, que no inspiraba más acción que la de tumbarse sobre las sacas del correo a disfrutar de la grata brisa y fumar la pipa de la paz... ¿cuál, si no, donde todo era reposo y satisfacción? Al fresco de la mañana, antes de que el sol hubiese salido por completo, merecía la pena haber dedicado toda una vida a los esfuerzos y el duro trabajo en la ciudad, a cambio de sentarse en la cofa del trinquete con el conductor de la diligencia y ver correr a los seis mustangos bajo el cortante chasquido del látigo que nunca les tocaba; de otear la azul lejanía de un mundo que no conocía más amos que nosotros; de hendir el viento con la cabeza descubierta y sentir los impulsos adormilados que se despiertan ante el brío de una velocidad que aspiraba a alcanzar la ráfaga incontenible del tifón. Después venían mil trescientas millas de la soledad del desierto; de panoramas sin límite con desconcertantes perspectivas; de ciudades imitadas, de montañas como catedrales, de fortalezas inmensas, falsificadas en las rocas eternas y magníficas con el carmesí y el oro de la puesta de sol; de alturas vertiginosas entre picos coronados por la niebla y nieves que nunca se derriten, donde los truenos y los rayos y las tempestades guerreaban magníficamente a nuestros pies y las nubes de borrasca, arriba, hacían oscilar sus estandartes hechos pedazos ante nuestros rostros.

Pero me había olvidado: ahora estoy en la elegante Francia, y no corriendo a través del gran South Pass y de las Wind River Mountains, entre los antílopes y los búfalos y los indios pintados en pie de guerra. No tiene sentido que haga comparaciones demasiado despectivas entre un monótono viaje en tren y aquella soberbia fuga de verano a través de un continente en diligencia. Mi intención era la de decir que el viaje en tren resulta aburrido y cansado, cosa que es verdad, aunque en ese momento pensara en un nefasto peregrinaje de cincuenta horas entre Nueva York y San Luis. Por supuesto que nuestro viaje a través de Francia no resultó aburrido, porque todo lo que veíamos y experimentábamos era nuevo y curioso; pero, como dice Dan, tenía sus «discrepancias».

Los vagones están divididos en compartimentos para ocho personas. Cada compartimento está subdividido en parte, por lo que en su interior quedan, aceptablemente claros, dos grupos de cuatro. Cuatro sentados frente a los otros cuatro. Los asientos y los respaldos están bien acolchados y mullidos, por lo que son muy cómodos; se puede fumar si así se desea; no hay molestos vendedores ambulantes; y no se sufre la imposición de una multitud de pasajeros desagradables. Hasta ahí, muy bien. Pero después el revisor te encierra dentro en cuanto el tren se pone en marcha; no hay agua para beber en el vagón; no hay aparato de calefacción para las noches; si un borracho alborotador se cuele, no te puedes alejar de él veinte asientos, o cambiarte a otro vagón; pero sobre todo, si estás agotado y necesitas

dormir, debes sentarte y echar cabezadas, con las piernas acalambradas y pasándolo tan mal que al día siguiente estás atrofiado e inerte, porque ¡atención!: en Francia no tienen esa culminación de toda caridad y amabilidad humana que es un coche-cama. Prefiero el sistema americano. No tiene tantas graves «discrepancias».

En Francia, todo es perfección, todo es orden. No cometen errores. Uno de cada tres hombres lleva uniforme y, ya sea mariscal del imperio o guardafrenos, está preparado y totalmente dispuesto a contestar toda cuanta pregunta queramos hacerle, con una cortesía inagotable, dispuesto a decirte qué coche debes tomar, sí, y dispuesto a llevarte hasta él y meterte dentro para asegurarse de que no te pierdas. No se puede pasar a la sala de espera de la estación hasta que se ha conseguido el billete, y no se puede atravesar la única salida que ésta tiene hasta que el tren se halla en su umbral listo para recoger a los pasajeros. Una vez a bordo, el tren no se pondrá en marcha hasta que te hayan examinado el billete: hasta que se haya examinado el billete de cada pasajero. Eso se hace por el bien del viajero. Si por algún motivo te las has apañado para coger el tren equivocado, te ponen en manos de un amable funcionario que te llevará al lugar que te corresponde y te concederá un buen número de afables reverencias. En ruta, te inspeccionan el billete de vez en cuando, y cuando llega el momento de cambiar de vagón, te enteras seguro. Estás en las manos de unos funcionarios que estudian, con entusiasmo, la forma de garantizar el bienestar y el interés del pasajero, en lugar de dedicar sus talentos a inventar nuevos métodos de molestarlo y desairarlo, como suele ser a menudo la ocupación principal de ese monarca excesivamente pagado de sí mismo que es el revisor de los ferrocarriles de América.

Pero la norma más acertada de todas las de los ferrocarriles franceses es la de los treinta minutos para cenar. Nada de engullir en cinco minutos unos panecillos fofos, un café turbio, unos huevos sospechosos, una carne como gutapercha y unas empanadillas cuya concepción y ejecución son un oscuro y maldito misterio para todo el mundo, excepto para el cocinero que las creó. No, nos sentamos con calma (eso fue en la vieja Dijon, que tan fácil es de deletrear y tan imposible de pronunciar, si no la civilizamos y la llamamos «Demijohn»), escanciamos ricos caldos de la Borgoña y mascamos tranquilos todo lo que nos sirvieron en el menú, incluidas las frituras de caracol y las deliciosas frutas, pagamos la nadería que nos costó y volvimos a subir al tren, encantados, sin maldecir ni una sola vez a la compañía ferroviaria. Una rara experiencia que merece ser atesorada para siempre.

Dicen que no hay accidentes en las vías férreas francesas, y yo creo que debe ser verdad. Si mal no recuerdo, pasamos por encima de otras vías o por debajo, atravesando túneles, pero nunca las cruzamos al mismo nivel. Más o menos cada cuarto de milla, o eso me parecía a mí, salía un hombre y sostenía en alto un palo hasta que pasaba el tren, lo que quería decir que todo iba bien más adelante. Los cambios de agujas se hacían con una milla de antelación, tirando de un cable que iba por el suelo junto a la vía, de una estación a otra. Las señales de día y las señales de



noche daban información constante y puntual de la posición de las agujas.

No, no tienen accidentes ferroviarios de los que poder hablar en Francia. Pero ¿por qué? Porque cuando se produce uno, ¡cuelgan a *alguien!* <sup>[11]</sup> Bueno, puede que no lo cuelguen, pero lo castigan con tal énfasis que consiguen que la negligencia se convierta en el terror de cualquier funcionario del ferrocarril durante muchos días en adelante. «Los funcionarios no son culpables», ese veredicto mentiroso y caldo de cultivo de tantos desastres, tan común entre nuestros bondadosos jurados, casi nunca se escucha en Francia. Si el problema se produjo en el departamento del revisor, éste es el funcionario que deberá sufrir si no se puede demostrar la culpabilidad de su subordinado; si es en el departamento del maquinista, y el caso es similar, debe responder el maquinista.

Las Viejas Glorias del Viaje —esos loros deliciosos que ya han estado antes en todas partes y saben más sobre el país de lo que sabe y de lo que nunca sabrá Luis Napoleón— son los que nos cuentan estas cosas, y nosotros nos las creemos porque resulta agradable creerlas y porque son plausibles y huelen al rígido sometimiento a la ley y el orden que vemos por todas partes a nuestro alrededor.

Pero nos encantan las Viejas Glorias del Viaje. Nos encanta oír como peroran, dicen bobadas y mienten. Los descubrimos nada más verlos. Siempre tantean el terreno; jamás se lanzan a la deriva hasta haber sondeado a cada individuo y hasta que saben que no ha viajado. Entonces pisan el acelerador ¡y cómo alardean, se burlan, se envanecen, se desorbitan, y blasfeman contra el sagrado nombre de la Verdad! Su principal idea, su fin primordial, es subyugar al otro, oprimirlo, hacer que se sienta insignificante y humilde ante la apoteosis de su gloria cosmopolita. No permiten que el otro sepa nada. Se burlan de sus sugerencias más inofensivas; se ríen insensiblemente de sus apreciados sueños de tierras extranjeras; desacreditan las afirmaciones de sus tíos y tías viajeros como el más estúpido de los absurdos; ridiculizan a los autores en los que más confía y aplastan las hermosas imágenes que han creado para que él les rinda culto, con la despiadada ferocidad del iconoclasta fanático. Pero aún así, me siguen encantado las Viejas Glorias del Viaje. Me gustan por sus simples tópicos, por su habilidad sobrenatural para aburrir, por su deliciosa vanidad de majaderos, por la exuberante fertilidad de su imaginación, por su sorprendente, impresionante y aplastante mendacidad.

Pasamos a toda velocidad por Lyon y el Saona (donde vimos a la dama de Lyon <sup>[12]</sup> y su encanto no nos pareció gran cosa), por Villafranca, Tonnerre, la venerable Sens, Melun, Fontainebleau, y docenas de otras hermosas ciudades, notando siempre la ausencia de revolcaderos de cerdos, vallas rotas, grupos de vacas, casas sin pintar, y barro, y notando siempre, también, la presencia de la limpieza, la elegancia y el gusto para adornar y embellecer, aunque sea la disposición de un árbol o la curva de un seto, la maravilla de los caminos perfectamente reparados, sin rodadas y sin saber siquiera lo que es la más mínima desigualdad en su superficie... íbamos volando, hora tras hora, en aquel claro día de verano y, antes de anochecer, nos abrimos

camino a través de una infinidad de arbustos y flores aromáticas y entonces, nerviosos, encantados y medio convencidos de ser sólo las víctimas de un hermoso sueño, ¡he aquí que nos hallábamos en la magnífica París!

¡Qué maravilla de orden el que guardan en tan gigantesca estación! Allí no había muchedumbres frenéticas empujándose, ni gritos y juramentos, ni la presuntuosa intrusión de los ruidosos mercenarios que ofrecen sus servicios. Éstos últimos permanecían fuera, de pie, en silencio, junto a su larga cola de vehículos y no decían ni pío. Una especie de mercenario general parecía controlar todo el asunto del transporte. Él recibía cortésmente a los pasajeros, los acompañaba hasta el tipo de vehículo que necesitaban y le decía al conductor a dónde debía llevarlos. No había réplicas, ni insatisfacción por las tarifas exageradas, ni quejas por nada. Al poco tiempo atravesábamos a toda velocidad las calles de París y reconocíamos encantados ciertos nombres y lugares con los que los libros nos habían familiarizado mucho tiempo atrás. Leer *Rue de Rivoli* en una esquina, era como encontrarse con el viejo amigo; reconocimos el enorme palacio del Louvre tan bien como si de su foto se tratase; cuando pasamos junto a la Columna de Juillet no necesitamos que nadie nos dijese lo que era, o recordase que donde se levanta estuvo la sombría Bastilla, esa tumba de la esperanza y la felicidad humana, esa triste prisión en cuyas mazmorras tantos rostros jóvenes se llenaron de arrugas, tantos espíritus orgullosos se volvieron humildes, tantos corazones valientes quedaron destrozados.

Reservamos habitación en el hotel o, mejor dicho, hicimos que dispusieran tres camas en una habitación para poder seguir estando juntos, y nos fuimos a un restaurante, justo después de que encendieran los faroles, y disfrutamos de una cena prolongada, confortable y satisfactoria. Era un placer comer donde todo estaba tan cuidado, los alimentos tan bien cocinados, los camareros eran tan amables y todo el que entraba y salía tenía bigote, era vital, afable y tan maravillosa y tremendamente francés. Todo el entorno era alegre, festivo. Doscientas personas se sentaban ante unas mesas pequeñas situadas sobre la acera, bebiendo vino y café; las calles estaban atestadas de vehículos ligeros y jubilosos buscadores de placer; por todas partes nos rodeaban la música, la vida, el movimiento y el incendio de la luz de gas.

Después de cenar nos apeteció ver tantas especialidades parisinas como nos fuese posible sin realizar un esfuerzo angustioso, así que nos fuimos a pasear por las brillantes calles y a mirar las delicadas fruslerías expuestas en los bazares y en las joyerías. De vez en cuando y por el simple placer de ser crueles, poníamos contra las cuerdas a los inofensivos franceses con preguntas formuladas en la incomprensible jerga de su lengua nativa, y mientras se retorcían, nosotros los empalábamos, los acribillábamos, los desollábamos con sus propios y viles verbos y participios.

Nos fijamos en que, en las joyerías, tenían algunos artículos etiquetados como «oro» y otros como «imitación». Nos extrañó semejante extravagancia de honestidad y preguntamos a qué se debía. Nos contaron que, dado que la mayoría de la gente no es capaz de distinguir el oro falso del auténtico, el gobierno obliga a los joyeros a

aquilatar y poner un contraste oficial, dependiendo de su ley, a sus piezas, y a etiquetar debidamente las imitaciones con el anuncio de su falsedad. Nos dijeron que los joyeros no se atrevían a violar esa ley y que cualquier cosa que un desconocido adquiriese en una de esas tiendas era, única y exclusivamente, aquello que se decía que era. ¡En verdad, Francia es una tierra maravillosa!

Después salimos a la caza de una barbería. Desde mi más tierna infancia he tenido la preciada ambición de afeitarme en una suntuosa barbería de París. Deseaba reclinar-me cuan largo soy en una de esas acolchadas sillas de inválido, y verme rodeado de muebles señoriales; por encima de mí, paredes al fresco y arcos dorados y, a lo lejos, un horizonte de columnas corintias; con perfumes de Arabia intoxicando mis sentidos y el aletargador murmullo de los lejanos ruidos relajándome hasta hacerme dormir. Después de una hora me despertaría con tristeza y descubriría mi cara tan suave y tersa como la de un niño. Al irme, elevaría las manos por encima de la cabeza del barbero y diría: «¡Que Dios te bendiga, hijo mío!».

Así que buscamos arriba y abajo, durante unas dos horas, pero no logramos ver ni una sola barbería. Sólo vimos lugares donde fabricaban pelucas, con matas de pelo muerto y repulsivo sobre las cabezas de unos malhechores de cera pintada que miraban fijamente al peatón desde los escaparates con sus ojos glaciales y lo asustaban con el blanco fantasmal de sus semblantes. Durante un tiempo dimos la espalda a semejantes anuncios, pero al final llegamos a la conclusión de que los fabricantes de pelucas debían ser, por necesidad, también barberos, ya que no pudimos encontrar ni un solo representante legítimo de dicha fraternidad. Entramos, preguntamos y descubrimos que así era.

Yo dije que quería afeitarme. El barbero preguntó dónde estaba mi habitación. Le dije que tanto daba dónde estuviese mi habitación, que yo quería que me afeitara allí, en aquel momento. El doctor dijo que él también quería afeitarse. ¡Y entonces sí que se pusieron nerviosos aquellos dos barberos! Consultaron entre ellos frenéticamente, después corrieron de un lado a otro, con una prisa febril sacaron las navajas de los lugares más extraños y lo revolvieron todo en busca de jabón. A continuación nos llevaron a un cuarto trasero pequeño, sórdido y cochambroso; cogieron dos sillas normales, de las de salón, y nos sentaron en ellas con el abrigo puesto. ¡Mi viejo sueño de gloria se desvaneció en el aire!

Yo estaba sentado muy erguido, silencioso, triste y solemne. Uno de los malvados fabricantes de pelucas me enjabonó la cara durante diez horribles minutos y terminó por cubrirme la boca con un montón de espuma. Escupí aquella cosa tan desagradable con un fuerte taco inglés y dije: «¡Extranjero, compórtese!».

Después, aquel proscrito suavizó la navaja en su bota, se cernió sobre mí amenazadoramente durante seis segundos, y luego se lanzó en picado como el genio de la destrucción. La primera pasada de su navaja aflojó hasta la misma piel de mi rostro y me elevó de la silla. Yo vociferé y despatriqué, y los muchachos disfrutaron. Ellos no tienen la barba cerrada y tan dura. Dejemos caer el telón sobre tan espeluznante escena. Baste decir que me

sometí y sufrí hasta el final la cruel experiencia de dejarme afeitar por un barbero francés; lágrimas de intensa agonía rodaron por mis mejillas de vez en cuando, pero sobreviví. Después el incipiente asesino sujetó un recipiente con agua bajo mi barbilla y derramó su contenido sobre mi cara, y sobre mi pecho, y sobre mi nuca, con la mala excusa de retirar el jabón y la sangre. Secó mis rasgos con una toalla e iba a peinarme el cabello, pero le pedí que lo dejara. Le dije, con una ironía mordaz, que me bastaba con haber sido despellejado y me negaba a que me arrancaran la cabellera.

Salí de allí tapándome la cara con el pañuelo y nunca, nunca jamás deseé volver a soñar con afeitarme en una suntuosa barbería de París. La verdad es, según creo haber descubierto desde entonces, que en París no tienen barberías que merezcan ser llamadas así, ni barberos, para el caso. El impostor que hace el oficio de barbero lleva sus platillos, sus servilletas y sus instrumentos de tortura a la residencia del cliente y, pausadamente, lo despelleja en sus aposentos privados. Ah, he sufrido de verdad aquí, en París, pero no importa, llegará el momento en el que llevaré a cabo mi oscura y sangrienta venganza. Algún día, un barbero parisino vendrá a mi habitación a desollarme y, desde entonces, nadie volverá a oír hablar de él.

A las once nos tropezamos con un cartel que claramente hacía referencia a un billar. ¡Qué alegría! Habíamos jugado al billar en las Azores con unas bolas que no eran redondas y sobre una mesa vieja que era tan lisa como una calzada de ladrillos: uno de esos horribles chismes viejos con las bandas gastadas y con remiendos en el descolorido paño y obstrucciones invisibles que hacían que las bolas describiesen los ángulos más insospechados, y efectuasen hazañas de esas imprevistas y «rayones» casi imposibles que resultaban absolutamente desconcertantes. Habíamos jugado en Gibraltar con bolas del tamaño de una nuez, en una mesa como una plaza pública, y en ambos casos habíamos conseguido más molestias que diversión. Esperábamos que aquí nos fuese mejor, pero estábamos equivocados. Las bandas eran mucho más altas que las bolas, y como las bolas tenían la costumbre de detenerse siempre bajo las bandas, no logramos realizar muchas carambolas. Las bandas eran duras y poco elásticas, y los tacos estaban tan doblados que, al apuntar, había que tener en cuenta la desviación o, de lo contrario, la bola acabaría donde no era. Dan anotaba los tantos mientras el doctor y yo jugábamos. Transcurrida una hora, ninguno de los dos había puntuado, por lo que Dan se cansó de llevar la cuenta cuando no había nada que contar, y nosotros estábamos acalorados, enfadados y molestos. Pagamos la exagerada cuenta, unos seis centavos, y dijimos que volveríamos cuando tuviésemos una semana libre, para terminar la partida.

Nos retiramos a uno de esos bonitos cafés, tomamos un refrigerio y probamos los vinos del país, como nos habían aconsejado, y nos parecieron inofensivos e insulsos. No habrían sido tan insulsos si hubiésemos bebido una cantidad suficiente, eso sin duda.

Para poner término a nuestro primer día en París con alegría y de forma

agradable, nos retiramos a nuestra grandiosa habitación del *Grand Hotel du Louvre* y nos subimos a nuestro suntuoso lecho para leer y fumar... ¡pero, cielos!

*Qué miseria,*

*—En aquella ciudad,*

*No teníamos gas.*

No teníamos gas para leer, sólo unas tristes velas. Era una pena. Intentamos organizar excursiones para el día siguiente; le dimos vueltas a las «guías de París» francesas, hablamos de forma inconexa en un vano esfuerzo por desentrañar el complicado caos de las visitas y las experiencias del día; nos entregamos al acto de fumar con indolencia; nos desperezamos, bostezamos y nos estiramos; después nos preguntamos, desgadamente, si de verdad estábamos en la célebre París, y nos dejamos arrastrar, amodorrados, a ese vacío enorme y misterioso que el hombre llama sueño.

## XIII

**A** la mañana siguiente, estábamos levantados y vestidos a las diez. Fuimos a ver al *commissionaire* del hotel. No sé lo que es un *commissionaire*, pero ése fue el hombre al que acudimos, y le dijimos que queríamos un guía. Nos contestó que la Exposición Universal había atraído tales cantidades de ingleses y de americanos a París que iba a resultar prácticamente imposible encontrar un buen guía que no estuviese ocupado. Nos dijo que solía tener a mano una o dos docenas de ellos, pero que ahora sólo tenía tres. Los llamó. Uno era tan clavado a un pirata que lo despedimos de inmediato. El siguiente hablaba con una pronunciación tan precisa y afectada que resultaba irritante, y nos dijo:

—Si les caballerós desean haser a mua el gran honer de mantenerg a mua a su servisió, yo le enseñarg todo lo magnifiqué de la hergmosá Parrí. Habló su idioma perfetemó.

Le habría ido mejor si hubiese dejado así las cosas, porque eso se lo sabía de memoria y lo había dicho de carrerilla sin cometer errores. Pero su autocomplacencia lo llevó a intentar lanzarse a regiones inexploradas del inglés, y tan temerario experimento supuso su ruina. A los diez segundos estaba tan liado en un laberinto de verbos mutilados y formas de hablar destrozadas y sangrantes que ninguna ingenuidad humana lo hubiese sacado de él con éxito. Estaba más que claro que no sabía «hablarg» nuestro idioma tan «perfetemó» como él decía.

El tercer hombre despertó nuestro interés. Vestía de una forma sencilla, pero tenía un cierto aire de pulcritud. Llevaba un sombrero de seda de copa alta que era un tanto viejo, pero había sido cepillado con esmero. Usaba guantes de cabritilla de segunda mano, bien reparados, y llevaba un pequeño bastón de bambú con un mango curvo (una pierna de mujer) de marfil. Caminaba con tanta gracia y donaire como un gato que cruza una calle embarrada; y ¡oh!, era la urbanidad personificada; era la serenidad discreta y callada; era la representación de la deferencia. Hablaba suave y cautamente; y cuando estaba a punto de hacer una afirmación de la que sólo él era responsable, u ofrecernos una sugerencia, la sopesaba desde todos los ángulos, con el mango de su pequeño bastón apoyado contra sus dientes. Su discurso de apertura fue perfecto. Perfecto en cuanto a su construcción, su fraseología, su gramática, su énfasis, su pronunciación: todo. Después habló poco y cautamente. Estábamos encantados. Estábamos más que encantados: estábamos contentísimos. Lo contratamos de inmediato. Ni siquiera le preguntamos cuánto cobraba. Ese hombre —nuestro lacayo, nuestro criado, nuestro esclavo incondicional creíamos nosotros— era un caballero (resultaba evidente), mientras que, de los otros dos, uno era vulgar y torpe, y el otro había nacido pirata. Preguntamos a nuestro Viernes cómo se llamaba. Sacó de su cartera una tarjetita blanca como la nieve y nos la entregó con una profunda reverencia:

## A. BILLFINGER

*Guía de París, Francia, Alemania, España, etc., etc.*

*Grande Hotel du Louvre*

—¡Billfinger! ¡Oh, llevadme a casa para que muera allí!

Ése fue el «aparte» de Dan. El atroz apellido también chirrió con dureza en mis oídos. La mayor parte de nosotros somos capaces de aprender a perdonar, e incluso de lograr que nos guste, un semblante que, al principio, nos resulte desagradable, pero pocos, creo yo, se reconcilian sin esfuerzo con un nombre estridente. Casi me arrepentía de haberlo contratado, tan insoportable era su nombre. Pero ya daba igual. Estábamos impacientes por empezar. Billfinger se acercó a la puerta y llamó un coche, y entonces el doctor dijo:

—Bueno, el guía combina con la barbería, la mesa de billar, la habitación sin gas, y puede que con muchos más encantos de París. Yo esperaba tener un guía llamado Henri de Montmorency, o Armand de la Chartreuse, o algo que sonase grandioso en las cartas enviadas a los lugareños de casa, ¡pero pensar que un francés pueda apellidarse Billfinger! ¡Oh! Es absurdo. No puede ser. No podemos llamarlo Billfinger; resulta nauseabundo. Lo bautizaremos; ¿cómo sería mejor llamarlo? ¿Alexis du Caulaincourt?

—Alphonse Henri Gustave de Hauteville —sugerí yo.

—Llamémoslo Ferguson —dijo Dan.

Aquello era sentido común, práctico y falto de todo romanticismo. Sin darle más vueltas, eliminamos el nombre de Billfinger y lo llamamos Ferguson.

El coche —una calesa abierta— estaba preparado. Ferguson montó junto al chófer y allá nos fuimos a desayunar. Como debía ser, el señor Ferguson permanecía en pie para transmitir nuestros encargos y contestar preguntas. Poco a poco, mencionó como si nada (el muy sinvergüenza) que él se iría a desayunar tan pronto hubiésemos terminado nosotros. Sabía que no podíamos apañárnoslas sin él y que no nos apetecería entretenernos por ahí mientras lo esperábamos. Le pedimos que se sentara y comiera con nosotros. Nos pidió, con mucha reverencia, que lo disculpásemos. Dijo que no resultaba apropiado, que se sentaría en otra mesa. Le ordenamos, imperiosamente, que se sentara con nosotros.

Y ahí terminó la primera lección. Fue un error.

Después de eso, mientras siguió con nosotros, el tipo siempre tenía hambre; siempre tenía sed. Llegaba temprano; se quedaba hasta tarde; no perdonaba ni un restaurante; miraba con lujuria todas las tiendas de vino. Las sugerencias para detenernos, y las excusas para comer y beber estaban siempre en sus labios. Nos esforzamos por llenarlo de tal manera que no le quedase sitio para comer nada más en dos semanas, pero fracasamos. No aguantaba lo suficiente como para acallar las ansias de su apetito sobrehumano.

En él había otra «discrepancia». Siempre quería que comprásemos cosas. Bajo los pretextos más superficiales nos engatusaba para que entrásemos en las camiserías, librerías, sastrerías, guanterías, en cualquier sitio bajo el sol en el que existiera la posibilidad de que comprásemos algo. Cualquiera hubiese adivinado que los tenderos le pagaban un porcentaje sobre las ventas pero, en nuestra bendita inocencia, nosotros no, hasta que esta característica de su conducta se volvió insoportablemente destacada. Un día Dan comentó que había pensado comprar tres o cuatro piezas de seda para hacer vestidos, con el fin de regalarlas al volver. El ojo hambriento de Ferguson se cernió sobre él en un instante. En cuestión de veinte minutos, el coche se detuvo.

—¿Qué es esto?

—Es el mejorg magasin de sedá de Pagrí, el más famosó.

—¿Por qué ha venido aquí? Le dijimos que nos llevase al palacio del Louvre.

—Creó que el caballergó dijó que deseabá comprag sedá.

—A usted no se le pide que crea cosas en nombre del grupo, Ferguson. No queremos que agote sus energías demasiado. Nosotros podemos soportar parte de las complicaciones y del calor del día. Procuraremos decidir nosotros lo que consideremos necesario hacer o no. Continúe. —Así le habló el doctor.

A los quince minutos, el coche se detuvo de nuevo, ante otra tienda de seda. El doctor dijo:

—Ah, el palacio del Louvre ¡Qué edificio tan hermoso! ¿Es que el emperador Napoleón vive aquí ahora, Ferguson?

—¡Ah, docter! Qué bromistá. No es el palasió. Agorgá vamós. Pergó como pasabamós por esta tiendá, que tiené unas sedás tan hergmosás...

—¡Ah! Entiendo, entiendo. Creí haberle dicho que hoy no queríamos comprar seda, pero como soy tan despistado, debí olvidarme. También tenía intención de decirle que deseábamos ir directamente al Louvre, pero asimismo lo olvidé. Sin embargo, iremos allí ahora. Disculpe mi aparente descuido, Ferguson. Continúe.

A la media hora paramos otra vez, delante de otra sedería. Estábamos enfadados; pero el doctor se mantuvo sereno y utilizó un tono suave. Le dijo:

—¡Por fin! ¡Qué imponente es el Louvre y, a la vez, qué pequeño! ¡Qué exquisitamente a la moda! ¡Y qué situación tan encantadora! ¡Qué venerable montón de...!

—Disculpé, docter, estó no es el Louvre. Es...

—¿Qué es?

—Tengó la ideá, se me ocurjó en un momentó, que en esté magasin la sedá es...

—Ferguson, qué irresponsable soy. Tenía la intención de decirle que hoy no deseábamos comprar seda, y también estaba decidido a decirle que anhelábamos ir directamente al palacio del Louvre, pero la gran felicidad que me supuso verle a usted devorar cuatro desayunos esta mañana me ha llenado de tantos sentimientos agradables, que he descuidado lo importante que para nosotros resulta aprovechar el



tiempo. Sin embargo, ahora mismo continuaremos hasta el Louvre, Ferguson.

—Pergó, docter —muy nervioso— soló sergá un momentó, un momentó pequeñó. El caballergó no tiené que comprarg si no quiegré. Soló mirarg la sedá, el hermosó tejidó —ya suplicando—. ¡Soló un momentó pequeñitó!

Dan dijo:

—¡Maldito idiota! Hoy no me apetece ver sedas, y no las voy a ver. Continúe.

Y el doctor:

—No necesitamos seda, Ferguson. Nuestros corazones ansían ir al Louvre. Siga adelante, continúe.

—¡Pergó docter! Soló es un momentó, un momentitó. Y mergeserá la pená, de vergdá. Porgue ya no hay nadá que ver. Es tardé. Son las cuatró menos dies y el Louvre siergá a las cuatró. ¡Soló un momentitó, docter!

¡El muy traidor! Después de cuatro desayunos y cinco litros de *champagne*, jugárnosla con semejante vileza. Aquel día no conseguimos ver los innumerables tesoros de arte que escondían las galerías del Louvre, y la única triste satisfacción que logramos fue la de saber que Ferguson no vendió ni un solo corte de seda para vestidos.

Escribo este capítulo en parte por la satisfacción de despotricar contra ese consumado villano de Billfinger, y en parte para mostrar a quienquiera que lea esto, cómo les va a los americanos con los guías de París y qué clase de personas son los susodichos guías. No es necesario suponer que hayamos sido una presa más fácil o más estúpida de lo que suelen serlo nuestros compatriotas, porque no lo fuimos. Los guías engañan y defraudan a cualquier americano que llegue a París por primera vez, y vea sus monumentos solo o en compañía de otros tan poco experimentados como él. Algún día volveré a visitar París y entonces ¡que se preparen los guías! Llevaré puestas mis pinturas de guerra... e iré armado con mi tomahawk.

Creo que en París hemos perdido poco tiempo. Todas las noches nos hemos ido a la cama agotados. Por supuesto que visitamos la famosa Exposición Universal. Eso lo hizo el mundo entero. Nosotros fuimos en nuestro tercer día de estancia en París, y nos quedamos durante *casi dos horas*. Ésa fue nuestra primera y última visita. Sinceramente, con una sola mirada comprendimos que sería necesario dedicar semanas —sí, incluso meses— a tan monstruoso recinto, para hacerse una idea inteligible de lo que es. Era un espectáculo maravilloso, pero las masas en movimiento de gentes de todos los países que allí había, lo convertían en un espectáculo aún más maravilloso. Descubrí que, aunque me quedase un mes entero, seguiría mirando a la gente en vez de a los objetos inanimados expuestos. Me llamaron la atención unos tapices antiguos, y muy curiosos, del siglo XIII, pero apareció un grupo de árabes, y sus rostros oscuros y sus pintorescos ropajes se llevaron mi atención. Miré un cisne de plata, de movimientos tan elegantes que transmitían vida, y ojos inteligentes: lo vi nadar tan tranquilo y despreocupado como si hubiese nacido en un pantano, en lugar de en el taller de un joyero; lo vi sacar un

pececillo de plata del fondo de las aguas, levantar la cabeza y realizar todos los complicados movimientos necesarios para tragárselo, pero en cuanto desapareció en su garganta, se acercaron unos nativos de las Islas de los Mares del Sur, tatuados, y me dejé seducir por su atractivo. Poco después encontré una pistola giratoria con varios cientos de años de antigüedad, extrañamente parecida a un Colt moderno, pero justo entonces oí que la emperatriz de los franceses se hallaba en otra parte del edificio, y me apresuré a ver qué aspecto tenía. Oímos una música marcial, vimos una cantidad poco común de soldados que se apresuraban de un lado a otro, el movimiento era generalizado. Preguntamos qué pasaba y nos dijeron que el emperador de los franceses y el sultán de Turquía estaban a punto de pasar revista a veinticinco mil soldados en el *Arc de l'Etoile*. Salimos hacia allí de inmediato. Estaba más ansioso por ver a aquellos hombres de lo que lo hubiese estado por ver veinte exposiciones.

Nos marchamos y tomamos posiciones en un lugar abierto frente a la casa del ministro americano. Un especulador colocó un tablón sobre dos barriles y nosotros le alquilamos el lugar para sentarnos. Al poco se escuchó una música lejana; al minuto siguiente, una columna de polvo empezó lentamente a acercarse a nosotros; un minuto más y entonces, con las banderas al viento y un gran estruendo de música militar, un gallardo despliegue de tropas de caballería emergió de entre el polvo y se fue acercando por el centro de la calzada, a trote ligero. Detrás venía una larga hilera de artillería; luego más caballería, con sus espléndidos uniformes; y después sus majestades imperiales Napoleón III y Abdul Aziz. La enorme concurrencia movía sus sombreros y gritaba, las ventanas y los tejados de una amplia zona alrededor estallaron en una ventisca de blancos pañuelos, y las personas que los movían mezclaban sus ovaciones con las de las masas que estaban en la calle. Era un espectáculo emocionante.

Pero las dos figuras centrales reclamaban toda mi atención. ¿Se habrá presentado anteriormente semejante contraste ante una multitud? Napoleón con su uniforme militar, un hombre de talle largo y piernas cortas, con un gran bigote, viejo, arrugado, con los ojos medio cerrados que ocultaban una expresión tan profunda, astuta e intrigante; Napoleón, inclinándose ligeramente ante los ruidosos aplausos, y mirándolo todo y a todos con esos ojos felinos bajo la reducida ala de su sombrero, como si buscara descubrir cualquier indicio de que la ovación no era sincera y cordial.

Abdul Aziz, señor absoluto del imperio Otomano, ataviado con un traje europeo de color verde oscuro, casi sin adorno o insignia alguna indicativa de su rango; con un fez turco y rojo en la cabeza; un hombre bajo, rechoncho, oscuro, de barba negra y ojos negros, estúpido, poco atractivo; un hombre cuyo aspecto de algún modo sugería que, si hubiese tenido un cuchillo de carnicero en la mano y llevase puesto un mandil blanco, no nos habría sorprendido oírle decir: «¿Hoy el señor desea un asado de cordero, o prefiere un buen filete de ternera?».

Napoleón III, el representante de la civilización más moderna, del progreso y del refinamiento; Abdul Aziz, el representante de un pueblo que es, por naturaleza, sucio, brutal, ignorante, no progresista y supersticioso, y de un gobierno cuyas Tres Gracias son la Tiranía, la Rapacidad y la Sangre. Aquí, en la radiante París, bajo este majestuoso Arco del Triunfo, el siglo I saluda al siglo XIX.

¡NAPOLEÓN III, emperador de Francia! Rodeado por miles de gritos, por la pompa militar, por los esplendores de su capital, y acompañado de reyes y príncipes, éste es el hombre del que se burlaron, al que denigraron y al que llamaron bastardo, y que sin embargo siempre soñó con la corona y el imperio; al que empujaron al exilio, y se llevó con él sus sueños; que se asoció con la gente corriente en América y corrió carreras para ganar apuestas, pero que aún así se sentó en el trono con sofisticación; que se enfrentó a todos los peligros por acudir junto a su madre moribunda, y lamentó que ella no lograra verlo cambiar sus ropajes plebeyos por la púrpura de la realeza; que mantuvo su fiel guardia y realizó a pie un turno agotador como un simple policía de Londres, pero soñando siempre con la noche en la que pisaría los interminables pasillos de las Tullerías; que protagonizó el estrepitoso fiasco de Estrasburgo; vio a su pobre y desastrada águila, olvidando la lección, negarse a posarse sobre su hombro; pronunció su cuidadosamente preparado y sentencioso arrebatado de elocuencia ante oídos no simpatizantes; acabó prisionero, el blanco de los ingenios más cortos, el centro de las mofas más despiadadas de todo el mundo; pero, aun así, siguió soñando con coronaciones y espléndidos desfiles, como antes; que fue cautivo olvidado en las mazmorras de Ham, y siguió intrigando, planeando y reflexionando sobre la gloria futura y el poder venidero. ¡Por fin presidente de Francia! Un *coup d'état* y, rodeado de ejércitos que le aplaudían, recibido por el rugir de los cañones, sube al trono y agita ante un mundo atónito el cetro de un poderoso imperio. ¿Quién habla de las maravillas de la ficción? ¿Quién comenta los milagros de las novelas? ¿Quién perora sobre los sosos logros de Aladino y los Tres Reyes Magos de Oriente?

¡ABDUL AZIZ, sultán de Turquía, señor del imperio Otomano! Nacido para ocupar el trono; débil, estúpido, ignorante casi como el más mediocre de sus esclavos; jefe de una extensa realeza y, sin embargo, marioneta de su primer ministro e hijo obediente de una madre tiránica; un hombre que se sienta en un trono, que con sólo mover un dedo maneja armadas y ejércitos, que en sus manos detenta el poder de dar la vida o la muerte a millones de seres y que, sin embargo, duerme, duerme, come, come, holgazanea con sus ochocientas concubinas y, cuando se harta de comer, dormir y holgazanear, y se despierta y toma las riendas del gobierno y amenaza con ser un sultán, Fuad Pachá lo distrae de su propósito con un hermoso plan para construir un nuevo palacio o un barco nuevo, lo hechiza con un juguete flamante, como a cualquier niño descontento; un hombre que ve cómo unos desalmados recaudadores de impuestos roban y oprimen a su pueblo, pero nada dice para salvarlo; que cree en los gnomos y en los genios y en las extrañas fábulas de *Las mil y una noches*, pero que no tiene en gran estima a los poderosos magos de la época

actual, y que se pone nervioso en presencia de sus misteriosos ferrocarriles y barcos de vapor y telégrafos; que preferiría deshacer en Egipto todo lo logrado por el gran Mehmet Alí, y que escogería olvidarlo en lugar de emularlo; un hombre que descubre que su gran imperio es un borrón sobre la tierra: una degradada, pobre, miserable e infame aglomeración de ignorancia, crimen y brutalidad, y que desperdiciará los días que le quedan de su vida trivial, para luego pasar a lo del polvo y los gusanos... ¡Y que se quede ahí!

Napoleón ha aumentado la prosperidad comercial de Francia en diez años hasta tal punto, que casi resulta imposible calcularla con números. Ha reconstruido París y también, en parte, todas las ciudades del estado. Declara en ruina una calle entera, tasa los daños, los paga y reconstruye de forma soberbia. Después los especuladores adquieren el terreno y lo venden, pero el gobierno ofrece al propietario original la primera opción, a un precio fijado, antes de que el especulador pueda comprar nada. Pero, por encima de todo, ha tomado en sus manos todo el control del imperio de Francia y la ha convertido en una tierra tolerablemente libre, para aquellas personas que no intenten ir demasiado lejos en su intromisión en los asuntos del gobierno. No hay país que ofrezca una seguridad mayor para la vida y la propiedad que Francia, y se disfruta de tanta libertad como se quiera, pero sin permiso para interferir en la vida del prójimo, o para incomodarlo.

En cuanto al sultán, podríamos poner una trampa en cualquier sitio y, en una sola noche, cazar una docena de hombres más capaces que él.

Las bandas empezaron a tocar y el brillante aventurero, Napoleón III, el genio de la energía, el empeño, la iniciativa; y el débil Abdul Aziz, el genio de la ignorancia, la intolerancia y la indolencia se prepararon para el ¡de frente, ar!

Vimos el espléndido acto de pasar revista a las tropas, vimos al viejo soldado de Crimea, con su bigote blanco, Canrobert, Mariscal de Francia; vimos... bueno, lo vimos todo, y nos fuimos a casa satisfechos.

## XIV

**F**uimos a ver la catedral de Notre Dame. Ya habíamos oído hablar de ella. A veces me sorprendo al pensar en lo mucho que sabemos y en lo inteligentes que somos. Reconocimos aquella dorada y vieja mansión gótica al momento: era como en las fotografías. Nos detuvimos a cierta distancia, pasamos de un punto de observación a otro y nos quedamos largo tiempo observando sus elevadas torres cuadradas y su rica fachada, llena de santos de piedra, mutilados y apiñados, que llevan siglos mirando tranquilamente desde sus atalayas. El Patriarca de Jerusalén estuvo bajo ellos en los viejos tiempos de los caballeros y los libros de caballerías, y predicó la tercera Cruzada, hace más de seiscientos años; y desde ese día, permanecen ahí de pie, observando en silencio las escenas más emocionantes, los desfiles más grandiosos y los espectáculos más extraordinarios que han afligido o deleitado París. Esos viejos camaradas ajados y con las narices rotas, han visto pasar muchas cabalgatas de caballeros cubiertos con cota de malla que regresaban a casa desde Tierra Santa; oyeron, por encima de ellos, tañer a las campanas la señal para la masacre de San Bartolomé, y presenciaron la matanza posterior; después vieron el Reinado del Terror, la carnicería de la Revolución, el derrocamiento de un rey, la coronación de dos Napoleones, el bautizo del joven príncipe que hoy trata despóticamente a un regimiento de criados en las Tullerías, y es posible que continúen estando ahí hasta que vean el fin de la dinastía de Napoleón y la bandera de la gran república ondear sobre sus ruinas. Ojalá esos viejos muchachos pudiesen hablar. Contarían historias dignas de ser escuchadas.

Se dice que, en el lugar donde ahora se levanta Notre Dame, hubo un templo pagano, en tiempos de los romanos, hará cosa de dieciocho o veinte siglos. En París aún se conservan restos del mismo. También se dice que una iglesia romana ocupó su lugar en el año 300 d. C.; otra ocupó el lugar de ésta en el año 500 d. C.; y que los cimientos de la catedral actual son del año 1100 d. C. Podríamos decir que, para entonces, ya el suelo debía de ser sustancialmente sagrado. Una parte de tan noble y viejo edificio refleja las curiosas modas de la antigüedad. Lo construyó Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, para limpiar su conciencia: había asesinado al duque de Orleans. Desgraciadamente, ya se han ido esos viejos tiempos en los que un asesino podía limpiar su nombre y disipar sus problemas hasta conciliar el sueño, con el simple acto de sacar ladrillos y mortero y construir el anexo a una iglesia.

Unos pilares cuadrados dividen los pórticos de la gran fachada occidental por la mitad. En 1852 se llevaron el central, con motivo del agradecimiento por la reinstauración del poder presidencial, pero muy pronto tuvieron la oportunidad de reconsiderar semejante acción y de volver a ponerlo en su lugar. Lo hicieron.

Nos entretuvimos recorriendo las enormes naves laterales durante una hora o dos, mirando hacia las espléndidas vidrieras adornadas con mártires y santos azules, amarillos y carmesíes, e intentando admirar las innumerables y enormes pinturas de

las capillas, y después nos dejaron entrar en la sacristía y nos mostraron las magníficas casullas que vistió el Papa cuando coronó a Napoleón I; una carretada de utensilios de plata y de oro macizo utilizados en las grandes procesiones públicas y ceremonias de la Iglesia; algunos clavos de la Vera Cruz, un fragmento de la propia cruz, un pedazo de la corona de espinas. Ya habíamos visto un gran trozo de la Vera Cruz en una iglesia de las Azores, pero los clavos no. También nos mostraron la sotana ensangrentada que llevaba aquel arzobispo de París <sup>[13]</sup> que expuso su sagrada persona y afrontó la ira de los insurgentes de 1848, para montar las barricadas y sujetar en alto la rama de olivo de la paz, con la esperanza de detener la matanza. Su noble esfuerzo le costó la vida. Le dispararon. Nos mostraron un molde de su rostro, hecho después de muerto, la bala que lo mató y las dos vértebras en las que se alojó. Estas gentes tienen un gusto un tanto especial en lo que se refiere a las reliquias. Ferguson nos dijo que la cruz de plata que el buen arzobispo llevaba en su fajín, le fue arrancada y arrojada al Sena, donde permaneció incrustada en el fango durante quince años; después un ángel se le apareció a un sacerdote y le dijo dónde debía sumergirse a buscarla; se sumergió y la encontró, y ahora está ahí, expuesta en Notre Dame, a la vista de cualquiera que se interese por los objetos inanimados de intervención milagrosa.

A continuación fuimos a visitar el depósito de cadáveres, ese horrible receptáculo para los muertos que fallecen misteriosamente y convierten su manera de irse en un terrible secreto. Nos detuvimos ante una reja y miramos hacia el interior de un cuarto donde colgaban las ropas de los hombres muertos; ásperas blusas, empapadas; las delicadas prendas de las mujeres y los niños; vestiduras patricias, destrozadas, acuchilladas y manchadas de rojo; un sombrero aplastado y lleno de sangre. Sobre una piedra inclinada yacía un ahogado, desnudo, hinchado, morado; agarrando el fragmento de un arbusto roto con una firmeza que la muerte había petrificado y que ninguna fuerza humana podía soltar, mudo testigo del último y desesperado esfuerzo por salvar una vida condenada más allá de toda ayuda. Una corriente de agua goteaba sin cesar sobre el espantoso rostro. Sabíamos que el cuerpo y las ropas estaban allí para que los amigos los identificasen, pero nosotros nos preguntábamos si alguien podría amar una cosa tan repulsiva, o llorar su pérdida. Nos pusimos meditabundos y nos preguntamos si, hace cuarenta años, cuando la madre de eso tan horrible se lo sentaba en las rodillas para jugar al caballito, le daba besos, lo mimaba y se lo mostraba con orgullo a todo el que pasaba, habría revoloteado en su cabeza la profética visión de tan sobrecogedor final. Casi temía que la madre, o la esposa, o un hermano del muerto llegase mientras nosotros estábamos allí, pero no ocurrió nada de eso. Vinieron hombres y mujeres, y algunos miraban hacia dentro con ansia y apretaban sus rostros contra los barrotes; otros echaban una ojeada al cuerpo con aire despreocupado, y se daban la vuelta decepcionados. Es gente, pensé yo, que vive de emociones fuertes y que asiste con regularidad a las exposiciones del depósito de cadáveres, como otros van a ver un espectáculo teatral cada noche. Cuando uno de

esos miraba y después se iba, yo no podía dejar de pensar: «No, esto no te proporciona satisfacción alguna. Lo que necesitas es un tipo con un disparo a bocajarro en la cabeza».

Una noche fuimos al famoso *Jardin Mabille*, pero sólo nos quedamos un rato. Sin embargo, queríamos ver una muestra de esta clase de vida parisina, por lo que, a la noche siguiente, acudimos a un lugar de entretenimiento similar, en un gran jardín de la zona residencial de Asnières. Al atardecer nos fuimos a la estación del ferrocarril, y Ferguson adquirió billetes en un vagón de segunda. No he visto semejante multitud de gente muy a menudo, pero no había ruido, ni desorden, ni alborotos. Sabíamos que algunas de las mujeres y jovencitas que subían al tren pertenecían al *demi-monde*, pero de otras no estábamos tan seguros.

Las jóvenes y las mujeres de nuestro vagón se comportaron con recato y de forma apropiada todo el tiempo, excepto porque fumaban. Cuando llegamos al jardín de Asnières, pagamos un franco o dos por entrar y accedimos a un lugar que tenía macizos de flores, cuadros con césped, y alargadas y curvilíneas hileras de arbustos ornamentales, con algún rincón umbrío, aquí y allá, bien situado para comerse un helado. Recorrimos los sinuosos caminos de grava, con gran concurrencia de chicos y chicas y, de repente, un templo blanco con cúpula y filigrana, resaltado una y otra, y otra vez con chorros de gas, estalló sobre nosotros como un sol caído. Cerca había una casa enorme, muy bonita, con su amplia fachada iluminada de la misma forma y sobre cuyo tejado ondulaba la bandera de las barras y las estrellas, la bandera americana.

—¡Vaya! —dije yo—. ¿Cómo es eso posible?

Casi me quedo sin respiración. Ferguson dijo que un americano, un neoyorquino, regentaba el lugar y le estaba haciendo mucha competencia al *Jardin Mabille*.

Multitudes de ambos sexos y todas las edades retozaban por el jardín, o se sentaban al aire libre, delante del mástil y del templo, bebiendo vino o café y fumando. El baile aún no había comenzado. Ferguson dijo que habría una exhibición. El famoso Blondin <sup>[14]</sup> iba a caminar sobre la cuerda floja en otra zona del jardín. Y allá nos fuimos. Aquello estaba poco iluminado y la gente se apiñaba en densas masas. Y entonces cometí un error en el que caería cualquier burro, pero nunca jamás un hombre sensato. Incurrí en un fallo que repito todos los días de mi vida. De pie, junto a una joven dama, dije:

—Dan, mire qué joven, ¡mire lo hermosa que es!

—Le agradezco más la evidente sinceridad del cumplido, caballero, que la extraordinaria publicidad que le ha dado usted —esto dicho en un inglés inmejorable.

Nos dimos un paseo, pero yo me encontraba muy muy desanimado. No me sentí cómodo hasta después de un buen rato. ¿Por qué son tan tontos algunos como para suponer que ellos son los únicos extranjeros entre una multitud de diez mil personas?

Pero Blondin salió enseguida. Estaba sobre un cable tenso y situado muy por encima del mar de sombreros que se movían y pañuelos que se agitaban y, bajo el

resplandor de cientos de cohetes que pasaban silbando junto a él en dirección al cielo, parecía un insecto pequeñito. Balanceó su pértiga y recorrió la cuerda de principio a fin: entre sesenta y noventa metros; regresó, cargó a un hombre a su espalda y lo llevó, por la cuerda, al otro lado; volvió al centro y bailó una jiga; a continuación hizo algunos ejercicios gimnásticos y hazañas malabares demasiado peligrosas como para que el espectáculo resultase agradable; y terminó atando a su cuerpo mil candelas romanas, girándulas, serpientes y cohetes de todos los colores, prendiéndoles fuego a la vez y caminando y bailando sobre la cuerda en una cegadora explosión de esplendor que iluminó el jardín y los rostros de las gentes como lo haría un gran incendio a medianoche.

El baile había comenzado y regresamos al templo. En su interior había un bar en el que se podía beber y que estaba rodeado por una ancha plataforma circular para los bailarines. Me apoyé contra la pared del templo y esperé. Se formaron veinte grupos, la música comenzó a sonar y entonces... me tapé la cara con las manos de pura vergüenza. Pero miré a través de los dedos. Estaban bailando el famoso *can-can*. Una guapa joven del grupo que tenía frente a mí, dio un ligero paso adelante para acercarse al caballero que le hacía de pareja, retrocedió, agarró su falda con fuerza con las dos manos y la levantó bien alta, bailó una jiga extraordinaria, que enseñaba más y exigía más actividad que cualquier otra jiga que yo hubiese visto antes, y luego, levantado su falda aún más, se acercó alegremente al centro y le lanzó una brutal patada a su pareja que, sin duda alguna, le habría arrancado la nariz de haber medido él dos metros. Fue una suerte que sólo midiera un metro ochenta.

Eso es el *can-can*. La idea consiste en bailar de forma tan descontrolada, ruidosa y furiosa como sea posible; enseñar cuanto más se pueda, en el caso de la mujer; y levantar las piernas lo más alto posible, esto ya se aplica a ambos sexos. Y no estoy exagerando nada. Cualquiera de las personas formales, respetables y ancianas que estaban presentes aquella noche podrá atestiguar la verdad de mis afirmaciones. Había muchas personas de esas allí. Supongo que el sentido de la moralidad francés no será tan convencional como para asustarse por naderías.

Me aparté a un lado para obtener una imagen general del *can-can*. Gritos, risas, una música frenética, un caos desconcertante de formas que se mezclan y salen disparadas, tempestuosas sacudidas y recogidas de los vestidos de colores alegres, collares de abalorios que suben y bajan, brazos que salen despedidos, destellos relámpago de pantorrillas cubiertas con medias blancas y delicadas zapatillas lanzadas al aire, y de repente la gran avalancha, el motín final, una horrible algarabía y una estampida salvaje. ¡Cielos! No se ha visto nada parecido sobre la tierra desde que el tembloroso Tam O'Shanter <sup>[15]</sup> vio al demonio y a las brujas en plena orgía, aquella noche de tormenta en «la vieja y encantada iglesia de Alloway».

Visitamos el Louvre, en un período de tiempo en el que no teníamos previsto adquirir seda, y miramos sus millas y millas de pinturas de los Maestros Antiguos. Algunas eran hermosas, pero al mismo tiempo hay en ellas tantos indicios del espíritu



servil de aquellos grandes hombres que no nos resultó muy placentero examinarlas. La nauseabunda manera que tenían de adular a sus regios mecenas me resultó más visible y llamó más poderosamente mi atención que los hechizos del color y la expresión que, según todo el mundo, destacan en esas obras. Está bien agradecer los favores, pero en mi opinión algunos de esos artistas llegaron tan lejos que la cosa dejó de ser gratitud y se convirtió en adoración. Si existe una excusa plausible para la adoración de un hombre, entonces, adelante, perdonemos a Rubens y a sus hermanos.

Pero dejemos el tema, no vaya a ser que diga algo sobre los Maestros Antiguos que hubiese sido mejor no decir.

Por supuesto que paseamos en coche por el *Bois de Boulogne*, ese parque ilimitado, con sus bosques, sus lagos, sus cascadas y sus anchas avenidas. Había miles y miles de vehículos, y el ambiente estaba lleno de vida y animación. Había coches de caballos de alquiler de lo más común, que llevaban a papá, a mamá y a todos los niños; pequeños y llamativos carruajes con damas famosas de dudosa reputación; había duques y duquesas, con magníficos lacayos encaramados detrás, y escoltas igualmente magníficos encaramados en cada uno de los seis caballos; había todo tipo de llamativas e imponentes libreas: azul y plata, verde y oro, rosa y negro; casi deseé ser un lacayo para poder usar esas ropas tan bonitas.

Pero pronto llegó el emperador y los superó a todos. Iba precedido por una guardia de caballería con vistosos uniformes, los caballos de su carruaje (parece que andaban, más o menos, por los mil) iban montados por unos tipos muy apuestos, también con uniformes elegantes, y detrás del carruaje seguía otro destacamento de guardaespaldas. Todos le dejaron paso; todos se inclinaron ante el emperador y su amigo, el sultán; y ellos continuaron con su rítmico trote y desaparecieron.

No describiré el *Bois de Boulogne*. No puedo. Sencillamente es un parque natural maravilloso, interminable, cultivado y muy bonito. Es un lugar cautivador. Ahora está en París, más o menos, pero en una de sus zonas hay una cruz, vieja y a punto de caer hecha pedazos, que nos recuerda que no siempre fue así. La cruz marca el lugar en el que un famoso trovador fue asaltado y asesinado en el siglo catorce. Fue en este parque donde ese tipo del nombre impronunciable, atentó contra la vida del Zar de Rusia con una pistola. La bala se incrustó en un árbol. Ferguson nos mostró el lugar. En América, talaríamos u olvidaríamos ese interesante árbol en un plazo de cinco años, pero aquí lo conservarán como un tesoro. Los guías se lo mostrarán a los visitantes durante los próximos ochocientos años, y cuando se marchite y se caiga, pondrán otro en su lugar y continuarán con la misma historia, como si nada hubiese cambiado.

## XV

Una de las visitas más agradables que realizamos fue la de Père la Chaise, el cementerio nacional de Francia, el ilustre lugar de descanso de algunos de sus mejores y más grandes hijos, el último hogar de decenas y decenas de hombres y mujeres ilustres que nacieron sin títulos, pero que alcanzaron la fama por su gran energía y su propia genialidad. Es una solemne ciudad de calles serpenteantes y de templos y mansiones de mármol en miniatura que albergan a los muertos y cuyo reluciente blanco destaca entre una jungla de follaje y flores frescas. No todas las ciudades están tan bien habitadas como ésta, o cuentan con un área tan grande dentro de sus murallas. Pocos palacios hay en cualquier ciudad que tengan un diseño tan exquisito, tanta riqueza artística, materiales tan caros, y que sean tan airosos, tan bellos.

Habíamos estado en la basílica de St. Denis, donde las efigies de mármol de treinta generaciones de reyes y reinas yacen sobre las tumbas, y las sensaciones que todo aquello nos provocó eran sorprendentes y novedosas; las curiosas armaduras, los ropajes obsoletos, los plácidos rostros, las manos palma contra palma en un elocuente gesto de súplica: fue una visión de gris antigüedad. Resultaba curioso encontrarse cara a cara, por así decirlo, con el viejo Dagoberto I, Clodoveo y Carlomagno, esos héroes borrosos y colosales, esas sombras, esos mitos de hace mil años. Toqué sus rostros cubiertos de polvo con mi dedo, pero Dagoberto estaba más muerto que los dieciséis siglos que le han pasado por encima, Clodoveo dormía a gusto después de su esfuerzo a favor de Cristo, y el viejo Carlomagno seguía soñando con sus paladines, y su sangriento Roncesvalles, y no me hizo ni caso.

Los grandes nombres de Père la Chaise también impresionan, pero de manera distinta. Allí, la sugerencia que nos asalta de continuo es que el lugar está consagrado a una realeza más noble: la del corazón y la mente. Cualquier capacidad mental, cualquier noble rasgo de la naturaleza humana, cualquier elevada ocupación a la que el hombre pueda dedicarse, está representada por un nombre famoso. El efecto es una curiosa mezcla. Davoust y Massena, que originaron unas cuantas batallas trágicas, están aquí, así como Rachel, de igual renombre en la tragedia mímica sobre el escenario. El abad Sicard también duerme aquí, el primer gran maestro de los sordomudos, hombre que compartió el sufrimiento de todos los desgraciados, y que dedicó su vida a servirlos; y no lejos, reposando y al fin en paz, yace el mariscal Ney, cuyo espíritu atormentado no conoció más música que la llamada a las armas de la corneta. El hombre que dio origen al alumbrado público de gas, y ese otro benefactor que introdujo el cultivo de la patata y así bendijo a millones de sus hambrientos compatriotas, yacen con el Príncipe de Masserano, y con reinas exiladas y príncipes de la lejana India. Gay-Lussac, el químico, Laplace, el astrónomo, Larrey, el cirujano, de Séze, el abogado, están aquí y, con ellos, Taima, Bellini, Rubini; de Balzac, Beaumarchais, Beranger, Moliere y Lafontaine, y decenas más, cuyos nombres y

valiosas acciones son tan conocidas en los remotos lugares alejados de la civilización, como lo son las hazañas históricas de los reyes y príncipes que duermen en los panteones de mármol de St. Denis.

Pero entre los miles y miles de tumbas de Père la Chaise, hay una ante la que ningún hombre, mujer, o joven de ambos sexos es capaz de pasar sin detenerse a examinarla. Cada visitante tiene una especie de idea imprecisa sobre la historia de su muerto y comprende que debe rendir homenaje en este lugar, pero de cada veinte mil personas que por allí pasan, ni una sola recuerda con claridad la historia de esa tumba y de sus románticos ocupantes. Se trata de la tumba de Abelardo y Eloísa, una tumba que ha sido más venerada, más conocida y sobre la que más se ha escrito, cantado o llorado, durante setecientos años, que ninguna otra de la cristiandad, excepto la del Salvador. Todos los visitantes se entretienen pensativamente a su alrededor; todos los jóvenes se hacen con recuerdos que se llevan con ellos; todas las jóvenes y doncellas parisinas a las que el amor ha decepcionado se acercan aquí para desahogarse cuando están llenas de lágrimas; sí, muchos amantes maltratados peregrinan a este sepulcro desde las provincias más distantes para llorar, lamentarse y apretar los dientes por sus terribles sufrimientos, y contar con la simpatía de los escarmentados espíritus de esa tumba, ofreciéndoles siemprevivas y flores en ciernes.

Vaya cuando vaya, encontrará a alguien sorbiendo los mocos sobre esa tumba. Vaya cuando vaya, la verá provista de ramilletes y siemprevivas. Vaya cuando vaya, descubrirá la llegada de un tren de grava desde Marsella para corregir las deficiencias causadas por los vándalos que atesoran recuerdos y cuyos amores han fracasado.

Y, sin embargo, ¿quién conoce realmente la historia de Abelardo y Eloísa? Poquísima gente. Los nombres les resultan muy familiares a todo el mundo, y ahí se acaba todo. Superando infinitas dificultades he adquirido algún conocimiento sobre su historia, y pretendo narrarla aquí, en parte para informar, honestamente, al público, y en parte para mostrarle a ese mismo público que ha desperdiciado, en vano, una buena cantidad de sentimiento comerciable.

## LA HISTORIA DE ABELARDO Y ELOÍSA

Eloísa nació hace setecientos sesenta y seis años. Es posible que tuviese padres. Pero no se sabe. Vivía con su tío Fulberto, canónigo de la Catedral de París. No sé lo que es un canónigo de catedral, pero él lo era. Es posible que fuese el encargado de hacer las ensaladas. Baste decir que Eloísa vivía con su tío el ensaladero y era feliz. Pasó la mayor parte de su niñez en el convento de Argenteuil —nunca ha oído hablar de Argenteuil, pero imagine que existió un lugar así—. Después regresó con su tío, el viejo ensaladero, o hierbajo, como se prefiera, y él la enseñó a escribir y a hablar en latín, que era la lengua de la literatura y la gente educada de la época.

Justamente por entonces Pedro Abelardo, que ya se había hecho muy famoso como retórico, llegó a París para fundar una escuela de retórica. La originalidad de

sus principios, su elocuencia y su gran fuerza física y belleza crearon una profunda sensación. Vio a Eloísa y quedó cautivado por su radiante juventud, su belleza y su carácter encantador. Le escribió; ella le contestó. Volvió a escribirle; ella volvió a contestar. Estaba enamorado. Deseaba conocerla, hablar con ella cara a cara.

Su escuela estaba situada cerca del hogar de Fulberto. Pidió permiso a Fulberto para visitarlos. El viejo hierbajo vio en ello una gran oportunidad: su sobrina, a la que tanto amaba, absorbería conocimientos de aquel hombre sin que a él le costase un centavo. Así era Fulberto, un tacaño.

Ningún autor menciona el nombre de pila de Fulberto, lo cual es una pena. Sin embargo, George W. Fulberto nos puede valer tan bien como cualquier otro. Y así lo bautizaremos. Le pidió a Abelardo que enseñase a la joven.

Abelardo se alegró de aprovechar semejante oportunidad. Iba a menudo y se quedaba mucho tiempo. Una de sus cartas muestra, ya en su primera línea, que entraba a aquella casa como el canalla insensible que era, con la deliberada intención de pervertir a una joven inocente y confiada. Así dice la carta:

*No puedo dejar de asombrarme por la simplicidad de Fulberto; me quedé tan sorprendido como si hubiese situado un cordero al alcance de un lobo hambriento. Eloísa y yo, bajo el pretexto de los estudios, nos hemos entregado por completo al amor, y esos mismos estudios nos han proporcionado la soledad que el amor requiere. Los libros estaban abiertos ante nosotros, pero más a menudo hablábamos de amor que de filosofía, y de nuestros labios salían más fácilmente los besos que las palabras.*

Y así, regocijándose con una confianza honrada que, para su instinto degradado, era una «simplicidad» ridícula, este poco viril Abelardo sedujo a la sobrina del hombre que era su anfitrión. París se enteró. Se lo contaron a Fulberto —muy a menudo— pero él se negó a creerlo. No comprendía que un hombre pudiese ser tan depravado como para utilizar la sagrada seguridad y protección de su hospitalidad como medio para cometer semejante delito. Pero cuando oyó a los alborotadores de la calle cantar las canciones de amor sobre Abelardo y Eloísa, la cosa le quedó clara: las canciones de amor no encajan bien en la enseñanza de la retórica y la filosofía.

Echó a Abelardo de su casa. Abelardo regresó en secreto y se llevó a Eloísa a Palais, en la Bretaña, su aldea natal. Allí, al poco tiempo, dio ella a luz un hijo al que, debido a su belleza, pusieron de apellido Astrolabio, y de nombre William G. La huida de la joven enfureció a Fulberto, quien deseaba vengarse, pero temía hacerlo por si Eloísa sufría las represalias, ya que seguía amándola tiernamente. Al final, Abelardo se ofreció a casarse con Eloísa, pero en unas condiciones humillantes: que el matrimonio se mantuviese en secreto ante el resto del mundo, con el fin de que (mientras el buen nombre de ella seguía arruinado, como antes) su reputación sacerdotal se mantuviese intachable. Así era el malhechor. Fulberto vio su

oportunidad y consintió. Presenciaría el matrimonio y después violaría la confianza del hombre que le había enseñado el truco; divulgaría el secreto y así limpiaría parte del ultraje que iba unido al nombre de su sobrina. Pero la sobrina sospechó el plan. Al principio se negó a casarse; dijo que Fulberto traicionaría el secreto para salvarla y que, además, ella no deseaba arrastrar a un amante tan dotado, al que el mundo tanto honraba, y con una carrera tan espléndida por delante. Era un amor noble y abnegado, característico de un alma tan pura como la de Eloísa, mas no era sensato.

Pero no le hicieron caso y, al final, el matrimonio privado se celebró. ¡Había llegado el momento de Fulberto! Su herido corazón recibiría, por fin, su cura; su orgulloso espíritu, tan torturado, volvería a descansar; la humillada cabeza recuperaría su altivez. Reveló el matrimonio en los lugares más importantes de la ciudad y se alegró porque el deshonor se había alejado de su hogar. ¡Pero hete aquí que Abelardo niega el matrimonio! ¡Eloísa también lo niega! La gente, conocedora de las circunstancias del caso, habría creído a Fulberto si sólo Abelardo lo hubiese negado, pero al negarlo la persona más interesada de todas, la propia joven, todos se rieron, desesperando a Fulberto con su desprecio.

El pobre canónigo de la catedral de París se quedó chafado de nuevo. La última esperanza de reparar el agravio que a su hogar se le había hecho, se había esfumado. ¿Y ahora qué? La naturaleza humana le sugirió la venganza. Él la urdió. El historiador cuenta:

«Unos rufianes, contratados por Fulberto, se abalanzaron sobre Abelardo al anochecer, y le infligieron una terrible e indescriptible mutilación».

Estoy buscando el lugar del último descanso de dichos «rufianes». Cuando lo encuentre, derramaré algunas lágrimas sobre él, apilaré algunos ramilletes y siemprevivas, y me llevaré de allí alguna gravilla como recuerdo de que, por muy manchadas por el crimen que pudiesen estar sus vidas, aquellos rufianes cometieron una acción justa, en cualquier caso, aunque no estuviese justificada por la interpretación literal de la ley.

Eloísa se encerró en un convento y se despidió del mundo y sus placeres para siempre. Durante doce años no supo nada de Abelardo, ni siquiera oyó pronunciar su nombre. Había llegado a ser priora de Argenteuil y llevaba una vida de total reclusión. Pero un día vio una carta escrita por él, en la que narra su propia historia. Lloró y le escribió. Él contestó dirigiéndose a ella como su «hermana en Cristo». Continuaron manteniendo correspondencia, ella con el lenguaje sin ponderar del afecto inquebrantable, él con la helada fraseología del retórico refinado. Ella desahogó su corazón en frases apasionadas, inconexas; él replicó con ensayos bien terminados, deliberadamente divididos en títulos y subtítulos, premisas y razonamientos. Ella lo cubrió con los epítetos más tiernos que el amor pueda imaginar, él se dirigió a ella desde el Polo Norte de su helado corazón como la «esposa de Cristo». ¡Ese villano disoluto!

Debido a que Eloísa gobernaba a sus monjas sin demasiada dureza, entre ellas se

descubrieron algunas irregularidades vergonzosas, y el abad de St. Denis disolvió su institución. Por entonces Abelardo era el jefe oficial del monasterio de Saint-Gildas de Ruys, y cuando se enteró de que ella ya no tenía hogar, un sentimiento de compasión anidó en su pecho (parece increíble que un sentimiento tan desconocido no le haya hecho estallar la cabeza), y recogió a Eloísa, y a las suyas, en el pequeño oratorio del Paracleto, una institución religiosa que él había fundado. Al principio ella tuvo que superar muchas privaciones y sufrimientos, pero su valía y su buen carácter le proporcionaron amistades muy influyentes, y levantó un convento rico y próspero. Se convirtió en una de las elegidas de los jefes de la Iglesia, y también del pueblo, aunque casi nunca se mostraba en público. Rápidamente progresó en el aprecio de los demás, en su buena reputación y en su utilidad, y Abelardo perdió terreno a igual ritmo. El Papa le concedió tanto honor que la nombró cabeza de su orden. Abelardo, hombre de grandes talentos, considerado el polemista más importante de su época, se volvió tímido, irresoluto y desconfiado de su capacidad. Sólo necesitaba que una gran desgracia lo derribase de la alta posición que ocupaba en el mundo de la excelencia intelectual, y tal desgracia sucedió. Instado por reyes y príncipes a debatir con el sutil San Bernardo y aplastarlo, se presentó ante una asamblea ilustre y principesca, y cuando su antagonista hubo terminado, miró a su alrededor y farfulló un comienzo; pero le falló el valor, la astucia de su lengua había desaparecido: sin haber pronunciado su discurso, se puso a temblar y se sentó, un triunfador derrotado y deshonorado.

Murió siendo un don nadie y lo enterraron en Cluny, en el año 1144 d. C. Más tarde trasladaron su cuerpo al Paracleto y cuando Eloísa falleció, veinte años después, la enterraron con él, para cumplir su último deseo. Él falleció a los 64 años, una edad madura, y ella a los 63. Cuando sus cuerpos habían permanecido sepultados trescientos años, los trasladaron de nuevo. Volvieron a trasladarlos en 1800 y, por último, diecisiete años más tarde, cuando se los llevaron a Père la Chaise, donde permanecerán en paz y tranquilidad hasta que les llegue el momento de que los trasladen otra vez.

La historia calla en relación a los últimos actos del ensaladero mayor. Que diga el mundo lo que quiera acerca de él: yo, al menos, siempre respetaré la memoria y el dolor causado por el abuso de confianza, el corazón roto, y el espíritu agitado del viejo hierbajo. Merece descanso y reposo.

Ésa es la historia de Abelardo y Eloísa. Ésa es la historia con la que Lamartine ha derramado tantas cataratas de lágrimas. Pero es que ese hombre nunca ha podido acercarse a un tema que fuese un poco conmovedor sin desbordarse. Deberían condenarlo, o ponerle un dique, que me parece más adecuado. Ésa es la historia, no como se suele contar, sino como es cuando se le quita ese sentimentalismo nauseabundo que consagraría a un malvado seductor como Pedro Abelardo a nuestra adoración. No tengo nada que decir contra la inocente y maltratada joven, y no retiraría de su tumba ni uno solo de esos sencillos tributos que las jóvenes y doncellas

destrozadas ofrecen en su memoria, pero siento mucho no tener tiempo ni oportunidad para llenar cuatro o cinco volúmenes con mis opiniones sobre su amigo el fundador del Periquito, o el Paracleto, o como se llame eso.

¡Las toneladas de sentimentalismo que he derrochado con ese embaucador sin principios debido a mi ignorancia! De aquí en adelante me tragaré mis sentimientos sobre ese tipo de gente, hasta que los haya estudiado bien y sepa si merecen que les dedique emociones lacrimosas o no. Ojalá pudiese recuperar mis siemprevivas, y el ramillete de rábanos.

En París solíamos ver, en los escaparates de las tiendas, el cartel de «*Se habla inglés*», como en casa se ven carteles que dicen «*Ici on parle française*». Siempre invadíamos de inmediato tales lugares e, invariablemente, recibíamos la información, formulada en un francés intachable, de que el dependiente que sabía inglés acababa de salir a almorzar y volvería en el plazo de una hora... «¿Desea *monsieur* comprar algo?». Nos preguntábamos por qué aquellos tipos tenían la costumbre de almorzar a unas horas tan extrañas e irregulares, porque nunca entrábamos en las tiendas a las horas en las que los cristianos ejemplares tendrían a bien salir para llevar a cabo semejante cometido. La verdad es que se trataba de un fraude en toda regla, una trampa para cazar al desprevenido, un truco para atrapar al novato. No había ningún empleado que asesinase el inglés. Confiaban en el cartel para engatusar a los extranjeros y hacerlos entrar en sus guaridas, y confiaban en sus propios halagos para retenerlos allí hasta que comprasen algo.

También dimos con otra imposición francesa, un cartel bastante frecuente que decía: «AQUÍ SE PREPARAN, ARTÍSTICAMENTE, TODA CLASE DE BEBIDAS AMERICANAS». Intentamos conseguir los servicios de un caballero conocedor de la nomenclatura del bar americano y caímos en las garras de uno de aquellos impostores. Un francés obsequioso, vestido con delantal, se acercó y nos dijo:

—*Que voulez les messieurs?*

No sé lo que significa «*Que voulez les messieurs?*» pero eso fue lo que dijo. Nuestro general contestó:

—Tomaremos un *whiskey* solo.

[Mirada incrédula del francés].

—Bueno, si no sabe lo que es, sírvanos un *cock-tail* de *champagne*.

[Mirada incrédula y encogimiento de hombros].

—Pues pónganos un *sherry cobbler*.

El francés estaba frustrado. Aquello le sonaba a griego.

—¡Denos un *brandy smash!*

El francés empezó a recular —sospechando del siniestro vigor de la última petición—, empezó a recular mientras se encogía de hombros y extendía las manos con aire de disculpa.

El general lo persiguió y logró una victoria completa. Aquel inculto extranjero no era capaz siquiera de proporcionarnos un *Santa Cruz Punch*, un *Eye-Opener*, un

*Stone-Fence*, o un *Earthquake* [16]. Estaba claro que se trataba de un perverso impostor.

Un conocido mío dijo el otro día que, sin duda, él era el único visitante americano de la Exposición Universal que había tenido el gran honor de ser escoltado por la guardia personal del emperador. Le dije, con discreta franqueza, que me dejaba perplejo que un tipo de piernas largas, demacrado y con pinta de espectro poco atractivo como él, hubiese sido señalado con semejante distinción, y le pregunté cómo había ocurrido. Me contó que había asistido a un gran desfile militar celebrado hace algún tiempo en el Campo de Marte, y mientras la multitud a su alrededor se hacía cada vez más densa, él se fijó en que había un espacio libre dentro de un recinto vallado. Dejó su carruaje y se introdujo en él. Allí no había nadie más, por lo que tenía espacio de sobra y, como estaba situado en el centro mismo de todo, veía los preparativos que se estaban llevando a cabo en el campo. Poco a poco empezó a oírse una música, y pronto el emperador de los franceses y el emperador de Austria, escoltados por los famosos *Cent Gardes*, entraron en el recinto cercado. Nadie pareció fijarse en él, pero enseguida, en respuesta a un gesto realizado por el comandante de la guardia, un joven teniente se acercó a él con una hilera de sus hombres detrás, se detuvo, levantó la mano, hizo un saludo militar y le dijo en voz baja que lamentaba tener que molestar a un caballero extranjero, pero que aquel lugar estaba consagrado a la realeza. Entonces, aquel fantasma de Nueva Jersey se puso en pie, saludó y se disculpó y, con el oficial a su lado y la hilera de hombres marchando tras él, con todo el respeto del mundo, ¡fue escoltado hasta su carruaje por los *Cent Gardes* imperiales! El oficial volvió a saludar y retrocedió, el duendecillo de Nueva Jersey se inclinó a su vez y tuvo la suficiente presencia de ánimo como para hacer ver que, sencillamente, había acudido allí para tratar un asunto privado con aquellos emperadores, por lo que les dijo *adieu* con la mano y se marchó de allí en su coche.

Imagínense a un pobre francés que se cuele, sin saberlo, en una tribuna pública consagrada a cualquier dignatario de tres al cuarto en América. Primero la policía le daría un susto de muerte con su elegante manera de blasfemar, y después lo harían pedazos al llevárselo de allí. Somos sustancialmente mejores que los franceses en algunas cosas, pero ellos son infinitamente superiores a nosotros en otras.

Y basta de París por el momento. Ya hemos cumplido. Hemos visto las Tullerías, la Columna de Napoleón, la Madeleine, esa maravilla de maravillas que es la tumba de Napoleón, todas las grandes iglesias y museos, bibliotecas, palacios imperiales, galerías de pintura y escultura, el Panteón, el *Jardin des Plantes*, la ópera, el circo, el cuerpo legislativo, las salas de billares, las barberías, las *grisettes*...

¡Ah, las *grisettes*! Casi lo olvidaba. Son otro fraude romántico. Siempre han sido (si hacemos caso a los libros de viajes) tan hermosas, tan esbeltas y delgadas, tan gráciles, tan inocentes y confiadas, tan amables, tan encantadoras, tan cumplidoras de su deber comercial, tan irresistibles para los compradores con su parloteo inoportuno, tan consagradas a sus pobres estudiantes del Barrio Latino, tan alegres y felices



durante sus excursiones dominicales a las afueras y, ¡oh, tan encantadora y deliciosamente inmorales!

¡Porras! Durante tres o cuatro días no dejé de preguntar:

—Rápido, Ferguson, ¿ésa es una *grisette*?

Y él siempre me contestaba:

—No.

Al fin comprendió que yo quería ver una *grisette*. Y entonces me las mostró a montones. Eran como casi todas las francesas que había visto: feúchas. Tenían las manos grandes, los pies grandes, las bocas grandes; en general, tenían nariz de cerdito, y unos bigotes que ni la mejor de las educaciones lograba pasar por alto; se peinaban con el pelo hacia atrás sin raya; no estaban bien formadas, no eran encantadoras, no eran gráciles; por su pinta supe que comían ajo y cebolla; y por último, yo creo que decir que eran inmorales sería pura adulación.

¡Vade retro, moza! Ahora compadezco al estudiante vagabundo del Barrio Latino más de lo que antes lo envidiaba. Y así cae descabezado a tierra otro de los ídolos de mi infancia.

Lo hemos visto todo, y mañana iremos a Versalles. Sólo veremos París un poquito, cuando regresemos para continuar viaje hacia nuestro barco, por eso quiero despedirme, pesaroso, de tan hermosa ciudad. Aún recorreremos muchos miles de millas después de partir, y visitaremos muchas grandes ciudades, pero no encontraremos ninguna que resulte tan cautivadora como ésta.

Algunos de los miembros de nuestro grupo se han ido a Inglaterra, con la intención de dar un rodeo y tomar el buque en Livorno o Nápoles dentro de algunas semanas. Nosotros hemos estado a punto de ir hasta Ginebra, pero al final decidimos regresar a Marsella y cruzar Italia desde Génova.

Daré por terminado este capítulo con una afirmación que me enorgullece poder realizar; también me alegro de que mis compañeros estén de acuerdo conmigo: con mucha diferencia, las mujeres más hermosas que hemos visto en Francia habían nacido y se habían criado en América.

Me siento como un hombre que ha salvado una reputación en peligro y que ha aportado lustre a un blasón que se apagaba, gracias a un único acto realizado en el último momento.

Cae el telón y la música se detiene.

## XVI

¡Versalles! ¡Es maravillosamente hermoso! El espectador se queda mirando, observando, e intenta comprender que aquello que ve es real, que está en la tierra, que no es el Jardín del Edén, pero su cerebro se marea, se queda perplejo ante el mundo de belleza que lo rodea, y él se cree, casi, el ingenuo de un sueño exquisito. Y es que aquel paisaje emociona tanto como una marcha militar. Un noble palacio, que extiende su fachada ornamentada edificio tras edificio, de manera que parece no terminar nunca; un gran paseo frente a él, por el que podrían desfilar los ejércitos de un gran imperio; por todas partes, arco iris de flores y estatuas colosales que casi eran innumerables pero que parecían dispersas por aquel espacio tan grande; anchos tramos de escaleras de piedra que llevaban desde el paseo hasta los terrenos más bajos del parque, escaleras sobre las que regimientos enteros podrían presentar armas y que aún sobraba espacio; enormes fuentes cuyas grandes efigies de bronce soltaban al aire ríos de agua centelleante y entremezclaban cientos de chorros curvilíneos, creando formas de inigualable belleza; anchas avenidas alfombradas de hierba que se bifurcaban de acá para allá, en todas las direcciones, y se alejaban hasta distancias que parecían interminables, todo el tiempo tapiadas, a ambos lados, con hileras compactas de árboles frondosos, cuyas ramas se encontraban en el cielo y formaban arcos tan impecables y simétricos como lo serían de haber estado tallados en piedra; y aquí y allá, se entreveían lagos silvestres con buques en miniatura reflejados en su superficie. Y por todas partes —en los escalones de palacio, en el gran paseo, alrededor de las fuentes, entre los árboles, y bajo los arcos de las interminables avenidas— cientos y cientos de personas con alegres vestimentas, paseando, corriendo o bailando, que aportaban a aquel cuadro encantador, la vida y la animación, que era lo único que podría haberse echado de menos entre tanta perfección.

Merecía la pena el peregrinaje por verlo. Todo está a escala gigantesca. No hay nada pequeño, y no hay nada barato. Las estatuas son todas grandes; el palacio es grandioso; el parque ocupa lo que un condado de buen tamaño; las avenidas son interminables. Todas las distancias y todas las dimensiones de Versalles son inmensas. Yo solía pensar que las pinturas exageraban esas distancias y esas dimensiones más allá de toda lógica, y que eso hacía que Versalles pareciera más bonito de lo que cualquier lugar del mundo podría serlo. Ahora sé que las pinturas jamás han sido capaces de hacerle justicia, y que ningún pintor podría representar Versalles sobre un lienzo tan hermoso como lo es en realidad. Solía insultar a Luis XIV por haberse gastado doscientos millones de dólares en la creación de este maravilloso parque, cuando el pan escaseaba entre algunos de sus súbditos; pero ya lo he perdonado. Cogió un tramo de tierra que ocupaba una circunferencia de sesenta millas y se puso manos a la obra para crear el parque y construir el palacio, y una carretera que los uniese a París. Tenía 36 000 hombres empleados allí a diario, y el

trabajo era tan poco saludable que muchos morían, y todas las noches retiraban sus cuerpos en carretas. La esposa de un noble de la época dice que eso era un «*inconveniente*», pero inocentemente añade que «no merece que se le preste atención en el feliz estado de tranquilidad del que ahora disfrutamos».

Siempre pensé mal de mis compatriotas que podan sus arbustos dándoles apariencia de pirámides, cuadrados, agujas de iglesia y toda clase de formas forzadas, y cuando vi que lo mismo se hacía en este gran parque, comencé a sentirme insatisfecho. Pero pronto comprendí cuál era la intención y lo acertado del caso. Buscan el efecto general. Si deformamos una docena de árboles marchitos para darles formas inusuales en un pequeño patio no mayor que un comedor, no hay duda de que parecerán algo absurdo. Pero aquí, cogen doscientos mil árboles grandes, de bosque, y forman con ellos una hilera doble; no permiten que ni una sola hoja, ni una sola rama, crezca en el tronco, dejando limpio dos metros del mismo; a partir de ahí, las ramas empiezan a sobresalir y, gradualmente, se extienden hacia el exterior hasta que se encuentran en el aire, y así se forma un túnel de follaje sin imperfección alguna. El arco es matemáticamente perfecto. Y el efecto es precioso. Consiguen que los árboles adopten cincuenta formas diferentes, por lo que los singulares efectos resultan infinitamente variados y pintorescos. No hay ninguna avenida cuyos árboles sean iguales a los de otra, por lo que la vista no se fatiga debido a la monótona uniformidad. Ahora dejaré este tema, y que otros expliquen cómo estas gentes se las apañan para hacer que unas hileras interminables de árboles gigantes crezcan hasta alcanzar un espesor de tronco determinado (digamos unos cincuenta centímetros); cómo hacen para que alcancen la misma altura durante millas; cómo consiguen que crezcan tan apiñados; cómo obligan a una rama enorme a salir del mismo sitio, idéntico en cada árbol, y formar la curva principal del arco; y cómo todas esas cosas se mantienen en idéntico estado y con la misma y exquisita forma proporcionada y simetría, mes tras mes y año tras año, porque yo he intentado resolver el problema y he fracasado.

Atravesamos el gran salón de las esculturas y las ciento cincuenta galerías de pinturas del palacio de Versalles, y tuvimos la sensación de que ir a un sitio así no tenía sentido a menos que se dispusiera de un año entero. Los cuadros son todos escenas de batallas, y sólo hay un lienzo solitario y pequeño, entre todos ellos, que trata un tema que no sea las grandes victorias francesas. También atravesamos el gran Trianón y el pequeño Trianón, esos monumentos de prodigalidad real, con sus tristes historias, llenos de recuerdos de Napoleón I, de tres reyes muertos y de otras tantas reinas. En una suntuosa cama habían dormido todos en sucesión, pero nadie la ocupa ahora. En un gran comedor se hallaba la mesa en la que Luis XIV y su amante *Madame Maintenon*, y después de ellos Luis XV y la Pompadour, se habían sentado a comer desnudos y sin servicio, ya que la mesa se alzaba sobre una trampilla que descendía con ella cada vez que había que surtirla de fuentes. En una sala del pequeño Trianón estaban los muebles tal y como los había dejado la pobre María

Antonieta cuando la multitud llegó para arrastrarla, a ella y al rey, a París, de donde ya no volverían. A mano, en los establos, prodigiosos carruajes que no lucían más color que el del oro, carruajes utilizados por antiguos reyes de Francia en ceremonias de pompa y boato, y que ahora no se usan más que cuando una regia cabeza ha de ser coronada o acristianado un infante imperial. Y junto a ellos había *unos* curiosos trineos, cuyos cuerpos tenían forma de leones, cisnes, tigres, etc., vehículos que en su momento fueron hermosos gracias a sus motivos y su excelente factura, pero que ahora estaban llenos de polvo y deteriorados. Tenían su historia. Cuando Luis XIV hubo terminado el gran Trianón, le dijo a la Maintenon que había creado un paraíso para ella, y le preguntó si se le ocurría algo que pudiese desear. Le dijo que deseaba que el Trianón fuese perfecto: nada menos. Ella le contestó que sólo se le ocurría una cosa (era verano, en la cálida Francia), ¡y era que le gustaría pasear en trineo por las frondosas avenidas de Versalles! A la mañana siguiente, vio que millas y más millas de aquellas avenidas de hierba habían sido densamente cubiertas con una sal que parecía nieve, y que una procesión de aquellos pintorescos trineos esperaba recibir a la principal concubina de la corte más despreocupada y falta de principios que Francia haya visto jamás.

Del suntuoso Versalles, con sus palacios, sus estatuas, sus jardines y sus fuentes, regresamos a París y fuimos en busca de sus antípodas: el Faubourg St. Antoine. Calles pequeñas y estrechas; niños sucios que las bloquean; mujeres grasientas y desaliñadas que los capturan y les dan unos azotes; guaridas apestosas en las plantas bajas, con tiendas de harapos (el negocio más pesado del Faubourg es el del chiffonier); otras guaridas apestosas donde conjuntos enteros de prendas de segunda y tercera mano se venden a precios que arruinarían a cualquier propietario que no hubiese robado su mercancía; y aún más guaridas apestosas donde venden comestibles: los venden de medio en medio penique; con cinco dólares compraría todo lo que el tipo tuviese a la venta, incluso lo del almacén. En estas tortuosas callejuelas asesinarían a un hombre por siete dólares y arrojarían su cuerpo al Sena. Y calle arriba, en algunas de ellas, por no decir en la mayoría, viven las *lorettes* <sup>[17]</sup>.

Por todo este Faubourg St. Antoine, la miseria, la pobreza, el vicio y el crimen van de la mano, y se encuentran muestras de todo ello en todas partes. Aquí vive la gente que comienza las revoluciones. Siempre que hay que hacer algo de eso, están preparados. Disfrutan tanto de levantar una barricada, como de rebanarle a alguien el pescuezo, o de empujar a un amigo al Sena. Son estos rufianes de aspecto salvaje los que, de vez en cuando, asaltan los espléndidos vestíbulos de las Tullerías, y se van en masa hasta Versalles cuando hay que pedirle cuentas a un rey.

Pero no levantarán más barricadas, no romperán los cráneos de más soldados con las losas del empedrado. Luis Napoleón se ha ocupado de eso. Está aniquilando las calles tortuosas y construyendo, en su lugar, nobles bulevares rectos como flechas, avenidas que una bala de cañón atravesaría de un extremo al otro sin encontrar un obstáculo más irresistible que la carne y los huesos de los hombres, bulevares cuyos

majestuosos edificios jamás proporcionarán refugio ni lugares en los que tramar complots a los hambrientos y descontentos creadores de revoluciones. Cinco de esas grandiosas vías públicas irradian del mismo amplio punto central, un centro que se presta increíblemente bien a albergar artillería pesada. Aquí solían amotinarse las turbas, pero en el futuro deberán buscar otro lugar de reunión. Y este ingenioso Napoleón pavimenta las calles de su gran ciudad con un compuesto liso y compacto de asfalto y arena. Se acabaron las barricadas y las losas, se acabó eso de asaltar a las tropas de Su Majestad con adoquines. No puedo sentir simpatía hacia mi antiguo conciudadano americano, Napoleón III, y menos aún en estos momentos <sup>[18]</sup>, cuando me imagino a su crédula víctima, Maximiliano, yaciendo frío y tieso en México, y a su fanática viuda vigilando ansiosa, desde su manicomio francés, la llegada de una silueta que nunca aparecerá; pero sí admiro su sangre fría, su tranquila autosuficiencia, su astuto sentido común.

## XVII

**E**l viaje en dirección al mar resultó agradable. Descubrimos que, durante las tres noches anteriores, nuestro barco se había encontrado en estado de guerra. La primera noche, los marineros de un buque británico, contentos con el grog, bajaron al muelle y retaron a nuestros marineros a una pelea. Aceptaron diligentes, acudieron al muelle y ganaron... lo que les tocó cobrar en una batalla empatada. La policía se llevó a varios miembros ensangrentados y magullados de los dos bandos, y los encerró hasta la mañana siguiente. A la noche siguiente, los muchachos británicos volvieron para reanudar la pelea, pero los nuestros tenían órdenes estrictas de permanecer a bordo y no dejarse ver. Así lo hicieron, y el grupo asediador se volvió cada vez más ruidoso y más grosero, a medida que se fue haciendo aparente el hecho (para ellos, claro) de que nuestros hombres tenían miedo a salir. Por fin se marcharon con una salva final de epítetos ofensivos y humillantes. La tercera noche volvieron y alborotaron más que nunca. Se pavonearon muelle arriba y muelle abajo, y lanzaron amenazas, obscenidades y despiadados sarcasmos contra nuestra tripulación. Aquello era más de lo que la naturaleza humana podía soportar. El segundo comandante envió a los nuestros a tierra... con instrucciones de no pelear. Cargaron contra los británicos y se hicieron con una brillante victoria. Probablemente no habría yo mencionado esta guerra si hubiese acabado de forma distinta. Pero viajo para aprender, y no he olvidado que en las galerías de las batallas de Versalles no hay representada ni una derrota francesa.

Nos sentíamos de nuevo en casa, otra vez a bordo de tan cómodo buque, fumando y holgazaneando en sus aireadas cubiertas. Pero no nos sentíamos del todo en casa, porque muchos miembros de la familia seguían fuera. Echamos de menos varios rostros agradables a los que nos habría gustado encontrar durante la comida, y por la noche había huecos en las partidas de cartas que resultaba difícil llenar. Moulton estaba en Inglaterra, Jack en Suiza, Charley en España. Blucher se había ido, nadie sabía a dónde. Pero estábamos navegando otra vez, y teníamos las estrellas y el océano como objeto de contemplación y sitio de sobra en el que meditar.

A su debido tiempo avistamos las costas de Italia y, mientras mirábamos desde cubierta, temprano, en una luminosa mañana de verano, la majestuosa ciudad de Génova surgió del mar y nos devolvió los rayos del sol desde sus cien palacios.

Aquí descansamos de momento o, mejor dicho, aquí hemos estado intentado descansar, al menos un poquito, pero corremos demasiado de un lado para otro como para conseguirlo.

Me gustaría quedarme aquí. Sería mejor no seguir adelante. Es posible que haya mujeres más hermosas en Europa, pero lo dudo. Génova tiene una población de 120 000 habitantes; dos tercios de la misma son mujeres, creo, y al menos dos tercios de las mujeres son hermosas. No podrían ser más elegantes, tener más buen gusto, y ser más gráciles sin ser ángeles. Sin embargo, los ángeles no son demasiado

elegantes, creo yo. Al menos los ángeles de los cuadros no lo son, sólo llevan alas. Pero estas mujeres genovesas tienen un aspecto encantador. La mayoría de las jóvenes *demoiselles* van vestidas de blanco de la cabeza a los pies, aunque muchas se engalanan más laboriosamente. Nueve de cada diez no llevan nada en la cabeza, a no ser una especie de velo que cae sobre sus espaldas como una neblina blanca. Son bastante rubias y muchas de ellas tienen los ojos azules, aunque se encuentran más a menudo los soñadores ojos negros y los marrones oscuros.

Las damas y los caballeros de Génova tienen la agradable costumbre de pasear por un gran parque que está en la cima de una colina, en el centro de la ciudad, desde las seis hasta las nueve de la noche, y después comen helados en un jardín vecino durante una o dos horas más. Fuimos al parque la tarde del domingo. Allí había dos mil personas, en su mayoría damas y caballeros jóvenes. Los caballeros vestían según la última moda de París, y los vestidos de las damas destellaban entre los árboles como copos de nieve. La multitud se movía dando vueltas al parque, una tras otra, en procesión. Las bandas tocaban, y también las fuentes; la luna y las lámparas de gas iluminaban la escena que, en conjunto, era un cuadro radiante y animado. Yo escrutaba todos los rostros femeninos que pasaban y me parecía que todos eran hermosos. Nunca antes había visto tal aluvión de belleza. No entendía cómo sería capaz de casarse aquí un hombre con una capacidad de decisión normal, porque antes de que lograse decidirse, se habría enamorado ya de otra.

Jamás fumen tabaco italiano. No lo hagan, bajo ningún concepto. Me produce escalofríos sólo el pensar de qué debe estar hecho. Cuando alguien tira la colilla de un cigarro acabado, sea donde sea, un vagabundo se arroja sobre ella al instante. A mí me gusta fumar, pero hiere mi sensibilidad ver a uno de esos cazadores de colillas espiarme por el rabillo de su airado ojo y calcular cuánto tiempo me durará el puro. Me recordó terriblemente a aquel encargado de funeraria de San Francisco que solía presentarse junto al lecho del enfermo, con el reloj en la mano, y calculaba cuánto tardaría en ser cadáver. Uno de aquellos cazadores de colillas nos siguió anoche por todo el parque, y no fuimos capaces de disfrutar del cigarro. Nos sentíamos obligados a apaciguarlo con la colilla antes de haber siquiera fumado medio puro, así de ansioso se mostraba. Creo que nos consideraba su presa legítima, derecho que había alcanzado al descubrirnos, porque se libró de algunos otros profesionales que quisieron aprovisionarse con nosotros.

Seguro que mascan bien las colillas, las ponen a secar y luego las venden como tabaco para fumar. Así que jamás compren una marca italiana de dicho artículo.

«La magnífica» y «la ciudad de los palacios» son apelativos que Génova ha recibido durante siglos. Está llena de palacios, sin duda, y los palacios son suntuosos por dentro, pero por fuera son bastante herrumbrosos y no tienen pretensiones de grandeza arquitectónica. «Génova la magnífica» sería un título acertado si hiciera referencia a las mujeres.

Hemos visitado algunos de los palacios: inmensas mansiones de gruesos muros,

con grandes escaleras de piedra, suelos pavimentados con teselas de mármol (a veces forman un mosaico de intrincados motivos, dibujados con guijarros o pequeños fragmentos de mármol sobre cemento), y grandiosos salones en los que cuelgan cuadros de Rubens, Guido, Tiziano, Paolo Veronese, etcétera, y retratos de los cabezas de familia vestidos con cascos con penachos y gallardas cotas de malla, y damas patricias con imponentes ropajes de hace siglos. Pero, por supuesto, todas aquellas gentes se habían ido al campo a pasar el verano, y tampoco habrían tenido el detalle de convidarnos a cenar si hubiesen estado en casa, y así todos aquellos grandiosos salones vacíos, con sus resonantes pisos, los sombríos retratos de los antepasados muertos, y los estandartes hechos jirones y cubiertos con el polvo de los siglos transcurridos, parecían darle vueltas, solemnemente, a la muerte y a la tumba, y nuestro ánimo menguó, y nuestra alegría se alejó de nosotros. No quisimos subir a la última planta. Empezamos a sospechar que habría fantasmas. Además, siempre nos seguía un criado con pinta de enterrador que nos entregaba un programa, nos señalaba el cuadro que era el primero de la lista del salón en el que se hallaba, y que luego se quedaba tieso, frío y sin sonreír en su librea petrificada hasta que estábamos listos para continuar y pasar al siguiente aposento, momento en el que nos precedía tristemente y adoptaba otra posición malignamente respetuosa, como antes. Desperdicié tanto tiempo rogando que el tejado se cayese sobre tan desalentadores lacayos, que poco me quedó para dedicárselo al palacio y a sus pinturas.

Y además, como en París, teníamos un guía. Malditos sean todos los guías. Éste dijo que era el lingüista más dotado de Génova, en lo que al inglés se refería, y que sólo dos personas en la ciudad, además de él, sabían hablar dicho idioma. Nos mostró el lugar en el que nació Cristóbal Colón y, después de que hubiésemos reflexionado ante él, sobrecogidos e impresionados, durante quince minutos, nos dijo que allí no había nacido Colón, ¡sino la abuela de Colón! Cuando exigimos una explicación a semejante conducta, se limitó a encogerse de hombros y contestó en un italiano bárbaro. En un capítulo futuro contaré más cosas sobre este guía. Creo que podremos llevar siempre con nosotros toda la información que conseguimos arrancarle.

Hacía mucho que no iba a la iglesia tan a menudo como en estas dos últimas semanas. Parece que la especialidad de estas gentes de las tierras viejas son las iglesias. Y esto resulta especialmente verdad referido a los ciudadanos de Génova. Creo que, por toda la ciudad, se levanta una iglesia cada trescientos o cuatrocientos metros. Las calles se ven espolvoreadas, de un extremo a otro, con sacerdotes bien alimentados, con sus sotanas y sus tejas, y las campanas, a docenas, repican todo el santo día, o casi. De vez en cuando se tropieza uno con un fraile franciscano, con la cabeza afeitada, una túnica larga de basto paño, cinturón de cuerda y cuentas, y con los pies enfundados en unas sandalias o totalmente descalzos. Estos virtuosos sufren en la carne y hacen penitencia toda su vida, supongo, pero parecen consumados generadores de hambruna. Todos son gordos y serenos.

La vieja catedral de San Lorenzo es uno de los edificios más notables que hemos



encontrado en Génova. Es grande y tiene columnatas de nobles pilares, y un gran órgano, y la acostumbrada pompa de las molduras doradas, las pinturas, los techos cubiertos de frescos, y todo lo demás. No puedo describirla, por supuesto: eso me llevaría muchas páginas. Pero es un lugar curioso. Dicen que la mitad, desde la puerta principal hasta el altar, era una sinagoga judía antes de que naciese el Salvador, y que no ha sufrido alteración alguna desde entonces. Dudamos de dicha afirmación, aunque de mala gana. Hubiésemos preferido creerla. Aquel lugar se veía demasiado bien reparado como para ser tan antiguo.

El principal punto de interés de la catedral es la pequeña capilla de San Juan Bautista. Sólo permiten que las mujeres entren allí un día del año, debido a la animosidad que aún albergan contra dicho sexo por el asesinato del santo para cumplir un capricho de Herodías. En esta capilla hay un cofre de mármol en el que, según nos dijeron, estaban las cenizas de San Juan; y a su alrededor iba enrollada una cadena que, nos dijeron, lo había mantenido atado cuando estuvo en prisión. No deseábamos dudar de tales afirmaciones y, sin embargo, no podíamos estar seguros de que fuesen ciertas, en parte porque nosotros podríamos haber roto esa cadena con facilidad, así que San Juan también, y en parte porque ya habíamos visto antes las cenizas de San Juan, en otra iglesia. No lográbamos convencernos de que San Juan tuviese dos juegos de cenizas.

También nos mostraron un retrato de la Madonna que había sido pintado por San Lucas, y no parecía ni la mitad de viejo o ahumado que algunas de las obras de Rubens. No pudimos evitar sentir admiración por la humildad del apóstol, que ni una sola vez mencionó en sus escritos que supiese pintar.

Pero ¿no resulta ya exagerado este asunto de las reliquias? Encontramos un pedazo de la Vera Cruz en todas las viejas iglesias en las que entramos, y algunos de sus clavos. No es mi intención ser optimista, pero creo que hemos visto ya una barrica entera de esos clavos. También está la corona de espinas; tienen parte de una en la Santa Capilla de París, y hay otra parte en Notre Dame. Y en cuanto a los huesos de St. Denis, estoy seguro de haber visto los suficientes como para duplicarlo, en caso necesario.

Tenía intención de escribir sólo acerca de las iglesias, pero siempre me desvíó del tema. Podría decir que la iglesia de la Anunciación es un bosque de hermosas columnas, de estatuas, molduras doradas e innumerables pinturas, pero eso no proporcionaría a nadie una idea totalmente perfecta del asunto, así que, ¿para qué intentarlo? Una familia levantó todo el edificio y aún les queda dinero. Ahí es dónde está el misterio. Nosotros creíamos que sólo la fábrica nacional de moneda podría haber sobrevivido a semejante gasto.

Estas gentes viven en las casas más pesadas, más altas, más anchas, más oscuras y más sólidas que imaginarse pueda. Cada una de ellas podría dejar en ridículo a quien intentase sitiarlas. Lo normal es que midan treinta metros de frente y otros treinta de alto, y hay que subir unos tres tramos de escaleras antes de empezar a percibir señales

de ocupación. Todo es de piedra, ¡y de piedra de la pesada! Los suelos, las escaleras, las repisas, los bancos... todo. Los muros tienen entre un metro veinte y un metro y medio de espesor. Las calles generalmente miden entre uno y dos metros de ancho y son tortuosas como un sacacorchos. Siguiendo una de esas sombrías rendijas, si miramos hacia arriba, vemos el cielo como una simple cinta de luz, muy por encima de nosotros, donde los tejados de las elevadas casas, a ambos lados de la calle, se inclinan y casi se tocan. Parece que se encuentra uno en el fondo de un tremendo abismo, y el mundo entero encima. Se entra y se sale, aquí y allá, serpenteando, de forma misteriosa, sin tener más idea de los puntos cardinales que un ciego. Es imposible convencerse de que son calles, y las casas severas, sórdidas y monstruosas, viviendas, hasta que se ve salir de ellas a una de esas hermosas mujeres tan bien vestidas: se la ve emerger de una guarida oscura y deprimente, con toda la pinta de mazmorra, desde el suelo hasta casi llegar al cielo. Y entonces nos maravilla que tan encantadora mariposa nocturna pueda surgir de un caparazón tan aterrador como éste. Las calles se hacen estrechas, sensatamente, y las casas pesadas, densas y de piedra, para que la gente conserve el fresco en este clima abrasador. Están frescos y se mantienen así. Y, ahora que lo pienso, los hombres llevan sombrero y son de tez muy oscura, pero las mujeres no usan más tocado que un ligero velo, como una gasa, y sin embargo, en general, son sumamente claras. Resulta curioso, ¿verdad?

Se supone que cada uno de los enormes palacios de Génova está ocupado por una sola familia, aunque podría albergar a cien, creo yo. Son reliquias de la grandeza de los tiempos prósperos de Génova, aquellos tiempos en los que era una gran potencia marítima y comercial, hace ya varios siglos. Estas casas, aunque sean sólidos palacios de mármol, en muchos casos muestran un aburrido tono rosado de fondo, y desde el suelo hasta los aleros están cubiertas de escenas de batallas genovesas, con imágenes monstruosas de Júpiter y Cupido, y conocidas ilustraciones de la mitología griega. Donde la pintura se ha rendido al paso del tiempo y al maltrato del clima, por lo que se desprende en desconchones y claros, el efecto no es acertado. Un Cupido sin nariz, o un Júpiter al que le falta un ojo, o una Venus con una ampolla en el pecho, no son elementos atractivos en una pintura. Algunos de aquellos muros pintados me recordaron a ese furgón alto, empapelado de imaginativos carteles y pósters, que sigue al carro de la banda de música del circo por los pueblos. No he leído, ni oído, que los exteriores de las casas de ninguna otra ciudad europea se llenen de frescos de esta manera.

No imagino que Génova pueda verse alguna vez en ruinas. Pocas veces hemos visto unos arcos tan enormes, unas subestructuras tan pesadas como las que soportan esos edificios, con sus torres y sus anchas alas; y parece imposible que los grandes bloques de piedra con los que han construido estas casas puedan desintegrarse alguna vez; unos muros que son tan espesos como alta es una puerta americana normal, no pueden derrumbarse.

Las repúblicas de Génova y Pisa fueron muy populares en la Edad Media. Sus

navíos llenaban el Mediterráneo, y mantenían un extenso comercio con Constantinopla y Siria. Sus almacenes eran los grandes depósitos de distribución desde donde se enviaba, a toda Europa, la costosa mercancía de Oriente. Eran pequeñas naciones belicosas y desafiaban, en aquellos tiempos, a gobiernos que ahora las eclipsan como eclipsa una montaña a una topera. Los sarracenos capturaron y saquearon Génova hace novecientos años, pero durante el siglo siguiente, Génova y Pisa sellaron una alianza ofensiva y defensiva, y sitiaron las colonias sarracenas de Cerdeña y las Islas Baleares con una persistencia que mantuvo su vigor original y conservó su finalidad durante cuarenta largos años. Al final vencieron, y repartieron sus conquistas con ecuanimidad entre sus grandes familias patricias. Los descendientes de algunas de esas orgullosas familias siguen aún habitando los palacios de Génova, y buscan en sus propios rasgos un parecido con los adustos caballeros, cuyos retratos cuelgan en sus majestuosas salas, y con las bellezas retratadas de labios seductores y alegres ojos, cuyos originales llevan muchos siglos convertidos en polvo y cenizas.

El hotel en el que nos alojamos pertenecía a una de esas grandes órdenes de caballeros de la Cruz de los tiempos de las Cruzadas, y sus centinelas, en cota de malla, hicieron guardia en sus inmensos torreones y despertaron ecos, en estos vestíbulos y pasillos, con sus talones de hierro.

Pero la grandeza de Génova ha degenerado en un comercio discreto de terciopelos y filigrana de plata. Dicen que cada ciudad europea tiene su especialidad. Estas cosas de filigrana son la especialidad de Génova. Sus herreros cogen lingotes de plata, los trabajan y les dan toda clase de formas hermosas y elegantes. Con alambres y trozos de plata hacen unos ramilletes de flores que simulan las delicadas creaciones que la escarcha teje sobre los cristales; y nos mostraron un templo de plata en miniatura cuyas columnas estriadas, cuyos capiteles corintios y ricos entablamentos, cuya aguja, estatuas, campanas y recargada fastuosidad escultórica se habían trabajado en plata pulida, y con una maestría tan inigualable que cada detalle era fascinante por sí mismo, y el edificio acabado, una maravilla de belleza.

Ya estamos otra vez dispuestos para irnos, aunque no nos hemos cansado de los estrechos pasadizos de esta vieja cueva de mármol. Cueva es una buena palabra si nos referimos a Génova bajo las estrellas. Cuando merodeábamos por la noche a través de las oscuras grietas que llaman calles, donde no retumbaban más pisadas que las nuestras, donde solamente nosotros estábamos fuera de casa, y las luces surgían sólo a intervalos largos, lejos, y misteriosamente volvían a desaparecer, y las casas que se alzaban por encima de nuestros hombros parecían elevarse más que nunca hacia el cielo, siempre aparecía en mi cabeza el recuerdo de una cueva que conozco, en casa, con sus pasadizos de techos altos, su silencio y su soledad, sus envolventes tinieblas, sus ecos sepulcrales, las luces que se ocultan y, sobre todo, la repentina revelación de grietas que se bifurcan y de pasillos que surgen donde menos se los espera.

Tampoco nos hemos cansado de las interminables procesiones de alegres y

parlanchines chismosos que atestan estos patios y calles durante todo el día; ni de los monjes de hábitos de basto paño; ni de los vinos Asti, a los que el viejo doctor (al que nosotros llamamos el Oráculo), con su acostumbrada alegría a la hora de entenderlo todo mal, llama «nasty» <sup>[19]</sup>. Pero debemos irnos igual.

Nuestra última visita fue al cementerio (una necrópolis que pretende acomodar 60 000 cuerpos), que recordaremos aún después de haber olvidado los palacios. Es un enorme pasillo de mármol con columnas que se extiende alrededor de un gran cuadrado de terreno sin ocupar; su ancho suelo es de mármol, y en cada losa hay una inscripción, porque cada losa cubre un cadáver. A ambos lados, mientras caminamos por el centro del pasillo, surgen monumentos, tumbas, y figuras esculpidas, exquisitamente trabajadas y llenas de elegancia y belleza. Son nuevas y blancas como la nieve; cada contorno es perfecto, cada rasgo inocente de mutilación, defecto o imperfección; por eso, para nosotros, estas interminables hileras de formas cautivadoras resultan cien veces más bellas que las estatuas estropeadas y deslustradas que han salvado de entre los restos del arte antiguo y que han colocado en las galerías de París para que el mundo entero las admire.

Bien provistos de puros y otras necesidades de la vida, ya estamos preparados para subir a los vagones que nos llevarán a Milán.

## XVIII

**D**urante todo el día atravesamos un país montañoso de picos que brillaban al sol, de laderas salpicadas con hermosas casas de campo situadas en medio de jardines y arbustos, cuyos profundos barrancos parecían frescos y sombreados y resultaban muy tentadores desde donde, nosotros y los pájaros, sobrevolábamos hendiendo la sofocante capa de aire superior.

Aunque había suficientes túneles helados que nos permitían controlar la transpiración. Cronometramos uno de ellos. Tardamos veinte minutos en atravesarlo, al ritmo de entre treinta y treinta y cinco millas la hora.

Más allá de Alessandria, pasamos junto al campo de batalla de Marengo.

Al atardecer nos acercamos a Milán y vimos fugazmente la ciudad y las azuladas cimas de las montañas que quedaban detrás. Pero no nos preocupábamos de esas cosas, no nos interesaban lo más mínimo. Estábamos enfermos de impaciencia; ¡nos moríamos por ver la famosa catedral! Mirábamos, en esta dirección y en la otra, alrededor, por todas partes. No necesitábamos que nadie nos la señalara, no deseábamos que nadie nos la señalara, la reconoceríamos incluso en medio del desierto del Sahara.

Por fin, un bosque de delicadas agujas, que brillaban bajo el ámbar del sol, se elevó lentamente sobre los tejados sin importancia, como a veces se ve, en el lejano horizonte, una masa de nubes, como un pináculo dorado, elevarse por encima del desierto de olas, en el mar. ¡La catedral! La reconocimos al momento.

La mitad de esa noche y todo el día siguiente, ese autócrata arquitectónico fue nuestro único objeto de interés.

¡Qué maravilla! Tan grandiosa, tan solemne, tan enorme. Y, a la vez, tan delicada, tan ligera, tan airosa. Es un mundo entero de peso macizo, pero, a la suave luz de la luna, parece tan sólo una ilusión engañosa hecha con escarcha que se desvanecerá al contacto con nuestro aliento. Con qué intensidad sus empinados ángulos y su mar de agujas se recortaban contra el cielo, y con qué profusión caían sus sombras sobre el tejado blanco como la nieve. ¡Era digno de verse! Era un milagro, un himno cantado en piedra, un poema trabajado en mármol.

Comoquiera que se mire a la gran catedral, resulta noble, es hermosa. En cualquier punto de Milán en el que nos halleemos, o en un radio de siete millas de Milán, resulta visible, y si resulta visible, no hay ningún otro objeto capaz de atraer nuestra atención. Si dejamos a nuestros ojos libres de control un solo instante, seguramente intentarán mirarla. Es la primera cosa que buscamos por la mañana, y la última sobre la que nuestra mirada se entretendrá por la noche. Creo que se trata de la creación más magnífica que el cerebro humano ha concebido jamás.

A las nueve de la mañana nos detuvimos frente a este coloso de mármol. La puerta central, de las cinco que tiene, está rodeada por un bajorrelieve de pájaros, frutas, bestias e insectos, que han sido tallados en el mármol con tal ingenio, que

parecen criaturas vivas. Y son tantas las figuras y los motivos tan complicados, que podríamos estudiarlos durante una semana seguida sin que nuestro interés decayese. En la gran torre que corona la miríada de agujas, en el interior de las agujas, sobre las puertas, las ventanas, en los recovecos y rincones, en cualquier lugar del enorme edificio en el que pueda hallarse un nicho o una atalaya, desde la cima hasta la base, hay una estatua de mármol, y cada estatua es un estudio en sí misma. Rafael, Angelo, Canova, gigantes como éstos crearon los diseños y sus discípulos los trabajaron. Todos los rostros muestran expresiones elocuentes y todas las actitudes resultan airoas. Muy por encima, en el altísimo tejado, hilera tras hilera de agujas talladas y adornadas hienden el aire y, a través de su rica filigrana, se puede ver el cielo. En medio de todas ellas, la torre central se eleva orgullosa como el palo mayor de algún gran buque de esos que comercian con las Indias Orientales, entre una flota de barcos de cabotaje.

Queríamos subir al mástil. El sacristán nos mostró una escalera de mármol (por supuesto que era mármol, del más puro y más blanco. No había ninguna otra piedra, ni ladrillo, ni madera, entre los materiales empleados para su construcción) y nos dijo que subiésemos ciento ochenta y dos peldaños y nos detuviésemos allí hasta que él llegase. No era necesario que nos mandase detener, lo habríamos hecho de todos modos. Para cuando llegamos, estábamos agotados. Era el tejado. Allí, elevándose desde sus anchas losas de mármol, se hallaban las largas filas de agujas que, al estar tan cerca, parecían altísimas y que, sin embargo, disminuían al alejarse, como los tubos de un órgano. Desde allí se veía que cada una de las estatuas que las coronaban era del tamaño de un hombre grande, aunque desde la calle todas parecían muñecos. También veíamos que desde el interior de todas y cada una de esas agujas huecas, entre dieciséis y treinta y una hermosas estatuas de mármol observaban el mundo bajo sus pies.

Desde los aleros al caballete del tejado, se extendían en interminable sucesión grandes vigas curvadas, de mármol, como las abrazaderas de proa y popa de un barco de vapor, y a lo largo de cada viga, de un extremo al otro, se erguía una hilera de flores y frutas profusamente talladas, todas separadas entre sí y de distinto tipo: en total había representadas más de 15 000 especies. A distancia, esas hileras semejan juntarse como las traviesas de la vía férrea, y entonces la mezcla de los capullos y las flores de este jardín de mármol forma una imagen de lo más encantador.

Bajamos las escaleras y entramos. En el interior de la iglesia, unas enormes filas de columnas trabajadas, como monumentos gigantescos, dividían el edificio en anchos pasillos, y sobre el suelo dibujado caía un suave rubor, procedente de las vidrieras superiores. Sabía que la iglesia era muy grande, pero no pude apreciar su enorme tamaño hasta que me fijé en que los hombres que estaban de pie lejos, junto al altar, parecían niños que se deslizaban, en lugar de andar. Deambulamos mirando hacia arriba, a las monstruosas vidrieras, radiantes, con escenas de brillantes colores de la vida del Salvador y sus seguidores. Algunas de esas imágenes son mosaicos, y

sus mil partículas de cristal tintado o de piedra están tan artísticamente unidas que la obra contiene la homogeneidad y el acabado de un óleo. En una ventana contamos sesenta hojas de vidrio, y cada una de ellas estaba adornada con uno de esos logros magistrales del genio y la paciencia.

El guía nos mostró una escultura color café que, según nos dijo, se creía era obra de Fidias, ya que no era posible que ningún otro artista, de otra época, hubiese podido copiar la naturaleza con tal impecable precisión. La figura era la de un hombre sin piel; con cada vena, arteria, músculo, cada fibra, tendón y tejido del cuerpo humano, representado hasta el más mínimo detalle. Se hacía natural porque, por alguna razón, parecía que le dolía. Lo normal sería que un hombre desollado diese esa impresión, a no ser que estuviese entretenido con algún otro asunto. Era horrenda y, sin embargo, ejercía una especie de fascinación. Siento mucho haberla visto, porque ahora ya siempre la veré. A veces soñaré con ella. Soñaré que descansa sus brazos acordonados sobre la cabecera de la cama y se queda mirándome con sus ojos muertos; soñaré que está acostada entre las sábanas, conmigo, y que me toca con sus músculos desnudos y sus piernas frías y fibrosas.

Es difícil olvidar las cosas repulsivas. Aún recuerdo una vez que me escapé de clase, cuando era niño, y después, ya muy tarde, por la noche, decidí entrar por la ventana de la oficina de mi padre y dormir en un sofá, porque no me apetecía nada volver a casa y llevarme una tunda. Mientras yacía en el sofá y mis ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, me pareció que veía una cosa alargada, oscura e informe, extendida sobre el suelo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Volví la cara hacia la pared, pero no servía. Tenía miedo de que aquella cosa se acercase reptando y se apoderase de mí en la oscuridad. Me volví a dar la vuelta y me la quedé mirando un minuto tras otro... a mí me parecieron horas. Creía que la luz de la luna, rezagada, nunca jamás la alcanzaría. Me giré hacia la pared y conté hasta veinte, para pasar aquel rato febril. Miré: el pálido cuadrado de luz estaba más cerca. Volví a darme la vuelta y conté hasta cincuenta: ya casi la tocaba. Con la voluntad que da la desesperación, volví a girarme, conté hasta cien y miré, temblando entero. ¡La luna iluminaba una mano blanca, humana! El corazón me dio un vuelco horrible, no me llegaba el aire a los pulmones. Sentí... no soy capaz de decir qué sentí. Cuando recuperé el valor suficiente, volví a mirar a la pared. Pero ningún chico podría haber permanecido así con esa mano misteriosa a sus espaldas. Conté de nuevo y miré: se veía la mayor parte de un brazo desnudo. Me tapé los ojos con las manos, conté hasta que no pude soportarlo más y entonces... allí estaba el pálido rostro de un hombre, con las comisuras de la boca hacia abajo y los ojos fijos, vidriosos, de un muerto. Me senté y miré atónito aquel cadáver hasta que la luz reptó por su pecho desnudo, centímetro a centímetro, y siguió hasta pasar la tetilla, donde dejó ver una horrible puñalada.

Me largué de allí. No diré que me fui con prisa, pero sí que me marché, y con eso basta. Salí por la ventana y me llevé conmigo la hoja móvil de la misma. No es que la

necesitase, pero me resultaba más práctico llevármela que dejarla, y me la llevé. No estaba asustado, pero sí considerablemente inquieto.

Cuando llegué a casa, me dieron una soberana paliza, pero la disfruté. Me pareció algo perfectamente delicioso. A aquel hombre lo habían apuñalado esa tarde cerca de la oficina, y lo habían llevado adentro para atenderlo, pero sólo vivió una hora. He dormido en la misma habitación que él a menudo desde entonces, en sueños.

Y ahora descenderemos a la cripta, bajo el gran altar de la catedral de Milán, y recibiremos un impresionante sermón de unos labios que han estado silenciosos y unas manos que no han realizado gesto alguno desde hace trescientos años.

El sacerdote se detuvo en una pequeña mazmorra y levantó el cirio. Aquél era el lugar del último descanso de un buen hombre, de un hombre generoso y de buen corazón; un hombre que había dedicado toda su vida a socorrer a los pobres, animando a los pusilánimes, visitando a los enfermos; a aliviar el sufrimiento, dondequiera y siempre que lo encontraba. Su corazón, su mano y su bolsa siempre estaban abiertos. Con su historia en la cabeza, casi resulta fácil ver su semblante bondadoso moviéndose con calma entre los demacrados rostros de Milán, en aquellos días en los que la peste asoló la ciudad, valiente cuando todos los demás eran cobardes, lleno de compasión cuando la pena había sido expulsada del resto de los corazones por un instinto de supervivencia enloquecido de miedo, animando a todo el mundo, rezando con todos, ayudándolos a todos con la mano, la cabeza y la bolsa, en un tiempo en el que los padres traicionaban a los hijos, el amigo abandonaba al amigo, y el hermano se alejaba de la hermana mientras los ruegos de ella resonaban aún en sus oídos.

Era San Carlos Borromeo, obispo de Milán. La gente lo idolatraba; los príncipes le prodigaban toda clase de tesoros. Permanecimos de pie en su tumba. Allí estaba el sarcófago, iluminado por unos cirios que goteaban cera. Los muros estaban cubiertos de bajorrelieves que representaban escenas de su vida, hechos de plata maciza. El sacerdote se puso una prenda corta de encaje blanco sobre su negra sotana, se santiguó, se inclinó con reverencia, y comenzó, lentamente, a hacer girar un molinete. El sarcófago se separó en dos partes, a lo largo, y la parte inferior se hundió y dejó a la vista un ataúd de cristal de roca, tan transparente como el aire. Dentro yacía el cuerpo, envuelto en costosos ropajes, cubiertos con bordados de oro y adornados con gemas centelleantes. La deteriorada cabeza estaba negra a causa de la edad, la seca piel estaba pegada a los huesos, no tenía ojos, había un agujero en la sien y otro en la mejilla, y los finos labios estaban separados, simulando una horrible sonrisa. Sobre aquel espantoso rostro, su polvo, su podredumbre y su burlona sonrisa, habían colocado una corona repleta de ostentosos brillantes; y sobre el pecho, cruces y báculos de oro macizo, espléndidamente cuajados de esmeraldas y diamantes.

Qué pobres, mezquinas y triviales parecían aquellas baratijas en presencia de la solemnidad, de la grandeza y de la repugnante majestad de la Muerte. Pensemos en Milton, Shakespeare, y Washington, de pie ante un mundo reverente engalanado con



las cuentas de cristal, los pendientes de latón y los oropeles de los salvajes de las praderas.

El muerto Borromeo predicaba un sermón pleno de significado, cuya idea principal era: Vosotros que adoráis las vanidades del mundo, vosotros que anheláis los honores terrenales, la riqueza terrenal, la fama terrenal, ¡mirad cuánto valen!

A nosotros nos parecía que un hombre tan bueno, de corazón tan amable y naturaleza tan sencilla, merecía descansar en una tumba que lo protegiera de la intrusión de los fisgones, y estábamos convencidos de que él hubiese preferido que así fuese pero, por ventura, nuestro juicio al respecto podría ser erróneo.

Cuando salimos de nuevo a la planta principal, otro sacerdote se ofreció voluntario para mostrarnos los tesoros de la iglesia.

¿Cómo? ¿Más? El mobiliario de la estrecha cámara funeraria que acabábamos de visitar pesaba seis millones de francos sólo en onzas y quilates, eso sin sumar la costosa mano de obra que se les había aplicado. Pero entramos en una sala enorme, llena de aparadores, altos y de madera, grandes como armarios. Los abrió y ¡oh, maravilla!, los cargamentos de toscos lingotes de las oficinas de aquilatamiento de Nevada se esfumaron de mi memoria. Allí había Vírgenes y obispos, más grandes que de tamaño natural, hechos de plata maciza, y que valía cada uno, sólo al peso, desde los ochocientos mil a los dos millones de francos, que en las manos sujetaban libros cuajados de gemas y valorados en ochenta mil; había bajorrelieves que pesaban trescientos kilos, tallados en plata maciza; báculos y cruces, y candeleros de dos metros de altura, todos de oro puro, resplandecientes de piedras preciosas; y junto a ellos, toda clase de cálices, vasos y cosas de ese estilo, suntuosos en la misma proporción. Era como el palacio de Aladino. Aquí los tesoros, sólo al peso, sin contar la mano de obra, estaban valorados en cincuenta millones de francos. Si pudiese yo conseguir la custodia de todos ellos durante un tiempo, me temo que el precio de mercado de los obispos de plata subiría bruscamente, a causa de su extrema escasez en la catedral de Milán.

Los sacerdotes nos mostraron dos dedos de San Pablo, y uno de San Pedro; un hueso de Judas Iscariote (era negro, el hueso), y huesos de los demás discípulos; un pañuelo en el que el Salvador había dejado grabado su rostro. Entre las reliquias más preciadas se hallaba una piedra del Santo Sepulcro, parte de la corona de espinas (en Notre Dame tienen una entera), un fragmento de la túnica púrpura que usó el Salvador, un clavo de la cruz, y un cuadro de la Virgen y el Niño pintado por la verdadera mano de San Lucas. Es la segunda Virgen de San Lucas que hemos visto. Una vez al año, todas estas santas reliquias son llevadas en procesión por las calles de Milán.

Quiero deleitarme con los detalles más áridos de la gran catedral. El edificio mide ciento cincuenta metros de largo por cincuenta y cinco de ancho, y la torre principal ronda los ciento veinticinco metros de alto. Tiene 7148 estatuas de mármol, y contará con otras tres mil, o más, cuando esté terminada. También tiene mil quinientos

bajorrelieves. Y ciento treinta y seis agujas: les falta añadirle veintiuna más. Cada aguja está coronada por una estatua que mide dos metros de alto. Todo lo que hay en la iglesia es de mármol, que procede de la misma cantera; con este fin se le legó al Arzobispado hace varios siglos. Y así, lo único que hay que pagar es la mano de obra; que también es cara: la factura, hasta el momento, suma seiscientos ochenta y cuatro millones de francos (muy por encima de los cien millones de dólares), y se calcula que aún tardarán otros ciento veinte años en terminar la catedral. Parece completa, pero está lejos de ello. Ayer vimos cómo colocaban una nueva estatua en su hornacina, junto a otra que lleva ya cuatrocientos años en su sitio, según nos dijeron. Hay cuatro escaleras que suben a la torre principal, y cada una de ellas ha costado cien mil dólares, con las cuatrocientas ocho estatuas que las adornan. Marco Compioni fue el arquitecto que diseñó su magnífica estructura hace quinientos años, y tardó cuarenta y seis en calcular todos los detalles de los planos para poder entregárselos a los constructores. Ya ha muerto. El edificio se comenzó a levantar hace algo menos de quinientos años, y dentro de tres generaciones seguirá sin estar terminado.

Como más luce es a la luz de la luna, porque las partes más antiguas, manchadas por el paso del tiempo, crean un desagradable contraste con las partes más nuevas y blancas. Parece quizás demasiado ancha para su altura, pero seguramente el hecho de familiarizarse con ella disipará esa impresión.

Dicen que la catedral de Milán sólo cede el primer puesto ante la Basílica de San Pedro de Roma. No puedo entender que ninguna cosa hecha por manos humanas pueda desplazarla a un segundo lugar.

Ya nos hemos despedido de ella, probablemente para siempre. Es posible que, en el futuro, cuando los recuerdos que de ella tengamos hayan perdido intensidad, creamos que la hemos visto en un sueño maravilloso, pero nunca en el mundo real.

## XIX

—¿Desean *trepare posso sere*?

Eso fue lo que nos preguntó el guía mientras mirábamos hacia los caballos de bronce del Arco de la Paz. Significaba: «¿Desean subir allá arriba?». Lo cuento como ejemplo del inglés de los guías. Ésas son las personas que hacen que la vida sea una carga para el turista. Sus lenguas nunca están quietas. Hablan por siempre jamás, y ésa es la clase de galimatías que usan. Ni la inspiración en persona sería capaz de entenderlos. Si se limitaran a mostrarnos una obra de arte, o una tumba venerable, o una prisión, o un campo de batalla, santificados por recuerdos conmovedores o reminiscencias históricas, o tradiciones grandiosas, y se hicieran luego a un lado, y se mantuvieran callados diez minutos para dejarnos pensar, no sería tan terrible. Pero interrumpen todos los sueños, cualquier pensamiento agradable, con su pesado parloteo. A veces, cuando me he hallado frente a alguno de mis viejos y apreciados ídolos, que recordaba de muchos muchos años atrás en la clase de geografía del colegio, he pensado que daría un mundo porque el loro humano que estaba junto a mí pereciera de repente allí mismo y me dejase mirar, reflexionar y rendir culto.

No, no deseábamos «*trepare posso sere*». Deseábamos ir a La Scala, el teatro más grande del mundo, creo que lo llaman. Y fuimos. Era un sitio grande: siete masas de humanidad distintas y separadas; seis grandes círculos y una platea monstruosa.

Deseábamos ir a la biblioteca Ambrosiana y también fuimos. Vimos un manuscrito de Virgilio, con anotaciones hechas de su puño y letra por Petrarca, el caballero que amaba a la Laura de otro hombre y que, durante toda su vida, la colmó de amor, algo que, sin duda, fue desperdiciar materia prima. Aquello fue puro sentimiento, pero poco sentido común. Les proporcionó fama a los dos, e hizo brotar un manantial de conmisericordia en los pechos de los sentimentales que, aún hoy, sigue fluyendo. Pero ¿quién dice una palabra a favor del pobre Sr. Laura? (Es que no sé cómo se llama). ¿Quién lo glorifica? ¿Quién lo engalana con lágrimas? ¿Quién escribe poemas sobre él? Nadie. ¿Qué creen que opinaba del estado de cosas que tanto placer ha proporcionado al mundo? ¿Cuánto habrá disfrutado del hecho de que otro hombre siguiese a su mujer a todas partes, y lograrse que su nombre fuese palabra común en todas las bocas exterminadoras de ajo de Italia, con sus sonetos a sus cejas, de las que se apropió? Ellos obtuvieron fama y simpatía; él, nada. Éste es un ejemplo particularmente acertado de eso que se llama justicia poética. Todo eso está muy bien; pero no coincide con la idea que yo tengo de lo que es justo. Es demasiado parcial, demasiado mezquino. Que el mundo continúe atormentándose por Laura y Petrarca si ése es su deseo; pero en cuanto a mí, mis lágrimas y mis lamentos serán todos para el pobre demandado arrinconado.

También vimos una carta autógrafa de Lucrecia Borgia, una dama por la que siempre he sentido el mayor de los respetos, debido a sus excepcionales capacidades

histriónicas, su opulencia en copas de oro macizo hechas de madera cubierta con pan de oro, su gran distinción como gritona operística, y la facilidad con la que lograba encargarse un funeral para seis y conseguir los cadáveres a tiempo. Vimos un único y áspero pelo amarillo de la cabeza de Lucrecia, además. Despertó algunas emociones, pero seguimos vivos. En esta misma biblioteca contemplamos algunos dibujos de Miguel Ángel (estos italianos lo llaman Michelangelo) y de Leonardo da Vinci (lo escriben Vinci y lo pronuncian Vinchi; los extranjeros siempre escriben mejor de lo que pronuncian). Nos reservamos nuestra opinión sobre esos esbozos.

En otro edificio nos mostraron un fresco que representaba a unos leones y a otras bestias tirando de unos carros; parecían sobresalir tanto de la pared que pensamos que eran esculturas. El artista había intensificado, astutamente, la ilusión pintando polvo sobre los lomos de las criaturas, como si hubiese caído sobre ellas de forma natural. Un tipo listo, si es que es de listos engañar a los extranjeros.

En otro lugar vimos un enorme anfiteatro romano, con sus asientos de piedra aún en buen estado. Modernizado, ahora es escenario de recreaciones más pacíficas que la exhibición de un puñado de bestias que se van a merendar a unos cristianos. En ocasiones, los milaneses lo usan como pista de carreras, y otras temporadas lo llenan de agua y celebran enérgicas regatas. El guía nos contó esas cosas, y él jamás pondría en práctica un experimento tan peligroso como contar una mentira, cuando eso es lo único que puede hacer para decir la verdad en inglés sin padecer trismo.

En otra parte nos mostraron una especie de pérgola de verano, con una valla delante. Dijimos que aquello no era nada. Volvimos a mirar y vimos, a través de la pérgola, una extensión ilimitada de jardín, arbustos y césped. Estábamos deseando entrar allí y descansar, pero no se podía. Sólo era otra ilusión más: una pintura realizada por un artista ingenioso y muy poco caritativo con la gente cansada. El engaño era perfecto. Nadie habría podido imaginar que el parque no era real. Al principio hasta nos pareció que olíamos las flores...

Alquilamos un carruaje al ponerse el sol y paseamos por las sombreadas avenidas con el resto de la nobleza, y después de cenar tomamos vino y helados en un bonito jardín con el gran público. La música era excelente, las flores y los arbustos resultaban agradables a la vista, la escena era vivaracha, todo el mundo era muy fino y delicado, y las damas tenían un ligero bigote e iban bien vestidas, aunque resultaban feúchas.

Nos retiramos a un café y jugamos al billar durante una hora, y yo conseguí seis o siete puntos porque el doctor metía su propia bola, y él otras tantas porque yo metía la mía. Incluso estuvimos a punto de hacer carambola, pero no la que intentábamos hacer. La mesa era estilo europeo: las bandas gastadas y el doble de altas que las bolas; los tacos en mal estado. Los nativos sólo juegan una especie de billar americano. Aún no hemos visto a nadie jugar el juego francés de tres bolas y yo dudo de que en Francia siquiera lo conozcan, o que exista un hombre lo bastante loco como para intentar jugarlo en una de estas mesas europeas. Al final tuvimos que dejar de

jugar porque a Dan se le dio por dormir quince minutos entre cada recuento y no prestar atención a sus puntos.

Después recorrimos arriba y abajo, durante un rato, una de las calles más populares, disfrutando de la comodidad ajena y deseando poder exportar parte de ella a nuestras agitadas, repletas y agotadoras tiendas de casa. Precisamente éste es el principal atractivo de la vida en Europa: la comodidad. En América vamos a toda prisa, y eso está bien; pero cuando terminamos la jornada laboral, seguimos pensando en pérdidas y ganancias, planificamos el día siguiente, incluso nos llevamos los problemas laborales a la cama, y damos vueltas y nos preocupamos por ellos, cuando deberíamos estar restaurando nuestros atormentados cuerpos y cerebros con el sueño. Consumimos nuestras energías con esas emociones y, o morimos antes de tiempo o nos abandonamos a una vejez frugal y sórdida, en una etapa de nuestras vidas que en Europa consideran los mejores años del hombre. Cuando un acre de tierra ha producido bien durante mucho tiempo, lo dejamos descansar, en barbecho, durante una estación; cuando un hombre ha de cruzar el continente, no acaba el viaje en la misma diligencia en la que lo comenzó: la diligencia se guarda en algún establo de las praderas para que su recalentada maquinaria se enfríe durante unos días; cuando una navaja ha rendido durante mucho tiempo y ha perdido su filo, el barbero la deja descansar durante unas semanas, y recupera el filo por su cuenta. Conferimos todo tipo de atenciones a los objetos inanimados, pero ninguna a nosotros mismos. Qué gente robusta, qué nación de pensadores podríamos ser, si fuésemos capaces de dejarnos de vez en cuando en el cajón para recuperar el filo.

A los europeos les envidio cómo disfrutaban de la vida. Cuando terminan su jornada laboral, se olvidan del trabajo. Algunos acuden, con su mujer y sus hijos, a una cervecería, y allí se sientan tranquilos y distinguidos, mientras beben una jarra o dos de cerveza y escuchan música; otros salen a pasear, o recorren en coche las avenidas; los hay que se reúnen en las enormes plazas ornamentales al atardecer para disfrutar de la visión y la fragancia de las flores, y para escuchar a las bandas militares (y es que no hay ciudad europea que no disfrute de una buena música militar al anochecer); y aún hay otros, del pueblo, que se sientan al aire libre frente a las casas de refrigerio, y toman helados o beben cervezas tan ligeras que ni a un niño harían daño. Se van a la cama razonablemente temprano y duermen bien. Siempre están tranquilos, son metódicos, se muestran alegres, a gusto y saben apreciar la vida y sus múltiples bendiciones. Jamás se ve a uno de ellos borracho.

El cambio que se ha producido en nuestro pequeño grupo resulta sorprendente. Cada día que pasa perdemos parte de nuestra agitación y absorbemos parte del espíritu de quietud y tranquilidad que inunda el sosegado ambiente que nos rodea y el comportamiento de las personas. Nos hacemos más prudentes a buen ritmo. Empezamos a comprender para qué sirve la vida.

En Milán nos hemos bañado en unos baños públicos. Pretendían meternos a los tres en una misma bañera, pero nos negamos. Cada uno de nosotros llevaba una

explotación agrícola italiana en sus espaldas. Si nos hubieran hecho un estudio topográfico y nos hubieran vallado, nos habríamos sentido ricos y todo. Decidimos utilizar tres bañeras, y de las grandes, unas bañeras adecuadas a la dignidad de unos aristócratas que tenían propiedades y que las llevaban a cuestras. Después de desnudarnos y de darnos el primer chapuzón helado, descubrimos esa obsesionante atrocidad que nos ha amargado la vida en tantas ciudades y villas de Italia y de Francia: no había jabón. Llamé. Contestó una mujer y tuve el tiempo justo de lanzarme contra la puerta: un segundo más y ella habría entrado. Le dije:

—¡Cuidado, mujer! Aléjate de aquí... vete ahora mismo o te arrepentirás. Soy un hombre desprotegido, pero conservaré mi honor aunque sea a costa de mi vida.

Estas palabras debieron asustarla, porque salió pitando de allí.

Se oyó la voz de Dan:

—Oh, por favor, que alguien traiga jabón.

Le contestaron en italiano. Dan continuó:

—Jabón, eso, jabón. Eso es lo que quiero. Jabón. J-a-b-ó-n, jabón; j-a-b-ó-n, jabón; j-a-b-ó-n, jabón. ¡Deprisa! No sé como se dirá en irlandés, pero lo quiero. Pronúncienlo como les dé la gana, pero tráiganlo. Me estoy helando.

Oí al doctor decir, impresionante:

—Dan, ¿cuántas veces le hemos dicho que estos extranjeros no comprenden el inglés? ¿Por qué no confía en nosotros? ¿Por qué no nos dice a nosotros lo que quiere, y permite que nosotros lo pidamos en el idioma del país? Eso nos ahorraría una buena parte de la humillación que su censurable ignorancia nos produce. Me dirigiré a esa persona en su lengua madre: «¡oiga, *cospetto!*, ¡*corpo di Bacco!* ¡*Sacramento!* ¡*Solferino!*». ¡Jabón, maldito condenado! Dan, si permitiese que nosotros hablásemos en su nombre, jamás revelaría su vulgaridad de ignorante.

Ni siquiera una parrafada de italiano tan fluida como aquélla logró que apareciese el jabón, pero es que había un buen motivo. No existía tal artículo en la casa. Y yo creo que es que nunca lo hubo. Tuvieron que ir a buscarlo a la otra punta de la ciudad y a varios lugares diferentes antes de conseguirlo por fin, o eso nos dijeron. Tuvimos que esperar veinte o treinta minutos. Lo mismo nos había ocurrido la noche antes, en el hotel. Creo que por fin le he encontrado explicación al misterio: los ingleses saben viajar cómodamente, y llevan su propio jabón; el resto de los extranjeros no usa semejante artículo.

Siempre que nos detenemos en un hotel, tenemos que enviar a alguien a comprar jabón en el último momento, cuando nos estamos acicalando para la cena, y nos lo incluyen en la factura junto a las velas y otras bobadas. En Marsella fabrican la mitad del jabón de tocador que consumimos en América, pero los marsellese sólo tienen una vaga idea teórica de su uso, que han sacado de los libros de viajes, como han obtenido una cierta idea de lo que son las camisas limpias, y de las peculiaridades de los gorilas, y otras curiosidades. Eso me recuerda la nota que el pobre Blucher le escribió al encargado del hotel de París:

*París, le 7 Juillet.*

*Monsieur le directeur, Señor: ¿Pourquoi no mettez usted algún savon en las habitaciones? ¿Est-ce que vous pensez que voy a robarlo? La nuit passée me cobró usted pour deux chandelles, cuando yo sólo usé una; hier vous avez cobrado avec glace, cuando no lo he utilizado; tout les jours usted me tiende algún tipo de trampa, mais vous ne pouvez pas jugarme el truco del savon dos veces. El savon es necesario de la vie para cualquiera que no sea francés, et je láurai hors de cet hôtel o causeré problemas. Ya me ha oído. Allons.*

*BLUCHER.*

Traté de convencerle para que no enviara la nota, porque estaba tan enmarañada que el director jamás sería capaz de encontrarle ni pies ni cabeza; pero Blucher dijo que creía que el hombre podría leer el francés que contenía, e imaginarse el resto.

El francés de Blucher es malo con ganas, pero no es mucho peor que el inglés que se encuentra, a diario, en los anuncios por toda Italia. Por ejemplo, veamos el anuncio del hotel en el que probablemente nos alojemos en la ribera del lago Como:

*ABISO. Este hotel, que ser de Italia el mejor y muy soberbio, está bellamente localizado en la mejor situación del lago, con la vista más espléndida junto a las Villas Melzy, la del rey de los belgas y la Serbelloni. Este hotel ha crecido hace poco, ofrece todas las comodidades a precio moderado a los extraños caballeros que deseen pasar las temporadas en el lago Como.*

¿Qué les parece el ejemplo? En el hotel hay una capilla preciosa, para la que han contratado a un clérigo inglés con el fin de que predique ante los huéspedes que procedan de Inglaterra y América, y esto también se expresa en un inglés macarrónico en el mismo anuncio. ¿No se le ocurrió a nadie pensar que el arriesgado lingüista que redactó la nota podría habérsela dado a corregir al clérigo, antes de enviarla a la imprenta?

Aquí, en Milán, en las viejas y destartaladas ruinas de una iglesia, se hallan los lúgubres restos de la pintura más famosa del mundo: *La última cena*, de Leonardo da Vinci. No somos jueces infalibles del arte, pero por supuesto que fuimos a contemplar esa maravillosa obra, que fue tan hermosa, que siempre ha sido objeto de adoración por parte de los entendidos, y que será eternamente famosa. Lo primero que ocurrió fue que nos torturaron al obligarnos a leer un letrero que apeataba a un inglés grotesco. Ahí va una muestra:

«Bartolomé (ése es la primera figura en el lado a mano izquierda del espectador), inseguro y dudoso sobre lo que cree que ha oído, y por lo que quiere asegurarse a sí mismo ante Cristo y no a otros».

Es bueno, ¿eh? Y a Pedro lo describen «discutiendo en condiciones amenazantes y airadas con Judas Iscariote».

Este párrafo evoca al fresco: *La última cena* está pintada sobre el destartado muro de la que fuera una pequeña capilla, unida a la iglesia principal en tiempos remotos, supongo yo. Está machacado, lleno de marcas, manchado y descolorido por el tiempo, y los caballos de Napoleón patearon las piernas de la mayoría de los discípulos cuando se refugiaron aquí (los caballos, no los discípulos) hace más de medio siglo.

Enseguida reconocí el viejo fresco: el Salvador, con la cabeza inclinada, sentado en el centro de una mesa larga y tosca, con frutas y fuentes de alimentos aquí y allá, y seis discípulos a cada lado, vestidos con largas túnicas y hablando entre ellos; el fresco del que se han hecho todo tipo de grabados y de copias durante tres siglos. Creo que nadie ha intentado jamás pintar la cena del Señor de una manera diferente. Parece que el mundo entero se convenció, hace ya mucho, de que no es posible que el genio humano supere esta creación de da Vinci. Supongo que los pintores seguirán copiándola mientras alguna parte del original siga siendo visible al ojo humano. Había una docena de caballetes en la sala, y el mismo número de artistas trasladando la gran obra de arte a sus lienzos. También había, esparcidas por allí, cincuenta pruebas de grabados en acero y de litografías. Y, como siempre, no pude evitar fijarme en lo muy superiores que las copias eran al original, eso sí, a juicio de mi ojo inexperto. Dondequiera que haya un Rafael, un Rubens, un Miguel Ángel, un Carracci, o un da Vinci (y los vemos todos los días), hay artistas copiándolos, y las copias siempre son más bonitas. Tal vez los originales lo fueran cuando estaban nuevos, pero ya no lo son.

Este fresco mide unos nueve metros de largo por tres de alto, me parece, y las figuras son, más o menos, a tamaño natural. Es una de las pinturas más grandes de Europa.

Los colores se han ido borrando con el paso del tiempo; los semblantes están descamados y empañados, y casi han perdido toda su expresión; el cabello es una mancha gastada y borrosa sobre el muro, y en los ojos no hay vida. Sólo las actitudes están claras.

Aquí llegan personas de todo el mundo que ensalzan esta obra maestra. Se quedan en trance frente a ella, con el alma en vilo y los labios entreabiertos, y cuando hablan, sólo emplean pegadizas exclamaciones de alabanza:

- ¡Es maravilloso!
- ¡Qué expresividad!
- ¡Qué elegancia en las poses!
- ¡Qué dignidad!
- ¡Qué perfección en el dibujo!
- ¡Qué colorido sin igual!
- ¡Qué sensibilidad!



—¡Qué delicadeza de estilo!

—¡Qué idea sublime!

—¡Es un sueño! ¡Un sueño!

Yo envidio a esas personas; envidio su sincera admiración, si es que es sincera; su deleite, si es que se sienten deleitadas. No albergó animosidad hacia ninguna de ellas. Pero al mismo tiempo, se apodera de mí una idea: ¿Cómo pueden ver algo que no es visible? ¿Qué pensarían ustedes del hombre que, al mirar a una Cleopatra con marcas de viruela, desdentada, ciega y deteriorada, dijera «¡Qué belleza sin parangón! ¡Qué alma! ¡Qué expresión!»? ¿Qué pensarían de un hombre que, al presenciar una puesta de sol neblinosa y deslustrada, dijese «¡Qué sublime! ¡Qué sensibilidad! ¡Qué riqueza de colorido!»? ¿Qué pensarían de un hombre que, al observar un desierto de tocones, exclamara extasiado «¡Oh, alma mía, corazón desbocado, qué noble arboleda ven mis ojos!»?

Pensarían que esos hombres poseían el asombroso talento de ver cosas que ya han pasado. Eso fue lo que pensé yo cuando permanecí ante *La última cena* y oí a aquellas gentes apostrofando maravillas, bellezas y perfecciones que se habían desvanecido del fresco y desaparecido cien años antes de que ellas llegasen a este mundo. Podemos imaginarnos la belleza que poseyó un rostro avejentado; podemos imaginar el bosque si vemos los tocones; pero nos resulta imposible *ver* esas cosas si no están. Estoy dispuesto a creer que el ojo del artista experimentado puede descansar sobre *La última cena* y recuperar un lustro donde sólo un leve indicio de él permanece, aportar un matiz que se ha apagado; remendar, colorear y añadir al insulso lienzo hasta que, al fin, las figuras aparecen ante él relucientes de vida, de sensaciones, de frescura, sí, con toda la noble belleza que les pertenecía cuando la mano del maestro las creó. Pero yo no consigo llevar a cabo semejante milagro. ¿Pueden hacerlo todos esos otros visitantes sin inspiración, o sencillamente se limitan a imaginarse que sí pueden?

Después de haber leído tantas cosas sobre ella, estoy convencido de que *La última cena* fue un verdadero milagro del arte. Pero hace trescientos años.

Me disgusta oír a la gente hablar con tanta labia de «sensibilidad», «expresión», «tono», y todos esos otros detalles técnicos del arte que tan baratos y fáciles de adquirir resultan y que quedan tan bien en las conversaciones sobre pintura. No hay ni un solo hombre entre siete mil quinientos que sepa decir qué se supone que debe expresar un rostro retratado. No hay ni un solo hombre entre quinientos que pueda entrar en una sala de juicios con la total seguridad de que no confundirá a alguno de los inocentes e inofensivos miembros del jurado con el malvado asesino al que se juzga. Y, sin embargo, esas personas hablan de «carácter» y presumen de interpretar la «expresión» de los cuadros. Según una vieja anécdota, Matthews, el actor, estaba en una ocasión alabando la habilidad del rostro humano para expresar las pasiones y las emociones ocultas en su pecho. Dijo que el semblante podía revelar lo que ocurría en el corazón con mayor claridad que la lengua.

—Y ahora —dijo—, observen mi rostro, ¿qué expresa?

—¡Desesperación!

—¡Bah! ¡Expresa una sosegada resignación! Y esto, ¿qué expresa?

—¡Cólera!

—¡Tonterías! ¡Indica terror! ¿Y esto?

—¡Imbecilidad!

—¡Necio! ¡Es ferocidad apagada! ¿Y esto?

—¡Alegría!

—¡Oh, perdición! ¡Cualquier burro puede ver que expresa demencia!

¡La expresión! Las personas se creen perfectamente capaces de leerla, cuando ellas mismas se tildarían de presuntuosas si osaran interpretar los jeroglíficos de los obeliscos de Luxor, siendo igualmente competentes para hacer una cosa como la otra. He oído a dos críticos muy capaces hablar de la Inmaculada Concepción de Murillo (que ahora está en el museo de Sevilla) en estos días pasados. Uno dijo:

—Oh, el rostro de la Virgen está pleno del éxtasis que produce una alegría total, que no permite desear nada más en este mundo.

Y el otro afirmó:

—Ah, ese rostro maravilloso, tan humilde, tan suplicante, habla tan claramente como las palabras: «Temo; tiemblo; soy indigna. Pero que se cumpla tu voluntad, soy tu humilde servidora».

El lector podrá ver el cuadro en cualquier sala de estar; es fácil de reconocer: la Virgen (la única Virgen joven y realmente hermosa que fue jamás pintada por uno de los Maestros Antiguos, en opinión de algunos, yo incluido) se mantiene en pie sobre una medialuna, mientras una multitud de querubines revolotea a su alrededor, y aún más siguen llegando; tiene las manos cruzadas sobre su pecho, y sobre su semblante, vuelto hacia arriba, desciende el esplendor celestial. El lector puede divertirse, si así lo desea, intentando determinar cuál de los dos caballeros interpretó correctamente la «expresión» de la Virgen, o si ninguno de los dos lo hizo.

Cualquiera que esté familiarizado con los Maestros Antiguos entenderá lo estropeada que está *La última cena* si digo que el espectador no puede ya diferenciar si los discípulos son hebreos o italianos. Aquellos antiguos pintores nunca consiguieron desnacionalizarse. Los artistas italianos pintaban Vírgenes italianas, los holandeses, Vírgenes holandesas, las Vírgenes de los pintores franceses eran francesas: ninguno de ellos reflejó en el rostro de la Madonna ese algo indescriptible que revela a las judías, ya sean de Nueva York, Constantinopla, París, Jerusalén o el Imperio de Marruecos. En una ocasión vi, en las Islas Sándwich, una escena copiada por un artista alemán de gran talento a partir de un grabado procedente de una revista ilustrada americana. Se trataba de una alegoría que representaba a Jefferson Davis en el momento de firmar una ley de secesión o algún documento parecido. Sobre él se cernía el fantasma de Washington en actitud de advertencia y, al fondo, una tropa de soldados imprecisos con el uniforme de los Confederados, atravesaba cojeando,

descalza y con los pies vendados, una terrible tormenta de nieve. También se sugería Valley Forge, por supuesto. La copia parecía exacta y, sin embargo, había una discrepancia. Después de examinarla mucho tiempo, descubrí lo que era. ¡Los soldados indefinidos eran todos alemanes! ¡Jefferson Davis era alemán! ¡Incluso el fantasma que lo rondaba era un fantasma alemán! El artista había incluido su nacionalidad, inconscientemente, en la escena. Sinceramente, empiezo a sentirme perplejo con el asunto de Juan el Bautista y sus retratos. En Francia por fin conseguí aceptarlo como francés; aquí es, sin duda alguna, italiano. ¿Y qué más? ¿Será posible que los pintores hayan convertido en español a Juan el Bautista en Madrid, y en irlandés en Dublín?

Alquilamos un coche abierto y nos alejamos dos millas de Milán para «ver il eco», tal y como lo expresó el guía. El camino era llano y estaba bordeado por árboles, campos y praderas, y la suave brisa llegaba cargada con el aroma de las flores. Los grupos de pintorescas campesinas, que volvían del trabajo, nos gritaron, nos silbaron y nos llamaron de todo, y a mí no pudieron gustarme más. Aquello confirmaba la idea que yo llevaba tanto tiempo albergando: siempre pensé que esas campesinas desaliñadas, románticas y sucias de las que tanto había leído en poesía, eran un flagrante engaño.

Disfrutamos del paseo. Resultó ser una vivificante liberación de tanta visita turística. Nos preocupamos muy poco por el asombroso eco del que el guía tanto hablaba. Nos estábamos acostumbrando a oír elogiar maravillas que luego no lo eran tanto. Por eso nos sentimos felizmente decepcionados cuando descubrimos, en consecuencia, que el guía incluso se había quedado corto al ponderar la magnitud del asunto.

Llegamos a un viejo tugurio en ruinas llamado Palazzo Simonetti, un enorme lío de piedra tallada ocupado por una familia de italianos andrajosos. Una agraciada joven nos condujo hasta una ventana del segundo piso que daba a un patio tapiado por tres lados por unos edificios altos. Sacó la cabeza por la ventana y gritó. El eco contestó más veces de las que fuimos capaces de contar. Cogió un megáfono y volvió a gritar, agudo y rápido, un simple «Ja». El eco contestó: «Ja

... ja ja... ja... ja... ja... jaaaaa» y acabó por apagarse al convertirse en una divertida carcajada de la risa más alegre que imaginarse pueda. Era tan divertida, duró tanto y resultaba tan perfectamente cordial y campechana, que todo el mundo se vio obligado a unirse a ella. Era imposible resistirse.

Después la joven cogió un arma y la disparó. Nos preparamos para contar el asombroso repiqueteo de las reverberaciones. No podíamos decir uno, dos, tres a velocidad suficiente, pero sí podíamos puntear con los lápices en nuestras libretas casi lo bastante rápido como para que el resultado semejase una especie de taquigrafía. Mi página revelaba el recuento siguiente: No fui capaz de mantener el ritmo, pero hice lo que pude.

Recogí cincuenta y dos repeticiones claras, y a partir de ahí el eco se me adelantó.

El doctor anotó sesenta y cuatro y después, el eco también fue demasiado rápido para él. Cuando ya no se podían apreciar las conmociones por separado, las reverberaciones quedaron reducidas a un salvaje y continuo estrépito de sonidos, como el que produce la matraca de un vigilante. Yo creo que se trata del eco más excepcional del mundo.

El doctor, de broma, se ofreció a besar a la joven, y se quedó un poco desconcertado cuando ella le dijo que podía, a cambio de un franco. La valentía más elemental lo llevó a mantener su oferta, por lo que pagó el franco y se llevó el beso. Ella era toda una filósofa. Dijo que era bueno tener un franco, y que no le preocupaba en absoluto un miserable beso, porque le quedaban millones de ellos. Entonces nuestro compañero, astuto hombre de negocios, se ofreció a quedarse con la carga completa a treinta días, pero aquel pequeño plan económico fracasó.

## XX

Salimos de Milán en tren. La catedral a seis o siete millas a nuestras espaldas; las enormes y azuladas montañas, cubiertas de nieve, como de ensueño a veinte millas por delante: éstos eran los puntos marcados del paisaje. Las vistas más próximas eran los campos y las granjas que se veían en el exterior del vagón, y un enano de cabeza monstruosa y una mujer bigotuda en su interior. Estos últimos no eran del mundo del espectáculo. ¡Cielos, no!, la deformidad y las mujeres barbudas son demasiado comunes en Italia como para llamar la atención.

Atravesamos una cordillera de colinas agrestes, pintorescas, empinadas, boscosas, cónicas, con abruptos riscos que sobresalían aquí y allá, y con viviendas y castillos ruinosos posados en lo alto, recortándose contra las nubes en movimiento. Almorzamos en la curiosa y antigua villa de Como, a la orilla del lago, y luego tomamos un pequeño vapor y realizamos una excursión de placer a ese sitio: Bellaggio.

Cuando saltamos a tierra, un grupo de policías (unas gentes cuyos sombreros de tres picos y llamativos uniformes avergonzarían al mejor de los uniformes del servicio militar de los Estados Unidos), nos metieron en una pequeña celda de piedra y nos encerraron dentro. Teníamos a toda la lista de pasajeros por compañía, pero hubiese sido preferible que hubieran dejado el sitio, porque allí no había luz, ni ventanas, ni ventilación. Hacía calor y bochorno. Éramos demasiados.

Aquello era el Agujero Negro de Calcuta <sup>[20]</sup> a pequeña escala. Pronto se elevó una especie de humo alrededor de nuestros pies, un humo que olía a todas las cosas muertas de la tierra, a toda la putrefacción y corrupción imaginables.

Estuvimos allí cinco minutos y, cuando salimos, era difícil saber cuál de nosotros llevaba encima la fragancia más horrible.

Aquellos miserables marginados decían que aquello era «fumigarnos», y el término era de lo más discreto. Nos fumigaron para protegerse del cólera, aunque no veníamos de ningún lugar infectado. Siempre habíamos dejado el cólera muy a nuestras espaldas. Sin embargo, de alguna forma deben mantener a raya las epidemias, y la fumigación es más barata que el jabón. O se lavan ellos, o fumigan al prójimo. Algunos de las clases más bajas prefieren morir a lavarse, pero fumigar a los extraños no les produce remordimientos. Ellos no necesitan fumigarse. Sus hábitos lo convierten en algo innecesario. Llevan consigo las medidas preventivas: sudan y fumigan todo el santo día. Yo creo que soy un humilde y coherente cristiano. Intento hacer lo que debo. Sé que es mi deber «rezar por aquellos que me maltratan llenos de despecho» y así, por muy duro que sea, intentaré rezar por estos organilleros fumigadores y comedores de macarrones.

Nuestro hotel se encuentra en la orilla del lago, al menos su jardín delantero llega hasta el agua, y caminamos entre los arbustos y el humo al ponerse el sol; miramos a

lo lejos, hacia Suiza y los Alpes, y nuestra indolencia y buena disposición nos lleva a no mirar más cerca; bajamos los escalones y nadamos en el lago; tomamos un esbelto bote y navegamos entre el reflejo de las estrellas; nos tumbamos en las bancadas y escuchamos las risas distantes, los cánticos, la dulce melodía de las flautas y las guitarras que nos llega flotando a través de las aguas, desde las agradables góndolas; rematamos la velada con partidas de billar exasperantes en una de esas viejas y execrables mesas de siempre. Un refrigerio a medianoche en nuestra amplia alcoba; un último cigarro en su contraído mirador frente al agua, los jardines y las montañas; las conclusiones de todo lo acaecido en el día. Y a la cama, con la cabeza amodorrada y asediada por un panorama de locura que mezcla imágenes de Francia, de Italia, del barco, del mar, de casa, en un desorden grotesco y desconcertante. Después se difuminan los rostros familiares, las ciudades, el balanceo de las olas en una gran calma de olvido y paz.

Y tras eso, la pesadilla.

El desayuno por la mañana, y luego el lago.

Ayer no me gustó. Me pareció que el lago Tahoe era *mucho* mejor. Debo confesar, sin embargo, que mi juicio estaba un tanto equivocado, aunque no excesivamente. Siempre había tenido la idea de que Como era una gran cuenca de agua, como Tahoe, encerrada entre grandes montañas. Bueno, aquí está limitado por unas montañas enormes, pero el lago no es una cuenca. Es tan tortuoso como cualquier riachuelo, y sólo entre un cuarto y dos tercios tan ancho como el Misisipi. No hay ni un solo metro de tierras bajas en ninguno de sus lados, sólo interminables cadenas montañosas que se elevan, abruptas, desde el borde del agua y que alcanzan alturas que van desde los trescientos a los seiscientos metros. Sus escarpadas laderas están cubiertas de vegetación, y las blancas manchas de las casas asoman por todas partes entre el follaje exuberante; incluso cuelgan de cumbres salientes y pintorescas, a trescientos metros por encima de nuestras cabezas.

Además, a lo largo de la orilla, hermosas casas de campo, rodeadas de jardines y arboledas, se asientan claramente en el agua, a veces en recovecos que la Naturaleza ha labrado en los precipicios de los que cuelgan las enredaderas, sin más posibilidad de acceso o de salida que el lago. Algunas tienen anchas escalinatas de piedra que dan directamente al agua, con pesadas balaustradas ornamentadas con estatuas y extravagantemente adornadas con enredaderas y flores de vivos colores, a modo de telón en un teatro para todo el mundo, donde sólo faltan las mujeres de talle largo y tacones altos, y los galanes empenachados con mallas de seda que vienen a dar una serenata, mientras los espera una magnífica góndola.

Un aspecto importante del atractivo de Como es la multitud de casas hermosas y de jardines que se apiñan en sus orillas y sobre las laderas de sus montañas. Parecen tan cómodas, tan hogareñas, que al anochecer, cuando todo semeja dormir, y la música de las campanas de vísperas se acerca furtivamente sobre el agua, casi resulta posible creer que sólo en el lago Como es posible encontrar semejante paraíso de

tranquilo reposo.

Desde mi ventana de Bellaggio puedo ver la otra orilla del lago, que es tan hermosa como un cuadro. Un precipicio lleno de cicatrices y de arrugas se eleva hasta alcanzar los quinientos cincuenta metros de altitud; en un diminuto desnivel, situado a medio camino de tan inmensa pared, se encuentra una pequeña iglesia, blanca como la nieve y aparentemente no más grande que un nido; rodean la base del acantilado cientos de huertos de naranjas y jardines, salpicados con fugaces visiones de las blancas residencias en ellos enterradas; delante, tres o cuatro góndolas, ociosas, sobre el agua; y en el bruñido espejo del lago, la montaña, la capilla, las casas, los naranjales y las barcas se duplican con tal claridad y viveza, que resulta muy difícil saber dónde acaba la realidad y dónde comienza el reflejo.

Los alrededores de este cuadro son hermosos. A una milla de distancia, un promontorio, empenachado de arboledas, se proyecta hacia el lago y espejea su palacio en las profundidades azules; en medio de la corriente, una barca corta la brillante superficie y deja tras sí una larga estela, como un rayo de luz; una neblina púrpura, de ensueño, oculta las montañas, a lo lejos; en dirección opuesta, una desordenada masa de cumbres redondeadas, verdes pendientes, y valles obstruye el acceso al lago, y es aquí donde la distancia le añade, en verdad, encanto al paisaje, porque sobre tan extenso lienzo, el sol, las nubes y el aire más sano han mezclado miles de matices, y sobre su superficie las luces y las sombras, como hechas de gasa, evolucionan, hora tras hora, y lo ensalzan con una belleza que parece reflejarse desde el mismo cielo. Sin duda alguna, se trata de la escena más voluptuosa de todas las que hemos visto.

Anoche, el paisaje resultaba sorprendente y pintoresco. En la orilla de enfrente, los peñascos, los árboles y las casas blancas se reflejaban en el lago con una claridad que impresionaba, y los torrentes de luz de muchas ventanas lejanas caían sobre las aguas serenas. En esta parte, casi a mano, grandes mansiones, blancas a la luz de la luna, resplandecían entre las masas de follaje que se extendían, negras e informes, entre las sombras que los acantilados proyectaban desde arriba; y junto a la orilla del lago, todos los elementos de tan misteriosa visión, se repetían con exactitud.

Hoy hemos holgazaneado en un maravilloso jardín que forma parte de una finca ducal, pero me parece a mí que ya basta de descripciones. Sospecho que es éste el mismo lugar con el que el hijo del jardinero engañó a la dama de Lyon <sup>[21]</sup>, pero no lo sé. Es posible que conozcan ustedes el pasaje:

*Un profundo valle,*

*Al que las montañas alpinas protegen del tosco mundo,*

*Próximo a un lago cristalino orillado de frutos dorados*

*Y mirtos susurrantes,*

*Que refleja los cielos más suaves, sin nubes,  
Junto con sombras rosáceas y extrañas;  
Un palacio, cuyos muros de mármol se elevan hacia el eterno cielo,  
Desde un brillante emparrado del follaje más fresco, con la música de  
las aves.*

Y todo coincide, excepto la parte «cristalina» del lago. Sin duda es de aguas más claras que muchos otros lagos, pero qué apagadas resultan en comparación con la increíble transparencia del lago Tahoe. Me refiero a la orilla norte del Tahoe, donde resulta posible contar las escamas de las truchas que nadan a cincuenta metros de profundidad.

He intentado convencer de la verdad de esta afirmación, pero sin conseguirlo; por lo que me he visto obligado a negociar y hacer un descuento del cincuenta por ciento. A esos niveles, ya encuentro a algunos que me crean; tal vez el lector acepte lo que digo si las condiciones son las mismas: digamos que a treinta metros de profundidad en lugar de cincuenta. Pero no olvidemos que son condiciones forzadas, precios mínimos marcados por la opinión pública. Por lo que a mí respecta, no modero ni un ápice la afirmación original, según la que en aquellas aguas, que todo lo aumentan, es posible contar las escamas de una trucha (una trucha de las grandes), a cincuenta metros de profundidad, se pueden ver todos los guijarros del fondo, y hasta se podría contar un paquete de clavos para carro. La gente habla de las transparentes aguas de la bahía de Acapulco, en México, pero por experiencia yo sé que no se pueden comparar con éstas a las que me refiero. Yo he pescado truchas en Tahoe y, a una profundidad de veinticinco metros, bien medida, las he visto pegar la boca al cebo, y he podido apreciar cómo se abrían y cerraban sus branquias. A cielo abierto a duras penas conseguía ver a la trucha entera.

Al retroceder en espíritu y evocar aquella noble extensión de agua, que reposa entre cumbres nevadas a mil ochocientos metros por encima del nivel del mar, vuelvo a convencerme, sin duda alguna, de que Como sólo parecería un pequeño cortesano engalanado ante tan augusta presencia.

¡Que la pena y la desgracia se apoderen de la asamblea legislativa que permite que, año tras año, conserve un apelativo tan poco familiar! ¡Tahoe! No sugiere aguas cristalinas, ni orillas pintorescas, ni nada sublime. Tahoe para un mar en medio de las nubes: un mar que tiene carácter y que a veces lo impone con calmas solemnes, pero otras con salvajes tormentas; un mar cuyo magnífico aislamiento queda protegido por un cordón de picos centinelas que elevan sus cabezas heladas casi tres mil metros por encima del mundo; un mar que resulta impresionante en todos sus aspectos, cuyas pertenencias son todas hermosas y cuya solitaria majestuosidad simboliza la deidad.

Tahoe significa saltamontes. Significa sopa de saltamontes. Es indio y evoca a los



indios. Dicen que es *piute*, posiblemente *digger*. Me basta con que lo bautizaran los indios *digger*, esos salvajes degenerados que asan a sus parientes muertos, luego mezclan la grasa humana y las cenizas de los huesos con alquitrán, con lo que se embadurnan cabeza, frente y orejas, y se van berreando por las colinas, y a eso lo llaman duelo. Ésa es la alta burguesía que le puso nombre al lago.

La gente dice que Tahoe significa «Lago de plata», «Agua cristalina», «Hoja que cae». Pamplinas. Significa sopa de saltamontes, el plato favorito de la tribu de los *digger*, y también de los *piute*. No merece la pena, en los tiempos tan prácticos que corren, que se hable de la poesía india: nunca ha habido poesía en los indios, a no ser en los de Fenimore Cooper [22]. Pero es que éstos son una tribu extinguida que nunca existió. Conozco al noble piel roja. He acampado con los indios; he estado con ellos en pie de guerra, he participado con ellos en la persecución... de saltamontes; les he ayudado a robar ganado; he vagado con ellos, les he arrancado la cabellera y me los he merendado. Me comería encantado la raza entera si tuviera la oportunidad.

Pero ya estoy divagando. Volveré a la comparación de los lagos. Como es un poco más profundo que Tahoe, si la gente de aquí dice la verdad. Afirman que, en este punto, mide quinientos cincuenta metros de profundidad, pero no parece que tenga un azul tan oscuro como para eso. Tahoe mide cuatrocientos sesenta y cinco metros de profundidad en el centro, según medición del geólogo oficial del estado. Dicen que el gran pico que se yergue frente a esta villa mide mil quinientos metros de alto: pero yo estoy seguro de que novecientos metros de esa afirmación son mentira podrida. El lago mide una milla de ancho, aquí, y más o menos mantiene esa medida desde este punto hasta su extremo norte, que se encuentra a dieciséis millas de distancia. Desde aquí hasta su extremo sur (unas quince millas) no supera la media milla de ancho en ningún lugar, creo yo. Esas montañas cubiertas de nieve, de las que tanto se oye hablar, se ven sólo muy de vez en cuando y luego, en la distancia, los Alpes. Tahoe mide entre diez y dieciocho millas de ancho, y sus montañas lo encierran como una muralla. Sus cimas no se ven libres de nieve en ninguna época del año. Y hay una cosa muy curiosa: jamás se aprecia ni el más mínimo rastro de hielo en su superficie, aunque los lagos que se encuentran en la misma cordillera, e incluso a un nivel más bajo, con temperaturas más cálidas, se congelan por completo en invierno.

Es una alegría encontrarse con un compañero de tripulación en un lugar tan apartado y comparar notas con él. Nosotros nos hemos encontrado aquí con uno de los nuestros: un viejo soldado que busca aventuras incruentas y poder descansar de sus campañas en estas soleadas tierras [23].

## XXI

**R**ecorrimos en vapor todo el lago di Lecco, atravesando un paisaje de montañas silvestres, y pasando junto a aldeas y villas, para desembarcar en la ciudad de Lecco. Nos dijeron que estaba a dos horas, en carruaje, de la antigua ciudad de Bérgamo, y que llegaríamos allí en buen momento para tomar el tren. Conseguimos una calesa abierta y un cochero desenfrenado y alborotador, y nos pusimos en marcha. Fue algo delicioso. Teníamos un tiro veloz y un camino bien igualado. A nuestra izquierda se levantaban unos acantilados imponentes, el hermoso lago di Lecco a nuestra derecha, y de vez en cuando nos llovía encima. Justo antes de ponernos en marcha, el cochero recogió, de la calle, la colilla de un cigarro de dos centímetros y medio de largo, y se la puso en la boca. Cuando la había llevado de esta forma durante más de una hora, se me ocurrió que sería caridad cristiana ofrecerle fuego. Le pasé mi cigarro, que acababa de encender, y él se lo puso en la boca y se guardó la colilla en el bolsillo. Jamás he visto un hombre más sociable. Al menos no un hombre tan sociable en tan poco tiempo.

Estábamos viendo la Italia del interior. Las casas eran de piedra maciza y no solían estar en buenas condiciones. Los campesinos y sus hijos, por lo general, se mostraban inactivos, y los burros y las gallinas se adueñaban de las salas y los dormitorios sin que nadie los molestase. Los conductores de todos y cada uno de los lentos carros que nos cruzamos iban tumbados al sol sobre su mercancía, profundamente dormidos. Cada trescientos o cuatrocientos metros, o eso me parecía a mí, pasábamos ante el santuario de un santo u otro: un tosco retrato del mismo empotrado en una cruz enorme o una columna de piedra junto al camino. Algunas de las imágenes del Salvador se convertían en curiosidades por sí mismas. Lo representaban estirado sobre la cruz, con el semblante distorsionado por la agonía. De las heridas causadas por la corona de espinas; de su costado atravesado por la lanza; de los pies y las manos mutilados; de su azotado cuerpo; de cualquier poro de su persona fluían torrentes de sangre. Era de suponer que un espectáculo tan sangriento y horrible les metería a los niños el miedo en el cuerpo. La imagen contaba con objetos auxiliares excepcionales que le aportaban más garra. Eran utensilios de madera auténtica y de hierro, que quedaban visiblemente situados alrededor de la figura: un puñado de clavos; el martillo para clavarlos; la lanza que atravesó el costado del Salvador. La corona de espinas era de espinas auténticas y estaba clavada a la sagrada cabeza. En las pinturas de algunas iglesias italianas, incluso las de los Maestros Antiguos, el Salvador y la Virgen llevan coronas de plata o doradas, unidas a la cabeza pintada por medio de clavos. El efecto resulta tan grotesco como incongruente.

Aquí y allá, en las fachadas de las posadas junto al camino, encontrábamos enormes y vulgares frescos que representaban mártires sufriendo, como los de los santuarios. No creo que haya disminuido nada sus sufrimientos el hecho de verse

representados de manera tan burda. Nos encontrábamos en el corazón y el hogar del clericalismo, de una feliz, alegre y satisfecha ignorancia, superstición, degradación, pobreza, indolencia y de una inutilidad eterna y sin aspiraciones. Y todos dijimos con fervor: «Es lo más indicado para esta gente; que lo disfruten, junto con los demás animales, y que el cielo no quiera que nadie los moleste». Nosotros no les guardamos rencor a esos fumigadores.

Atravesamos la más extraña, curiosa e inimaginable de las ciudades viejas, aferrada a las costumbres e impregnada de los sueños de las edades antiguas, ignorando por completo que el mundo gira. Además, tanto les da a ellos que gire o que se quede quieto. No tienen otra cosa que hacer, más que comer y dormir, comer y dormir, y moverse un poco, cuando encuentran un amigo que se quede junto a ellos y los mantenga despiertos. No se les paga para que piensen, no se les paga para que se agobien con los problemas del mundo. No eran gentes respetables, no eran dignos de nada, no eran cultos ni sabios, ni inteligentes, pero sus corazones, durante todas sus estúpidas vidas, quedaban guardados por la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento [24]. ¿Cómo pueden los hombres, que se consideran hombres, consentir rebajarse así y ser tan felices?

Pasamos zumbando por delante de unos cuantos castillos medievales, viejos y grises, cubiertos de enredaderas que colgaban sus verdes pendones de las torres y torreones, donde un día había ondeado la bandera de algún viejo Cruzado. El cochero señaló una de esas antiguas fortalezas y dijo (traduzco):

—¿Ven ese gran gancho de hierro que sobresale de la pared, por debajo de la ventana más alta de la torre en ruinas?

Le dijimos que no lo veíamos a semejante distancia, pero que no dudábamos de que estuviese allí.

—Pues —nos dijo—, hay una leyenda relativa a ese gancho de hierro. Hace casi setecientos años, ese castillo era propiedad del noble conde Luigi Gennaro Guido Alphonso di Génova...

—¿Cuál era su otro nombre? —preguntó Dan.

—No tenía otro nombre. El nombre que les he dicho es el único por el que se le conocía. Era hijo de...

—Unos padres pobres pero honrados, muy bien, pero no se detenga en los detalles, siga contándonos la leyenda.

## LA LEYENDA

Pues resulta que el mundo entero, por entonces, era presa de la excitación debido al Santo Sepulcro. Todos los grandes señores feudales de Europa empeñaban haciendas y sustentos con el fin de armar hombres que su uniesen a los grandes ejércitos de la cristiandad y ganar renombre en las guerras santas. El conde Luigi reunió dinero, como los demás, y una suave mañana de septiembre, armado con

hacha de guerra, rastrillo y estruendosa culebrina, cabalgó entre las grebas y las rodela de su torre del homenaje con una tropa de bandidos cristianos tan valiente como cualquiera que haya pisado Italia. Llevaba con él su espada, Excálibur. Su hermosa condesa y su joven hija le dedicaron un adiós bañado en lágrimas desde los arietes y los contrafuertes de la fortaleza, y él se alejó galopando, alegre de corazón.

Hizo una incursión en tierras de un barón vecino y completó su equipo con el botín logrado. Después arrasó el castillo hasta sus cimientos, masacró a la familia y siguió camino. Eran muy intrépidos aquellos tipos de los grandiosos y viejos tiempos de la caballería. ¡Ay de mí! Esos días ya no volverán.

El conde Luigi acrecentó su fama en Tierra Santa. Se sumergió en la matanza de cientos de batallas, pero su fiel Excálibur siempre lo sacaba vivo de ellas, aunque a menudo mal herido. El sol de Siria bronceó su rostro durante las largas marchas; sufrió hambre y sed; se vio atrapado en prisiones, languideció en detestables leproserías. Y muchas muchas veces, pensó en los seres queridos que había dejado en casa y se preguntó si estarían bien. Pero su corazón decía: «Paz, ¿acaso tu hermano no se ocupa de tu hogar?».

\* \* \*

Transcurrieron cuarenta y dos años; se ganó la noble lucha; Godofredo reinaba en Jerusalén: las huestes cristianas habían levantado el estandarte de la cruz sobre el Santo Sepulcro.

Se ponía el sol. Cincuenta arlequines, con ropajes sueltos, se acercaban fatigosamente al castillo, ya que lo hacían a pie, y el polvo que cubría sus prendas delataba que venían desde muy lejos. Pasaron junto a un campesino y le preguntaron si les sería posible obtener allí alimento y un lecho hospitalario, por amor a la caridad cristiana y si, por casualidad, se contemplaría con generosa actitud una virtuosa representación en su salón ya que —según dijeron— no había en ellos característica alguna que pudiese ofender siquiera al gusto más exigente.

—¡Cielos! —Fueron las palabras del campesino—, si place a vuestras señorías, será mejor que continuéis viaje unas cuantas varas con vuestro circo de juegos malabares que confiar vuestros huesos a aquel castillo.

—¡Señor! —exclamó el monje jefe—, explicad vuestro procaz discurso o, por Nuestra Señora, que seré duro con vos.

—Paz, buen saltimbanqui, sólo he pronunciado la verdad de mi corazón. A San Pablo pongo por testigo de que si encontraseis al valeroso conde Leonardo con unas copitas de más, directamente desde las almenas más altas del castillo os haría daño a todos. ¡Ay de nosotros! El buen amo Luigi no reina aquí en estos tristes tiempos.

—¿El buen amo Luigi?

—Sí, no hay otro, si place a su señoría. En sus tiempos, los pobres vivían en la abundancia y él oprimía a los ricos; no sabíamos de impuestos, los padres de la

iglesia engordaban gracias a su generosidad; los viajeros iban y venían sin que nadie los molestara; y cualquiera que llegase a sus dominios, era bien recibido y comía de su pan y bebía de su vino. ¡Pero ay de mí! Hará cosa de cuarenta y dos años, el buen conde marchó a luchar por la Sagrada Cruz, y ya han transcurrido muchos años sin que hayamos recibido recado o noticias de él. Dicen que sus huesos yacen blanqueándose al sol en los campos de la Palestina.

—¿Y ahora?

—¡Ahora! Que el Señor se apiade de nosotros, el cruel Leonardo es el amo del castillo. Exprime a los pobres para cobrarles impuestos; roba a todo viajero que pasa junto a su puerta; invierte sus días en disputas y asesinatos, y sus noches en farras y orgías; achicharra a los padres de la Iglesia sobre los espetones de su cocina, y disfruta del espectáculo, al que llama pasatiempo. Durante estos treinta años, la condesa de Luigi no ha sido vista por nadie, y muchos murmuran que llora en las mazmorras del castillo por no haber querido desposar a Leonardo, y decir que su adorado señor sigue vivo y que preferiría morir antes que traicionarlo. Murmuran, además, que su hija también es prisionera. No, buenos malabaristas, buscad refresco en otro lugar. Es mejor que perezcaís como cristianos, a que os arrojen desde la torre más alta. Que tengáis un buen día.

—Y que Dios os conserve la salud, gentil villano, adiós.

Pero haciendo caso omiso de la advertencia del campesino, los actores se encaminaron hacia el castillo.

Llegó a oídos del conde Leonardo que una compañía de saltimbanquis imploraba su hospitalidad.

—Muy bien, disponed de ellos de la manera acostumbrada. ¡Un momento! Tengo necesidad de ellos. Dejadlos venir. Más tarde, arrojadlos desde las almenas, o... ¿cuántos sacerdotes nos quedan aún a mano?

—Los resultados son exiguos, mi buen señor. Un abad y una docena de míseros frailes es todo cuanto tenemos.

—¡Por las furias del infierno! ¿Tal mala es la situación del estado? Enviadme a los saltimbanquis. Después, asadlos a la parrilla con los sacerdotes.

Entraron los arlequines, bien cubiertos con sus hábitos y sus capuchas. El adusto Leonardo se sentaba, con toda pompa y boato, a la cabeza de su consejo. Alineados de un extremo al otro del salón, a cada banda, casi un centenar de hombres armados.

—¡Ajá, villanos! —Fueron las palabras del conde—. ¿Qué podéis hacer para ganaros la hospitalidad que imploráis?

—Temido y poderoso señor, las multitudes han reconocido nuestros humildes esfuerzos con clamorosos aplausos. Entre los nuestros contamos con el versátil e ingenioso Ugolino; el justamente célebre Rodolfo; el dotado y hábil Rodrigo; no han escatimado con nosotros esfuerzo ni gastos...

—¡Maldición! ¿Qué sabéis hacer? Contened esa lengua parlanchina.

—Bien, mi señor, en hazañas acrobáticas, en ejercicios con pesas, en

malabarismos, en volteretas en tierra y en el aire, estamos muy versados, y ya que vuestra nobleza me lo pregunta, me arriesgo a afirmar en público que en el verdaderamente maravilloso y entretenido trapecio volador o Zampillaerostático...

—¡Amordazadlo! ¡Estranguladlo! ¡Por el cuerpo de Baco! ¿Acaso soy un perro para que me agredan con blasfemias polisilábicas como ésa? Mas ¡Un momento! ¡Lucrecia, Isabel, un paso al frente! Señor, contemplad a esta dama, y a esta moza llorosa. Con la primera me caso dentro de una hora; la otra se secará las lágrimas o será pasto de los buitres. Vos y vuestros vagabundos coronareis los esponsales con vuestras diversiones. ¡Traed al sacerdote!

La dama se lanzó hacia el jefe de los actores.

—¡Oh, salvadme! —suplicó—. ¡Salvadme de un destino mucho peor que la muerte! Contemplad mis tristes ojos, mis mejillas hundidas, mi cuerpo marchito. Mirad cómo me ha destrozado ese demonio y permitid que vuestro corazón se conmueva. Fijaos en esta damisela: ved su silueta consumida, su paso vacilante, sus mejillas sin rubor, cuando la juventud debería iluminarlas y la felicidad regocijarse en sonrisas. Escuchadnos y compadeceos. Este monstruo era hermano de mi esposo. Quien debería haber sido nuestro escudo contra todo mal, nos ha mantenido encerradas en las nocivas cavernas de su torre del homenaje durante estos treinta años. ¿Y por qué delito? No otro que el no querer yo contradecir mi palabra, desenraizar mi profundo amor por aquel que marcha con las legiones de la cruz en Tierra Santa (porque ¡Oh!, no ha muerto), y casarme con él. ¡Salvadnos, salvad a estas perseguidas suplicantes!

Se arrojó a los pies del hombre y se agarró a sus rodillas.

—¡Ja, ja, ja! —gritó el brutal Leonardo—. ¡Sacerdote, haced vuestro trabajo! —Y apartó a rastras a la desconsolada dama de su refugio—. Oíd, de una vez por todas, ¿seréis mía?, porque por todos los santos os juro que el aliento con el que me deis una negativa, será el último que respiréis en este mundo.

—JAMÁS.

—¡Entonces, morid! —Y la espada salió bruscamente de su vaina.

Más veloz que el pensamiento, más veloz que el destello del rayo, cincuenta hábitos de monje desaparecieron, y cincuenta caballeros revestidos de las más espléndidas armaduras quedaron a la vista. Cincuenta alfanjes destellaron en el aire por encima de los hombres armados y aún más brillante y feroz que todos ellos, Excálibur centelleó más arriba y, al descender hendiendo el aire, desarmó al brutal Leonardo.

—¡Luigi al rescate! —Alaridos.

—¡Leonardo! ¡Sois peor que la cizaña!

—¡Oh, señor! ¡Oh, buen Dios! ¡Mi esposo!

—¡Oh, señor! ¡Oh, buen Dios! ¡Mi esposa!

—¡Mi padre!

—¡Hija mía! [Tableau]

El conde Luigi ató de pies y manos a su hermano el usurpador. Los expertos caballeros llegados de Palestina disfrutaron cortando en pedacitos a los molestos hombres armados. La victoria fue completa. La felicidad reinó. Todos los caballeros se casaron con la hija. ¡Alegría! ¡Brindis! ¡Fin!

—Pero ¿qué hicieron con el malvado hermano?

—Oh, nada. Sólo lo colgaron de aquel gancho del que les hablaba. Por la barbilla.

—¿Cómo?

—Se lo metieron por las branquias y lo sacaron por la boca.

—¿Y lo dejaron allí?

—Un par de años.

—Ah, ¿y está muerto?

—Hace ya unos seiscientos cincuenta años, más o menos.

—Una leyenda espléndida, una mentira espléndida... siga conduciendo.

Llegamos a la pintoresca, antigua y fortificada ciudad de Bérgamo, la reconocida por la historia, unos tres cuartos de hora antes de que el tren se preparase para salir. El lugar tiene entre treinta y cuarenta mil habitantes y destaca porque allí nació arlequín. Cuando nos enteramos de eso, la leyenda de nuestro cochero nos pareció un poco más interesante.

Después de descansar un poco y de refrescarnos, subimos al tren felices y contentos. No me demoraré en hablar del hermoso lago di Gardi; de su majestuoso castillo, que guarda en su pedregoso interior los secretos de una era tan remota que ni la tradición se remonta a ella; del impresionante paisaje montañoso que ennoblece el panorama de los alrededores; ni siquiera de la antigua Padua o de la altanera Verona; ni de sus Montesco y sus Capuleto, sus famosos balcones y las tumbas de Romeo y Julieta *et al*, sino que me apresuraré directo hasta la antigua ciudad del mar, la novia viuda del Adriático. Fue un viaje largo, muy largo. Pero al atardecer, mientras nos hallábamos sentados en silencio y a duras penas conscientes de dónde estábamos, dominados por esa calma meditativa que siempre llega después de una tormentosa conversación, alguien gritó:

—VENEZIA.

Y sí, no había duda, flotando en el plácido mar, a una legua de distancia, descansaba una gran ciudad, con sus torres, cúpulas y campanarios dormitando bajo la dorada bruma de la puesta de sol.

## XXII

**E**sta Venecia, que fue una República altanera, invencible y magnífica durante casi mil cuatrocientos años; cuyos ejércitos inspiraron el aplauso del mundo en cualquier lugar que batallasen y siempre que lo hacían; cuyas armadas casi dominaron el mar por completo, y cuyas flotas mercantes blanquearon los mares más remotos con las velas de sus buques y llenaron sus muelles con productos llegados de todos los climas, se ha convertido en presa de la pobreza, del abandono y de la decadencia melancólica. Hace seiscientos años, Venecia era la Autócrata del Comercio; sus almacenes eran el gran centro comercial, la casa de distribución desde la que se expandía el enorme comercio del Oriente hacia el mundo occidental. Hoy, sus muelles están desiertos, sus almacenes vacíos, sus flotas mercantes han desaparecido, sus ejércitos y armadas ya no son más que recuerdos. Su gloria ha pasado a mejor vida, y con la desmoronada grandiosidad de sus embarcaderos y palacios, ocupa su sitio entre lagunas estancadas, desamparada y empobrecida, olvidada del mundo. Aquel que en sus días prósperos dominaba el comercio de todo un hemisferio y procuraba el bienestar o el infortunio de las naciones con sólo mover un dedo, se ha convertido en el más humilde de los pueblos de la tierra: un mercachifle de cuentas de cristal para señora, de juguetes insignificantes y baratijas para niños y colegialas.

La venerable Madre de las Repúblicas apenas constituye un tema adecuado para una charla frívola o para el vano chismorreo de los turistas. Parece una especie de sacrilegio perturbar la sofisticación de los viejos romances que nos la presentan dulcemente, desde muy lejos, como a través de una bruma tintada que oculta a nuestros ojos su ruina y desolación. En realidad, deberíamos alejarnos de su miseria, de su pobreza y de su humillación, y pensar en ella sólo como era cuando hundió las flotas de Carlomagno; cuando humilló a Federico Barbarroja o cuando hizo ondear sus estandartes victoriosos sobre las almenas de Constantinopla.

Llegamos a Venecia a las ocho de la tarde, y subimos a un coche fúnebre propiedad del Grand Hotel d'Europe. En cualquier caso, se parecía más a un coche fúnebre que a ninguna otra cosa aunque, hablando con propiedad, era una góndola. ¡Así que ésta era la tan cacareada góndola de Venecia! La barca de cuento de hadas en la que los magníficos caballeros de los viejos tiempos acostumbraban surcar las aguas de los canales iluminados por la luna y contemplar la elocuencia del amor en los dulces ojos de las bellezas patricias, mientras el alegre gondolero, con su jubón de seda, tocaba la guitarra y cantaba como sólo los gondoleros saben cantar. Ésta era la famosa góndola y éste el guapísimo gondolero: la primera, una vieja canoa negra y oxidada, con el renegrido cuerpo de un coche fúnebre pegado en la mitad, y el segundo un golfillo descalzo y sarnoso que exhibía una parte de su indumentaria que debía haber quedado oculta al escrutinio público. Al poco, mientras doblaba una esquina y lanzaba su coche fúnebre hacia una deprimente zanja entre dos largas



hileras de edificios altos y sin inquilinos, el alegre gondolero empezó a cantar, fiel a las tradiciones de su raza. Lo soporté un ratito. Después dije:

—Escuche, Rodrigo González Michelangelo, soy un peregrino, soy un extranjero, pero no permitiré que nadie hiera mis sentimientos con unos gañidos como éstos. Si continúa, uno de nosotros tendrá que acabar en el agua. Ya me parece bastante que mis hermosos sueños sobre Venecia se hayan visto socavados para siempre, en lo que se refiere a la romántica góndola y al hermoso gondolero; esta destrucción sistemática no debe continuar; aceptaré el coche fúnebre, a la fuerza, y podrá usted hacer ondear su bandera de tregua en paz, pero aquí mismo juro por algo muy negro y muy sangriento, que usted no seguirá cantando. Un solo aullido más, y lo arrojé por la borda.

Comencé a sentir que la vieja Venecia de las canciones y de la historia se había ido para siempre. Pero me estaba precipitando. A los pocos minutos nos adentramos, graciosamente, en el Gran Canal y, bajo la delicada luz de la luna, se nos reveló la Venecia de la poesía y del romance. Al borde mismo del agua se erguían largas hileras de imponentes palacios de mármol; las góndolas se deslizaban veloces de acá para allá, y desaparecían de repente adentrándose por verjas y callejones insospechados; pesados puentes de piedra arrojaban sus sombras contra las rutilantes olas. Por todas partes había vida y movimiento, y a la vez, un silencio, una especie de furtiva quietud que hacía pensar en los asuntos secretos de los valientes y de los amantes; y envueltas en parte por la luz de la luna, y en parte por las sombras misteriosas, las desoladas y viejas mansiones de la República parecían estar buscando formar parte, justamente, de ese tipo de asuntos secretos, y en ese mismo instante. La música llegaba flotando sobre las aguas. Venecia estaba completa.

Era una imagen hermosa, muy dulce, de ensueño, magnífica. Pero ¿en qué se podía comparar esta Venecia con la Venecia de la medianoche? En nada. Había una fiesta benéfica, una gran fiesta en honor de algún santo que había resultado decisivo a la hora de controlar el cólera trescientos años antes, y toda Venecia salió a las aguas. No era un asunto vano, porque los venecianos no sabían cuándo podrían volver a necesitar de los servicios del santo, ahora que el cólera se extendía por todas partes. De manera que en un espacio grande, digamos que medía de ancho un tercio de milla, y dos millas de largo, se habían juntado dos mil góndolas, y todas y cada una de ellas llevaba entre dos y diez, veinte y hasta treinta faroles de colores suspendidos encima, y entre cuatro y una docena de ocupantes. Hasta donde abarcaba la mirada, esas luces pintadas formaban una masa compacta, como un gigantesco jardín lleno de flores de colores, con la diferencia de que estas flores nunca estaban quietas; no cesaban de deslizarse, de mezclarse, de seducirnos a todos para que intentásemos seguir, desconcertados, sus laberínticas evoluciones. Aquí y allá, un fuerte resplandor azul, verde o rojo, de algún cohete que intentaba huir, iluminaba espléndidamente todas las barcas de su alrededor. Todas las góndolas que nadaban junto a nosotros, con sus medialunas, sus pirámides y sus círculos de lámparas de colores que iluminaban los

rostros de los jóvenes, fragantes y hermosos que iban bajo ellos, eran dignas de verse; y los reflejos de esas luces, tan alargados, tan esbeltos, tan numerosos, de tantos colores, tan distorsionados y tan arrugados por las olas, también constituían un espectáculo digno de mención, y que además resultaba encantadoramente hermoso. Muchos grupos de damas y de caballeros jóvenes habían engalanado sus góndolas con todo lujo, y sus mesas estaban puestas como si fueran a celebrar una boda. Se habían traído las valiosas lámparas de sus salones, y las cortinas de seda y de encajes del mismo lugar, imagino yo. También habían llevado pianos y guitarras, y tocaban y cantaban ópera, mientras que las góndolas plebeyas con faroles de papel de los suburbios y los callejones se arremolinaban alrededor para mirar y escuchar.

Por todas partes se oía la música: coros, grupos de cuerda, grupos de metal, flautas, de todo. Estaba tan rodeado, encerrado, de música, magnificencia y belleza, que me dejé inspirar por el humor general, y hasta canté una melodía. Sin embargo, cuando observé que las otras góndolas se habían marchado y mi gondolero se preparaba para lanzarse por la borda, me callé.

La fiesta era magnífica. Siguieron celebrando durante toda la noche, y nunca me divertí más que mientras duró.

¡Qué ciudad tan antigua y tan curiosa es esta Reina del Adriático! Calles estrechas, enormes y oscuros palacios de mármol, negros por la humedad corrosiva de siglos, y en parte sumergidos; en ningún sitio hay tierra seca a la vista, ni aceras que merezca la pena mencionar; si se quiere ir a la iglesia, al teatro o a un restaurante, hay que llamar a una góndola. Debe de ser el paraíso de los inválidos, porque lo cierto es que aquí no tiene sentido usar las piernas.

Durante uno o dos días me pareció una ciudad de Arkansas que ha sufrido el desbordamiento de un río, porque sus aguas sin corriente, que bañaban hasta los escalones de acceso de todas las casas, o rozaban las entradas a los callejones y callejas, me daban la impresión de que allí no había pasado nada, más que una avenida de primavera, y que el nivel de las aguas bajaría en pocas semanas, dejando la marca de suciedad de la crecida en todas las casas, y las calles llenas de lodo y de porquería.

A la luz del día, es poca la poesía que oculta Venecia, pero bajo la caritativa luna, sus palacios manchados vuelven a ser blancos, sus deslucidas esculturas quedan ocultas bajo las sombras, y la vieja ciudad parece coronada, una vez más, con la grandeza que la caracterizó hace quinientos años. Por eso resulta sencillo, con la imaginación, poblar estos silenciosos canales con galanes empenachados y hermosas damas, con Shylocks en gabán y sandalias, arriesgándose a prestar dinero contra las ricas carracas del comercio veneciano, con Otelos y Desdémonas, con lagos y Rodrigos, con nobles flotas y legiones victoriosas a su regreso de las guerras. A la traicionera luz del sol, vemos una Venecia arruinada, abandonada, empobrecida y sin comercio, olvidada y totalmente insignificante. Pero a la luz de la luna, sus catorce siglos de grandeza la rodean y, de nuevo, es la más magnífica de todas las naciones

de la tierra.

*Hay una espléndida ciudad en el mar;  
El agua está en las calles anchas y en las estrechas,  
Bajando y subiendo la marea;  
Y las algas de agua salada  
Se aferran al mármol de sus palacios.  
Ni el rastro de los hombres, ni sus pisadas,  
Nos conducen a sus puertas. El camino está en el mar,  
Invisible: y desde la tierra pasamos A una ciudad flotante, manejando  
el timón,  
Deslizándonos por sus calles, como en un sueño,  
Suavemente, en silencio, junto a cúpulas  
Que semejaban mezquitas, y pórticos majestuosos,  
Las estatuas en hilera contra el azul del cielo;  
Junto a muchas columnas, llenas de orgullo oriental,  
De las que fueron residencias de los reyes del comercio;  
Cuyas fachadas, a pesar del maltrato del tiempo,  
Seguían resplandeciendo con las tonalidades más exquisitas del arte,  
Como si la riqueza de su interior hubiese rebosado. [25]*

¿Qué es lo que todos deseamos ver primero en Venecia? El Puente de los Suspiros, por supuesto, y luego la iglesia y la gran plaza de San Marcos, los caballos de bronce, y el famoso león de San Marcos.

Pretendíamos ir al Puente de los Suspiros, pero antes acabamos en el Palacio Ducal, un edificio que necesariamente aparece, y mucho, en la poesía y la tradición venecianas. En la Cámara del Senado de la antigua República, nos cansamos de mirar acres y acres de cuadros históricos de Tintoretto y Paolo Veronese, pero nada nos llamó demasiado la atención, a no ser justamente aquello que se la llama a todos los extranjeros: un cuadrado negro en el medio de una galería de retratos. En una larga hilera, que rodea al gran vestíbulo, estaban colgados los retratos de los Dogos de Venecia (tipos venerables, de barbas blancas y esponjosas, porque de los trescientos senadores que podían optar al título, normalmente se escogía como Dogo al más

anciano), y cada uno de ellos llevaba sujeta una inscripción, hasta que se llegaba al lugar donde debería estar el retrato de Marino Faliero, donde había un espacio en blanco, mejor dicho: en negro, excepto porque se leía una seca inscripción que contaba que el conspirador había pagado su crimen con la vida. Me pareció una crueldad que mantuvieran aquella despiadada frase aún colgada de aquel muro, después de que el infeliz desgraciado llevase quinientos años en la tumba.

En la parte superior de la gigantesca escalera, donde fue decapitado Marino Faliero, y donde coronaban a los Dogos en la antigüedad, nos mostraron dos pequeñas hendiduras, dos orificios inofensivos e insignificantes que jamás llamarían la atención de ningún extranjero, y sin embargo se trataba de la terrible Boca del León. La cabeza ya no estaba (la habían arrancado los franceses durante su ocupación de Venecia), pero ésa era la garganta, por la que bajaban las anónimas acusaciones, arrojadas al amparo de la oscuridad de la noche por el enemigo, que a tantos inocentes condenaron a cruzar el Puente de los Suspiros y bajar a las mazmorras, en las que nadie entraba y mantenía la esperanza de volver a ver el sol. Aquello ocurría en los viejos tiempos, cuando sólo los patricios gobernaban Venecia: la masa no tenía ni voz ni voto. Había mil quinientos patricios; de entre ellos, se elegían trescientos senadores; de entre los senadores, un Dogo y un Consejo de los Diez y, por medio de una votación secreta, los Diez elegían, de entre ellos mismos, un Consejo de los Tres. Todos eran espías del gobierno y cada espía era, a su vez, vigilado. En Venecia se hablaba en susurros y nadie se fiaba del vecino, a veces ni del hermano. Nadie sabía quiénes formaban parte del Consejo de los Tres, ni el Senado, ni siquiera el Dogo; los miembros de tan temido tribunal se reunían de noche, solos, en una cámara, enmascarados y cubiertos de los pies a la cabeza con capas de color escarlata, y no se conocían entre ellos, a no ser por la voz. Tenían el deber de juzgar los execrables crímenes políticos, y no cabía apelar su sentencia. Bastaba con una simple señal de asentimiento al verdugo. Guiaban al sentenciado a través de un pasillo y de una puerta que daba al cubierto Puente de los Suspiros; lo cruzaban, y lo acompañaban a las mazmorras y a la muerte. En ningún momento de su tránsito podía ser visto: sólo lo veía la persona que lo guiaba. Si en aquellos tiempos un hombre tenía un enemigo, lo más inteligente que podía hacer era enviarle una nota al Consejo de los Tres, a través de la Boca del León, diciendo: «Este hombre conspira contra el gobierno». Si los horribles Tres no encontraban pruebas, diez contra uno a que se lo cargaban igual, porque era un bribón de los peligrosos, ya que sus complots eran insolubles. Los jueces enmascarados y los verdugos enmascarados, con poderes ilimitados, sin que nadie pudiera apelar sus decisiones, en aquellos tiempos crueles y duros, no solían ser indulgentes con los hombres de los que sospechaban, aunque no pudiesen condenarlos.

Recorrimos la sala del Consejo de los Diez y hasta llegamos a entrar en la guarida infernal del Consejo de los Tres.

La mesa alrededor de la que se habían sentado seguía aún allí, al igual que los

sitios donde los enmascarados inquisidores y verdugos se situaban, congelados, erguidos y en silencio, hasta que recibían una orden sangrienta, y entonces, sin decir una palabra, se ponían en marcha como las máquinas inexorables que eran, para llevarla a cabo. Los frescos de las paredes resultaban asombrosamente adecuados al lugar. En las demás salas, vestíbulos y en las grandes cámaras oficiales del palacio, las paredes y los techos brillaban cubiertos de dorados, lucían la opulencia de sus elaboradas tallas, resplandecían con las gallardas pinturas que representaban las victorias de Venecia en la guerra y el despliegue veneciano ante las cortes extranjeras, y se santificaban con los retratos de la Virgen, del Salvador de los hombres, y de los santos que predicaron el Evangelio de la Paz en la tierra; pero aquí, en sombrío contraste, sólo había imágenes de muerte y sufrimiento atroz; no había ni una figura viva que no se retorciese entre torturas, ni muerta que no estuviera embadurnada de sangre, cubierta de heridas y deformada por las agonías que le habían arrebatado la vida.

Desde el palacio a la oscura prisión no había más que un paso: hasta se podía cruzar de un salto el estrecho canal que los separa. El pesado Puente de los Suspiros, de piedra maciza, lo atraviesa a la altura de la segunda planta: un puente que es un túnel cubierto, porque nadie puede ver a quien por él camina. Está dividido a lo largo, y por un compartimento pasaban los que habían recibido sentencias benévolas, y por el otro marchaban, entristecidos, los desgraciados a los que los Tres habían condenado al sufrimiento prolongado y al olvido total en las mazmorras, o a una muerte repentina y misteriosa. Por debajo del nivel del agua, a la luz de las humeantes antorchas, nos mostraron las húmedas celdas de gruesos muros, donde unas cuantas vidas de patricios orgullosos se vieron consumidas por las interminables miserias del encarcelamiento solitario, sin luz, aire, libros; desnudos, sin afeitarse, sin peinar, llenos de bichos; sus lenguas inservibles olvidaron sus oficios, al no tener con quien hablar; sin diferenciar ya los días de las noches, viviendo en una noche eterna, sin acontecimientos; lejos de todo sonido alegre, enterrados en el silencio de la tumba; olvidados por sus amigos impotentes, para los que sus destinos no eran más que oscuros misterios; perdiendo, al fin, sus propios recuerdos, sin saber ya quiénes eran o cómo llegaron allí; devorando la barra de pan y bebiendo el agua que unas manos invisibles arrojaban a la celda, sin inquietar sus agotadas almas con más esperanzas, temores, dudas y deseos de libertad; dejando ya de grabar en las paredes oraciones y quejas inútiles, donde nadie, ni ellos mismos, podía verlas, y resignándose a una apatía sin esperanza, a un infantilismo babeante, a la locura. Cuántas tristes historias como ésta contarían estos muros de piedra si pudiesen hablar.

En un estrecho corredor, cerca de allí, nos mostraron el sitio al que muchos prisioneros, después de haber permanecido en las mazmorras hasta que se los olvidaba por completo, eran conducidos por los verdugos enmascarados; allí se les daba garrote, o se los encerraba en un saco, que sacaban en plena noche por un ventanuco hasta una barca, y que llevaban hasta algún lugar remoto donde lo

arrojaban al agua, para que el prisionero muriera ahogado.

Solían mostrar a los visitantes las herramientas de tortura con las que los Tres acostumbraban arrancar secretos a los acusados, máquinas infames para aplastar pulgares; la picota, donde el prisionero se sentaba inmóvil mientras una gota de agua caía sobre su cabeza, hasta que la tortura resultaba más que insoportable; y un infernal aparato de acero, que encerraba la cabeza del prisionero como si fuera una concha, y la aplastaba lentamente gracias a una manivela. Se veían las manchas de sangre que se habían filtrado, hace ya mucho, por sus juntas y, en un lado, tenía un saliente sobre el que el torturador apoyaba el codo y se agachaba para escuchar los lamentos del desgraciado que se moría en el interior.

Por supuesto, fuimos a ver la venerable reliquia de la antigua gloria de Venecia, con sus suelos desgastados y rotos por las pisadas, durante mil años, de plebeyos y patricios: la Catedral de San Marcos. Está enteramente construida con valiosos mármoles, llegados de oriente: no hay nada en su composición que sea nativo. Sus antiguas tradiciones la convierten en objeto de absorbente interés hasta para el más despreocupado de los extranjeros, y por eso me seducía a mí; pero nada más. No me quedé extasiado ante sus vulgares mosaicos, su poco agraciada arquitectura bizantina, ni sus quinientas curiosas columnas interiores, procedentes de igual número de lejanas canteras. Todo estaba gastado, cada bloque de piedra estaba alisado y casi sin forma debido al roce de las manos y los hombros de los holgazanes que devotamente han paseado por aquí en siglos pasados, y que ya se han muerto y se han ido al infier... no, que simplemente se han muerto, quiero decir.

Bajo el altar reposan las cenizas de San Marcos, y de Mateo, Lucas y Juan, por lo que yo sé. Venecia venera esas reliquias por encima de cualquier otra cosa. Durante mil cuatrocientos años, San Marcos ha sido su santo patrón. En la ciudad, todo parece llevar su nombre o hacer referencia a él, o amañar la cosa para que parezca que existe una especie de lejano parentesco con él. Parece que de eso se trata. Llevarse bien con San Marcos semeja ser el colmo de la ambición veneciana. Dicen que San Marcos tenía un león domesticado y que solía viajar con él: adondequiera que San Marcos iba, el león lo seguía. Era su protector, su amigo, su bibliotecario. Por eso el león alado de San Marcos, con la Biblia abierta bajo su garra, es el emblema preferido de la grandiosa y vieja ciudad. Proyecta su sombra desde la columna más antigua de Venecia, en la gran plaza de San Marcos, sobre la muchedumbre de ciudadanos libres, lo que lleva haciendo desde hace unos cuantos siglos. El león alado aparece por todas partes, y sin duda aquí, donde está el león alado, no puede ocurrir ninguna desgracia.

San Marcos murió en Alejandría, Egipto. Creo que fue martirizado. Pero eso no tiene nada que ver con mi leyenda. Más o menos por la época de la fundación de Venecia, digamos que unos cuatrocientos cincuenta años después de Cristo (porque Venecia es más joven que las demás ciudades italianas), un sacerdote soñó que un ángel le decía que, hasta que los restos de San Marcos fuesen llevados a Venecia, la

ciudad nunca ocuparía un lugar entre las naciones importantes; que debían capturar el cuerpo y llevarlo a la ciudad, para luego construirle encima una iglesia magnífica; y que si alguna vez los venecianos permitían que trasladasen al santo de su lugar de descanso, ese día Venecia desaparecería de la faz de la tierra. El sacerdote hizo público su sueño y, desde ese momento, Venecia se lanzó a la búsqueda del cadáver de San Marcos. Una expedición tras otra lo intentó y fracasó, pero el proyecto nunca quedó abandonado durante cuatrocientos años. Por fin, lo hicieron realidad por medio de una estratagema, en el año ochocientos y pico. El comandante de una expedición veneciana se disfrazó, robó los huesos, los separó, y los metió en vasijas llenas de manteca de cerdo. La religión de Mahoma lleva a sus devotos a aborrecer cualquier cosa que tenga que ver con el cerdo y así, cuando los guardias detuvieron al cristiano a las puertas de la ciudad, sólo echaron una ojeada a tan valiosas cestas, fruncieron la nariz ante el olor de la impura manteca, y lo dejaron marchar. Los huesos fueron enterrados en la cripta de la gran catedral, que llevaba tantos años esperándolos, y así aseguraron el bienestar y la grandeza de Venecia. Y aún hoy hay quien cree en Venecia que si alguien robase las sagradas cenizas, la vieja ciudad se desvanecería como un sueño, y sus cimientos quedarían para siempre enterrados en el mar, que todo lo da al olvido.

## XXIII

**L**a góndola veneciana es tan libre y grácil, en su movimiento deslizante, como una serpiente. Mide entre seis y nueve metros de largo, y es estrecha y profunda, como una canoa; su proa y su popa, tan finas, se elevan desde el agua como los cuernos de la luna creciente, con la brusquedad de la curva ligeramente modificada.

La proa está adornada con una cresta de acero que lleva sujeta un hacha de guerra que amenaza con partir en dos a los barcos con los que se cruza, aunque nunca lo hace. La góndola se pinta de negro porque, en el apogeo de la magnificencia veneciana, las góndolas llegaron a ser demasiado hermosas, y el Senado decretó que semejante despliegue debía terminar, y se utilizó el negro, solemne y sin adornos. Si se supiera la verdad, sin duda nos contaría que los plebeyos ricos destacaron demasiado en su copia del amaneramiento patricio sobre el Gran Canal, y necesitaron un desaire en condiciones. El respeto al venerado pasado y a las tradiciones mantiene en vigor esa moda tan triste, ahora que ya no es obligatoria. Y que así sea. Es el color del luto. Y Venecia está de luto. La popa de la barca lleva una pequeña cubierta y el gondolero se mantiene en pie sobre ella. Utiliza un solo remo, una pala muy larga, por supuesto, ya que se mantiene prácticamente recto. Un punto de apoyo de madera, que mide unos cincuenta centímetros de alto, con dos ligeros recodos, o curvas, en un lado, y uno en el otro, sobresale por encima de la borda de estribor. En ese apoyo se agarra con su remo el gondolero, y a intervalos lo cambia de lado, o lo mueve de un recodo al otro, según lo exija el dominio de la embarcación. Y cómo demonios es capaz de retroceder, salir disparada hacia delante o girar de repente en una esquina, manteniendo el remo en una de esas insignificantes muescas, a mí me parece una incógnita y me sigue resultando de lo más interesante. Me temo que pierdo más tiempo estudiando la impresionante habilidad del gondolero que los esculturales palacios junto a los que nos deslizamos. De vez en cuando toma una curva tan cerrada, o pasa tan sumamente pegado a otra góndola, que me encojo sin querer, como hacemos cuando una calesa pasa rozándonos el hombro. Pero el gondolero lo calcula todo con la precisión más increíble, y entra y sale precipitadamente sorteando la confusión, propia de Broadway, de ajetreadas embarcaciones, con la desenvoltura y confianza del cochero bien formado. Jamás comete un error.

A veces volamos por los canales grandes a tal velocidad que sólo nos da tiempo a echar una rápida ojeada a las puertas principales, pero luego, en las oscuras callejas de la periferia, adoptamos una solemnidad adecuada al silencio, al moho, a las aguas estancadas, a las algas adheridas, a las casas abandonadas y a la falta de vida en general, y nos movemos al paso de las reflexiones importantes.

El gondolero es un bribón pintoresco porque no lleva arneses de raso, ni gorro con plumas, ni calzas de seda. Su actitud es majestuosa; es ágil y flexible; todos sus movimientos están llenos de gracia. Cuando su larga canoa y su esbelta figura, que sobresale por encima de su atalaya de popa, se recortan contra el cielo del atardecer,



forman una imagen que le resulta muy llamativa y original al extranjero.

Nos acomodamos en la acolchada cabina, con las cortinas corridas, y fumamos, o leemos, o vemos pasar las barcas, las casas, los puentes, las gentes, y nos divertimos mucho más de lo que lo haríamos en una calesa pegando botes sobre los caminos adoquinados de nuestro país. Éste es el medio de transporte más agradable y placentero que conozco.

Pero resulta extraño, muy extraño, ver una barca hacer las veces de carruaje privado. Vemos a los hombres de negocios salir por la puerta principal, subir a una góndola, en lugar de a un tranvía, e irse al centro, a la oficina de contabilidad.

Vemos a las damas que reciben la visita de sus amigas, de pie en el porche, riéndose y despidiéndose con un beso, coqueteando con sus abanicos, mientras dicen: «Venga pronto, por favor, no se puede ser tan mala como lo es usted..., mamá se muere por verla..., nos hemos mudado a la casa nueva. Oh, es un lugar tan bonito, está tan cerca de correos, de la iglesia y de la Asociación de Jóvenes Católicos; y la pesca es tan buena, y hay tanto jaleo, y celebramos unas partidas de natación en el patio trasero.... ¡Oh, tiene que venir! Está tan cerca, y si viene atravesando San Marcos y el Puente de los Suspiros, acorta distancias por el callejón y sube por la Basílica di Santa Maria dei Frari y luego llega al Gran Canal, no encontrará ni la más mínima corriente. ¡Tiene usted que venir, Sally Maria! ¡Adiós!». Y la pequeña embaucadora baja las escaleras, sube a la góndola, dice en voz muy baja: «Vieja desagradable, espero que no venga», y se marcha a ras de agua, doblando la esquina. Y la otra pega un portazo y dice: «Bueno, ya he pasado este mal trago, aunque supongo que tendré que ir a verla, ¡esa pesada engreída!». La naturaleza humana es la misma en todo el mundo. Vemos al joven retraído, ligero de bigote, opulento de cabello, indigente de cerebro, elegante de atavío, acercarse a la mansión del padre de ella, decirle a su gondolero que lo espere un poco apartado, empezar a subir las escaleras temeroso y encontrarse de bruces con «el viejo caballero» en el mismo umbral, oímos cómo le pregunta en qué calle está el nuevo Banco Británico (como si hubiese ido a eso), y luego lo vemos saltar a su barca y salir pitando con su cobarde alma en los pies. Después observamos cómo se acerca de nuevo por la esquina, con una rendija de la cortina abierta en la dirección por la que desaparece la góndola del anciano caballero, y allá que sale dando brincos su Susan, con una bandada de palabras tiernas revoloteando desde sus labios, y se va de paseo con él por las avenidas acuosas hacia el Rialto.

Vemos a las damas salir de compras, con toda naturalidad, e ir y venir de calle en calle, de tienda en tienda, a la vieja usanza, a no ser porque dejan la góndola (en vez del carruaje privado) junto a la acera, un par de horas, esperándolas mientras hacen que los jóvenes y agradables dependientes les enseñen toneladas y toneladas de sedas y terciopelos y muarés antiguos y cosas de ésas; después compran una hoja de alfileres y se marchan remando a otorgar el resto de su desastrosa condición de clientas a otra tienda. Y hacen que les envíen a casa sus compras, como se estilaba

antes. La naturaleza humana es siempre la misma en todo el mundo; por eso me resulta tan familiar ver a una dama veneciana entrar en una tienda, comprarse diez céntimos de lazo azul y pedir que se lo envíen a casa en una barcaza. Ah, son esos pequeños detalles los que nos provocan las lágrimas en estos países tan lejanos.

Vemos a las niñas y a los niños salir en las góndolas con sus niñeras, a tomar el aire. Vemos familias austeras, con el libro de oraciones y el rosario, subir a la góndola vestidos con las galas del domingo, e irse flotando a misa. Y a medianoche, vemos cómo se abre el teatro y se deshace de su enjambre de juventud y belleza; escuchamos los gritos de los gondoleros y contemplamos cómo salta a bordo la multitud, forcejando, y la negra masa de barcas que se deslizan por las avenidas iluminadas por la luna; vemos cómo se separan aquí y allá, y desaparecen por calles divergentes; escuchamos las débiles risas y las remotas despedidas que flotan en la distancia; y luego, cuando ha pasado ya la curiosa procesión, disfrutamos de solitarios tramos de aguas resplandecientes, de edificios majestuosos, de sombras emborronadas, de extraños rostros de piedra que se mueven sigilosamente a la luz de la luna, de puentes solitarios, de barcas detenidas, ancladas. Y por encima de todo ello, se cierne esa misteriosa quietud, ese silencio furtivo, que tanto le conviene a esta Venecia, vieja y soñadora.

Hemos ido a casi todas partes con nuestra góndola. Hemos comprado abalorios y fotografías en las tiendas, y cerillas de cera en la gran plaza de San Marcos. Esto último requiere una digresión. Todo el mundo acude a esa enorme plaza al anochecer. Las bandas militares tocan en el centro e innumerables parejas de damas y caballeros pasean, arriba y abajo, a ambos lados, y pelotones de los mismos se desvían continuamente hacia la vieja catedral y hacia la venerable columna que tiene encima al león alado de San Marcos, y hacia donde las barcas están atracadas; y otros pelotones llegan, al mismo ritmo, desde las góndolas y se unen a la gran muchedumbre. Entre los que pasean y las aceras, se sientan cientos y cientos de personas en mesas pequeñas, fumando y tomando *granita* (una prima carnal del helado); y en las aceras aún hay más, que se dedican a lo mismo. Las tiendas situadas en las primeras plantas de los edificios altos que encierran tres de los lados de la plaza, están brillantemente iluminadas, el aire se llena de música y de voces alegres y, en conjunto, la escena es tan fresca, divertida y animada, que no se podría pedir más. A nosotros nos encanta. Muchas de las mujeres jóvenes son extremadamente hermosas y visten con un gusto exquisito. Poco a poco vamos aprendiendo, aunque nos cuesta, la fea costumbre de mirarlas fijamente a la cara, y no porque semejante conducta nos resulte agradable, sino porque es la costumbre del país y dicen que a las chicas les gusta. Deseamos aprender todas las costumbres curiosas y originales de los distintos países, para poder «presumir» y dejar atónita a la gente cuando volvamos a casa. Queremos despertar la envidia de nuestros amigos poco viajados con nuestras extrañas modas extranjeras, de las que no podemos ya librarnos. Todos nuestros pasajeros prestan estricta atención a este asunto, con la intención que acabo de

mencionar. El amable lector jamás de los jamases podrá imaginar lo idiota que se puede volver si viaja al extranjero. Lo digo, por supuesto, suponiendo que el amable lector no haya viajado al extranjero y no sea ya un idiota consumado. En caso contrario, le pido disculpas, le doy el apretón de manos que se dan los camaradas y lo llamo hermano. Siempre disfrutaré encontrándome con un idiota de mi opinión cuando haya terminado con mis viajes.

Sobre este tema quiero insistir en que hay americanos en el extranjero, en Italia, que han olvidado su lengua nativa en tres meses. La olvidaron en Francia. Ni siquiera son capaces de escribir sus direcciones en inglés al registrarse en un hotel. Incluyo las pruebas, que copié literalmente del libro de registros de un hotel en determinada ciudad de Italia:

*John P. Whitcomb, Etats Units.*

*Wm. L. Ainsworth, travailleur (querría decir viajero, supongo yo),  
Etats Units.*

*George P. Mortonet fils, d’Amerique.*

*Lloyd B. Williams, et trois amis, ville de Boston, Amerique.*

*J. Ellsworth Baker, tout de suite de France, place de naissance  
Amerique, destination la Grand Bretagne.*

Me encanta la gente así. Una pasajera de las nuestras nos habló de un conciudadano suyo que pasó ocho semanas en París y que, al regresar a casa, se dirigía a su querido amigo del alma, Herbert, llamándolo señor «Er-ber». Al menos se disculpó y dijo: «Ya sé que resulta molesto, pero no puedo evitarlo, estoy tan acostumbrado a hablar sólo en francés, mi querido Erber, ¡maldición, otra vez!, estoy tan acostumbrado al acento francés que no puedo libragmé de él. Es terriblemente molesto, te lo aseguró». Este idiota tan entretenido, que se apellidaba Gordon, permitió que lo llamaran tres veces por la calle antes de prestar atención, y luego se deshizo en disculpas y dijo que estaba tan acostumbrado a que lo llamaran *Monsieur Gorrdong*, con rr, que había olvidado el auténtico sonido de su nombre. Llevaba una rosa en la solapa; saludaba como los franceses: dos manotazos delante de la cara; llamaba *Pairrí* a París en una conversación normal en inglés; llevaba sobres con matasellos extranjeros saliendo del bolsillo del pecho; usaba bigote y perilla, y hacía todo lo posible por sugerir a quien lo mirase (su fiel mascota) que se parecía a Luis Napoleón, y con moral agradecida (algo que resulta totalmente inexplicable, si tenemos en cuenta los pocos motivos con los que para ello contaba), daba las gracias a su Hacedor por haberlo hecho como era, y seguía disfrutando de su insignificante vida como si de verdad hubiese sido diseñado y erigido por el gran Arquitecto del Universo.

¡Pensar que nuestros Whitcomb, nuestros Ainsworth y nuestros Williams se inscriben a sí mismos en un francés destartado en los libros de registro de los hoteles extranjeros! Nos reímos de los ingleses, cuando estamos en América, por apegarse con tanta energía a sus usos y costumbres nacionales, pero parece que desde el extranjero somos más indulgentes. No resulta agradable ver a un americano traicionando su nacionalidad en una tierra extranjera, pero ¡Oh!, aún es peor ver cómo se convierte a sí mismo en una cosa que ni es hombre ni mujer, ni pescado, ni carne, ni ave de corral: un pobre, desgraciado y hermafrodita francés.

Entre la larga lista de iglesias, galerías de arte y cosas por el estilo que visitamos en Venecia, sólo mencionaré una: la Basílica di Santa Maria dei Frari. Tiene alrededor de quinientos años, me parece, y se levanta sobre doce mil pilares. En ella están el cuerpo de Canova y el corazón de Tiziano, bajo magníficos monumentos. Tiziano murió con casi cien años. Por entonces la peste segó cincuenta mil almas y, durante todo ese período de terror y muerte, el único entierro público que se permitió celebrar fue el de Tiziano, prueba evidente del respeto que se le tenía al gran pintor.

Además en esa iglesia hay un monumento dedicado al dogo Foscarelli, cuyo nombre hizo famoso para siempre *Lord Byron*, cuando residió en Venecia.

El monumento al dogo Giovanni Pesaro, también en la iglesia, es una curiosidad en lo que se refiere a la forma de adornar los depósitos de cadáveres. Mide veinticinco metros de alto y su fachada parece un descomunal templo pagano. Contra ella se levantan cuatro nubios colosales, negros como la noche, ataviados con ropajes de mármol blanco. Las negras piernas están desnudas, y a través de las rasgaduras que lucen en las mangas y en los bombachos, se les ve la piel, de brillante mármol negro. El artista era tan ingenioso como absurdos sus diseños fúnebres. Hay dos esqueletos de bronce que llevan pergaminos, y dos grandes dragones sostienen el sarcófago. En lo alto, por encima de tanta cosa grotesca, se sienta el dogo fallecido.

En los edificios conventuales anexos a la basílica están los archivos del estado de Venecia. No los vimos, pero se dice que contienen millones de documentos. Son los registros de siglos del gobierno más desconfiado, observador y vigilante que jamás haya existido, bajo el cual todo se escribía y nada se hablaba abiertamente. Ocupan casi trescientas habitaciones. Allí hay manuscritos procedentes de los archivos de casi dos mil familias, monasterios y conventos. La historia secreta de Venecia durante mil años: sus conspiraciones, sus juicios secretos, sus asesinatos, sus encargos a los espías mercenarios y a los valientes enmascarados; alimento, bien a mano, para un mundo de oscuros y misteriosos romances.

Sí, creo que lo hemos visto todo de Venecia. Hemos visto, en estas viejas iglesias, tanta abundancia de ornamentación sepulcral, costosa y elaborada, como nunca habíamos soñado. Hemos permanecido de pie bajo la tenue luz religiosa de esos viejos santuarios, en medio de largas hileras de monumentos polvorientos y efigies de los grandes muertos de Venecia, hasta que tuvimos la impresión de retroceder, cada vez más, hacia el pasado solemne y de observar las escenas y de mezclarnos con las

gentes de la antigüedad remota. Hemos estado todo el tiempo en una especie de ensueño. No se me ocurre otra forma de describir lo que sentimos. Una parte de nuestro ser se ha quedado en el siglo XIX, mientras que la otra, de alguna forma inexplicable, ha caminado entre los fantasmas del X.

Hemos visto tantas pinturas famosas que nuestros ojos se han cansado de ellas y se niegan a prestarles más atención. ¿Y a quién le puede extrañar, si en Venecia hay mil doscientos cuadros de Palma el Joven y mil quinientos de Tintoretto? Y además, hay Tizianos y obras de otros artistas en la misma proporción. Hemos visto, de Tiziano, los famosos «Caín y Abel», «David y Goliat», y «El sacrificio de Abraham». Hemos visto la monstruosa obra de Tintoretto, que mide veintidós metros y medio de largo y no sé cuántos de alto, y nos pareció un cuadro muy espacioso. Hemos visto tantas pinturas de mártires y de santos que bastarían para regenerar el mundo. No debería confesarlo, pero como en América no se nos presenta la oportunidad de adquirir un buen criterio artístico, y como no puedo pretender educarme al respecto en Europa, en sólo unas pocas semanas, será mejor que reconozca, poniendo por delante todas las disculpas del mundo, que a mí me parecía que habiendo visto uno de esos mártires, los había visto todos. Todos se parecen como si fueran de la misma familia, se visten igual, con ásperos hábitos de monje y sandalias, todos son calvos, todos presentan una postura similar y, sin excepción, todos miran hacia el cielo con rostros que, según los Ainsworth, los Morton y los Williams, *et fils*, están llenos de «expresión». Para mí no hay nada tangible en esos retratos imaginarios, nada que pueda comprender y que consiga interesarme. Si el gran Tiziano hubiese contado con el don de la profecía y hubiese dejado de pintar uno de sus mártires para irse a Inglaterra a pintar un retrato de Shakespeare, aunque fuese de joven, del que todos pudiésemos fiarnos ahora, el mundo, hasta el final de los tiempos, le habría perdonado el mártir perdido. Creo que la posteridad bien podría haberse pasado sin un mártir más, a cambio de una gran obra histórica de la época realizada por su pincel; por ejemplo, el regreso de Colón encadenado, después de haber descubierto el nuevo mundo. Los Maestros Antiguos sí que pintaron algunos cuadros históricos venecianos, y de éstos no nos cansamos, a pesar de que muchos contaban la presentación formal de los dogos fallecidos a la Virgen María, que tenía lugar más allá de las nubes, y que, a nuestro parecer, desentonaba bastante con las convenciones.

Pero por muy humildes que seamos, y modestos, en lo relacionado con el arte, nuestras investigaciones entre los monjes y los mártires pintados no han sido totalmente en vano. Nos hemos esforzado por aprender. Y algún éxito hemos tenido. Hemos dominado algunos aspectos, posiblemente de nimia importancia a ojos de los eruditos, pero que a nosotros nos proporcionan placer, y nos enorgullecemos tanto de nuestros pequeños logros como otros que han aprendido mucho más, y también nos encanta presumir de ellos. Cuando vemos un monje que se pasea con un león y que mira al cielo tranquilamente, sabemos que es San Marcos. Cuando vemos un monje

con un libro y una pluma, que mira al cielo tranquilamente, intentado encontrar la palabra adecuada, sabemos que es San Mateo. Cuando vemos un monje sentado en una piedra, que mira al cielo tranquilamente, con una calavera humana a su lado y sin más equipaje, sabemos que es San Jerónimo. Porque sabemos que siempre iba ligero en cuestiones de equipaje. Cuando vemos a un tipo que mira al cielo tranquilamente, inconsciente de que su cuerpo está siendo atravesado por un sinfín de flechas, sabemos que es San Sebastián. Cuando vemos a otros monjes que miran al cielo tranquilamente, pero sin otra marca registrada, siempre preguntamos quiénes son esos tipos. Lo hacemos porque, humildemente, deseamos aprender. Hemos visto trece mil San Jerónimos, y veintidós mil San Marcos, y dieciséis mil San Mateos, y sesenta mil San Sebastianes, y cuatro millones de monjes variados, sin designar, y nos sentimos inclinados a creer que, cuando hayamos visto algunas más de estas pinturas y tengamos más experiencia, comenzaremos a sentir por ellas un interés tan absorbente como el de nuestros cultos compatriotas de *Amerique*.

Me produce verdadero dolor hablar en términos tan poco agradecidos de los Maestros Antiguos y de sus mártires, porque algunos de mis buenos amigos del barco (amigos que los aprecian minuciosa y concienzudamente y que son totalmente competentes para diferenciar entre las obras buenas y las inferiores) me han insistido, por mi propio bien, para que no hiciera público el hecho de que carezco de esa capacidad de valoración y de discriminación crítica. Creo que lo que he escrito, y aún puedo escribir, sobre los cuadros, me hará sufrir, y lo lamento de verdad. Hasta prometí que ocultaría mis bastos sentimientos en mi pecho. Pero ¡válgame Dios!, nunca he sabido cumplir una promesa. No me culpo por esta debilidad, porque el fallo debe de ser cosa de mi estructura física. Es muy probable que al órgano que me permite hacer promesas se le haya concedido semejante cantidad de espacio, que el órgano que debería permitirme cumplirlas se haya tenido que quedar fuera. Pero no me quejo. No me gustan las medias tintas: prefiero tener una facultad noblemente desarrollada, a tener dos de capacidad normal. Estaba convencido de que cumpliría la promesa, pero resulta que no soy capaz. Es imposible viajar por Italia sin hablar de pinturas, así qué, ¿cómo voy a verlas a través de los ojos de otros?

Si no me deleitase con las magníficas estampas que todos los días de mi vida despliega ante mí la reina de todos los Maestros Antiguos, la Naturaleza, podría llegar a creer que no hay en mí capacidad alguna para apreciar la belleza, sea del tipo que sea.

Me parece que siempre que me deleito al pensar que, por una vez, he descubierto una pintura antigua que es hermosa y merecedora de toda alabanza, el placer que me produce es prueba infalible de que no es una pintura hermosa y que, desde luego, no es digna de encomio. Esto me ha ocurrido en Venecia más veces de las que puedo contar. Y en cada una de esas ocasiones, el guía ha pisoteado mi exaltado entusiasmo afirmando:

—No es nada, es del Renacimiento.

Yo no sabía qué rayos era el Renacimiento, por lo que me limitaba a decir:

—¡Ah! Claro, no me había dado cuenta.

No soportaba mostrarme ignorante ante un negro culto, descendiente de los esclavos de Carolina del Sur. Pero ocurrió demasiado a menudo, hasta para mi suficiencia, eso del «No es nada, es del Renacimiento». Y por fin, dije:

—¿Quién es ese Renacimiento? ¿De dónde ha salido? ¿Quién le dio permiso para atestar la República con sus execrables pintarrajos?

Entonces nos enteramos de que el Renacimiento no era un hombre; que el Renacimiento era un término que se usaba para designar lo que había sido, en el mejor de los casos, un rejuvenecimiento imperfecto del arte. El guía nos dijo que, después de Tiziano y de los otros grandes nombres con los que ya nos habíamos familiarizado, el gran arte había decaído; luego volvió a elevarse en parte: había surgido una clase inferior de pintores, y esas mezquinas pinturas eran obra de ellos. Y yo me dije, para mí, que ojalá el gran arte hubiese decaído quinientos años antes. Las obras del Renacimiento me encantan, a pesar de que sus escuelas eran demasiado dadas a pintar hombres de verdad, y no se entretenían demasiado con los mártires.

El guía del que he hablado es el único, de todos los que hemos tenido hasta ahora, que sabe. Nació en Carolina del Sur, de padres esclavos. La familia llegó a Venecia cuando él era un niño. Se crió aquí. Ha recibido una buena educación. Lee, escribe y habla inglés, italiano, español y francés, con gran facilidad; es un admirador del arte y está muy familiarizado con él; se sabe la historia de Venecia de memoria y jamás se cansa de hablar de la insigne trayectoria de esta ciudad. Viste mejor que cualquiera de nosotros, en mi opinión, y es refinadamente amable. En Venecia, a los negros se los tiene por iguales a los blancos, por lo que este hombre no siente deseo alguno de regresar a su tierra natal. Y hace bien.

Me han vuelto a afeitar. Esta tarde me hallaba escribiendo en nuestra antecámara, intentando mantener la atención en mi trabajo y absteniéndome de mirar hacia el canal. Me resistía a las suaves influencias del clima lo mejor posible, y me esforzaba por superar el deseo de ser indolente y feliz. Los muchachos hicieron venir a un barbero. Me preguntaron si quería afeitarme. Les recordé las torturas vividas en Génova, Milán, Como; y que había declarado que no sufriría más en suelo italiano. Les dije:

—Para mí no, si no les importa.

Seguí escribiendo. El barbero comenzó por el doctor. Le oí decir:

—Dan, éste es el mejor afeitado que me han dado desde que dejamos el barco.

Al poco, volvió a decir:

—Oiga, Dan, hasta podría quedarme dormido mientras me afeita este hombre.

Dan ocupó su lugar. Y entonces dijo:

—Pero si es Tiziano. Es uno de los Maestros Antiguos.

Yo seguí escribiendo. Y Dan dijo:

—Doctor, esto sí que es un lujo. El barbero del barco no tiene nada que hacer en

comparación.

Mi áspera barba me molestaba muchísimo. El barbero empezaba a guardar sus utensilios. La tentación fue demasiado fuerte. Le dije:

—Un momento, por favor. Aféiteme también.

Me senté en la silla y cerré los ojos. El barbero me enjabonó la cara, cogió la navaja y me pegó semejante rastrillada que a punto estuve de sufrir convulsiones. Salté de la silla: Dan y el doctor estaban secándose la sangre del rostro y muriéndose de risa.

Les dije que aquello era un engaño vergonzoso y malvado.

Me dijeron que aquel afeitado infame había sido tan superior, por execrable, a todo lo que habían experimentado hasta entonces, que no pudieron soportar la idea de perder la oportunidad de escuchar mi profunda opinión sobre el asunto.

Era vergonzoso. Pero no había nada que hacer. El desollamiento había comenzado y debía terminarse. Se me saltaban las lágrimas con cada ataque de la navaja, pero también fervientes exabruptos. El barbero estaba cada vez más confuso y me hacía más sangre. Creo que los muchachos disfrutaron más con esto que con cualquier otra cosa que hayan visto u oído desde que salieron de casa.

Hemos visto el Campanile, la casa de Byron y de Balbi, el geógrafo, y los palacios de todos los antiguos duques y dogos de Venecia, y hemos visto a sus afeminados descendientes aireando su nobleza ataviados con la moda de Francia por la gran plaza de San Marcos, comiendo helados y bebiendo vinos baratos, en lugar de lucir elegantes cotas de malla y de destruir flotas y ejércitos, como hacían sus grandes antepasados en los días de la gloria veneciana. No hemos visto villanos con estiletes envenenados, ni máscaras, ni carnaval desenfrenado; pero hemos visto el antiguo orgullo de Venecia, los solemnes caballos de bronce que forman parte de miles de leyendas. No me extraña que Venecia les tenga tanto cariño, porque son los únicos caballos que ha tenido. Se dice que en esta curiosa ciudad hay cientos de personas que nunca en su vida han visto un caballo vivo. Sin duda, es verdad.

Y así, ya satisfechos, mañana partimos, y dejaremos que la venerable Reina de las Repúblicas convoque a sus flotas desaparecidas, dirija sus quiméricos ejércitos y vuelva a gozar, en sueños, del orgullo de su antiguo renombre.



## XXIV

**A**lgunos de los pasajeros del *Quaker City* habían llegado a Venecia desde Suiza y otras tierras antes de que nosotros nos fuésemos, y otros iban llegando cada día. No se había producido ninguna desgracia personal, ni enfermedades.

Estábamos un tanto fatigados de tanto ver cosas, por lo que pasamos rápidamente, en tren, por una buena parte del país sin detenernos siquiera. Yo tomé algunas notas. No encuentro mención alguna de Bolonia en mi libreta de notas, excepto que llegamos allí en buen momento, pero no vimos ninguna de las mortadelas por las que aquel lugar es tan justamente conocido.

Pistoia no despertó más que un pasajero interés.

Florenia nos agradó un tiempo. Creo que valoramos la enorme figura de David en la grandiosa plaza, y el grupo escultórico al que llaman «El rapto de las sabinas». Por supuesto que deambulamos entre las interminables colecciones de cuadros y estatuas de las galerías Pitti y Uffizi. Hago esta afirmación en defensa propia; y dejémoslo así. No podía descansar pensando en la imputación de que había visitado Florenia sin atravesar sus agotadoras millas de galerías pictóricas. Intentamos, indolentemente, recordar algo sobre los güelfos y los gibelinos, y los demás rebana-cuellos históricos cuyas peleas y asesinatos ocupan tan buena parte de la historia de Florenia, pero el tema no nos resultaba atractivo. Nos habían robado el maravilloso paisaje de montaña que correspondía a nuestro viaje, y lo habían hecho por medio de una vía ferroviaria que se componía de tres millas de túnel por cada cien metros a la luz del sol, por lo que en Florenia no nos apeteció ser sociables. Habíamos visto el lugar, en algún punto de las afueras, donde esas gentes habían permitido que los huesos de Galileo permaneciesen sin consagrar durante siglos porque su gran descubrimiento, ése de que la tierra daba vueltas, fue considerado una herejía por la Iglesia; y sabemos que mucho después de que el mundo hubiese aceptado su teoría, y hubiera elevado su nombre a los puestos más altos de la lista de los grandes hombres, siguieron dejando que se pudriera allí. Que nosotros hubiésemos vivido para ver sus cenizas sepultadas con honores en la Basílica di Santa Croce, se lo debemos a una sociedad de *literati* y no a Florenia o a sus gobernantes. También vimos la tumba de Dante, en la misma basílica, pero nos alegramos de saber que su cuerpo no estaba allí; que la desagradecida ciudad que lo había exiliado y perseguido, habría dado de todo por tenerlo allí, pero jamás conseguiría para sí tan gran honor. A Florenia ya le llega con los Médici. Que siembre Médicis y que construya grandes monumentos para ellos con el fin de testimoniar lo agradecidamente dada que era a lamer la mano que la azotaba.

¡Magnánima Florenia! Sus tiendas de joyerías están llenas de artistas del mosaico. Los mosaicos florentinos son los más selectos del mundo. A Florenia le encanta que se diga eso. Florenia está orgullosa de ellos. Florenia fomenta esta especialidad suya. Está agradecida a los artistas que le proporcionan semejante

reconocimiento y que llenan sus arcas con dinero extranjero, por eso los promueve dándoles pensiones. ¡Pensiones! ¡Cuánta generosidad! Sabe que la gente que compone esas hermosas naderías muere joven, porque el trabajo aísla demasiado, y resulta agotador para la mano y para el cerebro, por eso ha decretado que todos aquellos que lleguen a los sesenta años reciban una pensión. Que yo sepa, aún nadie ha reclamado ese beneficio. Hubo un hombre que resistió hasta los sesenta y solicitó su pensión, pero parece ser que su familia había cometido un error de un año al hacer los cálculos, por lo que se rindió y se murió.

Esos artistas cogen partículas de piedra o de vidrio que no son más grandes que un grano de mostaza, y las montan sobre un gemelo o un botón de camisa con tanta homogeneidad y un ajuste tan perfecto de las delicadas tonalidades que muestran las piezas, que forman rosas enanas, con su tallo, sus espinas, sus hojas, sus pétalos y todo lo que haga falta, con unos colores tan auténticos que parecen creadas por la propia Naturaleza. Son capaces de copiar una mosca, o un bicho de llamativos colores, o las ruinas del Coliseo dentro del diminuto círculo de un broche, con tal destreza y esmero que parecen pintados por el pincel de un maestro.

En la gran escuela del mosaico de Florencia, vi una mesita —una nadería de mesa de centro— cuyo tablero estaba hecho con una piedra semipreciosa pulida y, dentro de la piedra, habían incrustado la imagen de una flauta, con su boquilla y una laberíntica complicación de llaves. Ningún cuadro del mundo podría haber resultado más homogéneo o rico en matices; ningún sombreado para pasar de un tono a otro podría haber sido más perfecto; ninguna obra de arte, de ningún tipo, podría haber tenido menos fallos que aquella flauta y, sin embargo, si alguien decidiese contar la multitud de diminutos fragmentos de piedra por los que estaba formada, según nos habían jurado, creo que su capacidad aritmética se quedaría corta. Me parece que ni aún con la más aguda de las vistas era posible detectar el punto de unión de dos partículas. Desde luego, nosotros no fuimos capaces de ver semejante marca. Aquel tablero de mesa había supuesto el trabajo de un hombre durante diez largos años, o eso dicen, y estaba a la venta por treinta y cinco mil dólares.

Fuimos varias veces a la Basílica di Santa Croce de Florencia para llorar sobre las tumbas de Miguel Ángel, Rafael y Maquiavelo (supongo que están enterrados allí, aunque también puede ser que residan en otro lugar y alquilen sus tumbas a terceros, ya que ésa parece ser la moda en Italia), y entre una y otra visita solíamos acercarnos a los puentes para admirar el Amo. Admirar el Amo es algo muy popular. Se trata de un riachuelo con mucha historia, cuyo cauce mide alrededor de un metro y sobre el que flotan algunas barcas. Podría ser un río muy convincente si le añadieran un poco de agua. Lo llaman río, y están convencidos de que es un río, estos oscuros y sanguinarios florentinos. Hasta ayudan a completar el engaño construyendo puentes sobre él. No sé por qué no se limitan a vadearlo.

¡Hay que ver cómo las fatigas y las molestias del viaje nos pueden llenar de amargos prejuicios! Yo podría entrar en Florencia bajo auspicios más felices dentro

de un mes y encontrarla hermosa y de lo más atractiva. Pero ahora ni se me ocurre pensar en eso, no, ni en sus amplias tiendas llenas hasta el techo de copias realizadas en mármol blanco y alabastro de todas las esculturas famosas de Europa: unas copias tan encantadoras que me pregunto cómo pueden tener la misma forma que esas pesadillas petrificadas y deslustradas de las que son duplicado.

Una noche me perdí en Florencia a las nueve, y permanecí perdido en aquel laberinto de callejuelas estrechas y largas hileras de enormes edificios que parecen todos iguales, hasta más o menos las tres de la madrugada. La noche era agradable y, al principio, había mucha gente en la calle y gran cantidad de luces alegres. Después, me fui acostumbrando a merodear por desviaciones y túneles misteriosos, sintiendo asombro e interés cada vez que doblaba una esquina, con la esperanza de encontrarme el hotel frente a mí, mirándome, pero sin encontrarlo nunca. Más tarde aún, me sentí cansado. Pronto me sentí terriblemente cansado. Pero ya no había nadie fuera, ni siquiera un policía. Caminé hasta que se me agotó la paciencia, y me sentí sediento y enfadado. Por fin, pasada ya la una de la madrugada, llegué de repente a una de las puertas de la ciudad. Entonces supe que me hallaba muy lejos del hotel. Los soldados pensaron que quería abandonar la ciudad, por lo que se levantaron de un brinco y me impidieron el paso con sus mosquetes. Yo dije:

—Hotel D'Europe.

No sabía más italiano, y no estaba seguro siquiera de si era italiano o francés. Los soldados se miraron el uno al otro, tontamente, luego me miraron a mí, sacudieron la cabeza y me detuvieron. Les dije que quería irme a casa. No me entendieron. Me llevaron al cuartel y me registraron, pero no hallaron en mí sedición alguna. Encontraron un pedazo pequeño de jabón (ahora llevamos jabón siempre encima), y se lo regalé, al ver que lo consideraban una curiosidad. Continué diciendo «Hotel d'Europe», y ellos siguieron frotándose las manos hasta que, por fin, un joven soldado que dormitaba en un rincón se levantó y dijo algo. Supongo que dijo que sabía dónde estaba el hotel, porque el oficial de la guardia lo envió a acompañarme. Caminamos entre cien y ciento cincuenta millas, o eso me pareció, y entonces *él* se perdió. Dio la vuelta y todo eso y, al final, se rindió y por señas me dijo que se iba a pasar el resto de la madrugada intentando encontrar la puerta de la ciudad. En ese momento me di cuenta de que la casa que había enfrente me resultaba un tanto familiar. ¡Era el hotel!

Parece que tuve suerte al encontrar un soldado que supiera lo poco que aquél sabía ya que, según dicen, la política del gobierno consiste en cambiar a los soldados constantemente de un sitio a otro, y del campo a la ciudad, para que no se familiaricen con las gentes, descuiden sus deberes y tramén complots y conspiraciones con los amigos. Las experiencias que yo viví en Florencia fueron, en su mayoría, desagradables. Así que cambiaré de tema.

En Pisa subimos a la cima de la estructura más extraña del mundo: la Torre Inclinada. Como todos sabemos, mide alrededor de cincuenta y cinco metros de altura, y les ruego que tengan en cuenta que cincuenta y cinco metros equivalen, más

o menos, a la altura de cuatro edificios normales de tres plantas, puestos uno encima del otro, lo cual supone una elevación considerable para una torre de espesor uniforme, incluso si se mantiene recta; y sin embargo ésta se inclina cuatro metros fuera de la perpendicular. Tiene setecientos años, pero ni la historia ni la tradición cuentan si fue construida así a propósito, o si uno de sus lados se ha asentado. No hay constancia de que alguna vez haya estado erguida. Está hecha de mármol. Se trata de una estructura ligera y hermosa, y cada uno de sus ocho pisos está rodeado por columnas estriadas, algunas de mármol y otras de granito, de capiteles corintios, que fueron bonitos cuando eran nuevos. Es un campanario y en lo más alto cuelga un carillón de campanas antiguas. La escalera de caracol de su interior resulta oscura, pero siempre se sabe en qué parte de la torre se encuentra uno debido a la gravitación natural de un lado al otro de la escalera, según la torre se eleve o se hunda. Algunos de los escalones de piedra están desgastados sólo en un extremo; otros, en el opuesto; y otros sólo en el medio. Mirar hacia abajo desde lo más alto de la torre, por dentro, es como hacerlo desde el exterior de un pozo inclinado. Una cuerda que cuelga desde arriba toca la pared antes de llegar al suelo. De pie en la cima, no se siente uno muy cómodo cuando mira hacia abajo desde la parte más elevada; pero arrastrarse boca abajo hasta el borde de la parte baja e intentar estirar el cuello lo bastante como para ver la base de la torre, hace que se te ponga la carne de gallina y te convence, durante un segundo, a pesar de toda la filosofía del cosmos, de que el edificio se está cayendo. En ese momento, uno se conduce con mucho cuidado, ya que se deja dominar por la tonta impresión de que, si no se está cayendo, su insignificante peso será el detonante del derrumbe, a menos que consiga sacarlo de allí a tiempo.

El Duomo, muy cerca, es una de las catedrales más bonitas de Europa. Tiene ochocientos años. Su grandeza ha sobrevivido a la enorme prosperidad comercial y la importancia política que la convirtieron en una necesidad o, mejor dicho, en una posibilidad. Rodeada de pobreza, decadencia y ruinas, nos proporciona una impresión más tangible de la anterior grandeza de Pisa de la que pueden ofrecernos los libros.

El Baptisterio, que es unos cuantos años más antiguo que la Torre Inclinada, es una impresionante rotonda, de enormes dimensiones, que resultó ser una estructura muy costosa. Dentro de él cuelga la lámpara que, al medir su vaivén, sugirió a Galileo el péndulo. Parecía algo insignificante como para haberle conferido al mundo de la ciencia y de la mecánica la enorme ampliación de sus dominios que le otorgó. Reflexionando, ante tan sugerente presencia, creí contemplar un grotesco universo de discos balanceantes, los esforzados vástagos de un padre sosegado. Parecía mostrar una expresión de inteligencia, como si supiera que no era una lámpara; que era un péndulo, un péndulo disfrazado, por motivos prodigiosos e inescrutables concebidos por él mismo y, además, ni siquiera un péndulo normal, sino el patriarca original de los péndulos: el péndulo Abraham del mundo.

El Baptisterio está dotado del sistema de eco más agradable de todos los ecos sobre los que hemos leído algo. El guía tocó dos notas sonoras, separadas por media

octava; el eco contestó con la más encantadora, la más melodiosa y la más rica mezcla de sonidos hermosos que imaginarse pueda. Parecía el interminable acorde de un órgano de iglesia, infinitamente atenuado por la distancia. Puede que les parezca extravagante, pero, si es así, la culpa la tiene mi oído, no mi pluma. Describo un recuerdo, y es de los que permanecerán mucho tiempo conmigo.

El peculiar carácter devoto de los viejos tiempos, que confiaba más en las formas de devoción externas que en la vigilante protección del corazón contra los pensamientos impuros y de las manos contra los actos pecaminosos, y que creía en las virtudes protectoras de los objetos inanimados que se volvían sagrados por el mero contacto con otras cosas sagradas, queda ilustrado de forma sorprendente en uno de los cementerios de Pisa. Las tumbas se asientan sobre la tierra traída en barco, hace años, desde Tierra Santa. Los antiguos pisanos creían que ser enterrado en esa tierra hacía más por su salvación que el hecho de comprarle muchas misas a la iglesia, o de dedicarle muchas velas a la Virgen.

Se cree que Pisa tiene tres mil años. Era una de las doce grandes ciudades de la antigua Etruria, esa Commonwealth que tantos monumentos nos ha dejado en testimonio de su extraordinario progreso, y tan poca historia sobre sí misma que resulta tangible y comprensible. Un anticuario de Pisa me dio un vaso lacrimatorio que, según aseveraba, tenía cuatro mil años de antigüedad. Lo habían encontrado entre las ruinas de una de las ciudades etruscas más antiguas. Me dijo que provenía de una tumba y que había sido utilizado por la familia de algún fallecido en aquella remota época —cuando las Pirámides de Egipto eran nuevas, Damasco una aldea, Abraham un niño que gateaba y la antigua Troya no estaba ni en el mapa—, para guardar las lágrimas lloradas por su ídolo perdido. Nos hablaba con un lenguaje propio; y con un patetismo más tierno que el producido por cualquier palabra, su muda elocuencia recorría el largo pergamino de los siglos que es la historia de una silla vacía, de unas pisadas familiares que se echan de menos desde el umbral, de una voz agradable que ya no forma parte del coro, de una silueta que se ha desvanecido; una historia que siempre nos resulta tan nueva, tan sorprendente, tan terrible, que paraliza de tal modo los sentidos y que, sin embargo, tan vieja es y tan trillada está. Ningún relato astutamente expresado podría haber resucitado los mitos y las sombras de tan antigua edad ante nuestros ojos, tan vivamente revestido de carne y cálido de simpatías humanas como lo hizo aquella pobre y poco sentimental pieza de alfarería.

Pisa fue república en la Edad Media, con gobierno propio, ejércitos y armadas propios y un gran comercio. Era una potencia militar, y en sus estandartes inscribió unas cuantas batallas ganadas contra los genoveses y los turcos. Se dice que la ciudad llegó a tener cuatrocientos mil habitantes; pero ahora se le ha ido el cetro de las manos, sus buques y sus ejércitos han desaparecido y su comercio ha muerto. Sus pabellones soportan el moho y el polvo de siglos, sus almacenes están desiertos, se ha encogido dentro de sus muros derrumbados, y su gran población ha disminuido hasta las veinte mil almas. Sólo le queda una cosa de la que presumir, y no es mucho: que

es la segunda ciudad de la Toscana.

Llegamos a Livorno a tiempo de ver todo lo que deseábamos ver mucho antes de que las puertas de la ciudad cerrasen por la noche, y luego regresamos a bordo de nuestro buque.

Nos sentimos con si llevásemos un siglo fuera de casa. Nunca antes habíamos valorado totalmente la guarida tan agradable que constituía nuestro camarote; ni la alegría que proporciona el sentarse a comer en tu propio sitio de tu propio comedor, y mantener conversaciones familiares con tus amigos en tu propio idioma. Oh, la extraña felicidad que proporciona el hecho de comprender todas y cada una de las palabras que se dicen, y de saber que cada palabra que decimos también será entendida. Ahora podríamos hablar hasta caer muertos, si no fuese porque sólo hay unos diez pasajeros, de los sesenta y cinco, con los que conversar. Los demás andan por ahí perdidos, no sabemos dónde. No bajaremos a Livorno. De momento estamos saturados de ciudades italianas, y preferimos pasear por el conocido alcázar y verla desde lejos.

Los estúpidos magnates que gobiernan Livorno no consiguen entender que un vapor tan grande como el nuestro haya podido cruzar el Atlántico sin otro propósito más que entretener a un grupo de damas y caballeros en una excursión de placer. Les resulta demasiado improbable. Les parece sospechoso. Algo más importante debe hallarse oculto detrás de todo eso. No pueden comprenderlo y desprecian la prueba que suponen los papeles del barco. Al final han decidido que somos un batallón de garibaldinos sedientos de sangre y disfrazados. Y con total seriedad, han enviado una cañonera para que vigile nuestro buque noche y día, con órdenes de poner fin a cualquier movimiento revolucionario en un abrir y cerrar de ojos. Las lanchas de la policía patrullan sin descanso y pobre del marinero que se atreva a salir vestido con una camisa roja. Los policías siguen la lancha del segundo comandante desde tierra al barco y del barco a tierra y observan sus oscuras maniobras con ojo vigilante. Acabarán por arrestarlo, a menos que asuma un comportamiento que muestre aún menos signos de matanza, insurrección y sedición. Una agradable visita que ayer le hicieron algunos de nuestros pasajeros al general Garibaldi (por cordial invitación), no ha hecho más que confirmar las sobrecogedoras sospechas que el gobierno alberga contra nosotros. Se cree que la visita amistosa fue sólo la tapadera de una sangrienta conspiración. Se acercan y nos vigilan cuando nos bañamos en el mar junto al barco. ¿Creerán que nos estamos comunicando con un cuerpo de bribones de reserva oculto en el fondo?

Se dice que seguramente nos someterán a cuarentena en Nápoles. Dos o tres de los nuestros preferimos no correr semejante riesgo. Así que, tan pronto hayamos descansado, nos proponemos ir a Civita en un vapor francés y, desde allí, a Roma, y por tren, a Nápoles. Los trenes no los someten a cuarentena, y a nadie le preocupa la procedencia de sus pasajeros.

## XXV

**H**ay muchas cosas de Italia que yo no entiendo y, sobre todo, no logro comprender cómo un gobierno arruinado consigue tener unas estaciones ferroviarias tan suntuosas y unas carreteras tan extraordinarias. Y es que las últimas son duras como el diamante, rectas como hechas con tiralíneas, homogéneas como el suelo de una casa y blancas como la nieve. Cuando ha oscurecido tanto que es imposible ver cualquier otra cosa, las blancas carreteras de Francia e Italia se dejan ver aún, y están tan limpias que se podría comer sobre ellas, sin mantel. Y sin embargo, no cobran peaje.

En cuanto al ferrocarril, no lo tenemos igual. Los trenes se deslizan tan suavemente como si fueran sobre patines. Las estaciones son enormes palacios de mármol tallado, con imponentes columnatas del mismo material que las cruzan de un extremo al otro, y con sus amplios muros y techos ricamente decorados con frescos. Las puertas de entrada, muy altas, están decoradas con estatuas y los suelos son todos de mármol pulido.

Estas cosas me convencen más que los cientos de galerías, llenas de tesoros artísticos de valor incalculable, que tiene Italia, porque puedo entender las primeras, mientras que no estoy capacitado para apreciar las últimas. En las carreteras, los trenes, las estaciones y los nuevos bulevares de casas uniformes de Florencia y de otras ciudades, veo el genio de Luis Napoleón o, mejor dicho, veo que se han imitado las obras de dicho estadista. Pero Luis se ha ocupado de que en Francia haya una base para esas mejoras: el dinero. Siempre tiene los medios que respaldan sus proyectos; con ellos fortalece a Francia, y nunca la debilita. Su prosperidad material es auténtica. Pero aquí, el caso es bien distinto. Este país está en la bancarrota. No existe una buena base para tan grandes obras. La prosperidad que parecen indicar es fingida. No hay dinero en el tesoro, y así lo debilitan en lugar de fortalecerlo. Italia ha logrado hacer realidad el mayor de sus deseos: convertirse en un estado independiente. Y al hacerlo, es como si le hubiese tocado un elefante en la lotería de la política: no tiene con qué alimentarlo. Al no tener experiencia en el gobierno, se lanzaron a toda clase de gastos inútiles y dejaron el tesoro seco en casi un solo día. Despilfarraron millones de francos en una armada que no necesitaban, y la primera vez que pusieron en marcha su nuevo juguete, las recibieron de todos los colores, por usar el lenguaje de los peregrinos.

Pero se trata de un mal viento que no beneficia a nadie. Hace un año, cuando Italia se dio de bruces con la ruina más absoluta y sus billetes casi no valían el papel en el que estaban impresos, su Parlamento se arriesgó con un *coup de main* que habría horrorizado al más valeroso de sus hombres de estado, de haber ocurrido en circunstancias menos desesperadas. En cierta medida, confiscaron las propiedades de la Iglesia, y eso ¡en una Italia infestada de sacerdotes! En una tierra que ha recorrido a tientas la medianoche de la superstición sacerdotal durante mil seiscientos años.

Para Italia, ha sido una racha de buena suerte el cambio de viento que la llevó a romper las cadenas de esa prisión.

Ellos no lo llaman *confiscar* los bienes de la Iglesia. Parecería demasiado riguroso. Pero es lo que viene a ser. En Italia hay miles de iglesias, cada una de ellas con millones de inconmensurables tesoros almacenados en sus armarios, y cada una con su batallón de sacerdotes al que mantener. Y luego están las fincas de la Iglesia, leguas y leguas de las tierras más ricas y de los bosques más nobles de toda Italia, todas ellas proporcionando inmensos beneficios a la Iglesia, sin pagar ni un centavo de impuestos al estado. En algunos distritos importantes, la Iglesia es la dueña de *todas* las propiedades: tierras, cursos de agua, bosques, molinos y fábricas. Compra, vende, fabrica y, como no paga impuestos, ¿quién puede pretender competir con ella?

Pues el gobierno se ha apoderado de todo esto en la práctica, y aún lo hará también en la dura y prosaica realidad, sin duda. Algo ha de hacer para alimentar un tesoro que se muere de hambre, y no queda más recurso en toda Italia, sólo las riquezas de la Iglesia. Por eso el gobierno pretende quedarse para sí con una buena parte de los ingresos que producen las fincas y las fábricas sacerdotales, y también quiere apoderarse de las iglesias y gestionarlas a su modo y bajo su responsabilidad. En unos pocos casos, dejará sin tocar el orden establecido en las iglesias más destacadas, pero en todas las demás, sólo dejará un puñado de sacerdotes para predicar y orar, unos pocos serán jubilados, y abandonará a los demás a su suerte.

Echemos una ojeada a algunas de esas iglesias, y a sus adornos, y veamos si lo que hace el gobierno está justificado o no. En Venecia, que hoy es una ciudad de cien mil habitantes, hay mil doscientos sacerdotes. Sólo Dios sabrá cuántos había antes de que el Parlamento redujese su número. Estaba la gran iglesia de los jesuitas. Durante el viejo régimen, eran necesarios sesenta sacerdotes para manejarla; ahora el gobierno lo hace con cinco, y los demás han sido eximidos de sus responsabilidades. Alrededor de esa iglesia, todo es pobreza y miseria. En su puerta, se nos descubrieron una docena de cabezas, a la vez que se inclinaban humildemente, y se extendía el mismo número de manos, pidiéndonos una limosna, pidiéndonos cosas con palabras extranjeras que no entendíamos, pero pidiéndonos también en silencio, con sus tristes miradas, sus mejillas hundidas y sus raídas vestimentas, de manera que la traducción no resultaba necesaria. Entonces atravesamos aquellas puertas enormes y nos dio la impresión de que todas las riquezas de este mundo se extendían ante nosotros. Gigantescas columnas talladas en un solo bloque de mármol, con cientos de figuras incrustadas, de arriba abajo, trabajadas en un carísimo mármol verde; púlpitos de los mismos ricos materiales, cuyos paños cuelgan como si fueran pliegues, y el pétreo tejido imita el delicado trabajo del telar; el gran altar brilla debido a los pulidos revestimientos y las balaustradas de ágatas orientales, jaspe, mármol verde y otras piedras preciosas cuyos nombres pocas veces oímos, mientras las losas de un carísimo lapislázuli se prodigan por todas partes como si la iglesia fuese propietaria de una cantera de dicho material. Y en medio de tanta magnificencia, los accesorios



del altar, de oro y plata macizos, parecen baratos y triviales. Hasta los suelos y los techos cuestan una verdadera fortuna.

¿De qué sirve permitir que tales riquezas permanezcan improductivas, mientras media población no sabe, de día en día, cómo mantener unidos cuerpo y alma? Y ¿es acertado tolerar que cientos y cientos de millones de francos queden inmovilizados en los inútiles oropeles de las iglesias de toda Italia, mientras el pueblo se ve oprimido hasta la muerte por unos impuestos que buscan mantener un gobierno condenado?

Por lo que yo veo, Italia, durante mil quinientos años, ha invertido todas sus energías, todas sus finanzas y toda su industria en la construcción de un amplio surtido de maravillosos edificios religiosos, dejando morir de hambre a la mitad de sus ciudadanos para conseguirlo. Hoy en día es un enorme museo de magnificencia y miseria. Si reunimos todas las iglesias de una ciudad americana de tamaño normal, no podríamos adquirir ni las baratijas alhajadas de una de sus cientos de catedrales. Y por cada mendigo que hay en América, Italia puede presentar cien, con sus harapos y sus plagas de bichos. Es la tierra más deprimida y más principesca del mundo.

Pensemos en el gran Duomo de Florencia, una enorme mansión que ha estado minando los bolsillos de sus ciudadanos durante quinientos años, y que aún no está terminada. Como el resto de los hombres, caí de rodillas y la admiré, pero cuando los mugrientos pordioseros se apelotonaron a mi alrededor, el contraste me pareció demasiado llamativo y sugerente, por lo que dije:

—Oh, hijos de la Italia clásica, ¿acaso ha muerto por completo en vosotros la capacidad de iniciativa, de autosuficiencia y de noble esfuerzo? ¡Maldita sea vuestra indolente insignificancia! ¿Por qué no le robáis a la iglesia?

Trescientos sacerdotes, felices y cómodos, están empleados en esa catedral.

Y ahora que estoy de humor, será mejor que aproveche y ponga a caldo a todo cuanto personaje lo merezca. En Florencia hay un gran mausoleo que construyeron para enterrar en él a nuestro Señor y Salvador, y a la familia Médici. Suena a blasfemia, pero es verdad, y aquí han convertido la blasfemia en un hecho. Los Médici, muertos y condenados, que tan cruelmente tiranizaron Florencia y que fueron su maldición durante más de doscientos años, se hallan esparcidos en un círculo de costosas tumbas, en cuyo centro había de situarse el Santo Sepulcro. La expedición enviada a Jerusalén para traerlo, se metió en líos y no pudo llevar a cabo su robo, por lo que el centro del mausoleo está vacío. Dicen que el mausoleo entero se levantó para albergar sólo al Santo Sepulcro, y que se convirtió en el panteón de la familia después de que fracasara la expedición a Jerusalén. Pero yo estoy seguro de que algunos de esos Médici se las habrían arreglado para colarse dentro igual. Y es que lo que ellos no tenían la desfachatez de hacer, no merecía la pena hacerlo. Incluso reflejaron sus triviales y olvidadas hazañas por tierra y mar en grandes frescos (como hicieron también los antiguos dogos de Venecia), con el Salvador y la Virgen arrojándoles flores desde las nubes, y Dios en persona aplaudiendo desde su trono celestial. ¿Y quién pintó esas cosas? Pues Tiziano, Tintoretto, Paolo Veronese,

Rafael... precisamente los ídolos del mundo, los Maestros Antiguos.

Andrea del Sarto glorificó a sus príncipes en pinturas que los salvarán, eternamente, del olvido que merecían, y ellos permitieron que el pintor muriese de hambre. Le estuvo bien. Rafael retrató canallas tan diabólicas como Catalina y María de Médici sentadas en el cielo, conversando familiarmente con la Virgen María y los ángeles, (por no hablar de personajes más elevados) y aún así mis amigos se meten conmigo porque estoy un poco predispuesto en contra de los Maestros Antiguos, porque a veces no consigo ver la belleza que encierran sus obras. De vez en cuando, no puedo evitar verla, pero sigo protestando contra el servilismo que dominaba a aquellos maestros y los llevaba a prostituir su noble talento para adulación de monstruos tales como los príncipes florentinos, venecianos y franceses de hace doscientos y trescientos años, que eran todos iguales.

Me dicen que los Maestros Antiguos tenían que hacer esas cosas vergonzosas para comer, ya que los príncipes y los potentados eran los únicos mecenas del arte. Si un hombre superdotado puede arrastrar su orgullo y su hombría por el barro a cambio de pan, en lugar de pasar hambre con su nobleza sin contaminar, la excusa me vale. También excusaría el robo en gentes como Washington y Wellington, y la impudicia en las mujeres.

Pero, por algún motivo, no logro sacarme de la cabeza el mausoleo de los Médici. Es grande como una iglesia; su suelo es lo bastante rico como para estar en el palacio de un rey; los frescos embellecen su gran cúpula; sus muros son de ¿qué?, ¿mármol?, ¿yeso?, ¿madera?, ¿papel? No. Pórfiro rojo, mármol verde, jaspe, ágata oriental, alabastro, madreperla, calcedonia, coral rojo, lapislázuli. Todas aquellas enormes paredes están fabricadas, en su totalidad, con esas piedras preciosas, trabajadas y embutidas poco a poco, hasta formar elaborados diseños y figuras, y pulidas hasta brillar como grandes espejos que reflejan las maravillosas pinturas de la cúpula. Y ante la estatua de uno de esos Médici muertos, reposa una corona que brilla con la fuerza de los diamantes y las esmeraldas, tantos que bastarían para comprar un buque de línea, o casi. Éstas son las cosas a las que el gobierno les ha echado el ojo, y buena noticia será para Italia, el día que se fundan con el resto del tesoro público.

Y ahora... Sin embargo, se acerca otro mendigo. Saldré a destruirlo y luego volveré y escribiré otro capítulo de vituperios.

Después de haberme comido al huérfano sin amigos, después de haber ahuyentado a sus camaradas, después de haberme calmado y reflexionado extensamente, ya me siento de mejor humor. Creo que, como he hablado con tanta libertad de los sacerdotes y las iglesias, lo justo es que, de conocer algo bueno sobre los unos y las otras, lo cuente también. He oído decir muchas cosas que redundan en beneficio del clero, pero el asunto más notable que se me ocurre ahora es la devoción que una de las órdenes mendicantes mostró durante el predominio del cólera el año pasado. Me refiero a los frailes dominicos, unos hombres que llevan un basto y pesado hábito marrón y una capucha, con el calor que hace, y que van descalzos.

Creo que viven sólo de limosnas. No hay duda de que deben amar su religión, para sufrir tanto por ella. Cuando el cólera se apoderó de Nápoles; cuando las personas morían a cientos cada día; cuando toda preocupación por el bienestar público desapareció bajo los egoístas intereses privados, y cada ciudadano tenía como único objetivo cuidar sólo de sí mismo, estos hombres se agruparon y se dedicaron a cuidar a los enfermos y a enterrar a los muertos. Muchos de ellos pagaron con sus vidas tan nobles esfuerzos. Y las entregaron con sumo gusto, e hicieron bien. Los credos de precisión matemática y los rebuscados detalles doctrinales resultan absolutamente necesarios para la salvación de cierta clase de almas, pero sin duda la caridad, la pureza, la generosidad que hay en los corazones de hombres como éstos, salvarían sus almas aunque estuvieran en quiebra de la verdadera religión, que es la nuestra.

Uno de esos tunantes gordos y descalzos vino con nosotros hasta Civitavecchia en el pequeño vapor francés. Sólo éramos media docena en primera. Él iba en tercera. ¡Era el alma del barco, el malintencionado hijo de la Inquisición! Él y el director de una banda de marinos de un buque de guerra francés tocaban el piano y cantaban ópera indistintamente; cantaban duetos; amañaban improvisadas vestimentas teatrales y representaban para nosotros farsas y musicales extravagantes. Nos llevábamos estupendamente con el fraile, y conversábamos con él en exceso, aunque no lograba entender lo que le decíamos y, ciertamente, él jamás emitió una sola palabra cuyo significado pudiésemos adivinar.

Civitavecchia es el mejor nido de suciedad, plagas e ignorancia que hemos encontrado hasta ahora, exceptuando esa perdición africana a la que llaman Tánger, que es igual. Aquí la gente vive en callejones que miden dos metros de ancho, con un olor que resulta peculiar, aunque nada divertido. Y menos mal que las calles no son más anchas, porque así ya retienen tanto olor como es posible soportar y, si fuesen más anchas, aún retendrían más, y la gente se moriría. Las callejas están empedradas, y alfombradas con gatos muertos, harapos putrefactos, restos de verduras en descomposición, y vestigios de botas viejas, todo ello empapado con el agua de fregar los platos, y la gente se sienta fuera, en unos taburetes, para disfrutar del ambiente. Como regla general, son indolentes, y sin embargo, tienen pocos pasatiempos. Trabajan dos o tres horas seguidas, pero no mucho, y entonces paran y se ponen a cazar moscas. Para ello no se necesita talento alguno, porque sólo tienen que echar la mano, y si no cazan a la que están persiguiendo, cazan otra. Tanto les da. No tienen preferencias. La que cogen es la que quieren.

Tienen otras clases de insectos, pero no por eso se vuelven arrogantes. Son unas gentes muy calladas y modestas. Tienen más cosas de estas que otras comunidades, pero no presumen.

Son muy sucios, de cara, de persona, y de vestido. Cuando ven a alguien que lleva la camisa limpia, se burlan de él. Las mujeres se pasan la mitad del día lavando ropa en los lavaderos públicos que hay en la calle, pero seguramente será ropa de otros. O tal vez tienen una muda para usar y otra para lavar, porque nunca se ponen nada que

haya sido lavado. Cuando terminan con la colada, se sientan en los callejones y cuidan de sus cachorros. Los alimentan de uno en uno, y los demás se rascan la espalda contra el marco de la puerta y son felices.

Todo este territorio pertenece a los Estados Pontificios. Parece que aquí no hay escuelas, y sólo una mesa de billar. Su nivel de educación es muy bajo. Una parte de los hombres entra a formar parte del ejército, otra del sacerdocio y el resto se dedica a hacer zapatos.

Mantienen el sistema del pasaporte, pero en Turquía también. Lo que demuestra que los Estados Pontificios están tan adelantados como Turquía. Este hecho bastará para silenciar las malas lenguas de tantos perversos calumniadores. Tuve que hacer visar mi pasaporte, para Roma, en Florencia, y después no me dejaron ni bajar a tierra hasta que un policía lo hubo examinado en el embarcadero y me envió un permiso. Ni siquiera se atrevieron a dejarme tocar mi pasaporte durante doce horas, tan formidable debe de ser mi aspecto. Les pareció que sería mejor dejar que se me enfriaran los ánimos. Seguramente pensaron que quería tomar la ciudad. Qué poco me conocen. Jamás me habría quedado con ella. En la estación examinaron mi equipaje. Cogieron uno de mis mejores chistes y se lo leyeron con atención dos veces, y luego se lo leyeron del revés. Pero era demasiado profundo para ellos. Se lo pasaron entre ellos y todos especularon al respecto durante un rato, pero no consiguieron vencerlo.

No era un chiste normal. Al final, un oficial veterano lo deletreó reflexivo, meneó la cabeza tres o cuatro veces y dijo que, en su opinión, era sedicioso. Entonces empecé a alarmarme. De inmediato dije que les explicaría el documento y se arremolinaron a mi alrededor. Y así expliqué, expliqué, y expliqué, y tomaron notas de todo lo que dije, pero cuanto más explicaba yo, menos lo entendían ellos, y cuando por fin se dieron por vencidos, ni siquiera yo lo entendía. Dijeron que creían que era un documento incendiario, contra el gobierno. Declaré solemnemente que no lo era, pero se limitaron a sacudir la cabeza y a no darse por satisfechos. Luego se pasaron un buen rato consultando y, al final, lo confiscaron. Lo sentí mucho, porque había trabajado mucho en aquel chiste y estaba muy orgulloso de él, y supongo que ya no lo volveré a ver. Imagino que lo enviarán a Roma, donde lo archivarán entre los registros de criminales, y siempre lo tendrán por una misteriosa maquina infernal que podría volar por los aires como una mina y hacer pedacitos al bueno del Papa, de no ser por alguna milagrosa y providencial intromisión. Y supongo que, todo el tiempo que yo pase en Roma, la policía me rondará de sitio en sitio, ya que me tiene por un personaje peligroso.

Hace un calor terrible en Civitavecchia. Las calles son muy estrechas y las casas sólidas, pesadas y altas, para protegerse del calor. Ésta es la primera ciudad italiana, de las que he visto, que parece no tener santo patrón. Supongo que ningún santo, a excepción de ese que se fue en el carro de fuego, podría soportar el clima.

Aquí no hay nada que ver. Ni siquiera tienen catedral, con once toneladas de

arzobispos de plata maciza en el almacén; y no te enseñan edificios mohosos que tienen siete mil años; ni pantallas de chimenea ahumadas que sean *chef d'oeuvres* de Rubens o Simpson, de Tiziano o de Ferguson, o de cualquiera de éstos; y no tienen ningún fragmento embotellado de santo, ni siquiera un mísero clavo de la Vera Cruz. Nos vamos a Roma. Aquí no hay nada que ver.

## XXVI

¿Qué es lo que produce el más noble de los placeres? ¿Qué es lo que hace que el pecho de un hombre se hinche de orgullo, más que cualquier otra experiencia? ¡El descubrimiento! Saber que camina por donde nadie más ha caminado; que ve lo que ningún otro ojo humano ha visto; que respira un aire virgen. Dar vida a una idea, descubrir un gran pensamiento, una pepita de oro intelectual, oculta bajo la tierra de un campo que muchos otros cerebros habían arado antes. Encontrar un planeta nuevo, inventar un nuevo tipo de bisagra, encontrar la forma de conseguir que los rayos transporten tus mensajes. Ser el *primero*, de eso se trata. Hacer algo, decir algo, ver algo, antes que todos los demás: ésas son las cosas que producen tal placer, que todos los demás placeres resultan sosos y habituales en comparación, y los éxtasis, vulgares y triviales. Morse, con su primer mensaje transportado por su sirviente, el rayo; Fulton, en ese eterno siglo de suspense, cuando colocó su mano sobre la válvula de admisión, y el barco de vapor se movió; Jenner, cuando su paciente inoculado con viruela vacuna, se paseó por los hospitales llenos de enfermos de viruela y salió indemne; Howe, cuando se le ocurrió la idea de que durante ciento veinte generaciones, el ojo de la aguja se había perforado en el extremo equivocado; el anónimo señor de las artes que aplicó su cincel en una edad antigua ya olvidada, y se recreó en el Laocoonte acabado; Daguerre, cuando le ordenó al sol, que estaba en su cénit, que reprodujese el paisaje sobre su insignificante placa de plata, y él le obedeció; Colón, en el obenquillo de la Pinta, cuando se sacó el sombrero ante un mar legendario y contempló un mundo desconocido. Ésos son los hombres que verdaderamente han vivido, que realmente han comprendido lo que es el placer, que han acumulado largas vidas de éxtasis en un único momento.

¿Qué hay en Roma que yo pueda ver y que los demás no hayan visto antes que yo? ¿Qué hay allí que yo pueda tocar y que los otros no hayan tocado? ¿Qué hay allí que yo pueda sentir, aprender, oír, saber, que me emocione antes de pasar a otros? ¿Qué puedo descubrir? Nada. Nada de nada. Uno de los encantos del viaje muere aquí. Pero ¿y si fuera romano? Si, además de mis dones, pudiese contar con la pereza del romano moderno, la superstición del romano moderno y la ilimitada ignorancia del romano moderno. ¡Qué sorprendentes mundos de maravillas insospechadas podría descubrir! Ah, si fuese un habitante de la Campania, a veinticinco millas de Roma. Entonces sí que viajaría.

Iría a América, vería, aprendería, volvería a la Campania y me presentaría ante mis paisanos en calidad de ilustre descubridor. Les diría:

«He visto un país que no tiene una Madre Iglesia que lo eclipsa todo, y sin embargo, la gente sobrevive. He visto un gobierno que nunca fue protegido por soldados extranjeros a un coste mayor que el necesario para mantener el propio gobierno. He visto hombres corrientes y mujeres normales que saben leer; incluso he visto leer libros a los hijos pequeños de los campesinos; si me atreviera a pensar que

me ibais a creer, os diría que también saben escribir. En las ciudades, he visto a la gente tomar una deliciosa bebida hecha de tiza y agua, pero ni una sola vez les vi conducir a las cabras a través de sus avenidas de Broadway o de Pennsylvania, ni de su calle Montgomery, para ordeñarlas a las puertas de las casas. He visto vidrio de verdad en las ventanas de las casas de las gentes más humildes. Algunas de esas casas no son de piedra, ni de ladrillo; juro solemnemente que son de madera. A veces, las casas se incendian y se queman... se queman por completo, sin que quede nada de ellas. Y puedo afirmar que eso es verdad, hasta en mi lecho de muerte. Y para demostrar que no se trata de algo tan extraño, asevero que tienen una cosa a la que llaman coche de bomberos, que vomita hacia delante grandes cantidades de agua y que siempre está preparada, de noche y de día, para salir corriendo a apagar el incendio de las casas que se queman. Podríamos pensar que con un solo coche bastaría, pero algunas grandes ciudades tienen cien; y contratan hombres, a los que pagan cada mes, para que no hagan otra cosa más que apagar incendios. Por determinada cantidad de dinero, otros hombres te aseguran que tu casa no se quemará nunca; y si se quema, te pagan.

»Hay cientos y miles de escuelas, a donde todo el mundo puede ir a aprender a ser listo, como los sacerdotes. En ese país tan especial, si un hombre rico muere en pecado, se condena; no puede comprar su salvación con dinero para misas. Allí de poco sirve ser rico. De poco en lo que se refiere al otro mundo, pero de mucho, de mucho mucho, en lo que se refiere a éste; porque allí, si un hombre es rico, recibe muchos honores y puede llegar a ser legislador, gobernador, general, senador, por muy burro e ignorante que sea: como en nuestra querida Italia los nobles ocupan los grandes puestos, aunque a veces hayan nacido idiotas nobles. Allí, si un hombre es rico, le hacen costosos regalos, lo invitan a fiestas, lo convidan a tomar bebidas complicadas; pero si es pobre y tiene deudas, lo obligan a hacer eso que ellos denominan “sentar cabeza”.

»Las mujeres se cambian de vestido casi cada día; el vestido suele ser bonito, pero de una forma absurda; la forma de las prendas y la manera de llevarlas cambia dos veces en cien años; y si no fuera porque temo que me tomen por un mentiroso extravagante, diría que cambia aun más a menudo. A las mujeres de América no les crece el pelo en la cabeza: se lo fabrican unos hombres muy ingeniosos en sus tiendas, y se lo rizan y ondulan de una forma escandalosa e impía. Algunas personas llevan unos cristales delante de los ojos, y ven con facilidad a través de ellos, o de lo contrario, no los usarían; y en las bocas de otros hay dientes fabricados por la mano sacrílega del hombre. El vestido masculino resulta ridículamente grotesco. En el día a día no llevan mosquete, ni bastones de punta afilada; no llevan amplias capas a rayas verdes; ni usan viseras de fieltro negro, ni polainas de cuero hasta la rodilla, ni bombachos de piel de cabra con el pelo hacia fuera, ni botas de suela claveteada, ni prodigiosas espuelas. Llevan un sombrero cónico al que llaman “barril de clavos”; un abrigo del negro más triste; una camisa en la que la suciedad se nota tan fácilmente

que ha de cambiarse cada mes, lo cual es una lata; una cosa que se llama pantalón y que se sujeta a los hombros con una correa, y en los pies usan unas botas de forma ridícula y que enseguida se desgastan. A pesar de vestir un atavío tan fantástico, osaron reírse de mi traje.

»En ese país, los libros son tan comunes que ver uno no es una novedad. Lo mismo ocurre con los periódicos. Tienen una máquina grande que imprime miles de ellos cada hora.

»Allí he visto hombres comunes —que no eran ni sacerdotes ni príncipes— y que poseían por completo la tierra que trabajaban. No se la alquilaban a la Iglesia, ni a los nobles. Y estoy dispuesto a jurarlo. En aquel país, uno puede caerse tres veces, o más, desde la ventana de un tercer piso sin aplastar ni a un soldado ni a un sacerdote. La escasez de tales elementos es impresionante. En las ciudades se ven doce civiles por cada soldado, e igual número por cada sacerdote o predicador.

»Allí tratan a los judíos como a seres humanos, en lugar de como a perros. Pueden dedicarse a lo que les apetezca; pueden vender mercancías de primera mano si lo desean; pueden poseer almacenes; pueden practicar la medicina entre los cristianos; hasta pueden estrechar la mano a los cristianos, si quieren; pueden asociarse con ellos, como un ser humano se asocia con otro; no tienen que permanecer aislados en un rincón de las ciudades; pueden elegir la zona de la ciudad en la que deseen vivir; se dice que incluso cuentan con el privilegio de comprar tierras y casas, y de convertirse en sus propietarios, aunque yo lo dudo; nunca han tenido que disputar carreras desnudos, con los burros, para agrandar a las gentes en el carnaval; allí los soldados nunca los han obligado a ir a misa los domingos para oír cómo los maldicen, a ellos y a su religión, con especial saña; hoy en día, en ese país tan curioso, el judío puede votar, ocupar un alto cargo, sí, subirse a un estrado en cualquier calle pública y expresar su opinión sobre el gobierno, si el gobierno no le convence. Ah, es maravilloso. Allí la gente corriente sabe mucho; hasta tienen la desfachatez de quejarse si no se creen bien gobernados, y de tomar el control y ayudar a dirigir el gobierno; si tuviesen leyes como las nuestras, que entregan como impuestos al gobierno un dólar de cada tres que produce una cosecha, ellos harían cambiar dicha ley: en lugar de pagar treinta y tres dólares de impuestos, por cada cien que reciben, se quejan si deben pagar siete.

»Son peculiares. Nunca saben cuando andan bien de dinero. Los curas mendicantes no merodean entre ellos cargados con cestas, pidiendo para la iglesia, y comiéndose su dinero. Casi nunca se ve a un ministro del evangelio andar por ahí descalzo, con un cesto, pidiendo para sobrevivir. En ese país, los predicadores no son como nuestras órdenes de frailes mendicantes: tienen dos o tres trajes distintos y a veces se lavan.

»En aquella tierra, hay montañas mucho más altas que los montes Albanos; la vasta Campania romana, unas cien millas de largo y cuarenta de ancho, es verdaderamente pequeña comparada con los Estados Unidos de América; el Tíber,



nuestro tan famoso río, que extiende su potente curso durante casi doscientas millas y que, en Roma, es tan ancho que un chaval a duras penas logra lanzar una piedra que llegue de una orilla a la otra, no es tan largo, ni tan ancho, como el Misisipi americano, ni el Ohio, ni siquiera como el Hudson.

»En América todos son mucho más listos y saben mucho más de lo que sabían sus abuelos. No aran con un palo afilado, ni siquiera con un bloque de madera con tres puntas que a duras penas araña la capa superior de la tierra. Nosotros lo hacemos, supongo, porque nuestros padres lo hacían, hace tres mil años. Pero esas gentes no veneran como nosotros a sus antepasados. Ellos aran con un arado que es una hoja de hierro curvada y afilada, y que se introduce casi quince centímetros en la tierra. Y eso no es todo. Cortan el grano con una máquina horrenda que siega un campo entero en un día. Si me atreviera, diría que a veces usan un arado blasfemo que funciona con fuego y con vapor y que desbroza un acre de terreno en una sola hora... pero... pero... veo por vuestros gestos que no creéis las cosas que os cuento. ¡Cielos! ¡He perdido mi honra y ahora me tachan de mentiroso!».

Por supuesto que hemos ido con frecuencia a la monstruosa Basílica de San Pedro. Yo ya conocía sus dimensiones. Sabía que se trataba de una estructura prodigiosa. Entendía que era casi tan larga como el Capitolio de Washington, unos doscientos veinticinco metros. Comprendía que de ancho alcanzaba los ciento diez metros, por lo que era más ancha que el Capitolio. Sabía que la cruz que corona la cúpula de la basílica se hallaba a ciento treinta y cinco metros por encima del suelo y que, por lo tanto, era alrededor de treinta o cuarenta metros más alta que la cúpula del Capitolio. Ésa era mi referencia. Deseaba hacerme una idea, lo más correcta posible, del aspecto que iba a tener; sentía curiosidad por ver si me equivocaba mucho. Y me equivoqué bastante. San Pedro no parecía tan grande como el Capitolio y, desde luego, ni una décima parte tan bonita, por fuera.

Cuando llegamos a la puerta y entramos en la iglesia, nos resultó imposible comprender que era un edificio muy grande. Tuve que pasar a cifras la comprensión de ese hecho. Tuve que saquear mis recuerdos en busca de más símiles. San Pedro es voluminosa. Su altura y su tamaño aparentan dos Capitolios de Washington, uno puesto encima del otro... si el Capitolio fuese más ancho; o dos manzanas (dos manzanas y media) de edificios normales puestas una encima de la otra. San Pedro era así de grande, pero ni podía ni quería aparentarlo. El problema era que todo lo que había en su interior y a su alrededor estaba hecho a tal escala de uniforme inmensidad, que no había contrastes por los que juzgar, sólo las personas, y ni las había visto. Eran insectos. Las estatuas de los niños que sostenían los recipientes de agua bendita eran inmensas, según las tablas de cifras, pero también lo era todo lo demás. Los mosaicos de la cúpula eran enormes, y estaban hechos con miles y miles de cubos de cristal tan grandes como la punta de mi meñique, pero las imágenes se veían homogéneas, de colores llamativos, y bien proporcionadas al tamaño de la cúpula. Evidentemente, la cosa cambiaría si nos pudiéramos acercar mucho a ellas.

Muy lejos, hacia el extremo de la iglesia (creí de verdad que estaba en el extremo opuesto, pero después descubrí que se encontraba en el centro) se levantaba esa cosa que llaman el *baldacchino*, una estructura piramidal, muy grande, de bronce, como esas que sostienen las mosquiteras. Sólo parecía el armazón de una cama, eso sí, considerablemente ampliado, pero nada más. Sin embargo, yo sabía que superaba bastante la altura de la mitad de las cataratas del Niágara. Lo eclipsaba una cúpula tan impresionante que su propia altura se veía despreciada. Fui incapaz de calcular las verdaderas dimensiones de los cuatro enormes pilares cuadrados que se yerguen equidistantes entre sí en la basílica y que soportan el techo, por más que intenté aplicar métodos comparativos. Sabía que la cara de cada uno de ellos tenía, más o menos, el ancho de la fachada de una residencia muy grande (entre quince y veinte metros), y que eran el doble de altos que un edificio normal de tres plantas, pero seguían pareciendo pequeños. Utilicé todos los métodos que se me ocurrieron para obligarme a comprender lo grande que era San Pedro, pero con poco éxito. El retrato, hecho en mosaico, de un apóstol que escribía con una pluma de dos metros de largo, parecía estar a escala natural.

Pero, después de un rato, empezó a llamarme la atención la gente. Situarse en la puerta de San Pedro y mirar hacia los hombres que están en la otra esquina, a dos manzanas de distancia, provoca en ellos un efecto reductor; rodeados por las pinturas y estatuas prodigiosas, y perdidos en tan vastos espacios, parecen mucho más pequeños de lo que lo harían si se hallasen a dos manzanas de distancia, pero a cielo abierto. Calculé la medida de un hombre cuando pasó por mi lado, y lo observé mientras vagaba junto al baldaquino y más allá: lo vi quedar reducido al tamaño de un insignificante colegial y luego, en medio del silencioso gentío de pigmeos humanos que se deslizaba junto a él, lo perdí. Hacía poco que habían decorado la iglesia, en ocasión de una gran ceremonia en honor de San Pedro, y ahora había hombres que se ocupaban de retirar las flores y los papeles dorados de las paredes y las columnas. Como no había escaleras que llegasen tan alto, los hombres se descolgaban desde las balaustradas y los capiteles de las columnas atados con cuerdas, y así hacían su trabajo. La galería superior, que rodea la extensión interior de la cúpula, se halla a setenta y cinco metros del suelo de la basílica: muy pocos campanarios de América podrían llegar hasta ella. Los visitantes siempre suben hasta allí para mirar hacia abajo, hacia el interior de la basílica, porque desde ese punto resulta más fácil hacerse una idea de las alturas y las distancias que hay. Mientras estábamos en el suelo, uno de los trabajadores se dejó caer desde esa galería atado a una larga cuerda. Yo nunca habría imaginado que un hombre podía parecerse tanto a una araña. De tamaño era insignificante, y la cuerda parecía un hilo. Al ver el poco espacio que ocupaba, pude creer la historia según la que, en una ocasión, diez mil soldados acudieron a San Pedro a escuchar misa y su oficial al mando, que llegó después, al no encontrarlos, supuso que aún no habían llegado. Pero estaban en la basílica, claro que sí, estaban en una de las naves laterales del crucero. Casi cincuenta

mil personas se reunieron en San Pedro para escuchar la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Se calcula que en la planta de la basílica caben sentadas... un gran número de personas; he olvidado la cifra exacta. Pero da igual, vale cualquier cifra descomunal.

En San Pedro hay doce columnas pequeñas, que proceden del templo del rey Salomón. También tienen —lo que me resultó mucho más interesante— un trozo de la Vera Cruz, y algunos clavos, y un pedazo de la corona de espinas.

Por supuesto que subimos a lo más alto de la cúpula, y por descontado que ascendimos a la bola de cobre dorado que la corona. Allí cabían doce personas, un poco apretadas, y hacía tanto calor como si estuviésemos en un horno. Algunas de esas personas que tan aficionadas son a escribir sus nombres en lugares prominentes han estado allí antes que nosotros: un millón o dos, diría yo. Desde la cúpula de San Pedro se pueden ver todos los objetos notables de Roma, desde el Castillo de San Angelo, al Coliseo. Se distinguen las siete colinas sobre las que se asienta Roma. Se puede ver el Tíber y las inmediaciones del puente que Horacio defendió «en los valerosos tiempos pasados» <sup>[26]</sup>, cuando Lars Porsena intentó cruzarlo con sus huestes invasoras. Se aprecia el lugar donde los Horacios y los Curiacios lucharon su famosa batalla. Se divisa la amplia y verde Campania, que se extiende en dirección a las montañas, con sus arcos dispersos y sus acueductos en ruinas, todos de los viejos tiempos, tan pintorescos en su gris decadencia y tan delicadamente festoneados de vides. Se perciben los montes Albanos, los Apeninos, los Sabinos y el azul Mediterráneo. Se advierte un panorama variado, extenso, atractivo y más ilustre, históricamente, que ningún otro de Europa. A nuestros pies se extienden los restos de una ciudad que llegó a tener una población de cuatro millones de almas; y entre sus edificios apilados se levantan las ruinas de los templos, de las columnas y de los arcos de triunfo que conocieron a los Césares, y el momento álgido del esplendor romano; y junto a ellos, con su fuerza intacta, un alcantarillado de pesada mampostería llena de arcos que perteneció a esa ciudad, aún más antigua, que ya existía antes de que Rómulo y Remo hubiesen nacido o de que alguien pensara en Roma. La vía Apia sigue aquí, con un aspecto muy similar al que tendría, seguramente, cuando las procesiones triunfales de los emperadores la recorrían en otros tiempos, con los príncipes encadenados traídos de los confines de la tierra. No se puede ver el gran despliegue de cuadrigas y de hombres cubiertos de cota de malla y cargados con el botín de la conquista, pero podemos imaginarnos el desfile, más o menos.

Se pueden observar muchos objetos de interés desde la cúpula de San Pedro, sí; y por último, casi a nuestros pies, nuestros ojos se posan sobre el edificio que albergó a la Inquisición. ¡Cómo han cambiado las cosas entre los viejos tiempos y los modernos! Hace cosa de diecisiete o dieciocho siglos, los romanos ignorantes eran dados a echar a los cristianos a la arena del Coliseo, que está un poco más allá, y soltar a las bestias salvajes después, como espectáculo. También era algo didáctico: la

gente debía aprender a aborrecer y temer la nueva doctrina que enseñaban los seguidores de Cristo. Las bestias destrozaban a sus víctimas, les arrancaban los miembros uno a uno y los dejaban mutilados en un abrir y cerrar de ojos. Pero cuando los cristianos llegaron al poder, cuando la Santa Madre Iglesia se convirtió en la señora de los bárbaros, les enseñó lo equivocado de su conducta sin utilizar semejantes métodos. No. Ella los dejó en manos de la grata Inquisición y les mostró al Santísimo Redentor, que tan bueno y tan misericordioso era con todos los hombres, y ellos instaron a los bárbaros a que lo amasen; e hicieron todo lo posible para convencerlos de que lo amasen y lo honrasen: primero dislocándoles los pulgares con la empulguera; después pellizcándoles la carne con unas tenazas... al rojo vivo, porque resultan más acogedoras cuando hace frío; luego despellejándolos vivos un poco y, por último, quemándolos en público. Siempre convencían a los bárbaros. La religión verdadera, adecuadamente administrada, como la Santa Madre Iglesia solía administrarla, resulta muy muy tranquilizadora. También es maravillosamente persuasiva. Existe una gran diferencia entre echar a unos tipos a los leones y despertar sus mejores sentimientos con la Inquisición. El primero es un sistema propio de bárbaros degenerados, y el segundo de gentes civilizadas e ilustradas. Es una gran pena que la juguetona Inquisición ya no exista.

Prefiero no describir la Basílica de San Pedro. Eso ya lo han hecho antes. Las cenizas de Pedro, el discípulo del Salvador, reposan en una cripta bajo el baldaquino. Permanecimos, reverentes, de pie en aquel lugar; lo mismo hicimos en la cárcel Mamertina, donde lo tuvieron encerrado, donde convirtió a los soldados, y donde, según cuenta la tradición, hizo que fluyera un torrente de agua para poder bautizarlos. Pero cuando nos mostraron la huella del rostro de Pedro en la dura piedra del muro de la cárcel y nos dijeron que la había hecho al caerse contra la pared, dudamos. También, cuando el monje de la iglesia de San Sebastián nos mostró una losa con dos grandes pisadas y nos dijo que las habían hecho los pies de Pedro, nos volvió a fallar la confianza. Esas cosas no impresionan. El monje dijo que unos ángeles habían liberado a Pedro de su prisión por la noche, y que éste comenzó a alejarse de Roma por la vía Apia. El Salvador se reunió con él y le mandó regresar, cosa que hizo. Pedro dejó esas huellas en la piedra sobre la que estaba de pie en ese momento. Nadie nos dijo cómo se habían enterado de a quién pertenecían las pisadas, ya que la reunión se produjo en secreto y por la noche. La huella que su rostro había dejado en la cárcel era la de un hombre de tamaño normal; las pisadas eran de un hombre que debía medir entre tres y cuatro metros. Esa discrepancia confirmó nuestro descreimiento.

Necesariamente visitamos el Foro, donde asesinaron a César, y también la roca Tarpeya. Vimos el Gladiador Moribundo en el Capitolio, y creo que hasta nosotros apreciamos esa maravilla del arte; quizás tanto como esa espantosa historia contada en mármol, en el Vaticano, la de Laocoonte. Y después, el Coliseo.

Todo el mundo ha visto la imagen del Coliseo; todo el mundo reconoce enseguida

esa sombrerera «con ventanas y recodos pronunciados» a la que le han arrancado un lado de un mordisco. Como está bastante aislado, luce más que cualquier otro de los monumentos de la antigua Roma. Hasta el hermoso Panteón, cuyos altares paganos sostienen ahora la cruz, y cuya Venus, engalanada con baratijas consagradas, cumple, reacia, los deberes de la Virgen María, está rodeado de casuchas cochambrosas que deslucen, tristemente, su majestuosidad. Pero el monarca de todas las ruinas europeas, el Coliseo, mantiene esa reserva y real retiro que son propios de la majestad. Las malas hierbas y las flores surgen entre sus arcos macizos y sus gradas circulares, y las enredaderas dejan colgar sus flecos desde los altísimos muros. Un silencio impresionante se cierne sobre la monstruosa estructura, en la que multitudes de hombres y mujeres solían reunirse en tiempos pasados. Las mariposas han ocupado el lugar de las reinas de la belleza y de la moda de hace dieciocho siglos, y los lagartos se asolean en el sagrado trono del emperador. Más vívidamente que todas las crónicas escritas, el Coliseo nos cuenta la historia de la grandeza de Roma y la de su decadencia. Y constituye el ejemplo más meritorio de esos dos tipos de historia. Si nos movemos por la Roma actual, podría resultarnos difícil creer en su antigua magnificencia y en sus millones de habitantes; pero con la persistente evidencia frente a nuestros ojos de que se vio obligada a contar con un teatro en el que cupieran ochenta mil personas sentadas, y veinte mil más de pie, con el fin de acomodar a aquellos de sus ciudadanos que necesitaban divertirse, el convencimiento es más fácil. El Coliseo mide casi quinientos metros de largo, doscientos treinta de ancho y cincuenta de alto. Tiene forma oval.

En América les sacamos provecho a los convictos, a la vez que los condenamos por los delitos cometidos. Los subcontratamos y los obligamos a ganar dinero para el estado, fabricando barriles y construyendo carreteras. Así combinamos los negocios con el castigo, y todo marcha bien. Pero en la antigua Roma combinaban el deber religioso con el placer. Como resultaba necesario exterminar a la nueva secta de los Cristianos, consideraron buena idea hacer que el estado se beneficiase del asunto, a la vez que entretenía al pueblo. Además de los combates de gladiadores y otros espectáculos, a veces arrojaban algunos miembros de la odiada secta a la arena del Coliseo y les soltaban animales salvajes. Se calcula que setenta mil cristianos sufrieron martirio en este lugar. Eso ha convertido al Coliseo en un lugar sagrado a los ojos de los seguidores del Salvador. Y ya puede: porque si la cadena que retuvo a un santo, y las pisadas que un santo dejó sobre una piedra que pisó por casualidad, son sagradas, sin duda el sitio donde un hombre entregó la vida por su fe, es sagrado también.

Hace diecisiete o dieciocho siglos, este Coliseo era el teatro de Roma, y Roma era la dueña del mundo. Aquí se realizaban espléndidos desfiles en presencia del emperador, los grandes ministros de estado, los nobles, y multitudinarias audiencias formadas por ciudadanos de menor importancia. Los gladiadores luchaban contra otros gladiadores y, a veces, con los prisioneros de guerra llegados de tierras muy

lejanas. Era el teatro de Roma, del mundo, y el hombre de moda que no podía dejar caer, de manera casual y no intencionada, algo sobre «mi palco privado en el Coliseo», no podía moverse en los círculos más importantes. Cuando el mercader de tejidos deseaba que el dueño de la tienda de comestibles de la esquina se muriese de envidia, reservaba entradas en primera fila y se encargaba de que se supiera. Cuando el irresistible dependiente de la mercería deseaba arruinar y destruir, según su instinto natural, se ponía sus mejores galas, sin reparar en gastos, y se llevaba a la chica de otro al Coliseo; y luego acentuaba la afrenta embutiéndola de helado en los descansos, o acercándose a la jaula y provocando a los mártires con su bastón de barba de ballena, para solaz de la joven. El petimetre romano se hallaba en su elemento sólo cuando se apoyaba en una columna y se toqueteaba el bigote, ignorante de las damas; cuando observaba los sangrientos combates con unos prismáticos que medían cinco centímetros de largo; cuando suscitaba la envidia de los provincianos haciendo críticas que demostraban que había asistido al Coliseo una y otra vez, y que hacía mucho que había dejado de ser para él una novedad; cuando se daba la vuelta bostezando y decía:

—¡Ése, una estrella! Maneja su espada como un aprendiz de bandido. Es posible que en el campo lo admitan, pero no está al nivel de la metrópolis.

Dichoso era el contrabandista que tenía un asiento en el patio de butacas para la *matinée* del sábado, y feliz el chico de la calle romano que se comía sus cacahuetes y se burlaba de los gladiadores desde el vertiginoso gallinero.

A mí se me reservaba el gran honor de descubrir, entre la basura del destrozado Coliseo, el único cartel anunciador de dicho establecimiento que se conserva. Aún mantenía un sugerente olor a gotas de menta, era evidente que alguien había mordisqueado una de sus esquinas, y en el margen, en un selecto latín, una delicada mano femenina había escrito lo siguiente:

*Reúnete conmigo en la roca Tarpeya mañana al anochecer, a las siete en punto. Mamá se ausentará para visitar a unas amigas en los montes Sabinos.*

CLAUDIA.

¡Ah! ¿Dónde estará ahora ese joven afortunado, y dónde la pequeña mano que escribió tan delicadas líneas? ¡Serán polvo y cenizas desde hace mil setecientos años! Esto es lo que dice el cartel:

*EL COLISEO ROMANO.*

*¡UNA ATRACCIÓN SIN PRECEDENTES!*

*¡NUEVOS ACCESORIOS! ¡NUEVOS LEONES! ¡NUEVOS*

## GLADIADORES!

*Combate del famoso ¡MARCO MARCELO VALERIANO!*

*¡SÓLO DURANTE SEIS NOCHES!*

*La dirección solicita permiso para ofrecer al público un espectáculo que sobrepasa en magnificencia a todo lo que se ha intentado, hasta ahora, sobre cualquier escenario. No se ha reparado en gastos para hacer que la temporada de estreno sea merecedora de la generosa clientela que coronará —y esto la dirección no lo duda— los esfuerzos realizados por la misma. La dirección solicita permiso para afirmar que ha conseguido los servicios de ¡EL MEJOR DE LOS ELENÇOS!, de calibre tal, que en Roma no se ha visto nada parecido.*

*La representación dará comienzo esta noche con un ¡GRAN COMBATE DE SABLES!, entre dos jóvenes y prometedores aficionados y un famoso gladiador parto, que acaba de llegar, prisionero, del campamento de Vero.*

*A esto le seguirá un grandioso ¡COMBATE CON HACHAS DE GUERRA! ¡CON LA MANO IZQUIERDA!, entre el famoso Valeriano (con una mano atada a la espalda), y dos gigantes salvajes de Bretaña.*

*—Después, el célebre Valeriano (si sobrevive) luchará con el sable, ¡CON LA MANO IZQUIERDA!*

*¡Contra seis estudiantes de segundo curso y un novato de primero del Colegio de Gladiadores!*

*Luego vendrá una larga serie de brillantes encuentros, en los que participará el mayor talento del Imperio.*

*A continuación, el notorio Niño Prodigio conocido como «EL JOVEN AQUILES», combatirá con cuatro cachorros de tigre, ¡armado tan sólo con su pequeña lanza!*

*Todo ello concluirá con una casta y elegante ¡MATANZA GENERAL!, durante la que trece leones africanos y veintidós prisioneros bárbaros pelearán entre sí hasta que queden todos exterminados.*

## *LAS TAQUILLAS YA ESTÁN ABIERTAS*

*Platea, un dólar; niños y criados, a mitad de precio.*

*Un eficaz cuerpo policial estará preparado para mantener el orden y evitar que los animales salvajes salten por encima de las barandillas y molesten al público.*

*Las puertas se abrirán a las 7; la representación dará comienzo a las 8. NO INSISTAN, NADIE ENTRARÁ GRATIS.*

*Impreso por Diodoro.*

Resultó curioso, a la par que agradable, que tuviese yo también la suerte de encontrar, entre la basura del estadio, una copia manchada y mutilada del *Diario Romano del Hacha de Guerra*, que contenía una crítica sobre esa misma representación. Viene a mis manos unos cuantos siglos tarde como para que la califique de noticia, por lo que la traduzco y la publico simplemente para demostrar lo poco que ha cambiado el estilo general y la fraseología de la crítica teatral, en los siglos que se han arrastrado lentamente desde que los repartidores dejaron ésta — recién salida de la prensa— ante sus amos romanos:

## *TEMPORADA DE ESTRENOS*

### *EL COLISEO*

*A pesar de las inclemencias del tiempo, un buen número de los representantes de la crema y nata de la ciudad se reunieron anoche para presenciar el debut, sobre los escenarios metropolitanos, del joven actor trágico que tan buenas opiniones ha cosechado últimamente en los anfiteatros de provincias. Había alrededor de sesenta mil personas y, de no ser porque las calles estaban casi intransitables, es de suponer que el aforo se habría completado. Su augusta majestad, el emperador Aurelio, ocupó el palco imperial, y fue el blanco de todas las miradas. Muchos nobles y generales ilustres del Imperio honraron la ocasión con su presencia y, entre ellos, no era quien menos destacaba el joven teniente patricio cuyos laureles, ganados en las filas de la «Legio Fulminatrix» siguen aún verdes sobre su frente. ¡La ovación que recibió a su llegada se oyó al otro lado del Tíber!*

*Los últimos arreglos y cambios en la decoración han renovado tanto la belleza como la comodidad del Coliseo. Los nuevos cojines son una*



*mejora en comparación con los duros asientos de mármol a los que estábamos acostumbrados. La actual dirección merece que el público la trate bien. Le ha devuelto al Coliseo los dorados, la rica tapicería y la magnificencia uniforme de la que Roma estaba tan orgullosa hace cincuenta años, como nos cuentan los ancianos que frecuentaban el Coliseo.*

*El número que abrió la representación de anoche —el combate de sable entre dos jóvenes aficionados y un famoso gladiador parto, al que habían enviado aquí en calidad de prisionero— estuvo muy bien. El mayor de los dos jóvenes caballeros manejaba su arma con una elegancia que indicaba el extraordinario talento que poseía. Su finta, seguida al instante por un golpe felizmente propinado que dejó sin casco al parto, fue recibida con un fuerte aplauso. No estaba muy ducho en el golpe del revés, pero a sus numerosos amigos les resultó gratificante saber que, con el tiempo y la práctica, podría haber superado ese defecto. Sin embargo, lo mataron. Sus hermanas, que estaban presentes, expresaron una tristeza considerable. Su madre abandonó el Coliseo. El otro joven continuó el combate con tantas ganas que arrancó entusiastas aplausos. Cuando, al final, cayó cadáver, su anciana madre salió corriendo y gritando, con el cabello desaliñado, deshecha en lágrimas, y se desmayó en el momento justo en el que sus manos se agarraban a las barandillas que impiden el acceso a la arena. La policía se la llevó enseguida. Dadas las circunstancias, es posible que el comportamiento de la mujer resultase perdonable, pero nosotros sugerimos que semejantes exhibiciones interfieren con el decoro que debería mostrarse durante las representaciones, y son terriblemente impropias en presencia del emperador. El prisionero parto luchó valientemente y muy bien; como era de esperar, ya que luchaba por su vida y su libertad. Su esposa e hijos estaban presentes para templar su brazo con su amor, y para hacerle pensar en el hogar al que volvería si ganaba. Cuando el segundo contrincante cayó, la mujer acercó a sus hijos contra su pecho y lloró de alegría. Pero fue sólo una felicidad pasajera. El cautivo se acercó a ella tambaleante, y la mujer pudo ver que la libertad que había ganado llegaba demasiado tarde. Estaba herido de muerte. Así, el primer acto acabó de manera plenamente satisfactoria. Hicieron salir a saludar al gerente, quien dio las gracias por el honor que se le hacía, con un discurso repleto de ingenio y humor que cerró con la esperanza de que sus humildes esfuerzos por proporcionar un entretenimiento alegre e instructivo continuasen contando con la aprobación del público romano.*

*Por fin apareció la estrella, a la que recibieron con vehementes*

aplausos y sesenta mil pañuelos agitados al unísono. Marco Marcelo Valeriano (nombre artístico. Su verdadero nombre es Smith), es un espléndido espécimen de desarrollo físico, y un artista de mérito muy especial. Su manejo del hacha de batalla es maravilloso. Su alegría y carácter juguetón resultan irresistibles, en las partes cómicas, y aún así son inferiores a sus sublimes concepciones en el solemne ámbito de la tragedia. Cuando su hacha describía exaltados círculos sobre las cabezas de los desconcertados bárbaros, en exacta conjunción con los giros que daba su cuerpo y los brincos de sus piernas, la audiencia se entregó a unos ataques de risa incontrolables; pero cuando con el dorso de su arma le rompió el cráneo a uno y, casi al mismo tiempo, con el filo partió el cuerpo de otro en dos, el aullido de aplauso entusiasta que estremeció al recinto entero supuso el reconocimiento, por parte de una reunión de críticos, de que era un maestro del departamento más noble de su profesión. Si tiene un fallo (y sentimos mucho siquiera insinuar que lo tiene), es el de mirar al público en medio de los momentos más emocionantes de la representación, como si buscara el ser admirado. Detener la lucha para saludar cuando se le arrojan flores, también es de mal gusto. En el grandioso combate con la mano izquierda, pareció pasarse la mitad del tiempo mirando al público, en lugar de trinchando a sus contrincantes; y cuando ya había matado a todos los alumnos de segundo y se demoraba con el novato, se detuvo para coger una flor en el momento en el que caía, y se la ofreció a su adversario, justo cuando descendía un golpe que prometía convertirse en su orden de ejecución. Semejante frivolidad resultará bastante apropiada en provincias, no lo dudamos, pero no es nada adecuada a la dignidad de la metrópolis. Confiamos en que nuestro joven amigo se tome a bien estos comentarios, porque sinceramente los hacemos pensando en su beneficio. Todos los que nos conocen saben que, aunque a veces somos mercedamente severos con los tigres y los mártires, nunca ofendemos intencionadamente a un gladiador.

El Niño Prodigio hizo maravillas. Fue muy superior a sus cuatro cachorros de tigre, sin más daño que haber perdido parte de su cuero cabelludo. La Matanza General se representó con una exactitud en los detalles que hace merecedores del mayor reconocimiento a sus difuntos participantes.

En general, la representación de anoche aportó honor, no sólo a la dirección, sino también a la ciudad que anima y mantiene un entretenimiento tan sano e instructivo. Sencillamente sugerimos que la costumbre que esos jóvenes vulgares del gallinero tienen de apuntar a los

*tigres con los cacahuetes y con bolitas de papel, de decir «¡Chaval!», de manifestar su aprobación o insatisfacción por medio de comentarios tipo «¡Bravo por el león!». «¡Ánimo, Gladis!». «¡Pírate!». «¡Que hable!». «¡Date una vuelta por ahí, hombre!» y cosas similares, resulta extremadamente censurable cuando está presente el emperador, y la policía debería ponerle fin. Anoche, en varias ocasiones, cuando los figurantes entraron en la arena para retirar los cuerpos, los jóvenes rufianes del gallinero gritaron: «¡Tongo! ¡Tongo!» y también «¡Oh, qué pelaje!» y «¿Por qué no les almohadilláis las patas?» y utilizaron algunas afirmaciones más que expresaban escarnio. Esas cosas son muy molestas para el público.*

*Para esta tarde prometen una representación especial para los pequeños, en la que los tigres se comerán a varios mártires. La representación habitual continuará todas las noches hasta nuevo aviso. Cada día se producirá un considerable cambio en el programa. Homenaje a Valeriano el martes día 29, si es que vive.*

Yo he sido crítico teatral, en mis tiempos, y a menudo me sorprendió comprobar que yo sabía más sobre Hamlet que Forrest <sup>[27]</sup>; y ahora me resulta gratificante observar que mis hermanos de la antigüedad sabían cómo se debía luchar con el sable mejor que los gladiadores. 27

## XXVII

**Y**hasta aquí, todo bien. Si hay alguien con derecho a sentirse orgulloso de sí mismo, sin duda, soy yo. Porque he escrito acerca del Coliseo, de los gladiadores, los mártires, y los leones, y ni una sola vez he utilizado la frase: «Masacrado para alegría de Roma» [28]. Soy el único hombre blanco de edad madura que lo ha conseguido desde que Byron acuñó la expresión.

Masacrado para alegría de Roma suena bien las primeras mil setecientas o mil ochocientas veces que uno lo ve escrito, pero después, empieza a resultar pesado. Es una frase que me encuentro en todos los libros que hablan de Roma, y últimamente, aquí, me recuerda al juez Oliver. Oliver era un joven abogado que acababa de terminar sus estudios y que se fue a los desiertos de Nevada a comenzar una nueva vida. Se encontró con que aquel país, y la forma de vivir allí en aquellos tiempos, no tenía nada que ver con la vida que se llevaba en Nueva Inglaterra o París. Pero se puso una camisa de lana y se sujetó al cuerpo un revólver, se acostumbró al tocino con habas del país y se decidió a hacer en Nevada lo que veía hacer a los de allí. Oliver aceptó la situación de forma tan absoluta que, aunque debió de sufrir y pasarlo mal en muchas ocasiones, jamás se quejó. Bueno, jamás se quejó, a excepción de una vez. Él, dos más y yo nos dirigimos hacia las nuevas minas de plata de las montañas Humboldt: él para ser notario del condado de Humboldt y los demás para trabajar en las minas. La distancia a recorrer era de doscientas millas, en pleno invierno. Compramos una carreta de dos caballos y la cargamos con ochocientos kilos de tocino, harina, habas, pólvora, picos y palas; compramos dos pencos mexicanos, de aspecto lamentable, con el pelo al revés y más esquinas en sus cuerpos de las que hay en la mezquita de Omar; enganchamos los caballos y nos pusimos en marcha. Fue un viaje espantoso. Pero Oliver no se quejó. Los caballos arrastraron la carreta durante dos millas y después se rindieron. Nosotros tres empujamos la carreta siete millas, y Oliver se fue adelante y tiraba de los caballos por los bocados. Nosotros nos quejamos, pero Oliver no. El suelo estaba helado, y nos helaba las espaldas mientras dormíamos; el viento nos soplaba en el rostro y nos helaba la nariz. Oliver no se quejó. Cinco jornadas empujando la carreta de día y congelándonos por la noche nos llevaron a la peor parte del viaje: el Desierto de las Cuarenta Millas, o el Gran Desierto Americano, si lo prefieren ustedes. Y aquel hombre, que tan delicado había sido, seguía sin quejarse. Empezamos a cruzarlo a las ocho de la mañana, atravesando unas arenas que parecían no tener fin; avanzando con dificultad durante todo el día junto a los restos de miles de carretas, y a los esqueletos de diez mil bueyes; junto a tantas ruedas de carreta que bastarían para cubrir con ellas, hasta arriba, el Monumento a Washington, y cadenas de bueyes suficientes como para ceñir Long Island; junto a tumbas humanas; siempre con las gargantas reseca, siempre con sed; con los labios sangrando debido al polvo alcalino; hambrientos, sudorosos, y muy

muy cansados: tanto que, cuando nos dejábamos caer en la arena cada cincuenta metros para descansar a los caballos, casi no podíamos evitar quedarnos dormidos. Y ninguna queja de Oliver: ninguna a la madrugada siguiente, a las tres, cuando conseguimos cruzarlo entero, muertos de cansancio.

Dos o tres noches después, nos hallábamos en un estrecho cañón cuando, a medianoche, nos despertó la nieve que caía sobre nuestros rostros. Espantados por el peligro inminente de que la nieve nos dejase aislados, enganchamos los caballos y continuamos camino hasta las ocho de la mañana, cuando pasamos la línea divisoria y supimos que nos hallábamos a salvo. Ninguna queja. Quince días de fatigas y penalidades nos llevaron al final de las doscientas millas, y el juez no se había quejado. Nos preguntábamos si habría alguna cosa capaz de exasperarlo. Construimos una casa típica de Humboldt. Se hace de la siguiente manera: se cava un cuadrado en la empinada base de la montaña, se levantan dos montantes y se cubren con dos vigas. Después se extiende una gran lona de algodón casero, desde el punto en el que las vigas se unen con la ladera, por encima de las vigas y hasta el suelo; así se hacen el techo y la fachada de la mansión; los laterales y la parte de atrás son los muros de tierra que se ha sacado al cavar. La chimenea se hace sin problemas, sólo hay que levantar una esquina del tejado. Oliver estaba una noche sentado, solo, en tan deprimente tienda, junto a un fuego de artemisa, escribiendo poesía; le encantaba buscar la poesía en su interior, o hacerla salir a tortas, cuando se ponía boba. Oyó las pisadas de un animal cerca del techo; una o dos piedras y un poco de tierra cayeron junto a él. Se empezó a poner nervioso y, de vez en cuando, decía: «Oiga, aléjese de ahí, por favor». Pero poco a poco se fue quedando dormido donde estaba sentado, y de repente una mula se desplomó por la chimenea. El fuego salió disparado en todas las direcciones, y Oliver se cayó de espaldas. Unas diez noches después, Oliver recuperó la suficiente confianza como para volver a escribir poesía. Otra vez se quedó dormido y la mula se cayó de nuevo por la chimenea. En esta ocasión, más o menos la mitad de ese lado de la casa se vino abajo con la mula. Al esforzarse por ponerse en pie, la mula le dio una coz a la vela, destrozó la mayor parte de los utensilios de cocina y lo llenó todo de polvo. Esos despertares tan violentos debieron resultarle muy molestos a Oliver, pero nunca se quejó. Se mudó a una mansión situada en el lado opuesto del cañón, porque se había fijado en que las mulas no iban allí. Una noche, alrededor de las ocho, se esforzaba por terminar su poema, cuando una piedra entró rodando, después se vio una pezuña asomar por debajo de la lona, y luego parte de la vaca, la trasera. Él retrocedió asustado y gritó: «¡Eh, eh! ¡Fuera de aquí!», y la vaca luchó valientemente —perdió pie enseguida—, la tierra y el polvo cayeron a raudales y, antes de que Oliver pudiera salir pitando, la vaca entera atravesó el techo de lona, cayó sobre la mesa y lo dejó todo hecho un desastre.

Y entonces, por primera vez en su vida, creo yo, Oliver se quejó. Dijo:

—*¡Esto empieza a resultar monótono!*

Dimitió de su cargo y se marchó del condado de Humboldt. «Masacrado para

alegría de Roma» se me ha hecho monótono a mí.

Y ya puestos, deseo decir unas palabras acerca de Miguel Ángel Buonarroti. Yo solía reverenciar el grandioso genio de Miguel Ángel —ese hombre que sobresalía en poesía, pintura, escultura, arquitectura— en todo aquello a lo que se dedicara. Pero no quiero que me pongan a Miguel Ángel para desayunar, para almorzar, para comer, a la hora del té, para cenar y para picar entre horas. De vez en cuando me gusta variar. En Génova, lo diseñó todo; en Milán, él o sus pupilos lo diseñaron todo; diseñó el lago de Como; en Padua, Verona, Venecia, Bolonia, ¿de quién nos hablaron siempre los guías, si no era de Miguel Ángel? En Florencia, lo pintó todo, lo diseñó todo, o casi, y lo que no diseñó, se sentaba en su piedra favorita, y se quedaba mirándolo: y nos enseñaron la piedra. En Pisa, lo diseñó todo, excepto la vieja torre destrozada, y también se la habrían atribuido si no hubiese estado tan horriblemente desviada de la perpendicular. Diseñó los muelles de Livorno, y la normativa de la Aduana de Civitavecchia. Pero aquí, aquí es aterrador. Diseñó San Pedro; diseñó al Papa; diseñó el Panteón, los uniformes de los soldados del Papa, el Tíber, el Vaticano, el Coliseo, el Capitolio, la roca Tarpeya, el Palacio Barberini, San Juan de Letrán; la Campania, la Vía Apia, las Siete Colinas, las Termas de Caracalla, el Acueducto de Claudio, la Cloaca Máxima; el pelma eterno diseñó la Ciudad Eterna y, a menos que todos los hombres y todos los libros mientan, pintó todo lo que hay en ella. En una de éstas, le dijo Dan al guía:

—¡Basta, basta, basta! ¡No me diga más! ¡Confiéselo de una vez! ¡Diga que el Creador hizo Italia siguiendo los diseños de Miguel Ángel!

Nunca me había sentido tan fervientemente agradecido, tan en calma, tan tranquilo, tan repleto de paz bendita, como ayer, cuando me enteré de que Miguel Ángel estaba muerto.

Pero se lo hemos arrancado al guía. Nos ha arrastrado a través de millas y millas de pintura y escultura, en los vastos corredores del Vaticano; y a través de millas y millas de pintura y escultura en veinte palacios más; nos ha mostrado la gran obra de la Capilla Sixtina, y bastantes frescos como para refrescar el mismo cielo: casi todo hecho por Miguel Ángel. Y con él hemos jugado a eso con lo que hemos vencido a tantos guías: la imbecilidad y las preguntas idiotas. Esas criaturas jamás sospechan, no tienen ni idea de lo que es el sarcasmo. Nos muestra una figura y dice:

—Estatu di bronche. (Estatua de bronce).

La miramos con indiferencia y el doctor pregunta:

—¿De Miguel Ángel?

—No, no sapere de quién.

Luego nos muestra el antiguo Foro romano. El doctor pregunta:

—¿Miguel Ángel?

El guía lo mira fijamente:

—No, mil años antes de nacer lui.

Luego un obelisco egipcio. Otra vez:

—¿Miguel Ángel?

—*¡Oh, mon dieu, cavalieri! ¡Ser dos mil años antes de lui nacer!*

A veces se cansa tanto de esa incesante pregunta, que teme mostrarnos cualquier cosa, lo que sea. El pobre ha intentado, de todas las maneras posibles, hacernos comprender que Miguel Ángel sólo es responsable de la creación de una parte del mundo, pero aún no lo ha conseguido. Y es que resulta necesario liberar a los ojos y al cerebro, agobiados en exceso, del estudio y de las visitas turísticas, o todos nos volveremos tontos en poco tiempo. Así que el guía debe continuar sufriendo. Si no se divierte, peor para él. Nosotros sí nos divertimos.

Y creo que ahora es buen momento para hacer un inciso relativo a esos incordios necesarios: los guías europeos. Muchos han deseado, en el fondo de su corazón, arreglárselas sin su guía; pero al ver que es imposible, deciden divertirse un poco con él, a modo de retribución por las molestias que les causa su compañía. Nosotros tuvimos éxito en este último empeño, y si nuestra experiencia puede resultarle útil a otros, adelante, que la aprovechen.

Los guías saben bastante inglés como para liarlo todo de tal forma que sea imposible entender nada. Se aprenden su rollo de memoria: la historia de cada estatua, cuadro, catedral o cualquier otra maravilla que nos muestren. Se la saben y la cuentan como lo haría un loro; y si se les interrumpe y se les hace descarrilar, tienen que volver atrás y empezar de nuevo. Durante toda su vida los contratan para que les muestren cosas raras a los extranjeros y para que escuchen sus arrebatos de admiración. La naturaleza humana se deleita ante el estupor emocionado. Es lo que lleva a los niños a decir cosas «agudas», a hacer otras absurdas, y a presumir cuando tienen público. Es lo que hace que los cotillas aparezcan, aunque caigan chuzos de punta, con tal de ser los primeros en contar una noticia sorprendente. Pensemos, entonces, qué pasión debe de suponer para un guía, que a diario disfruta del privilegio de mostrarles a los extranjeros maravillas que los dejan perfectamente extasiados y admirados. Llega un momento en el que le resulta imposible vivir en un ambiente más sobrio. Cuando nos dimos cuenta, dejamos de extasiamos, dejamos de admirar las cosas, dejamos de mostrar cualquier cosa o sentimiento que no fuese nuestros rostros impasibles y una estúpida indiferencia ante las maravillas más sublimes que el guía pudiese mostrarnos. Habíamos dado con su punto débil. Y lo hemos aprovechado bien desde entonces. A veces los hemos hecho enfadar de veras, pero nosotros nunca hemos perdido la serenidad.

Normalmente es el doctor quién hace las preguntas, porque es capaz de guardar la compostura, tiene más pinta de idiota genial y consigue añadirle más imbecilidad a su tono de voz que cualquier otro ser vivo. Le sale de forma natural.

A los guías de Génova les encanta que los contraten los americanos, porque los americanos se asombran como nadie y derrochan sentimientos y emociones ante cualquier reliquia de Colón. El guía que tuvimos allí triscaba a nuestro alrededor como si se hubiese tragado un colchón de muelles. Estaba muy animado, impaciente.

Nos dijo:

—*¡Venite con me, cavalieri!, ¡lo mostrare la carta escrita por Cristoforo Colombo! ¡Escrita per se mesmo! ¡Venite!*

Nos llevó al palacio municipal. Después de un impresionante manejo de llaves y apertura de cerraduras, apareció ante nosotros el ajado y sucio documento. Los ojos del guía destellaron. Bailó a nuestro alrededor y golpeó el pergamino con el dedo:

—*Questa cosa io decir, cavalieri, ¿no? ¡Vean! ¡La létera de Cristoforo Colombo!, ¡escribere él mesmo!*

Miramos indiferentes, impasibles. El doctor examinó el documento sin ninguna prisa, durante una dolorosa pausa. Después dijo, sin el más mínimo asomo de interés:

—Ah, Ferguson. ¿Cómo dice usted que se llamaba el tipo que escribió esto?

—*Cristoforo Colombo. ¡Il grande Cristoforo Colombo!*

Vuelta a examinarla sin prisa.

—Ah, ¿y la escribió él? O... ¿o cómo?

—*¡Escribere él mesmo! ¡Cristoforo Colombo! Ésta es su létera. ¡Escrita per se mesmo!*

Entonces el doctor depositó el documento y dijo:

—Vaya, pues yo he visto chiquillos en América, de sólo catorce años, que escriben mejor que eso.

—*¡Pero este ser il grande Cristoforo...!*

—*¡Me da igual quién sea! Es la peor letra que he visto en mi vida. No quiero que piense usted que puede imponernos sus opiniones sólo porque seamos extranjeros. No somos tontos, eso seguro. Si tiene usted algún ejemplo de letra que realmente merezca la pena ver, enséñenoslo, y si no, pasemos a otra cosa.*

Y pasamos a otra cosa. El guía estaba considerablemente afectado, pero aún lo volvió a intentar. Tenía algo que, en su opinión, nos superaría. Nos dijo:

—*¡Ah, cavalieri, venite con me! Io enseñar un belísimo, oh, magnifico busto de Cristoforo Colombo. ¡Espléndido, grandioso, magnifico!*

Y nos llevó ante el hermoso busto —porque de verdad lo era—, se alejó de él para apreciarlo mejor y se abandonó a su pose:

—*¡Ah, guardare, cavalieri! ¡Belísimo, grandioso busto de Cristoforo Colombo! ¡Belísimo busto, belísimo pedestal!*

El doctor se puso su monóculo, adquirido para tales ocasiones:

—Ah, ¿cómo dice usted que se llama este caballero?

—*Cristoforo Colombo. ¡Il grande Cristoforo Colombo!*

—Cristoforo Colombo, el gran Cristoforo Colombo. Bueno, ¿y qué hizo?

—*¡Descubrire América! ¡Descubrire América, oh, diavolo!*

—Descubrir América. No, esa afirmación no resulta creíble. Nosotros acabamos de llegar de América, y no hemos oído nada al respecto. Cristoforo Colombo... me gusta el nombre. ¿Y ha muerto?

—*¡Oh, corpo di Baccho! ¡Trecento ani!*



—¿De qué se murió?

—*¡No lo sé! No lo sé.*

—¿Cree que sería de viruela?

—*No lo sé, cavalieri. No sé de qué morí.*

—¿Sería de sarampión?

—*Sería... sería. No lo sé. Creo que morí de algo.*

—¿Viven sus padres?

—*¡Imposible!*

—Ah. ¿Cuál es el busto y cuál el pedestal?

—*¡Santa María! Lui el busto. Lui el pedestal.*

—Ah, ya veo, ya veo. Qué buena combinación. Es una combinación muy buena.

¿Fue ésta la primera vez que al caballero se le vio el busto?

El extranjero no entendió el chiste. Los guías no dominan las sutilezas del chiste americano.

Al guía romano le hicimos su trabajo más interesante. Ayer pasamos —una vez más— tres o cuatro horas en el Vaticano, ese impresionante mundo de curiosidades. A punto estuvimos de expresar interés, en ocasiones, incluso admiración, y nos costó mucho no hacerlo. Pero lo conseguimos. Nadie lo había logrado jamás, en los museos del Vaticano. El guía estaba desconcertado, anonadado. Casi se queda sin piernas, a la caza de cosas extraordinarias, y agotó toda su ingenuidad con nosotros, pero fracasó: no mostramos el más mínimo interés por nada. Había reservado para el final lo que a él le parecía la más impresionante de sus maravillas: una momia real egipcia, la mejor conservada del mundo, posiblemente. Nos llevó a verla. Estaba tan seguro, que recuperó parte de su viejo entusiasmo:

—*¡Vean, cavalieri! ¡Momia! ¡Momia!*

El monóculo surgió con la misma calma e intención de siempre:

—Ah, Ferguson, ¿cuál ha dicho usted que era el nombre del caballero?

—¿Nombre? ¡Lui no nombre! ¡Momia! ¡Momia egipcia!

—Sí, sí. ¿Nació aquí?

—¡No! ¡Momia egipcia!

—Ah, entiendo. Francés, supongo.

—¡No! ¡Ni francés, ni romano! ¡Nado en Egipta!

—Nacido en Egipta. Nunca había oído hablar de Egipta. Supongo que será una localidad extranjera. Momia... momia. Qué tranquilo está, qué sereno. ¿Está... ah... está muerto?

—*¡Oh, sacre bleu, muerto tres mil ani!*

El doctor se dirigió a él salvajemente:

—¡Oiga usted! ¿A qué viene semejante conducta? ¿Nos engaña como a chinos porque somos extranjeros con ganas de aprender? ¡Y pretende colarnos esos cadáveres de segunda mano! ¡Maldición! Me dan ganas de... de... ¡Si tiene usted un cadáver fresco y en condiciones, tráigalo! ¡O por Dios que lo descalabraremos!

La verdad es que le hacemos el trabajo mucho más interesante. Sin embargo, nos la ha devuelto, en parte, sin saberlo. Esta mañana vino al hotel a preguntar si nos habíamos levantado, y se esforzó al máximo por describirnos, para que el recepcionista supiera a quiénes se refería. Terminó con un comentario sin importancia: dijo que estábamos locos. La observación era tan inocente y tan sincera que vino a ser como una especie de piropo por parte de un guía.

Hay un comentario (que ya mencioné), que nunca ha dejado de molestar a los guías. Siempre lo utilizamos, si no se nos ocurre nada más que decir. Cuando ya han agotado su entusiasmo, haciéndonos ver y alabando la belleza de alguna imagen de bronce antigua o de alguna estatua sin piernas, nos la quedamos mirando con cara de estúpidos durante cinco, diez, quince minutos (tanto tiempo como aguantemos, en realidad) y luego preguntamos:

—¿Está... está muerto?

Eso vence al más sereno de los guías. No es lo que buscan, sobre todo si el guía es nuevo. Nuestro Ferguson romano es el sujeto más paciente, inocente y sufridor que hemos tenido hasta ahora. Nos va a dar mucha pena separarnos de él. Hemos disfrutado mucho de su compañía. Confiamos en que él haya disfrutado de la nuestra, pero nos asaltan las dudas.

Hemos estado en las catacumbas. Ha sido como bajar a un sótano, sólo que era un sótano sin final. Los estrechos pasillos están toscamente tallados en la roca y, al pasar, a cada mano, hay labrados unos nichos, entre tres y catorce de ellos; en cada uno hubo un cadáver. Hay nombres, y símbolos cristianos, y oraciones, o frases que expresan esperanza cristiana, esculpidas en casi cada sarcófago. Las fechas se remontan a los albores de la era cristiana, por supuesto. Aquí, en estos agujeros hechos en la tierra, solían ocultarse los primeros cristianos para huir de las persecuciones. Por la noche salían a buscar alimento, pero durante el día permanecían escondidos. El sacerdote nos contó que San Sebastián había vivido bajo tierra durante una temporada, mientras le daban caza; un día salió, los soldados lo descubrieron y lo mataron a flechazos. Cinco o seis de los primeros Papas —aquellos que reinaron hará cosa de mil seiscientos años— celebraban sus cortes papales y se reunían con su clero en las entrañas de la tierra. Durante diecisiete años (desde el 235 d. C. al 252 d. C.) los Papas no salieron al aire libre. Cuatro de ellos fueron elevados a tan grandioso cargo durante ese período. Cada uno duró cuatro años, o por ahí. Lo cual nos da una idea de lo poco saludables que resultan las tumbas subterráneas como lugar de residencia. Después, un Papa pasó su pontificado completo en las catacumbas: ocho años. A otro lo descubrieron y lo asesinaron en su trono episcopal. El ser Papa en aquellos tiempos no ofrecía satisfacción alguna. Les daban mucho la lata.

Existen ciento sesenta catacumbas bajo Roma, cada una de ellas con su laberinto de estrechos pasillos que se cruzan entre sí una y otra vez, y cada pasillo repleto, hasta arriba, de tumbas. Un cálculo aproximado de la medida total de estos corredores, si los ponemos uno detrás de otro, nos dice que las catacumbas miden

más de novecientas millas, y que albergan siete millones de tumbas. No recorrimos todos los pasillos de las catacumbas. Estábamos deseando hacerlo, y nos ocupamos de las disposiciones necesarias, pero lo limitado de nuestro tiempo nos obligó a renunciar a la idea. Así que sólo avanzamos a tientas por el tétrico laberinto de San Calixto, bajo la iglesia de San Sebastián. En las distintas catacumbas se encuentran capillas pequeñas, toscamente talladas en la piedra, y en ellas los primeros cristianos solían celebrar sus servicios religiosos, con una luz débil y fantasmagórica. ¡Lo que debía de ser escuchar misa y un sermón en aquella maraña de cavernas, bajo tierra!

En las catacumbas fueron enterradas Santa Cecilia, Santa Inés, y algunos otros de los santos más famosos. En la catacumba de San Calixto, Santa Brígida solía permanecer muchas horas en virtuosa contemplación, y San Carlos Borromeo era dado a pasarse aquí noches enteras rezando. También fue escenario de un acontecimiento maravilloso.

*Aquí, el corazón de San Felipe Neri se llenó hasta tal punto de amor divino que le reventó las costillas.*

He encontrado esta afirmación tan seria en un libro publicado en Nueva York en 1808, escrito por el Reverendo William H. Neligan, Doctorado en derecho, Máster en humanidades, por el Trinity College de Dublín; Miembro de la Sociedad Arqueológica de Gran Bretaña. Así que me lo creo. Si no, no podría. De ser otras las circunstancias, habría sentido curiosidad por saber qué había cenado Felipe aquella noche.

Este autor pone a prueba mi credulidad de vez en cuando. Habla de un tal José de Calasanz, cuya casa en Roma visitó; sólo la casa: el sacerdote llevaba muerto doscientos años. Dice que la Virgen María se le apareció a este santo. Y luego continúa:

*Su lengua y su corazón, que después de casi un siglo permanecían intactos cuando el cuerpo fue desenterrado antes de su canonización, siguen guardados en una caja de cristal, y después de dos siglos, el corazón aún está entero. Cuando las tropas francesas entraron en Roma, y cuando se llevaron a Pío VII como prisionero, el corazón sangró.*

Leer eso en un libro escrito por un monje de la Edad Media, no sorprendería a nadie; nos parecería algo adecuado y natural; pero cuando se afirma seriamente, en pleno siglo XIX, y además lo hace un hombre de estudios, doctorado en derecho, máster en humanidades y magnate de la arqueología, resulta de lo más extraño. Aún así, cambiaría encantado mi descreimiento por la fe de Neligan, por mucho que el hombre me exigiera a cambio.

La simplicidad incondicional y segura del anciano caballero resulta original y fresca en estos tiempos pragmáticos del telégrafo y el ferrocarril. Escuchémosle, en

relación con la iglesia de Aracoeli:

*En el techo de la iglesia, justo sobre el altar mayor, se ha grabado: «Regina Coeli laetare Alleluia». En el siglo VI, Roma recibió la visita de una terrible plaga. Gregorio Magno instó a las gentes de Roma a hacer penitencia, y se organizó una procesión. Debía salir de Aracoeli y llegar a San Pedro. Cuando pasaba por delante del Mausoleo de Adriano, ahora Castillo de San Angelo, se oyó cantar a un coro celestial (era Pascua de Resurrección): ¡Regina Coeli, laetare! ¡Alleluia! ¡Quia quem meruisti portare, alleluia! ¡Resurrexit sicut dixit; alleluia! El pontífice, que llevaba en sus manos la imagen de la Virgen (que se encuentra sobre el altar mayor y se dice que fue pintada por San Lucas), contestó, junto con las asombradas gentes: «¡Ora pro nobis Deum, alleluia!». Al mismo tiempo se vio que un ángel guardaba una espada en una vaina, y la peste cesó aquel día. Hay cuatro circunstancias que «confirman» <sup>[29]</sup> este milagro: la procesión anual que la Iglesia occidental celebra en la festividad de San Marcos; la estatua de San Miguel, situada en el Mausoleo de Adriano, que desde entonces se llamó Castillo de San Angelo; la antífona Regina Coeli que la Iglesia Católica canta durante la Pascua; y la inscripción que está en la iglesia.*

## XXVIII

**D**e los sanguinarios pasatiempos de la Santa Inquisición, la masacre del Coliseo, y las tétricas sepulturas de las Catacumbas, es normal que pase a los pintorescos horrores del Convento de los Capuchinos. Nos detuvimos un momento en una pequeña capilla de la iglesia para mirar un cuadro de San Miguel derrotando a Satán: un cuadro tan hermoso que no puedo más que pensar que pertenece al denigrado *Renaissance*, a pesar de que creo que nos dijeron que lo había pintado uno de los Maestros Antiguos; y después descendimos a la cripta que había debajo.

¡Menudo espectáculo para quien ande mal de los nervios! Era evidente que los Maestros Antiguos habían estado trabajando allí. El recinto tenía seis divisiones, y cada una de ellas estaba decorada con un estilo propio, pero todos los adornos estaban formados, sin excepción, con huesos humanos. Había esbeltos arcos, totalmente contruidos con fémures; había sorprendentes pirámides, realizadas con cráneos de sonrisa tonta; había extrañas estructuras arquitectónicas de todo tipo, hechas con tibias y huesos del brazo; en los muros, complicados frescos cuyas curvilíneas guirnaldas estaban hechas con vértebras humanas enredadas; cuyos delicados zarcillos eran nervios y tendones; cuyas flores estaban formadas por rótulas y uñas del pie. Todas y cada una de las partes duraderas del esqueleto humano estaban representadas en aquellos intrincados diseños (eran de Miguel Ángel, creo), y la obra estaba muy bien rematada, con una atención tal a los detalles, que dejaba ver el amor del artista por su trabajo, además de su capacidad y buen adiestramiento. Le pregunté al buen monje que nos acompañaba «¿Quién hizo esto?», y él me contestó: «Nosotros», refiriéndose a él mismo y a sus hermanos que estaban arriba. Me di cuenta de que el viejo fraile se enorgullecía de tan curioso espectáculo. Conseguimos que se volviera locuaz mostrando un interés que nunca habíamos manifestado delante de los guías.

—¿Quiénes eran estas personas?

—Nosotros, los de arriba: frailes de la orden Capuchina... mis hermanos.

—¿Cuántos frailes fallecidos fueron necesarios para recubrir estos seis salones?

—Éstos son los huesos de cuatro mil de ellos.

—¿Tardaron mucho en reunir suficientes?

—Muchos muchos siglos.

—Sus distintas partes están bien separadas: los cráneos en una sala, las piernas en otra, las costillas... aquí se montaría un buen lío si sonaran las trompetas del Juicio Final. Algunos hermanos podrían apoderarse de una pierna que no es la suya, en medio de la confusión, y del cráneo ajeno, y descubrir que cojean o que miran a través de unos ojos que están más separados, o más juntos, de lo que solían estarlo los suyos. Supongo que usted no podrá diferenciar ninguna de estas partes, ¿verdad?

—Oh, sí, conozco a muchos de ellos.

Posó su dedo sobre un cráneo.

—Éste era el Hermano Anselmo. Se murió hace trescientos años. Un buen hombre.

Tocó otro.

—Éste era el Hermano Alejandro. Murió hace doscientos ochenta años. Éste, el Hermano Carlo, que lleva más o menos el mismo tiempo muerto.

Entonces cogió una calavera y la sostuvo en su mano, y la miró pensativamente, más o menos como el sepulturero cuando descubre a Yorick.

—Éste —dijo— era el Hermano Tomás. Era un joven príncipe, el vástago de una estirpe orgullosa cuyo linaje se remontaba a los tiempos gloriosos de Roma, hace casi dos mil años. Se enamoró de una joven de condición inferior. Su familia lo persiguió; persiguió también a la joven. La expulsaron de Roma; él la siguió; la buscó por todas partes, sin hallar ni rastro de ella. Regresó y ofreció su corazón destrozado y su despreciable vida al servicio de Dios. Pero, lo que son las cosas. Al poco, su padre murió, y también su madre. La joven regresó, alegre. Buscó por todas partes a aquél cuyos ojos habían mirado, tan tiernamente, a los de ella desde este pobre cráneo, pero no lo halló. Al final, a pesar del tosco atuendo que usamos, ella lo reconoció en la calle. Y él a ella. Pero ya era demasiado tarde. Se desmayó allí mismo. Lo recogieron y lo trajeron aquí. Ya no volvió a hablar. Murió en una semana. Se puede ver el color de su pelo, aunque un poco desvaído, en esta pequeña tira que aún cuelga de su sien. Esto —y levantó un fémur—, era suyo. Los nervios de esa hoja que forma parte del adorno que queda sobre sus cabezas, fueron las articulaciones de sus dedos, hace ciento cincuenta años.

Esa manera tan eficiente de ilustrar un relato conmovedor y romántico, poniendo ante nuestros ojos distintos fragmentos del amante y dándoles nombre, resultó un comportamiento tan grotesco y horrendo como yo nunca había visto. No sabía si sonreír o estremecerme. Parece un sacrilegio describir las funciones y las maneras de trabajar de algunos nervios y músculos de nuestros esqueletos utilizando fríos nombres fisiológicos y tecnicismos quirúrgicos, y la forma de hablar del fraile me sugirió algo de eso. Imagínense a un cirujano, con sus pinzas en la mano, dejando a la vista tendones, músculos y cosas de ésas, sacándolas de la compleja maquinaria de un cadáver, y comentando: «Este pequeño nervio tiembla, la vibración se contagia a este músculo, desde donde pasa a esta sustancia fibrosa; aquí, sus ingredientes se separan por la acción química de la sangre: una parte va al corazón y lo estremece con lo que popularmente se denomina sentimiento, otra parte sigue este nervio hasta el cerebro y comunica comprensión y sorpresa, y la tercera parte se desliza por este corredor y toca el muelle que está en contacto con los receptáculos de fluido situados en la parte de atrás del ojo. Así, con este sencillo y hermoso proceso, se informa al sujeto de que su madre ha muerto, y él llora». ¡Qué horror!

Le pregunté al monje si todos los hermanos que había arriba esperaban que los metieran en aquel lugar cuando hubiesen muerto. Me contestó, apacible:

—Al final, todos acabaremos aquí.

¡A lo que uno puede llegar a acostumbrarse! Esa reflexión de que un día deberán separarlo en pedazos, como si fuese un motor o un reloj, o como una casa cuyo propietario ha desaparecido, para hacer con él arcos, pirámides y espantosos frescos, no preocupaba en absoluto al monje. Hasta me pareció que pensaba, con vanidad autocomplaciente, que su propio cráneo quedaría bien en lo alto del montón, y que sus costillas le añadirían un atractivo a los frescos del que, posiblemente, carecían en ese momento.

Aquí y allá, en huecos ornamentales, extendidos sobre lechos de huesos, yacían frailes muertos y reseco, con sus lacios esqueletos cubiertos por las sotanas negras que usan los sacerdotes. Examinamos uno atentamente. Tenía las enjutas manos entrelazadas sobre el pecho; dos mechones de pelo deslustrados seguían adheridos a la calavera; la piel estaba marrón y hundida; se hallaba muy tirante sobre los huesos de las mejillas y los hacía sobresalir; los ojos muertos y secos se hundían en las cuencas; los orificios nasales se veían demasiado, ya que el resto de la nariz había desaparecido; los labios se habían retirado huyendo de los dientes amarillos: y ante nosotros teníamos, allí petrificada, una estremecedora risa de un siglo de antigüedad.

Era la risa más alegre, y la más espantosa también, que se pueda imaginar. Yo pensé que el chiste que aquel veterano contó con su último aliento debió ser de los buenos, porque aún no había terminado de reírse. En ese momento me di cuenta de que nuestro viejo instinto se estaba apoderando de los muchachos, y me dije que sería mejor que volviésemos corriendo a San Pedro. Estaban intentando contenerse para no preguntar: «¿Está... está muerto?».

Sólo de pensar en el Vaticano me mareo: esa locura de estatuas, pinturas y curiosidades de todo tipo y de todas las edades. Allí los Maestros Antiguos (sobre todo en escultura) casi se apelotonan. No soy capaz de escribir nada acerca del Vaticano. Creo que jamás recordaré claramente ninguna de las cosas que allí vi, a excepción de las momias, y «La Transfiguración» de Rafael, y algunas otras cosas que no resulta necesario mencionar ahora. Recordaré «La Transfiguración» en parte porque estaba situada en una sala casi sola; en parte porque todos dicen que es la primera pintura al óleo del mundo; y en parte porque era increíblemente hermosa. Los colores son refrescantes, suntuosos, la «expresión», según dicen, es la adecuada, la «impresión» es realista, el «tono» es bueno, la «intensidad» es profunda, y el ancho ronda el metro y medio, un poco a ojo. Es un cuadro que realmente llama la atención; su belleza resulta fascinante. Es lo bastante bueno como para ser un *Renaissance*. Una de las afirmaciones que realicé hace un rato nos da una idea... y algo de esperanza. ¿No es posible que el motivo por el que este cuadro me resulta tan atractivo sea porque se halla alejado del caos de las galerías? Si apartaran de allí algunos de los otros cuadros, ¿no serían bonitos? Si éste estuviera en medio de la tempestad de cuadros que encontramos en las enormes galerías de los palacios romanos, ¿me parecería tan hermoso? Si, hasta este momento, hubiese visto sólo un Maestro Antiguo en cada palacio, en lugar de acres y acres de paredes y techos

prácticamente empapelados con ellos, ¿no tendría yo una opinión más civilizada de los Maestros Antiguos que la que tengo ahora? Yo creo que sí. Cuando era pequeño y me iban a comprar una navaja nueva, no era capaz de decidir cuál era la más bonita del escaparate, y ninguna de ellas me pareció especialmente llamativa; por lo que elegí sin estar nada convencido. Pero cuando miré mi adquisición en casa, donde no había más hojas brillantes que compitieran con ella, me quedé asombrado al ver lo bonita que era. Aún ahora, cuando me compro un sombrero nuevo, siempre me gusta más fuera de la tienda que dentro, rodeado de otros sombreros nuevos. Por fin empiezo a comprender que, posiblemente, lo que he estado calificando de fealdad uniforme en todas las galerías, después de todo podría ser belleza uniforme. De corazón espero que así sea, para otros, porque para mí no lo es. Tal vez me gustase tanto acudir a la Academia de Bellas Artes de Nueva York porque allí sólo había unos pocos cientos de cuadros, y no me superaba repasar la lista entera. Supongo que la Academia será como las habas con tocino en el Desierto de las Cuarenta Millas, y una galería europea como una cena de estado con trece platos. No dejamos ni las migas del plato único, pero una comida de trece platos nos quita de golpe el apetito y no nos satisface.

Aunque hay una cosa de la que sí estoy seguro: a pesar de tanto Miguel Ángel, Rafael, Guido y el resto de los Maestros Antiguos, ¡la sublime historia de Roma aún espera que alguien la pinte! Pintaron bastantes Vírgenes, bastantes Papas, y bastantes espantajos angelicales como para poblar el Paraíso, o casi, y ese tipo de cosas fue lo único que pintaron. Nerón tocando la lira mientras Roma arde, el asesinato de César, el emocionante espectáculo de cien mil personas inclinándose hacia delante, a la vez, extasiadas, en el coliseo, para ver a dos habilidosos gladiadores acabar con sus vidas a hachazos, o a un tigre saltar sobre un mártir arrodillado: éstos y mil temas más sobre los que leemos con vivo interés, sólo podemos encontrarlos en los libros, y no entre la basura que nos dejaron los Maestros Antiguos, quienes, tengo la satisfacción de anunciárselo al público, ya no existen.

Pintaron, y tallaron en mármol, una escena histórica, y sólo una, (que no tuvo demasiada relevancia histórica). ¿Cuál es y por qué la eligieron? Es «El rapto de las sabinas», y la eligieron por las piernas y los pechos.

Sin embargo, a mí me gusta ver estatuas, y también me gusta ver cuadros — incluso si son de monjes que miran hacia arriba en sagrado éxtasis, de monjes que miran hacia abajo meditativos, o de monjes luchando por conseguir algo que comer— por lo que voy a dejar a un lado mi mal carácter para agradecerle al gobierno papal que haya guardado con tanto celo y reunido con tanto afán todas estas cosas; y por permitir que yo, un desconocido y no del todo favorable, vague entre ellas a mi antojo y sin que nadie me moleste, sin cobrarme nada, pidiéndome sólo que me comporte como debería comportarme de visita en casa de cualquiera. Le doy las gracias al Santo Padre de corazón, y le deseo una larga vida y mucha felicidad.

Hace mucho que los Papas son mecenas y conservadores del arte, como nuestra



República, joven y práctica, impulsa y promueve la mecánica. En el Vaticano se almacena todo aquello que resulta curioso y hermoso en el mundo del arte; en nuestra Oficina de Patentes se atesora todo lo interesante y útil del mundo de la mecánica. Cuando un hombre inventa un nuevo tipo de collera, o descubre un método nuevo y mejor para telegrafiar, nuestro gobierno le emite una patente que vale una fortuna; cuando un hombre desentierra una estatua antigua en la Campania, el Papa le entrega una fortuna en monedas de oro. Podemos deducir el carácter de un hombre fijándonos en el tipo de nariz que tiene. El Vaticano y la Oficina de Patentes son narices gubernamentales y, además, con mucho carácter.

El guía nos mostró una estatua colosal de Júpiter, en el Vaticano, que, según nos dijo, estaba tan dañada y herrumbrosa (como si fuera el dios de los vagabundos) porque acababan de desenterrarla en la Campania. Nos preguntó cuánto creíamos que valía ese Júpiter. Yo contesté, con inteligente rapidez, que seguramente valdría cuatro dólares, quizás cuatro y medio. «Cien mil dólares», dijo Ferguson. Ferguson dijo, también, que el Papa no permite que ninguna obra antigua de ese tipo salga de sus dominios. Ha nombrado una comisión para que examine los descubrimientos como éste y calcule su valor; después el Papa paga al descubridor la mitad del valor estimado y se queda con la estatua. Nos contó que aquel Júpiter había aparecido en un campo cuyo propietario acababa de adquirirlo por treinta y seis mil dólares, así que la primera cosecha resultó ser buena para el agricultor. No sé si Ferguson contará siempre la verdad, pero supongo que sí. Sé que, a todas las pinturas ejecutadas por los Maestros Antiguos, se las recarga con un exorbitante impuesto de exportación, con el fin de desanimar la venta de aquellas que permanecen en colecciones privadas. Además, estoy convencido de que Maestros Antiguos auténticos debe haber muy pocos en América, porque los más baratos e insignificantes valen lo mismo que una buena granja. Yo mismo me propuse adquirir una pequeña nimiedad de Rafael, pero valía ochenta mil dólares y, con el impuesto de exportación, superaría los cien mil; así que me lo pensé un rato y decidí no comprármela.

Ahora deseo hablar de una inscripción que he visto, antes de que se me olvide:

*Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, paz ¡A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD!*

No es un pasaje de las escrituras, pero es profundamente católico y humano. Se encuentra escrito en letras doradas sobre el ábside de un grupo realizado en mosaico, junto a la *scala santa*, frente a la iglesia de San Juan de Letrán, la Madre y Señora de todas las iglesias católicas del mundo. El grupo representa al Salvador, San Pedro, el Papa León I, San Silvestre, Constantino y Carlomagno. Pedro le está dando el *pallium* al Papa, y un estandarte a Carlomagno. El Salvador le está entregado las llaves a San Silvestre, y un estandarte a Constantino. No se le ofrece ninguna oración al Salvador, que en Roma parece no tener demasiada importancia; pero una

inscripción situada en la parte de abajo dice: «Santísimo Pedro, dale la vida al Papa León I y la victoria al rey Carlos». No dice: «*Intercede por nosotros*, ante el Salvador, ante el Padre, para que nos lo conceda», sino «Santísimo Pedro, *haz tú* lo que te pedimos».

Con total seriedad, sin pretender ser frívolo, sin pretender ser irreverente y, sobre todo, sin pretender ser blasfemo, deduzco, de todo lo que he visto y oído, que en Roma, los Personajes Sagrados siguen este rango:

*Primero:* «La Madre de Dios», es decir, la Virgen María.

*Segundo:* Dios.

*Tercero:* Pedro.

*Cuarto:* Alrededor de doce o quince Papas y mártires canonizados.

*Quinto:* Jesucristo, el Salvador (pero siempre de pequeño en brazos de su madre).

Puede que me equivoque, mi criterio falla a menudo, como ocurre con el de otros hombres, pero es *mi* criterio, ya sea bueno o malo.

Y ahora mencionaré un asunto que me parece curioso. No hay «iglesias de Cristo» en Roma, ni «iglesias del Espíritu Santo», que yo haya descubierto. Existen alrededor de cuatrocientas iglesias, pero más o menos un cuarto de ellas reciben su nombre en honor de la Madonna y de San Pedro. Hay tantas dedicadas a María, que es necesario utilizar todo tipo de afijos para diferenciarlas, si lo he entendido bien. Después están las iglesias de San Luis, San Agustín, Santa Inés, San Calixto, San Lorenzo in Lucina, San Lorenzo in Dámaso, Santa Cecilia, San Atanasio, San Felipe Neri, Santa Catalina, Santo Domingo, y una multitud de santos menores cuyos nombres no resultan nada conocidos... y muy abajo, ya fuera de la lista de las iglesias, aparecen un par de hospitales: uno de ellos recibe su nombre en honor del Salvador, y el otro, en honor del Espíritu Santo.

Día tras día y noche tras noche, hemos deambulado entre las derrumbadas maravillas de Roma; día tras día y noche tras noche, nos hemos alimentado con el polvo y la decadencia de muchos siglos: les hemos dado vueltas durante el día, y de noche hemos soñado con ellos hasta que, a veces, parecía que nosotros también nos desmoronábamos, y nos afeábamos y nos quedábamos sin esquinas, expuestos a caer en las manos de algún anticuario que nos remendaría las piernas y nos «restauraría» poniéndonos una nariz inapropiada, nos clasificaría mal, nos dataría peor y nos colocaría en el Vaticano, para que los poetas se dedicaran a decir bobadas y los vándalos a garabatear sus nombres para siempre y por siempre jamás.

Pero la manera más segura de dejar de escribir sobre Roma es renunciar a hacerlo. Yo deseaba escribir un verdadero capítulo de guía de viajes sobre esta fascinante ciudad, pero no he podido porque, al mismo tiempo, me he sentido como un niño en una tienda de caramelos: podía elegir cualquier cosa, pero me resultaba imposible elegir. He recorrido a la deriva mis cien páginas de manuscrito sin saber por dónde

comenzar. Así que no comenzaré. Nos han examinado los pasaportes. Nos vamos a Nápoles.

## XXIX

**E**l barco permanece aquí, en el puerto de Nápoles, en cuarentena. Lleva ya varios días y aún seguirá unos cuantos más. Los que hemos venido en tren desde Roma nos hemos librado de semejante desgracia. Claro que nadie puede subir a bordo, ni bajar a tierra. Es como una cárcel. Seguramente los pasajeros pasarán los largos y achicharrantes días mirando, desde debajo de los toldos, al Vesubio y a la hermosa ciudad... y maldiciendo. ¡Imagínense diez días seguidos de semejante pasatiempo! Todos los días nos subimos a una lancha y vamos a pedirles que bajen a tierra. Eso los tranquiliza. Permanecemos a diez pasos del barco y les contamos lo espléndida que es la ciudad; y que las tarifas de los hoteles son aquí mejores que en cualquier otro punto de Europa; y el fresquito que hace; y la de gélidos continentes de helados que hay; y lo bien que nos lo pasamos retozando por el campo y navegando hasta las islas de la bahía. Eso los aplaca.

### ASCENSO AL VESUBIO

Recordaré nuestro viaje al Vesubio durante mucho tiempo, en parte debido a las hermosas vistas pero, sobre todo, a causa de lo agotador de la aventura. Dos o tres de nosotros habíamos estado descansando, durante dos días, entre el tranquilo y hermoso paisaje de la isla de Isquia, a dieciocho millas del puerto; lo llamamos «descansar», pero ahora no recuerdo en qué consistió el descanso, porque cuando llegamos a Nápoles llevábamos cuarenta y ocho horas sin dormir. Estábamos a punto de acostarnos temprano, para recuperar parte del sueño perdido, cuando oímos lo de la excursión al Vesubio. Íbamos a ser un grupo de ocho, y saldríamos de Nápoles a medianoche. Nos abastecimos de algunas provisiones para el viaje, contratamos varios carruajes para que nos llevaran hasta Torre Annunziata, y luego nos empezamos a mover por la ciudad, para mantenernos despiertos, hasta las doce. Partimos puntuales y, en cuestión de hora y media, llegamos a la ciudad de Torre Annunziata. No puede haber peor sitio bajo el sol que esta ciudad. En otras ciudades de Italia, la gente se mantiene alejada, aunque alrededor del turista, y espera a que éste le haga una pregunta o realice algún acto ostensible que le permita cobrarle algo, pero en Torre Annunziata han perdido hasta ese resquicio de tacto. Si recogen de una silla el chal de una dama y se lo entregan, cobran un penique; si abren la puerta de un carruaje, también cobran; la cierran cuando uno se baja, y cobran; si te ayudan a quitarte el guardapolvo: dos centavos; cepillarte la ropa y dejártela peor que antes: dos centavos; sonreírte: dos centavos; inclinar la cabeza, con una sonrisa complacida de cobista, sombrero en mano: dos centavos; si ofrecen cualquier información por su cuenta, como la de que las mulas llegarán enseguida: dos centavos; hace un buen día, señor: dos centavos; el ascenso lleva cuatro horas: dos centavos. Y así siempre. Te rodean, te persiguen, se apelonan a tu alrededor, y sudan y huelen mal, y tienen

aspecto ladino, malvado, rastrero. No existe favor demasiado degradante para ellos, a cambio de dinero. No he tenido la oportunidad de observar por mi cuenta a las clases altas pero, por lo que he oído contar sobre ellas, creo que por cada uno o dos malos rasgos propios de la *canaille* que ellas no tienen, acumulan uno o dos de distinto tipo que resultan aún peores. ¡Cómo mendiga esa gente! Y muchos de ellos van bien vestidos.

He dicho que no sabía nada malo sobre las clases altas que yo hubiese visto directamente, pero debo retirarlo. Lo había olvidado. Lo que anoche vi hacer a la crema y nata de esta gente, le sacaría los colores a la multitud más baja que se pudiera reunir en los límites del cristianismo, o eso creo yo. Se congregaron cientos de ellos, e incluso miles, en el gran teatro de San Carlo para hacer ¿qué? Pues sencillamente, burlarse de una anciana: para ridiculizar, silbar y abuchear a una actriz a la que una vez adoraron, pero cuya belleza ya se ha marchitado y cuya voz ha perdido su sonoridad pasada. Todo el mundo hablaba de la curiosa diversión que se iba a celebrar. Decían que el teatro estaría repleto porque iba a cantar la Frezzolini. Se decía que ya no cantaba bien, pero que a la gente le gustaba verla igual. Y por eso fuimos. Y cada vez que la mujer cantaba, ellos silbaban y se reían —el enorme teatro entero— y tan pronto se iba ella del escenario, la llamaban con sus aplausos para que saliera de nuevo. Una o dos veces la hicieron salir para que realizara cinco o seis besos seguidos, la recibieron con silbidos cada vez que apareció, y la despidieron con silbidos y risas al terminar... y luego, de inmediato, la hacían salir y la volvían a insultar. ¡Y cómo disfrutaban los villanos de alta cuna! Los caballeros y las damas, ataviados con guantes de cabritilla blancos, se reían hasta que se les saltaban las lágrimas, y aplaudían extasiados cuando aquella infeliz anciana salía dócilmente por sexta vez, con resignada paciencia, a enfrentarse a una tormenta de silbidos. Fue la más cruel de las exhibiciones, la más injustificada, la más insensible. La cantante habría conquistado a un público de alborotadores americanos por su valiente e inquebrantable tranquilidad (ya que respondía a todas las peticiones de besos, sonreía y saludaba con agrado, cantaba lo mejor que podía y se marchaba saludando, entre abucheos y silbidos, sin perder jamás la compostura o la calma); y seguro que en cualquier otro lugar, que no fuese Italia, su sexo y su indefensión habrían garantizado que se vería protegida, sin necesitar nada más. Imaginen qué multitud de almas despreciables se apiñaba en aquel teatro anoche. Si el gerente hubiese podido llenar el teatro sólo con almas napolitanas, sin sus cuerpos, no habría sacado menos de noventa millones de dólares. ¿Qué rasgos de carácter debe poseer un hombre para que le permita ayudar a tres mil malhechores a silbar, abuchear y reírse de una anciana sin amigos, y humillarla de manera vergonzosa? Debe tener *todos* los rasgos viles y miserables que existan. Lo que yo he observado (no me gusta aventurarme más allá de mis propias observaciones) me convence de que las clases altas de Nápoles poseen esos rasgos de carácter. Por lo demás, podrían ser muy buenas gentes; yo no lo sé.

## CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

En esta ciudad de Nápoles apoyan y creen en una de las más miserables imposturas religiosas que se pueden encontrar en Italia: la milagrosa licuación de la sangre de San Genaro. Dos veces al año, los sacerdotes reúnen a todo el mundo en la catedral, sacan un frasquito de sangre coagulada y les dejan presenciar cómo se disuelve lentamente y se vuelve líquida: y todos los días, durante ocho jornadas, se repite la deprimente farsa, mientras los sacerdotes se cuelan entre la multitud y recaudan dinero por la exhibición. El primer día, la sangre se licúa en cuarenta y siete minutos: la iglesia está abarrotada y hay que darles tiempo a los que recaudan el dinero. Después se licúa cada día un poco más rápido, a medida que disminuye la asistencia hasta que, el octavo día, cuando sólo hay presentes unas pocas decenas de fieles para contemplar el milagro, se licúa en cuatro minutos.

Y también aquí, solían celebrar, una vez al año, una gran procesión con sacerdotes, ciudadanos, soldados, marinos y los altos dignatarios del gobierno de la ciudad, para afeitarle la cabeza a una Maddona inventada: una imagen rellena y pintada, como el maniquí de un sombrerero, a la que el pelo le crecía milagrosamente y se regeneraba cada doce meses. Aún mantenían esa procesión del afeitado hasta hace cuatro o cinco años. Constituía una fuente de grandes beneficios para la iglesia que poseía tan excepcional efigie, y la ceremonia de su afeitado en público siempre se realizaba con el mayor despliegue y brillo posibles: cuanto más, mejor, porque cuanto más emoción se forjase a su alrededor, mayores eran las multitudes que congregaba y más grandes los ingresos que producía. Pero, por fin, llegó un momento en el que el Papa y sus servidores dejaron de ser populares en Nápoles y el gobierno de la ciudad puso fin al espectáculo anual de la Maddona.

Y ahí tenemos dos ejemplos típicos de napolitanos: dos de los fraudes más tontos que podrían darse, en los que la mitad de la población creía religiosa e incondicionalmente, y la otra mitad o también creía en ellos o no decía nada al respecto, por lo que contribuía a respaldar la impostura. Yo me siento inclinado a pensar que toda la población creía en esos milagros pobres y de mala calidad: un pueblo que pide dos céntimos cada vez que saluda y que insulta a una mujer, es muy capaz de eso, creo yo.

## CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

Estos napolitanos siempre piden cuatro veces más dinero del que tienen intención de conseguir, pero si alguien les paga la primera cifra que han pedido, se avergüenzan de sí mismos por haber apuntado tan bajo y, de inmediato, piden más. Cuando hay que pagar o recibir dinero, siempre se producen vehementes charlas y gesticulaciones. No se pueden adquirir y pagar almejas por valor de dos céntimos sin que surjan problemas y sin guerrear. Un recorrido en un carruaje de dos caballos

cuesta un franco —eso dice la ley— pero el cochero siempre exige más, por un motivo u otro, y si lo consigue, se produce una nueva demanda. Se cuenta que un forastero contrató un recorrido en un carruaje de un caballo —tarifa: medio franco. Le entregó al tipo cinco francos, para ver qué pasaba. Pidió más y recibió otro franco. Otra vez le volvió a pedir más, y consiguió otro franco. Pidió más, y se le negó. Fue cada vez más vehemente, el cliente rehusó de nuevo, y el cochero empezó a armarla. El forastero le dijo: «Bien, devuélvame los siete francos y veré qué puedo hacer». Cuando los tuvo en sus manos, le entregó medio franco al cochero, y éste de inmediato le pidió dos centavos para un refresco. Pueden pensar que tengo prejuicios. Quizás los tenga. Me avergonzaría de mí mismo si no los tuviera.

### CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

Pues, como iba diciendo, conseguimos las mulas y los caballos, después de hora y media de regateo con la población de Torre Annunziata, y empezamos a subir la montaña, medio dormidos, con un mendigo pegado a la cola de cada mula, que hacía como que era él quien dirigía a los animales pero que, en realidad, se agarraba a la cola y se dejaba arrastrar. Al principio avancé lentamente, pero empezó a fastidiarme la idea de pagarle a mi lacayo cinco francos por retener a mi mula y dificultarle el ascenso, así que lo despedí. Entonces avancé más rápido.

Pudimos contemplar una magnífica vista de Nápoles desde un punto elevado de la ladera. No vimos nada más que las lámparas de gas, por supuesto —dos tercios de una circunferencia, bordeando la gran bahía— un collar de diamantes que brillaban en la oscuridad, desde aquella distancia tan remota; las luces brillaban menos que las estrellas sobre nosotros, pero resultaban más densas, más tenues, más hermosas; y por encima de la gran ciudad, se cruzaban una y otra vez, creando líneas y curvas fulgurantes. Al final de la ciudad, muy lejos, después de millas y millas de campiña, se veían dispersas hileras, círculos y racimos de luces, todas como gemas, que indicaban los lugares donde dormían las aldeas. Más o menos entonces, el tipo que se colgaba de la cola del caballo que iba delante de mí y que martirizaba con toda clase de crueldades al pobre animal, recibió una coz que lo lanzó a catorce varas de distancia. Y este incidente, junto con el mágico espectáculo de las luces en la distancia, me proporcionó alegría y serenidad, y me alegré de haber emprendido camino hacia el Vesubio.

### CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

Este asunto constituye un tema excelente para un nuevo capítulo y mañana, o pasado, lo escribiré.

## XXX

### C ONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

«Ver Nápoles y morir». No sé si, necesariamente, alguien se morirá sólo por verla, pero intentar vivir en ella podría ser distinto. Ver Nápoles como nosotros la vimos, al amanecer y desde arriba, desde la ladera del Vesubio, es como contemplar un cuadro de milagrosa belleza. A aquella distancia, sus sórdidos edificios parecían blancos y así, fila tras fila de balcones, ventanas y tejados, se iban sucediendo desde la orilla del mar azul hasta que el colosal castillo de San Telmo coronaba la grandiosa pirámide blanca y le daba a la imagen simetría, énfasis y perfección. Y cuando sus lirios se convertían en rosas, cuando se sonrojaba bajo el primer beso del sol, era tan hermosa que resultaba imposible describirla. Entonces sí que podríamos decir «Ver Nápoles y morir». El marco de semejante cuadro también resultaba atractivo. En el frente, el mar en calma: un vasto mosaico de muchos colores; las empinadas islas que nadan en medio de una neblina de ensueño, a lo lejos; en el extremo de la ciudad más próximo a nosotros, el imponente doble pico del Vesubio, y sus nervios y filones de lava, fuertes y negros, que se extienden hasta la ilimitada campiña: una alfombra verde que llama la atención y que nunca se acaba, que pasa junto a los grupos de árboles, a las casas aisladas y a las blancas aldeas, hasta que se deshace en una franja de neblina e imprecisión general, a lo lejos.

Es desde la Ermita, ahí, en la ladera del Vesubio, desde donde el turista debería «ver Nápoles y morir».

Pero no entren en la ciudad y se dediquen a observarla con detalle. Eso acaba con buena parte del encanto del lugar. La gente tiene unas costumbres asquerosas, lo que se traduce en calles asquerosas y produce visiones y olores desagradables. Jamás hubo una comunidad tan predispuesta en contra del cólera como la que forman estos napolitanos. Pero es que tienen buenos motivos. Cuando el cólera se apodera de un napolitano, suele llevárselo por delante, claro, porque antes de que el médico consiga escarbar entre la roña y llegar a la enfermedad, el hombre se muere. Las clases altas se dan un baño en el mar a diario, y son bastante decentes.

En general, las calles son suficientemente anchas como para dejar pasar un carro, ¡y cómo se llenan de gente! Parece que Broadway se repite en cada calle, en cada patio, en cada callejón. ¡Qué grandes masas, qué muchedumbres, qué multitudes de seres humanos que van aprisa, bulliciosos, abriéndose paso! Jamás habíamos visto nada igual; me parece que ni siquiera en Nueva York. Casi no hay aceras y, si las hay, no suelen ser lo bastante anchas como para adelantar a un hombre sin chocar con él. Por eso todo el mundo camina por la calzada y, si ésta es lo bastante ancha, los carruajes pasan continuamente a gran velocidad. Cómo es posible que no acaben atropelladas y tullidas mil personas a diario, es un misterio que nadie puede resolver. Pero si existe la octava maravilla del mundo, tienen que serlo las residencias de



Nápoles. Estoy convencido de que una gran mayoría de ellas miden treinta metros de altura. Y los compactos muros de ladrillo miden dos metros de espesor. Hay que subir nueve tramos de escalera antes de alcanzar el primer piso. No, bueno, nueve no, pero por ahí anda la cosa. Delante de cada ventana, hay una reja de hierro que parece una jaula, allá, en lo alto, entre las nubes eternas, donde está el tejado, y siempre hay alguien mirando desde todas las ventanas: gente de tamaño normal que mira desde el primer piso, personas un poco más pequeñas desde el segundo, que desde el tercero aún disminuyen más y, desde ahí hasta más arriba, se van encogiéndose gradualmente, hasta que las gentes de las ventanas más altas parecen, más que personas, pájaros encaramados a unos nidos muy altos.

La perspectiva de una de esas calles estrechas, como grietas, con sus hileras de elevadas casas que se alargan hasta que se tocan en la distancia, como las vías del ferrocarril; sus tendales entrecruzándose a distintas alturas, ondulando sus harapos a modo de banderas sobre la muchedumbre; y las mujeres vestidas de blanco, colgadas de las barandillas de sus balcones, desde la acera hasta el cielo... Para disfrutar de una perspectiva así, merece la pena ahondar en los detalles napolitanos.

#### CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

Nápoles, con sus zonas residenciales periféricas, contiene seiscientos veinticinco mil habitantes, pero estoy seguro de que no ocupa más espacio que una ciudad americana de ciento cincuenta mil. Se eleva en el aire infinitamente más que tres ciudades americanas juntas, y ahí es donde está el quid de la cuestión. Ya de paso mencionaré que las diferencias entre opulencia y pobreza, y magnificencia y miseria son incluso más frecuentes y llamativas en Nápoles que en París. Hay que ir al *Bois de Boulogne* para ver gente vestida a la moda, carrozas espléndidas y asombrosas libreas; y al Faubourg St. Antoine para ver vicio, miseria, harapos y suciedad, pero en las vías públicas de Nápoles todas esas cosas están mezcladas. Los niños de nueve años desnudos y los elegantes hijos del lujo; harapos y jirones, y brillantes uniformes; carros tirados por mulas y carrozas de gala; mendigos, príncipes y obispos se empujan entre sí en cada calle. Todas las tardes, a las seis, Nápoles entero baja a pasear por la *Riviera di Chiaja*, (que no sé lo que significa) y durante dos horas se puede permanecer allí viendo pasar la procesión más heterogénea y peor mezclada que nadie ha visto jamás. Los príncipes (en Nápoles hay más príncipes que policías: la ciudad está infestada de ellos)... los príncipes que viven en un séptimo piso y no poseen principados, prefieren mantener una carroza y morir de hambre; y los oficinistas, mecánicos, sombrereros y mujeres de vida alegre pasarán sin cenar y despilfarrarán su dinero en un paseo a caballo por la Chiaja; la chusma de la ciudad se apila —pueden llegar a ser veinte o treinta— en un desvencijado carrito tirado por un burro no mucho mayor que un gato, y se va a pasear a la Chiaja; los duques y los banqueros también hacen acto de presencia, en suntuosas carrozas con magníficos

cocheros y lacayos, y así continúa la frenética procesión. Durante dos horas, el rango y la riqueza, la oscuridad y la pobreza chacolotean en tan extrema peregrinación, y luego se van a casa, serenos, felices, cubiertos de gloria.

El otro día estuve viendo una magnífica escalera de mármol en el palacio del rey que, según dijeron, había costado cinco millones de francos, y yo supongo que debió costar medio millón, si acaso. Me pareció que debe de ser buena cosa vivir en un país en el que existe tanta comodidad y lujo como en éste. Y entonces salí cavilando y casi piso a un vagabundo que estaba comiendo en el borde de la acera: un pedazo de pan y un racimo de uvas. Cuando me enteré de que aquel mustango trabajaba en una frutería (llevaba la tienda consigo, en un cesto) por dos centavos al día, y que no vivía en un palacio, perdí parte de mi entusiasmo relacionado con la felicidad de vivir en Italia.

Y claro, esto me lleva a hablar de los salarios. Un teniente del ejército gana alrededor de un dólar diario, y un soldado raso, un par de centavos. Sólo conozco a un dependiente y gana cuatro dólares al mes. Los impresores ganan seis dólares y medio al mes, pero sé de un encargado que suma trece. Verse rico de repente y sin aviso, como este hombre, lo convierte en un aristócrata presumido. Los aires que se da resultan insufribles.

Y, el hablar de salarios, me lleva a los precios de los productos. En París, los mejores guantes de cabritilla de Jouvin <sup>[30]</sup> cuestan doce dólares la docena; aquí, los guantes de igual calidad se venden a tres o cuatro dólares la docena. En París se pagan cinco o seis dólares por cada camisa de lino fino; aquí y en Livorno, cuestan dos y medio. En Marsella, un frac de primera clase, hecho por un buen sastre, cuesta cuarenta dólares, pero en Livorno por el mismo dinero se consigue un traje de etiqueta completo. Aquí se encuentran estupendos trajes de calle por un precio que oscila entre los diez y los veinte dólares, y en Livorno se puede uno comprar un abrigo por quince dólares que en Nueva York costaría setenta. Unas buenas botas de cabritilla valen ocho dólares en Marsella y aquí, cuatro. Los terciopelos de Lyon se valoran más en América que los de Génova. Sin embargo, la gran mayoría de los terciopelos de Lyon que compramos en los Estados Unidos, están hechos en Génova, desde donde se exportan a Lyon: allí les ponen el sello de la ciudad y los envían a América. Por veinticinco dólares, en Génova se adquiere suficiente terciopelo como para hacer en Nueva York una capa de quinientos, o eso me dicen las damas. Claro que todas estas cosas me llevan, por transición natural y apacible, a la

## CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

Y resulta que me sugieren que visite la maravillosa Gruta Azul. Está situada en la isla de Capri, a veintidós millas de Nápoles. Alquilamos un pequeño vapor y allá nos fuimos. Por supuesto, la policía nos abordó y nos sometió a un examen para ver si estábamos sanos y nos preguntó nuestra opinión política, todo ello antes de

permitirnos desembarcar. Los aires que se dan estos gobiernos minúsculos como insectos son, como poco, ridículos. Hasta dejaron a un policía a bordo de nuestro barco para que nos vigilase mientras estuviésemos en los dominios de Capri. Supongo que pensarían que queríamos robar la gruta. Y merecía la pena robarla. La entrada a la cueva tiene sólo un metro veinte de alto y lo mismo de ancho, y se encuentra en la base de un acantilado muy elevado y perpendicular: un rompeolas. Se entra en botes pequeños y, además, por los pelos. No se puede ir cuando hay marea alta. Una vez en su interior, lo que se ve es una caverna arqueada que mide unos cincuenta metros de largo, treinta y cinco de ancho y unos veinte de alto. Su profundidad nadie la sabe. Llega hasta el fondo del mar. Las aguas de este plácido lago subterráneo tienen el azul más hermoso y vivo que nadie pueda imaginar. Son tan transparentes como el vidrio, y su color avergonzaría al cielo más intenso que se haya combado jamás sobre Italia. No existe matiz más deslumbrante, ni lustre más soberbio. Si se tira una piedra al agua, las miles de diminutas burbujas que se crean, relampaguean con un resplandor tan brillante, que parecen artísticos fuegos azules. Si se introduce en ella un remo, su pala se vuelve plata helada, espléndida, teñida de azul. Si un hombre se zambulle, al instante se ve envuelto en una armadura más hermosa que la de un regio cruzado.

Luego fuimos a Isquia, pero yo ya había estado en esa isla y casi me muero de agotamiento «descansando» un par de días y estudiando la infamia humana, para lo que tomé como modelo al patrón de la Grande Sentinella. Luego fuimos a Procida y, desde allí, a Pozzuoli, donde desembarcó San Pablo, después de navegar desde Samos. Yo desembarqué exactamente en el mismo lugar al que llegó San Pablo, como Dan y los otros. Fue una coincidencia increíble. San Pablo predicó para estas gentes durante siete días antes de emprender camino a Roma.

Las Termas de Nerón, las ruinas de Bayas, el templo de Serapis; Cumas, donde la sibila de Cumas interpretaba el oráculo, el lago de Agnado, con su antigua ciudad sumergida aún visible en sus profundidades: todos éstos, y otros cien lugares de interés, examinamos con imbecilidad crítica, pero la Gruta del Perro fue lo que más nos llamó la atención, porque habíamos oído hablar de ella y habíamos leído mucho al respecto. Todo el mundo ha escrito acerca de la Gruta del Perro y sus vapores venenosos, desde Plinio a Smith, y cada turista ha retenido a un perro sobre su suelo, sujetándolo por las patas, para poner a prueba las habilidades del lugar. El perro muere en un minuto y medio; un pollo, al instante. Por norma general, los forasteros que se arrastran hasta su interior para dormir, no se levantan hasta que los llaman. Y tampoco lo hacen entonces. El desconocido que se arriesga a dormir allí firma un contrato indefinido. Yo deseaba ver esa gruta. Decidí llevar un perro y sujetarlo yo mismo; asfixiarlo un poco, y cronometrarlo; asfixiarlo un poco más y luego rematarlo. Llegamos a la gruta sobre las tres de la tarde, y enseguida comenzamos con los experimentos. Pero nos encontramos con un obstáculo importante: no teníamos perro.

## CONTINUACIÓN DEL ASCENSO AL VESUBIO

En la Ermita nos hallábamos entre cuatrocientos cincuenta y quinientos cincuenta metros por encima del nivel del mar, por lo que en una buena parte el ascenso había resultado bastante abrupto. Durante las dos millas siguientes, el camino fue muy variado: a veces la ascensión resultaba empinada y otras no; pero había una característica que la acompañaba siempre, sin fallar, sin cambios: era inquebrantable e indeciblemente infame. Era una senda estrecha, accidentada, que daba sobre una antigua corriente de lava: un mar negro que había rodado hasta crear miles de formas fantásticas; un caos extremo de ruina, desolación y aridez; de masas de negrura retorcidas, arrugadas y enredadas que imitaban raíces ramificadas, enormes enredaderas, troncos de árboles, todos entrelazados y mezclados; y todas esas formas curiosas, todo ese panorama turbulento, todo ese desierto de negrura, tormentoso, que se extiende hasta muy lejos, con su emocionante capacidad de sugerir vida, acción, ebullición, avalanchas y movimientos desenfrenados, ¡estaba petrificado! ¡Todo se había quedado frío, muerto, en el instante mismo de su explosión más rabiosa! ¡Encadenado, paralizado, mirando al cielo, encolerizado, impotente de ira, por siempre jamás!

Por fin nos encontramos en un valle nivelado y estrecho (un valle creado por el espantoso avance de una antigua erupción), y a cada uno de sus lados se alzaban los dos empinados picos del Vesubio. El que teníamos que escalar —ese que contiene el volcán activo— parecía estar a doscientos cincuenta o trescientos metros de altura, y aparentaba ser demasiado empinado para que nadie lo escalase. Desde luego, ninguna mula sería capaz de hacerlo llevando un hombre a lomos. Cuatro de esos piratas nativos llevarán al turista hasta la cima en una silla de manos, si éste así lo desea pero, imaginen que resbalan y lo dejan caer, ¿creen que dejará de rodar montaña abajo alguna vez?

A este lado de la eternidad es posible que no. Dejamos las mulas, nos afilamos las uñas, y comenzamos el ascenso sobre el que vengo escribiendo desde hace tanto, a las seis menos veinte de la mañana. El sendero subía por una abrupta extensión de pedazos sueltos de piedra pómez, y por cada dos pasos que avanzábamos, retrocedíamos uno. Era tan terriblemente empinado que, cada cincuenta o sesenta pasos, teníamos que detenernos para descansar un momento. Si queríamos ver a nuestros camaradas teníamos que mirar directamente hacia arriba de nosotros, o directamente hacia abajo. Por fin alcanzamos la cima: nos había llevado una hora y cuarto.

Lo que allí vimos fue, simplemente, un cráter circular —una zanja circular, si lo prefieren— de unos sesenta metros de profundidad y de entre ciento veinte y ciento cincuenta de ancho, cuya pared interior medía media milla de circunferencia. En el centro de la gran pista circense así formada, había un levantamiento irregular y desgarrado de treinta metros de altura, nevado y con una costra de azufre de muchos

colores, todos bonitos y alegres; y la zanja lo cercaba como si fuese el foso de un castillo, o lo rodeaba como un riachuelo circunda una isleta, si les parece mejor la comparación. La capa de azufre de la isla resultaba muy llamativa: mezclados en la más intensa de las confusiones había rojos, azules, marrones, negros, amarillos, blancos —creo que no había ningún color, matiz, o combinación de colores que no estuviese allí representado— y cuando el sol atravesó las nieblas de la mañana e iluminó esa magnificencia pigmentada, cubrió al imperial Vesubio como si de una corona llena de joyas se tratase.

El propio cráter —la zanja— no presentaba tanto colorido pero, aún así, con su suavidad, intensidad y elegancia sin pretensiones, resultaba más encantador y más fascinante a la vista. No había nada «chillón» en su aspecto impecable, con clase. ¿Hermoso? Podía uno quedarse allí de pie, mirándolo, durante una semana seguida sin cansarse. Tenía la apariencia de una agradable pradera, cuyos ligeros pastos y musgos aterciopelados se hubiesen cubierto de escarcha con un polvo brillante, y se hubiesen teñido con el verde más pálido que, gradualmente, se fuese convirtiendo en el verde de la hoja del naranjo, que luego acabaría en un marrón oscuro, para aclarar después y terminar en naranja, y en el dorado más brillante, culminando en el delicado rosa de un capullo recién abierto. En los lugares en los que se habían hundido algunas partes de la pradera, y en los que otras se habían desgajado como un témpano de hielo, los agujeros cavernosos de unas, y los bordes irregulares y levantados que las otras habían dejado, lucían un encaje de cristales de azufre suavemente tintados, que convertía sus deformidades en pintorescas formas y figuras, llenas de elegancia y belleza.

Las paredes de la zanja brillaban debido a los terraplenes amarillos, de azufre, y a la lava y la piedra pómez de muchos colores. No se veía fuego por ninguna parte, pero las ráfagas de vapor sulfuroso brotaban, silenciosas e invisibles, de miles de pequeñas grietas y fisuras que había en el cráter, y la brisa lo traía flotando hasta nuestras narices. Pero mientras mantuviésemos la nariz enterrada en el pañuelo, no existía peligro de asfixia.

Algunos de los muchachos hundieron largas tiras de papel en los agujeros, y les prendieron fuego, alcanzando la gloria de encender sus puros con las llamas del Vesubio, y otros cocinaron un huevo sobre las fisuras de las rocas, lo que los hizo muy felices.

La vista desde la cima hubiese resultado soberbia, de no ser porque el sol sólo conseguía atravesar la neblina muy de vez en cuando. Por eso, lo que pudimos vislumbrar del grandioso panorama que se extendía a nuestros pies, nos resultó intermitente e insatisfactorio.

## EL DESCENSO

Descender la montaña fue cuestión de sólo cuatro minutos. En lugar de seguir con

sigilo el escarpado sendero por el que habíamos ascendido, elegimos otro que estaba cubierto, hasta la rodilla, de cenizas sueltas, y nos abrimos camino entre ellas con unas zancadas tan prodigiosas que habrían avergonzado a aquel de las botas de siete leguas.

El Vesubio de hoy en día tiene poco que decir si lo comparamos con el potente volcán Kilauea, de las Islas Sándwich <sup>[31]</sup>, pero me alegro de haberlo visitado. Ha merecido la pena.

Dicen que, durante una de las erupciones más importantes del Vesubio, éste expulsó piedras macizas que pesaban muchas toneladas a trescientos metros de altura, los enormes chorros de humo y vapor se elevaron treinta millas hacia el firmamento, y las nubes de cenizas se fueron flotando mar adentro, hasta posarse en las cubiertas de los barcos que estaban a setecientas cincuenta millas. Yo me quedo con las cenizas, después de un descuento moderado, si alguien se queda con las treinta millas de humo, pero no me siento capaz de interesarme yo solo por la historia al completo.

## XXXI

### L A CIUDAD SEPULTADA DE POMPEYA

Lo pronuncian «Pompei». Siempre había supuesto que a Pompeya se bajaba con antorchas, por unas escaleras oscuras y húmedas, como se baja a las minas de plata, y se recorrían túneles sombríos, cubiertos de lava y, a cada lado, una especie de prisiones derruidas abiertas en la tierra maciza, que, vagamente, parecerían hogares. Pero nada de eso. Más o menos la mitad de la ciudad sepultada ha sido desenterrada ya y se puede ver a la luz del día: allí se alzan las interminables hileras de casas de ladrillo sólidamente construidas (sin tejado), tal y cómo se alzaban hace mil ochocientos años, recibiendo el calor del sol; y allí se extienden sus suelos, bien limpios, sin un solo fragmento deslucido de los elaborados mosaicos que los representaban con las bestias, los pájaros y las flores, y que hoy copiamos en nuestras perecederas alfombras; y aquí están las Venus, los Bacos y los Adonis, cortejando y bebiendo en los frescos de múltiples matices, sobre las paredes de los salones y los dormitorios; y las calles estrechas, con sus aceras aún más estrechas, adoquinadas con losas de dura lava, las unas mostrando las huellas de los carros, y las otras marcadas con las pisadas de los pompeyanos de hace siglos; también están los hornos, los templos, las salas de justicia, las termas, los teatros: todo limpio, bien raspado y pulcro, sin parecerse en absoluto a las minas de plata, ocultas en las entrañas de la tierra.

Las columnas rotas tiradas por el suelo, los umbrales sin puertas y los extremos derrumbados de aquel bosque de paredes, recordaban a un «distrito incendiado» de una de nuestras ciudades; y si hubiese habido maderas carbonizadas, ventanas rotas, montañas de escombros, y una presencia generalizada de humo y negrura, el parecido habría sido total. Pero no: el sol brilla hoy en Pompeya con tantas ganas como lo hacía cuando Cristo nació en Belén, y sus calles están cien veces más limpias ahora que cuando cualquier pompeyano las vio por primera vez. Sé de lo que hablo, porque en las grandes y principales vías públicas (Merchant Street y Fortune Street) he visto con mis propios ojos que en doscientos años, como poco, nunca han reparado la calzada, y allí siguen las rodadas, de diez y hasta de veinte centímetros de profundidad, que los carros de varias generaciones de contribuyentes estafados han dejado profundamente grabadas en las densas losas. No sabré yo, por todo eso, que los conservadores de las calles de Pompeya jamás cumplieron con sus obligaciones y que, si nunca arreglaron las calzadas, mucho menos aún iban a limpiarlas. Además, ¿acaso no es innato a los conservadores de las calles, dejar de cumplir con su deber siempre que les surge la oportunidad? Ojalá supiera cómo se llamaba el último que ocupó tal cargo en Pompeya, para echarle la bronca. Me enciendo al hablar de este tema porque se me quedó un pie atrapado en una de esas rodadas, y la tristeza que me invadió cuando vi el primer pobre esqueleto, cubierto de cenizas y lava, se vio

mitigada por la reflexión de que, tal vez, se tratara del conservador de las calles.

No, Pompeya ya no es una ciudad sepultada. Es una ciudad de cientos y cientos de casas sin tejado, un laberinto de calles en el que resultaría fácil perderse, sin guía, para acabar durmiendo en algún fantasmal palacio que no ha contado con inquilinos vivos desde aquella horrible noche de noviembre de hace dieciocho siglos.

Entramos por la puerta que da al Mediterráneo (llamada puerta Marina), pasamos junto a la herrumbrosa y destrozada imagen de Minerva, que sigue vigilando, incansable, las posesiones que fue incapaz de salvar, y subimos por una calle larga para acabar en la ancha plaza del Foro. El suelo estaba a nivel, limpio, y a cada lado, arriba y abajo, una noble columnata de pilastras rotas, con hermosas columnas jónicas y corintias desparramadas entre ellas. En el extremo superior se hallaban los asientos vacantes de los jueces y, por detrás de ellos, descendimos hasta una mazmorra en la que, aquella memorable noche de noviembre, la escoria y las cenizas habían hallado a dos prisioneros encadenados y los habían torturado hasta la muerte. ¡Cómo debieron tirar de los despiadados grilletes mientras los fuegos abrasadores avanzaban sobre ellos!

Después ganduleamos por montones de suntuosas mansiones privadas, a las que no habríamos podido entrar, en los viejos tiempos, cuando sus dueños las ocupaban, sin una invitación formal en un latín incomprendible, que seguramente no nos habrían enviado nunca. Aquellas gentes levantaban unas casas muy parecidas las unas a las otras. Los suelos estaban cubiertos por imaginativos dibujos realizados con mosaicos de mármoles de muchos colores. En el umbral, la vista se encuentra con una frase de bienvenida en latín, a veces, o el dibujo de un perro, con la inscripción «Cuidado con el perro», o con el dibujo de un oso o de un fauno sin inscripción alguna. Luego se llega a una especie de vestíbulo, donde tendrían el perchero, digo yo; a continuación, una habitación con una enorme taza de mármol en el medio y las cañerías de una fuente; a cada lado, dormitorios; pasada la fuente hay una pequeña sala de estar, y luego un jardín, el comedor, etcétera, etcétera. Todos los suelos eran de mosaico, las paredes estaban estucadas, pintadas al fresco, adornadas con bajorrelieves y, aquí y allá, estatuas, grandes y pequeñas, y estanques con peces, y cascadas de agua chispeante que manaba de lugares secretos en la columnata de hermosas pilastras que rodeaba el patio, y que mantenía frescos los parterres de flores y el aire. Los pompeyanos tenían gustos y costumbres sibaritas. Los bronceos más exquisitos que hemos visto en Europa proceden de las ciudades exhumadas de Herculano y Pompeya, además de los camafeos más hermosos y los grabados más delicados realizados sobre piedras preciosas; sus pinturas, que tienen dieciocho o diecinueve siglos de antigüedad, suelen ser mucho más agradables que la famosa basura de los Maestros Antiguos de hace tres siglos. Sabían de arte. Desde la creación de estas obras en el siglo I, hasta el siglo XI, parece que el arte prácticamente no existió (al menos no quedan restos de él) y resulta curioso ver lo mucho que aquellos paganos de la antigüedad (al menos en algunas cosas) superaban a las remotas generaciones de



maestros que vivieron después de ellos. En escultura, el mundo se enorgullece de Laocoonte y del Gladiador Moribundo, ambas en Roma. Son tan antiguas como Pompeya, fueron excavadas de la tierra como Pompeya; aunque sobre su edad exacta o su autoría, no podemos más que hacer conjeturas. Pero gastadas, agrietadas, sin historial, y con las terribles huellas de los innumerables siglos que han transcurrido, siguen ridiculizando, en silencio, cualquier intento por rivalizar con su perfección.

Resultaba un pasatiempo original y curioso ese de vagabundear por aquella vieja y silenciosa ciudad de los muertos, holgazanear por calles completamente desiertas, en las que miles y miles de seres humanos compraron y vendieron, caminaron y montaron, e hicieron que el lugar resonase con el ruido y la confusión del tráfico y del placer. No eran vagos. En aquellos tiempos iban con prisas. Y tenemos pruebas de ello. En una esquina había un templo, y el camino más corto para pasar de una calle a otra era cruzar entre las columnas, en lugar de rodear el templo: y el camino había quedado perfectamente trazado, sobre las compactas losas del suelo del edificio, por generaciones enteras de pies que querían ganar tiempo. No iban a rodearlo cuando acababan antes atravesándolo. Eso lo hacemos hoy en día en nuestras ciudades.

Por todas partes vemos cosas que nos hacen pensar en lo viejas que eran estas viejas casas antes de que llegase la noche de su destrucción; y cosas, también, que nos devuelven a esos habitantes, muertos desde hace tanto, y que los hacen aparecer vivos ante nuestros ojos. Por ejemplo: los escalones (bloques de lava de sesenta centímetros de espesor) que salen de la escuela, y el mismo tipo de escalones que llevan al piso principal del teatro más importante, están casi desgastados por el uso. Durante años, los niños salieron corriendo de la escuela y, también durante años, sus padres entraron corriendo en el teatro, y los pies nerviosos, que son polvo y cenizas desde hace dieciocho siglos, han dejado sus huellas para que podamos interpretarlas. Yo imaginé que veía multitudes de damas y caballeros aglomerándose a la puerta del teatro, con entradas numeradas en la mano; y en la pared, leí el imaginario cartel, con su infame redacción: «NO HAY ENTRADAS GRATIS PARA NADIE, EXCEPTO PARA LOS MIEMBROS DE LA PRENSA».

Rondando cerca de la puerta (fantaseaba yo), estarían los desgarrados chicos callejeros de Pompeya, diciendo groserías y cosas feas, y atentos por si hacían controles. Entré en el teatro y me senté en una de las enormes hileras de bancos de piedra del piso principal, y miré el lugar donde se situaba la orquesta, el destrozado escenario, y la enorme proporción de palcos vacíos, y pensé: «Este público no cubre gastos». Intenté imaginar la música a todo volumen, el director de la orquesta marcando el ritmo y al versátil «fulanito de tal» (que «acababa de llegar de una gira por provincias llena de éxitos, para cumplir con su último compromiso en Pompeya, el de la despedida, que sólo duraría seis noches, sin posibilidad de ampliación, antes de su partida hacia Herculano») recorriendo el escenario a zancadas y llevando la agonía hasta alturas inimaginables... pero no lo conseguí, con un público tan pobre: esos bancos vacíos devolvieron mi imaginación a la cruda realidad. Me dije que las

personas que deberían haber estado allí estaban muertas, sin moverse, y convirtiéndose en polvo desde hacía siglos, y ya no les importaban las naderías y los disparates de la vida. «Debido a circunstancias, etc., etc., esta noche no habrá representación». Abajo el telón. Apaguen las luces.

Así que me di la vuelta y recorrí, tienda tras tienda, almacén tras almacén, la extensa calle de los mercaderes, y pedí mercancías de Roma y de Oriente, pero los comerciantes ya no estaban; en los puestos reinaba el silencio, y sólo quedaban vasijas rotas atrapadas en el cemento hecho de cenizas: el vino y el aceite que habían contenido, habían desaparecido junto con sus dueños.

En una panadería se veía la piedra para moler el grano, y los hornos para cocer el pan: y dicen que allí, en los mismos hornos, los que desenterraron Pompeya encontraron hogazas de pan bien horneadas, que el panadero no había tenido tiempo de retirar la última vez que abandonó su tienda, porque las circunstancias lo obligaron a salir corriendo.

En una casa (el único edificio de Pompeya al que no pueden entrar las mujeres) había pequeñas habitaciones con camas también pequeñas, pero de obra, como se hacían en la antigüedad, y en las paredes había pinturas que parecían casi recién hechas, pero que ninguna pluma tendría la osadía de describir; y aquí y allá, inscripciones en latín, obscenos atisbos de ingenio, garabateadas por unas manos que, posiblemente, se alzaron al cielo pidiendo socorro en plena tormenta de fuego, antes de que terminase la noche.

En una de las calles principales había un pesado depósito de piedra, y el canalón que lo llenaba; y en el lugar en el que los cansados y acalorados trabajadores de la Campania descansaban sus manos derechas cuando se inclinaban para aplicar sus labios sobre el caño, la densa piedra estaba gastada y se había formado un surco de entre dos y cinco centímetros de profundidad. ¡Cuántos miles de manos debieron posarse en ese lugar, en los años pasados, para desgastar de esa forma una piedra tan dura como el hierro!

En Pompeya tenían un gran tablón de anuncios —un lugar donde colocaban los anuncios de los combates de gladiadores, las elecciones, y cosas de ésas— no en papel perecedero, sino tallados en la duradera piedra. Una dama que, según interpreto, era rica y bien educada, anunciaba un conjunto residencial en alquiler, con termas y todas las instalaciones modernas, y varios cientos de tiendas, y estipulaba que el conjunto residencial no debía utilizarse con fines inmorales. Se puede saber quién vivía en muchas de las casas de Pompeya gracias a las placas de piedra que había junto a las puertas; del mismo modo podía saberse quién ocupaba las tumbas. Por todas partes hay cosas que nos revelan algo sobre las costumbres y la historia de este pueblo olvidado. Pero ¿qué dejaría un volcán de una ciudad americana, si hiciera erupción sobre ella? Pocos restos o símbolos que nos contasen su historia.

En uno de aquellos grandes vestíbulos pompeyanos, se encontró el esqueleto de un hombre que tenía diez monedas de oro en una mano y una llave grande en la otra.

Había recogido su dinero y se dirigía hacia la puerta, pero la salvaje tempestad lo sorprendió en el umbral, se desplomó y se murió. Un solo minuto más de tiempo lo habría salvado. Vi los esqueletos de un hombre, una mujer y dos niñas. La mujer tenía las manos muy abiertas, como en un gesto de terror absoluto, y me pareció que aún se veía, en su rostro informe, parte de ese gesto de desesperación extrema que lo distorsionó cuando de los cielos llovió fuego sobre las calles, hace tanto tiempo. Las niñas y el hombre yacían tapándose el rostro con los brazos, como si hubiesen intentado protegerse de las cenizas que todo lo cubrían. En una habitación aparecieron dieciocho esqueletos, todos sentados, y en las paredes aún se pueden apreciar las marcas que dejaron sus figuras y las distintas posturas que adoptaron, como si fuesen sombras. Uno de ellos, una mujer, aún llevaba puesto un collar sobre su cuello de esqueleto, con su nombre grabado: Julie Di Diomede.

Pero tal vez, lo más poético que Pompeya le ha cedido a la ciencia moderna sea esa grandiosa figura del soldado romano, con su armadura completa. Ese soldado que, respetuoso de su deber, fiel a su orgullosa condición de soldado de Roma, y rebosante del firme valor que había llevado a los suyos a la gloria, se mantuvo en su puesto junto a las puertas de la ciudad, erguido e inquebrantable, hasta que el infierno que se desataba a su alrededor quemó el impávido coraje que no logró conquistar.

No somos capaces de leer algo sobre Pompeya sin pensar en ese soldado; no podemos escribir nada acerca de Pompeya sin sentir el impulso natural de concederle la mención que tanto merece. Recordemos que era un soldado —no un policía— y por tanto, alabémoslo. Por ser un soldado, allí se quedó: su instinto guerrero le impidió huir. De haber sido policía, también se hubiese quedado, porque habría estado dormido.

No hay en Pompeya ni media docena de tramos de escaleras; tampoco hay indicios de que las casas contasen con más de una planta. La gente no vivía en las nubes, como los venecianos, los genoveses y los napolitanos de la actualidad.

Salimos de entre los solemnes misterios de esta ciudad del Pasado Venerable —esta ciudad que pereció, con sus costumbres antiguas y sus curiosas modas de hace tantos siglos, de cuando los discípulos predicaban una nueva religión que ahora, para nosotros, es tan vieja como las montañas—, y nos adentramos, soñando, entre las arboledas que crecen sobre los acres y más acres de calles y plazas que aún siguen sepultadas, hasta que un chirriante silbato y el grito de «¡Pasajeros al tren! ¡Último tren a Nápoles!» me despertó y me recordó que estaba en el siglo XIX, y que no era una momia polvorienta, rebozada y endurecida por las cenizas, de mil ochocientos años de edad. El cambio fue brusco. Pensar que había un ferrocarril que llegaba hasta la vieja y muerta Pompeya, y que tocaba el silbato irreverentemente, para avisar a los pasajeros, de la forma más comercial y bulliciosa, resultaba muy extraño y, sobre todo, poco poético y desagradable.

Comparemos la alegría de vivir y cómo brilla hoy el sol, con los horrores que Plinio el Joven presencié aquí, el 9 de noviembre del año 79 d. C., cuando tan

valientemente luchaba por poner a salvo a su madre, mientras ella le rogaba, con la generosidad de las madres, que la dejase morir a ella y se pusiera él a salvo.

*Para entonces, la tenebrosa oscuridad había avanzado de tal forma que parecíamos hallarnos en una noche negra, sin luna, o en una cueva donde se hubieran apagado todas las luces. A cada lado se oían las quejas de las mujeres, el llanto de los niños, y los gritos de los hombres. Uno llamaba a su padre, otro a su hijo, y otro a su mujer, y sólo se podían reconocer por las voces. Muchos de ellos, desesperados, rogaban para que les llegase la muerte y acabasen, así, sus desgracias.*

*Algunos imploraban socorro a los dioses, y otros creían que esa noche sería la última, la noche eterna que se tragaría al universo.*

*A mí también me lo parecía, y me consolé ante la cercana muerte pensando: ¡El mundo entero fallece!*

Después de echarles una ojeada a las imponentes ruinas de Roma, de Bayas, y de Pompeya, y después de observar las interminables hileras de mármol de cabezas imperiales deterioradas y anónimas que se extienden por los pasillos del Vaticano, hay una cosa que me llama la atención como nunca antes lo había hecho: la naturaleza insustancial y poco duradera de la fama. En la antigüedad, los hombres vivieron y lucharon febrilmente, esforzándose como esclavos en la oratoria, la táctica, o la literatura, para después entregarse a la muerte, felices por poseer una historia duradera y un nombre inmortal. Y pasan veinte siglos de nada, ¿y qué queda de todo eso? Una inscripción rara en un pedazo de piedra, que los anticuarios persistentes buscan, complican y de la que, al final, sólo sacan un simple nombre (que pronuncian mal), sin historia, sin tradición, sin poesía: sin nada que pueda hacerla medianamente interesante. ¿Qué quedará del gran nombre del General Grant dentro de cuarenta siglos? Puede que esto, en la enciclopedia del año 5868 d. C.:

*URIAH S. (o Z.). GRAUNT: popular poeta de la edad antigua, de las provincias Aztecas de los Estados Unidos de la América Británica. Algunos eruditos afirman que prosperó alrededor del año 742 d. C.; pero el sabio Ah-ah Foo-foo afirma que fue contemporáneo de Scharkspyre, el poeta inglés, y que vivió sobre el año 1328 d. C., alrededor de tres siglos después de la guerra de Troya, en lugar de antes de la misma. Escribió «Acúname hasta que me duerma, madre».*

Estos pensamientos me ponen triste. Me voy a la cama.

## XXXII

¡E n casa, de nuevo! Por primera vez en muchas semanas, la familia completa de a bordo pudo reunirse en la cubierta superior. Procedían de muchos puntos del globo, y de muchas tierras, pero no faltaba nadie; no había ninguna historia de enfermedad o de muerte entre el rebaño que empañase la alegría de la reunión. Una vez más había lleno de público en cubierta para escuchar los coros de los marineros mientras levaban anclas, y para despedirse de tierra mientras nos alejábamos de Nápoles. Otra vez estaban ocupados todos los asientos del comedor a la hora de cenar, y la vida y el bullicio de la cubierta superior a la luz de la luna volvían a ser como en los viejos tiempos... unos viejos tiempos que sólo habían estado ausentes unas semanas, pero habían sido unas semanas tan llenas de incidentes, aventuras y emociones que casi parecían años. A bordo del *Quaker City* no faltaba la alegría. Por una vez, su nombre no resultaba apropiado [32]. A las siete de la tarde, con el horizonte occidental totalmente dorado debido al hundimiento del sol, y salpicado de barcos lejanos, la luna llena muy alta y adelantada, el azul oscuro de las profundidades marinas, y una curiosa forma de crepúsculo causado por las distintas luces y colores que nos rodeaban por todas partes, avistamos el soberbio Stromboli. ¡Con qué majestuosidad el monarca había mantenido su solitario estado por encima del nivel del mar! La distancia lo envolvía en una penumbra púrpura, y le añadía un velo de reluciente bruma, el cual dulcificaba de tal forma sus escarpados rasgos que nos parecía verlo a través de un velo de gasa plateada. Su antorcha se había apagado; sus lumbres ardían sin llama; una columna de fuego que se elevaba y se perdía entre el brillo de la luna era la única señal que indicaba que era un Autócrata del Mar vivo, y no el espectro de uno muerto.

A las dos de la madrugada atravesamos el estrecho de Mesina, y la luna brillaba con tal intensidad que, Italia por un lado y Sicilia por el otro, se veían tan claramente como si estuviésemos cruzando una calle y las contemplásemos desde su centro. La ciudad de Mesina, blanca como la leche, cubierta de estrellas y salpicada de lentejuelas por las lámparas de gas, ofrecía un hermoso espectáculo. Una buena parte de los nuestros estábamos en cubierta, fumando y haciendo ruido, a la espera de ver a Escila y Caribdis. Al poco apareció el Oráculo con su eterno catalejo y se cuadró en cubierta cual moderno Coloso de Rodas. Resultaba sorprendente verlo fuera a semejante hora. Nadie se imaginó que pudiera interesarle una vieja fábula como la de Escila y Caribdis. Uno de los muchachos dijo:

—Hola, doctor, ¿qué hace usted aquí fuera a estas horas de la noche? ¿Por qué desea ver este lugar?

—¿Que por qué deseo ver este lugar? Joven, poco me conoce usted, o no preguntaría semejante cosa. Deseo ver *todos* los lugares que se mencionan en la Biblia.

—Bobadas. En la Biblia no se menciona este lugar.

—¡Que no se menciona en la Biblia! ¡Que este lugar no...! A ver, ¿qué lugar es éste, ya que parece usted saber tanto?

—Es Escila y Caribdis.

—Escila y Ca... ¡Diablos, creí que era Sodoma y Gomorra!

Plegó su catalejo y bajó. Ésta es la historia del barco. Su credibilidad queda un tanto deslucida por el hecho de que el Oráculo no era un estudioso de la Biblia y no le dedicaba demasiado tiempo a instruirse sobre las localidades bíblicas. Dicen que el Oráculo se queja últimamente, con este calor, de que la única bebida a bordo que resulta pasable es la mantequilla. Por supuesto que no se refiere a la mantequilla, pero como dicho artículo se mantiene derretido porque no tenemos hielo, parece justo concederle el crédito de haber colocado una palabra larga en el lugar adecuado, aunque sea por una vez en su vida. En Roma dijo que el Papa era un hombre de aspecto noble, pero que su *Iliada* nunca le había parecido gran cosa.

Pasamos un día muy agradable bordeando las Islas Griegas. Son muy montañosas. Los tonos que en ellas prevalecen son el gris y el marrón, que se acerca al rojo. Las pequeñas y blancas aldeas, rodeadas de árboles, anidan en los valles, o se posan sobre los elevados y perpendiculares acantilados.

La puesta de sol resultó muy hermosa: un rubor carmín intenso tiñó el cielo occidental y proyectó un resplandor rojizo sobre el mar. Parece que en esta parte del mundo no abundan los ocasos bonitos o, al menos, sorprendentes. Son suaves, sensuales, tiernos: exquisitamente refinados, afeminados; pero aún no hemos visto ninguno que se parezca a los magníficos incendios que estallan junto al sol poniente en nuestras altas latitudes del norte.

Pero ¿qué eran para nosotros las puestas de sol, con la gran excitación que nos dominaba al acercarnos a la más famosa de las ciudades? ¿Qué nos importaban las vistas externas cuando Agamenón, Aquiles, y miles de héroes más del grandioso pasado marchaban en fantasmagórica procesión en nuestros ensueños? ¿Qué eran los ocasos para nosotros, que estábamos a punto de vivir, respirar y caminar por la Atenas verdadera; sí, y de introducirnos en los siglos muertos y de pujar en persona por los esclavos, Diógenes y Platón, en la plaza del mercado, y de cotillear con los vecinos sobre el asedio de Troya o las magníficas hazañas de Maratón? No nos dignamos a tener en cuenta las puestas de sol.

Por fin llegamos y nos adentramos en el antiguo puerto de El Pireo. Echamos el ancla a media milla de la población. A lo lejos, atravesando la ondulante llanura de Ática, se veía una colina de cimas algo cuadradas que llamaba la atención; pronto descubrimos, con nuestros catalejos, que eran las ruinas de la ciudadela de los atenienses, y que lo que más destacaba entre todas ellas era el venerable Partenón. La atmósfera de este lugar es tan intensamente clara y pura que, con la ayuda del catalejo, era posible discernir hasta la última columna de tan noble estructura, e incluso las ruinas más pequeñas asumían un asomo de forma. Y todo eso a cinco o

seis millas de distancia. En el valle, cerca de la Acrópolis (la colina de cimas cuadradas a la que me he referido), era posible distinguir vagamente a la propia Atenas, con unos simples impertinentes. Todos estábamos deseosos de bajar a tierra y de visitar lo antes posible aquellos lugares de la Antigüedad Clásica. Ninguna tierra de las avistadas hasta entonces había provocado un interés tan universal entre los pasajeros.

Pero llegaron las malas noticias. El comandante de El Pireo se acercó en su lancha y nos dijo que debíamos o bien zarpar, o salir de la bahía y permanecer encerrados en nuestro buque, bajo estricta cuarentena, durante once días. Así que levamos anclas y salimos de la bahía, donde esperamos unas doce horas, más o menos, para hacernos con las provisiones necesarias, y continuamos viaje hacia Constantinopla. Aquélla fue la decepción más amarga que habíamos experimentado hasta entonces. ¡Permanecer un día entero a la vista de la Acrópolis, y vernos obligados a marcharnos sin haber visitado Atenas! «Decepción» no era una palabra lo bastante descriptiva como para reflejar las circunstancias.

Todo el mundo estuvo en cubierta, toda la tarde, con libros, mapas y catalejos, intentando determinar qué cresta rocosa y estrecha era el Areópago, qué inclinado monte el Pnyx, qué elevación la colina del Museo, etcétera. Y nos confundimos. La discusión empezó a caldearse, y los ánimos del grupo estaban revueltos. Los miembros de la iglesia observaban con emoción una colina que, según ellos, era desde la que había predicado San Pablo, y otro grupo afirmaba que dicha colina era el monte Himeto, y aún otro, que era el Pentélico. Después de tanto lío, sólo podíamos estar seguros de una cosa: la colina de cima cuadrada era la Acrópolis y la grandiosa ruina que la coronaba era el Partenón, cuya imagen conocíamos desde niños por los libros de la escuela.

A todo el que se acercaba al barco le preguntábamos si había guardias en El Pireo, si eran estrictos, qué posibilidades teníamos de que nos capturasen si alguno de nosotros bajaba a tierra a escondidas y, en caso de que nos atreviésemos y nos capturasen, qué podían hacernos. Las respuestas fueron descorazonadoras: había una guardia policial muy estricta; la ciudad de El Pireo era pequeña y cualquier extranjero llamaría la atención, así que nos capturarían sin lugar a dudas. El comandante dijo que el castigo sería «duro». Al preguntarle «¿Cómo de duro?», nos dijo que sería «muy severo», y no pudimos sacarle nada más.

A las once de la noche, cuando la mayoría del pasaje estaba en la cama, cuatro de nosotros bajamos furtivamente a tierra en un bote. Las nubes que envolvían la luna nos facilitaban la empresa y, de dos en dos, y separados los unos de los otros, empezamos a subir una colina baja, con la intención de rodear El Pireo, lejos del alcance de su Policía. El abrirnos camino a tan buen ritmo sobre aquel promontorio rocoso y lleno de ortigas, me hizo sentir como si me dirigiese a algún sitio a robar algo. Mi camarada y yo hablábamos en voz baja sobre las leyes de cuarentena y sus castigos, pero el tema no nos resultaba alentador. Yo estaba avisado. Sólo unos días

antes, me encontraba hablando con nuestro capitán, y él hizo referencia al caso de un hombre que nadó hasta la orilla desde un barco en cuarentena y lo encerraron en la cárcel durante seis meses; y estando en Génova unos años antes, el capitán de un barco en cuarentena se acercó, en su bote, hasta un barco que ya zarpaba y que había salido de la bahía, para entregarles una carta dirigida a su familia, y las autoridades lo encarcelaron tres meses; después lo acompañaron, a él y a su barco, hasta alta mar y le dijeron que no volviera a aparecer por aquel puerto mientras viviese. Esa clase de conversación no servía más que para darle una especie de deprimente interés a nuestra expedición ilegal, así que la dejamos. Realizamos el circuito entero de la ciudad sin haber visto a nadie, excepto a un hombre que se nos quedó mirando con curiosidad pero que no dijo nada, y a una docena de personas durmiendo en el suelo delante de sus puertas, entre las que caminamos sin que se despertaran; pero sí que despertamos a muchos perros: siempre teníamos a uno o dos ladrándonos en los talones, y en varias ocasiones llegamos a tener diez y doce a la vez. Montaban semejante jaleo que los que estaban a bordo de nuestro barco pudieron saber por dónde íbamos durante un buen rato, y dónde nos encontrábamos, todo gracias a los ladridos de los perros. Las nubes, que tapaban la luna, seguían favoreciéndonos. Cuando habíamos recorrido el circuito entero, y pasábamos entre las casas del extremo más alejado de la ciudad, la luna salió en todo su esplendor, pero la luz ya no nos daba miedo. Cuando nos acercamos a un pozo, próximo a una casa, para beber algo, el dueño se limitó a echarnos una ojeada y a retirarse. Dejó la tranquila y adormilada ciudad en nuestras manos. Y yo aquí, orgulloso, constato que no le hicimos nada.

Al no ver camino alguno, utilizamos como referencia una colina elevada que quedaba a la izquierda de la lejana Acrópolis, y nos dirigimos en línea recta hacia ella, por encima de cualquier obstáculo, y por un terreno un poco más abrupto que el que se encuentra a las afueras del estado de Nevada. Parte del camino estaba cubierto por piedras pequeñas y sueltas —podíamos pisarlas de seis en seis— que rodaban. Otra parte era tierra seca, suelta y recién arada. Había aún otra zona cubierta de cepas bajas, en las que nos enredábamos y nos causaban problemas, y a las que tomamos por zarzas. La llanura Ática, salvo las cepas, era un erial desierto, desolado y poco poético. Me pregunto cómo sería en la edad de oro de Grecia, quinientos años antes de Cristo.

Alrededor de la una de la madrugada, acalorados por la caminata y muertos de sed, Denny exclamó: «¡Pero si estas zarzas son vides!», y en cinco minutos teníamos una veintena de racimos de uvas enormes, blancas y deliciosas, y nos agachábamos a coger más cuando una forma oscura surgió misteriosamente de entre las sombras y dijo: «¡Jo!». Y salimos pitando.

Diez minutos más tarde habíamos llegado a un camino hermoso que, a diferencia de otros con los que nos habíamos tropezado, iba en la dirección correcta. Lo seguimos. Era ancho, llano y blanco... bonito y en perfecto estado, a ambos lados



sombreado, durante una milla más o menos, por una hilera de árboles y exuberantes viñedos. Dos veces nos colamos a robar uvas, y la segunda vez alguien nos gritó desde algún lugar invisible. Tras lo cual, seguimos adelante. En aquella zona de Atenas ya no especulamos más en uvas.

Al poco llegamos a un antiguo acueducto de piedra, construido sobre unos arcos y, desde ese momento, a nuestro alrededor sólo había ruinas: estábamos llegando al final de nuestro viaje. Ya no podíamos ver la Acrópolis, ni la alta colina, y aunque yo quería seguir el camino hasta que estuviésemos a su altura, los otros eran mayoría y escalamos penosamente la rocosa colina que teníamos justo delante. Desde su cima vimos otra... la escalamos y ¡vimos otras! Fue una hora de esfuerzo agotador. Pronto llegamos hasta una hilera de tumbas abiertas, excavadas en la piedra maciza (durante un tiempo, una de ellas le sirvió de prisión a Sócrates), rodeamos el rellano de la colina, y la ciudadela, junto con toda su magnificencia en ruinas, surgió ante nuestros ojos. Nos apresuramos a cruzar el barranco y a subir por un tortuoso camino, y nos encontramos en la vieja Acrópolis, con los prodigiosos muros de la ciudadela elevándose sobre nuestras cabezas. No nos detuvimos para inspeccionar los enormes bloques de mármol, ni para medir su altura o calcular su extraordinario espesor, sino que enseguida atravesamos un enorme pasillo arqueado, como un túnel ferroviario, y nos dirigimos hacia la puerta que lleva a los antiguos templos. ¡Estaba cerrada! Así que, después de todo, parecía que no íbamos a ver el gran Partenón cara a cara. Nos sentamos y celebramos un consejo de guerra. Resultado: la puerta no era más que una endeble estructura de madera, la romperíamos. Parecía una profanación, pero habíamos viajado hasta muy lejos y nuestras necesidades eran urgentes. No podíamos buscar guías o conservadores, debíamos estar a bordo antes de que amaneciese. Y discutimos. El asunto quedó decidido pero cuando fuimos a romper la puerta, no pudimos hacerlo. Rodeamos un ángulo del muro y descubrimos un pequeño bastión: dos metros y medio de alto por fuera, tres o tres y medio por dentro. Denny se preparó para escalarlo, y nosotros para seguirlo a él. Después de mucho esfuerzo logró sentarse a horcajadas en la cima, pero algunas piedras que estaban sueltas cayeron al patio interior haciendo ruido. Al instante se oyeron portazos y un grito. Denny se bajó del muro en un abrir y cerrar de ojos, y nos retiramos en desbandada hasta la puerta. Jerjes tomó tan grandiosa ciudadela cuatrocientos ochenta años antes de Cristo, cuando sus cinco millones de soldados y seguidores fueron tras él hasta Grecia; y si a nosotros, cuatro americanos, nos hubiesen dejado tranquilos cinco minutos más, también la habríamos tomado.

Había aparecido la guarnición: cuatro griegos. Protestamos en la puerta y nos dejaron pasar. [Soborno y corrupción].

Atravesamos un patio enorme, cruzamos una gran puerta y nos hallamos sobre un suelo del mármol blanco más puro, muy gastado por las pisadas. Ante nosotros, bajo la luz de la luna, se erguían las ruinas más nobles que habíamos visto: el Propileo; un pequeño templo de Minerva; el templo de Hércules, y el grandioso Partenón. [Estos

nombres nos los facilitó el guía griego, quien no parecía saber más de lo que deberían saber siete hombres]. Todos esos edificios habían sido construidos con el mármol pentélico más blanco, pero ahora presentan un tinte rosado. Sin embargo, en los lugares en los que se ha roto, la grieta parece un terrón de azúcar. Seis cariátides, o mujeres de mármol, cubiertas con un ligero vestido, sostienen el pórtico del templo de Hércules, pero los pórticos y las columnatas de las demás estructuras están formados por enormes columnas dóricas y jónicas, cuyas acanaladuras y capiteles siguen siendo sustancialmente perfectos, a pesar de los siglos que les han pasado por encima y los asedios que han sufrido. En un principio, el Partenón medía 70 metros de largo, treinta de ancho y 20 de alto, y tenía dos hileras de grandes columnas, ocho en cada una, en ambos extremos, y una sola fila a cada lado de diecisiete columnas, y era uno de los edificios más elegantes y hermosos jamás construidos.

La gran mayoría de las imponentes columnas del Partenón aún siguen en pie, pero no tiene techo. Era un edificio perfecto hace doscientos cincuenta años, cuando un proyectil impactó en el polvorín veneciano que habían almacenado en su interior, y la explosión lo destrozó y lo dejó sin techo. Recuerdo pocas cosas acerca del Partenón, y las he resumido en uno o dos detalles para uso de otras personas con poca memoria. Las saqué de la guía.

Mientras paseábamos pensativos por el suelo de mármol de tan magnífico templo, todo a nuestro alrededor resultaba impresionante. Aquí y allá, pródigamente, destellaban blancas estatuas de hombres y mujeres, apoyadas contra bloques de mármol: algunas sin brazos, otras sin piernas, o sin cabeza, pero todas parecían tristes a la luz de la luna, y asombrosamente humanas. Por todas partes surgían y se enfrentaban al intruso nocturno: se lo quedaban mirando con sus ojos de piedra desde recovecos y rincones inesperados; atisbaban por encima de montones de fragmentos apilados en los despoblados pasillos; le obstruían el camino en el medio del ancho foro, y solemnemente le señalaban, con sus brazos sin manos, la ruta a seguir desde el templo sagrado; y la luna miraba a través del agujero del techo, pintando rayas en el suelo y oscureciendo los fragmentos desperdigados y las estatuas rotas con las sombras inclinadas de las columnas.

¡Nos rodeaba un mundo de esculturas en ruinas! Erigidas en hileras, apiladas en montones, desperdigadas por el amplio recinto de la Acrópolis, había cientos de estatuas deterioradas de todos los tamaños y de la más exquisita factura; y enormes fragmentos de mármol que habían pertenecido al entablamento, cubiertos con bajorrelieves en los que se representaban batallas y asedios, barcos de guerra con tres y cuatro filas de remos, desfiles y procesiones, todo aquello que podamos imaginar. La historia dice que los templos de la Acrópolis albergaban los mejores trabajos de Praxíteles y Fidias, y de muchos grandes maestros de la escultura: seguramente estos elegantes fragmentos dan testimonio de ello.

Nos adentramos en el patio cubierto de hierba y de fragmentos que hay detrás del Partenón. De vez en cuando nos sobresaltaba alguna cara blanca, de piedra, que nos

miraba fijamente desde la hierba, con sus ojos muertos. Aquello era un hervidero de fantasmas. Casi esperaba ver a los héroes atenienses de hace veinte siglos salir silenciosamente de las sombras y colarse en el viejo templo que tan bien conocían y del que tan orgullosos estaban.

Ahora la luna llena se elevaba en un cielo sin nubes. Paseamos, descuidados y sin pensar, hasta el borde de las elevadas almenas de la ciudadela y miramos hacia abajo: ¡Impresionante! ¡Menuda vista! ¡Atenas a la luz de la luna! El profeta que creyó que se le habían revelado los esplendores de la Nueva Jerusalén, seguramente lo que vio fue esto. Yacía en la llanura, a nuestros pies, extendiéndose en la lejanía, y nosotros la mirábamos igual que lo haríamos desde un globo. No vimos ni el asomo de una calle, pero cada casa, cada ventana, cada enredadera, cada saliente, estaba tan clara y fuertemente marcado como si estuviésemos a mediodía; y sin embargo, no había resplandores, ni brillos, ni nada cegador o repulsivo: la silenciosa ciudad estaba inundada por la luz más delicada que ha fluido jamás de la luna, y parecía una criatura viva envuelta en un sueño pacífico. En el extremo más alejado había un pequeño templo, cuyas delicadas columnas y fachada ornamentada brillaban con un intenso lustre que atraía la vista como un imán; y más cerca, el palacio del rey levantaba sus muros de porcelana en el medio de un gran jardín de arbustos que estaba moteado por una lluvia, al azar, de luces ámbar: una rociada de chispas doradas que perdían su brillo ante la magnificencia de la luna, y que destellaban suavemente sobre el mar de oscuro follaje, como las pálidas estrellas de la Vía Láctea. Por encima, las imponentes columnas, majestuosas aún en su ruina; bajo nuestros pies, la ciudad que sueña; y a lo lejos, el mar de plata: no hay en el ancho mundo otro panorama que sea la mitad de hermoso que éste.

Mientras dábamos la vuelta y volvíamos a cruzar el templo, deseé que los hombres ilustres que se habían sentado en él, en épocas remotas, pudiesen volver a visitarlo y se aparecieran ante nuestros curiosos ojos: Platón, Aristóteles, Demóstenes, Sócrates, Foción, Pitágoras, Euclides, Píndaro, Jenofonte, Herodoto, Praxíteles y Fidias, Zeuxis el pintor. ¡Qué constelación de nombres famosos! Pero sobre todo, deseaba que el viejo Diógenes, a tientas, pacientemente, con su farol, buscando sin descanso un único hombre honrado en todo el mundo, viniese callejeando y se tropezase con nuestro grupo. Posiblemente no debería decirlo yo, pero supongo que habría apagado su luz.

Dejamos que el Partenón continuase vigilando a la vieja Atenas, como había hecho durante dos mil trescientos años, y nos quedamos junto a los muros de la ciudadela. En la distancia se veía el antiguo, y casi perfecto, templo de Teseo y, más cerca, mirando hacia el oeste, estaba la plataforma desde la que Demóstenes vociferaba sus filípicas y encendía el oscilante patriotismo de sus paisanos. A la derecha, la colina de Ares, donde el Areópago se sentaba en la antigüedad, y donde San Pablo definió su posición; y abajo estaba el mercado donde, a diario, discutía con los atenienses, tan amantes del chismorreó. Subimos los escalones de piedra que San

Pablo había ascendido, y permanecimos en pie en aquella explanada cuadrada de piedra sobre la que él estuvo, e intentamos rememorar el relato que la Biblia hace de aquello. Pero, por varios motivos, no fui capaz de recordar las palabras exactas. Aunque ya las he buscado:

*Mientras Pablo los esperaba en Atenas, se consumía su espíritu viendo la ciudad llena de ídolos. Disputaba en la sinagoga con los judíos y los prosélitos, y cada día en el ágora con los que le salían al paso.*

*Y tomándole, le llevaron al Areópago, diciendo: «¿Podemos saber qué nueva doctrina es esta que enseñas?».*

\* \* \*

*Puesto en pie Pablo en medio del Areópago, dijo: «Atenienses, veo que sois sobremanera religiosos, porque al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto he hallado un altar en el cual está escrito: “Al dios desconocido”. Pues ése que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio». Hechos, XVII.*

Al cabo de un rato se nos ocurrió que, si queríamos volver a casa antes de que el alba nos traicionase, ya podíamos ponernos en marcha. Y nos dimos prisa. Cuando ya habíamos recorrido un buen trecho, le echamos una última ojeada al Partenón, mientras la luz de la luna se colaba en sus columnatas y pintaba de plata sus capiteles. Tal y como estaba en ese momento, solemne, grandioso, magnífico, permanecerá siempre en nuestras memorias.

A medida que avanzábamos, íbamos superando nuestros miedos, y dejamos de preocuparnos por los guardias que vigilaban el cumplimiento de la cuarentena y por todos los demás. Nos volvimos más osados e imprudentes; y una vez, dejándome llevar por un repentino arrebató de valor, hasta le lancé una piedra a un perro. Aunque luego me alegré de no haberle dado, porque su dueño podría haber sido policía. Inspirado en tan conveniente fracaso, mi valor se volvió imposible de controlar y, de vez en cuando, silbaba y todo, aunque en un tono bajo. Pero la osadía genera más osadía, y pronto me zambullí en un viñedo y, a plena luz de la luna, capturé un montón de soberbias uvas, sin importarme la presencia de un campesino que pasaba a lomos de una mula. Denny y Birch siguieron mi ejemplo.

Ya tenía yo uvas suficientes para una docena de amigos, pero Jackson también se dejó llevar por su valentía y se vio obligado a entrar en otro viñedo. El primer racimo que cortó trajo problemas. Un bandido barbudo y desaliñado saltó al camino pegando un grito, y un mosquete brilló a la luz de la luna. Nos dirigimos sigilosamente hacia El Pireo; sin correr, quiero decir, sólo avanzando con celeridad. El bandido volvió a

gritar, pero nosotros seguimos avanzando. Se hacía tarde y no teníamos tiempo para perder con cualquier elemento que quisiera venirnos con bobadas en griego. Si no hubiésemos tenido prisa, tal vez habríamos hablado con él. De repente Danny dijo: «Esos tipos nos están siguiendo».

Nos dimos la vuelta y sí, allí estaban: tres fantásticos piratas bien armados. Aflojamos el paso para permitir que nos diesen alcance y, mientras, me libré de mi carga de uvas y las arrojé firmemente, aunque con pena, a las sombras del borde del camino. Pero no tenía miedo. Sólo me parecía que robar uvas no estaba bien hecho. Y todavía más cuando su dueño andaba cerca... y no sólo cerca, sino con sus amigos. Los maleantes se acercaron y examinaron lo que llevaba el Dr. Birch en la mano, y fruncieron el ceño cuando comprobaron que sólo se trataba de algunas de las piedras sagradas del Areópago, que no eran contrabando. Resultaba evidente que sospechaban que los estaba engañando de alguna manera y parecían casi decididos a arrancarle la cabellera a todo el grupo. Pero al final nos dejaron marchar después de darnos un toque de atención, formulado en un griego excelente, supongo yo; y la calma volvió a rodearnos. Cuando ya se habían alejado trescientos metros, se detuvieron, y nosotros seguimos adelante, muy contentos. Pero, fue a resultar que otro bribón armado los sustituyó y nos siguió durante doscientos metros. Después nos entregó a otro malhechor, que emergió de algún misterioso lugar y que, a su vez, nos dejó en manos de otro. Durante milla y media, nuestra retaguardia fue vigilada por hombres armados. Nunca en mi vida había viajado con tanta pompa.

Después de eso, pasó un buen rato antes de que nos atreviésemos a robar más uvas y, cuando lo hicimos, despertamos a otro molesto bandido. Luego ya dejamos de especular en ese sentido. Supongo que el tipo que pasó a lomos de la mula avisó a todos los centinelas, desde Atenas a El Pireo, para que nos vigilaran.

Cada campo de esa ruta, tan larga como era, se hallaba controlado por un guardia armado. Sin duda, algunos se habrían quedado dormidos, pero estaban a mano. Esto demuestra qué clase de país es la moderna Ática: una comunidad de dudosos personajes. Aquellos hombres no estaban allí para proteger sus posesiones de los extranjeros, sino para protegerse del vecino. Y es que en contadas ocasiones visitan los turistas Atenas o El Pireo y, si lo hacen, salen de día y pueden comprar tantas uvas como quieran por una nadería. Los habitantes modernos son confiscadores y estafadores de los buenos, si los rumores dicen la verdad acerca de ellos, y yo creo que así es.

En el mismo momento en que las primeras luces del alba pintaron el cielo del este y convirtieron el Partenón en un arpa rota colgada en el perlado horizonte, rematamos nuestra decimotercera milla de agotadora y tortuosa marcha, y llegamos a la costa, a la altura de los barcos, con nuestra escolta de mil quinientos perros aullando a nuestras espaldas. Llamamos a una lancha que se hallaba a unos doscientos o trescientos metros de la orilla, y nos dimos cuenta al momento de que era una lancha de la policía en busca de cualquiera que hubiese osado romper la cuarentena. Así que

nos largamos —a esas alturas ya estábamos acostumbrados a hacerlo con discreción— y cuando los vigilantes llegaron al lugar en el que habíamos estado, ya no estábamos. Recorrieron la costa, pero en la dirección equivocada y, al poco, nuestra propia lancha salió de las tinieblas y nos llevó a bordo. En el barco habían oído nuestra llamada. Nos escapamos remando en silencio y, antes de que la lancha de la policía volviera a estar a la vista, nos hallábamos, una vez más, a salvo en casa.

Cuatro más de entre nuestros pasajeros estaban ansiosos por visitar Atenas, y se pusieron en marcha media hora después de que llegásemos nosotros; pero no llevaban ni cinco minutos en tierra cuando la policía los descubrió, y los persiguió con tantas ganas, que por los pelos lograron regresar a su lancha. Y eso fue todo. Ya no siguieron adelante con su aventura.

Hoy zarparamos hacia Constantinopla, pero a algunos ni nos importa. Hemos visto todo lo que había que ver en la vieja ciudad que nació mil seiscientos años antes de que naciera Cristo, y que ya era antigua antes de que se pusieran los cimientos de Troya. Y lo vimos bajo su aspecto más atractivo. Así que, ¿por qué íbamos a preocuparnos?

Dos pasajeros más lograron eludir el bloqueo anoche. Nos enteramos esta mañana. Se marcharon tan discretamente que nadie los echó de menos en el barco durante varias horas. Tuvieron la osadía de adentrarse en El Pireo al atardecer y de alquilar un carruaje. Corrieron el peligro de añadirle dos o tres meses de cárcel a las demás novedades de su Excursión de placer a Tierra Santa. Admiro el «descaro». Pero se fueron y volvieron sin problemas, y sin dar ni un solo paso.

## XXXIII

**D**esde Atenas, pasando por todas las islas del Archipiélago griego, poco más vimos que no fuese agrestes acantilados y áridas elevaciones, a veces coronados por tres o cuatro gráciles columnas de algún templo antiguo, solitarias y abandonadas: símbolo adecuado de la desolación que se ha apoderado de toda Grecia en los últimos siglos. No vimos campos arados, muy pocas aldeas, ni árboles, ni hierba, ni vegetación de ningún tipo, y apenas, en contadas ocasiones, alguna casa aislada. Grecia es un desierto desapacible, áspero, sin agricultura, industria o comercio, en apariencia. ¿De qué viven sus gentes empobrecidas o su gobierno? Es un misterio.

Supongo que si comparamos la Grecia antigua con la moderna, conseguiremos el contraste más extravagante de la historia. Jorge I, un chaval de dieciocho años, y un escabroso avispero de titulares del ministerio de Asuntos Exteriores, ocupan los lugares de Temístocles, Pericles, y los ilustres eruditos y generales de la edad de oro de Grecia. Las flotas que maravillaban al mundo cuando el Partenón era nuevo son ahora un mísero puñado de barcos de pesca, y las gentes viriles que hicieron realidad milagros de valor tales como los de Maratón, hoy son sólo una tribu de esclavos irreflexivos. El clásico Iliso se ha secado, igual que las fuentes de riqueza y grandeza griegas. La nación sólo cuenta con ochocientas mil almas, y hay pobreza, miseria y mendacidad de sobra entre ellas como para aprovisionar a cuarenta millones sin escatimar. Bajo el rey Otón, el estado ingresaba cinco millones de dólares, recaudados a partir de un impuesto que suponía una décima parte de todos los productos agrícolas de la tierra (décima parte que el agricultor debía llevar a los graneros reales en mulas de carga, a cualquier distancia que no superase las seis leguas), y de los extravagantes impuestos sobre el comercio. Con esos cinco millones, el pequeño tirano pretendía mantener un ejército de diez mil hombres, pagar a los cientos de inútiles grandes caballerizos, primeros ayudantes de cámara, presidentes del explotado erario público, y demás aberraciones a las que se entregan estos reinos de juguete, a imitación de las grandes monarquías; además, se lanzó a construir un gran palacio de mármol blanco que, él solito, costaría otros cinco millones. El resultado fue, sencillamente, que de donde no hay, no se puede sacar. No se podían hacer todas esas cosas con cinco millones, y Otón se metió en un lío.

El trono griego, con sus poco prometedores adjuntos, que formaban una irregular población de ingeniosos bribones que no tenían nada que hacer durante ocho meses al año porque poco podían coger prestado y menos aún confiscar, y su desierto de yermas colinas y de eriales llenos de malas hierbas, se pasó una buena temporada sin que nadie lo quisiera. Se lo ofrecieron a uno de los hijos de Victoria, y después a algunos otros jóvenes de la realeza que no tenían trono y que estaban sin nada que hacer, pero todos tuvieron el detalle de declinar tan horrible honor, y la suficiente veneración hacia la antigua grandeza de Grecia como para evitar burlarse de sus

lastimosos andrajos y de su suciedad con un trono de oropel en la era de su humillación... hasta que llegaron a ese joven danés, Jorge, que lo aceptó. Él ha terminado el espléndido palacio que vi la otra noche a la resplandeciente luz de la luna, y está haciendo muchas otras cosas por la salvación de Grecia, o eso dicen.

Atravesamos el árido archipiélago y nos adentramos en el estrecho canal al que a veces llaman de los Dardanelos y, otras, el Helesponto. Esta parte del país es rica en reminiscencias históricas, y en todo lo demás, pobre como un ratón de sacristía. Por ejemplo, al acercarnos a los Dardanelos, costeamos la llanura de Troya y pasamos la desembocadura del Escamandro; vimos el lugar donde se había levantado Troya (desde lejos), y donde ahora ya no se levanta: ciudad que pereció cuando el mundo era joven. Los pobres troyanos están ya todos muertos. Nacieron demasiado tarde para ver el arca de Noé, y murieron demasiado pronto para ver nuestra casa de fieras. Vimos dónde se habían encontrado las flotas de Agamenón y lejos, en el interior, una montaña que, según el mapa, era el Monte Ida. Dentro del Helesponto vimos el lugar en el que se realizó la primera contrata chapucera de la historia, y donde los que formaban «la parte contratada» fueron ligeramente reprendidos por Jerjes. Me refiero al famoso puente que Jerjes mandó construir en la parte más estrecha del Helesponto (donde sólo mide dos o tres millas de ancho). Un temporal moderado destruyó la endeble estructura y el rey, pensando que regañar públicamente a los contratistas podría tener buen efecto en el siguiente grupo, los llamó a formar ante el ejército y los mandó decapitar. En diez minutos ya había adjudicado una nueva contrata. Los antiguos historiadores han observado que el segundo puente era de los buenos. Jerjes hizo cruzar a su ejército de cinco millones de soldados y, si no lo hubiesen destruido a propósito, seguramente aún seguiría allí. Si nuestro gobierno reprendiera también, de vez en cuando, a alguno de nuestros contratistas chapuzas, la cosa iría mucho mejor. En el Helesponto vimos el lugar desde el que habían cruzado nadando Leandro y *Lord Byron*: uno para ver a aquélla a la que había entregado su afecto con una devoción que sólo la muerte podría enfriar, y el otro simplemente por jugársela, como dice Jack. También pasamos cerca de dos tumbas famosas. En una orilla dormía *Áyax*, y en la otra *Hécuba*.

Había baterías y fuertes a ambos lados del Helesponto, en los que al viento ondeaba la bandera carmesí de Turquía, con su luna creciente blanca, y alguna que otra aldea, y a veces una caravana de camellos; pudimos disfrutar de la visión de todo eso hasta que nos adentramos en el ancho mar de Mármara: entonces, al alejarse la tierra de nuestra vista, volvimos a jugar al *whist*.

Echamos el ancla en la desembocadura del Cuerno de oro, al amanecer. Sólo estábamos despiertos tres o cuatro para ver la gran capital otomana. Los pasajeros no salen a horas atípicas, como hacían al principio, para ver lo antes posible las ciudades extranjeras desconocidas. Ya lo han superado. Hoy por hoy, aunque estuviésemos atracados a la vista de las Pirámides de Egipto, no saldrían a cubierta hasta después de haber desayunado.



El Cuerno de oro es un estrecho brazo de mar que se bifurca desde el Bósforo (una especie de río ancho que conecta el mar Negro y el mar de Mármara) y que, al curvarse, divide la ciudad por la mitad. Gálata y Pera están en un lado del Bósforo y del Cuerno de oro; Estambul (la antigua Bizancio) está en el otro. En la orilla opuesta del Bósforo está Scutari, y otros barrios de Constantinopla. Esta gran ciudad contiene un millón de habitantes, pero sus calles son tan estrechas, y sus casas están tan apiñadas, que no ocupa mucho más espacio que la mitad de Nueva York. Vista desde el fondeadero, o desde una milla Bósforo arriba, es, con mucho, la ciudad más hermosa que hemos visto. Su densa variedad de casas crece hacia arriba desde la orilla del agua, y se extiende sobre las cúpulas de muchas colinas; y los jardines que se asoman aquí y allá, los grandes globos de las mezquitas, y los innumerables minaretes que sobresalen por todas partes, confieren a la ciudad el pintoresco aspecto oriental con el que soñamos cuando leemos libros de viajes por el Oriente. Constantinopla ofrece un noble panorama.

Pero su atractivo empieza y acaba en su pintoresquismo. Desde el momento en que nos dirigimos hacia tierra, hasta que volvemos a bordo, la detestamos. El barco que nos lleva a la orilla está admirablemente mal calculado para cubrir el servicio que debe prestar. Está esmerada y elegantemente aprovisionado, pero nadie sería capaz de manejarlo bien en medio de las turbulentas corrientes que llegan al Bósforo desde el mar Negro, y pocos hombres podrían dominarlo de forma satisfactoria aun en aguas mansas. Se trata de una canoa alargada y ligera (caique), grande en un extremo y que se estrecha como la hoja de un cuchillo en el otro. Ese extremo afilado es la proa, y ya se imaginarán ustedes las vueltas que le hacen dar esas terribles corrientes. Tiene dos remos, a veces cuatro, pero no timón. Se sale para ir hacia un punto concreto y se siguen cincuenta direcciones distintas antes de llegar. Primero un remo cía, y luego el otro; muy pocas veces los dos van hacia delante a la vez. Esa forma de remar está calculada para volver loco a un hombre impaciente en una semana. Los barqueros son los más torpes, los más estúpidos y los menos científicos del mundo, sin lugar a dudas.

Y ya en tierra, aquello era... pues era un eterno circo. Las gentes llenaban las estrechas calles como enjambres, y los hombres se vestían con esos atuendos estrafalarios, extravagantes, idólatras, estrambóticos, atronadores que no se le ocurrirían ni a un sastre con *delirium tremens* y siete demonios. No había ocurrencia insólita en el vestir que les pareciera excesiva; ni aberración absurda de más; ni frenesí harapiento demasiado fantástico. No había dos hombres vestidos igual. Era un baile de máscaras desenfrenado, con todos los disfraces imaginables: cada gentío que luchaba por abrirse camino, en cualquier calle, era una imagen de soberbios contrastes que se desvanecía. Algunos patriarcas usaban unos horribles turbantes, pero la mayoría de aquella horda de infieles llevaba ese casquete rojo vivo que ellos llaman fez. El resto del atuendo al que se entregaban resultaba imposible de describir.

Aquí las tiendas son simples corrales, cajas, baños, armarios —como se les quiera

llamar— en la planta baja. Los turcos se sientan en ellas con las piernas cruzadas, y trabajan, comercian y fuman unas pipas alargadas, y huelen como... como turcos. Todo esto en el suelo. Atascando las estrechas calles, frente a ellos, se apiñan los mendigos, que siempre están pidiendo pero que nunca reciben nada; y tullidos sorprendentes, tan deformados que han perdido toda apariencia humana, o casi; vagabundos que guían burros de carga; porteadores que llevan a las espaldas cajas de productos no perecederos, grandes como casas; vendedores de uvas, maíz caliente, pepitas de calabaza y cien cosas más, gritando como demonios; y durmiendo felices, cómodos, serenos, entre los pies que se apresuran, encontramos a los famosos perros de Constantinopla; a la deriva, ruidosas, se mueven cuadrillas enteras de mujeres turcas, cubiertas de la barbilla a los pies por túnicas sueltas, y con la cabeza oculta tras un velo blanco que sólo deja al descubierto los ojos y una idea imprecisa y vaga de sus rasgos. Cuando se las ve moverse a lo lejos, en los pasillos arqueados y oscuros del Gran Bazar, tienen el aspecto que debían tener los muertos amortajados cuando salieron de sus tumbas entre las tormentas, los truenos y los terremotos que azotaron el Calvario aquella horrible noche de la Crucifixión. Una calle de Constantinopla es una imagen que todos deberíamos ver una vez en la vida... pero no más.

Y luego estaba el ranchero de gansos: un tipo que llevaba delante de él a cien gansos por toda la ciudad, y que intentaba venderlos. Manejaba un palo que medía tres metros y que se curvaba en la punta. De vez en cuando un ganso se separaba del rebaño e intentaba largarse corriendo al doblar la esquina, con las alas abiertas y el cuello estirado al máximo. ¿Se ponía nervioso el vendedor de gansos? No. Cogía su palo y lo alargaba hacia el susodicho ganso con una impresionante *sang froid*, lo enganchaba por el pescuezo y lo arrastraba hacia atrás, hasta dejarlo en su lugar dentro del rebaño, y todo ello sin esfuerzo. Con ese palo dirigía a sus gansos tan fácilmente como otro hombre dirigiría un bote de remos. Unas horas más tarde lo vimos sentado sobre una piedra, en una esquina, en medio de la confusión, profundamente dormido al sol, con los gansos paseándose a su alrededor, o esquivando a los asnos y a los hombres. Al cabo de otra hora volvimos a pasar, y estaba comprobando sus existencias, para ver si alguno de sus gansos se había perdido o lo habían robado. Lo hacía de una forma muy especial: colocaba el extremo de su palo a unos quince o veinte centímetros de la pared, y hacía que los gansos desfilasen en fila india entre el palo y la pared. Los contaba según iban pasando. Ninguno podía escabullirse.

Si alguien quiere enanos —unos cuantos, como curiosidad— que vaya a Génova. Si quiere comprarlos por gruesas, para venderlos al por menor, que vaya a Milán. Hay enanos de sobra por toda Italia, pero a mí me pareció que en Milán la cosecha era exuberante. Si lo que desea arrancarse un trozo de cabeza y cultivar un quiste sebáceo del tamaño de una bolsa de viaje.

La mezquita de Santa Sofía es la gran atracción de Constantinopla. Lo primero

que hay que hacer es solicitar un firmán y luego ir a verla. Nosotros lo hicimos. No solicitamos un firmán, pero llevamos cuatro o cinco francos por cabeza, que es más o menos lo mismo.

No me parece gran cosa la mezquita de Santa Sofía. Supongo que no sé apreciarla. Vamos a dejarlo así. Se trata del establo más viejo y herrumbroso del mundo pagano. Creo que todo el interés que despierta se debe al hecho de que fue construida como iglesia cristiana, y luego los conquistadores mahometanos la convirtieron en mezquita sin alterarla demasiado. Me obligaron a quitarme las botas y a caminar por ahí en calcetines. Me enfrié, y me llevé encima tal cantidad de pegotes, babas y porquería en general que, aquella noche, para quitarme las botas, gasté más de dos mil pares de sacabotas, y aún así, alguna piel de cristiano salió pegada a ellos. Y no pienso rebajar la cifra de los sacabotas usados.

Santa Sofía es un templo colosal, que tiene mil trescientos o mil cuatrocientos años, y que es lo bastante feo como para tener muchos más. Se dice que su inmensa cúpula es más maravillosa que la de San Pedro, pero su suciedad resulta mucho más impresionante que su cúpula, aunque eso no lo dice nadie. La iglesia tiene ciento setenta columnas, todas hechas de una sola pieza, de distintos mármoles, pero todos muy costosos y procedentes de templos antiguos de Baalbek, Heliópolis, Atenas y Éfeso, y están deterioradas, son feas y repulsivas. Tenían ya mil años cuando la iglesia era nueva, y entonces el contraste debía resultar espantoso, si los arquitectos de Justianiano no las retocaron un poco. El interior de la cúpula está totalmente cubierto con una monstruosa inscripción en caracteres turcos, realizados en mosaico de oro, que resulta tan deslumbrante como el anuncio de un circo; los suelos y las balaustradas de mármol están sucios y rotos; la perspectiva se ve deslucida, desde cualquier punto, por una red de cuerdas que caen desde la vertiginosa altura de la cúpula y que sostienen incontables lámparas de aceite, deslustradas, vulgares, y huevos de avestruz, a unos dos metros del suelo. En cuclillas y sentados en grupos, aquí y allá, cerca y lejos, los andrajosos turcos leían libros, escuchaban sermones, o recibían lecciones como niños; y en cincuenta sitios había aún más grupos de éstos, inclinándose y levantándose, volviéndose a inclinar y a besar el suelo; murmurando oraciones sin dejar de hacer gimnasia, hasta que se sintieran cansados, si es que no lo estaban ya.

Por todas partes había suciedad, polvo, sordidez y oscuridad; por todas partes había indicios de antigüedad, pero sin ningún rasgo hermoso o conmovedor; por todas partes se veían esos grupos de absurdos paganos; por arriba los llamativos mosaicos y la red de cuerdas y de lámparas: en ninguna parte había algo que llamase la atención o que se ganase la admiración del visitante.

La gente que se deshace en elogios sobre Santa Sofía seguramente los ha sacado de su guía de viajes (en la que de cada iglesia se dice que «los buenos críticos la consideran la estructura más maravillosa, en muchos aspectos, que el mundo ha visto jamás»). O bien se trata de esos viejos entendidos, procedentes de los remotos parajes

de Nueva Jersey, que tan laboriosamente se aprenden la diferencia entre un fresco y una boca de incendios y que, desde ese día, se creen con el privilegio de soltar sus trivialidades críticas sobre pintura, escultura y arquitectura para siempre jamás.

Visitamos a los Derviches. Eran veintiuno. Llevaban una túnica suelta, de colores claros, que les llegaba hasta los talones. De uno en uno se acercaron al sacerdote (todos estaban dentro de una gran reja circular), le hicieron una profunda reverencia y se pusieron a dar vueltas como locos, ocupando cada uno su sitio dentro del círculo, en el que continuaron girando. Cuando ya todos estaban en sus puestos —se hallaban a unos dos metros de distancia unos de los otros—, el círculo entero de paganos giratorios dio tres vueltas enteras alrededor de la habitación. Tardaron veinticinco minutos en hacerlo. Giraban sobre el pie izquierdo y avanzaban pasando el derecho por delante de él a toda velocidad y apoyándolo en el suelo encerado. Los tiempos de algunos llamaban la atención. La mayor parte de ellos giraban cuarenta veces por minuto, y mantuvieron el ritmo durante los veinticinco. Las túnicas se llenaban de aire y se abrían alrededor de sus cuerpos como si fuesen globos.

No hicieron ningún ruido y casi todos echaban la cabeza hacia atrás y cerraban los ojos, como en trance, con una especie de éxtasis litúrgico. Se oía una música un tanto brusca, pero los músicos no se hallaban a la vista. Dentro del círculo sólo podían estar los que giraban: o dabas vueltas, o te quedabas fuera. Se trataba de una exhibición tan bárbara como cualquier otra de las que habíamos presenciado hasta el momento. Entonces llegaron los enfermos y se tumbaron y, junto a ellos, las mujeres tendieron a sus hijos enfermos (uno era un bebé de pecho), y el patriarca de los derviches caminó por encima de sus cuerpos. Se suponía que curaba sus enfermedades pisoteando sus pechos o sus espaldas, o quedándose de pie sobre sus nuca. Resulta apropiado para unas gentes que creen que todos sus asuntos los deciden unos invisibles espíritus del aire —gigantes, gnomos y duendes— y que siguen creyendo, a día de hoy, en las curiosas historias de *Las mil y una noches*. Eso me dice un misionero inteligente.

Visitamos las Mil y una columnas. No sé cuál sería la finalidad de aquello, pero dicen que fue construido como cisterna. Está situado en el centro de Constantinopla. Se baja un tramo de escaleras de piedra en el medio de un terreno vacío, y allí se encuentra uno, a doce metros bajo tierra y en el centro de un bosque perfecto de columnas de granito, altas y esbeltas, de arquitectura bizantina. No importa dónde nos situemos, ni que cambiemos de sitio tantas veces como queramos: siempre seremos el centro del que irradian una docena de largas arcadas y columnatas que se pierden en la distancia y la oscura penumbra del lugar. Esta vieja cisterna, ya seca, está ocupada por unos cuantos hilanderos espectrales, y uno de ellos me mostró una cruz tallada en la parte alta de una de las columnas. Supongo que lo que quería indicarme es que la cisterna ya estaba allí antes de la ocupación turca, y me pareció que afirmaba algo a tal efecto; pero debía de tener algún problema de dicción, porque no entendí nada.

Nos descalzamos y entramos en el mausoleo de mármol del Sultán Mahmut, el

mejor ejemplo de arquitectura, por dentro, que he visto últimamente. La tumba de Mahmut estaba cubierta con un paño mortuorio de terciopelo negro, laboriosamente bordado en plata; se encontraba en el interior de una elegante verja de plata; en los laterales y en las esquinas, había candelabros de plata que pesaban, cada uno, más de cincuenta kilos, y que soportaban velas tan grandes como la pierna de un hombre; sobre el sarcófago, un fez, con un precioso adorno de diamantes que, según nos dijo un vigilante, costaba cien mil libras, aunque mintió como un turco cuando lo dijo. Toda la familia de Mahmut estaba cómodamente colocada a su alrededor.

Por supuesto que fuimos al Gran Bazar de Estambul, y no me detendré en describirlo más que para decir que es un monstruoso enjambre de tiendecitas —miles, diría yo—, todas bajo el mismo techo, dividido en innumerables y pequeños edificios por unas calles estrechas y arqueadas. En una calle se vende un tipo concreto de mercancía, en otra, otro y así. Si alguien quiere comprarse un par de zapatos, puede buscarlos en toda la calle, en lugar de agotarse saltando de tienda en tienda por todo el bazar. Lo mismo ocurre con las sedas, las antigüedades, los chales, etc. Aquello está siempre lleno de gente, y como los tejidos orientales de alegres colores están pródigamente expuestos ante todas las tiendas, el Gran Bazar de Estambul es uno de los lugares que merece la pena ver. Está lleno de vida, movimiento, negocios, suciedad, mendigos, burros, vendedores que gritan, portadores, derviches, compradoras de la clase alta turca, griegos, y mahometanos de curioso aspecto y vestimentas extravagantes, procedentes de las montañas y de las lejanas provincias... y la única cosa que no se huele cuando se está en el Gran Bazar, es algo que huelga bien.

## XXXIV

Las mezquitas abundan, las iglesias abundan, los cementerios abundan, pero la moral y el *whisky* escasean. El Corán no permite que los mahometanos beban. Sus instintos naturales no les permiten ser decentes. Dicen que el sultán tiene ochocientas esposas. Eso casi equivale a bigamia. Se nos suben los colores a la cara al ver que estas cosas se permiten en Turquía. Sin embargo, no nos preocupa tanto cuando ocurre en Salt Lake.

Las niñas circasianas y georgianas aún son vendidas en Constantinopla por sus propios padres, pero no en público. Los grandes mercados de esclavos sobre los que tanto hemos leído, donde desnudaban a las niñas para inspeccionarlas, y se las criticaba y se hablaba de ellas como si fuesen caballos en una feria de ganado, ya no existen. Ahora la exhibición y la venta se hacen en privado. Los precios están altos en estos momentos, en parte por la gran demanda creada por el regreso, desde las cortes de Europa, del séquito del sultán; en parte por la abundancia, poco común, de harina, que permite que los titulares no pasen hambre y retengan la mercancía hasta que los precios suban; también en parte porque los compradores son demasiado débiles para hacer que el mercado vaya a la baja, mientras que los vendedores están perfectamente preparados para llevarlo al alza. Dadas las circunstancias, si los periódicos metropolitanos americanos se publicasen aquí, en Constantinopla, su próximo informe comercial diría más o menos lo siguiente, supongo yo:

### *INFORME SOBRE EL MERCADO DE NIÑAS ESCLAVAS*

*Mejores marcas circasianas, cosecha de 1850, £200; 1852, £250; 1854, £300. Mejores marcas georgianas, ninguna en el mercado; de segunda calidad, 1851, £180. Se ofrecieron diecinueve niñas valaquianas de calidad entre buena y regular a £130 y £150, pero no hubo compradores; dieciséis de calidad A1 vendidas en pequeños lotes en liquidación; términos privados.*

*Venta de un lote de circasianas, calidad óptima a buena, 1852 a 1854, a £240 y £242.50, comprador 30; una con defectos a £23, vendedor diez, sin depósito. Varias georgianas, buenas marcas, 1852, cambiaron de manos para cubrir los mandatos. Las georgianas ahora disponibles son, sobre todo, cosecha del año pasado, que resultó extraordinariamente pobre. La nueva cosecha va un poco atrasada, pero pronto saldrá a la luz. En lo relativo a la cantidad y calidad, los informes resultan alentadores. En relación a esto también podemos decir, con seguridad, que la nueva cosecha de circasianas presenta un aspecto extremadamente bueno. Su majestad el sultán ya ha realizado grandes pedidos para su nuevo harén, que quedará terminado en quince días, y esto, naturalmente,*

*ha reforzado el mercado y le ha proporcionado al stock circasiano una fuerte tendencia al alza. Aprovechándose del mercado inflacionario, muchos de nuestros operadores más astutos están vendiendo al descubierto. Hay indicios de «monopolización» de valaquianas.*

*No hay nada nuevo en Nubias. Poca actividad.*

*Eunucos: no hay oferta; sin embargo, hoy se espera la llegada de grandes cargamentos desde Egipto.*

Creo que éste podría ser el estilo del informe comercial. Ahora los precios son muy altos, y los titulares firmes; pero hace dos o tres años, los padres muertos de hambre traían a sus hijitas aquí, y las vendían por veinte y treinta dólares, cuando no conseguían más, sencillamente para salvarse ellos y salvar a las niñas de una muerte por inanición. Es muy triste pensar en algo tan angustioso, y yo, por lo menos, me alegro de que los precios hayan vuelto a subir.

En particular, la moral comercial es nefasta. Eso es innegable. La moral griega, turca y armenia sólo consiste en acudir a la iglesia con regularidad en los días marcados para ello, y en desobedecer los diez mandamientos el resto de la semana. Lo de mentir y engañar les sale de forma natural, y luego lo van mejorando hasta que alcanzan la perfección. A la hora de recomendarle su hijo como buen vendedor a un comerciante, un padre no dice que es un joven amable, honrado y con valores, que va a la catequesis y que es honesto, sino que dice: «Este chico vale su peso en oro porque, mirad, engañará a quienquiera que trate con él, y desde el Euxino a las aguas de Mármara no existe mentiroso tan dotado como él». ¿Qué les parece como recomendación? Los misioneros me cuentan que escuchan elogios como ese todos los días. De una persona a la que admiran, dicen: «¡Ah, es un estafador fascinante, y un mentiroso de lo más exquisito!».

Todo el mundo miente y engaña, al menos todo el que tiene un negocio. Incluso los extranjeros deben adecuarse, en poco tiempo, a la costumbre del país, y no compran y venden demasiado en Constantinopla hasta que mienten y engañan como un griego. Digo como un griego, porque se dice que los griegos son los peores transgresores en este sentido. Varios americanos que llevan tiempo viviendo en Constantinopla afirman que la mayoría de los turcos resultan bastante fiables, pero pocos sostienen que los griegos tengan alguna virtud que sea posible descubrir, al menos sin utilizar el fuego.

Estoy medio dispuesto a creer que los famosos perros de Constantinopla han sido tergiversados, difamados. Siempre me han llevado a suponer que su cantidad era tal en las calles, que bloqueaban el paso; que se trasladaban en compañías organizadas, en pelotones, en regimientos, y se apoderaban de lo que querían por medio de asaltos feroces y decididos; y que por la noche ahogaban cualquier otro sonido con sus terribles aúllos. Los perros que aquí veo no pueden ser esos acerca de los que he

leído.

Los encuentro por todas partes, pero no en grandes grupos. Los mayores de los que he visto no están formados por más de diez o veinte ejemplares. Y, de día o de noche, una buena parte de ellos están profundamente dormidos. Y los que no lo están, tienen pinta de querer estarlo. Jamás en mi vida había visto unos chuchos tan desolados, tristes, hambrientos y totalmente miserables. Parece un mal chiste acusar a estos animales de apoderarse por la fuerza de las cosas. Si parecían no tener ni fuerza ni ambición suficientes para cruzar la calle: creo que aún no he visto a ninguno recorrer un trecho tan largo. Están sarnosos, magullados y mutilados, y es corriente ver alguno con el pelo quemado de forma tan clara y en zonas tan amplias que parece un mapa de los Nuevos Territorios. Son los animales más lamentables, los más deplorables, los más lastimosos. En sus rostros se asienta una expresión de melancolía, un aire de desánimo sin esperanza. Las pulgas de Constantinopla prefieren las zonas sin pelo de un perro escaldado, a zonas más amplias de un perro saludable; y les encantan las zonas desprotegidas. Yo vi a un perro de estos empezar a mosdisquear el lugar donde tenía una pulga: una mosca llamó su atención e intentó cazarla; la pulga picó de nuevo, y eso lo desasosegó para siempre; miró con tristeza su «paraíso para pulgas», luego observó su gran calva. Después dio un suspiro y dejó caer la cabeza, resignadamente, sobre sus patas. No estaba a la altura de la situación.

Los perros duermen en las calles de toda la ciudad. De un extremo a otro de la calle, calculo yo que hay entre ocho y diez por manzana. Claro que a veces hay quince o veinte. No son de nadie, y no parecen existir amistades personales entre ellos. Pero se reparten la ciudad por distritos, y los perros de cada uno —ya mida media manzana o diez manzanas enteras—, deben permanecer dentro de sus límites. ¡Pobre del perro que cruce la línea! En unos segundos, sus vecinos le arrancarán los pocos pelos que le queden. Eso dicen. Pero no lo parece.

Ahora siguen durmiendo en la calle. Son mi brújula, mi guía. Cuando veo a los perros dormir plácidamente, mientras los hombres, las ovejas, los gansos, y todas las cosas que se mueven, salen y pululan alrededor de ellos, sé que no estoy en la gran calle donde se levanta el hotel y debo seguir adelante. En la Grand Rue los perros parecen estar siempre alerta, lo que se debe a que todos los días deben esquivar muchos carruajes, y esa expresión es reconocible al instante. No se encuentra en ningún otro perro que veamos fuera de los confines de esa calle. Los demás duermen plácidamente y jamás vigilan. No se moverían ni aunque pasase el sultán en persona.

En una calle estrecha (aunque ninguna es ancha) vi tres perros enroscados, separados entre sí unos treinta o sesenta centímetros. Estaban tumbados cruzando la calle, uno tras otro, por lo que formaban una especie de puente entre las dos cunetas. Llegó un rebaño de alrededor de cien ovejas. Se quedaron paradas en el lugar donde estaban los perros, las de atrás apiñándose sobre las de delante, impacientes por continuar. Los perros levantaron la mirada perezosos, se estremecieron un poco cuando las pezuñas impacientes de las ovejas rozaron sus lomos desnudos,



suspiraron, y se entregaron de nuevo a la calma. No podían haberlo dicho más claro. Así que algunas de las ovejas saltaron por encima de ellos, y otras pasaron por el medio, mellando alguna pata de vez en cuando con sus afiladas pezuñas, y cuando hubo pasado el rebaño entero, los perros estornudaron un poco, debido a la nube de polvo, pero no movieron sus cuerpos ni un centímetro. Yo me tenía por vago, pero soy una máquina de vapor comparado con los perros de Constantinopla. Aunque, ¿no les parece una imagen excepcional en una ciudad de un millón de habitantes?

Esos perros son los carroñeros de la ciudad. Ése es el puesto oficial que ocupan, y bien duro que resulta. Sin embargo, también constituye su protección. Si no fuera porque resultan útiles, ya que en parte limpian estas horribles calles, no los tolerarían mucho tiempo. Se comen todo lo que se interpone en su camino, sea lo que sea, desde cáscaras de melón y uvas podridas, pasando por todo tipo y gradación de basura y deshechos, hasta sus propios amigos y parientes muertos: y aun así, siempre están delgados, siempre hambrientos, siempre abatidos. A la gente le cuesta matarlos; lo cierto es que nadie los mata. Los turcos sienten una antipatía innata ante la idea de quitarle la vida a cualquier animal indefenso. Pero hacen algo peor: cuelgan, patean, lapidan y escaldan a esas miserables criaturas hasta llevarlas casi al borde de la muerte, y luego las dejan vivir y sufrir.

En una ocasión, un sultán propuso matar a todos esos perros, y empezó con la labor, pero el populacho lanzó semejante alarido de espanto, que se detuvo la masacre. Al cabo de un tiempo, propuso trasladarlos a todos a una isla del mar de Mármara. Nadie se opuso, y se llevaron a todos los que cabían en un barco. Pero cuando se supo que, por uno u otro motivo, los perros no habían llegado a la isla, sino que se habían caído por la borda en plena noche y se habían ahogado, el alarido volvió a oírse y se puso fin al proyecto de transportarlos.

Así que los perros siguen siendo los amos pacíficos de las calles. No digo que no aúllen por la noche, ni que no ataquen a la gente que no lleva un fez rojo en la cabeza. Sólo digo que, por mi parte, sería una maldad acusarlos de esas inapropiadas cosas, porque no los he visto hacerlas con mis propios ojos, ni las he escuchado con mis propios oídos.

Me sorprendió ver a los turcos y a los griegos jugar a los vendedores de periódicos aquí, en la tierra misteriosa donde habitaron los gigantes y los genios de *Las mil y una noches*, donde los caballos alados y los dragones con cabeza de hidra guardaban castillos encantados, donde los príncipes y las princesas atravesaban el aire montados en alfombras que obedecían a un mágico talismán, donde ciudades cuyas casas estaban hechas de piedras preciosas surgían en una noche por orden del mago, y donde los concurridos mercados se veían atacados, de repente, por un conjuro y cada ciudadano se quedaba como estaba: tumbado, sentado, de pie con su arma en alto, o con un pie adelantado, sin hablar y sin moverse, hasta que habían pasado cien años.

Resultaba curioso ver a los vendedores callejeros de periódicos hacer su trabajo

en una tierra tan de ensueño como ésta. Y, para ser sinceros, se trata de algo relativamente nuevo. La venta de periódicos nació hace cosa de un año en Constantinopla, y fue hija de la guerra austro-prusiana.

Aquí se publica un periódico en inglés —el *Levant Herald*— y siempre suele haber un buen número de diarios griegos, y unos pocos franceses, que salen y desaparecen, vuelven a salir luchando y desaparecen otra vez. La prensa no le gusta demasiado al gobierno del sultán. No entiende el periodismo. El proverbio dice: «Lo desconocido siempre es bueno». Para la corte, la prensa es una institución misteriosa y bribona. Saben lo que es la peste, porque de vez en cuando sufren alguna que reduce la población al ritmo de dos mil personas diarias, y creen que un periódico es un tipo ligero de peste. Cuando se descarría, lo suprimen: se abalanzan sobre él sin avisar y lo estrangulan. Cuando pasa mucho tiempo sin que se descarríe, empiezan a desconfiar y lo ahogan igual, porque creen que está incubando alguna diablura. Imaginen al gran visir en solemne consejo con los magnates del reino, intentando abrirse camino a través de las líneas del periódico para expresar, al fin, su profunda decisión: «Esto sólo busca causar problemas: es demasiado oscuro, demasiado inofensivo. ¡Que lo supriman! ¡Que le digan al propietario que no podemos consentirlo! ¡Envíen al director a la cárcel!».

Dedicarse al periodismo en Constantinopla tiene sus inconvenientes. En el plazo de pocos días, se suprimieron dos periódicos griegos y uno francés. No está permitido publicar ninguna victoria de los cretenses. De vez en cuando, el gran visir envía una nota a los distintos directores, en la que dice que la insurrección cretense ha sido reprimida por completo y, aunque los directores saben que no es verdad, deben publicar la noticia de todos modos. Al *Levant Herald* le gusta demasiado hablar bien de los americanos, por lo que al sultán no le hace gracia, ya que no soporta nuestro apoyo a los cretenses; y el periódico ha de ser especialmente circunspecto para no meterse en líos. En una ocasión su director, olvidando la nota oficial que decía que los cretenses habían sido aplastados, publicó una carta de contenido muy distinto escrita por el cónsul americano en Creta, y por ello le impusieron una multa de doscientos cincuenta dólares. Al poco editó otra de la misma pluma, y lo encarcelaron tres meses. Creo que podría conseguir el puesto de adjunto al director del *Levant Herald*, pero voy a intentar arreglármelas sin él.

Aquí, el hecho de suprimir un periódico implica la ruina de su propietario, o casi. Pero en Nápoles, yo creo que especulan con las desgracias de ese tipo. Allí prohíben periódicos todos los días, y al siguiente vuelven a salir con otro nombre. Durante los diez o quince días que allí permanecemos, un periódico fue asesinado y resucitó dos veces. Los vendedores callejeros son muy listos, como en todas partes. Se aprovechan de las debilidades populares. Cuando se dan cuenta de que no van a vender toda la mercancía, se acercan misteriosos a un ciudadano y le dicen en voz baja: «Es el último ejemplar, señor. Cuesta el doble. ¡Acaban de prohibir el periódico!». El hombre lo compra, por supuesto, y no encuentra en él nada especial. Dicen —aunque

yo no doy fe de ello, pero lo dicen— que a veces imprimen grandes tiradas de un periódico, con un artículo terriblemente sedicioso, que distribuyen rápidamente entre los vendedores callejeros, y luego desaparecen hasta que el enfado del gobierno se ha enfriado. Merece la pena. La confiscación no lleva a ningún sitio. No sale rentable ocuparse de los tipos y las prensas.

En Nápoles sólo hay un periódico inglés. Tiene setenta subscriptores. Su propietario se está haciendo rico poco a poco... poco a poco de verdad.

Nunca más tomaré un almuerzo turco. El aparato para cocinar estaba situado en el pequeño comedor, cerca del bazar, totalmente abierto a la calle. El cocinero estaba desaliñado, como la mesa, sin mantel. El tipo cogió una masa de carne de salchicha, la enroscó en un alambre y la puso a cocinar sobre un fuego de carbón. Cuando estuvo hecha, la dejó a un lado, llegó un perro caminando tristemente, y la mordisqueó. Antes la olió y seguramente reconoció los restos de algún amigo. El cocinero se la arrebató y nos la puso delante. Jack dijo: «Yo paso» —a veces juega a las cartas—, y todos pasamos cuando nos llegó el turno. Entonces el cocinero horneó una torta ancha, plana y de trigo, la engrasó bien con la salchicha y se dirigió con ella hacia nosotros. Se le cayó en medio de la porquería, la cogió, la limpió en sus bombachos y nos la puso delante. Jack dijo: «Yo paso». Todos pasamos. Echó unos huevos en una sartén y se quedó pensativo, sacándose restos de carne de entre los dientes con un tenedor. Después usó el tenedor para revolver los huevos y nos los trajo. Jack dijo: «Vuelvo a pasar». Y todos le copiamos. No sabíamos qué hacer, así que pedimos una nueva ración de salchicha. El cocinero sacó el alambre que había cocinado antes, distribuyó una cantidad adecuada de carne de salchicha, la aplastó con las manos y se puso a trabajar. Esta vez, de motu propio, pasamos todos. Pagamos y nos fuimos. Eso es todo cuanto aprendí sobre los almuerzos turcos. El almuerzo turco es bueno, sin duda, pero tiene sus inconvenientes.

Cuando pienso en cómo me han engañado los libros de viajes al Oriente, me entran ganas de llorar. Durante años y años he soñado con las maravillas de los baños turcos; durante años y años me he prometido a mí mismo que disfrutaría de uno. En muchas ocasiones, en mi imaginación, he descansado en la bañera de mármol, respirando la adormecedora fragancia de las especias orientales que inundaba el ambiente; después experimentaba un curioso y complicado sistema de tirones y zarandeos, de mojaduras y frotaduras, todo ejecutado por una pandilla de salvajes desnudos que emergían, enormes y vagamente, a través de las nubes de vapor, como demonios; luego descansaba un rato en un diván digno de un rey; a continuación experimentaba otro complejo calvario, aún más espantoso que el primero; y, por último, envuelto en suaves tejidos, me conducían hasta una sala principesca y me echaban en un lecho de colchón de plumas, donde unos eunucos, hermosamente vestidos, me abanicaban mientras yo dormitaba y soñaba, o contemplaba satisfecho los ricos tapices de la habitación, las mullidas alfombras, los suntuosos muebles, los cuadros, y bebía un café delicioso, fumaba el relajante narguile, para caer, al fin, en

un sueño tranquilizador, arrullado por los sensuales aromas de unos incensarios invisibles, por la leve influencia del tabaco persa del narguile, y por la música de las fuentes que copiaban el golpeteo de la lluvia de verano.

Ése era el cuadro, sacado de los agitadores libros de viajes. Se trataba de un engaño triste y miserable. La realidad se parece tanto a eso como los *Five Points* [33] al Jardín del Edén. Me recibieron en un gran patio, empedrado con losas de mármol; alrededor había amplias galerías, una sobre otra, alfombradas con cochambrosas esteras, limitadas por balaustradas sin pintar, y amuebladas con enormes sillas desvencijadas, cubiertas con viejos y deshechos colchones que mostraban las marcas dejadas por las formas de nueve generaciones seguidas de hombres que reposaron sobre ellos. Era un sitio grande, vacío, deprimente; su patio un establo, sus galerías cajones para caballos humanos. En la apariencia de los valets, cadavéricos y medio desnudos, que servían en el establecimiento nada había de poético, nada de romántico, nada de esplendor oriental. No desprendían aromas cautivadores: al contrario. Sus hambrientos ojos y sus lacias formas continuamente sugerían un hecho muy claro y nada sensiblero: querían lo que en California llaman «una buena manduca».

Me metí en uno de los pesebres y me desnudé. Un sucio muerto de hambre se puso un llamativo mantel a modo de taparrabos y de mis hombros colgó un harapo blanco. Si hubiese dispuesto entonces de una bañera, lo más natural habría sido lavarme. Pero me condujeron escaleras abajo, al patio mojado y resbaladizo, y lo primero que llamó mi atención fueron mis talones. Mi caída no produjo comentario alguno. La esperaban, sin duda. Formaba parte de la lista de relajantes y sensuales influencias características de esa casa de lujo oriental. Y lo cierto es que resultaba relajante, pero la forma de aplicarla no era la más acertada. Entonces me dieron un par de zuecos de madera —plataformas en miniatura—, con correas de cuero para que mis pies quedasen confinados en su interior (cosa que habrían logrado, si no fuese porque no calzo el número 48). Aquellos chismes se quedaban colgando de las correas cada vez que levantaba los pies, acababan en los sitios más extraños e inesperados cuando los volvía a apoyar en el suelo, y a veces se torcían hacia un lado, lo que me descoyuntaba por completo los tobillos. Sin embargo, aquello era lujo oriental, y yo hacía cuanto podía por disfrutarlo.

Me pusieron en otra zona del granero y me tumbaron sobre una especie de jergón mal ventilado, que no estaba hecho de tejido de oro, ni de chales persas, sino que simplemente era uno de esos chismes sin pretensiones que he visto en las habitaciones de los negros de Arkansas. No había nada más en aquella poco iluminada prisión de mármol, sólo otros cinco féretros como el mío. Era un lugar muy solemne. Pensé que, en cualquier momento, los aromas especiados de Arabia se adueñarían de mis sentidos, pero no fue así. Un esqueleto color cobre, cubierto con un harapo, me trajo un recipiente de cristal con agua, que encima llevaba una pipa de tabaco encendida y un tubo flexible que debía medir un metro, con una boquilla de

latón.

Era el famoso narguile de Oriente: eso que el Gran Turco fuma en los cuadros. Aquello empezaba a recordar al lujo. Le di una calada y fue suficiente; el humo entró en masa hasta mi estómago, mis pulmones y hasta las partes más ocultas de mi esqueleto. Tosí una vez, y fue como si el Vesubio hubiese hecho erupción. Durante los cinco minutos siguientes, humeé por todos mis poros, como una casa que se está quemando por dentro. El narguile se había acabado para mí. El tabaco tenía un sabor espantoso, pero más espantoso aún era el sabor de las mil lenguas infieles que permanecía en la boquilla de latón. Empezaba a sentirme desanimado. Después de esto, cada vez que vea al Gran Turco fumando su narguile, en plena dicha, en el exterior de un envoltorio de tabaco de Connecticut, sabré que es un desvergonzado embustero.

La prisión estaba llena de aire caliente. Cuando me hube caldeado lo suficiente para aguantar una temperatura aún más cálida, me llevaron al sitio donde la había: una sala de mármol, húmeda, resbaladiza y llena de vapor, y me tumbaron sobre una plataforma elevada que había en el centro. Hacía mucho calor. Al poco, el que se encargaba de mí me hizo sentar junto a un tanque de agua caliente, me mojó bien mojado, se enfundó la mano con una manopla áspera, y empezó a sacarme brillo por todas partes. Yo comencé a oler de forma desagradable. Cuanto más frotaba él, peor olía yo. Resultaba alarmante. Le dije:

—Percibo que hace mucho que he muerto. Es evidente que deberían enterrarme sin más demora. Creo que será mejor que vaya usted a buscar a mis amigos enseguida, porque hace calor y no aguantaré mucho más.

Continuó frotando y no me hizo caso. Pronto me di cuenta de que estaba reduciendo mi tamaño. Apretaba fuerte con la manopla y, de debajo de ésta, salían una especie de cilindros, como macarrones. No podía ser roña, porque era muy blanca. Me peló de esa forma durante un buen rato. Al final, le dije:

—Se trata de un proceso aburrido. Le llevará horas recortarme hasta dejarme en el tamaño que desea; esperaré; vaya a pedir prestada una garlopa.

No me hizo ni caso.

Al cabo de un tiempo trajo una palangana, jabón y una cosa que parecía la cola de un caballo. Produjo una cantidad prodigiosa de espuma de jabón, me cubrió con ella de la cabeza a los pies, sin advertirme que cerrara los ojos, y luego me fregoteó despiadadamente con la cola de caballo. Después me dejó allí, cual estatua de blanca espuma, y se marchó. Cuando me cansé de esperar, me fui a buscarlo. Estaba apuntalado contra la pared, en otra habitación, dormido. Lo desperté. Ni se inmutó. Me llevó de vuelta al mismo sitio y me inundó de agua caliente, me puso un turbante alrededor de la cabeza, me envolvió con unos manteles secos, me condujo hasta un gallinero cerrado con celosías que había en uno de los corredores, y me señaló una de esas camas de Arkansas. Me tumbé y volví a esperar la llegada de los aromas de Arabia. Pero no vinieron.

Aquel gallinero vacío, sin adornos, no tenía nada de esa voluptuosidad oriental sobre la que tantas cosas leemos. Más que otra cosa, parecía un hospital provincial. El delgado sirviente trajo un narguile, y yo le obligué a que se lo llevase de nuevo sin perder ni un segundo. Entonces trajo el mundialmente famoso café turco, al que los rapsodas han cantado con tanto entusiasmo durante generaciones, y me agarré a él como última esperanza de recuperar mis viejos sueños de lujo oriental. Otro fraude. De todas las bebidas indecentes que han pasado por mis labios, el café turco es la peor. La taza es pequeña y está embadurnada de posos; el café es negro, denso, de dudoso olor y de sabor execrable. En el fondo de la taza queda un sedimento turbio de más de un centímetro. Todo ello se cuela garganta abajo, algunos de esos posos se van quedando por el camino, y producen unas molestas cosquillas que obligan a ladrar y a toser durante una hora.

Y así terminó mi experiencia del tan famoso baño turco, y allí terminó también mi sueño de la felicidad que deleita al mortal que lo goza. Es una estafa de las peores. El hombre que de él disfruta, podrá disfrutar de cualquier cosa que resulte repulsiva a la vista o a cualquier otro sentido, y quien sea capaz de conferirle el encanto de la poesía, podrá hacer lo mismo con cualquier otra cosa de este mundo, por muy aburrida, miserable, deprimente y desagradable que sea.

## XXXV

**D**ejamos a una docena de pasajeros en Constantinopla y cruzamos el hermoso Bósforo hasta llegar al mar Negro. Los dejamos en las garras del famoso guía turco «Faraway Moses», que los convencerá para que compren un cargamento entero de esencia de rosas, espléndidas vestiduras turcas, y toda clase de cosas curiosas para las que jamás encontrarán uso alguno. Las inestimables guías de viaje de Murray han mencionado el nombre de Faraway Moses, y él se siente realizado. Todos los días presume de ser un famoso reconocido. Sin embargo, no podemos alterar nuestras costumbres consolidadas para complacer el capricho de los guías; no podemos mostrarnos parciales a estas alturas. Por lo tanto, ignorando la gran fama de ese hombre, e ignorando el imaginativo nombre del que tanto se enorgullece, nosotros lo llamamos Ferguson, como habíamos hecho con el resto de nuestros guías. Eso lo ha mantenido, todo el tiempo, en un estado de sorda exasperación. Aunque nosotros no queríamos molestar. Después de adornarse, sin reparar en gastos, con unos pantalones holgados y llamativos, unas babuchas amarillas, un fez rojo encendido, una chaqueta de seda azul, un fajín de hermoso tejido persa, cubierto por una pila de pistolones montados en plata, y de haberse colgado su terrible cimitarra, opina que el hecho de que le llamen Ferguson constituye una humillación atroz. No podemos evitarlo. Para nosotros, todos los guías son Ferguson. No somos capaces de dominar sus complicados nombres extranjeros.

Sebastopol es, probablemente, la ciudad más destartada de toda Rusia, o de todo el mundo. Pero deberíamos estar encantados con ella, de todas formas, porque aún no hemos estado en ningún país en el que nos hayan recibido tan bien, y en el que hayamos sentido que ser americanos era *visé* suficiente para nuestros pasaportes. Tan pronto echamos el ancla, el gobernador de la ciudad envió a un oficial a bordo para que preguntase si podía ayudarnos en algo, y para invitarnos a que nos sintiésemos en Sebastopol como en casa. Si conocen Rusia, sabrán que eso era llevar la hospitalidad al máximo. Normalmente tienen tan mal concepto de los extranjeros, que los molestan en exceso con los retrasos y fastidios inherentes a un complicado sistema de pasaportes. Si procediésemos de cualquier otro país, no habríamos conseguido el permiso para entrar en Sebastopol y volver a salir antes de tres días; pero, tal y como estaban las cosas, podíamos ir y venir cuándo y a dónde quisiéramos. En Constantinopla, todo el mundo nos advirtió que tuviésemos mucho cuidado con los pasaportes, que nos ocupásemos de que estuviesen perfectamente *en regle*, y que no los perdiésemos de vista ni un momento: y nos contaron numerosos ejemplos de ingleses, y de otras nacionalidades, que se vieron retrasados días, semanas, e incluso meses, en Sebastopol, debido a que sus pasaportes mostraban informalidades insignificantes, y de las que ellos no tenían la culpa. Yo había perdido mi pasaporte y viajaba con el de mi compañero de camarote, que se había quedado en Constantinopla a esperar nuestro regreso. Al leer la descripción que de él se hacía en

el pasaporte y luego mirarme a mí, cualquiera podía ver que me parecía tanto a él como me parezco a Hércules. Así que entré en el puerto de Sebastopol con miedo y temblando, dominado por la vaga y horrible aprensión de que iban a descubrirme y a colgarme. Pero durante todo ese tiempo, mi verdadero pasaporte había estado ondeando con gallardía sobre mi cabeza: se trataba de nuestra bandera. Nunca nos pidieron otro.

Hoy hemos tenido a bordo a muchas damas y caballeros rusos e ingleses, y se nos ha pasado el tiempo sin darnos cuenta. Eran personas alegres y nunca oí nuestra lengua madre sonar tan bien como cuando salía de aquellos labios ingleses en tierras tan lejanas. Hablé mucho tiempo con los rusos, por ser amable, y ellos hablaron conmigo por la misma razón; estoy seguro de que ambas partes disfrutamos de la conversación, aunque ninguno entendimos ni una sola palabra de ella. Pero lo cierto es que con quien más hablé fue con aquellos ingleses, y lamento que no podamos llevarnos a algunos con nosotros.

Hoy hemos ido a todos los sitios a donde nos ha apetecido ir y sólo hemos encontrado las atenciones más delicadas. Nadie nos preguntó si teníamos pasaporte o no.

Algunos de los funcionarios gubernamentales han sugerido que llevemos el barco a un pequeño centro turístico costero situado a treinta millas de aquí, y le hagamos una visita al emperador. Se encuentra allí haciendo vida campestre. Esos funcionarios nos dijeron que ellos se ocuparían de garantizarnos una cordial recepción. Afirmaron que si íbamos, no sólo telegrafiarían al emperador, sino que enviarían un correo especial por tierra para avisar de nuestra llegada. Pero tenemos tan poco tiempo y, lo que es peor, andamos tan mal de carbón, que nos pareció mejor renunciar al inusitado placer de mantener relaciones sociales con un emperador.

Las ruinas de Pompeya están en buenas condiciones si las comparamos con Sebastopol. Aquí podemos mirar en cualquier dirección y nuestros ojos no encuentran nada más que ruinas, ruinas y más ruinas: fragmentos de casas, muros derribados, montículos agrietados e irregulares, ¡desolación por todas partes! Es como si un potente terremoto hubiese descargado toda su furia sobre este lugar. Durante dieciocho meses, los bombardeos de la guerra golpearon la indefensa ciudad, y la dejaron convertida en los escombros más tristes sobre los que ha brillado nunca el sol. Ni una sola casa quedó intacta, ni una habitable, siquiera. Resulta imposible imaginar una ruina tan completa, tan absoluta. Todas las casas habían sido estructuras de piedra maciza y labrada; las balas de cañón han atravesado, de un lado a otro, la mayor parte de ellas, que están sin tejado y rajadas desde los aleros a los cimientos, de manera que ahora, una fila de casas de media milla parece una procesión interminable de chimeneas derruidas. Ni siquiera tienen apariencia de casa. A algunos de los edificios más grandes les faltan las esquinas; o tienen columnas partidas en dos; las cornisas hechas pedazos; los muros agujereados. Buena parte de los agujeros son tan redondos y están tan bien hechos como si los hubiesen efectuado con un



taladro. Otros no han llegado a perforar del todo la pared, y en la piedra ha quedado una huella clara, tan suave y torneada como si la hubiesen hecho en masilla. Aquí y allá aún sobresalen de la pared algunas balas, de las que gotean lágrimas de hierro que manchan la piedra.

Los campos de batalla estaban muy cerca el uno del otro. La torre de Malakoff está situada sobre una colina en el límite de la ciudad. La Redan estaba a tiro de fusil de Malakoff; Inkerman se hallaba a una milla de distancia; y Balaklava suponía sólo una hora a caballo. Las trincheras francesas, gracias a las que se acercaron a Malakoff y la sitiaron, se aproximaron tanto a sus laterales en pendiente que hubiese sido posible situarse junto a las armas rusas y lanzarles una piedra dentro. Una y otra vez, durante tres días terribles, treparon en masa la pequeña colina de Malakoff, y fueron rechazados en medio de una espantosa matanza. Al fin capturaron el lugar y expulsaron a los rusos, que intentaron retirarse hacia la ciudad, pero los ingleses habían tomado la Redan, y les cortaron el paso con un muro de fuego; no podían hacer nada más que volver atrás y recuperar la Malakoff, o morir bajo sus disparos. Regresaron; tomaron la Malakoff y la volvieron a tomar dos o tres veces, pero su valor desesperado no les sirvió de nada y, al final, tuvieron que rendirse.

Estos campos espantosos, donde bramaban tales tempestades de muerte, ahora están tranquilos; no se oye nada, no se aprecia movimiento alguno, están solitarios y silenciosos: su desolación es total.

Como no había nada más que hacer, todo el mundo se fue a la caza de reliquias. Han llenado el barco de ellas. Las han traído de la Malakoff, de la Redan, de Inkerman, de Balaklava, de todas partes. Han traído balas de cañón, baquetas rotas, fragmentos de proyectiles... hierro suficiente para fletar un balandro. Algunos hasta han traído huesos: cargaron con ellos desde muy lejos y se disgustaron al oír al médico de a bordo decir que sólo eran huesos de mula y de buey. Yo sabía que Blucher no perdería una oportunidad como ésa. Se trajo al barco un saco entero y ya iba a buscar otro. Lo convencí para que no fuera. Ya había convertido su camarote en un museo de falsificaciones sin valor, que ha ido reuniendo en sus viajes. Ahora se está dedicando a etiquetar sus trofeos. Hace un rato cogí uno y vi que lo había marcado como «Fragmento de un general ruso». Me lo llevé afuera para verlo con más luz y no era más que un par de dientes y un pedazo de la mandíbula de un caballo. Le dije con aspereza:

—¡Fragmento de un general ruso! Esto es absurdo. ¿Es que nunca se comportará con sensatez?

Se limitó a decirme:

—Tranquilo, la vieja no notará la diferencia. (Su tía).

Este hombre reúne recuerdos con una temeridad total; los mezcla todos y después, serenamente, los etiqueta sin mostrar la más mínima consideración hacia la verdad, el decoro o incluso la plausibilidad. Lo he descubierto partiendo en dos una piedra y etiquetando una mitad como «Pedazo arrancado del púlpito de Demóstenes», y la otra

mitad «Guijarro de la tumba de Abelardo y Eloísa». Sé que ha llegado a recoger un puñado de piedrecitas del camino, las ha subido a bordo y las ha etiquetado como procedentes de veinte localidades famosas separadas por quinientas millas de distancia. Por supuesto que protesto ante semejante ultraje de la razón y la verdad, pero de nada sirve. Siempre recibo la misma contestación, tranquila e irrefutable:

—No tiene importancia... la vieja no notará la diferencia.

Desde que los tres o cuatro afortunados realizamos nuestro viaje nocturno a Atenas, le ha proporcionado auténtica satisfacción darles a todos los pasajeros del barco un guijarro de la colina de Ares, donde predicó San Pablo. Había recogido todos los guijarros a la orilla del mar, a la altura del barco, pero proclama que se los ha dado uno de nuestro grupo. Sin embargo, no me sirve de nada revelar el engaño: el hombre disfruta y no le hace daño a nadie. Dice que no piensa que darse sin recuerdos de San Pablo mientras tenga un banco de arena cerca. Pero no es peor que los demás. He observado que el resto de los viajeros subsana las deficiencias de sus colecciones de la misma manera. Jamás, mientras viva, volveré a confiar en esas cosas.

## XXXVI

**N**os hemos alejado tanto en dirección este —155° de longitud desde San Francisco— que mi reloj ya no puede mantener el ritmo del tiempo. Se ha descorazonado y se ha parado. Me parece que ha sido una decisión inteligente. La diferencia horaria entre Sebastopol y la costa del Pacífico es enorme. Cuando aquí son las seis de la mañana, en California son alrededor de dos semanas menos. Por eso es comprensible que nos enredemos un poco con la hora. Estas distracciones y sufrimientos con la hora me han preocupado tanto, que tenía miedo de que mi mente hubiese quedado afectada hasta el punto de que ya nunca más pudiese calcular la hora; pero cuando vi la maña que aún me daba para comprender cuándo era la hora de cenar, la tranquilidad me envolvió, y las dudas y los temores ya no me torturan.

Odessa está a unas veinte horas de viaje de Sebastopol, y es el puerto situado más al norte del mar Negro. Hemos venido hasta aquí, principalmente, para cargar carbón. La ciudad tiene una población de ciento treinta y tres mil habitantes, y crece con más rapidez que cualquier otra ciudad pequeña de América. Es puerto franco y el mayor mercado de grano de esta parte del mundo. Su fondeadero está lleno de barcos. Ahora están los ingenieros manos a la obra para convertir el fondeadero abierto en una espaciosa bahía artificial. Quedará casi rodeada por enormes muelles de piedra, uno de los cuales se adentrará un kilómetro en el mar, en línea recta.

Hacía mucho que no me sentía tan en casa como cuando «subí la colina» y pisé Odessa por vez primera. Parecía una ciudad americana; calles hermosas, anchas, y rectas; casas bajas (de dos o tres plantas), anchas, pulcras y libres de cualquier tipo de ornamentación arquitectónica; algarrobos bordeando las aceras (los llaman acacias); una atmósfera profesional y animada en las calles y las tiendas; gente caminando aprisa; un familiar aire a nuevo en las casas y en todo lo demás; sí, y una nube de polvo torrencial y asfixiante que se parecía tanto a un mensaje enviado desde nuestra querida tierra natal, que trabajo nos costó no derramar unas cuantas lágrimas agradecidas y soltar unos pocos juramentos al tradicional estilo americano. Ya mirásemos calle arriba o calle abajo, hacia aquí o hacia allá, ¡sólo veíamos América! No había nada que nos recordase que estábamos en Rusia. Recorrimos una pequeña distancia a pie, deleitándonos en esta visión del hogar, llegamos junto una iglesia y un cochero y ¡*presto!* ¡La ilusión se desvaneció! La iglesia tenía una cúpula esbelta, de aguja que se redondeaba hacia adentro en la base y que parecía un nabo al revés, y el cochero se cubría con una especie de enagua larga sin aros. Esas cosas eran esencialmente extranjeras, como los carruajes, pero ya las conoce todo el mundo, por lo que no es necesario que las describa.

Allí sólo íbamos a permanecer un día y una noche, para hacer acopio de carbón; consultamos las guías y nos alegramos de saber que en Odessa no había lugares de interés que ver; así que podíamos disfrutar de unas buenas vacaciones sin trabas, sin otra cosa que hacer más que holgazanear por la ciudad y divertirnos. Nos paseamos

despreocupados por los mercados y criticamos los espantosos y sorprendentes trajes del interior; examinamos al populacho hasta dónde alcanzaba la vista; y pusimos punto final al entretenimiento con una orgía de helados. No hay helados en todas partes, por eso cuando los encontramos, tendemos a disiparnos en exceso. En casa no le damos ninguna importancia al helado, pero en estos climas tan calurosos del este, en los que escasea, sentimos por él verdadera idolatría.

Sólo encontramos dos estatuas, y eso supuso otra bendición. Una era una imagen en bronce del Duc de Richelieu, sobrino nieto del magnífico cardenal. Se erguía en medio de un espacioso paseo marítimo, mirando al mar, y desde su base, un amplio tramo de escaleras descendía hacia el puerto: eran doscientas, medían quince metros de largo, con un ancho rellano cada veinte escalones. Es una escalinata grandiosa y, desde lejos, las personas que se esforzaban en subirla parecían insectos. Menciono la estatua y la escalera porque tienen su historia. Richelieu fundó Odessa; la vigiló con atención paterna; utilizó su fértil cerebro, su sensatez y su comprensión en defensa de sus mejores intereses; gastó su fortuna en abundancia con el mismo fin; la dotó de una prosperidad sólida que la convertirá en una de las grandes ciudades del Viejo Mundo; construyó esta magnífica escalinata con dinero de su propio bolsillo y... bueno, la gente por la que tanto había hecho permitió que, un día, descendiese esos mismos escalones, desatendido, viejo, pobre, sin un triste abrigo con el que cubrirse; y cuando, años después, murió en Sebastopol, en la miseria y abandonado, convocaron una reunión, aportaron dinero con generosidad y, de inmediato, erigieron un monumento de tan buen gusto a su memoria, y le pusieron su nombre a una calle importante. Me recuerda eso que dijo la madre de Robert Burns cuando levantaron un imponente monumento en su recuerdo: «Ah, Robbie, les pediste pan y te han dado una piedra» <sup>[34]</sup>.

Las gentes de Odessa nos han recomendado, encarecidamente, que vayamos a visitar al emperador, como los sebastopolitanos. Han teleografiado a su majestad y él ha señalado su buena disposición a concedernos una audiencia. Así que levamos anclas y nos preparamos para navegar hasta su balneario. ¡Cuánta persecución desesperada habrá a partir de ahora! ¡Cuánta celebración de reuniones importantes y designación de solemnes comités! ¡Y cuánta limpieza y renovación de fracs y corbatas de seda blancas! A medida que este terrible calvario por el que vamos a pasar va tomando forma en mi imaginación en toda su sobrecogedora sublimidad, empiezo a sentir que mi fuerte deseo de conversar con un emperador auténtico se enfría y se desvanece. ¿Qué voy a hacer con las manos? ¿Qué voy a hacer con los pies? ¿Qué rayos va a ser de mí?

## XXXVII

**E**chamos el ancla aquí, en Yalta, Rusia, hace dos o tres días. Para mí fue como contemplar las Sierras. Las montañas altas y grises que la dominan, de laterales erizados de pinos, hendidas por los barrancos, en los que, aquí y allá, sobresale alguna vieja roca, con grietas alargadas, en línea recta, que descienden desde la cima hasta el mar, señalando el paso de alguna avalancha ocurrida en tiempos pasados, todo el paisaje era como el de las Sierras, como si uno fuese el retrato del otro. La pequeña población de Yalta está enclavada a los pies de un anfiteatro que asciende hasta el muro de montañas, y que parece haberse hundido apaciblemente, desde un punto más elevado, hasta alcanzar su posición actual. Esta depresión está cubierta por los parques y los jardines de los nobles, y entre la masa de verde follaje, los brillantes colores de sus palacios brotan aquí y allá, cual flores. Es un lugar muy bonito.

A bordo llevábamos al cónsul de los Estados Unidos, el cónsul de Odessa. Nos reunimos en el camarote y le ordenamos que nos dijese qué debíamos hacer para salvarnos, y que nos lo dijera enseguida. Pronunció un discurso. Lo primero que nos contó frustró las esperanzas de todo el mundo: él nunca había asistido a una recepción en la corte. (Tres gemidos por el cónsul). Pero dijo que había visto recepciones del Gobernador general de Odessa, y había escuchado las experiencias de otras personas en la corte rusa y en las cortes de otros países, por lo que creía saber muy bien por qué clase de calvario íbamos a pasar. (Renace la esperanza). Dijo que éramos muchos; el palacio de verano era pequeño: una simple mansión; sin duda seríamos recibidos al estilo veraniego: en el jardín; permaneceríamos de pie, en fila, los caballeros de frac, guante blanco y corbata de lazo blanca, y las damas vestidas con sedas de colores claros, o algo similar; en el momento preciso —las doce del mediodía— el emperador, atendido por su séquito engalanado con espléndidos uniformes, aparecería y caminaría despacio a lo largo de la fila, saludando con un gesto a algunos y diciéndoles dos o tres palabras a otros. En el momento en el que su majestad hiciese acto de presencia, una sonrisa entusiasta, encantadora y general debería extenderse como un sarpullido entre los pasajeros —una sonrisa de amor, de satisfacción, de admiración— y unánimemente, el grupo debería empezar a hacer reverencias, no de forma servil, sino con respeto y con dignidad; después de quince minutos, el emperador entraría en la casa y nosotros podríamos empezar a desfilar hacia el barco. Nos sentimos terriblemente aliviados. En cierto modo, parecía sencillo. No había ni un solo hombre en el grupo que no creyera que, con un poco de práctica, sería capaz de permanecer en fila, sobre todo si había más gente; no había ni un solo hombre que no creyese que podría hacer reverencias sin enredarse con el frac y romperse el cuello; en una palabra: llegamos a creer que éramos capaces de dominar cualquier aspecto de la representación, excepto esa complicada sonrisa. El cónsul dijo también que deberíamos redactar una pequeña alocución para el emperador, y entregársela a uno de sus edecanes, quien se la haría llegar en el

momento oportuno. Por lo tanto, se eligió a cinco caballeros para que redactasen el documento, y los otros cincuenta se dedicaron a sonreír tristemente por todo el barco, practicando. Durante las doce horas siguientes, dábamos la impresión general de estar en un velatorio, en el que todos sentíamos que se hubiese producido una muerte, pero nos alegrábamos de que todo hubiera acabado; en el que todo el mundo sonreía, pero desconsolado.

Un comité se desplazó a tierra para esperar a su excelencia el Gobernador general y conocer nuestro destino. Después de tres horas de ominoso suspense, sus miembros regresaron y dijeron que el emperador nos recibiría al día siguiente a mediodía, enviaría carruajes a buscarnos y escucharía nuestra alocución en persona. El gran duque Miguel también nos convidaba a su palacio. Cualquiera podía comprender la intención de demostrar que la amistad de Rusia hacia América era tan sincera como para convertir a unos ciudadanos civiles en el centro de sus amables atenciones.

A la hora acordada, recorrimos tres millas en coche, y nos reunimos en el hermoso jardín frente al palacio del emperador.

Formamos un círculo bajo los árboles frente a la puerta, ya que no había ninguna habitación en la casa capaz de acomodar al montón de personas que éramos, y a los pocos minutos la familia imperial salió, saludando y sonriendo, y se mezcló entre nosotros. Un buen número de grandes dignatarios del imperio, en uniforme de cuartel, los acompañaba. Con cada inclinación de cabeza, su majestad decía una palabra de bienvenida. Copio dichas alocuciones. Tienen carácter —carácter ruso— que es pura cortesía, auténtica y verdadera. Los franceses son corteses, pero suele ser una simple cortesía ceremoniosa. El ruso recubre sus cortesías con una cordialidad, tanto de palabra como de expresión, que empuja a creer en su sinceridad. Como iba diciendo, el zar salpicaba sus frases con inclinaciones de cabeza:

—Buenos días. Me alegro de verle. Me produce gran satisfacción... Es para mí un placer... Estoy encantado de... recibirle.

Todo el mundo se quitó el sombrero y el cónsul le endosó el discurso. Lo soportó con inquebrantable entereza; después tomó el borroso documento y se lo entregó a algún gran dignatario u otro, para que lo registrase en los archivos de Rusia: en la chimenea. Nos dio las gracias por el discurso y dijo que estaba encantado de vernos, sobre todo por las buenas relaciones existentes entre Rusia y los Estados Unidos. La emperatriz dijo que los americanos eran los extranjeros preferidos en Rusia, y que esperaba que los rusos fuesen considerados de la misma forma en América. Eso fue todo lo que se dijo, y recomiendo tales alocuciones a los grupos que se reúnen para regalarles relojes de oro a los policías, como modelo de brevedad y puntualización. Después, la emperatriz empezó a hablar amigablemente (para una emperatriz) con varias damas del grupo; algunos caballeros entablaron una inconexa conversación general con el emperador; los duques y los príncipes, almirantes y damas de honor se pusieron a charlar con libertad y alegría primero con uno y luego con otro de los miembros de nuestro grupo, y quien lo deseó, dio un paso adelante y conversó con la

gran duquesa María, la hija del zar. Tiene catorce años, el pelo claro, los ojos azules, y es modesta y hermosa. Todo el mundo habla inglés.

El emperador llevaba gorra, levita y pantalones anchos, todo ello de una especie de dril blanco —algodón o lino—, y no lucía joyas ni insignia alguna que indicase su rango. No podría haber traje menos ostentoso. Es muy alto y enjuto y parece un hombre decidido, aunque muy agradable. Resulta fácil ver que es amable y cariñoso. Hay algo muy noble en su expresión cuando se quita la gorra. En sus ojos no se aprecia esa astucia que todos reconocimos en los de Luis Napoleón.

La emperatriz y la pequeña gran duquesa llevaban unos sencillos vestidos de foulard (o seda de foulard, no sé qué es lo más apropiado), con pequeños lunares azules; los vestidos iban ribeteados en azul; ambas damas llevaban anchos fajines azules en la cintura; cuellos de lino y lazos clericales de muselina; sombreros de paja de copa baja bordeados en terciopelo azul; parasoles y guantes color carne. La gran duquesa no usaba tacones. Eso no lo sé porque me haya fijado yo, sino porque me lo dijo una de las damas. Yo no le miraba a los zapatos. Me alegró comprobar que usaba su pelo natural, peinado en gruesas trenzas sobre la nuca, en lugar de esa cosa horrible a la que llaman «cascada», y que se parece tanto a una cascada como un jamón envuelto en lona se parece a una catarata. Teniendo en cuenta la amable expresión del rostro del emperador y la afectuosidad del de su joven hija, me pregunto si no pondría a prueba la firmeza del zar a la hora de condenar a un desgraciado miserable a sufrir en los páramos de Siberia, el hecho de que su hija intercediese por él. Cada vez que sus ojos se encontraban, veía el tremendo poder que aquella débil y pudorosa colegiala podría ejercer si así lo desease. En muchas ocasiones podría gobernar al Autócrata de Rusia, cuyas palabras, hasta la más insignificante, son ley para setenta millones de seres humanos. Ella sólo era una niña, y tenía el aspecto de otros miles de niñas que he visto, pero nunca ninguna había provocado en mí un interés tan novedoso y peculiar. Una sensación nueva y extraña constituye algo raro en esta vida monótona, y yo la sentí allí. No había nada viciado ni trillado en las ideas y sentimientos que la situación y las circunstancias creaban. Resulta extraño —más de lo que puedo expresar— pensar que la figura central de aquel grupo de hombres y mujeres, que charlaba bajo un árbol como el más corriente de los individuos de la tierra, era un hombre que, con sólo abrir la boca, haría que los barcos volasen entre las olas, las locomotoras corriesen atravesando llanuras, los mensajeros se apresurasen de aldea en aldea, cientos de telégrafos enviasen sus palabras hasta el último rincón de un imperio que extiende sus enormes proporciones sobre una séptima parte del mundo habitable, y una innumerable multitud de hombres se dispondría a cumplir sus deseos. Sentía la necesidad de examinarle las manos y ver si estaban hechas de carne y hueso, como las del resto de los hombres. Aquel hombre podía hacer esas maravillas y, sin embargo, si yo quisiera, podría derribarlo de un golpe. El asunto era evidente, pero parecía absurdo, tanto como intentar derribar una montaña o hacer desaparecer un continente. Si ese hombre se torciese un tobillo, un

millón de millas de telégrafo llevarían la noticia atravesando montañas, valles, zonas desérticas, bajo el mar sin caminos, y diez mil periódicos perorarían sobre ello; si estuviera gravemente enfermo, todas las naciones lo sabrían antes de que el sol saliese de nuevo; si cayera muerto de repente, su caída afectaría a los tronos de medio mundo. Si hubiese podido robarle la chaqueta, lo habría hecho. Cuando conozco a un hombre como él, me gusta conservar algo que me lo recuerde.

Por regla general, los palacios que habíamos visto nos los mostraba algún lacayo afiligranado de piernas recubiertas de felpa que nos cobraba un franco por ello; pero después de hablar con el grupo durante media hora, el emperador de Rusia y su familia nos condujeron, ellos mismos, a través de su mansión. Y no nos cobraron. Parecía que para ellos era un verdadero placer.

Pasamos media hora recorriendo el palacio, admirando las acogedoras habitaciones y el rico, aunque hogareño, mobiliario del lugar, y después la familia imperial despidió amablemente a nuestro grupo y se puso a contar las cucharas.

También nos habían invitado a visitar el palacio del hijo mayor, el príncipe heredero de Rusia, que estaba cerca. El joven se hallaba ausente, pero los duques, las condesas y los príncipes nos acompañaron por todo el lugar tan despacio como en el palacio del emperador, y la conversación fue tan animada como siempre.

Ya era la una pasada. Nos desplazamos hasta la residencia del gran duque Miguel, que quedaba a una milla de distancia, en respuesta a la invitación que nos había enviado.

Llegamos en veinte minutos. Es un lugar precioso. El hermoso palacio está enclavado entre las grandiosas arboledas del parque, el parque se asienta en el regazo de los pintorescos peñascos y montes, y ambos dan al ventoso mar. En el parque, aquí y allá, hay bancos rústicos, en rincones apartados y sombríos; hay riachuelos de aguas cristalinas; hay lagos pequeños de orillas pobladas de hierba, tentadoras; hay espumosas cascadas que se atisban entre los claros del infinito follaje; hay arroyos de aguas claras que manan de los falsos nudos situados en los troncos de los árboles; hay templete de mármol en miniatura que se alzan sobre los riscos viejos y grises; hay aireadas atalayas desde las que se puede observar una amplia extensión de paisaje y de mar. El palacio está modelado siguiendo las formas más selectas de la arquitectura griega, y sus amplias columnatas rodean un patio central, flanqueado por flores poco comunes que llenan el lugar con su fragancia, y en el medio brota una fuente que refresca el ambiente veraniego y que podría criar mosquitos, aunque no creo que lo haga.

Salieron el gran duque y su duquesa, y las ceremonias de presentación fueron tan sencillas como lo habían sido en casa del emperador. En pocos minutos ya estábamos conversando, como antes. La emperatriz apareció en el porche, y la pequeña gran duquesa se mezcló entre la multitud. Habían llegado antes que nosotros. A los pocos minutos, el propio emperador llegó a caballo. Resultó muy agradable. Podrán apreciarlo si en alguna ocasión han visitado a la realeza y han sentido, de vez en



cuando, que posiblemente estaban abusando de su anfitrión, aunque creo yo que, por regla general, la realeza no es escrupulosa a la hora de echar a alguien cuando ha acabado con él.

El gran duque es el tercer hermano del emperador, debe de tener alrededor de treinta y siete años, y es la figura más magnífica de Rusia. Es incluso más alto que el zar, envarado como un indio, y se comporta como uno de esos guapísimos caballeros sobre los que leemos en las novelas que hablan de las Cruzadas. Parece un tipo valiente, capaz de lanzar a un enemigo al río en un momento, para luego saltar él y arriesgar su vida salvándolo. Las historias que cuentan sobre él demuestran que es intrépido y generoso. Debía de estar muy interesado en demostrar que los americanos éramos huéspedes bienvenidos a los palacios imperiales de Rusia, porque cabalgó hasta Yalta y acompañó a nuestra procesión hasta el encuentro con el emperador, y dispuso que sus ayudantes anduviesen por todas partes, despejando el camino y ofreciéndonos ayuda cuando hizo falta. Entonces lo tratamos con bastante familiaridad, porque no sabíamos quién era. Ahora lo habíamos reconocido y agradecíamos ese espíritu amigo que lo había empujado a hacernos un favor que cualquier otro gran duque del mundo habría declinado, sin duda. Tenía servidores de sobra a los que haber enviado, pero prefirió ocuparse en persona del asunto.

El gran duque llevaba puesto el elegante y llamativo uniforme de oficial cosaco. La gran duquesa lucía un vestido de alpaca blanca, con las costuras y las nesgas ribeteadas de encaje negro, y un pequeño sombrero gris con la pluma del mismo color. Es joven, bastante hermosa, recatada y modesta, y tan cortés que resulta encantadora.

Nuestro grupo se paseó por la casa, luego la nobleza nos acompañó por los jardines y después nos volvieron a llevar al palacio, más o menos a las dos y media, para desayunar. Ellos lo llaman desayuno, pero nosotros lo habríamos llamado almuerzo. Constaba de dos tipos de vino, té, pan, queso y carnes frías, y nos lo sirvieron en las mesas centrales del salón y del porche, en cualquier lugar que les pareció conveniente; todo sin ceremonias. Fue una especie de comida campestre. Yo ya había oído decir que íbamos a desayunar allí, pero Blucher dijo que creía que el chico del panadero se lo había sugerido a su alteza imperial. No me lo creo, aunque hubiese sido propio de él. El chico del panadero es el criador de hambruna del barco. Siempre tiene hambre. Dicen que se pasa por los camarotes cuando los pasajeros no están y se come todo el jabón. Y dicen que come estopa. Afirman que, entre horas, se come cualquier cosa que encuentre, pero que prefiere la estopa. En cambio no le gusta para cenar, pero sí a la hora del almuerzo, entre horas o así. Lo convierte en alguien desagradable, porque le huele el aliento y tiene los dientes llenos de chapapote. El chico del panadero pudo haber sugerido lo del desayuno, pero espero que no haya sido así. De todos modos, salió bien. El ilustre anfitrión se iba desplazando de un lugar a otro, y ayudaba a acabar con las provisiones y a mantener la conversación, y la gran duquesa hablaba con los grupos del porche y con los que,

una vez satisfecho su apetito, habían abandonado el salón.

El té del gran duque era delicioso. Nos dieron limón para exprimirlo, o leche fría, según preferencias. El limón es mejor. El té lo traen por tierra desde la China. El artículo sufre si se lo transporta por mar.

Cuando llegó la hora de irnos, nos despedimos de nuestros distinguidos anfitriones y ellos se retiraron felices y contentos a sus aposentos para contar sus cucharas.

Habíamos pasado casi medio día en el hogar de la realeza, y nos habíamos sentido tan cómodos y alegres como si hubiésemos estado en el barco. La verdad es que yo creía que sería más fácil estar alegre en el seno de Abraham que en el palacio de un emperador. Suponía que los emperadores eran personas espantosas. Creía que no hacían más que llevar magníficas coronas y capas de terciopelo rojo con pizcas de lana cosidas aquí y allá, sentarse en sus tronos, mirar con el ceño fruncido a los lacayos y a las gentes del patio de butacas, y ordenar que ejecutasen a los duques y a las duquesas. Sin embargo, he descubierto que cuando uno tiene la suerte de situarse entre bambalinas y verlos en casa, en la intimidad de sus aposentos, son como cualquier otro mortal. Es más agradable verlos así que en su faceta teatral. Parece que les resulta tan natural eso de vestirse y comportarse como otras personas, como lo es la costumbre de quedarse con el lápiz de un amigo después de haberle utilizado. Pero yo ya no volveré a confiar en los reyes de oropel del teatro. Será una gran pérdida. Me producían tanta emoción. Aún así, en lo sucesivo, me alejaré triste y diré: «No me vale, no es la clase de rey con la que estoy familiarizado». Cuando se pavoneen por el escenario con sus coronas enjovadas y sus espléndidos mantos, me veré obligado a observar que todos los emperadores a los que conocí personalmente usaban ropas de lo más común, y no se pavoneaban. Y cuando salgan a escena atendidos por una amplia guardia de ingenuos con casco y peto de hojalata, tendré el deber, además del placer, de informar al ignorante de que ninguna cabeza coronada de las que conozco tiene un solo soldado en los alrededores de su casa o su persona.

Es posible que alguien piense que nuestro grupo se entretuvo demasiado o hizo cosas impropias, pero no fue así. El grupo comprendió que se encontraba en una posición de gran responsabilidad, que estaba representando al pueblo de América, no a su gobierno, por lo que todos tuvieron mucho cuidado en esforzarse al máximo por cumplir su misión con honor.

Por otro lado, no cabe duda de que las familias imperiales pensaron que, al recibirnos, estaban recibiendo de manera más especial al pueblo de América de lo que podrían hacerlo al colmar de atenciones a un pelotón de ministros plenipotenciarios y, por lo tanto, dieron al acontecimiento su más amplio significado como expresión de buena voluntad y de sentimiento amistoso hacia todo el país. Por supuesto, aceptamos las amabilidades recibidas como atenciones así dirigidas, y no como encaminadas a contentarnos a nosotros como grupo. Que sentimos un orgullo personal al ser recibidos como representantes de una nación, no lo negamos; que

sentimos un orgullo nacional por la cariñosa cordialidad de dicha recepción, nadie puede dudarle.

Hemos callado inflexiblemente a nuestro poeta desde el momento en el que soltamos el ancla. Cuando se anunció que íbamos a visitar al emperador de Rusia, los muros de contención de su gran piélagos se rompieron, y nos llovieron necesidades indescriptibles durante veinticuatro horas. Nuestra ansiedad habitual sobre qué íbamos a hacer con nuestras vidas, se convirtió de repente en ansiedad sobre qué íbamos a hacer con nuestro poeta. Por fin se resolvió el problema. Se le ofrecieron dos alternativas: o realizaba un espantoso juramento por el que no emitiría ni una sola línea de su poesía mientras estuviésemos en los dominios del zar, o se quedaría bajo vigilancia a bordo del buque hasta que volviésemos a estar a salvo en Constantinopla. Luchó durante mucho tiempo con semejante dilema, pero al fin cedió. Fue un gran parto. Tal vez al lector salvaje le apetezca leer una muestra de su estilo. Y no utilizo el adjetivo de manera ofensiva. Sólo lo hago porque «el gentil lector» ha sido utilizado tan a menudo que, cualquier cambio al respecto, no puede resultar más que refrescante:

*Sálvanos y santifícanos y, de paso, también,*

*Mira que sean buenas las provisiones camino de Jerusalén.*

*Porque el hombre propone y, por si fuera poco,*

*El tiempo no espera a nadie, a nosotros tampoco.*

El mar ha estado extraordinariamente bravo todo el día. Sin embargo, le hemos sacado partido. Han venido unas cuantas visitas. Se presentó el Gobernador general, y lo hemos recibido con un saludo de nueve cañones. Lo acompañaba su familia. Me fijé en que extendieron alfombras desde el extremo del embarcadero hasta su carruaje para que caminara sobre ellas, aunque lo había visto caminar por aquel mismo sitio sin alfombras cuando no estaba en un acto oficial. Se me ocurrió pensar que tal vez contaría con eso que los agentes de seguros llaman una pócima (chiste con «póliza», que no supera lo mediocre) extraespecial para dar brillo a sus botas, y deseaba protegerlas, pero las examiné y no vi que estuviesen mejor embetunadas de lo normal. Es posible que antes hubiese olvidado la alfombra, aunque no era de esos que se lo creen. Se trataba de un anciano caballero sumamente agradable; a todos nos caía bien, sobre todo a Blucher. Cuando se fue, Blucher lo invitó a volver y a traer su alfombra.

También subieron a bordo el príncipe Dolgorouki y un gran almirante o dos, a los que habíamos visto ayer en la recepción. Al principio estuve un poco distante con esas personas, porque al haber estado visitando emperadores, no me gusta ser demasiado familiar con personas a las que sólo conozco de oídas, y de cuya catadura moral y posición social no puedo estar por completo al corriente. Me pareció que

sería mejor aparecer un poco altivo, al principio. Me dije: «los príncipes, los condes y los grandes almirantes están muy bien, pero no son emperadores, y nunca se es demasiado exigente con aquéllos con los que nos relacionamos».

Además, vino el barón Wrangel. Fue embajador de Rusia en Washington. Le conté que tenía un tío que se cayó en un pozo y se partió en dos, un año antes. Era una falsedad, pero no iba yo a permitir que nadie me eclipsase a la hora de contar aventuras sorprendentes, sólo porque me faltara un poco de inventiva. El barón es un buen hombre y dicen que el emperador lo tiene en alta estima y ha depositado en él su confianza.

El barón Ungern-Sternberg, un noble bullicioso y entusiasta, llegó con el resto. Es un hombre de progreso e iniciativa: un hombre representativo de los tiempos. Es el Director general del sistema ferroviario ruso, una especie de rey del tren. En su línea, está poniendo las cosas en marcha en su país. Ha viajado mucho por América. Dice que ha probado a utilizar el trabajo de los convictos en sus vías férreas, y que ha tenido éxito. Afirma que los convictos trabajan bien y son bastante pacíficos. Dejó caer que ahora emplea a casi diez mil de ellos. Me pareció que volvían a poner a prueba mis recursos. Y supe responder a la emergencia. Dije que en América empleábamos ochocientos mil convictos en la red de ferrocarriles, y todos ellos condenados a muerte por asesinato en primer grado. Eso lo dejó sin palabras.

También recibimos al general Todtleben (el famoso defensor de Sebastopol durante el asedio), y a muchos oficiales inferiores de la armada y del ejército, junto a un buen número de damas y caballeros rusos civiles. Por supuesto, lo adecuado era ofrecerles un almuerzo con champaña, cosa que conseguimos hacer sin que nadie perdiera la vida.

Los brindis y los chistes fluyeron con libertad, pero no se pronunciaron discursos, excepto uno de agradecimiento al emperador y al gran duque, por boca del Gobernador general, por recibirnos de forma tan hospitalaria, y otro de respuesta, también por boca del Gobernador general, en el que el emperador nos daba las gracias por el discurso, etc., etc.

## XXXVIII

**R**egresamos a Constantinopla y, después de uno o dos días invertidos en Ragotadoras marchas por toda la ciudad y travesías por el Cuerno de oro en caiques, volvimos a zarpar. Atravesamos el mar de Mármara y los Dardanelos y pusimos rumbo a una nueva tierra —al menos nueva para nosotros—: Asia. Hasta el momento sólo la conocíamos superficialmente, por las excursiones de placer a Scutari y las regiones que la rodean.

Pasamos entre Lemnos y Mitilene, y las vimos como habíamos visto Elba y las islas Baleares: unos simples bultos rodeados por la suavizante neblina de la distancia, como ballenas en la niebla. Luego mantuvimos rumbo hacia el sur y empezamos a leer de todo sobre la famosa Esmirna.

A todas horas del día y de la noche, los marineros del castillo de popa se entretenían y nos molestaban parodiando nuestra visita a la realeza. El primer párrafo de nuestro discurso al emperador se formulaba de la siguiente manera:

*Somos un puñado de ciudadanos americanos en visita privada que viajan por pasar el tiempo y sin ostentaciones, como corresponde a nuestra calidad de civiles y, por lo tanto, no tenemos excusa que ofrecer por presentarnos ante vuestra majestad, excepto el deseo de ofrecer nuestro agradecido reconocimiento al señor de un reino que, en lo bueno y en lo malo, ha sido amigo inquebrantable de la tierra que tanto amamos.*

El tercer cocinero, coronado con una resplandeciente palangana de hojalata, magníficamente envuelto en un mantel moteado con manchas de grasa y de café, con un cetro en la mano que se parecía, extrañamente, a una cabilla de amarre, recorría una destartalada alfombra y se aposentaba en el cabestrante, sin prestar atención a las salpicaduras; sus breados y curtidos chambelanes, duques y primeros lores del Almirantazgo lo rodeaban, ataviados con toda la pompa que las lonas alquitranadas de repuesto y los restos de viejas velas podían proporcionar. Después, la «guardia suplente» invitada se transformaba en elegantes damas y bastos peregrinos, por medio de toscas imitaciones de pelucas, miriñaques, guantes de cabritilla blancos y fracs, ascendía solemnemente la escalera de cámara y, luego de hacer una profunda reverencia, daba comienzo un régimen de complicadas y extraordinarias sonrisas que pocos monarcas lograrían presenciar y seguir viviendo. A continuación, el falso cónsul, un marinero de cubierta manchado de pintura y escayola, sacaba un sucio pedazo de papel y procedía a su lectura, arduamente:

*A su majestad imperial, Alejandro II, emperador de Rusia:*

*Somos un puñado de ciudadanos americanos en visita privada que viajan por pasar el tiempo y sin ostentaciones, como corresponde a nuestra calidad de civiles y, por lo tanto, no tenemos excusa que ofrecer por presentarnos ante vuestra majestad...*

*El emperador: «Entonces, ¿para qué demonios han venido?».*

*... excepto el deseo de ofrecer nuestro agradecido reconocimiento al señor de un reino que...*

*El emperador: «¡Oh, maldito sea el discurso! Léaselo a la policía. Chambelán, acompaña a estas gentes a presencia de mi hermano, el gran duque, y ofrézcales una buena comida. ¡Adieu! Estoy feliz... Estoy encantado... Estoy satisfecho... Estoy aburrido. Adieu, adieu... ¡fuera del rancho! El primer ayudante de cámara de palacio procederá al recuento de los artículos portátiles de valor que pertenecen al edificio».*

Luego la farsa terminaba, aunque se repetía con cada cambio de guardia, adornada con nuevas y aún más extravagantes invenciones de pompa y conversación.

En todo momento del día y de la noche la fraseología de tan agotador discurso atormentaba nuestros oídos. Los mugrientos marineros descendían plácidamente de la cofa del trinquete anunciándose a sí mismos como «un puñado de ciudadanos americanos en visita privada que viajan por pasar el tiempo y sin ostentaciones», etc.; los paleros acudían a cumplir con su deber en las profundidades del buque, y explicaban la negrura de sus rostros y la bastedad de su atavío recordándonos que eran «un puñado de ciudadanos americanos en visita privada que viajan por pasar el tiempo», etc., y cuando a medianoche sonaba por todo el barco el grito de: «¡Ocho campanadas! ¡Guardia de babor, preséntese!», la guardia de babor salía de su guarida bostezando y estirándose, con la eterna fórmula: «¡Señor, sí, señor! ¡Somos un puñado de ciudadanos americanos en visita privada que viajan por pasar el tiempo y sin ostentaciones, como corresponde a nuestra calidad de civiles!».

Como yo era miembro del comité, y había ayudado a formular el discurso, esos sarcasmos me afectaban. Siempre que oía a un marinero autoproclamarse miembro del puñado de ciudadanos americanos que viajan por pasar el tiempo, deseaba que tropezara y se cayera por la borda para, de esa manera, reducir en uno el número total de dicho puñado. Jamás me cansó tanto una sola frase como esa que daba comienzo a la Alocución al emperador de Rusia, y todo por culpa de los marineros.

El puerto de Esmirna, el primer lugar destacable que conocimos en Asia, es una ciudad densamente abarrotada de ciento treinta mil habitantes y que, al igual que Constantinopla, no tiene afueras. Está tan atestada de gente en sus límites exteriores

como en el centro, de repente las casas desaparecen y la llanura que se extiende a lo lejos parece deshabitada. Es como el resto de las ciudades orientales. Es decir, sus casas musulmanas son pesadas y oscuras, y tan incómodas como las tumbas; sus calles son tortuosas, están mal pavimentadas y son estrechas como escaleras; lo normal es que las calles nos lleven a cualquier sitio que no sea aquél al que queremos ir, y nos sorprendan dejándonos en los lugares más inesperados; los negocios suelen llevarse a cabo en grandes bazares cubiertos, divididos en celdas como un panal, con innumerables tiendas que no son más grandes que un armario común, y todo el enjambre se convierte en un laberinto de callejuelas con el ancho justo para permitir el paso de un camello cargado, bien calculadas para confundir al extranjero y acabar logrando que se pierda; hay suciedad por todas partes, hay pulgas por todas partes, hay perros flacos y desconsolados por todas partes; cada calleja está atestada de gente; dondequiera que miremos, nuestros ojos descansan sobre un desenfrenado baile de máscaras de extravagantes disfraces; los talleres se abren todos a la calle, y se ve trabajar a los obreros; toda clase de sonidos asedian al oído y, por encima de todos ellos, resuena el grito del muecín desde algún elevado minarete, que llama a los fieles vagabundos a rezar; y superando la llamada al rezo, los ruidos de la calle, el interés de las vestimentas... superando todo eso y llamando la atención más que nada y en todo momento se sitúa la combinación de hedores mahometanos, ante los que hasta el tufo de un alojamiento chino resultaría tan agradable como el aroma del becerro cebado asado debió parecerle a la nariz del hijo pródigo. ¡Eso es el lujo oriental, eso es el esplendor oriental! Leemos cosas al respecto todos los días, pero no lo comprendemos hasta que lo vemos.

Esmirna es una ciudad muy vieja. Su nombre aparece varias veces en la Biblia, uno o dos de los discípulos de Cristo la visitaron, y aquí se hallaba una de las siete iglesias originales de Asia de las que se habla en el Apocalipsis. En las escrituras, estas iglesias se simbolizaban como candeleros y, con ciertas condiciones, parece existir una especie de promesa implícita por la que Esmirna recibiría «la corona de la vida». Tenía que ser «fiel hasta la muerte», ésos eran los requisitos. No ha mantenido su fe por el buen camino, pero los peregrinos que aquí acuden consideran que ha estado lo bastante cerca de lograrlo como para salvarla, y así afirman que Esmirna, en la actualidad, luce su corona de la vida y es una gran ciudad, con una importante actividad comercial y llena de energía, mientras que las ciudades en las que se hallaban las otras seis iglesias, y a las que no se les prometió corona de la vida alguna, han desaparecido de la faz de la tierra. Su carrera, durante dieciocho siglos, ha estado llena de altibajos, y se ha visto bajo el dominio de príncipes de muchos credos, pero no ha habido ninguna época, durante ese tiempo —que sepamos— (y durante las temporadas en las que estuvo habitada) en la que se viera sin su pequeña comunidad de cristianos «fieles hasta la muerte». Su iglesia fue la única contra la que no se insinuaban amenazas en el Apocalipsis, y la única que sobrevivió.

Pero el caso de Éfeso, que está a cuarenta millas de aquí y donde estaba situada

otra de las siete iglesias, fue diferente. A Éfeso le han arrebatado el «candelero». Han apagado su luz. Los peregrinos, siempre propensos a encontrar profecías en la Biblia y, a menudo, donde no las hay, hablan alegre y relajadamente de la pobre y ruinosa Éfeso como víctima de la profecía. Sin embargo, no hay ni una frase que prometa, sin la debida reserva, la destrucción de la ciudad. Las palabras son:

«Considera pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y practica las obras primeras; si no, vendré a ti y removeré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes».

Eso es todo; los demás versículos son singularmente elogiosos para Éfeso. La amenaza queda matizada. No hay ninguna historia que demuestre que no se arrepintió. Pero la costumbre más cruel del sabio de las profecías moderno es la de, fría y arbitrariamente, ponerle el sambenito profético al hombre equivocado. Lo hacen sin encomendarse a Dios o al diablo. Como ejemplo sirven los dos casos que acabo de mencionar. Esas profecías están claramente dirigidas a las «iglesias de Éfeso, Esmirna», etc., pero los peregrinos siempre las hacen referirse a las *ciudades*. A la ciudad de Esmirna y su comercio no se les promete la corona de la vida, sino al puñado de cristianos que formaron su «iglesia». Si *ellos* fueron «fieles hasta la muerte», ahora tendrán su corona, pero ninguna combinación de astucia legal y fidelidad podría justificar incluir a la *ciudad* a la hora de participar en las promesas de la profecía. El lenguaje majestuoso de la Biblia hace referencia a una corona de la vida cuyo lustre reflejará los destellos de las infinitas edades de la eternidad, y no la existencia, breve como la de la mariposa, de una ciudad levantada por la mano del hombre, que debe acabar convertida en polvo junto a sus constructores, y olvidada, aún en los pocos siglos concedidos al mundo bien fundado entre su cuna y su tumba.

La moda de rebuscar cumplimientos de profecías, cuando la profecía se compone de simples condicionales, raya en lo absurdo. Supongamos que, dentro de mil años, una ciénaga palúdica se forma en las aguas poco profundas de la bahía de Esmirna, o que otra cosa mata a la ciudad; y supongamos también que la ciénaga que ha ocupado la famosa bahía de Éfeso, y que hace que hoy en día aquel antiguo asentamiento resulte letal e inhabitable, se deseca y se convierte en terreno saludable; supongamos que se producen las consecuencias lógicas, a saber: Esmirna se convierte en una ruina melancólica, y Éfeso es reconstruida. ¿Qué dirían los sabios de las profecías? Fríamente, se saltarían la edad en la que vivimos y dirían: «Esmirna no fue fiel hasta la muerte, por eso se le negó su corona de la vida; Éfeso se arrepintió y ¡mirad!, no le arrebataron su candelero. ¡Contemplad las pruebas! ¡Qué maravillosa es la profecía!».

Esmirna ha sido destruida por completo en seis ocasiones. Si su corona de la vida hubiese sido una póliza de seguros, habría tenido la oportunidad de cobrarla la primera vez que cayó. Pero ha de tolerar su presencia debido a una construcción elogiosa del lenguaje que no se refiere a ella. Sin embargo, supongo que en seis ocasiones diferentes, algún caprichoso entusiasta de las profecías haría acto de presencia y diría, para indignación de Esmirna y sus habitantes: «En verdad, ¡éste es



el prodigioso cumplimiento de la profecía! Esmirna no ha sido fiel hasta la muerte, y mirad cómo su corona de la vida ha desaparecido de su cabeza. ¡Verdaderamente, estas cosas son admirables!».

Esas cosas constituyen una mala influencia. Provocan que los hombres mundanos conversen a la ligera sobre temas sagrados. Los tarugos que comentan la Biblia, y los predicadores y profesores estúpidos le hacen más daño a la religión del que consiguen remediar los clérigos sensatos y serenos, por mucho que se esfuercen. No es juicioso encajarle la corona de la vida a una ciudad que ha sido destruida seis veces. Ese otro tipo de sabelotodos que manipulan la profecía hasta lograr que prometa la destrucción y desolación de la misma ciudad, demuestran tener tan poco juicio como los otros, ya que ahora la ciudad se haya en pleno apogeo, para desgracia de ellos. Estas cosas proporcionan argumentos a los que apoyan la falta de fe.

Una parte de la ciudad es casi exclusivamente turca; los judíos tienen su propio barrio; los francos otro; y lo mismo ocurre con los armenios. Los armenios, por supuesto, son los cristianos. Sus casas son grandes, limpias, aireadas, están hermosamente pavimentadas con cuadrados de mármol blancos y negros y, en el centro de muchas de ellas, hay un patio cuadrado que alberga un exuberante jardín con flores y una chispeante fuente; las puertas de todas las habitaciones se abren a dicha estancia. Un vestíbulo muy ancho conduce hasta la puerta de la calle y es allí donde se sientan las mujeres la mayor parte del día. Cuando refresca, al anochecer, se acicalan con sus mejores galas y se dejan ver a la puerta. Todas tienen hermosos semblantes y su aspecto es pulcro y aseado; van siempre de punta en blanco. Algunas de las jóvenes —sería mejor decir muchas de ellas— son incluso muy bonitas; en general, superan a las americanas, y ruego que se me perdonen estas traicioneras palabras. Son muy sociables y si un extranjero les sonríe, ellas le devuelven la sonrisa, lo mismo hacen con el saludo, y hasta con la palabra. No hace falta presentación. Resulta fácil charlar durante una hora con una joven bonita, a la puerta de su casa, aunque no la hayamos visto antes y, además, es muy agradable. Yo lo he probado. Yo no sabía hablar más que inglés, y la joven sólo se defendía en griego o armenio, o alguna de esas lenguas bárbaras, pero nos llevamos muy bien. He descubierto que, en situaciones como ésta, el hecho de que no nos entendamos no constituye un inconveniente. En esa ciudad rusa de Yalta, bailé una danza asombrosa de una hora de duración, de la que ni siquiera había oído hablar, con una joven muy hermosa y hablamos sin parar, nos reímos hasta que acabamos exhaustos, y ninguno de los dos supimos lo que el otro decía. Pero fue espléndido. Había alrededor de veinte personas en la pista, y el baile era muy movido y complicado. Ya era bastante complicado sin mí —conmigo aún era peor. De vez en cuando daba una imagen que dejaba sorprendidos a los rusos. Pero nunca he dejado de pensar en aquella joven. Le he escrito, pero no puedo enviar la epístola porque su nombre es uno de esos artilugios rusos que se desmontan en nueve, y nuestro alfabeto no tiene suficientes letras como para reflejarlo. No soy lo bastante osado para intentar pronunciarlo

cuando estoy despierto, pero en sueños me lanzo a tartamudearlo, y por la mañana me despierto con la mandíbula desencajada. Estoy decaído. Ya no como con regularidad. Su querido nombre me persigue hasta en sueños. Es un horror para los dientes. Jamás sale de mi boca, pero siempre se lleva pegado un viejo raigón. Y luego la mandíbula se cierra de golpe y arranca un par de las últimas sílabas... aunque saben bien.

Al atravesar los Dardanelos habíamos visto, con los catalejos, caravanas de camellos en la orilla, pero no nos encontramos cerca de una hasta que llegamos a Esmirna. Estos camellos son mucho más grandes que los especímenes esqueléticos que se ven en las Casas de fieras. Recorren las calles, en fila india, una docena de ellos, llevando pesadas cargas al lomo, con un negro de aspecto estrafalario vestido a la turca, o a la árabe, que los precede en un burro al que las enormes bestias eclipsan por completo y hacen parecer insignificante. Contemplar una caravana de camellos cargados con las especias de Arabia, y los valiosos tejidos de Persia, mientras cruzan los estrechos callejones del bazar, entre porteadores con sus cargas, cambistas, mercaderes de lámparas, Al-naschares dedicados a la venta de vidrio, corpulentos turcos de piernas cruzadas fumando el famoso narguile, y las multitudes que van de un lado a otro ataviadas con las descabelladas vestimentas del levante, constituye una auténtica revelación del Oriente. No le falta nada a la imagen. Nos devuelve de inmediato a la olvidada niñez, y de nuevo soñamos con las maravillas de *Las mil y una noches*; otra vez son príncipes nuestros compañeros, nuestro amo es el Califa Harún Al-Raschid, y nuestros sirvientes gigantes tremendos y genios que aparecen entre humaredas, rayos y truenos, y que, al irse, lo hacen igual que las tormentas.

## XXXIX

**P**reguntamos y nos enteramos de que los leones de Esmirna consistían en las ruinas de la antigua ciudadela, cuyas almenas destrozadas y prodigiosas miran con malos ojos la ciudad desde una elevada colina que se alza en el límite de la población: el monte Pagus de las escrituras, lo llaman ellos; sede de la iglesia —de las siete apocalípticas de Asia— que se reunía aquí en el siglo primero de la era cristiana; y tumba y lugar donde recibió martirio el venerable Policarpo, que sufrió en Esmirna por su religión hace cosa de mil ochocientos años.

Alquilamos unos burros pequeños y nos pusimos en marcha. Vimos la tumba de Policarpo y salimos pitando.

Las «Siete Iglesias» —en su forma abreviada— era lo que venía a continuación en la lista. Y allá nos fuimos —una milla y media bajo un sol asfixiante— y visitamos una pequeña iglesia griega que, según ellos, había sido construida sobre el emplazamiento antiguo; pagamos una reducida cifra y el santo ayudante nos entregó a cada uno una pequeña vela como recordatorio del lugar, y yo puse la mía en mi sombrero, el sol la derritió y la grasa se escurrió por mi nuca; y ahora ya no me queda nada, excepto el pábilo, y la verdad es que es un pábilo bastante pobre y feúcho.

Varios de nosotros argumentamos lo mejor que pudimos que la «iglesia» mencionada en la Biblia hacía referencia a un grupo de cristianos, y no a un edificio; que la Biblia contaba de ellos que eran muy pobres; tan pobres, pensé yo, y tan sometidos a las persecuciones (según demuestra el martirio de Policarpo) que, en primer lugar, no habrían podido permitirse el edificio para albergar la iglesia y, en segundo, no se habrían atrevido a construirla a la vista de todos, aunque pudieran; por último, que si hubiesen tenido el privilegio de construirla, el sentido común les habría llevado a hacerlo en algún sitio más cercano a la ciudad. Pero los ancianos de la familia del barco nos excluyeron y rechazaron nuestros razonamientos. Sin embargo, recibieron su merecido: descubrieron que los habían informado mal y que habían ido al lugar equivocado; se enteraron de que el emplazamiento aceptado por todos se hallaba en la ciudad.

Al recorrer la ciudad se apreciaban las marcas de las seis Esmirnas que han existido y que fueron destruidas por el fuego o por los terremotos. En algunos sitios, las colinas y las rocas están abiertas en dos, las excavaciones dejan a la vista grandes bloques de piedra para la construcción que han permanecido muchos años enterrados, y todas las sórdidas casas y los muros de la moderna Esmirna están salpicados del blanco de las columnas y capiteles rotos y de los fragmentos de mármol esculpido que adornaron los señoriales palacios que fueron la gloria de la ciudad en la antigüedad.

El ascenso a la colina de la ciudadela es muy empinado y lo emprendimos lentamente. Pero había asuntos que llamaban nuestra atención. En un sitio, a ciento cincuenta metros por encima del nivel del mar, el terraplén perpendicular de la parte

superior de la carretera medía entre tres y cinco metros de altura, y el corte dejaba a la vista tres vetas de ostras, como las vetas de cuarzo que se ven en el corte de una carretera de Nevada o Montana. Las vetas medían unos cuarenta y cinco centímetros de ancho, estaban separadas entre sí por entre medio metro y un metro, se sesgaban hacia abajo a lo largo de nueve metros, o más, y luego desaparecían donde el corte se unía a la carretera. Sólo el cielo sabe hasta dónde se las podría seguir, rascando. Eran ostras bonitas, limpias, grandes, iguales a todas las ostras. Estaban muy juntas, formando una masa, y no había ninguna esparcida ni por encima ni por debajo de las vetas.

Cada una era un filón bien definido, sin ramales. Mi primer instinto fue el de poner la consabida:

### *ADVERTENCIA*

*Los abajo firmantes reclamamos cinco terrenos de sesenta metros cada uno, (y uno por el descubrimiento), en este saliente o filón de ostras, con todas sus pendientes, ramales, ángulos, variaciones y sinuosidades, y quince metros a cada lado de los mismos, para trabajarlos, etc., según las leyes mineras de Esmirna.*

Eran unos filones de aspecto tan natural que me costaba trabajo no tomar posesión de ellos. Entre las ostras había mezclados muchos fragmentos de vajillas antiguas. ¿Cómo llegaron hasta allí aquellas masas de ostras? No puedo determinarlo. Las vajillas rotas y las ostras nos hacen pensar en un restaurante, pero es imposible que hubiera varios de ellos en esa montaña en nuestros tiempos, porque nadie vive allí. Un restaurante no sería rentable en semejante lugar tan desolado, agreste y pedregoso. Además, no había corchos de champaña entre las conchas. Si alguna vez hubo un restaurante en aquel lugar, debió de ser en los días prósperos de Esmirna, cuando las colinas estaban cubiertas de palacios. Podría crearme la existencia de un restaurante, en ese contexto; pero ¿tres? ¿Es que hubo allí restaurantes en tres períodos diferentes de la historia? Porque hay entre medio metro y un metro de tierra compacta entre los filones de ostras. Es evidente que la explicación del restaurante no nos sirve.

Es posible que la colina, en otros tiempos, fuese el fondo del mar, que se elevó, con sus criaderos de ostras, debido a un terremoto. Pero entonces, ¿y los fragmentos de vajilla? Además, ¿tres criaderos de ostras, uno encima del otro, con un espeso estrato de tierra de la buena en el medio?

Esa teoría no nos sirve. También es posible que esta colina sea el monte Ararat, que el arca de Noé hubiese descansado aquí, que él comiese ostras y tirase las conchas por la borda. Pero eso tampoco nos vale. Otra vez nos tropezamos con las tres capas separadas por tierra maciza y, además, en la familia de Noé sólo eran ocho,

por lo que no pudieron haberse comido todas esas ostras en los dos o tres meses que permanecieron sobre la montaña. Los animales... aunque resulta sencillamente absurdo suponer que tendría tan poca cabeza como para alimentar a los animales con ostras.

Resulta doloroso —incluso humillante— pero me veo reducido a una única y pobre teoría: que las ostras escalaron hasta allí por sus propios medios. Pero ¿qué objetivo pueden haber tenido en mente? ¿Qué buscaban allí arriba? ¿Para qué podría querer una ostra escalar una colina? Escalar una colina debe ser, necesariamente, un ejercicio agotador y molesto para una ostra. La conclusión más natural debe ser la de que las ostras subieron hasta allí para contemplar el paisaje. Pero, si reflexionamos acerca de la naturaleza de la ostra, resulta evidente que no le importa nada el paisaje. Una ostra no sabe apreciar esas cosas; lo hermoso no le preocupa. La ostra es de carácter reservado, no es movida —ni siquiera supera a la media en vivacidad—, y nunca es emprendedora. Pero, por encima de todo, la ostra no se interesa en absoluto por el paisaje: lo desprecia. ¿A dónde he llegado entonces? Simplemente al punto de partida, es decir, que *esas ostras están ahí*, en capas regulares, a ciento cincuenta metros por encima del nivel del mar, y nadie sabe cómo llegaron hasta allí. He escudriñado las guías de viaje, y la esencia de lo que dicen es la siguiente: «Están ahí, pero cómo llegaron hasta allí es un misterio».

Hace veinticinco años, una multitud de personas en América se pusieron sus túnicas de la ascensión, se despidieron entre lágrimas de sus amigos, y se prepararon para subir al cielo al primer toque de la trompeta. Pero el ángel no la tocó. El día de la resurrección de Miller fue un fracaso. Los Milleritas se indignaron. Yo no sospechaba que hubiese Milleritas en Asia Menor, pero un caballero me dice que lo tenían todo preparado para que el mundo acabase en Esmirna un día de hace tres años. Durante un largo período de tiempo previo, se multiplicaron los preparativos y los rumores, lo que culminó en un enorme revuelo en la fecha prevista. Un gran número de personas ascendió la colina de la ciudadela a primera hora de la mañana, para alejarse de la destrucción general, y muchos de los convencidos cerraron sus tiendas y se retiraron de todo negocio terrenal. Pero lo más curioso de todo fue que, alrededor de las tres de la tarde, mientras este caballero y sus amigos estaban comiendo en el hotel, se desencadenó una terrible tormenta de lluvia, acompañada de rayos y truenos, que continuó con terrible furia durante dos o tres horas. Era algo sin precedentes en Esmirna en aquella época del año, y asustó a algunos de los más escépticos. Las calles parecían ríos y el suelo del hotel estaba inundado. Tuvieron que suspender la comida. Cuando la tormenta terminó, dejando a todo el mundo completamente empapado, melancólico y medio ahogado, ¡los ascensionistas bajaron de la colina tan secos como los sermones de beneficencia! Habían contemplado desde arriba el desarrollo de la tormenta en el valle, y estaban convencidos de que la destrucción del mundo propuesta por ellos estaba siendo un gran éxito.

Aquí, en Asia, en el reino de ensueño del Oriente, en la legendaria tierra de *Las*

*mil y una noches*, resulta extraño imaginarse una vía férrea. Sin embargo, ya tienen una y están construyendo otra. La actual está bien hecha y bien dirigida —se ocupa una compañía inglesa—, pero el negocio no es que sea muy boyante. El primer año llevó un buen número de pasajeros, ¡pero su lista de carga sólo contenía cuatrocientos kilos de higos!

Llega hasta casi las mismas puertas de Éfeso, una ciudad grandiosa en todas las épocas de la historia, una ciudad que les resulta familiar a los que leen la Biblia, y que ya era tan vieja como las montañas cuando los discípulos de Cristo predicaban en sus calles. Se remonta a las oscuras edades de la tradición, y fue el lugar donde nacieron dioses célebres de la mitología griega. La imagen de una locomotora atravesando como una exhalación un lugar así, despertando a los fantasmas de sus días de aventuras y sacándolos de sus sueños de siglos ya pasados, resulta muy curiosa.

Allá viajaremos mañana para ver sus famosas ruinas.

## XL

**H**a sido un día emocionante. El supervisor del ferrocarril puso un tren a nuestra disposición, y fue tan amable de acompañarnos hasta Éfeso y de cuidar de nosotros. En los vagones de carga llevamos sesenta burros apenas perceptibles, porque teníamos que cubrir mucho terreno. A lo largo de la vía, hemos visto algunas de las vestimentas más grotescas que imaginarse pueda. Me alegro de que no exista ninguna combinación de palabras capaz de describirlas, porque entonces podría ser tan insensato como para intentarlo.

En la antigua Ayasoluk, en medio de un amenazador desierto, descubrimos una larga fila de acueductos en ruinas, y otros restos de grandeza arquitectónica que nos indicaban, claramente, nuestra proximidad a lo que había sido una metrópolis. Bajamos del tren y subimos a los burros, junto a nuestros invitados: unos agradables caballeros jóvenes de la lista de oficiales de un buque de guerra americano.

Los burritos llevaban unas sillas muy altas, para que los pies del jinete no arrastrasen por el suelo. Pero el intento no sirvió de nada en el caso de nuestros peregrinos más altos. No había bridas, sólo una cuerda atada al bocado. Que era puramente ornamental, ya que al burro tanto le daba. Si se desviaba a estribor, se podía forzar el timón al máximo en la dirección opuesta, si es que hacerlo nos proporcionaba alguna satisfacción, porque el burro iba a seguir desviándose a estribor. Sólo existía un proceso del que se podía depender, que consistía en bajarse, agarrarlo por los cuartos traseros y hacerlo girar hasta que su cabeza quedase apuntando en la dirección adecuada, o ponérselo bajo el brazo y llevarlo hasta una zona del camino de la que no pudiera desviarse sin tener que escalar. El sol apretaba de tal forma que aquello parecía un horno, y los pañuelos, los velos y las sombrillas ofrecían poca protección; sólo servían para hacer que aquella larga procesión pareciese más absurda que nunca, porque todas las damas montaban a horcajadas, ya que eran incapaces de mantenerse de lado sobre las informes sillas, los hombres sudaban y habían perdido los estribos: sus pies golpeaban contra las piedras, los burros retozaban en todas direcciones excepto en la que debían hacerlo y eso a pesar del apaleo, y de vez en cuando una ancha sombrilla se desmarcaba de la cabalgata, anunciándonos a todos que un peregrino más había mordido el polvo. Jamás existieron unos burros tan difíciles de manejar como aquéllos, creo yo, o con unos instintos tan viles y exasperantes. A veces acabábamos tan cansados y agotados de pelear con ellos que debíamos desistir, y de inmediato el burro se entregaba a un pausado caminar. Éste, junto con la fatiga y el sol, bastaba para que cualquiera se durmiera; y en cuanto el jinete se dormía, el burro se acostaba. Mi burro ya no volverá a ver la casa de su niñez. Se ha acostado demasiadas veces.

Permanecimos en pie en el amplio teatro de la antigua Éfeso —me refiero al anfiteatro de bancos de piedra— y nos hicimos una foto. Supongo que se nos veía tan en nuestro sitio como en cualquier otro lugar. Aunque no mejoramos demasiado la

desolación general de un desierto. Añadimos tanta dignidad como nos es posible a unas imponentes ruinas con nuestras sombrillas verdes y nuestros burros, pero es poca. Sin embargo, nuestra intención es buena.

Me gustaría decir cuatro cosas sobre el aspecto de Éfeso:

Sobre una colina elevada y escarpada que mira al mar, se asientan unas grises ruinas formadas por pesados bloques de mármol donde, según la tradición, fue encarcelado San Pablo hace dieciocho siglos. Desde aquellos elevados muros se disfruta de la mejor vista del desolado escenario donde una vez se alzó Éfeso, la ciudad más orgullosa de la antigüedad, y cuyo templo de Artemisa era de diseño tan noble y de factura tan exquisita que ocupaba uno de los primeros puestos en la lista de las Siete Maravillas del Mundo.

Detrás queda el mar; delante un valle verde y horizontal (de hecho, es una marisma) que se extiende hacia el interior, entre las montañas; mirando al frente, a la derecha, está la vieja ciudadela de Ayasuluk, sobre un monte; la mezquita en ruinas del sultán Selim se encuentra cerca de ella, en la llanura, (está construida sobre la tumba de San Juan, y antes fue una iglesia cristiana); más cerca se halla el monte Pión, alrededor de cuyo frente se apiña todo lo que queda de las ruinas de Éfeso; separado de él por un estrecho callejón, vemos el elevado, rocoso y abrupto monte Coreso. La imagen es hermosa, aunque desolada, porque en aquella ancha llanura no puede vivir el hombre y no se aprecian restos de viviendas humanas. De no ser por los arcos desmoronados y los monstruosos pilares y los muros deshechos que se levantan a los pies del monte Pión, no creeríamos que en ese lugar hubo una ciudad de fama aún más antigua que la propia tradición. Resulta increíble pensar que cosas hoy en día tan familiares en todo el mundo que forman parte de nuestra vida cotidiana, pertenecen a la historia y a las imprecisas leyendas de esta silenciosa y lúgubre soledad. Nos referimos a Apolo y Artemisa, que nacieron aquí; a la metamorfosis de Siringa en cañaveral, que ocurrió en este lugar; al gran dios Pan, que moraba en las cuevas del monte Coreso; a las Amazonas: éste fue su hogar máspreciado; a Baco y Hércules, que lucharon aquí contra las mujeres guerreras; a los Cíclopes, que colocaron los pesados bloques de mármol de alguna de las ruinas; a Homero, porque éste fue uno de sus muchos lugares de nacimiento; a Cerimón de Atenas; a Alcibíades, Lisandro, Agesilao, que vinieron de visita; al igual que Alejandro Magno; y Aníbal y Antíoco, Escipión, Lúculo y Sila; Bruto, Casio, Pompeyo, Cicerón y Augusto; Antonio fue juez en este lugar, y dejó su puesto en el tribunal, mientras hablaban los abogados defensores, para salir corriendo detrás de Cleopatra, que pasó por delante de la puerta; desde esta ciudad zarparon esos dos para realizar sus excursiones de placer en galeras con remos de plata y velas perfumadas, y tripulaciones de muchachas hermosas a su servicio, y actores y músicos para entretenerlos; en tiempos que casi parecen modernos, tan alejados quedan de la historia primera de la ciudad, Pablo el Apóstol predicó aquí la nueva religión, al igual que Juan, y se supone que aquí el primero de ellos se enfrentó a los animales salvajes,



ya que en la Primera a los Corintios XV, 32 dice:

«Si por solos motivos humanos luché con las fieras en Éfeso...», etc., cuando aún vivían muchos hombres que habían visto a Cristo; aquí murió María Magdalena, y aquí terminó sus días la Virgen María junto a Juan, a pesar de que a Roma le haya parecido mejor situar su tumba en otro lugar; hace seiscientos o setecientos años — casi ayer— las tropas de Cruzados envueltos en cota de malla abarrotaban sus calles; y para ocuparnos de nimiedades, hablamos de meandros y esa palabra común nos resulta nueva e interesante cuando descubrimos que el tortuoso río Menderes, cuyo nombre en griego antiguo era Meandro y que discurre por el valle de más allá, se la proporcionó a nuestro diccionario. Al contemplar estas ruinas cubiertas de musgo, esta desolación histórica, me siento tan viejo como estas sombrías colinas. Podemos leer las Escrituras y creer, pero no podemos permanecer de pie en las ruinas del teatro e imaginárnoslo lleno, otra vez, con las desaparecidas multitudes que asediaron a los camaradas de Pablo y gritaban, como una sola voz, «¡Grande es la Artemisa de los efesios!». La idea de escuchar un grito en un lugar tan desolado como éste casi produce escalofríos.

Fue una ciudad maravillosa, esta Éfeso. Dondequiera que vayamos, en la ancha llanura, encontramos fragmentos de mármol exquisitamente esculpidos y esparcidos entre el polvo y las malas hierbas; y sobresaliendo del suelo, o tumbadas sobre él, hermosas columnas estriadas de pórfito y toda clase de mármoles; y a cada paso encontramos capiteles elegantemente tallados, basas gigantescas y lápidas pulidas con inscripciones griegas. Se trata de un mundo lleno de valiosas reliquias, un desierto de joyas deslucidas y mutiladas. Y sin embargo, ¿qué son estas cosas en comparación con las maravillas que yacen aquí enterradas, bajo tierra? En Constantinopla, en Pisa, en las ciudades de España, hay grandes mezquitas y catedrales, cuyas columnas más grandiosas proceden de los templos y los palacios de Éfeso, y aquí basta con arañar un poco la tierra para encontrar su igual. Jamás sabremos la magnificencia que oculta, hasta que esta ciudad imperial quede por completo a merced de los rayos del sol.

La escultura más hermosa que hemos visto hasta ahora, y la que más nos ha impresionado, (porque no sabemos mucho de arte y no nos extasiamos demasiado con él), es una que está caída en este viejo teatro de Éfeso, que los disturbios de San Pablo hicieron tan famoso. Se trata del cuerpo sin cabeza de un hombre, ataviado con una cota de malla que lleva la cabeza de Medusa en el peto, pero nos parece que nunca antes se le había dado forma a una piedra con tanta dignidad y majestuosidad.

¡Qué grandes constructores fueron estos hombres de la antigüedad! Los gigantescos arcos de algunas de estas ruinas descansan sobre pilares que miden catorce metros cuadrados y que están contruidos con bloques macizos de mármol, algunos de ellos tan grandes como un baúl de viaje, y otros como el sofá de una pensión. No son armazones o cañas de piedra rellenas de escombros, sino que el pilar entero es una única masa de piedra maciza. Hay unos arcos enormes, y que pudieron

haber sido las puertas de la ciudad, construidos del mismo modo. Han afrontado las tormentas y los asedios durante tres mil años, y más de un terremoto los ha hecho temblar, pero aún siguen en pie. Cuando excavan junto a ellos, encuentran hileras de pesadas obras en piedra tan perfectas, hasta el último detalle, como lo eran el día en que los gigantes ciclópeos las terminaron. Una compañía inglesa va a excavar Éfeso... ¡y entonces ya veremos!

Y ahora me he acordado de

## LA LEYENDA DE LOS SIETE DURMIENTES

En el monte Pión, a lo lejos, está la cueva de los siete durmientes. Érase una vez, hará cosa de mil quinientos años, siete jóvenes que vivían cerca los unos de los otros, en Éfeso, y pertenecían a la despreciada secta de los cristianos. Resultó que el buen rey Maximiliano, (cuento esta historia para los niñitos y las niñitas), resultó, como iba diciendo, que el buen rey Maximiliano se dedicó a perseguir a los cristianos y, a medida que fue pasando el tiempo, les puso las cosas muy difíciles. Así que los siete jóvenes se dijeron: «pongámonos en marcha y salgamos de viaje». Y se pusieron en marcha y salieron de viaje. No se demoraron para despedirse de sus padres y de sus madres, ni de ningún amigo o conocido. Sólo se llevaron el dinero de sus padres, y los atavíos de sus amigos, para acordarse de todos ellos cuando se hallasen lejos; también se llevaron al perro Ketmehr, que era propiedad de su vecino Malco, porque el animal metió su cabeza en un nudo corredizo que uno de los jóvenes llevaba descuidadamente, y no tuvieron tiempo para liberarlo; también se llevaron algunas gallinas que parecían hallarse muy solas en los gallineros de los vecinos, y algunas botellas de curiosos licores que estaban junto a la ventana del tendero; y se fueron de la ciudad. Poco a poco, llegaron a una cueva maravillosa, en el monte Pión, entraron en ella y se dieron un banquete, después volvieron a salir corriendo. Pero olvidaron las botellas de los licores curiosos, y allí se quedaron. Ellos viajaron por muchas tierras y corrieron muchas y extrañas aventuras. Eran jóvenes virtuosos y no desaprovecharon ninguna de las oportunidades que se les presentaban para ganarse la vida. Su lema era: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy». Y así, siempre que tropezaban con un hombre que estaba solo, decían: «Mirad, esta persona tiene medios, vamos a acabar con él». Y acababan con él. Después de cinco años estaban hartos de tanto viaje y tanta aventura, y deseaban volver a su viejo hogar, escuchar las voces y contemplar los rostros que tan queridos les eran. Así que acabaron con tantas personas como se cruzaron en el camino que ellos habitaban por entonces, y regresaron hacia Éfeso. Y es que el buen rey Maximiliano se había convertido a la nueva fe y los cristianos se alegraban porque ya nadie los perseguía. Un día, al ponerse el sol, llegaron a la cueva del monte Pión y se dijeron entre ellos: «durmamos aquí, y cuando llegue el día, iremos a festejar y alegrarnos con nuestros amigos». Y los siete a la vez contestaron: «¡Qué buena idea!». Así que entraron y allí estaban las

botellas de licores raros, en el mismo sitio donde las habían dejado, y decidieron que el paso de los años no había perjudicado su calidad. Y en eso tenían razón los vagabundos, y pensaban todos igual. Así que cada uno de los jóvenes se bebió seis botellas y ¡oh, sorpresa!, se sintieron muy cansados, se tumbaron y se quedaron profundamente dormidos.

Cuando se despertaron, uno de ellos, Juan —de apellido García— dijo: «Estamos desnudos». Y así era. Sus vestimentas habían desaparecido, y el dinero que le habían quitado a un desconocido con el que habían acabado al acercarse a la ciudad, estaba tirado en el suelo, corroído, oxidado, deteriorado. También había desaparecido el perro Ketmehr, y sólo quedaba el latón que adornaba parte de su collar. Todas esas cosas los tenían muy intrigados. Pero cogieron el dinero, se cubrieron con hojas, y llegaron a la cima del monte. Se quedaron perplejos. El maravilloso templo de Artemisa había desaparecido; en la ciudad se erguían muchos edificios grandiosos que ellos nunca habían visto; por las calles deambulaban hombres con extraños atavíos, y todo estaba cambiado.

Juan dijo: «Esto no parece Éfeso. Sin embargo, ahí está el gran gimnasio; y el grandioso teatro, en el que he visto reunirse a setenta mil hombres; aquí el ágora; allá la pila bautismal donde el piadoso Juan el Bautista sumergía a los que se convertían; más allá, la prisión del buen San Pablo, a donde todos solíamos ir para tocar las antiguas cadenas que lo ataron y curarnos de nuestros malestares; veo la tumba del discípulo Lucas, y más alejada, la iglesia en la que reposan las cenizas del santo Juan, a donde los cristianos de Éfeso van dos veces al año para recoger el polvo de la sepultura, que es capaz de lograr que los cuerpos corruptos por la enfermedad vuelvan a estar completos, y que limpia las almas de todo pecado; pero mirad cómo los embarcaderos invaden el mar, y qué multitud de barcos hay anclados en la bahía; mirad también cómo ha crecido la ciudad, más allá del valle detrás de Pión y hasta los muros de Ayasoluk; y observad: las colinas están tan llenas de palacios que parecen blancas, estriadas de columnatas de mármol. ¡Qué grandiosa es ahora Éfeso!».

Y asombrados por lo que veían sus ojos, bajaron a la ciudad, adquirieron ropas y se vistieron. Y cuando ya se iban, el mercader mordió las monedas que le habían dado, les dio la vuelta y las miró con curiosidad, las echó sobre el mostrador y escuchó cómo sonaban; y entonces dijo: «son falsas». Ellos le contestaron: «Parte hacia el Hades», y se marcharon. Cuando llegaron a sus casas, las reconocieron, aunque parecían viejas y miserables; y fue mucha su alegría. Corrieron hacia las puertas, llamaron, unos desconocidos les abrieron y los miraron inquisitivos. Y ellos dijeron, emocionados, mientras los corazones les latían con fuerza, y la color del rostro les iba y les venía: «¿Dónde está mi padre?. ¿Dónde está mi madre?. ¿Dónde están Dionisio, Serapión, Pericles y Decio?». Y los extraños que les habían abierto contestaban: «No los conocemos». Los siete dijeron: «¿Cómo que no los conocéis? ¿Cuánto hace que vivís aquí, y a dónde han ido los que vivieron aquí antes que vosotros?». Y los desconocidos contestaron: «No tiene gracia vuestra broma, jóvenes;

nosotros y nuestros antepasados hemos habitado bajo este techo desde hace seis generaciones; los nombres que pronunciáis se descomponen sobre las lápidas, y los que los llevaron han recorrido su corta vida, han reído y cantado, han soportado las penas y el cansancio que les tocó en suerte, y ahora descansan; durante ciento ochenta años, los veranos han venido y se han ido y han caído las hojas en el otoño, desde que la color se extinguió en sus mejillas y fueron llamados a dormir entre los muertos».

Entonces los siete jóvenes le volvieron la espalda a sus casas, y los desconocidos cerraron las puertas. Los trotamundos se maravillaron sobremanera, e iban mirando los rostros de todos aquéllos con los que se cruzaban, como esperando encontrar algún conocido; pero todos eran extraños, pasaban junto a ellos y no les decían ni una palabra amable. Estaban afligidos y tristes. Poco después se dirigieron a un ciudadano y le preguntaron: «¿Quién es el rey de Éfeso?»; el ciudadano les contestó diciendo: «¿De dónde salís que no sabéis que el gran Laertes reina en Éfeso?». Se miraron entre ellos, perplejos y de nuevo preguntaron: «¿Y dónde, entonces, está el buen rey Maximiliano?». El ciudadano se alejó un poco de ellos, como asustado, y dijo:

«Ciertamente, estos hombres están locos y ven visiones, de lo contrario sabrían que el rey del que hablan está muerto desde hace más de doscientos años».

Entonces a los siete se les cayeron las vendas de los ojos y uno dijo: «Por desgracia bebimos esos licores curiosos. Nos hicieron sentir fatigados y hemos pasados estos dos últimos siglos en un sueño sin descanso. Nuestros hogares están despoblados, nuestros amigos, muertos. Mirad, se acabó la fiesta, dispongámonos a morir». Y ese mismo día, se tumbaron y murieron. Y también ese día, el mismo, la Siete y Media dejó de existir en Éfeso, porque los siete que se habían levantado, de nuevo se habían acostado y estaban muertos de verdad. Y los nombres que leemos en sus tumbas, incluso en estos tiempos, son: Juan García, As, Banquero, Media, Punto, Tapada, Turno y Partida. Y junto a los durmientes yacen las botellas que albergaron los curiosos licores; y sobre ellas están escritas, con letras antiguas, estas palabras: «Damas de los dioses paganos de la antigüedad, por ventura: Rumpunch, Jinsling, Egnog <sup>[35]</sup>».

Ésta es la historia de los siete durmientes, (con ligeras variaciones), y yo sé que es verdad porque he visto la cueva con mis propios ojos.

Tanta fe tenían los antiguos en esta leyenda que, incluso hace ochocientos o novecientos años, los viajeros cultivados le tenían un miedo supersticioso a la cueva. Dos de ellos reconocen haber entrado en ella, pero salieron corriendo enseguida, sin atreverse a quedarse, por si caían dormidos y vivían un siglo más que sus tataranietos. Incluso hoy en día, los ignorantes moradores del país vecino prefieren no dormir en ella.

## XLI

La última vez que hice un memorando, estábamos en Éfeso. Ahora estamos en Siria, acampados en monte Líbano. El interregno ha sido largo, tanto en tiempo como en distancia. ¡No hemos traído ni una reliquia de Éfeso! Después de reunir fragmentos de mármoles esculpidos y de romper los adornos del interior de las mezquitas; y después de transportarlas a costa de infinitas molestias y fatigas, durante cinco millas a lomos de los burros, hasta la estación de ferrocarril, un funcionario del gobierno obligó a desembuchar a todos los que llevasen cosas de ésas. Tenía una orden de Constantinopla según la que debía *vigilar a nuestro grupo* y asegurarse de que no nos llevásemos nada. Fue una reprimenda sabia, justa y bien merecida, pero que causó sensación. Jamás me resisto a la tentación de expoliar las instalaciones de un desconocido sin sentirme insufriblemente vanidoso al respecto. En esta ocasión mi orgullo fue tal que excede toda expresión. Me mantuve sereno en medio de la regañina que se le aplicó al gobierno otomano por haber afrentado de tal forma a un grupo, en viaje de placer, de damas y caballeros totalmente respetables, y dije: «A nosotros, los puros de conciencia, no nos puede incomodar» <sup>[36]</sup>. A nuestro grupo no sólo le apretaba el zapato, sino que le hacía heridas; uno de los enfermos principales descubrió que la orden imperial venía en un sobre que llevaba el sello de la Embajada británica en Constantinopla, por lo que debía haber sido inspirada por el representante de la reina. Mala cosa... muy mala cosa. Si procedía exclusivamente de los otomanos, indicaba sólo el odio otomano hacia los cristianos, y una vulgar ignorancia de la manera más educada de expresarlo; pero al proceder de la legación británica, cristianizada, educada y prudente, dejaba entrever que éramos un tipo de damas y caballeros que necesitaban ser vigilados. Así lo interpretó el grupo, y se encolerizó en consecuencia. Sin duda, lo cierto es que las mismas precauciones deberían haberse tomado contra *cualquier* viajero, porque la compañía inglesa que ha adquirido los derechos para excavar Éfeso, ha de ser protegida, y lo merece. No podrán permitirse correr el riesgo de que los viajeros abusen de su hospitalidad, sobre todo porque los viajeros desprecian tan notoriamente cualquier comportamiento honrado.

Zarpamos de Esmirna en un ambiente de gran expectación, porque el plato fuerte, la gran meta de la expedición, estaba casi a nuestro alcance: ¡nos acercábamos a Tierra Santa! Nunca antes en el barco se había visto tanto afanarse en busca de los baúles que llevaban semanas, sí, meses, sin tocar; tanta prisa de aquí para allá, arriba y abajo; qué desenfrenado sistema de embalar y desembalar; tanto llenar los camarotes con camisas y faldas, y cosillas sueltas indescriptibles e inclasificables; tanto preparar fardos, apartar paraguas, gafas con cristales verdes y gruesos velos; tanta inspección crítica de sillas de montar y bridas que nunca habían tocado un caballo; tanto limpiar y cargar revólveres y examinar machetes; tanto reforzar las culeras de los pantalones con piel, más duradera; tanto estudiar con detenimiento los

mapas antiguos; tanto leer Biblias y viajes a Palestina; tanto decidir las rutas; tantos esfuerzos exasperantes por dividir al pasaje en pequeños grupos de espíritus que puedan congeniar y realizar el largo y difícil camino sin discutir; y por la mañana, al mediodía y por la noche, tantas reuniones masivas en los camarotes, tantos discursos, tantas sabias sugerencias, tantas preocupaciones y discusiones, y tanto aumento generalizado de la discordia.

Pero todo eso ya ha pasado. Estamos divididos en grupos de seis u ocho, y diseminados aquí y allá. Sin embargo, nuestro grupo es el único que se atreve a realizar lo que se llama «el viaje largo», es decir, entrar en Siria, por Baalbek hasta Damasco, y desde allí bajar recorriendo toda Palestina. Será un viaje pesado y muy peligroso, en esta estación del año tan calurosa, para cualquiera que no sea fuerte y saludable, y que no esté acostumbrado a la fatiga de la dura vida al aire libre. Los otros grupos seguirán rutas más cortas.

Durante los dos últimos meses nos hemos preocupado por un asunto relacionado con este Peregrinaje a Tierra Santa. Me refiero al servicio de transporte. Bien sabíamos que Palestina era un país que no contaba con muchos medios para atender a los pasajeros, y cada hombre con el que nos tropezábamos y que sabía algo al respecto, nos daba a entender que ni la mitad de nuestro grupo conseguiría dragomanes y animales. En Constantinopla todo el mundo se lanzó a telegrafiar a los cónsules americanos de Alejandría y Beirut para advertirles que queríamos dragomanes y transporte. Estábamos desesperados; aceptaríamos caballos, burros, jirafas, canguros: lo que fuera. En Esmirna, volvimos a telegrafiar, con la misma intención. Y temiéndonos lo peor, telegrafiamos reservando un gran número de asientos en la diligencia de Damasco, y caballos para ir a las ruinas de Baalbek.

Como era de esperar, en Siria y en Egipto se extendió la idea de que toda la población de la provincia de América (los turcos nos tienen por una diminuta provincia sin importancia de algún rincón perdido del mundo), llegaba a Tierra Santa; y así, cuando ayer entramos en Beirut, nos encontramos el lugar lleno de dragomanes y sus vestimentas. Nosotros habíamos pensado ir en diligencia hasta Damasco, desviarnos a Baalbek de camino —porque esperábamos reincorporarnos al barco— ir al monte Carmelo y desde allí adentrarnos en los bosques. Sin embargo, cuando nuestro grupito de ocho personas descubrió que era posible, y bastante adecuado, realizar el «viaje largo», adoptamos dicho programa. Nunca le hemos causado verdaderos problemas a un cónsul, pero para nuestro cónsul de Beirut hemos sido una terrible molestia. Lo digo porque no puedo evitar admirar su paciencia, su aplicación y su carácter servicial. También lo digo por que creo que algunos de los miembros del pasaje de nuestro barco no le dieron el mérito que merecía por sus excelentes servicios.

Pues, de los ocho, seleccionamos a tres para que se ocupasen de todos los asuntos relacionados con la expedición. Los demás no teníamos nada que hacer, excepto mirar la hermosa ciudad de Beirut, con sus casas nuevas y alegres enclavadas entre la

infinidad de verdes arbustos que se extendían por una meseta, que luego descendía suavemente hacia el mar; y también observar monte Líbano, en los alrededores; además, bañarnos en las transparentes aguas azules cuyas olas rompían en el barco (no sabíamos que allí había tiburones). También teníamos que recorrer la ciudad observando las vestimentas. Son pintorescas e imaginativas, pero no tan variadas como en Constantinopla y Esmirna; las mujeres de Beirut suman una agonía más: en las dos ciudades anteriores, llevan un fino velo a través del cual se puede ver (y a menudo dejan sus tobillos a la vista), pero en Beirut cubren todo el rostro con velos negros o de colores oscuros, de manera que parecen momias, y luego exponen sus pechos al público. Un joven caballero (creo que era griego) se ofreció voluntario para mostrarnos la ciudad, y dijo que le proporcionaría un gran placer, porque estaba estudiando inglés y quería practicar. Sin embargo, cuando habíamos terminado la ronda, pidió una remuneración: dijo que esperaba que los caballeros le entregarían una insignificancia, unas pocas piastras (equivalentes a unas cuantas monedas de cinco centavos). Lo hicimos. El cónsul se quedó sorprendido cuando se enteró, dijo que conocía muy bien a la familia del joven y que se trataba de una familia antigua y muy respetable, valorada en más de ciento cincuenta mil dólares. Algunas personas, en su situación, se habrían sentido avergonzadas por el puesto que desempeñó para nosotros y por la manera en que se lo agenció.

A la hora acordada, apareció nuestro comité organizador y dijo que todo estaba arreglado: que saldríamos ese mismo día, con caballos, animales de carga y tiendas, y que iríamos a Baalbek, Damasco, el mar de Galilea, y desde allí, en dirección sur, pasando por el escenario del sueño de Jacob y otras localidades notables de la Biblia, hasta Jerusalén, desde donde seguramente iremos al mar Muerto, aunque posiblemente no; y luego seguiremos hasta el mar para reincorporarnos al barco, tres o cuatro semanas más tarde, en Jaffa; condiciones: cinco dólares diarios por cabeza, en oro, y el dragomán se ocupará de todo. Dicen que dormiremos tan bien como en un hotel. Yo ya había leído algo parecido a eso, y no había deshonrado mi buen juicio creyéndomelo. Pero no dije nada, aunque hice mi equipaje con una manta y un chal para dormir, pipas y tabaco, dos o tres camisas de lana, una carpeta, una guía y una Biblia. También me llevé una toalla y una pastilla de jabón, con el fin de inspirar respeto a los árabes, que me tomarían por un rey viajando de incógnito.

A las tres de la tarde teníamos que seleccionar los caballos. A esa hora Abraham, el dragomán, los hizo desfilar ante nuestros ojos. Con total solemnidad, por la presente declaro que esos caballos eran los peores que yo había visto en mi vida y que sus pertrechos estaban exquisitamente igualados en calidad. A uno le faltaba un ojo; a otro le habían cortado la cola como a los conejos, y se enorgullecía de ello; otro tenía una cordillera de huesos que iba desde el cuello hasta la cola, como uno de esos acueductos en ruinas que se ven en Roma, y su pescuezo era como un bauprés; todos cojeaban y tenían heridas en el lomo, además de calvas e incrustaciones salpicadas aquí y allá, como clavos de latón en un baúl; sus andares provocaban asombro, y

había tanta variedad de movimiento, que parecían una flota en plena tormenta. Daba miedo. Blucher meneó la cabeza y dijo:

—Ese «dragón» se va a meter en un lío por haber sacado del hospital, tal y como están, a esos viejos cacharros; a no ser que tenga permiso.

Yo no dije nada. El despliegue era exacto a lo que decía la guía, y, ¿no viajábamos siguiendo la guía? Elegí un caballo porque me pareció ver que se asustaba y pensé que no debía despreciar a un caballo que tenía ánimo suficiente para asustarse.

A las seis de la tarde, nos detuvimos aquí, en la aireada cima de una torneada montaña que mira al mar y al hermoso valle en el que vivieron algunos de esos emprendedores fenicios de la antigüedad, sobre los que tanto hemos leído; estamos rodeados por los que fueron los dominios de Hiram, rey de Tiro, quien proporcionó la madera de los cedros de estas montañas del Líbano, con la que se construyeron algunas partes del Templo del rey Salomón.

Poco después de las seis, llegó nuestra caravana de animales de carga. No la había visto antes y lo cierto es que tenía derecho a quedarme asombrado. ¡Teníamos diecinueve sirvientes y veintiséis mulas de carga! Era una caravana perfecta. Y lo parecía, además, mientras serpenteaba entre las rocas. Me pregunté qué rayos hacíamos con semejante despliegue para ocho hombres. Me lo pregunté un rato, pero pronto empecé a desear un plato de hojalata lleno de habas con tocino. Yo ya había acampado en muchas otras ocasiones y sabía lo que nos esperaba. Sin aguardar a los sirvientes, me fui a desensillar mi caballo, y le lavé los trozos de costilla y espinazo que sobresalían de su pellejo; y cuando regresé, ¡oh, maravilla!, cinco majestuosas tiendas de circo estaban en pie. Eran unas tiendas que por dentro resplandecían con todo tipo de espléndidos adornos en azul, oro y carmesí. Me quedé sin habla. Luego trajeron ocho pequeñas camas de hierro y las colocaron en las tiendas; añadieron un colchón blando, almohadas, buenas mantas y dos sábanas blancas como la nieve por cada lecho. A continuación, montaron una mesa alrededor del poste central y sobre ella pusieron jarras y palanganas de peltre, jabón y las toallas más blancas jamás vistas: un conjunto para cada hombre; nos indicaron unas bolsas que había en la tienda y nos dijeron que allí podríamos dejar nuestras pertenencias pequeñas, para nuestra comodidad, y que si necesitábamos colgadores, sobresalían por todas partes. Y entonces llegó el detalle final: ¡cubrieron todo el suelo con alfombras! Me limité a comentar: «Si decís que esto es acampar, muy bien, pero no es a lo que yo estoy acostumbrado; me hacen descuento por el poco equipaje que me he traído».

Se hizo de noche y, sobre las mesas, pusieron velas... en unos candeleros brillantes, nuevos, de latón. Y pronto sonó la campana —una campana de verdad, auténtica— y nos invitaron a pasar al salón. Yo había pensado que nos sobraba una tienda, pero ahora me daba cuenta de que no era así: íbamos a usarla sólo como comedor. Al igual que las otras, resultaba lo bastante alta como para albergar a una familia de jirafas, y era muy bonita, estaba limpia y, por dentro, llena de alegres colores. Era un lugar exquisito. Una mesa para ocho y ocho sillas de lona, un mantel



y servilletas cuya blancura y refinamiento dejaba en ridículo a todo lo que solían darnos en el barco; cuchillos y tenedores, platos soperos, platos llanos... todo de la mejor calidad y con gusto. ¡Una maravilla! Y a esto lo llaman acampar. Aquellos tipos majestuosos, con sus pantalones holgados y sus feces enturbantados nos trajeron una cena que constaba de carnero asado, pollo asado, ganso asado, patatas, pan, té, pastel, manzanas y unas uvas deliciosas; las viandas estaban mejor cocinadas que todo lo que habíamos comido durante varias semanas, y la mesa tenía mejor aspecto, con sus enormes candeleros de alpaca y otras galas, que las mesas a las que llevábamos un buen tiempo sentándonos; y aún así, aquel amable dragomán, Abraham, entró haciendo reverencias y pidiendo disculpas por todo, ya que la inevitable confusión de comenzar un viaje tan largo les había afectado, y prometiendo que, en el futuro, ¡todo sería mucho mejor!

Ahora es medianoche y a las seis de la mañana levantamos el campamento.

Y a esto lo llaman acampar. Siendo así las cosas, ser peregrino en Tierra Santa constituye un magnífico privilegio.

## XLII

**E**stamos acampados cerca de *Temnin-el-Foka*, nombre que los muchachos han simplificado bastante, por aquello de conseguir pronunciarlo. Lo llaman Jacksonville. Suena un poco raro aquí, en el valle del Líbano, pero tiene el mérito de ser más fácil de recordar que el nombre árabe.

*LLEGAD COMO SOMBRAS, PARTID IGUAL* [37]

*La noche se llenará de música,*

*Y las preocupaciones que infestan el día*

*Doblarán sus tiendas como los árabes,*

*E igual de silenciosas, se irán.* [38]

Anoche dormí profundamente y, sin embargo, cuando sonó la campana del dragomán a las cinco y media de la mañana y se oyó el grito de «¡diez minutos para vestirse e ir a desayunar!» oí ambas cosas. Me sorprendió, porque hace un mes que no oigo el gong que llama a desayunar en el barco, y siempre que ha habido ocasión de disparar una salva al romper el día, yo me he enterado tarde, en el curso de alguna conversación. Pero la acampada, aunque sea en una tienda hermosa, nos hace sentir descansados y alegres por la mañana, sobre todo si el aire que respiramos es el aire fresco y puro de la montaña.

Me vestí en esos diez minutos y salí. A la tienda comedor le habían quitado los laterales, y sólo habían dejado el techo; de manera que al sentarnos a la mesa podíamos disfrutar de un noble panorama de montaña, mar y valle neblinoso. Y mientras estábamos así sentados, el sol se fue elevando lentamente y bañó la imagen con un mundo de rico colorido.

Chuletillas de cordero, pollo frito, tortillas, patatas fritas y café: todo excelente. Ése fue el menú. Sazonado con un apetito salvaje, debido al duro viaje del día anterior y al sueño reparador en un ambiente tan puro. Mientras pedía una segunda taza de café, miré por encima de mi hombro y ¡oh, maravilla!, nuestra blanca aldea había desaparecido, ¡las espléndidas tiendas se habían desvanecido como por arte de magia! Impresionaba lo rápido que aquellos árabes «doblaban sus tiendas»; y también la velocidad a la que habían recogido los mil y un objetos del campamento y habían desaparecido con ellos.

A las seis y median estábamos en camino, y todo el mundo sirio parecía estar en camino también. La carretera estaba llena de caravanas de mulas y largas procesiones de camellos. Eso me recuerda que ya llevábamos un tiempo intentando encontrar a qué se parece un camello, y por fin lo hemos descubierto. Cuando está totalmente

agachado, con el pecho pegado al suelo para recibir la carga, parece un ganso nadando; y cuando está de pie, parece un avestruz con un par de patas de más. Los camellos no son bonitos, y ese labio inferior tan largo les da aspecto de «paparrucha» [39]. Las pezuñas son inmensas, planas y almohadilladas, y dejan una huella en la arena como una empanada a la que le han cortado un pedazo. No ponen pegas en lo relacionado con su dieta. Se comerían una lápida si fuesen capaces de masticarla. En esta zona crece un cardo que está lleno de espinas capaces de traspasar el cuero, o eso me parece a mí; si uno de éstos nos roza, no encontramos alivio más que en la blasfemia. Pues los camellos se los comen. Y por sus gestos, parece que les gustan. Supongo que, para un camello, sería un verdadero manjar disfrutar de un barril de clavos a la hora de la cena.

Y ya que estoy hablando de animales, les diré que ahora tengo un caballo que se llama «Jericó». Es una yegua. He visto caballos insólitos en mi vida, pero ninguno tanto como éste. Yo quería un caballo capaz de asustarse, y éste cumple el requisito. Yo creía que el hecho de asustarse indicaba ánimo. Si eso es así, tengo el caballo con más ánimo del mundo. Se asusta de todo aquello con lo que se encuentra, con total imparcialidad. Parece tener un miedo mortal, sobre todo, a los postes del telégrafo; y menos mal que los hay a ambos lados del camino porque, tal y como están las cosas, nunca me caigo dos veces seguidas en el mismo lado. Si me cayese siempre en la misma banda, el asunto podría llegar a resultar monótono. Hoy, esta criatura se ha asustado de todo lo que ha visto, excepto un pajar. Se dirigió hacia él con intrepidez y temeridad asombrosas. Y a cualquiera llenaría de admiración ver cómo conserva la serenidad en presencia de un saco de cebada. Algún día, ese temerario valor le costará la vida al caballo.

No es particularmente rápido, pero creo que podrá llevarme a través de Tierra Santa. Sólo tiene un defecto: le han cortado la cola, o se ha sentado sobre ella con demasiada fuerza en algún momento, y ahora tiene que espantarse las moscas con los talones. Eso está muy bien, pero cuando intenta espantar a una mosca de su cabeza con la pata trasera, la cosa se complica. Algún día se meterá en un lío. Además, le gusta morderme las piernas. No es que me moleste especialmente, pero es que no me gustan los caballos que son demasiado sociables.

Creo que el propietario de semejante prenda tenía una opinión equivocada sobre él. Creía que era uno de esos corceles fieros e indomables, pero no tiene ese carácter. Sé que el árabe pensaba así porque cuando trajo al caballo para que los inspeccionásemos en Beirut, no dejaba de dar tirones a las bridas y de gritar en árabe «¡So, quieto!

¿Quieres huir, bestia feroz, y romperte el pescuezo?», mientras el caballo no hacía nada de nada y sólo daba la impresión de querer apoyarse en algo para pensar. Cuando no se asusta de las cosas, o intenta librarse de una mosca, eso es lo que quiere hacer. ¡Cómo se sorprendería su dueño si lo supiese!

Hemos estado todo el día en un territorio histórico. A mediodía acampamos

durante tres horas y almorzamos en Mekseh, cerca del cruce de monte Líbano y el Jebel el Kuneiyiseh, y contemplamos el inmenso y llano valle del Líbano, como un jardín. Esta noche acamparemos cerca del mismo valle y tendremos a la vista una amplia extensión del mismo. Se aprecia la cresta alargada, como el lomo de una ballena, del monte Hermón, que sobresale por encima de las colinas del este. Ahora cae sobre nosotros «el rocío del Hermón», y las tiendas están casi empapadas.

Por delante de nosotros y en la zona más elevada del valle, podemos discernir, gracias a los catalejos, la tenue silueta de las maravillosas ruinas de Baalbek, el supuesto Baal Gad de las Escrituras. Josué, y otra persona, fueron los dos espías a los que los hijos de Israel enviaron a la tierra de Canaán para que informasen sobre su carácter (Bueno, fueron los espías que informaron favorablemente). Regresaron con varias muestras de las uvas del país, y en los libros ilustrados infantiles siempre se los representa llevando un racimo monstruoso colgado de un palo que sujetan entre los dos, una carga respetable para una reata. Los libros de Catequesis lo exageraban un poco. Las uvas siguen siendo excelentes, pero los racimos no son tan grandes como los de los dibujos. Me quedé sorprendido, y herido, cuando los vi, porque esos colosales racimos de uvas eran una de mis tradiciones juveniles más apreciadas.

Josué informó favorablemente y los hijos de Israel siguieron viaje, con Moisés al frente del gobierno general, y Josué al mando del ejército de seiscientos mil guerreros. De mujeres, niños y civiles había una multitud incontable. De tan poderoso ejército, nadie, a excepción de los dos fieles espías, sobrevivió para pisar la Tierra Prometida. Ellos y sus descendientes vagaron durante cuarenta años por el desierto, y luego Moisés, el dotado guerrero, poeta, estadista y filósofo, subió al Pisgah y se enfrentó a su misterioso destino. Nadie sabe dónde fue enterrado, porque

*... ningún hombre cavó ese sepulcro,  
Y tampoco lo vio ningún ser humano,  
¡Porque los ángeles de Dios removieron la tierra,  
Y dejaron yacer allí al finado!* [40]

Luego Josué dio comienzo a su terrible asalto, y desde Jericó hasta esta Baal-Gad, arrasó la tierra como el Genio de la Destrucción. Asesinó a las gentes, convirtió sus tierras en eriales y devastó sus ciudades por completo. También sacó de en medio a treinta y un reyes, y dividió sus reinos entre sus israelitas. Repartió este valle que se extiende ante nosotros, por lo que, en el pasado, fue territorio judío. Sin embargo, hace tiempo que los judíos han desaparecido de aquí.

Más lejos aún, a una hora de viaje desde aquí, atravesamos una aldea árabe de piedras como cajas de lencería (ése es el aspecto que tienen), donde se halla la tumba de Noé bajo llave. [Noé construyó el arca]. El arca, que contenía todo cuanto quedaba

de un mundo desaparecido, navegó sobre estas viejas colinas y valles.

No pido disculpas por detallar la información arriba ofrecida. En cualquier caso, supondrá una novedad para algunos de mis lectores.

La tumba de Noé está construida en piedra y la cubre un edificio alargado, también de piedra. Nos dejaron entrar gratis. El edificio tenía que ser largo porque la tumba del reconocido y viejo navegante mide ¡sesenta y cuatro metros de longitud! Pero de alto sólo tiene algo más de un metro. Debía de hacer una sombra como la de un pararrayos. La prueba de que éste es el lugar auténtico donde enterraron a Noé sólo puede ser puesta en duda por gentes extraordinariamente incrédulas. El indicio es claro. Sem, el hijo de Noé, estaba presente en el entierro e indicó el lugar a sus descendientes, quienes transmitieron dicho conocimiento a sus descendientes, y los descendientes en línea directa de los mismos se nos han presentado hoy a nosotros. Resultó un placer conocer a los miembros de tan respetable familia. Es como para sentirse orgulloso. Sólo superable por la experiencia de conocer a Noé en persona.

En lo sucesivo, el memorable viaje de Noé siempre despertará en mí un vivo interés.

Si ha existido una raza oprimida, es ésta que vemos encadenada a nuestro alrededor bajo la inhumana tiranía del imperio otomano. Ojalá Europa permitiera que Rusia aniquilase un poco a Turquía; no mucho, pero sí lo bastante como para que resultase difícil volver a encontrar el lugar sin la ayuda de una varilla de zahorí o una campana de buzo. Los sirios son muy pobres y, sin embargo, se ven aplastados por un sistema tributario que volvería loca a cualquier otra nación. El año pasado los impuestos fueron muy duros, en conciencia, pero este año se han visto incrementados por la incorporación de impuestos que se les habían perdonado en los momentos de hambruna de años precedentes. Por si fuera poco, el gobierno ha gravado con un décimo todos los productos de la tierra. Y esto es sólo la mitad de la historia. El pachá de cada territorio no se molesta en nombrar a los cobradores de impuestos. Calcula cuál debe ser el total de dichos impuestos a cobrar en determinado distrito y luego subcontrata el cobro. Reúne a los hombres ricos, el que realice la puja más alta se queda con la especulación, paga al pachá en el momento, y luego se la vende a peces más pequeños que, a su vez, la venderán a una horda pirata de peces aún más insignificantes. Y estos últimos son los que obligan al campesino a llevar su pequeña cosecha de grano a la villa, pagando él el desplazamiento. Allí ha de ser pesada, separados los distintos impuestos y, lo que sobra, devuelto al productor. Pero el cobrador retrasa, día tras día, cumplir con este deber, mientras la familia del productor se muere de hambre; por fin el pobre desgraciado, que acaba por comprender el juego, dice: «Quédate con un cuarto, o la mitad, o dos tercios, si quieres, y déjame ir». Es una situación de lo más indignante.

Estas gentes son inteligentes y de buen corazón por naturaleza y, con educación y libertad, serían una raza feliz y satisfecha. A menudo recurren al extranjero para saber si, algún día, el gran mundo acudirá en su ayuda y los salvará. El sultán ha estado

gastando dinero, como si fuese agua, en Inglaterra y París, pero sus súbditos son quienes lo sufren.

Esta forma de acampar al aire libre me desconcierta. Ahora resulta que tenemos sacabotas y bañera, y eso que aún no han sido revelados todos los misterios que esconde la reata. ¿Qué será lo siguiente?

## XLIII

**C**abalgamos durante cinco aburridas horas, bajo el sol, cruzando el valle del Líbano. Resultó no ser tan buen jardín como parecía desde la colina. Era un desierto, un erial lleno de malas hierbas, cubierto de piedras del tamaño de un puño humano. Aquí y allá los nativos habían arañado el suelo y levantado una marchita cosecha de grano, pero en su mayor parte, el valle había quedado en manos de un puñado de pastores, cuyos ganados hacían todo cuanto honradamente les era posible por sobrevivir, pero tenían la suerte en contra. Vimos toscos montones de piedras junto al borde de la carretera, a intervalos, y reconocimos la costumbre de marcar las lindes que imperaba en tiempos de Jacob. No había muros, ni cercas, ni setos, nada que asegurase las posesiones de un hombre, excepto estos montones de piedras al azar. En tiempos de los patriarcas, los israelitas los consideraban sagrados y estos árabes, descendientes de ellos en línea directa, también lo hacen. Con un sistema de vallado tan informal como éste, un americano de inteligencia media ampliaría enseguida su propiedad, con un desembolso de simple trabajo manual realizado por la noche.

Los arados que usan estas gentes son un simple palo afilado, como el que usaba Abraham para arar, y aún siguen aventando el trigo como él lo hacía: lo apilan sobre el tejado de la casa y luego lo lanzan al aire a paladas, hasta que el viento se ha llevado toda la paja. Jamás inventan algo, ni lo aprenden.

Echamos una carrera de una milla con un árabe posado sobre un camello. Algunos de los caballos eran rápidos e hicieron un buen tiempo, pero el camello los adelantó dando saltitos sin siquiera esforzarse demasiado. Los gritos, alaridos, azotes y galopadas de todos los interesados convirtieron la carrera en un asunto vivificante, emocionante y particularmente bullicioso.

A las once, nuestros ojos cayeron sobre los muros y las columnas de Baalbek, una noble ruina cuya historia es un libro cerrado. Ha estado ahí durante miles de años para maravilla y admiración de los viajeros; pero quiénes la construyeron o cuándo fue construida, son preguntas que tal vez nunca tengan respuesta. Aunque hay una cosa muy cierta: la grandeza del diseño y la gracia de la ejecución que se aprecian en los templos de Baalbek, no han sido igualadas —ni se han acercado siquiera— por ninguna obra que la mano del hombre haya construido en los últimos veinte siglos.

El gran templo del Sol, el templo de Júpiter, y varios templos menores, se apiñan en medio de una de esas miserables aldeas sirias y resultan curiosos en tan plebeya compañía. Estos templos están contruidos sobre unas bases tan enormes que podrían soportar un mundo entero, o casi; los materiales utilizados son bloques de piedra tan grandes como un ómnibus: muy pocos, o casi ninguno, son más pequeños que el cofre de herramientas de un carpintero, y estas bases están atravesadas por túneles de obra por los que podría pasar un tren. Con semejantes cimientos, no es de extrañar que Baalbek haya durado tanto.

El templo del Sol mide noventa metros de largo y cincuenta de ancho. Estaba rodeado por cincuenta y cuatro columnas, pero ahora sólo permanecen en pie seis: las otras yacen rotas en la base, formando un pintoresco montón. Las seis columnas tienen basas, capiteles corintios y entablamentos, y no hay seis columnas más torneadas que éstas. La suma de columna y entablamento mide veintisiete metros de alto —una altura verdaderamente prodigiosa para un fuste de piedra—, y aún así, al mirarlos, sólo pensamos en su belleza y simetría; los pilares son esbeltos y delicados, los entablamentos, con sus elaboradas esculturas, semejan magníficos estucados. Pero cuando hemos mirado hacia arriba hasta que nos duelen los ojos, desviamos la vista hacia los grandes fragmentos de columnas entre los que nos encontramos, y descubrimos que miden dos metros y medio; y que junto a ellos yacen hermosos capiteles en apariencia tan grandes como cabañas pequeñas; además de losas de piedra, soberbiamente esculpidas, que miden entre un metro y un metro y medio de espesor, y que cubrirían por completo el suelo de un salón normal. Nos preguntamos de dónde salen esas monstruosidades y tardamos algún tiempo en comprender que la estructura airosa y elegante que se alza sobre nuestras cabezas está formada por piezas iguales. Parece demasiado absurdo.

El templo de Júpiter es una ruina más pequeña que ésta de la que he hablado y sí, es inmenso. Se halla en un estado de conservación tolerable. Hay una hilera de nueve columnas que se alza casi intacta. Miden veinte metros de alto y soportan una especie de porche o tejado que las conecta con el techo del edificio. Este porche-tejado está compuesto de tremendas losas de piedra, tan hábilmente esculpidas en la parte inferior que, desde abajo, el trabajo parece un fresco. Una o dos de esas losas se habían caído y volví a preguntarme si las gigantescas masas de piedra tallada que yacían a mi alrededor no eran más grandes que las que estaban por encima de mi cabeza. En el interior del templo, la ornamentación era elaborada y colosal. ¡Qué milagro de belleza y grandiosidad arquitectónica debió ser este edificio cuando era nuevo! ¡Y qué noble imagen presenta todavía a la luz de la luna, con su compañero aún más imponente, entre el caos de enormes fragmentos esparcidos a su alrededor!

No logro imaginar cómo transportaron desde las canteras esos inmensos bloques, o cómo lograron alzarlos hasta las vertiginosas alturas que ocupan en los templos. Y con todo, estos bloques esculpidos no son nada comparados con los bloques burdamente tallados que forman la ancha galería o plataforma que rodea el gran templo. Un tramo de esa plataforma, que mide sesenta metros de largo, está compuesto de bloques de piedra tan grandes como un tranvía, y algunos aún lo son más. Son más altos que una pared de tres o cuatro metros de alzada. Me parecieron rocas grandes, pero resultan insignificantes si las comparamos con las que formaban otra sección de la plataforma. Eran tres y me pareció que cada una de ellas medía tanto de largo como tres tranvías puestos uno detrás del otro, aunque, por supuesto, son un tercio más anchas y más altas que un tranvía. Tal vez imaginen mejor su tamaño al compararlas con dos vagones de carga del ferrocarril, puestos uno detrás de



otro. Si combinamos su altura, estas tres piedras alcanzan los sesenta metros; ocupan ciento veinte metros cuadrados; dos de ellas miden veinte metros de largo, y la otra veintiuno. Están encajadas en el enorme muro a unos seis metros de altura. Allí están, pero la cuestión es cómo llegaron hasta allí. He visto un barco de vapor con un casco más pequeño que unas de esas piedras. Y todos esos gigantescos muros de piedra son tan exactos y bien proporcionados como esas cosas poco sólidas que hacemos hoy en día con ladrillo. Una raza de dioses o de gigantes debió habitar Baalbek hace siglos. No creo que el hombre actual fuese capaz de levantar unos templos como éstos.

Fuimos a la cantera de la que sacaban las piedras de Baalbek. Estaba a un cuarto de milla de distancia y cuesta abajo. En un enorme hoyo yacía la compañera de la piedra más grande de las ruinas. Estaba tal y cómo la habían dejado los gigantes de aquellos tiempos olvidados cuando fueron llamados; tal y cómo la habían dejado durante miles de años, reprimenda elocuente para todos aquellos de nosotros propensos a tomarnos a la ligera a todos los hombres que nos precedieron. Ese bloque enorme está ahí, cuadrado y listo para que los constructores lo utilizaran, una masa maciza de cuatro metros por cinco, sólo unos centímetros por debajo de los veintidós metros de alto. Podríamos situar dos calesas a la misma altura, en su superficie, y aún sobraría espacio para que uno o dos hombres caminasen por cada extremo.

Podríamos jurar que todos los John Smith, George Wilkinson, y el resto de los deplorables don nadies desde el Juicio Final hasta Baalbek, inscribirían sus patéticos nombrecitos en los muros de las magníficas ruinas de Baalbek, añadiendo la ciudad, y el estado del que procedían y, después de jurarlo, tendríamos toda la razón. Es una pena que algunas grandes ruinas no se derrumben y aplasten a algunas de estas sabandijas, para que los de su clase teman, por siempre jamás, seguir haciendo famosos sus nombres por el método de grabarlos sobre los muros o los monumentos.

Haciendo bien las cosas, y con las tristes reliquias que montábamos, el viaje hasta Damasco debería llevarnos tres días. Era necesario que lo realizásemos en menos de dos. Era necesario porque nuestros tres peregrinos no querían viajar en domingo. Todos estábamos de acuerdo en respetar el domingo, pero hay ocasiones en las que respetar la *letra* de una ley sagrada cuyo espíritu es justo, se convierte en pecado, y éste era el caso. Imploramos a favor de los caballos, cansados y maltratados, e intentamos hacerles ver que su fiel servicio merecía un trato amable y la compasión ante su mala suerte. Pero ¿cuándo el fariseísmo ha conocido el sentimiento de la pena? ¿Qué eran unas pocas y largas horas añadidas al sufrimiento de unas bestias demasiado explotadas si se las comparaba con los peligros que corrían esas almas humanas? No se trataba del grupo más prometedor con el que viajar y esperar adquirir una mayor veneración de la religión a través del ejemplo de sus devotos. Dijimos que el Salvador, que se compadecía de las bestias y nos enseñó que el buey debe ser rescatado del fango incluso en domingo, no habría aconsejado una marcha tan forzada como la nuestra. Dijimos que el «viaje largo» era agotador y, por ello, peligroso en los abrasadores calores del verano, aún cuando se respetaban las etapas

de viaje normales, y si insistíamos en una marcha tan dura, algunos de nosotros nos veríamos atacados por las fiebres del país, como consecuencia de ello. Nada conmovía a los peregrinos. Tenían que seguir adelante. Los hombres podían morir, los caballos podían morir, pero ellos debían pisar suelo sagrado a la semana siguiente, sin que se les pudiera achacar la falta de respeto al descanso dominical. Y así estaban dispuestos a pecar contra el espíritu de la ley sagrada, para preservar su letra. No merecía la pena explicarles que «la letra mata». Y estoy hablando de amigos personales; hombres a los que aprecio; hombres que son buenos ciudadanos; que son honorables, honrados, concienzudos; pero cuya idea de la religión del Salvador parece estar distorsionada. Nos sermonean por nuestros defectos sin escatimar tiempo, y todas las noches nos reúnen y nos leen capítulos del Testamento que están llenos de ternura, caridad y cariñosa compasión; pero al día siguiente se agarran a sus sillas de montar, suben a las cimas de esos montes escarpados y vuelven a bajar. ¿Aplicar la ternura, la caridad y la cariñosa compasión del Testamento a un caballo agotado y fatigado? Tonterías; eso es para las criaturas humanas de Dios, no para los animales indefensos. El respeto por el carácter casi sagrado de los peregrinos me exige permitir que ocurra lo que ellos han elegido hacer: pero ¡ya me gustaría pescar a algún otro miembro del grupo subiendo a caballo, una sola vez, alguna de esas agotadoras colinas!

Les hemos ofrecido a los peregrinos unos cuantos ejemplos que podrían beneficiarlos, pero es un total desperdicio. Jamás ha salido una sola palabra destemplada de nuestros labios dirigida a alguno de nosotros: pero *ellos* se han peleado una o dos veces. Nos encanta presenciar esas peleas, sobre todo después de que nos hayan echado el sermón a nosotros. Lo primero que hicieron, al tocar la costa de Beirut, fue discutir en el barco. He dicho que los aprecio, y los aprecio, pero cada vez que me leen uno de esos mordaces sermones, prometo que responderé en letra impresa.

No contentos con doblar el número normal de etapas de viaje, abandonaron el camino principal y se desviaron para visitar una absurda fuente llamada Figia, porque la burra de Balaam había bebido allí en una ocasión. Y continuamos adelante, atravesando aquellas terribles colinas y desiertos bajo un sol abrasador, hasta muy adentrada la noche, buscando la famosa charca de la burra de Balaam, el patrono de los peregrinos como nosotros. En mi libro de notas no encuentro más anotación que la siguiente:

*Hoy hemos cabalgado, en total, trece horas, en parte a través de desiertos, en parte por colinas yermas y feas, y después cruzando un paisaje rocoso y agreste, para acampar, alrededor de las once de la noche, a orillas de un límpido arroyo, próximo a una aldea siria. No sé cómo se llama —tampoco deseo saberlo— sólo quiero irme a la cama. Dos caballos cojean (el mío y el de Jack) y los demás están agotados. Jack y yo caminamos tres o cuatro millas, en las colinas, tirando de nuestros caballos. Es divertido, pero poco.*

Doce o trece horas en la silla, incluso en tierra cristiana y bajo un clima cristiano, y sobre un buen caballo, suponen un viaje agotador; pero en un horno como Siria, sobre una silla raída que se resbala hacia delante y hacia atrás y se mueve en todas las direcciones, encima de un caballo agotado y que cojea y que, aun así, ha de sentir el contacto del látigo y las espuelas todo el día, sin casi descanso, hasta que le sangra el costado, mientras la conciencia te duele cada vez que golpeas, sólo con ser medio hombre, componen un viaje para recordar con amargura y del que abominar con énfasis durante una buena parte de la vida de un hombre.

## XLIV

**E**l día siguiente constituyó un ultraje, tanto para los hombres como para los caballos. Supuso otro tramo de trece horas (incluida una hora de «mediodía»). Recorrimos las colinas de pizarra más yermas y cruzamos los cañones más desnudos que Siria puede ofrecer. Por todas partes, el calor hacía temblar el aire. En los cañones a punto estuvimos de asfixiarnos debido al clima achicharrante. En las zonas elevadas, el reflejo de la pizarra resultaba cegador. Era una crueldad meterles prisa a los caballos tullidos, pero era necesario para llegar a Damasco el sábado por la noche. Vimos tumbas antiguas y templos de arquitectura inverosímil tallados en la roca maciza, en lo más alto de unos precipicios que se elevaban por encima de nuestras cabezas, pero no teníamos ni tiempo ni fuerzas para subir hasta allí y examinarlos. El seco lenguaje de mi libreta de notas hablará por el resto de las experiencias de este día:

*Levantamos el campamento a las siete de la mañana y realizamos un horrible viaje a través del valle de Zeb Dana y sus accidentadas montañas: los caballos cojeaban y ése árabe que parece una lechuza, que siempre está cantando y que es el encargado de llevar los odres del agua, siempre a mil millas por delante, por supuesto, y nosotros sin poder beber. ¿Es que no se morirá nunca? Hermoso arroyo en un abismo, rodeado de granados, higueras, olivos y membrillos, y nos detuvimos una hora a mediodía en la famosa fuente de Figia de la burra de Balaam, la segunda más grande de Siria, y el agua más fría, a excepción de la de Siberia. Las guías de viaje no dicen que la burra de Balaam haya bebido aquí: a lo mejor es posible que alguien le haya tomado el pelo a los peregrinos. Jack y yo nos bañamos en ella; aunque sólo un segundo: el agua está helada. Es la fuente principal del río Abana, y se encuentra a sólo media milla del lugar en el que confluyen. Es un sitio precioso: por todas partes hay árboles enormes, que dan sombra y fresco, en donde es casi imposible mantenerse despierto. Una gran corriente sale disparada de debajo de una montaña, creando un torrente. Sobre él se halla una ruina muy antigua, sin historia conocida, que se supone servía para adorar a la deidad de la fuente de la burra de Balaam, o de quien fuese. Alrededor de la fuente hay un miserable nido de escoria humana: harapos, suciedad, mejillas hundidas, palidez enfermiza, llagas, huesos marcados, la miseria triste y dolorida en sus ojos, un hambre canina que se desprende de cada uno de sus músculos y tejidos, de la cabeza a los pies. ¡Cómo se lanzaron por un hueso, cómo devoraron el pan que les dimos! Son de esos que te rodean y observan cada uno de los bocados que das, con mirada codiciosa, y que tragan inconscientemente cada vez que tragas tú, como si se convencieran así de que el precioso bocado bajaba por sus propias gargantas. ¡Que se dé prisa la caravana! Jamás podré disfrutar de una comida en un lugar tan desolador. Pensar en comer tres veces al día en semejantes circunstancias durante tres semanas aún... es peor castigo que cabalgar todo el día bajo el sol. En el grupo hay dieciséis criaturas que*

*se mueren de hambre, de entre uno y seis años de edad, y sus piernas no son más largas que el palo de una escobilla. Dejamos la fuente a la una del mediodía (la fuente nos hizo perder, como poco, dos horas de camino), y llegamos a la atalaya de Mahoma sobre Damasco a tiempo de echar una buena ojeada, antes de que fuese necesario seguir adelante. ¿Cansado? «Preguntadle a los vientos que alrededor cubrían el mar de fragmentos».* [41]

Mientras el resplandor del día se suavizaba y devenía crepúsculo, disfrutamos de una imagen conocida en el mundo entero. Creo que he leído unas cuatrocientas veces que, cuando Mahoma era un simple camellero, llegó a este lugar, contempló Damasco por primera vez e hizo una afirmación bastante famosa. Dijo que el hombre sólo podía entrar en un paraíso, y que él prefería ir al del cielo. Así que se sentó allí, recreó su vista en el paraíso terrenal de Damasco, y se marchó sin haber atravesado sus puertas. Han erigido una torre en la colina para marcar el lugar donde él estuvo.

Damasco es hermosa desde la montaña. Es hermosa hasta para los extranjeros acostumbrados a la vegetación exuberante, y comprendo perfectamente lo indeciblemente hermosa que debe resultar a unos ojos acostumbrados a la aridez dejada de la mano de Dios y a la desolación de Siria. Imagino que un sirio enloquecerá extasiado la primera vez que semejante estampa estalla ante él.

Desde la elevada atalaya se ve, ante nosotros y a nuestros pies, un muro de sombrías montañas, sin vegetación, que resplandecen ferozmente bajo el sol; encierra un desierto llano de arena amarilla, suave como el terciopelo, recorrido por delgadas líneas que representan caminos y salpicado, aquí y allá, de criaturas que se mueven y que nosotros sabemos son caravanas de camellos y hombres de viaje; en pleno centro del desierto se extiende una ondulante superficie de follaje verde; y enclavada en su mismo corazón se encuentra la grandiosa ciudad blanca, como una isla de perlas y ópalos que brilla en medio de un mar de esmeraldas. Ésa es la imagen que vemos extenderse a nuestros pies, mientras la distancia la suaviza, el sol la glorifica, los fuertes contrastes intensifican el efecto y, sobre ella y a su alrededor, sopla un aire de reposo que adormece y que la espiritualiza, haciéndola parecer más una belleza salida de esos mundos misteriosos que visitamos en sueños que un habitante real de nuestro mundo vulgar e insulso. Y cuando pensamos en las leguas de territorio arruinado, destruido, arenoso, rocoso, calcinado, feo, deprimente e infame que recorreremos hasta llegar aquí, nos parece la imagen más hermosa que el ser humano ha contemplado jamás en todo el universo. Si tuviese que volver a Damasco, acamparía una semana en la colina de Mahoma, y luego me iría. No es necesario entrar en la ciudad. El profeta tomó la decisión acertada al no descender al paraíso de Damasco.

Existe una antigua tradición muy respetada según la que el inmenso jardín en cuyo centro se levanta Damasco era el Jardín del Edén, y que los ríos Parpar y Abana son los «dos ríos» que bañaban el paraíso de Adán. Es posible, pero ahora ya no es un paraíso, y seríamos tan felices fuera de él como seguramente lo seríamos dentro. Es tan tortuoso, está tan lleno de gente y tan sucio que podemos no darnos cuenta de que

nos hallamos en la espléndida ciudad que vimos desde la cima de la colina. Los jardines quedan ocultos tras elevados muros de barro, y el paraíso se ha convertido en un hoyo de contaminación y de fealdad. Pero Damasco tiene mucha agua fresca y pura y eso basta para que un árabe la considere hermosa y bendecida. El agua escasea en la abrasada Siria. En América hacemos que las líneas de ferrocarril pasen junto a nuestras grandes ciudades; en Siria retuercen los caminos para hacerlos pasar junto a los exiguos charquitos a los que llaman «fuentes», y que no se encuentran más a menudo en un viaje que cada cuatro horas. Pero los «ríos». Parpar y Abana de las Escrituras (simples riachuelos), atraviesan Damasco, por lo que cada casa y cada jardín tienen sus fuentes saltarinas y sus arroyuelos. Con su bosque de follaje y su abundancia de agua, Damasco debe ser la maravilla de las maravillas para los beduinos del desierto. Damasco es, sencillamente, un oasis: eso es lo que es. Durante cuatro mil años sus aguas no se han secado, ni ha fallado su fertilidad. Y así podemos entender que la ciudad haya existido durante tanto tiempo. No podía morir. Mientras sus aguas sigan fluyendo en medio de tan violento desierto, Damasco vivirá para bendición del viajero sediento y cansado.

*Aunque vieja como la historia, eres fresca como una brisa de primavera, floreces como tus propios capullos de rosa y tu fragancia iguala la de tus flores de azahar. ¡Oh, Damasco, perla del Oriente!* <sup>[42]</sup>

Damasco es anterior a los tiempos de Abraham, y es la ciudad más antigua del mundo. La fundó Uz, el nieto de Noé. «La historia primitiva de Damasco está envuelta en la niebla de una arcaica antigüedad». Si no contamos lo escrito en los primeros once capítulos del Antiguo Testamento, en todo el mundo no ha habido acontecimiento del que tengamos documentos escritos, que no ocurriera sin que existiera Damasco, y sin que a ella llegaran las noticias relacionadas con el mismo. Podemos remontarnos tanto como gustemos en el pasado remoto, que siempre ha habido una Damasco. En los escritos de todos los siglos durante más de cuatro mil años se ha mencionado su nombre y se han cantado sus alabanzas. Para Damasco, los años son sólo momentos, las décadas simples revoloteos del tiempo. No mide el tiempo por días, meses y años, sino por los imperios que ha visto surgir, prosperar y desmoronarse en ruinas. Es una forma de inmortalidad. Vio poner los cimientos de Baalbek, de Tebas y de Éfeso; observó como esas aldeas se convertían en ciudades poderosas y asombraban al mundo con su grandeza; y ha vivido para verlas devastadas, abandonadas, pasto de los búhos y los murciélagos. Contempló la elevación del imperio israelita, y también presencié su aniquilación. Vio a Grecia nacer, prosperar durante dos mil años, y morir. En su madurez fue testigo de la construcción de Roma; la vio eclipsar al mundo con su poder; y presencié su muerte. Los pocos cientos de años de dominio y esplendor de Génova y Venecia supusieron, para la grave y vieja Damasco, sólo un nimio centelleo que no merece la pena recordar. Damasco ha visto todo lo que ha ocurrido en el mundo, y aún sigue viva. Ha contemplado los huesos secos de mil imperios, y verá las tumbas de mil más antes de

que le toque morir. Aunque otra reclame el nombre, la vieja Damasco es, por derecho propio, la Ciudad Eterna.

Llegamos a las puertas de la ciudad cuando se ponía el sol. Se dice que es posible entrar en cualquier ciudad amurallada de Siria, después de anochecer, gratis, excepto en Damasco. Pero Damasco, con sus cuatro mil años de respetabilidad en el mundo, tiene muchas nociones curiosas. Aquí no hay farolas, y la ley obliga a todo el que sale de noche a llevar faroles, como en la antigüedad, cuando los héroes y las heroínas de *Las mil y una noches* recorrían las calles de Damasco, o huían hacia Bagdad en sus alfombras voladoras.

Tan sólo unos minutos después de entrar en la ciudad había oscurecido notablemente, y recorrimos largas distancias a través de calles sinuosas, de entre dos metros y medio y tres metros de ancho, atrapadas entre los altos muros de adobe de los jardines. Por fin llegamos a una zona en la que se veía revolotear, aquí y allá, a los faroles, y supimos que nos hallábamos en el centro mismo de la curiosa ciudad vieja. Nos apeamos en una callecita, donde se apiñaba nuestra caravana de mulas y un enjambre de toscos árabes, y a través de una especie de agujero que había en el muro, accedimos al hotel. Permanecimos en un gran patio enlosado, rodeados de flores y de cidros, con una cisterna enorme en el centro que recibía las aguas de muchos caños. Cruzamos el patio y entramos en las habitaciones dispuestas para recibir a cuatro de nosotros. En un gran nicho enlosado en mármol y situado entre las dos alcobas había un depósito de agua fresca y cristalina, que se mantenía corriendo continuamente gracias a los chorros que allí vertían, procedentes de media docena de caños. No había nada, en aquella tierra desolada y abrasadora, que pudiese resultar más refrescante que esa agua cristalina relampagueando a la luz de los faroles; nada podía ser más hermoso, ni ofrecer un sonido más placentero que esa imitación de la lluvia, para unos oídos tan acostumbrados a esa clase de rumores. Las habitaciones eran grandes, estaban cómodamente amuebladas, e incluso tenían los suelos cubiertos con unas alfombras suaves y de alegres colores. Fue un placer volver a ver alfombras, porque si hay algo más deprimente que los salones y las alcobas enlosadas, casi como tumbas, de Europa y de Asia, yo no sé qué es. Nos hacen pensar todo el tiempo en la sepultura. Un diván muy ancho y alegremente tapizado, de unos cuatro metros de largo, cubría todo un lateral de cada habitación, y enfrente había camas individuales con colchones de muelles. Había grandes espejos y mesas con tablero de mármol. Tanto lujo resultaba, a nuestros cuerpos y sentidos exhaustos después de un día de viaje agotador, tan placentero como inesperado, porque nunca se sabe lo que se puede encontrar en una ciudad turca, aunque tenga un cuarto de millón de habitantes.

No lo sé, pero creo que usaban la cisterna entre las dos alcobas para sacar agua de beber; sin embargo, eso no se me ocurrió hasta que hube sumergido mi ardiente cabeza en sus frías profundidades. Entonces lo pensé y, a pesar de lo soberbio del baño, sentí haberlo tomado, y estaba a punto de ir a explicárselo a nuestro patrón. Pero entonces un caniche muy bien rizado y perfumado llegó retozando y me

mordisqueó la pantorrilla y, cuando quise darme cuenta, lo había sumergido hasta el fondo de la cisterna; al ver que un sirviente se acercaba con una jarra, me marché y dejé al cachorro intentando salir de allí, sin demasiado éxito. La satisfacción de la venganza era cuanto necesitaba para hacerme totalmente feliz, y cuando entré en el comedor para cenar aquella primera noche en Damasco, ése era mi estado. Después de cenar, permanecimos mucho tiempo tumbados en los divanes, fumando narguiles y alargados *chibuks*, y hablando de la espantosa jornada de viaje, y entonces supe lo que en otras ocasiones también había sabido: que merece la pena agotarse porque después se disfruta mucho más del descanso.

Por la mañana enviamos a buscar unos burros. Es digno de mención el hecho de tener que *enviar* a buscar esa clase de cosas. He dicho que Damasco era un viejo fósil, y lo es. En cualquier otro lugar nos habríamos visto asaltados por un clamoroso ejército de conductores de burros, guías, vendedores ambulantes y mendigos: pero en Damasco odian de tal manera la simple visión de un cristiano extranjero que no quieren mantener ningún tipo de intercambio con él; hace sólo un año o dos, no estaba seguro en las calles de Damasco. Éste es el purgatorio mahometano más fanático fuera de Arabia. Por cada turbante verde de *hadji* que se ve en otros lugares (indicio orgulloso de que mi señor ha peregrinado a la Meca), en Damasco se ve una docena. Los damascenos son los villanos más feos y perversos que hemos visto. Casi todas las mujeres cubiertas de velos con las que nos hemos tropezado hasta ahora dejaban a la vista los ojos, pero en Damasco hay muchas que ocultan por completo el rostro bajo un velo negro muy tupido que las hace parece momias. Si alguna vez sorprendíamos un ojo sin cubrir, enseguida lo ocultaban a la vista contaminante del cristiano; hasta los mendigos pasaban por nuestro lado sin pedirnos nada; los mercaderes de los bazares no nos mostraban sus mercancías mientras gritaban «¡Eh, John!» o «¡Mira esto, *Howajji!*!». Al contrario, sólo nos miraban mal, sin decir ni una palabra.

Las estrechas calles estaban atestadas de hombres y mujeres con extrañas vestimentas orientales, y nuestros pequeños burros los golpeaban a derecha e izquierda, mientras nos abríamos camino como podíamos entre ellos, instados a continuar adelante por los despiadados muleros. Éstos se dedican a perseguir a los animales, gritando y aguijoneándolos durante horas; mantienen al burro siempre al galope, pero ellos nunca se cansan, ni se quedan atrás. A veces los burros se caían y nos lanzaban por encima de sus cabezas, pero sólo podíamos volver a montar y continuar la marcha a toda prisa. Nos golpeábamos contra esquinas afiladas, porteadores cargados, camellos y ciudadanos en general; y estábamos tan ocupados en intentar evitar las colisiones y los heridos, que no teníamos oportunidad de mirar a nuestro alrededor. Recorrimos casi media ciudad y atravesamos la famosa «calle llamada Recta» <sup>[43]</sup> sin ver nada, más o menos. Casi teníamos los huesos descoyuntados, estábamos muy nerviosos y nos dolían los flancos debido a tanta sacudida. No me gusta desplazarme por Damasco en burro.



Íbamos camino de las conocidas casas de Judas y Ananías. Hará cosa de mil ochocientos o mil novecientos años, Saulo, nativo de Tarso, estaba especialmente en contra de la nueva secta llamada de los cristianos, y partió de Jerusalén con la intención de cruzar el país persiguiéndolos. Avanzaba «respirando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor».

*Estando ya cerca de Damasco, de repente se vio rodeado de una luz del cielo; y cayendo a tierra, oyó una voz que decía: «Saulo, Saulo. ¿Por qué me persigues?». Él contestó: «¿Quién eres, Señor?». Y Él: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer».* <sup>[44]</sup>

Mientras esto ocurría, sus soldados permanecían sin habla, asombrados, porque habían oído la voz misteriosa, pero no habían visto hombre alguno. Saulo se puso en pie y se dio cuenta de que aquella luz sobrenatural le había dañado la vista y estaba ciego, así que «lleváronle de la mano y le introdujeron en Damasco». Se había convertido.

Pablo yació tres días, ciego, en casa de Judas y, durante ese tiempo, ni comió ni bebió.

Entonces, una voz se dirigió a un ciudadano de Damasco, llamado Ananías, y le dijo: «Levántate y vete a la calle llamada Recta y busca en casa de Judas a Saulo de Tarso, que está orando».

Al principio, Ananías no quiso ir, porque había oído hablar de Saulo y tenía sus dudas acerca de que aquel «elegido» predicase el evangelio de la paz. Sin embargo, obedeciendo órdenes, entró en la «calle llamada Recta» (cómo encontró la forma de entrar y, después de hacerlo, cómo halló el modo de salir, son misterios que sólo se explican por el hecho de que actuaba bajo inspiración divina). Encontró a Pablo y lo restableció, y lo ordenó predicador; y desde esa vieja casa, con la que habíamos dado, en la calle mal llamada Recta, se había lanzado en su osada carrera misionaria, con la que continuó hasta su muerte. No era la casa del discípulo que vendió al Maestro por treinta monedas de plata. Doy esta explicación por hacerle justicia a Judas, que era un hombre muy distinto de la persona a la que acabo de hacer referencia. Un hombre totalmente distinto, y que vivía en una casa muy buena. Es una pena que no sepamos más acerca de él.

En los párrafos anteriores he proporcionado información para aquellas personas que no leen historia bíblica hasta que se les empuja a ello utilizando un método como éste. Espero que los amigos de la educación y del progreso no obstruyan ni se entrometan en mi peculiar misión.

La calle llamada Recta es más recta que un sacacorchos, pero no tanto como un arco iris. San Lucas tiene cuidado de no comprometerse: no dice que es la calle que es recta, sino la «calle llamada Recta». La ironía no está mal; se trata de la única afirmación jocosa que hay en la Biblia, creo yo. Caminamos bastante rato por la calle

llamada Recta, y luego giramos y llamamos a la puerta de la famosa casa de Ananías. No podemos dudar de que una parte de la casa original siga allí: se trata de una vieja habitación a unos cuatro metros bajo tierra, y su albañilería es, evidentemente, antigua. Si Ananías no vivió allí en tiempos de San Pablo, alguien más lo hizo, cosa que nos parece igual de bien. Bebí un sorbo del pozo de Ananías y, aunque parezca curioso, el agua estaba tan fresca como si hubiesen excavado el pozo el día anterior.

Continuamos hacia el extremo norte de la ciudad para ver el lugar donde los discípulos ayudaron a Pablo a descender la muralla de Damasco en plena noche, porque predicaba a Cristo con tanto arrojo en Damasco que la gente quería matarlo, como también harían hoy ante el mismo delito, por lo que tuvo que huir y marchar a Jerusalén.

Luego visitamos la tumba de los hijos de Mahoma, y otra tumba que pretendía ser la de el San Jorge que mató al dragón, y continuamos hasta un hueco situado bajo una roca donde Pablo se escondió durante su huida hasta que sus perseguidores se dieron por vencidos; y hasta el mausoleo de los cinco mil cristianos que fueron masacrados en Damasco en 1861 por los turcos. Dicen que por estas estrechas calles corrió la sangre durante varios días, y que masacraron indiscriminadamente a los hombres, las mujeres, y los niños, dejándolos pudrir a cientos por todo el barrio cristiano; también dicen que el hedor resultaba espantoso. Todos los cristianos que pudieron huir salieron corriendo de la ciudad, y los mahometanos no quisieron mancillar sus manos enterrando a los «perros infieles». La sed de sangre se extendió hasta las tierras altas de Hermón y Antilíbano y, en poco tiempo, veinticinco mil cristianos más fueron masacrados y sus posesiones assoladas. ¡Cómo odian a los cristianos en Damasco! Y más o menos ocurre lo mismo en todo el dominio turco. ¡Y cómo pagarán por ello cuando Rusia vuelva a hacerlos blanco de sus cañones!

Resulta muy relajante insultar a Inglaterra y Francia por interponerse para salvar al Imperio Otomano de la destrucción que tanto se mereció durante mil años. Mi vanidad se siente herida al ver a esos paganos negarse a comer un alimento que ha sido cocinado para nosotros; o comer de un plato que nosotros hayamos usado; o beber de un odre que hemos mancillado con nuestros labios cristianos, si no es filtrando el agua a través de un trapo, o de una esponja, que colocan en la boca del pellejo. Nunca le tuve tanta aversión a un chino como se la tengo a estos turcos y árabes degenerados, y cuando Rusia esté lista para volver a declararles la guerra, espero que Inglaterra y Francia no opinen que es de buena crianza, o que denota buen juicio, interferir.

En Damasco creen que en todo el mundo no existen ríos como sus pequeños Abana y Parpar. Los damascenos siempre han pensado así. En II Reyes, Capítulo V, Namán presume de ellos exageradamente. Y eso fue hace tres mil años. Dice: «Los ríos de Damasco, el Abana y el Parpar, ¿no son mucho mejores que todas las aguas de Israel? ¿No podía yo lavarme allí y quedar limpio?». Pero algunos de mis lectores han olvidado quién era Namán, tanto tiempo hace. Namán era el jefe del ejército

sirio. Era el favorito del rey y vivía con gran lujo. Era un hombre «robusto y valiente, pero era leproso». Y aunque parezca raro, la casa que ahora nos muestran como suya ha sido convertida en un hospital para leprosos, y los internos enseñan sus repelentes deformidades, elevan sus manos, y piden limosna cada vez que entra un extraño.

Es imposible conocer el horror de esta enfermedad hasta que la vemos en toda su monstruosidad, en la antigua morada que Namán tenía en Damasco. Los huesos retorcidos y deformes, grandes nudos que sobresalen de rostros y cuerpos, articulaciones que se descomponen y se caen... ¡un espanto!

## XLV

**L**as últimas veinticuatro horas que permanecemos en Damasco, yací postrado con un violento ataque de cólera, o cólera morbus, por lo que tuve la oportunidad y una buena excusa para tumbarme en aquel ancho diván y descansar como es debido. No tenía nada más que hacer, excepto escuchar el repiqueteo de las fuentes, tomar medicamentos y vomitarlos. Era un pasatiempo peligroso, pero resultaba más agradable que viajar por Siria. Tenía bastante nieve traída del monte Hermón y, como no había forma de que se quedase en mi estómago, tampoco había nada que me impidiese comerla: siempre me quedaba sitio para más. Me lo pasaba muy bien conmigo mismo. Viajar por Siria tiene algunas cosas interesantes, como viajar por cualquier otra parte del mundo, pero romperse una pierna o tener el cólera supone una grata variedad.

Salimos de Damasco al mediodía, cruzamos la llanura durante un par de horas, y luego el grupo se detuvo un rato a la sombra de unas higueras para darme la oportunidad de descansar. Era el día más caluroso de todos los vividos hasta entonces: las llamaradas del sol caían como los rayos de fuego que salen a chorro de un soplete. Daba la sensación de que los rayos caían en una especie de diluvio constante sobre la cabeza y continuaban hacia abajo como lo hace la lluvia desde un tejado. Imaginé que era capaz de distinguir entre los distintos torrentes de rayos, creí que podía diferenciar cuando cada raudal me golpeaba la cabeza, cuando llegaba a mis hombros, y cuando surgía el siguiente. Era horrible. Todo el desierto brillaba con tal fiereza que tenía los ojos siempre llenos de lágrimas. Los muchachos llevaban sombrillas blancas forradas de verde oscuro. Resultaron ser una bendición incalculable. Me alegré de mi buena suerte porque yo también tenía una, a pesar de que iba con el equipaje, diez millas por delante de mí. Es una locura viajar por Siria sin una sombrilla. En Beirut me dijeron (esas personas que siempre te atiborran de consejos) que era una locura viajar por Siria sin una sombrilla. Por eso me traje una.

Pero, sinceramente, creo que la sombrilla es un fastidio en cualquier sitio cuando lo suyo es mantener el sol a raya. Ningún árabe le añade un ala a su fez, ni usa sombrilla, o cualquier otra cosa para dar sombra a sus ojos o a su cara, y siempre se los ve cómodos y tranquilos bajo el sol. Pero la imagen más ridícula de todas las que he visto es la de nuestro grupo de ocho: hay que ver lo estrafalario de su aspecto. Viajan en fila india; todos llevan el interminable trapo blanco de Constantinopla enrollado una y otra vez alrededor de sus sombreros, colgando espalda abajo; todos llevan gruesas gafas verdes, con cristales laterales; todos sostienen sombrillas blancas, forradas de verde, sobre sus cabezas; sin excepción, sus estribos son demasiado cortos (son el peor grupo de jinetes que hay sobre la tierra, sus animales trotan tremendamente fuerte) y más cuando se colocan en fila india, uno detrás del otro; resplandecen en la lejanía, jadeantes; rebotan a destiempo, uno tras otro; las rodillas bien elevadas y los codos aleteando como un gallo que se pavonea, y la larga

fila de sombrillas saltando convulsivamente arriba y abajo. Cuando alguien ve esta indignante imagen a la luz del día, se asombra por el hecho de que los dioses no hayan sacado sus rayos y los aniquilen de la faz de la tierra. Yo sí, yo me maravillo. Jamás permitiría que una caravana así atravesara un país mío.

Y cuando el sol se pone tras el horizonte y los muchachos cierran sus sombrillas y se las colocan bajo el brazo, se trata, tan solo, de una variación de dicha imagen, y no de una modificación de su irracionalidad.

Pero es posible que ustedes no aprecien la alocada exageración de mi panorama. Lo harían si estuviesen aquí. Aquí, se siente uno, todo el tiempo, como si estuviera viviendo en el año 1200 antes de Cristo, o en la época de los Patriarcas, o en la Nueva Era. El paisaje de la Biblia nos rodea; las costumbres de los patriarcas nos rodean; las mismas gentes, con los mismos atuendos sueltos, en sandalias, se cruzan con nosotros; las mismas largas caravanas de majestuosos camellos vienen y van; el mismo silencio y la misma solemnidad religiosa, tan impresionantes, descansan sobre el desierto y las montañas que se elevaban sobre ellos en épocas remotas de la antigüedad; y ¡atención!, invadiendo una escena como ésta, aparece esa fantástica horda de yanquis con anteojos verdes, con sus codos aleteando y sus sombrillas saltando. Es como ver a Daniel en la guarida del león con una sombrilla de algodón verde bajo el brazo.

Mi sombrilla va con el equipaje, al igual que mis gafas verdes: y ahí se quedarán. No pienso usarlas. Seré respetuoso con la conveniencia eterna de las cosas. Ya será bastante malo sufrir de insolación, como para, encima, hacer el ridículo. Si caigo, al menos que sea con aspecto de cristiano.

Tres o cuatro horas después de haber salido de Damasco, pasamos por el lugar donde Saulo fue convertido de forma tan repentina y, desde allí, echamos la vista atrás hacia el desierto abrasador y vimos, por última vez, la hermosa Damasco, engalanada con sus joyas de color verde resplandeciente. Al caer la noche llegamos a nuestras tiendas, en las afueras de la desagradable aldea árabe de Jonesborough. Claro que el nombre verdadero del lugar es El no sé qué, pero los muchachos siguen negándose a reconocer los nombres árabes o a intentar pronunciarlos. Cuando digo que esa aldea es del estilo general, lo que pretendo insinuar es que todas las aldeas sirias en cincuenta millas a la redonda de Damasco son iguales —tan iguales que haría falta algo más que la inteligencia humana para saber en qué se diferencia una de otra—. Una aldea siria es un enjambre de casas de una planta (la altura de un hombre), y tan cuadradas como una caja de mercería; están recubiertas de barro, hasta el tejado plano, y acostumbran estar encaladas según la moda. El mismo tejado suele extenderse por media ciudad, cubriendo muchas de las *calle*s, que acostumbran medir un metro de ancho. Cuando atravesamos una de esas calles a lomos de un caballo, lo primero que encontramos es un perro melancólico, que alza la mirada hacia nosotros y, en silencio, nos ruega que no lo pisoteemos, pero tampoco se ofrece a quitarse de en medio; a continuación vemos un chiquillo sin ropa que alarga la mano y dice:

«Una limosna» —en realidad no espera nada, pero es que aprendió a decir eso antes que a decir «mamá», y ahora no consigue dejar de decirlo—; luego tropezamos con una mujer: el rostro cubierto por un velo negro, y el busto a la vista; por último, encontramos a varios niños de ojos enfermos y en todas las fases de mutilación y descomposición; y sentado humilde entre el polvo, recubierto de harapos mugrientos, un pobre diablo cuyos brazos y piernas son nudosos y retorcidos como viñedos. Ésas son las gentes que encontraremos. El resto de la población estará dentro de las casas, durmiendo, o fuera, ocupándose de las cabras en los llanos y en las colinas. La aldea se levanta en algún curso de agua pequeño y tísico, y a su alrededor hay un poco de vegetación verde. Más allá de este círculo mágico, durante millas y millas, se extiende un fatigoso desierto de arena y grava, que produce un arbusto gris similar a la artemisa. Una aldea siria es la visión más lamentable del mundo y sus alrededores están a tono con la impresión.

No me habría enredado en esta disertación sobre las aldeas sirias si no fuese por el hecho de que Nemrod, el poderoso cazador de celebridad bíblica, está enterrado en Jonesborough, y yo quería que el público supiese cuál es su entorno. Al igual que Homero, se dice que está enterrado en muchos otros lugares, pero éste es el sitio único y verdadero en el que descansan sus cenizas.

Cuando las tribus originales se dispersaron, hace más de cuatro mil años, Nemrod y un gran grupo de personas recorrieron trescientas o cuatrocientas millas y se establecieron donde luego se levantó la gran ciudad de Babilonia. Nemrod construyó dicha ciudad. También comenzó a levantar la famosa Torre de Babel, pero determinadas circunstancias, sobre las que él no pudo ejercer control alguno, le impidieron terminarla. Pero sí que llegó a levantar ocho plantas, dos de las cuales aún siguen en pie, colosal masa de ladrillos, desgarrada desde su centro por los terremotos, quemada y vitrificada por los rayos de un Dios enfadado. Pero la enorme ruina seguirá en pie durante siglos, para vergüenza de los lamentables trabajos hechos por estas generaciones modernas del hombre. Sus gigantescos compartimientos están arrendados por búhos y leones, y el viejo Nemrod yace abandonado en esta miserable aldea, lejos del escenario de su grandiosa empresa.

Salimos de Jonesborough muy temprano y cabalgamos sin parar, eternamente, o eso me pareció, por resacos desiertos y colinas rocosas, hambrientos, y sin agua. En poco tiempo habíamos dejado los odres totalmente secos. A mediodía hicimos un alto ante la miserable ciudad árabe de El Yuba Dam <sup>[45]</sup>, asentada en la ladera de un monte, pero el dragomán dijo que si pedíamos agua allí, toda la tribu nos atacaría, porque no les gustaban demasiado los cristianos. Tuvimos que seguir viaje. Dos horas más tarde llegamos al pie de una montaña alta y aislada que está coronada por el derrumbado castillo de Banias, la ruina más imponente de su clase en la tierra, sin duda. Mide trescientos metros de largo y sesenta de ancho, todo hecho con la mampostería más simétrica y, al mismo tiempo, más pesada. Las gigantescas torres y baluartes miden más de nueve metros de altura, y han llegado a medir el doble. Desde

la cima de la montaña, sus torreones se alzan por encima de los huertos de añejos robles y olivos, y resultan maravillosamente pintorescos. Es tanta su antigüedad que nadie sabe quién lo construyó, ni cuándo. Resulta totalmente inaccesible, excepto por un lugar, donde un camino de herradura serpentea hacia arriba entre piedras macizas hasta alcanzar el viejo rastrillo. Durante los cientos y cientos de años que el castillo tuvo guarnición, los cascos de los caballos han dejado agujeros en las piedras que, en algunos casos, miden quince centímetros de profundidad. Vagamos unas tres horas entre las cámaras, las criptas y las mazmorras de la fortaleza, y pisamos donde habían pisado antes los talones cubiertos de cota de malla de muchos caballeros cruzados, y donde los héroes fenicios habían pisado a su vez, mucho antes.

Nos preguntamos cómo era posible que semejante masa sólida de mampostería pudiese verse afectada, aún por un terremoto, y no lográbamos entender qué agente había convertido Baniyas en una ruina; pero, al cabo de un tiempo encontramos al destructor, y entonces nuestro asombro se multiplicó por diez. Algunas semillas habían caído en las grietas de los inmensos muros; las semillas habían germinado; los brotes tiernos e insignificantes se habían endurecido; crecieron más y más y, con una presión constante e imperceptible, obligaron a las grandes piedras a separarse, y acabarán por destruir completamente una obra gigante que ha logrado burlarse hasta de los terremotos. Árboles nudosos y retorcidos surgen de las viejas paredes a cada paso, y embellecen y eclipsan las grises almenas con su exuberante follaje.

Desde esas vetustas torres contemplamos una llanura verde y extensa, en la que brillaban las charcas y los arroyuelos que son las fuentes del sagrado río Jordán. Era una imagen muy agradable, después de tanto desierto.

Y como se acercaba la noche, bajamos de la montaña atravesando los robledales bíblicos de Basán, (porque estábamos pasando la frontera y entrando en la tan buscada Tierra Santa), y en su extremo más alejado, en dirección al ancho valle, entramos en la execrable aldeílla de Baniyas y acampamos en un huerto de olivos enorme, junto a un torrente de espumosas aguas, cuyas orillas están cubiertas de higueras, granados y adelfas, todos llenos de hojas. Si exceptuamos la proximidad de la aldea, este lugar es una especie de paraíso.

Lo primero que apetece hacer cuando se llega al campamento, muerto de calor y cubierto de polvo, es agenciarse un baño. Seguimos el arroyo hasta el punto en el que mana de la montaña, a trescientos metros de las tiendas, y nos dimos un baño tan helado que, si no supiera que se trataba del curso principal de un río sagrado, pensaría que nos iba a perjudicar. Lo que me produjo el cólera fue bañarme a mediodía en las aguas heladas del Abana, «Río de Damasco», o eso dijo el Dr. B., aunque, por regla general, el simple hecho de darme un baño ya me produce cólera.

Los incorregibles peregrinos han aparecido con los bolsillos llenos de muestras rotas de las ruinas. Ojalá pudiera ponerle fin a este vandalismo. Arrancaron fragmentos de la tumba de Noé; de las exquisitas esculturas de los templos de Baalbek; de las casas de Judas y Ananías, en Damasco; de la tumba de Nemrod el

poderoso cazador de Jonesborough; de las gastadas inscripciones griegas y romanas que hay en los muros del Castillo de Banias; y ahora han estado haciendo trizas y desportillando estos viejos arcos que Jesús vio con sus propios ojos. ¡Que Dios proteja el Santo Sepulcro cuando esta tribu invada Jerusalén!

Aquí las ruinas no son muy interesantes. Están los gigantescos muros del gran edificio cuadrado que fue la ciudadela; hay muchos arcos pesados y viejos, tan cubiertos de escombros que casi no sobresalen del suelo; hay alcantarillas llenas de muros por las que aún corre el cristalino arroyo del que nace el Jordán; en la ladera, están los cimientos de un costoso templo de mármol que construyó Herodes el Grande: aún quedan muestras de sus hermosos suelos de mosaico; hay un viejo y pintoresco puente de piedra que seguramente ya estaba aquí antes de los tiempos de Herodes; esparcidos por todas partes, en los caminos y en los bosques, hay capiteles corintios, columnas rotas de pórforo, y pequeños fragmentos de esculturas; y más arriba, en el precipicio donde brota la fuente, hay inscripciones griegas muy desgastadas, sobre las hornacinas de la roca donde, en la antigüedad, los griegos, y después los romanos, adoraban al dios silvano Pan. Pero ahora los árboles y los arbustos crecen sobre gran parte de estas ruinas; las miserables chozas de un grupito de mugrientos árabes se asientan sobre la mampostería rota de la antigüedad, todo el lugar ofrece un aspecto muerto, estúpido, rural, y casi resulta imposible creer que aquí se hubiese levantado una ciudad bien construida y llena de gente, aunque fuese hace dos mil años. Aún así, este sitio fue el escenario de un hecho cuyas consecuencias han añadido página tras página, y volumen tras volumen, a la historia del mundo. Porque en este lugar se hallaba en pie Cristo cuando le dijo a Pedro:

«Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos».

Sobre estas frases se ha edificado el poderoso edificio de la Iglesia de Roma; en ellas subyace la autoridad que otorga poder imperial a los Papas sobre los asuntos temporales, y su potestad divina para condenar un alma o dejarla limpia de todo pecado. Para mantener la posición de la «única Iglesia verdadera», título que Roma afirma se le otorgó a ella con estas frases, ha luchado, trabajado y peleado durante siglos, y seguirá ocupándose en lo mismo hasta el fin de los tiempos. Las palabras memorables que he citado aportan a esta población en ruinas todo el interés que posee a ojos de las gentes modernas.

Nos resulta muy curioso saber que pisamos una tierra que fue hollada por los pies del Salvador. La situación sugiere una realidad y un carácter tangible que parecen discrepar de la imprecisión, el misterio y la imagen fantasmagórica que, de forma natural, relacionamos con el carácter de un dios. Sigo sin poder asimilar que estoy sentado donde, en su día, un dios estuvo en pie; que miro el mismo riachuelo y las mismas montañas que ese dios miró; que estoy rodeado de hombres y mujeres



oscuros cuyos antepasados lo vieron, e incluso hablaron con él, cara a cara y descuidadamente, como lo habrían hecho con cualquier otro desconocido. No puedo asimilarlo; los dioses que comprendo siempre han estado ocultos tras las nubes y muy lejos.

Esta mañana, durante el desayuno, el habitual conjunto de escuálida humanidad se sentó pacientemente fuera del círculo encantado del campamento, a la espera de las migajas que la compasión pudiese conceder a su miseria. Los había viejos y jóvenes, de piel marrón y amarilla. Algunos hombres eran altos y robustos, (porque resulta difícil ver en otras partes hombres con tan buen aspecto como aquí, en Oriente), pero todas las mujeres y los niños parecían agotados y tristes, angustiados por el hambre. Esas gentes me recordaron mucho a los indios. Tenían pocas prendas de vestir, pero las que tenían eran imaginativas y fantásticas. Cualquier baratija absurda o chisme de pacotilla que tuvieran, lo disponían de manera que atrajera más la atención. Estaban sentados en silencio y, con una paciencia inagotable, observaban todos nuestros movimientos con esa mala educación vil y resignada tan propia de los indios, y que pone tan nervioso, incómodo y salvaje al hombre blanco, que desea exterminar a toda la tribu.

Las gentes que nos rodeaban mostraban otras peculiaridades que también he observado en el noble piel roja: estaban infestados de bichos, y la suciedad se les había endurecido encima de tal forma que parecía corteza.

Los niños se hallaban en una situación lamentable: todos tenían enfermedades oculares y de muchos otros tipos. Se dice que hay pocos niños nativos en Oriente que no tengan problemas en los ojos, y que miles de ellos se quedan ciegos de un ojo, o de los dos, cada año. Y yo creo que debe de ser verdad, porque todos los días veo muchos ciegos, y no recuerdo haber visto ningún niño sin problemas oculares. Y, ¿creen ustedes que alguna madre americana sería capaz de pasarse horas sentada, con su niño en brazos, permitiendo que cientos de moscas se le posen en los ojos al crío sin que nadie las espante? Eso lo veo a diario. Se me pone la carne de gallina. Ayer vimos a una mujer que iba sentada en una mula y que llevaba a su hijo en brazos. De verdad que creí que el niño llevaba puestas unas gafas protectoras y me pregunté cómo podría permitirselo la madre. Pero al acercarnos vimos que las gafas no eran más que un campamento de moscas reunido alrededor de cada uno de los ojos del chiquillo, y que a la vez había un destacamento explorando su nariz. Las moscas estaban encantadas, el niño contento y la madre no interfería.

En cuanto la tribu se enteró de que llevábamos un médico en el grupo, empezaron a llegar de todas partes. El Dr. B., debido a su naturaleza caritativa, había cogido a un niño de los brazos de una mujer que se sentaba cerca, y le había aplicado una especie de unguento en los ojos enfermos. La mujer se fue y puso en marcha a toda la nación: ¡había que ver cómo se apelotonaban! Los cojos, los lisiados, los ciegos, los leprosos—todos los malhumorados que se alimentan de indolencia, suciedad e iniquidad—tenían representación en el Congreso en cuestión de diez minutos, ¡y aún seguían

llegando más! Cada mujer que tenía un hijo enfermo lo traía, y la que no lo tenía, lo pedía prestado. Qué miradas reverentes y de adoración le dirigían a esa autoridad sobrecogedora y misteriosa: el Médico. Observaban cómo sacaba sus viales; miraban cómo medía las partículas de polvo blanco; contemplaban cómo añadía gotas de un valioso líquido, y gotas de otro; no se perdían ni el más mínimo movimiento; sus ojos se adherían a él con una fascinación que nada lograba distraer. Creo que pensaban que tenía los poderes de un dios. Cuando cada individuo recibía su dosis de medicina, los ojos le brillaban de alegría —a pesar de que, por naturaleza, son una raza desagradecida e impasible— y sobre su rostro se veía escrita la incuestionable fe según la que, desde ese momento, nada en el mundo evitaría que el paciente se curase.

Cristo sabía predicarles a estas gentes sencillas, supersticiosas y torturadas por las enfermedades: curaba a los enfermos. Esta mañana, cuando la fama de lo que le había hecho al niño enfermo se extendió por todo el territorio, llegaron en tropel junto a nuestro pobre médico humano, y lo adoraron con sus ojos, aún sin saber si sus remedios tendrían éxito o no. Los antepasados de todos ellos —gentes iguales a éstas en color, atuendo, modos, costumbres y sencillez— acudían en grandes multitudes a ver a Cristo, y cuando lo veían curar a los afligidos con una sola palabra, es comprensible que lo adorasen. No es de extrañar que sus acciones se comentaran en toda la nación. Es lógico que la multitud que lo seguía fuese tan grande que, en una ocasión —a treinta millas de aquí— tuvieron que bajar a un enfermo desde el tejado porque era imposible acercarse a la puerta; no resulta extraño que su público fuera tanto en Galilea, que Él tuviese que predicar desde un barco algo apartado de la orilla; es comprensible que hasta en los lugares desérticos de Betseda, cinco mil invadiesen su soledad, y Él tuviese que alimentarlos realizando un milagro para que no sufrieran debido a su fe y devoción; no es raro que, en aquellos tiempos, cuando se producía una gran conmoción en cualquier ciudad, un vecino se lo explicara a otro con estos términos: «¡Dicen que ha venido Jesús de Nazaret!».

Pues, como iba diciendo, el médico distribuyó medicamentos mientras le duraron, y su reputación en Galilea es extraordinaria. Entre sus pacientes estaba el hijo de la hija del jeque, porque hasta este puñado de pobres y andrajosos llagados y pecadores tiene un jeque real —una pobre y vieja momia que más parecía propia de un asilo que de la Magistratura de esta tribu de salvajes sin esperanza y sin camisa—. La princesa —me refiero a la hija del jeque— sólo tenía trece o catorce años, y un rostro muy dulce y hermoso. Es la única mujer siria, de las vistas hasta ahora, que al no ser tan escandalosamente fea, puede sonreír el sábado, después de las diez de la noche, sin romper el respeto al domingo. Su hijo ya era otra historia: no llegaba ni para hacer con él una empanada, y el pobrecito miraba con tal expresión de súplica cualquier cosa que se le acercase (como si pensara que su oportunidad era ahora o nunca) que nos provocó una compasión de las auténticas, no simulada.

Pero este nuevo caballo, el último que tengo, está intentando romperse el

pescuezo contra los vientos de las tiendas, y tendré que salir para sujetarlo. Jericó y yo nos hemos separado. El caballo nuevo no es como para sentirse orgulloso, creo. Una de sus patas traseras se dobla al revés y la otra está tan tiesa y estirada como una piqueta. Casi no le quedan dientes, y está ciego como un murciélago. Le han roto la nariz en un momento u otro y ahora está arqueada como una alcantarilla. Los belfos le cuelgan como los de los camellos y tiene las orejas cortadas casi a ras de la cabeza. Al principio tuve problemas para encontrarle nombre, pero al final decidí llamarlo Baalbek, porque es una magnífica ruina. No puedo evitar hablar de mis caballos, porque tengo un viaje muy largo y tedioso por delante y, naturalmente, ocupan mis pensamientos casi tanto como asuntos de, aparentemente, mayor importancia.

Dejamos satisfechos a nuestros peregrinos al realizar a tiempo el duro viaje desde Baalbek a Damasco, pero los caballos de Dan y de Jack estaban tan deteriorados que tuvimos que conseguirles animales de frescos. El dragomán dice que el caballo de Jack murió. Yo cambié mi caballo por el de Mohammed, el egipcio de aspecto amable que es el lugarteniente de nuestro Ferguson. Con lo de Ferguson me refiero, por supuesto, a nuestro dragomán, Abraham. No me quedé con este caballo debido a su aspecto, sino porque no le he visto el lomo. Y no deseo vérselo. He visto los lomos de los demás caballos y la mayoría de ellos estaban cubiertos de espantosas pústulas debidas a las sillas, que no han sido ni lavadas ni curadas desde hace años. La idea de cabalgar todo el día sobre tan horribles elementos de tortura me pone enfermo. Mi caballo debe de estar como los otros, pero al menos cuento con el consuelo de no saberlo con seguridad.

Espero que, en el futuro, no me vengan con más elogios sentimentales sobre cómo idolatra el árabe a su caballo. Cuando era niño deseaba ser un árabe del desierto y tener una hermosa yegua, llamarla Selím, Benjamín o Mohammed, darle de comer con mis propias manos, dejarla entrar en mi tienda, y enseñarla a cuidar de mí y a mirarme con cariño con sus ojos grandes y tiernos; y deseaba que, en ese momento, llegase un extraño y me ofreciera cien mil dólares por ella, para poder hacer como los demás árabes —dudar, desear el dinero pero, dominado por el amor a mi yegua decir: «¡Separarme de ti, belleza! ¡Jamás en la vida! ¡Vete, tentador, desprecio tu oro!», para luego saltar sobre la silla y salir galopando hacia el desierto, como el viento.

Pero retiro esas aspiraciones. Si estos árabes son como los otros, su amor por sus hermosas yeguas es un fraude. Los que yo conozco no aman a sus caballos, ni se compadecen de ellos, ni saben tratarlos o cuidar de ellos. La manta sudadera siria es una especie de colchón de unos siete centímetros de grosor. Nunca se le quita al caballo, ni de día ni de noche. Se llena de suciedad y pelos, y se empapa de sudor. Tiene que provocar pústulas a la fuerza. A estos piratas ni se les ocurre lavarle el lomo a un caballo. Tampoco albergan a sus caballos en tiendas: han de quedarse en el exterior y aguantar el clima que les toque. Miremos al pobre, traqueteado y destartado Baalbek, y lloremos por el sentimiento desperdiciado con los Selíms de las novelas.

## XLVI

**M**ás o menos una hora de viaje por un camino rocoso y accidentado, medio inundado, y a través de un bosque de robles de Basán, nos condujo hasta la población de Dan.

De una colina que hay en el llano surge una ancha corriente de agua límpida, que forma una gran charca poco profunda y luego sigue camino furiosa, aumentada en su volumen. Este charco es una fuente importante del Jordán. Sus orillas, y las del arroyo, están respectivamente adornadas con adelfas en flor, pero la belleza indescriptible del lugar no provocará convulsiones al hombre equilibrado, como los libros de viaje sirios nos harían suponer.

Desde el lugar al que me refiero, una bala de cañón se oiría más allá de los confines de Tierra Santa e iluminaría tierra profana a tres millas de distancia. Sólo habíamos viajado una hora hacia el interior de Tierra Santa: aún estábamos empezando a darnos cuenta de que nos hallábamos en un terreno totalmente distinto al que habíamos estado acostumbrados, y a ver cómo los nombres históricos comenzaban a apiñarse: Dan, Basán, el lago Jule, las fuentes del Jordán, el mar de Galilea. Todos se hallaban a la vista, menos el último, y no estaba lejos. El pequeño municipio de Basán fue una vez ese reino tan famoso en las Escrituras por sus toros y sus robles. El lago Jule se corresponde con las bíblicas aguas de Merom. Dan era el límite norte de Palestina, y Berseba el sur; de ahí la expresión «de Dan a Berseba, que equivale a nuestras frases “de Maine a Tejas” y «de Baltimore a San Francisco». Nuestras expresiones y la de los israelitas significan lo mismo: una gran distancia. Con sus lentos camellos y asnos, se tardaba alrededor de siete días en ir de Dan a Berseba —unas ciento cincuenta o sesenta millas— que era el largo total de su país, y no se hacía sin haber realizado antes grandes preparativos y ceremoniales. Cuando el hijo pródigo viajó a un país lejano, lo más probable es que no se alejara más de ochenta o noventa millas. Palestina sólo mide entre cuarenta y sesenta millas de ancho. El estado de Missouri podría dividirse en tres Palestinas y aún quedaría material para parte de otra más, posiblemente para una entera. Desde Baltimore a San Francisco hay varios miles de millas, pero en tren sólo se tardarán siete días en recorrerlas, cuando yo sea dos o tres años mayor <sup>[46]</sup>. Si vivo, tendré que cruzar el continente de vez en cuando y lo haré en ese tren, pero sin duda un solo viaje de Dan a Berseba será más que suficiente. Debe de ser el más difícil de los dos. Por lo tanto, si por casualidad descubrimos que el viaje de Dan a Berseba constituía para los israelitas un trecho agotador, no nos pongamos tontos y tengamos en cuenta que *era* y es un trecho agotador si no puede recorrerse en tren.

La pequeña colina a la que me he referido hace un rato estuvo ocupada en su día por la ciudad fenicia de Laish. Un grupo de filibusteros de Sora y Estaol capturaron el lugar y vivieron en él felices y contentos, adorando dioses fabricados por ellos

mismos y robándoles los ídolos a sus vecinos cuando se cansaban de los propios. Jeroboam erigió aquí un becerro de oro para fascinar a su pueblo y evitar que realizara peligrosos viajes a Jerusalén para rendir culto a su dios, lo que podría acabar en una vuelta a su legítima devoción. Con el debido respeto a esos antiguos israelitas, no puedo pasar por alto el hecho de que no siempre fueron lo bastante virtuosos como para superar la seducción de un becerro de oro. La naturaleza humana no ha cambiado mucho desde entonces.

Hace unos cuarenta siglos, la ciudad de Sodoma fue saqueada por los príncipes árabes de Mesopotamia y, entre otros prisioneros, se apoderaron del patriarca Lot y lo trajeron aquí, camino de sus propias posesiones. Lo llevaron a Dan, y el padre Abraham, que los perseguía, se deslizó sigilosamente en plena noche, entre las susurrantes adelfas y bajo la sombra de los imponentes robles, cayó sobre los adormilados vencedores y los sacó del sueño con el ruido de su acero. Recuperó a Lot y al resto del botín.

Continuamos. Ahora estábamos en un valle verde, de entre cinco y seis millas de ancho y quince de largo. Esos cauces a los que llaman las fuentes del Jordán fluyen a través de él hacia el lago Jule —una laguna de tres millas de diámetro—, y desde el extremo sur del lago, el Jordán concentrado se escapa. El lago está rodeado por un ancho pantano, lleno de juncos. Entre el pantano y las montañas que encierran el valle se extiende una considerable franja de tierra fértil; y al final del valle, en dirección a Dan, la mitad de la tierra es pura y fértil, regada por las fuentes del Jordán. Hay de sobra para crear una granja. Casi justifica el entusiasmo de los espías enviados por la pandilla de aventureros que capturaron Dan. Dijeron: «Hemos visto la tierra y resulta digna de ver. Es un lugar donde no falta nada de lo que hay en el mundo».

Al menos, su entusiasmo quedaba justificado por el hecho de que nunca habían visto un territorio tan bueno como éste. Bastaba para albergar a los seiscientos hombres que eran, junto con sus familias.

Cuando alcanzamos la parte llana de la zona en la que estaba la granja danita, pudimos galopar, lo cual constituía una circunstancia notable.

Habíamos estado trepando, dolorosamente, por interminables colinas y rocas durante días y, cuando de improviso llegamos a ese asombroso tramo de llanura sin piedras, todos clavamos espuelas en los caballos y nos lazamos a correr a una velocidad de esas que se disfrutaban al máximo, y que nunca creímos poder alcanzar en Siria.

Había indicios de cultivos —algo difícil de ver en este país—: un acre o dos de buena tierra, tachonada con los tallos del maíz de la temporada anterior —muertos—, del grosor de un pulgar y muy separados entre sí. Pero en semejante país constituía un espectáculo apasionante. Al lado había un arroyo y, en sus orillas, un gran rebaño de cabras y ovejas sirias, de aspecto curioso, comían grava muy agradecidas. No lo afirmo como hecho inamovible: sólo supongo que comían grava porque no parecía

haber ninguna otra cosa que pudieran comer. Que los pastores que las cuidaban eran calcados a José y sus hermanos, de eso no tengo ninguna duda. Eran beduinos, altos, musculosos y de piel muy oscura, con unas barbas negras como el carbón. Tenían los labios firmes, los ojos valientes y un porte majestuoso, regio. Llevaban esa especie de medio capota, medio capucha de varios colores, cuyos extremos desflecados les caían sobre los hombros, y esa túnica suelta que sujetan con anchas tiras negras: el atuendo que se ve en todas las imágenes de los atezados hijos del desierto. Estos tipos venderían a sus hermanos pequeños si pudieran, creo yo. Tienen los modales, las costumbres, el vestido, la ocupación y los disolutos principios de sus antepasados. [Anoche atacaron nuestro campamento, y no les tengo mucho cariño]. Traían esos asnos pigmeos que se ven por toda Siria y en todas las representaciones de «La huida a Egipto», en las que María y el Niño van montados y José camina junto a ellos, sobrepasando mucho en estatura al burrito.

Pero lo cierto es que aquí el hombre va montado y lleva al niño, por regla general, y la mujer camina. Las costumbres no han cambiado desde los tiempos de José. Jamás tendríamos, en nuestras casas, una imagen que representase a José a lomos del burro y a María a pie; lo veríamos como una profanación, pero no así un cristiano sirio. Sé que, después de esto, esa representación de la que hablé antes me parecerá rara.

No podíamos detenernos a descansar a dos o tres horas del campamento, por supuesto que no, a pesar de que el arroyo estaba a nuestro lado. Así que continuamos una hora más. Entonces vimos agua, pero en ningún punto del desierto que nos rodeaba había ni un centímetro de sombra, y nos moríamos de calor. «Como la sombra de una gran roca para tierra calurosa» <sup>[47]</sup>. No hay nada en la Biblia más hermoso que eso y, desde luego, no hay otro lugar al que hayamos peregrinado capaz de darle ese matiz conmovedor, más que esta tierra abrasadora, desnuda, sin árboles.

Aquí no nos detenemos cuando queremos, sino cuando podemos. Encontramos agua, pero no sombra. Continuamos camino y, por fin, hallamos un árbol, pero no agua. Descansamos y almorzamos y luego llegamos a ese sitio llamado Ain Mellahah (los muchachos lo llaman Baldwinsville <sup>[48]</sup>). Ha sido una jornada muy corta, pero el dragomán no quiere continuar, y se ha inventado una mentira convincente sobre el territorio que nos espera: dice que está infestado de árabes feroces que convertirían en un peligroso pasatiempo la aventura de dormir entre ellos. Pues ya deben de ser peligrosos. Llevan un fusil de chispa oxidado y erosionado, con un cañón que es más largo que ellos; no tiene mira, no tiene más alcance que una pulla, y no es ni la mitad de certero. Y la gran faja que llevan enrollada en la cintura cuenta con dos o tres pistolones absurdamente viejos, oxidados por falta de uso: armas que tardan tanto en reaccionar que la víctima tiene tiempo de ponerse fuera de su alcance, y que luego estallan y le arrancan la cabeza al árabe. Extremadamente peligrosos son estos hijos del desierto.

Se me helaba la sangre cuando leía cómo escapaba William C. Grimes <sup>[49]</sup> de los

beduinos por los pelos, pero creo que ahora podría leerlo sin vacilar. Nunca dijo que lo atacasen los beduinos, creo, o que lo trataran mal, pero en un capítulo sí y en otro también, los descubría acercándose, y tenía una forma horripilante de hacer aumentar el peligro; y de preguntarse cómo se sentirían sus parientes lejanos si pudiesen ver a su pobre y errabundo hijo, con sus pies cansados y sus débiles ojos, corriendo semejantes peligros; y de pensar por última vez en su vieja heredad, y en la querida y vieja iglesia, y en la vaca y esas cosas; y de, por fin, enderezarse al máximo en la silla, desenfundar su fiel revólver, clavarle las espuelas a «Mohammed» y lanzarse al galope sobre el feroz enemigo, decidido a vender su vida lo más cara posible. Cierto es que los beduinos nunca le hicieron nada, y me preguntaba para qué rayos montaba semejante jaleo; pero no podía despojarme de la idea de que, gracias al temerario valor de ese hombre, había vencido un peligro espantoso, por lo que nunca fui capaz de leer algo sobre los beduinos de Wm. C. Grimes y luego dormir bien. Pero ahora creo que esos beduinos son un fraude. He visto al monstruo y puedo correr más que él. Jamás volveré a temer su osadía para permanecer en pie tras su arma y descargarla.

Unos mil quinientos años antes de Cristo, este campamento nuestro junto a las aguas de Merom fue el escenario de una de las luchas exterminadoras de Josué. Jabín, rey de Jasor (por allá arriba de Dan), hizo acudir a todos los reyes, con sus ejércitos, y los instó a prepararse para recibir al terrible general de Israel, que se acercaba.

*Salieron con ellos todos sus ejércitos, gente innumerable, como las arenas que hay a orillas del mar, con una gran muchedumbre de caballos y carros. Reuniéronse todos esos reyes y vinieron a acampar concentrados junto a las aguas de Merom, para combatir a Israel.* <sup>[50]</sup>

Pero Josué cayó sobre ellos y los destruyó por completo, no dejó ni pies ni cabeza. Ésa era su política en la guerra. No daba la más mínima oportunidad para que surgieran controversias en los periódicos sobre quién había ganado la batalla. Convirtió este valle, tan tranquilo ahora, en un apestoso matadero.

En algún lugar de esta parte del país —no sé exactamente dónde—. Israel disputó otra sangrienta batalla cien años después. Débora, la profetisa, le dijo a Barac que cogiese diez mil hombres y atacase con determinación a otro rey Jabín, que había estado haciendo no sé qué. Barac descendió del monte Tabor, a unas veinte o veinticinco millas de aquí, y presentó batalla a las fuerzas de Jabín, que estaban al mando de Sísara. Barac ganó la pelea, y mientras completaba la victoria por el método habitual de exterminar al resto de las fuerzas vencidas, Sísara huyó a pie, y cuando estaba casi exhausto de fatiga y sed, una tal Jael, una mujer a la que parece que conocía de algo, lo invitó a entrar en su tienda a descansar. El agotado soldado aceptó contento, y Jael lo ayudó a acostarse. Él dijo que tenía mucha sed y pidió a su generosa protectora una copa de agua. Ella le dio leche, él la bebió agradecido y se

acostó de nuevo para olvidar, en medio de sus sueños agradables, la batalla perdida y el honor humillado. Al poco, ya dormido, entró ella despacio con un martillo ¡y le clavó una horrible piqueta en el cerebro!

«Y él, que estaba profundamente dormido, desfalleció y murió» <sup>[51]</sup>. Ése es el conmovedor lenguaje de la Biblia. «El cántico triunfal de Débora» elogia a Jael por el memorable servicio prestado, en unos compases exultantes:

*Bendita entre las mujeres Jael, mujer de Jeber, el quineo:*

*Bendita entre las mujeres de su tienda.*

*Le pidió agua, y ella le dio leche; en el vaso de honor le sirvió leche;*

*Cogió el clavo con la izquierda, con la derecha el pesado martillo,*

*Y golpeó a Sísara, rompióle la cabeza, le atravesó la sien.*

*Él se retorció, cayó, yació, a sus pies se retorció,*

*Cayó donde se retorció, allí mismo quedó exánime.* <sup>[52]</sup>

Escenas tan emocionantes como ésa ya no se ven en este valle. No hay ni una sola aldea en toda su extensión —en treinta millas en cualquier sentido. Hay dos o tres grupitos de tiendas beduinas, pero ningún asentamiento permanente. Aquí es posible recorrer diez millas sin ver ni diez seres humanos.

A esta región hace referencia una de las profecías:

*«Devastaré la tierra, y vuestros enemigos, que serán los que la habiten, se quedarán pasmados; y a vosotros os dispersaré yo entre las gentes y os perseguiré con la espada desenvainada en pos de vosotros; vuestra tierra será devastada y vuestras ciudades quedarán desiertas».* <sup>[53]</sup>

Nadie puede permanecer aquí de pie, en Ain Mellahah y decir que la profecía no se ha cumplido.

En un versículo de la Biblia que he citado antes aparece la frase «todos esos reyes». De inmediato me llamó la atención, porque tiene para mí un significado completamente distinto al que siempre tuvo en casa. Tengo claro que, si deseo beneficiarme de este viaje y comprender correctamente los asuntos interesantes con él relacionados, debo desaprender, afanosa y fielmente, una buena cantidad de cosas que de algún modo he asimilado, relacionadas con Palestina. Debo comenzar por un sistema de reducción. Como las uvas que los espías se llevaron de la Tierra Prometida, he aplicado una escala demasiado grande a todo lo que hay en Palestina. Algunas de mis ideas eran de lo más descabellado. La palabra Palestina siempre me produjo la vaga sugerencia de un país tan grande como los Estados Unidos. No sé por



qué, pero era así. Supongo que porque no puedo concebir que un país pequeño tenga tanta historia. Creo que me sentí algo sorprendido al saber que el gran sultán de Turquía era un hombre de tamaño normal. Debo intentar reducir mis ideas de Palestina a una medida más razonable. A veces, en la niñez, recibimos grandes impresiones contra las que debemos luchar luego el resto de nuestras vidas. «Todos esos reyes». Cuando leía eso en Catequesis, me sugería que los reyes de países como Inglaterra, Francia, España, Alemania, Rusia, etc., espléndidamente ataviados y resplandecientes de joyas, marchaban en grave procesión, con cetros de oro en las manos y ostentosas coronas en las cabezas. Pero aquí, en Ain Mellahah, después de atravesar Siria, y después de haber estudiado detenidamente el carácter y las costumbres del país, la frase «todos esos reyes» pierde su grandeza. Sólo me sugiere un grupito de jefes insignificantes —salvajes mal vestidos y en mal estado, como nuestros indios— que vivían cerca unos de los otros y cuyos «reinos» eran grandes cuando medían cinco millas cuadradas y contenían dos mil almas. Las monarquías combinadas de los treinta «reyes» destruidos por Josué en una de sus famosas campañas, sólo cubrían un área similar a la de cuatro de nuestros condados de tamaño medio. El pobre y viejo jeque al que vimos en Cesarea de Filipo con su andrajoso séquito de cien seguidores, habría recibido el título de «rey» en la antigüedad.

Son las siete de la mañana y, como estamos en el campo, la hierba debería brillar con el rocío, las flores enriquecer el aire con sus fragancias, y los pájaros cantar en los árboles. Pero ¡cielos!, aquí no hay rocío, ni flores, ni pájaros, ni árboles. Hay una llanura y un lago sin sombra y, más allá, unas áridas montañas. Las tiendas se caen, los árabes se pelean como el perro y el gato —lo normal—, el campamento está cubierto de paquetes y bultos, la labor de subirlos a lomos de las mulas progresa con gran actividad, los caballos están ensillados, las sombrillas a mano, dentro de diez minutos montaremos y la larga procesión volverá a ponerse en marcha. La blanca ciudad de Mellahah, resucitada por un momento de entre los siglos muertos, volverá a desaparecer sin dejar rastro.

## XLVII

**A**travesamos varias millas de un territorio desolado cuyo suelo es muy rico pero se abandona por completo a las malas hierbas; una extensión silenciosa, lúgubre, en la que sólo vimos a tres personas: árabes que llevaban una larga y áspera camisa como las de lino basto que solían constituir la única prenda de verano de los chiquillos negros en las plantaciones del sur. Eran pastores y encantaban a sus rebaños con la tradicional flauta de pastor: un instrumento hecho de caña que producía una música tan exquisitamente infernal como la que crean esos mismos árabes cuando cantan.

En sus flautas no perduraba eco alguno de la maravillosa música que los antepasados pastores oyeron en las llanuras de Belén aquella vez que los ángeles cantaron: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» [54].

Parte de la tierra que hemos dejado atrás no era tierra, sólo piedras: piedras de color crema, muy desgastadas, como las deja el agua; sin esquinas y sin filos, sino vaciadas, como un panal, perforadas, como con ojos, lo que les daba toda clase de formas extrañas y curiosas, entre las que resultaba frecuente la basta imitación de una calavera. En esta parte del viaje encontramos algún que otro resto de una vieja carretera romana, como la Vía Apia, cuyos adoquines siguen agarrados al lugar que les corresponde con tenacidad romana.

Los lagartos grises, esos herederos de la ruina, de los sepulcros y la desolación, se deslizaban entre las piedras o se quedaban quietos tomando el sol. Donde la prosperidad ha reinado y caído; donde la gloria ha brillado y se ha extinguido; donde la belleza ha habitado y se ha marchitado; donde hubo alegría y ahora hay tristeza; donde se ha vivido con pompa, y ahora se ciernen el silencio y la muerte, este reptil hace su hogar y se burla de la vanidad humana. Su piel es del color de la ceniza, y las cenizas son el símbolo de las esperanzas perdidas, de las aspiraciones que se quedaron en nada, de los amores enterrados. Si pudiese hablar, diría: «Construid templos, yo los dominaré cuando estén en ruinas; levantad palacios, yo los habitaré; erigid imperios, yo los heredaré; enterrad a vuestras bellezas, yo veré trabajar a los gusanos; y tú, que estás ahí de pie, moralizando sobre mí, me arrastraré sobre tu cadáver, al final».

En ese lugar desértico había algunas hormigas, pero sólo estaban allí para pasar el verano. Se habían traído sus provisiones desde Ain Mellahah, que está a once millas de distancia.

Jack no se encuentra muy bien hoy, es evidente; pero aunque es un chiquillo, es lo bastante hombre como para no comentarlo. Ayer se expuso demasiado al sol, pero como fue debido a su sincero deseo de aprender, y de sacarle tanta utilidad al viaje como le resulte posible, nadie quiere desanimarlo haciéndole críticas. Nos dimos cuenta de que llevaba una hora fuera del campamento, y lo encontramos a cierta

distancia, junto a la orilla de un riachuelo, sin sombrilla que lo protegiese del terrible sol. Si hubiera estado acostumbrado a salir sin sombrilla, no habría pasado nada, por supuesto; pero no lo estaba. Se hallaba en pleno proceso de lanzarle un puñado de tierra a una tortuga que tomaba el sol sobre un tronco, en el arroyo. Le dijimos:

—No haga eso, Jack. ¿Por qué quiere hacerle daño? ¿Qué le ha hecho?

—Bueno, no la mataré, aunque debería, porque es un engaño.

Le preguntamos por qué, pero dijo que no importaba. Le preguntamos por qué, una o dos veces, mientras regresábamos al campamento, y siguió diciendo que no importaba. Pero ya avanzada la noche, cuando estaba sentado en la cama, pensativo, volvimos a preguntarle y nos dijo:

—Bueno, no tiene importancia. Ya no me importa, pero hoy no me gustó, porque yo no digo nunca nada que no sea cierto, y creo que el Coronel tampoco debería hacerlo. Pero lo hizo; nos dijo, a la hora de rezar en la tienda de los peregrinos, anoche —y además, parecía que lo estaba leyendo de la Biblia—, que este país mana leche y miel, y que en la tierra se oye el arrullo de la tortuga <sup>[55]</sup>. Me pareció que era exagerar un poco, lo de la tortuga, claro, y le pregunté al Sr. Church si era verdad, y él dijo que sí; y lo que el Sr. Church me dice, yo me lo creo. Pero hoy estuve allí sentado observando a la tortuga casi una hora, y casi me quemo al sol; pero no oí su arrullo. Creo que sudé ración doble de sudor —lo sé seguro— porque se me metió en los ojos, y todo el tiempo me corría nariz abajo; y mis pantalones están más tiesos que los de los demás —estupideces de París— y la culera de piel se empapó de sudor, luego se secó y se puso tirante, apretaba, y después se soltó —fue horrible— pero no la oí arrullar. Por fin me dije «esto es un engaño, claro que lo es, es un engaño, y si hubiese tenido un poco de cabeza, ya habría sabido que las tortugas no cantan». Y luego me dije «no quiero ser duro con la tortuga, y le concederé diez minutos para que empiece; diez minutos, y si no canta, se va a acordar». Pero no empezó. Había estado allí todo ese tiempo, pensando que a lo mejor cantaba pronto, porque no dejaba de levantar y bajar la cabeza, y de cerrar la piel que tiene sobre los ojos para, al cabo de un minuto, abrirla otra vez, como si estuviera intentando decidir qué cantar, pero cuando pasaron los diez minutos, y yo ya estaba agotado y lleno de ampollas, se hizo un nudo con la cabezota y se quedó dormida.

—Debió de ser duro, después de haber esperado tanto.

—Eso creo yo. Me dije «bueno, pues si no cantas, tampoco vas a dormir»; y si ustedes no hubieran aparecido, la habría hecho salir pitando de Galilea, más rápido que cualquier otra tortuga. Pero ya no importa, dejémoslo estar. Se me ha caído la piel de la nuca.

Sobre las diez de la mañana nos detuvimos en el pozo de José. Se trata de un caravasar de la Edad Media en ruinas, en uno de cuyos patios laterales hay una gran cisterna, con arcos y muros, que tiene agua y, según una tradición, éste es el pozo al que tiraron a José sus hermanos. Una tradición más auténtica, apoyada en la geografía del país, sitúa el pozo en Dothan, a unos dos días de viaje desde aquí. Sin embargo,

como hay muchos que creen que este pozo es el auténtico, tiene su interés.

Es difícil elegir el pasaje más hermoso de un libro que está tan adornado con pasajes hermosos como la Biblia; pero es verdad que no hay muchas cosas dentro de sus cubiertas que puedan superar la exquisita historia de José. ¿Quién enseñó a los escritores de la antigüedad su simplicidad de lenguaje, su acierto en la expresión, su patetismo y, sobre todo, esa facultad de ocultarse por completo a la vista del lector para que la narrativa destaque sola y parezca contarse a sí misma? Shakespeare siempre está presente cuando leemos sus libros; Macaulay está presente cuando seguimos la marcha de sus imponentes frases; pero los autores del Antiguo Testamento no se dejan ver.

Si el pozo del que he estado hablando es el verdadero, aquí ocurrió un acontecimiento, hace muchos años, que todos conocemos por las imágenes que de él hemos visto. Los hijos de Jacob habían traído a sus rebaños a pastar cerca de aquí. El padre empezó a preocuparse por lo prolongado de su ausencia y envió a José, su favorito, para ver si les había ocurrido algo. Él viajó durante seis o siete días; sólo tenía diecisiete años y, como un niño, atravesó con dificultad ese largo trecho del país más polvoriento, rocoso y horrible de Asia, engalanado con el orgullo de su corazón, su levita de muchos colores. José era el favorito, y eso constituía un crimen a ojos de sus hermanos; había soñado e interpretado sus sueños presagiando su superioridad al resto de su familia en un futuro lejano, otro crimen; vestía bien y, sin duda, había echado mano de la inofensiva vanidad de la juventud para hacer resaltar tal hecho ante sus hermanos. Éstos eran crímenes que ponían nerviosos a sus mayores y entre todos decidieron castigarlo tan pronto se les presentase la ocasión. Cuando lo vieron llegar desde el mar de Galilea, lo reconocieron y se alegraron. Dijeron: «Mirad, ahí viene el soñador: matémosle». Pero Rubén rogó que respetasen su vida, y así lo hicieron. Aunque cogieron al chico, le arrancaron la odiada túnica y lo arrojaron al pozo. Tenían la intención de dejarlo morir allí, pero Rubén quería liberarlo en secreto. Sin embargo, mientras Rubén se ausentó un tiempo, los hermanos vendieron a José a unos mercaderes ismaelitas que viajaban hacia Egipto. Ésa es la historia del pozo. Y el mismísimo pozo está ahí, en ese lugar, y se ha conservado hasta hoy; y ahí se quedará hasta que la siguiente partida de destrozadores de imágenes y profanadores de tumbas llegue desde el *Quaker City*, cuando sin duda lo desenterrarán y se lo llevarán. Porque en ellos no hay veneración por los solemnes monumentos del pasado, y adondequiera que vayan, destruyen sin reparar en daños.

José llegó a ser rico, distinguido, poderoso —como lo expresa la Biblia—, «al frente de toda la tierra de Egipto». José era el verdadero rey, la fuerza, el cerebro de la monarquía, aunque el Faraón ostentase el título. José es uno de los hombres verdaderamente grandes del Antiguo Testamento. Y fue el más noble y varonil, a excepción de Esaú. ¿Por qué no decir algo a favor del magnífico beduino? El único delito del que puede acusársele es haber tenido mala suerte. ¿Por qué todo el mundo elogia la generosidad y el buen corazón de José para con sus crueles hermanos, sin

escatimar fervientes palabras, y a Esaú sólo le arrojan un forzado hueso de elogio por su generosidad, aún más sublime, para con el hermano que lo había agraviado? Jacob se aprovechó de su hambre arrolladora para robarle lo que era suyo por nacimiento y recibir los honores y la consideración que iban con el puesto; por medio de la traición y la mentira, le robó la bendición de su padre; lo convirtió en un extraño en su casa, y en un vagabundo. Sin embargo, después de veinte años, cuando Jacob encontró a Esaú y cayó a sus pies temblando de miedo y rogándole patéticamente que le perdonase el castigo del que se sabía merecedor, ¿qué hizo aquel magnífico salvaje? ¡Se le echó al cuello y lo abrazó! Cuando Jacob, incapaz de comprender la nobleza de carácter —aún dudando, aún temiendo—, insistió en lo de «hallar gracia a los ojos de su señor» sobornándolo con un presente de ganado, ¿qué dijo el magnífico hijo del desierto?

*Tengo mucho, hermano mío; sea lo tuyo para ti.* [56]

Esaú encontró a Jacob rico, amado por sus esposas e hijos, viajando con todo el ceremonial —sirvientes, rebaños de ganado y caravanas de camellos—, pero él seguía siendo el paria sin cortejo en el que su hermano lo había convertido. Después de trece años de misterio novelesco, los hermanos que habían perjudicado a José, llegaron, extraños en una tierra extraña, hambrientos y humildes a comprar «algo de comer»; y al ser llevados a un palacio, acusados de un delito, hallaron en la figura de su dueño, al hermano maltratado; ellos eran temblorosos mendigos; él, el señor de un poderoso imperio. ¿Qué José, de todos los que ha habido, habría renunciado a semejante oportunidad de «presumir»? ¿Quién va primero, Esaú el paria que perdona a un Jacob próspero, o José en el trono de un rey, que perdona a los harapientos y temerosos cuya feliz pillería lo había sentado allí?

Justo antes de llegar al pozo de José, habíamos subido una colina y allí, a unas millas por delante de nosotros, sin un solo árbol o arbusto que interrumpiera el panorama, teníamos una imagen que millones de devotos de todos los rincones de la tierra hubieran dado la mitad de sus posesiones por ver: el sagrado mar de Galilea.

Por eso nos detuvimos poco tiempo en el pozo. Dejamos descansar a los caballos, descansamos nosotros y, durante unos minutos, disfrutamos de la bendita sombra de los antiguos edificios. No teníamos agua, y los dos o tres árabes de ceño fruncido y grandes armas que andaban vagueando por allí, nos dijeron que ellos tampoco tenían y que no había en los alrededores. Sabían que había un poco de agua ligeramente salobre en el pozo, pero veneraban demasiado un lugar sagrado por el encarcelamiento de un antepasado como para permitir que unos perros cristianos bebiesen de él. Mas Ferguson ató pañuelos y trozos de tela y creó una cuerda con la que hacer descender una vasija hasta el fondo; así que bebimos y continuamos camino; al poco, desmontamos en aquellas orillas que los pies del Salvador habían convertido en tierra santa.

A mediodía nos dimos un baño en el mar de Galilea —bendito privilegio en este clima achicharrante—, y luego almorzamos bajo una vieja higuera descuidada, junto a la fuente que llaman Ain et-Tin, a cien metros de las ruinas de Cafarnaúm. Cada riachuelo que borbotea entre las rocas y arenas de esta parte del mundo recibe el nombre de «fuente», y las personas familiarizadas con el Hudson, los grandes lagos y el Misisipi se quedan extasiadas ante ellos, y agotan su capacidad de composición al escribir sus alabanzas. Si toda la poesía y las bobadas que se han soltado sobre las fuentes y el insulso paisaje de esta región se reuniesen en un libro, sería éste un volumen muy valioso para la quema.

Durante el almuerzo, los entusiastas del peregrinaje de nuestro grupo, tan alegres y felices desde que tocaron suelo santo que sólo saben murmurar elogios incoherentes, a duras penas lograron comer, tan ansiosos estaban de darse a la navegación y surcar en persona las mismas aguas que hendieron las barcas de los apóstoles. Su ansiedad crecía y su excitación aumentaba por momentos, hasta que me entró el miedo y empecé a sentir aprensión por si, en su estado actual, podrían liberarse, temerariamente, de toda prudencia y comprarse una flota entera de barcas para navegar, en lugar de alquilar una por una hora, como acostumbra hacer la gente tranquila. Temblaba sólo de pensar en lo vacíos que quedarían algunos monederos después de las actuaciones del día. No pude evitar reflexionar, ominoso, sobre el fervor inmoderado con el que los hombres de mediana edad son capaces de empacharse en relación con un disparate atractivo que hayan probado por primera vez. Y sin embargo no me sentí con derecho a sorprenderme ante el estado de cosas que tanto me preocupaba. A aquellos hombres les habían enseñado, desde la infancia, a reverenciar, a casi adorar, los lugares sagrados sobre los que ahora se posaban sus felices ojos. Durante muchos años, esta misma imagen había invadido sus pensamientos de día y flotado entre sus sueños de noche. Estar de pie ante ella —verla como la veían ahora—, surcar el mar sagrado y besar el suelo santo que lo contenía, eran aspiraciones que habían albergado mientras una generación arrastraba el paso de sus estaciones y dejaba arrugas en sus rostros y canas en sus cabellos. Para contemplar esa imagen y navegar ese mar habían abandonado el hogar y sus ídolos, y habían recorrido miles y miles de millas, rendidos por el agotamiento y las tribulaciones. ¿Es de extrañar que las sórdidas luces de la prudencia palidezcan ante la gloria de una esperanza como la de ellos en el esplendor total de su realización? ¿Que despilfarren millones! A ver, ¿quién habla de dinero en un momento como éste?

Con ese estado de ánimo seguí, tan rápido como pude, los ávidos pasos de los peregrinos, y permanecí a la orilla del lago, y aumenté, con mi voz y mi sombrero, el frenético saludo que enviaban al barco que pasaba cerca. Fue un éxito. Los incansables trabajadores del mar se acercaron a toda prisa y vararon su barca. La alegría se apoderó de todos los rostros.

—¿Cuánto? ¡Pregúntale cuánto, Ferguson! ¿Cuánto por llevarnos a todos, a los ocho y a ti, a Betseda, y más allá, a la desembocadura del Jordán, y al lugar donde la

piara se lanzó al mar? ¡Rápido! Y queremos costear toda la zona, ¡todo, el día entero! ¡Podría navegar todo un año en estas aguas! ¡Y dile que pararemos en Magdala y en Tiberíades! Pregúntale cuánto. ¡Lo que sea, da igual lo que pida! ¡Dile que no nos importa lo que nos cueste! [Me dije a mí mismo que ya sabía yo lo que iba a pasar].

*Ferguson:* (traduciendo). «Dice que dos Napoleones —ocho dólares».

Uno o dos rostros se descompusieron. Se produjo una pausa.

—¡Es demasiado! ¡Le daremos uno!

Nunca sabré cómo ocurrió —aún me estremezco cuando pienso en lo dado que es aquel lugar a los milagros—, pero en un solo instante, o eso me pareció, aquella barca estaba a veinte pasos de la orilla y se marchaba a toda prisa, como alma que lleva el diablo. Ocho abatidas criaturas de pie en la orilla y ¡Oh, quién lo iba a pensar! ¡Después de un éxtasis tan irresistible! ¡Oh, qué final tan vergonzoso, después de tan inapropiado alardeo! Se parecía demasiado a eso de «¡Eh, dejádmelo a mí!», seguido de un prudente «¡Dos de vosotros, sujetadlo, y a mí que me sujete uno!».

Al instante se oyeron lamentos y rechinar de dientes en el campamento. Se ofrecieron los dos Napoleones —y más, si fuese necesario— y los peregrinos y el dragomán se quedaron roncacos de tanto rogarles a los barqueros en retirada que volviesen. Pero se alejaron serenamente y no prestaron más atención a unos peregrinos que toda su vida habían soñado con navegar a ras de las aguas sagradas de Galilea, y escuchar su sagrada historia en los susurros de sus olas, y que habían recorrido incontables leguas para hacerlo y... y luego habían decidido que les cobraban demasiado. Qué árabes mahometanos impertinentes, ¡pensar semejantes cosas de unos caballeros de otra fe!

Pues no había nada más que hacer, excepto rendirse y renunciar al privilegio de surcar el Genesaret, después de haber recorrido medio globo para en él deleitarnos. Hubo un tiempo, cuando el Salvador predicaba aquí, en el que los botes abundaban entre los pescadores de la costa, pero ahora ya no hay ni botes ni pescadores; y el viejo Josefo tuvo una flota de buques de guerra en estas aguas hace dieciocho siglos —ciento treinta intrépidas canoas—, pero ellos también se han desvanecido sin dejar rastro. Aquí ya no se lucha en el mar, y la flota comercial de Galilea sólo cuenta con dos barcos pequeños, similares a los reducidos esquifes que conocieron los discípulos. Uno lo habíamos perdido para siempre, el otro estaba a millas de distancia y lejos de nuestro alcance. Así que montamos de nuevo y nos dirigimos, sombríos, hacia Magdala, a medio galope junto a la orilla del agua, a falta de un medio para cruzarla.

¡Cómo se insultaron entre sí los peregrinos! Cada uno decía que había sido culpa del otro, y cada uno, a su vez, lo negaba. Los pecadores no dijimos ni una palabra: hasta el sarcasmo más ligero habría resultado peligroso en semejante momento. Los pecadores a los que han oprimido, a los que les han puesto ejemplos continuamente, a los que les han sermoneado y martirizado con la moral, con la cuestión de ir despacio y ser serio y de hablar como es debido, a los que han vapuleado con el asunto de

comportarse con propiedad y de guardar las apariencias ahora y por siempre jamás, de tal manera que su vida se ha convertido en un suplicio, jamás se quedarían a espaldas de los peregrinos en un momento como éste, para guiñarse el ojo a escondidas y alegrarse y cometer otros crímenes semejantes... porque no se les ocurriría hacerlo. Si no, lo harían. Pero lo hicieron igual, y además les vino de maravilla oír a los peregrinos insultarse entre ellos. Sentíamos una satisfacción indigna al verlos caer de esa forma de vez en cuando, porque quedaba demostrado que sólo eran pobres seres humanos, como nosotros, después de todo.

Así que cabalgamos hacia Magdala, mientras el rechinar de dientes aumentaba y decrecía según el momento, y los insultos hendían la sagrada calma de Galilea.

Por si alguien piensa que mi intención es ser malévolo cuando hablo de nuestros peregrinos como lo he estado haciendo, deseo decir, con total sinceridad, que no es así. Jamás escucharía los sermones de unos hombres a los que no apreciase y a los que no pudiera respetar; y ninguno de ellos podrá decir que me haya tomado sus sermones a mal, o que me hayan visto inquieto mientras me los imponían, o que no intentase sacarle provecho a lo que me decían. Son mejores hombres que yo; eso puedo decirlo sinceramente; también son buenos amigos míos... y, además, si no les gustase que de vez en cuando los provoque en mis escritos, ¿para qué rayos iban a viajar conmigo? Ya me conocían. Sabían de mis costumbres liberales, que me gusta dar y recibir —si soy yo quien da y otros los que reciben—. Cuando uno de ellos amenazó con dejarme en Damasco cuando tuve el cólera, no lo decía en serio: conozco su naturaleza apasionada y los buenos impulsos que subyacen bajo ella. ¿Y no oí decir a Church, otro peregrino, que no le importaba quién fuera o quién se quedara, *él* se quedaría conmigo hasta que yo saliese de Damasco por mi propio pie o en un ataúd, aunque me llevase un año conseguirlo? ¿Y no incluyo a Church cada vez que me meto con los peregrinos? ¿Sería apropiado que hablase malévolamente de él? Únicamente quiero provocarles un poco, con lo saludable que eso resulta, nada más.

Habíamos dejado Cafarnaúm a nuestras espaldas. Sólo era una ruina informe. No se parecía en nada a una población, y no había nada en ella capaz de sugerir que alguna vez lo había sido. Pero a pesar de su desolación y su falta de habitantes, era suelo ilustre. De él salió ese árbol de la Cristiandad cuyas anchas ramas dan sombra, hoy en día, a tantas tierras lejanas. Después de que Cristo fuese tentado por el demonio en el desierto, llegó aquí y comenzó a predicar; y durante los tres o cuatro años que vivió luego, este sitio fue su hogar casi siempre. Comenzó a curar a los enfermos y pronto su fama se extendió de tal forma que los indispuestos llegaban desde Siria y más allá del Jordán, y hasta de Jerusalén, que estaba a varios días de viaje, para que los curase de sus enfermedades. Aquí sanó al siervo del centurión y a la suegra de Pedro, y a multitudes de cojos, ciegos y personas poseídas por el demonio; y también aquí levantó a la hija de Jairo de entre los muertos. Se subió a una barca con sus discípulos, y cuando lo despertaron en plena tormenta, él calmó los vientos e hizo amainar el mar encrespado con el sonido de su voz. Pasó a la otra



orilla, a unas millas de distancia, y liberó a dos hombres del demonio, que se apoderó de una piara de cerdos. Cuando regresó, sacó a Mateo de la recaudación de impuestos, realizó varias curaciones y causó escándalo al comer con publicanos y pecadores. Luego siguió curando y predicando por toda Galilea e incluso llegó a Tiro y Sidón. Escogió a los doce discípulos, y los envió a predicar el nuevo evangelio. Hizo milagros en Betseda y Corazeín, poblaciones situadas a dos o tres millas de Cafarnaúm. Fue cerca de una de ellas donde se supone que recogieron una cantidad milagrosa de peces, y en el desierto próximo a la otra fue donde alimentó a miles, gracias al milagro de los panes y los peces. Maldijo a las dos, y también a Cafarnaúm, por no arrepentirse, después de tantas grandes obras como allí había hecho, y profetizó en contra de ellas. Ahora son ruinas, lo que a los peregrinos les resulta gratificante porque, como siempre, encajan las palabras eternas de los dioses en los asuntos efímeros de esta tierra: es más probable que Cristo se refiriese a las personas, y no a sus pobres aldeas de tiendas indias. Dijo que se entristecería por ellos «el día del juicio», y, ¿qué tienen que ver unas chabolas de barro con el Día del Juicio? No afectaría lo más mínimo a la profecía —ni la demostraría, ni la refutaría— que estas poblaciones fuesen ahora ciudades espléndidas, en lugar de las ruinas casi desaparecidas que son.

Cristo visitó Magdala, que está cerca de Cafarnaúm, y también visitó Cesarea de Filipo. Llegó hasta su vieja casa de Nazareth y vio a sus hermanos José, Judas, Santiago y Simón —esas personas que, al ser hermanos directos de Jesucristo, esperaríamos oír mencionar a veces y, sin embargo, ¿quién ha visto sus nombres en un periódico o ha escuchado hablar de ellos desde un púlpito? ¿Quién pregunta qué clase de jóvenes eran; y si dormían con Jesús, jugaban con él y retozaban a su alrededor; si discutían con él por los juguetes y por tonterías; si le pegaban enfadados, sin sospechar lo que era? ¿Quién se pregunta qué pensaron cuando lo vieron regresar a Nazareth famoso, y se quedaron observando su rostro durante mucho tiempo para asegurarse y luego preguntaron «¿Es Jesús?»? ¿Quién se pregunta qué pasó por sus cabezas cuando vieron a su hermano, (que *sólo* era un hermano para ellos, por mucho que para otros fuese un misterioso desconocido que era un dios y que había estado, cara a cara, con Dios sobre las nubes), hacer milagros extraños con multitudes de gentes asombradas como testigo? ¿Quién se pregunta si los hermanos de Jesús le pidieron que volviera a casa con ellos, y le dijeron que su madre y sus hermanas estaban tristes por su larga ausencia, y se volverían locas de alegría al ver su rostro de nuevo? ¿Quién piensa alguna vez en las hermanas de Jesús? Pero tenía hermanas; y los recuerdos de ellas debieron colarse en su cabeza a menudo cuando fue maltratado entre desconocidos; cuando estaba sin hogar y dijo que no tenía dónde apoyar su cabeza; cuando todos lo abandonaron, incluso Pedro, y él permaneció de pie, solo, entre sus enemigos.

Cristo hizo pocos milagros en Nazareth, y permaneció allí poco tiempo. La gente decía: «¡Éste, el Hijo de Dios! Pero si su padre es un simple carpintero. Nosotros

conocemos a la familia. Los vemos todos los días. ¿No se llaman así y así sus hermanos, y sus hermanas tal y tal, y no es su madre ésa a la que llaman María? Esto es absurdo». No maldijo su hogar, pero se sacudió de los pies el polvo de sus calles y se marchó.

Cafarnaúm está en la orilla del pequeño mar, en un reducido llano que mide unas cinco millas de largo y una o dos de ancho, ligeramente adornado con adelfas que aún lucen más al contrastar con las colinas peladas y los salvajes desiertos que las rodean, pero no son tan delirantemente hermosas como las pintan los libros. Quien esté tranquilo y decidido, podrá mirar su encanto y sobrevivir.

Una de las cosas más asombrosas que hemos podido observar hasta ahora es el pedazo de tierra sumamente pequeño del que surgió la planta del Cristianismo, que tan vigorosa está. El viaje más largo de los realizados por nuestro Salvador fue desde aquí a Jerusalén —entre cien y ciento veinte millas—. El segundo más largo fue entre esto y Sidón —unas sesenta o setenta millas—. En lugar de estar muy separados entre sí —como sugeriría la percepción que los americanos tienen de las distancias— los lugares más famosos debido a la presencia de Cristo, se hallan casi todos aquí, al alcance de la vista y a un tiro de piedra de Cafarnaúm. Exceptuando dos o tres viajes del Salvador, se pasó la vida, predicó su evangelio, y realizó sus milagros en un radio no mayor que un condado de tamaño medio de los Estados Unidos. No puedo hacer nada más por comprender este hecho tan asombroso. ¡Qué agotador resulta tener que leer cien páginas de historia cada dos o tres millas!, porque, en verdad, las localidades famosas de Palestina están así de cerca las unas de las otras. ¡Qué fatigoso, qué desconcertante resulta esa manera de apelonarse en nuestro camino!

A su debido tiempo, llegamos a la antigua aldea de Magdala.

## XLVIII

**M**agdala no es un lugar bonito. Es completamente sirio, lo cual es como decir que es exhaustivamente feo, estrecho, inmundo, incómodo y asqueroso, al estilo de las poblaciones que han adornado el país desde tiempos de Adán, como todos los escritores se han esforzado por demostrar; y lo han conseguido. Las calles de Magdala miden entre un metro y dos de ancho, y apestan a suciedad. Las casas miden entre metro y medio y dos metros de alto, y todas están construidas siguiendo un plan arbitrario: la forma desgarrada de una caja de lencería. Los laterales están embadurnados con un suave yeso blanco, y pintados al fresco por arriba y abajo, denotando buen gusto, con discos de estiércol de camello puestos a secar. Esto aporta al edificio el romántico aspecto de haber sido acribillado con balas de cañón y le confiere una apariencia muy belicosa. Cuando el artista ha ordenado los materiales con buen ojo para las proporciones justas —las escamas grandes y pequeñas en filas alternas, separadas por intervalos cuidadosamente estudiados— no se me ocurre nada más alegre para mirar que un alegre fresco sirio. El tejado plano y enyesado está adornado con pintorescos montones del mismo material utilizado para los frescos que, después de haberse secado por completo, se apila donde les parezca conveniente. Lo utilizan como combustible. No hay madera suficiente en Palestina, y menos para desperdiciarla en hacer fuego, y tampoco hay minas de carbón. Si mi descripción ha resultado inteligible, habrán comprendido que una chabola cuadrada de tejado plano, esmeradamente forrada de frescos, con los remates de todos sus muros elegantemente cubiertos de baluartes y torreones hechos con estiércol de camello seco, aporta a cualquier paisaje un carácter que resulta sumamente festivo y pintoresco, sobre todo si nos acordamos de añadirle un gato en cualquier hueco en el que quede sitio para él. Las cabañas sirias no tienen ventanas, ni chimeneas. Cuando leía que bajaban a un hombre postrado en el lecho desde el tejado de una casa de Cafarnaúm, para llevarlo a presencia del Salvador, yo solía imaginarme una casa de ladrillo de tres pisos, y me asombraba de que no le hubiesen roto el cuello durante tan extraño experimento. Sin embargo, ahora comprendo que seguramente lo cogieron por los talones y lo arrojaron por encima de la casa sin molestarlo demasiado. Palestina no ha cambiado desde aquellos tiempos, ni en lo relativo a las actitudes, a las costumbres, a la arquitectura o a sus gentes.

Mientras entrábamos en Magdala no se veía un alma. Pero el sonido de los cascos de los caballos despertó a la estúpida población y todos salieron en tropel: ancianos y ancianas, niños y niñas, ciegos, locos, todos los lisiados, todos cubiertos con vestimentas harapientas, sucias y exiguas, todos miserables mendigos por naturaleza, instinto y educación. ¡Cómo se arremolinaban a nuestro alrededor aquellos vagabundos torturados por los piojos! ¡Cómo mostraban sus cicatrices y llagas, y señalaban patéticamente sus miembros lisiados y torcidos, pidiendo limosna con sus miradas suplicantes! Habíamos invocado un espíritu al que no podíamos apaciguar.

Se colgaban de las colas de los caballos, se agarraban de sus crines y de los estribos, cercaban a todos los asistentes, sin miedo a recibir una coza, y de sus gargantas infieles, unánime, brotaba un coro agonizante e infernal: «¡Howajji, limosna! ¡Howajji, limosna! ¡Howajji, limosna! ¡Limosna! ¡Limosna! ¡Limosna!». Jamás había vivido una tormenta como ésta.

Mientras repartíamos limosna entre los niños de ojos enfermos y las niñas morenas y de amplios senos, con los labios y las barbillas repulsivamente tatuados, atravesamos en fila india la aldea, pasando junto a muchos frescos exquisitos, hasta que llegamos a un cercado infestado de zarzas y a una ruina de aspecto romano que había sido la verdadera morada de Santa María Magdalena, la amiga y seguidora de Jesús. El guía lo creía así, y yo también. Y es que no podía hacer otra cosa, con la casa allí mismo, delante de mis propios ojos. Los peregrinos arrancaron pedazos de la pared frontal para su colección, como acostumbran hacer, y luego nos fuimos.

Ahora estamos acampados en un lugar dentro de los muros de la ciudad de Tiberíades. Llegamos antes de que anocheciera y nos fijamos en sus habitantes, tanto nos daban sus casas. Pero a los habitantes es mejor estudiarlos de lejos. Son judíos, árabes y negros particularmente faltos de gracia. La inmundicia y la pobreza son el orgullo de Tiberíades. Las mujeres jóvenes llevan su dote colgada de un fuerte cordón que se curva hacia abajo desde la parte superior de la cabeza hasta la mandíbula: monedas de plata turcas que han ido reuniendo o han heredado. La mayoría de estas doncellas no eran ricas, pero unas pocas habían sido muy bien tratadas por la fortuna. Allí vi herederas que valían, por derecho propio, que valían, bueno, creo que puedo arriesgarme a decir tanto como nueve dólares y medio. Pero eso no es lo normal. Cuando nos tropezamos con una de ellas, naturalmente, se da aires. No pide limosna. Ni siquiera permite familiaridades indebidas. Asume una dignidad demoledora y sigue adelante practicando, serena, con su palillo de dientes y citando poesía, como si no estuviésemos presentes. Algunas personas no soportan la prosperidad.

Dicen que estos ladrones de cuerpos de aspecto dispéptico, larguiruchos y narigudos, que llevan esos sombreros imposibles de describir y un largo tirabuzón que cuelga delante de cada oreja, son los viejos, familiares y santurriones fariseos sobre los que hemos leído en las Escrituras. Y la verdad, lo parecen. Tan sólo juzgándolos por su aspecto general, y sin más pruebas, resulta fácil sospechar que la santurronería es su especialidad.

He recogido información de varios eruditos relativa a Tiberíades. La construyó Herodes Antipas, el asesino de Juan el Bautista, y debe su nombre al emperador Tiberio. Se cree que se levanta sobre el lugar de lo que debió de ser, hace siglos, una ciudad de considerables pretensiones arquitectónicas, a juzgar por las columnas de buen pórfiro que se hallan dispersas por toda Tiberíades hasta la orilla del lago, en dirección sur. En su día fueron estriadas y, aunque la piedra es casi tan dura como el hierro, ya casi no se aprecian las estrías. Son columnas pequeñas y, sin duda, los edificios a los que adornaban se distinguían más por su elegancia que por su

grandeza. Esta ciudad moderna. —Tiberíades— sólo se menciona en el Nuevo Testamento, nunca en el Antiguo.

Aquí se reunió el Sanedrín por última vez y, durante trescientos años, Tiberíades fue la metrópolis de los judíos en Palestina. Es una de las cuatro ciudades sagradas de los Israelitas, y para ellos representa lo que la Meca para los mahometanos y Jerusalén para los cristianos. Ha sido el lugar donde han morado muchos sabios y famosos rabinos judíos. Aquí yacen enterrados, y cerca de ellos yacen también veinticinco mil seguidores de su fe que viajaron hasta aquí para estar cerca de ellos en vida y descansar junto a ellos en la muerte. El gran rabino Ben Israel pasó aquí tres años a principios del siglo III. Ahora está muerto.

El famoso mar de Galilea no es tan grande como el lago Tahoe <sup>[57]</sup>, le falta mucho: de largo sólo alcanza los dos tercios. Y si hablamos de belleza, este mar no se puede comparar a Tahoe más que un meridiano de longitud a un arco iris. Las oscuras aguas de esta laguna no logran sugerir el límpido brillo de Tahoe; estos cerros de piedra y arena, bajos, romos, amarillos, tan carentes de perspectiva, no pueden sugerir los grandes picos que rodean Tahoe como un muro, cuyas caras estriadas y llenas de simas están cubiertas de majestuosos pinos que parecen hacerse cada vez más pequeños a medida que ascienden, hasta que creemos verlos reducidos a arbustos y malas hierbas, allá arriba, a lo lejos, donde se unen a las nieves perpetuas. El silencio y la soledad se ciernen sobre Tahoe; y el silencio y la soledad se ciernen también sobre este lago de Genesaret. Pero la soledad de uno es tan alegre y fascinante como triste y desagradable la del otro.

A primera hora de la mañana observamos la silenciosa batalla del alba y las tinieblas sobre las aguas del lago Tahoe con plácido interés; pero cuando las sombras se marchan enfurruñadas y, una a una, las bellezas ocultas de la orilla se revelan bajo el esplendor del mediodía; cuando la serena superficie aparece ceñida, como un arco iris, por anchas franjas de azul, verde y blanco, a medio camino entre el centro y el límite de la circunferencia que abarca; cuando, en la ociosa tarde de verano, nos tumbamos en una barca, lejos de la orilla, donde comienza el azul oscuro de las aguas profundas, fumamos la pipa de la paz y ociosamente guiñamos los ojos para ver los riscos lejanos y las calvas de nieve bajo el ala de la visera; cuando la barca se desplaza hacia la orilla, hacia el agua transparente, y nos repantigamos en la borda, mirando durante horas las profundidades cristalinas, apreciando los colores de los guijarros y pasando revista a los ejércitos aleteados que se deslizan en procesión a treinta metros de profundidad; cuando por la noche vemos la luna y las estrellas, cordilleras ribeteadas de pinos, cabos blancos que sobresalen, audaces promontorios, grandes extensiones de escarpado paisaje cubiertas por picos pelados que espejean, todo ello magníficamente dibujado en el brillante espejo del lago, hasta el más mínimo detalle, el tranquilo interés que había nacido con la mañana, se hace cada vez más profundo hasta culminar, por fin, en una fascinación irresistible.

Hay soledad, porque los pájaros y las ardillas en las márgenes, y los peces en el

agua, son las únicas criaturas que encontraremos, pero no es esa clase de soledad que nos deprime. Para eso hay que venir a Galilea. Si estos desiertos despoblados, estos montículos de aridez de color teja, que nunca jamás se libran de la mirada furiosa que provocan sus inhóspitas formas, y que se desvanecen y se debilitan en una imprecisa perspectiva; esas melancólicas ruinas de Cafarnaúm; esa estúpida aldea de Tiberíades, que dormita bajo sus seis fúnebres penachos de palmera; aquel declive desolado desde donde la piedra del milagro se precipitó al mar, porque sin duda pensaron que sería mejor tragarse uno o dos demonios y morir ahogados de paso, que tener que seguir viviendo en semejante sitio; este cielo sin nubes, despiadado; este lago solemne, sin velas, sin matices, que reposa dentro de su cerco de montículos amarillos y pronunciadas orillas, y que aparece tan inexpresivo y prosaico (si dejamos fuera de la cuestión su sublime historia), como cualquier embalse metropolitano de la cristiandad; si todas estas cosas no consiguen inducirme al sueño, madre, creo que nada más lo hará.

Pero no debo presentar las pruebas de la acusación sin permitir que escuchemos también a la defensa. Wm, C. Grimes <sup>[58]</sup> declara lo siguiente:

*Habíamos tomado un barco para cruzar al otro lado. El mar no tenía más de seis millas de ancho. Sin embargo, sobre la belleza del escenario no puedo decir bastante, ni logro imaginar dónde tenían los ojos esos viajeros que han descrito el paisaje del lago como manso o falto de interés. La primera característica importante es la gran cuenca que ocupa. Tiene una profundidad de entre noventa y ciento veinte metros en todas partes excepto en el extremo menos profundo, y la pronunciada ladera de las orillas, que lucen el verde más intenso, se ve alterada y diversificada por los wadis y los cursos de agua que se abren camino a través de los laterales de la cuenca, formando oscuras simas o valles claros y soleados. Cerca de Tiberíades, las orillas son rocosas y en ellas se abren antiguos sepulcros, con las puertas hacia el agua. Escogían lugares grandiosos, como los antiguos egipcios, para sus enterramientos, como si tuviesen la intención de que, cuando la voz de Dios despierte a los que duermen, puedan levantarse y abrir los ojos a un paisaje de gloriosa belleza. Hacia el este, las montañas agrestes y desoladas contrastan equilibradamente con el lago azul oscuro; y en dirección norte, sublime y majestuoso, Hermón mira hacia el mar, levantando su blanca cima al cielo con el orgullo de un monte que ha presenciado las últimas pisadas de cien generaciones. En la orilla noreste del mar había un solo árbol, que es el único, grande o pequeño, visible desde el agua, exceptuando unas pocas palmeras de la ciudad de Tiberíades, y por su soledad llama más la atención que si fuese un bosque entero. El aspecto conjunto de todo ello es, precisamente, el que esperamos y deseamos que nos ofrezca Genesaret: grandiosa belleza y silenciosa calma. Hasta las montañas están en paz.*

Es una descripción ingeniosamente escrita y bien calculada para engañar. Pero si

le quitamos la pintura, los lazos y las flores, debajo encontraremos un esqueleto.

Ya desnuda, nos quedamos con un lago que mide seis millas de ancho y que es de color neutro; con pronunciadas orillas verdes, monótonas de arbustos; en un extremo, rocas feas y peladas con agujeros (casi invisibles) que nada aportan a la imagen; hacia el este, «montañas agrestes y desoladas»; (tenía que haber dicho montañas bajas y desoladas); al norte, un monte llamado Hermón, con nieve en la cima; lo peculiar de la imagen, «la calma»; su característica más destacada, un árbol.

Ningún grado de ingenuidad podría volver hermosa semejante imagen, al menos no para quien la ha visto.

Reclamo el derecho a corregir las cosas mal explicadas, por eso he corregido el color del agua en la recapitulación que acabo de hacer. Las aguas del Genesaret son de un azul extremadamente suave, aunque las miremos desde una altura considerable y a una distancia de cinco millas. De cerca (y el testigo iba navegando por el lago), no resulta ni apropiado decir que son azules, mucho menos decir que son azul «oscuro». También deseo exponer, y no como corrección, sino como opinión, que el monte Hermón no es, en absoluto, un monte asombroso o pintoresco, ya que tiene una altura demasiado similar a la de sus vecinos más próximos como para destacar. Eso es todo. No me opongo a que el testigo arrastre una montaña y la mueva cuarenta y cinco millas para ayudar al paisaje en discordia, porque resulta de lo más apropiado y, además, la vista lo necesita.

«C.W.E.» (el de *Vida en Tierra Santa* <sup>[59]</sup>), declara lo siguiente:

*Un hermoso mar se nos revela entre las montañas de Galilea, en medio de esa tierra que una vez fue de Zabulón y Neftalí, de Aser y Dan. El azul del cielo penetra en las profundidades del lago, y las aguas son dulces y frescas. Al oeste, amplias extensiones de fértiles praderas; al norte, las rocosas orillas se elevan, paso a paso, hasta que en la lejana distancia superan a la cima nevada del Hermón; al este, a través de un velo de bruma, se aprecian las altas llanuras de Perea, que se extienden en la lejanía hasta convertirse en abruptas montañas que llevan la mente, por senderos variados, hacia Jerusalén la Santa. Las flores brotan en este paraíso terrenal que, una vez, lució la hermosura y el verde de los ondulantes árboles; los pájaros cantores cautivan el oído; las tórtolas contagian calma con sus notas suaves; la cogujada envía su canción a los cielos, y la seria y majestuosa cigüeña inspira la mente para el pensamiento, y lo lleva hasta la meditación y el reposo. Aquí la vida fue idílica, encantadora; aquí no había ni ricos, ni pobres, ni altos, ni bajos. Era un mundo de facilidades, simplicidad y belleza; ahora es escenario de desolación y miseria.*

Ésta no es una imagen ingenua. Es la peor que he visto en mi vida. Describe con todo lujo de detalles lo que denomina «paraíso terrenal», y acaba con la sorprendente noticia de que dicho paraíso es «un escenario de desolación y miseria».

He presentado dos muestras justas y típicas de la clase de testimonios que ofrecen la mayoría de los escritores que visitan esta región. Uno dice: «sobre la belleza del escenario no puedo decir bastante», y luego se dedica a proteger con un bosque de frases rutilantes una cosa que, cuando se la despoja para realizar un examen en condiciones, resulta ser una discreta cuenca de agua, una desolación montañosa, y un árbol. El otro, después de un esfuerzo concienzudo por construir un paraíso terrenal con los mismos materiales, añadiéndole una «seria y majestuosa cigüeña», lo estropea todo al abalanzarse sobre la horrible verdad al final.

Casi todos los libros que tienen algo que ver con Galilea y su lago describen el paisaje como algo hermoso. No, no siempre con tanta franqueza. A veces la *impresión* que se ofrece, a propósito, es que es hermoso, mientras que el autor tiene mucho cuidado de no *decir* claramente que lo es. Pero si analizamos dichas descripciones con atención, veremos que los materiales con los que están hechas no son individualmente hermosos, por lo que no es posible crear con ellos una combinación hermosa. La veneración y el afecto que algunos de esos hombres sentían por los paisajes de los que hablaban, alimentaban su imaginación e influía en sus opiniones; pero las agradables falsedades que escribían estaban llenas de honesta sinceridad, eso sí. Otros escribían como lo hicieron porque temían resultar impopulares si escribían de otra manera. Otros eran hipócritas y pretendían engañar de forma deliberada. Cualquiera de ellos diría de inmediato, si alguien se lo preguntara, que siempre es lo *correcto* y siempre es *mejor*, decir la verdad. O al menos lo dirían si no se percatasen de por dónde iba la pregunta.

Pero ¿por qué no se puede decir la verdad acerca de esta región? ¿Es que la verdad perjudica? ¿Ha necesitado alguna vez ocultar su rostro? Dios hizo el mar de Galilea y sus alrededores como son. ¿Acaso es asunto del señor Grimes mejorar su obra?

Estoy seguro, por el contenido de los libros que he leído, de que muchos de los que han visitado esta tierra en tiempos pasados eran presbiterianos, y vinieron buscando pruebas que apoyasen su credo en particular; encontraron una Palestina presbiteriana, y ya habían decidido que no iban a ver otra, aunque seguramente no lo sabían, al estar cegados por su fervor. Otros eran baptistas en busca de pruebas baptistas y de una Palestina baptista. Otros eran católicos, metodistas, episcopalistas, todos buscando pruebas que reforzaran sus distintos credos, y una Palestina católica, metodista o episcopalista. Por muy honradas que hayan sido las intenciones de estos hombres, estaban llenos de parcialidades y prejuicios, entraron en el país con sus veredictos ya preparados, y no eran capaces de escribir al respecto sin pasión y de forma imparcial, como tampoco podrían hacerlo de tratarse de sus mujeres e hijos. Nuestros peregrinos también han traído consigo sus propios veredictos. Lo han demostrado en sus conversaciones desde que salimos de Beirut. Casi puedo decir, sin cambiar una coma, lo que dirán cuando vean Tabor, Nazaret, Jericó y Jerusalén,



porque *tengo los libros de donde ellos sacarán sus ideas*. Esos autores escriben paisajes y enmarcan elogios, y las personas de menor valía ven a través de los ojos del autor en lugar de los propios, y hablan con su lengua. Lo que los peregrinos dijeron en Cesarea de Filipo me sorprendió por su sensatez. Luego lo encontré en Robinson <sup>[60]</sup>. Lo que dijeron cuando Genesaret surgió ante sus ojos me hechizó por su gracia. Aparece en *The Land and the Book*, del Sr. Thompson <sup>[61]</sup>. A menudo han hablado, utilizando un lenguaje de palabras alegres que nunca variaban, de cómo piensan apoyar sus agotadas cabezas sobre una piedra de Betel, como hizo Jacob, y cerrar sus débiles ojos, y soñar, tal vez, con ángeles que descienden del cielo por una escalera. *Era* muy bonito. Pero por fin he reconocido la agotada cabeza y los débiles ojos. Han tomado la idea prestada —y las palabras... y la construcción... y la puntuación— de Grimes. Los peregrinos hablarán de Palestina, cuando vuelvan a casa, no para contar lo que a *ellos* les ha parecido, sino lo que les pareció a Thompson, a Robinson y a Grimes, con las variaciones necesarias para adaptarlo al credo de cada peregrino.

Los peregrinos, los pecadores y los árabes ya están todos en la cama, y el campamento está tranquilo. Trabajar en solitario resulta molesto.

Desde que redacté mis últimas notas, llevo media hora sentado a la puerta de la tienda. La noche es el momento de ver Galilea. Genesaret bajo estas estrellas gloriosas no tiene nada de repulsivo. Genesaret, con los reflejos relucientes de las constelaciones que motean su superficie, casi consigue que me arrepienta de haber visto la tosca luz del día incidiendo en sus aguas. Su historia y sus asociaciones constituyen su principal encanto a ojos de cualquiera, y los hechizos que entretejen resultan pobres a la penetrante luz del sol. En ese momento casi no sentimos las ataduras. Nuestros pensamientos se desvían sin cesar hacia los asuntos prácticos de la vida, y se niegan a detenerse en cosas que nos parecen vagas e irreales. Pero cuando el día muere, hasta los menos impresionables deben rendirse a las influencias de ensueño de la calma luz de las estrellas. Las viejas tradiciones se apropian de nuestros recuerdos y asaltan nuestras ensoñaciones, y así nuestra imaginación envuelve todo lo que se ve y se oye con el velo de lo sobrenatural. En el chapoteo de las olas contra la playa, oímos la zambullida de unos remos fantasmas; en los ruidos secretos de la noche, voces de espíritus; en el suave empuje de la brisa, el movimiento de unas alas invisibles. En el mar hay barcos fantasmas, los muertos de veinte siglos salen de sus tumbas, y las canciones de tiempos remotos y olvidados encuentran de nuevo expresión en los cantos fúnebres del viento nocturno.

Bajo la luz de las estrellas, Galilea no tiene más límites que el infinito alcance de los cielos, y es un escenario adecuado para grandes acontecimientos; adecuado para el nacimiento de una religión capaz de salvar un mundo; adecuado para la majestuosa Figura que debe destacar sobre su proscenio y promulgar sus grandes decretos. Pero a la luz del sol, pensamos: ¿Es por las obras realizadas y las palabras pronunciadas en este pequeño montón de piedras y arena hace dieciocho siglos, por lo que doblan las

campanas en las remotas islas del mar y en el interior de los continentes más lejanos que estrechan la circunferencia del enorme globo terráqueo?

Sólo se puede comprender cuando la noche ha ocultado todas las incongruencias y creado el escenario adecuado para un drama tan grandioso.

## XLIX

**A**yer, al ponerse el sol, nos dimos otro baño en el mar de Galilea, y otro esta mañana. No lo hemos navegado, pero tres baños equivalen a un paseo en barco, ¿o no? Se veían muchos peces en el agua, pero no tenemos más ayudas externas en este peregrinaje que no sean *Tent Life in the Holy Land*, *The Land and the Book*, y otros ejemplos literarios por el estilo, lo que significa que no hay aparejos de pesca. No probamos el pescado en la aldea de Tiberíades. Ciertamente, vimos a dos o tres vagabundos arreglar sus redes, pero nunca los vimos intentar capturar algo con ellas.

No fuimos a las antiguas termas calientes que quedan a dos millas de Tiberíades. No me apetecía nada ir hasta allí. Eso me pareció un tanto extraño y me empujó a intentar averiguar cuál era la causa de tan irracional indiferencia. Resultó ser, simplemente, que Plinio habla de ellas. He desarrollado una especie de antipatía injustificable hacia Plinio y San Pablo, porque tengo la sensación de no poder jamás husmear en un sitio que sea sólo para mí: siempre y constantemente resulta que San Pablo ya ha estado allí, y que Plinio «ha hablado» de él.

Al amanecer montamos y emprendimos la marcha. Y entonces, vi una extraña aparición marchar en la cabeza de nuestra caravana: un pirata, pensé, si es que los piratas se encuentran en tierra firme. Se trataba de un árabe alto, tan moreno como un indio; joven, rondaba los treinta. Llevaba en la cabeza, bien atada, una bufanda de seda alegre, de rayas amarillas y rojas, cuyos extremos, profusamente orlados de borlas, caían sobre sus hombros y ondeaban al viento. Desde el cuello a las rodillas, una túnica caía en amplios pliegues, como una bandera muy tachonada de estrellas con barras curvadas y sinuosas en blanco y negro. De algún punto de su espalda, o eso parecía, brotaba el largo tubo de un *chibuk* que sobrepasaba su hombro derecho. Atravesando su espalda, en diagonal, y superando con mucho su hombro izquierdo, un arma de fuego árabe de los tiempos de Saladino, con un espléndido trabajo en plata desde la culata hasta el final de su inconmensurable cañón. En la cintura llevaba enrollados muchos metros de un tejido de elaborado diseño, aunque tristemente deslucido, procedente de la suntuosa Persia, y entre los holgados pliegues frontales, los rayos de sol sacaban destellos a la formidable batería de pistolas montadas en latón y a las doradas empuñaduras de unos cuchillos sedientos de sangre. Había más pistoleras colgando del estupendo montón de pieles de cabra de pelo largo y alfombras persas que el hombre, según le habían enseñado, utilizaba a guisa de silla de montar; y entre la hilera colgante de enormes borlas que pendían de la silla, repicando contra la pala de hierro de un estribo que apuntalaba las rodillas del guerrero en su barbilla, se veía una tortuosa cimitarra de plata de dimensiones tan espantosas y de tan implacable expresión que ningún hombre podría pretender mirarla sin estremecerse. El príncipe orlado y engalanado que tiene el privilegio de montar el *pony* que precede al elefante para entrar en una aldea es pobre y va desnudo en comparación con este caos de parafernalia, y la feliz vanidad del uno es una

pobreza de satisfacción comparada con la serenidad majestuosa y la aplastante autocomplacencia del otro.

—¿Quién es ése? ¿Qué es eso? —Era la temblorosa pregunta que se oía en toda la caravana.

—¡En guardia! Desde Galilea hasta el lugar donde nació el Salvador, el país está infestado de fieros beduinos cuya única alegría en esta vida es hacer picadillo, apuñalar, mutilar y asesinar inofensivos cristianos. ¡Que Alá sea con nosotros!

—¡Pues contratemos un regimiento! ¿Pretende enviarnos entre esas hordas desesperadas, sin más salvación que la que pueda proporcionar este viejo torreón?

El dragomán se rió —pero no ante la jocosidad del símil porque, en verdad, ese guía, o mensajero, o dragomán no tenía ni la más mínima capacidad de apreciar un chiste, aunque dicho chiste fuese tan ancho y pesado que, de caérsele encima, lo dejaría aplastado como un sello de correos—, el dragomán se rió y luego, envalentonado por algo que estaría pensando, sin duda, aplicó medidas extremas y guiñó un ojo.

En aprietos como éste, cuando un hombre se ríe resulta alentador, y cuando guiña el ojo, de lo más reconfortante. Por fin nos hizo saber que un solo guarda se bastaría para protegernos, pero que ese uno era de absoluta necesidad. Y era así debido al peso moral que su horrible panoplia de armas tendría entre los beduinos. Entonces yo dije que no necesitábamos ningún guarda, que si un vagabundo de aspecto absurdo podía proteger de todo daño a ocho cristianos armados y a un puñado de criados árabes, sin duda el destacamento podría protegerse a sí mismo. Movié la cabeza, dubitativo. Y yo dije: «Piense en la imagen que damos, en que parecería, a ojos de los americanos autosuficientes, que recorrimos a hurtadillas este desierto abandonado bajo la protección de ése árabe disfrazado, que se rompería el cuello por salir pitando del país si un hombre de verdad lo persiguiese. Se trata de una situación fea, rastrera y degradante. ¿Por qué se nos dijo que llevásemos revólveres de la Armada si, al final, íbamos a tener que ser protegidos por esa infame escoria tachonada de estrellas del desierto?». Pero mi llamamiento fue en vano, el dragomán sólo se rió y movió la cabeza.

Cabalgué hasta el frente y trabé conocimiento con el rey Salomón en todo su esplendor, y conseguí que me mostrase esa prolongada eternidad que tiene por arma. Tenía una llave oxidada y abollada; estaba rodeada, rayada y bañada de plata desde un extremo al otro, pero había perdido la perpendicular tan desesperadamente como esos tacos de billar del año 49 que aún se encuentran en uso en los viejos campamentos mineros de California. El óxido de varios siglos se había comido la boca y la había convertido en una raída filigrana, como el extremo de un tubo de estufa carbonizado. Cerré un ojo y miré dentro: estaba tan recubierto de orín como la vieja caldera de un vapor. Pedí prestadas las pesadas pistolas y las examiné. También estaban oxidadas por dentro —hacía una generación que nadie las cargaba—. Regresé a mi puesto, muy animado, informé al guía y le pedí que despidiese a esa

fortaleza desmantelada. Y entonces salió todo: el tipo era un criado del jeque de Tiberíades. Era una especie de impuesto del gobierno. Era para el imperio de Tiberíades lo que son para América las aduanas. El jeque obligaba a los viajeros a contratar a sus guardias y les cobraba por ello. Es una lucrativa fuente de emolumentos, y a veces aporta al tesoro nacional hasta treinta y cinco o cuarenta dólares al año.

Ya sabía el secreto del guerrero; conocía la hueca vanidad de sus baratijas oxidadas, y despreciaba su asnal autocomplacencia. Lo delaté y, con osado atrevimiento, la cabalgata se internó en las peligrosas soledades del desierto, y se burló de sus frenéticas advertencias sobre la mutilación y la muerte que se cernían sobre ella en todo momento.

Al llegar a una elevación situada a trescientos sesenta y cinco metros por encima del nivel del lago, (debería mencionar que el lago se encuentra a ciento ochenta metros por debajo del Mediterráneo; ningún viajero olvida incluir semejante noticia en sus cartas), ante nuestros ojos se extendió un panorama tan poco emocionante y soso como podríamos encontrar en cualquier otra tierra. Pero estaba tan repleto de interés histórico que si todas las páginas que se han escrito al respecto se esparcieran sobre su superficie, lo cubrirían de un extremo al otro como adoquines. Entre las localidades comprendidas en el paisaje estaban el monte Hermón; las colinas que rodean Cesarea de Filipo; Dan, las fuentes del Jordán y las aguas de Merom; Tiberíades; el mar de Galilea; el pozo de José; Cafarnaúm; Betseda; los supuestos escenarios del Sermón de la Montaña y la multiplicación de los panes y de los peces; la colina desde la que se lanzó al mar la pira; la entrada y la salida del Jordán; Safed, «la ciudad situada en una colina», una de las cuatro ciudades santas de los judíos, y el lugar donde ellos creen que el verdadero Mesías aparecerá cuando venga a redimir el mundo; parte del campo de batalla de los Cuernos de Hattin, donde los caballeros cruzados lucharon por última vez y, de forma apoteósica, dejaron la escena y pusieron fin a su espléndida carrera para siempre; el monte Tabor, según la tradición, escenario de la Transfiguración del Señor. Y hacia el sureste se veía un paisaje que me trajo a la mente una cita (sin duda, recordada de modo imperfecto:)

*Los efraimitas, al no ser llamados para compartir el rico botín de la guerra contra los amonitas, reunieron un poderoso ejército contra Jefté, juez de Israel; quien, al ser advertido de sus intenciones, reunió a los hombres de Israel, les presentó batalla y los hizo huir. Para asegurar aún más su victoria, situó guardas en los distintos vados y pasos del Jordán, con instrucciones de no dejar pasar a nadie que no pudiese decir Schibbolet. Los efraimitas, al ser de una tribu diferente, no conseguían pronunciar bien la palabra, y decían sibbolet, lo que demostraba que eran enemigos y les costó la vida; y así, cuarenta y dos mil cayeron en los distintos vados y pasos del Jordán aquel día.* <sup>[62]</sup>

Avanzamos poco a poco y en paz por la ruta de las grandes caravanas que van desde Damasco hasta Jerusalén y Egipto, pasando por Lubia y otras aldeas sirias, posadas, como siempre, sobre la cima de empinados montículos y colinas, protegidas por los cactus gigantes que las rodean (señal de una tierra sin valor), saturadas de chumberas, y por fin llegamos al lugar de la batalla de los Cuernos de Hattin.

Se trata de una gran meseta irregular y parece haber sido creada para hacer de campo de batalla. Aquí, el sin par Saladino se enfrentó al ejército cristiano hace unos setecientos años, y acabó con el poder de éstos en Palestina para siempre. Hacía mucho que existía una tregua entre ambas fuerzas pero, según la guía, Reinaldo de Chatillon, señor de Kerak, la rompió al saquear una caravana que iba a Damasco, y al negarse a entregar a los mercaderes y sus bienes cuando Saladino los reclamó. Esta conducta de un insolente jefecillo molestó mucho al sultán, quien juró matar a Reinaldo con sus propias manos, sin importar cómo, cuándo o dónde lo encontrase. Ambos ejércitos se prepararon para la guerra. Bajo el mando del débil rey de Jerusalén estaba la flor y nata de la caballería cristiana. Con gran imprudencia por su parte, les obligó a soportar una marcha larga y extenuante bajo el ardiente sol y después, sin agua ni ninguna otra forma de refresco, les ordenó acampar en esta llanura abierta. Las masas de soldados musulmanes, espléndidamente montados, barrieron el extremo norte de Genesaret, quemando y destruyéndolo todo a su paso, y establecieron su campamento frente a las líneas enemigas. Al amanecer comenzó la terrible batalla. Rodeados por los rebosantes batallones del sultán, los caballeros cristianos lucharon sin esperanza alguna de salvar sus vidas. Lucharon con un valor desesperado, pero para nada: tenían en su contra el calor, el número, y una sed acuciante. Hacia el mediodía, los más valientes consiguieron abrirse camino a través de las huestes musulmanas y ganar la cima de una colina pequeña y allí, hora tras hora, cerraron filas alrededor del estandarte de la Cruz, y rechazaron las cargas de los escuadrones enemigos.

Pero el destino del poderío cristiano estaba sellado. Al ponerse el sol, Saladino ya era señor de Palestina, los caballeros cristianos cubrían el campo apilados en montones, y el rey de Jerusalén, el Gran Maestro de los Templarios y Reinaldo de Chatillon estaban cautivos en la tienda del sultán. Saladino trató a dos de los prisioneros con la cortesía de un príncipe, y ordenó que se les sirvieran refrescos. Cuando el rey le entregó un sorbete helado a Chatillon, el sultán dijo: «Eres tú quien se lo da, no yo». Recordó su juramento y mató al infortunado caballero de Chatillon con sus propias manos.

Costaba asimilar que aquella silenciosa meseta había resonado al ritmo de las marchas marciales, y temblado bajo los pisotones de los hombres armados. Costaba poblar tanta soledad con afanadas columnas de caballeros, y agitar sus ritmos aletargados con los gritos de los vencedores, las quejas de los heridos, y el brillo del estandarte y el acero por encima de las agitadas oleadas de la guerra. Es tanta la

desolación que no hay imaginación capaz de adornarla con la pompa de la vida y del combate.

Llegamos sanos y salvos a Tabor, y muy por delante de ese farsante recubierto de chatarra que teníamos por guarda. No vimos ni a un solo ser humano en todo el viaje, y mucho menos hordas anárquicas de beduinos. Tabor se levanta solitario, un centinela gigante sobre la llanura de Esdrelón. Se eleva unos cuatrocientos veinticinco metros por encima del nivel de las tierras que lo rodean, un cono verde, con árboles, simétrico y elegante, un punto de referencia prominente, que resulta sumamente agradable a los ojos hartos de la repulsiva monotonía de la desierta Siria. Ascendimos el empinado sendero que lleva a su cima, atravesando calveros de espinos y robles, en los que se dejaba sentir la brisa. El panorama que se vislumbraba desde su pico más alto resultaba casi bonito. Abajo estaba la ancha y nivelada llanura de Esdrelón, con los campos trabajados de manera que la hacían parecer un tablero de ajedrez, y tan llenos como suaves y uniformes, o eso parecía; en los bordes estaba salpicada de aldeas compactas y blancas, ligeramente esbozadas, cerca y lejos, con las curvas de los caminos y senderos. Cuando está vestida con el alegre verdor de la primavera, ella sola debe presentar una imagen encantadora. Rodeando su límite sur, se eleva el «pequeño Hermón», desde cuya cima se entrevé Gilboa. También se ven Naín, famoso por la resurrección del hijo de la viuda, y Endor, igualmente famoso por las actuaciones de su pitonisa. Hacia el este se halla el valle del Jordán y, más allá, los montes de Galad. Hacia el oeste está el monte Carmelo. Hermón al norte, las mesetas de Basham, Safed, la ciudad santa, de un blanco reluciente sobre una elevada estribación del monte Líbano, un rincón azul acerado del mar de Galilea, los Cuernos de Hattin, tradicional «montaña de las Bienaventuranzas» y testigo mudo de las batallas luchadas por el ejército cruzado en defensa de la Santa Cruz; todos ellos completan el cuadro.

Observar las principales características de este paisaje a través del pintoresco marco de una ventana de piedra, desigual y ruinosa, un arco de la época de Cristo, que oculta a la vista todo aquello que no resulta atractivo, es asegurarse un placer por el que merece la pena ascender la montaña. Hay que ponerse cabeza abajo para conseguir el mejor efecto en un exquisito ocaso, y enmarcar el paisaje de manera decidida y atrevida con lo que tenemos a mano para realzar su belleza. Esta verdad se aprende, para no olvidarla jamás, en esa ficticia tierra de encantamiento, el maravilloso jardín de mi señor el conde Pallavicini, cerca de Génova. Allí se puede caminar durante horas entre colinas y cañadas pobladas de árboles, artísticamente estudiadas para dar la impresión de que la Naturaleza las creó, y no el hombre; seguir tortuosos senderos que llevan a saltos de agua y a rústicos puentes; encontrar lagos silvanos donde nadie lo espera; merodear entre ruinosos castillos medievales en miniatura, que parecen muy antiguos pero fueron construidos hace una docena de años; meditar sobre viejas tumbas desmoronadas, cuyas columnas de mármol fueron deslucidas y rotas a propósito por el artista moderno que las hizo; tropezar sin darse

cuenta con palacios de juguete, hechos con materiales raros y costosos, y con una cabaña de campesino, cuyos muebles destartados jamás sugerirían que fueron hechos así por encargo; dar vueltas sin parar en medio de un bosque, sobre un caballo de madera encantado que se mueve gracias a una fuerza invisible; cruzar carreteras romanas y pasar bajo majestuosos arcos triunfales; descansar en pintorescos rincones umbríos donde unos espíritus que no se dejan ver nos lanzan chorros de agua desde todas las direcciones posibles, y donde hasta las flores que tocamos nos asaltan con una ducha; pasear en barca por un lago subterráneo entre cavernas y arcos magníficamente adornados con grupos de estalactitas, y salir, a plena luz del día, a otro lago, que está bordeado por inclinados montículos de hierba y al que alegran unas falúas patricias, nadando ancladas a la sombra de un templo de mármol en miniatura, que surge del agua y refleja sus blancas estatuas y sus columnas estriadas de ricos capiteles en las calmas profundidades. Y así, de maravilla en maravilla, hemos errado, siempre pensando que la última vista es la mejor. Y, en verdad, la mejor de las maravillas nos la reservan para el final, pero no la vemos hasta que ponemos el pie en la orilla y, atravesando un bosque de flores poco comunes traídas desde todos los rincones de la tierra, nos encontramos a las puertas de otro templo ficticio. Y justo aquí, el artista decidió poner a prueba su ingenio como nunca antes y abrir las puertas del país de las hadas. Miramos a través de un modesto cristal, con manchas amarillas, y lo primero que vemos es una masa de trémulo follaje, a diez pasos escasos de donde estamos, en cuyo centro hay una abertura, como una entrada, de esas que son tan comunes en la naturaleza y que no nos hacen sospechar que deban su existencia al diseño humano, y sobre el extremo de la entrada sobresalen, de lo más natural, unas anchas hojas tropicales y flores brillantes. De repente, a través de esa entrada alegre y llamativa, atisbamos la imagen más intensa, suave y hermosa que jamás haya honrado los sueños de un santo moribundo desde que Juan contempló la Nueva Jerusalén reluciendo sobre las nubes del Cielo. Una amplia extensión de mar, salpicada de velas bamboleantes; un cabo pronunciado que sobresale, con un faro elevado; bajo él, un césped en pendiente; más allá, una parte de la vieja «ciudad de los palacios», con sus parques, sus colinas y sus imponentes mansiones; aún más lejos, una montaña prodigiosa, con su duro perfil recortado contra el cielo y el mar; y sobre todo ello, vagabundos jirones y pedazos de nube, flotando en un mar de oro. El océano es oro, la ciudad es oro, el prado, la montaña, el cielo: todo es dorado, y delicado, y de ensueño, como una visión del Paraíso. Ningún artista podría reflejar sobre el lienzo su cautivadora belleza y, sin embargo, sin el cristal amarillo y el accidente, cuidadosamente ideado, de un marco que le confiera una distancia encantadora y aleje de él cualquier rasgo poco atractivo, no sería un paisaje que nos dejaría extasiados. Así es la vida, y todos llevamos encima el rastro de la serpiente.

Ya no nos queda más que volver al viejo Tabor, aunque el tema es bastante pesado, y no soy capaz de ceñirme a él sin distraerme con escenas más agradables para el recuerdo. Así que creo que me lo voy a saltar. En el monte Tabor no hay nada



(dejando a un lado que fue el escenario de la Transfiguración), sólo unas viejas y grises ruinas, apiladas allá arriba durante todas las edades del mundo, desde los días del valeroso Gedeón y los grupos que prosperaron hace treinta siglos, hasta el reciente ayer de la era de las Cruzadas. Tiene un monasterio griego, donde hay buen café, pero ni una sola astilla de la Vera Cruz o el hueso de un santo sagrado para detener los frívolos pensamientos mundanos y reconducirlos por cauces más serios. Una iglesia católica sin reliquias no es nada para mí.

La llanura de Esdrelón, «el campo de batalla de las naciones», sólo nos lleva a soñar con Josué, Ben Adad, Saulo y Gedeón; Tamerlán, Tancredo, Corazón de León y Saladino; los reyes guerreros de Persia, los héroes de Egipto y Napoleón, porque todos ellos lucharon aquí. Si la magia de la luna pudiese sacar de sus tumbas de siglos olvidados y muchas tierras, a las incontables miríadas de seres que han batallado sobre este suelo, y ataviarlos con los miles de extrañas vestimentas que corresponden a sus cientos de nacionalidades, y enviar tan enorme hueste a recorrer el llano, espléndida con sus penachos, estandartes y rutilantes lanzas, podría quedarme siglos aquí para ver el desfile fantasma. Pero la magia de la luna es vanidad y farsa; y quien en ella confíe, sufrirá pena y decepción.

A los pies del monte Tabor, justo en el borde de la llanura de Esdrelón, tan celebrada por la historia, se encuentra la insignificante aldea de Deburieh, donde vivió Débora, la profetisa de Israel. Es como Magdala.

## L

**D**escendimos del monte Tabor, cruzamos un profundo barranco y seguimos una accidentada y pedregosa senda hasta Nazaret, situada a dos horas de distancia. En Oriente, todas las distancias se miden en horas, en vez de en millas. Un buen caballo recorrerá tres millas por hora sobre casi cualquier tipo de camino; por lo tanto, aquí una hora siempre corresponde a tres millas. Esta forma de calcular resulta molesta e irritante; y hasta que nos acostumbramos a ella por completo, la mente no la descifra si no nos detenemos antes a traducir las horas paganas a millas cristianas, como se hace con las palabras habladas de una lengua extranjera con la que estamos familiarizados, pero no lo bastante como para captar su significado de inmediato. Las distancias viajadas por el pie humano también se calculan en horas y minutos, aunque no sé cuál es la base de dicho cálculo. Si en Constantinopla preguntamos «¿A qué distancia está el Consulado?», nos contestan «A unos diez minutos». «¿A qué distancia está la Agencia Lloyd's?», «A un cuarto de hora». «¿A qué distancia está el puente inferior?», «A cuatro minutos». No estoy totalmente seguro, pero creo que aquí, cuando un hombre encarga un par de pantalones, dice que los quiere de un cuarto de minuto de pernera, y nueve segundos de cintura.

Dos horas desde el monte Tabor a Nazaret, y como se trataba de un sendero excepcionalmente estrecho y tortuoso, necesariamente nos tropezamos con todas las caravanas de camellos y reatas de mulas que van de Jericó a Jacksonville en aquel punto en particular, y no en otro. Lo de las mulas no importa demasiado, porque son tan pequeñas que, si el caballo es animal decidido, podemos conseguir que las salte, pero es imposible saltar por encima de un camello. Un camello es tan alto como las casas normales de Siria, lo que equivale a decir que es entre treinta y sesenta centímetros —a veces hasta un metro— más alto que un hombre. En esta parte del país suele ir cargado de sacos colosales, uno a cada lado. Él y su carga ocupan tanto espacio como una carroza. Imaginen lo que es encontrarse con esa clase de obstrucción en un sendero estrecho. El camello no se aparta ni loco. Continúa sereno, echando hacia delante sus zancos almohadillados con el balanceo largo y regular de un péndulo, y cualquier cosa que se interponga, debe separarse o asumir que será arrastrada a la fuerza por los voluminosos sacos. Fue un viaje pesado para nosotros, y totalmente agotador para los caballos. Nos vimos obligados a saltar por encima de mil ochocientos burros, y sólo una de las personas del grupo fue derribada menos de treinta y seis veces por los camellos. Esta afirmación puede parecer fuerte, pero como dijo el poeta «Las cosas no son lo que parecen». No se me ocurre nada que produzca más escalofríos que uno de esos camellos de patas acolchadas acercándose a hurtadillas a alguien y tocándole la oreja con su frío y fofo labio inferior. Un camello le hizo eso a uno de los muchachos, que se marchitaba sobre su silla, totalmente en las nubes. Miró hacia arriba y vio a la majestuosa aparición cernerse sobre él, e hizo frenéticos esfuerzos por quitarse de en medio, pero el camello alargó el cuello y le

mordió en el hombro antes de que lo consiguiera. Fue el único incidente agradable del viaje.

En Nazaret acampamos en un olivar próximo a la fuente de la Virgen María, y el maravilloso «guarda» árabe vino a recoger algunas propinas por sus «servicios», consistentes en seguirnos desde Tiberíades y ahuyentar peligros invisibles con el terror de su armamento. El dragomán le había pagado a su amo, pero eso no contaba: aquí, si contratamos a un hombre para que estornude por nosotros, y otro hombre decide ayudarlo, tenemos que pagarles a los dos. No hacen nada de nada sin su paga. Cómo debió sorprender a estas gentes oír que el camino de la salvación se les ofrecía «*sin dinero, sin pagar*» [63]. Si los modales, las gentes o las costumbres de este país han cambiado desde la época del Salvador, las figuras y metáforas de la Biblia no son las pruebas adecuadas para demostrarlo.

Entramos en el gran convento latino que han construido sobre el lugar de residencia de la Sagrada Familia. Descendimos un tramo de quince escalones y nos encontramos en el interior de una pequeña capilla engalanada con tapices, lámparas de plata y pinturas al óleo. Un lugar marcado con una cruz en el suelo de mármol, bajo el altar, se muestra como el punto que los pies de la Virgen santificaron para siempre, ya que allí permaneció de pie para recibir el mensaje del ángel. ¡Que una localidad tan sencilla y sin pretensiones haya sido el escenario de un acontecimiento tan grandioso! El escenario de la Anunciación, un acontecimiento que ha sido conmemorado con espléndidos santuarios y augustos templos en todo el mundo civilizado, y cuya digna representación en el lienzo constituye la ambición más elevada de los príncipes del arte; un lugar cuya historia es conocida por todos los niños de todos los hogares, ciudades y oscuras aldeas de los puntos más alejados de la Cristiandad; un lugar por el que miríadas de hombres recorrerían lo ancho y largo de este mundo, y considerarían un privilegio incalculable poder verlo. Era fácil pensar en estas cosas. Pero ya no lo era tanto persuadirme a mí mismo de la magnitud de la situación. Podía sentarme a varios miles de millas de distancia e imaginarme al ángel apareciéndose, con las alas indistintas y el semblante lustroso, y percibir la gloria que manaba sobre la cabeza de la Virgen mientras el mensaje del Trono de Dios llegaba a sus oídos; cualquiera puede hacerlo, al otro lado del océano, pero pocos consiguen hacerlo aquí. Vi el pequeño hueco desde el que entró el ángel, pero no pude llenar su vacío. Los ángeles que yo conozco son criaturas de inestable fantasía: no encajan en huecos de piedra maciza.

La imaginación funciona mejor en la distancia. Dudo que nadie pueda permanecer de pie en la Gruta de la Anunciación y poblar sus muros de piedra, demasiado tangibles, con las imágenes de fantasía que guarda en su mente.

Nos mostraron un pilar de granito roto, colgando del techo que, según dijeron, fue partido en dos por los conquistadores musulmanes de Nazaret, con la vana esperanza de echar abajo el santuario. Pero el pilar permaneció milagrosamente suspendido en el aire y, aún sin apoyo, soportó, y sigue soportando, el techo. Después de dividir

entre ocho esta afirmación, no nos resultó difícil creerla.

Estos dotados monjes latinos nunca hacen las cosas a medias. Si nos mostrasen la serpiente de bronce que fue elevada en el desierto, pueden estar seguros de que tendrían a mano también el asta sobre la que la elevaron, e incluso el agujero en el que se apoyaba. Aquí tienen la «Gruta» de la Anunciación; y tan oportuna como lo es la garganta a la boca, tienen también la cocina de la Virgen, y hasta su sala de estar, donde ella y José miraban como el niño Salvador jugaba con sus juguetes hebreos, hace mil ochocientos años. Todo bajo el mismo techo, y todas son «grutas» limpias, espaciaosas y cómodas. Parece curioso que los personajes íntimamente relacionados con la Sagrada Familia siempre vivieran en grutas: en Nazaret, en Belén, en la imperial Éfeso, y sin embargo a nadie más, en aquellos tiempos, se le ocurriese hacer semejante cosa. Y si lo hicieron, sus grutas no se conservan, y supongo que deberíamos asombrarnos ante la curiosa maravilla que supone la conservación de éstas a las que me refiero. Cuando la Virgen huyó de la ira de Herodes, se ocultó en una gruta de Belén, que allí sigue. La matanza de los inocentes en Belén se hizo en una gruta; el Salvador nació en una gruta: ambas se les muestran a los peregrinos. Resulta sumamente extraño que esos tremendos acontecimientos hayan tenido lugar en grutas; y además ha sido una suerte, porque hasta las casas más resistentes acaban cayéndose con el paso del tiempo, pero una gruta excavada en plena roca perdura para siempre. Este asunto de las grutas es una impostura, pero todos deberíamos estarles agradecidos a los católicos por ella. Dondequiera que encuentran una localidad perdida, santificada por algún hecho bíblico, inmediatamente levantan una gigantesca iglesia, casi imperecedera, y conservan la memoria de dicha localidad para satisfacción de las generaciones futuras. Si hubiese quedado en manos de los protestantes llevar a cabo un trabajo tan valioso, hoy ni siquiera sabríamos dónde está Jerusalén, y el hombre capaz de poner el dedo sobre Nazaret, sería demasiado sabio para ser de este mundo. El mundo les debe a los católicos su buena voluntad, incluso por la feliz pillería de tallar estas grutas falsas en la piedra; porque resulta infinitamente más satisfactorio mirar una gruta, donde la gente cree, desde hace siglos, que vivió la Virgen, a tener que imaginar una residencia para ella en algún sitio, en cualquier sitio, en ningún sitio de la ciudad de Nazaret. Es demasiado terreno para abarcarlo todo. La imaginación no basta. No hay un lugar concreto que atraiga nuestra mirada, se apropie de nuestro interés y nos haga pensar. El recuerdo de los Peregrinos permanecerá en nosotros mientras exista la Roca de Plymouth. Los viejos monjes son sabios. Saben clavarle una estaca a una tradición agradable y, así, anclarla para siempre a un lugar.

Visitamos el lugar donde Jesús trabajó durante quince años de carpintero, y donde intentó hablar en la sinagoga y la multitud lo expulsó. En esos lugares hay capillas católicas, que protegen los pequeños fragmentos de los muros antiguos que aún quedan. Nuestros peregrinos cogieron muestras. También visitamos una capilla nueva, en medio de la ciudad, que está construida sobre una roca que mide tres

metros y medio de largo por un metro veinte de grosor; los sacerdotes descubrieron, hace unos años, que los discípulos se habían sentado, una vez, a descansar sobre la roca, cuando habían venido andando desde Cafarnaúm. Se apresuraron a conservar la reliquia. Las reliquias son propiedades muy buenas. Los viajeros han de pagar por verlas, y lo hacen alegremente. Nos gusta la idea. Nuestra conciencia no puede empeorar si sabemos que hemos pagado como hombres. A nuestros peregrinos les hubiese encantado sacar su negro de humo y sus plantillas de estarcido para dejar sus nombres grabados en aquella piedra, junto con los nombres de los pueblos de los que proceden, en América, pero los sacerdotes no permiten semejante cosa. Aunque para ser sinceros, nuestro grupo casi nunca ofende en ese sentido, a pesar de que en el barco tenemos alguno que nunca pierde la oportunidad de hacerlo. El peor pecado de nuestros peregrinos es su ansia por recoger «muestras». Supongo que, a estas alturas, se saben las dimensiones de la piedra al dedillo, y su peso también; y no dudo en afirmar que, esta noche, regresarán allí para intentar llevársela.

Esta fuente de la Virgen es donde, según la tradición, la Virgen María cogía agua veinte veces al día cuando era pequeña, y la transportaba en un ánfora sobre la cabeza. El agua fluye a través de unos grifos colocados en un muro de albañilería antigua que se yergue alejado de las casas de la aldea. Las jóvenes de Nazaret siguen acudiendo allí a docenas y mantienen el lugar lleno de risas y gorjeos. Las jóvenes de Nazaret son feúchas. Algunas tienen ojos grandes y lustrosos, pero ninguna tiene un rostro bonito. Normalmente llevan una única prenda de vestir y es suelta, sin forma, y de un color indefinido; también suele estar ya para el arrastre. Lucen, desde la coronilla a la mandíbula, curiosas cuerdas de viejas monedas, al estilo de las bellezas de Tiberíades, y piezas de latón en las muñecas y en las orejas. No llevan zapatos ni medias. Son las jóvenes más humanas que hemos encontrado hasta ahora en el país, y las de mejor carácter. Pero no hay duda de que estas doncellas tan pintorescas, por desgracia, carecen de belleza.

Un peregrino —el «Entusiasta»—, dijo:

—¡Miren esa joven alta y grácil! ¡Fíjense en la belleza de su rostro, como el de una Madonna!

Otro peregrino se acercó y dijo:

—¡Observen esa joven alta y grácil! ¡Qué belleza de reina, como la de una Madonna, transmite su rostro!

Yo dije:

—No es alta, es baja; no es hermosa, es feúcha; es graciosa, eso sí, pero es bastante torpona.

El tercero y último de los peregrinos apareció al poco y dijo:

—¡Ah, que joven alta y grácil! ¡Qué majestuosa belleza: la de una Madonna!

Ya teníamos todos los veredictos. Había llegado el momento de consultar las opiniones de los expertos. Encontré el párrafo que viene a continuación. ¿Quién lo escribió? Wm. C. Grimes:

*Instalados en las sillas, cabalgamos hasta el arroyo para echar un último vistazo a las mujeres de Nazaret, que eran, en conjunto y con mucho, las más hermosas que habíamos visto en Oriente. Al acercarnos al grupo, una joven alta, de diecinueve años, avanzó hacia Miriam y le ofreció un vaso de agua. Sus movimientos eran gráciles y majestuosos. Nos asombró la belleza de su rostro, como el de una Madonna. Whitely sintió sed de repente, pidió agua, y la bebió despacio, mirando por encima de su vaso directamente a sus enormes ojos negros, que lo observaban con la misma curiosidad que él a ella. Luego Moreright quiso agua. Ella se la dio y él consiguió derramarla para poder pedir otro vaso, así que cuando me tocó el turno, ella ya había comprendido lo que ocurría; sus ojos me miraron divertidos. Yo me reí y ella me acompañó, con una carcajada tan alegre como la de cualquier doncella campesina del viejo condado de Orange. Me hubiese gustado conservar su imagen. Una Madonna, cuyo rostro fuese el retrato de esa hermosa joven de Nazaret, sería un objeto bonito capaz de transmitir alegría.*

Ésta es la clase de bazofia que, desde hace años, se nos sirve desde Palestina. Me encomiendo a Fennimore Cooper para encontrar belleza en los indios, y a Grimes para hallarla en los árabes. Los hombres árabes suelen tener buen aspecto, pero las mujeres no. Podemos creer que la Virgen María era hermosa; no resulta natural pensar lo contrario; pero ¿de ello se deduce que es nuestro deber encontrar bellas a las nazarenas de hoy?

Me encanta citar a Grimes por lo dramático que resulta. Y porque es un romántico. Y porque parece importarle muy poco si dice la verdad o no, de manera que o asusta al lector, o suscita su envidia o su admiración.

Atravesó esta tierra pacífica con una mano permanentemente sobre su revólver, y la otra sobre su pañuelo. Siempre, cuando no estaba a punto de llorar ante un lugar sagrado, estaba a punto de matar un árabe. En Palestina le ocurrieron cosas más sorprendentes que a cualquier otro viajero, aquí o en cualquier otro lugar, desde que se murió Munchausen <sup>[64]</sup>.

En Beitin, donde nadie se había metido con él, salió arrastrándose de su tienda en plena noche y disparó a lo que creyó que era un árabe tumbado sobre una roca, a cierta distancia, planeando hacer el mal. La bala mató a un lobo. Justo antes de disparar, la descripción que hace de sí mismo resulta de lo más dramática, como siempre, para asustar al lector:

*¿Fue la imaginación o vi un objeto moverse sobre la superficie de la roca? Si era un hombre, ¿por qué no acabó conmigo? Tuvo una buena oportunidad cuando permanecí de pie, cubierto con mi túnica negra que se recortaba contra el blanco de la tienda. Tenía la sensación de que una bala había entrado en mi garganta, en mi pecho, en mi cerebro.*

¡Qué criatura tan imprudente!

Cabalgando hacia Genesaret, vieron a dos beduinos y «recurrimos a nuestras pistolas y las preparamos, en silencio, bajo nuestros chales», etc. Siempre tan sereno.

En Samaria cargó colina arriba, ante una lluvia de piedras; disparó contra la multitud de hombres que las arrojaban. Dice:

*No perdí ni una oportunidad de impresionar a los árabes con la perfección de las armas americanas e inglesas, y con el peligro que supone atacar a cualquiera de los francos armados. Creo que la lección de mis balas no cayó en saco roto.*

En Beitin le echó un buen rapapolvo a todo su grupo de muleros árabes, y luego:

*Me contenté con asegurarles solemnemente que si alguien volvía a desobedecer las órdenes, le daría tal paliza al responsable como nunca en su vida se la habían dado, y que si no descubriría quién era el responsable, los azotaría a todos, desde el primero al último, sin importar que tuviese a mano a un encargado o me viese obligado a hacerlo yo mismo.*

Tan arrojado, el hombre.

Descendió el sendero perpendicular tallado entre rocas que lleva desde el castillo de Banias hasta el robleal, a galope tendido: su caballo recorría «diez metros» en cada salto. Estoy dispuesto a presentar treinta testigos que demuestren que la famosa hazaña de Putnam <sup>[65]</sup> en Horseneck fue algo insignificante en comparación con esto.

Contemplémoslo ahora —siempre tan teatral— examinando Jerusalén, por descuido sin tener la mano sobre la pistola, sólo esta vez.

*Permanecí de pie en el camino, con la mano en el cuello del caballo, y con mis débiles ojos deseando seguir la silueta de los lugares santos que, tanto tiempo antes, había ya grabado en mi mente, pero las fluidas lágrimas no me lo permitían. Allí estaban nuestros criados mahometanos, un monje latino, dos armenios y un judío, y todos miraban con los ojos llenos de lágrimas.*

Si los monjes latinos y los árabes lloraban, tengo la total certeza de que los caballos lloraban también, con lo que la imagen estaría completa.

Pero cuando la necesidad así lo exigía, sabía ser duro e inflexible. En el valle del Líbano un joven árabe (un cristiano; insiste en explicar que los mahometanos no roban) le robó pólvora y munición por valor de unos míseros diez dólares. Lo hizo condenar ante un jeque y miró mientras lo castigaban a bastonazos. Oigámosle:

*Él (Mousa) se puso de espaldas en un abrir y cerrar de ojos, aullando, gritando, chillando, pero lo sacaron a la plaza, frente a la puerta, para que pudiésemos ver la operación, y lo situaron boca abajo. Un hombre se sentó sobre su espalda, y otro*

sobre una de sus piernas —éste último le sujetaba los pies— mientras un tercero le azotaba las plantas de los pies con un korbash <sup>[66]</sup> de piel de rinoceronte que silbaba en el aire a cada golpe. El pobre Moreright estaba sufriendo, y Nama y Nama Segunda (madre y hermana de Mousa), no paraban de suplicar y de gemir, agarradas a mis rodillas o a las de Whitely, mientras el hermano, afuera, hacía vibrar el aire con unos gritos más fuertes que los de Mousa. Hasta Yusef vino a pedirme de rodillas que cediera, y al final, también Betuni (el bribón había perdido un morral en casa de ellos y había sido el más interesado en denunciar aquella mañana) rogó al howajji que tuviera piedad de aquel hombre.

¡Pero él no! El castigo fue «suspendido» al *decimoquinto golpe* para escuchar la confesión. Después Grimes y los suyos se marcharon y dejaron a toda la familia cristiana en manos del *jeque musulmán*, para que los multase y castigase tan severamente como le pareciera adecuado.

*Al montar, Yusef me rogó una vez más que interfiriera y me compadeciese de ellos, pero yo miré a mi alrededor, a los oscuros rostros de la multitud, y no pude encontrar ni una gota de piedad por ellos en mi corazón.*

Cierra su relato con un divertidísimo arranque de humor que contrasta de maravilla con el dolor de la madre y los hijos.

Un párrafo más:

*Y una vez más incliné la cabeza. No es una vergüenza haber llorado en Palestina. Lloré cuando vi Jerusalén, lloré cuando yací en Belén a la luz de las estrellas. Lloré en las sagradas orillas de Galilea. Mi mano no perdía su firmeza en las riendas, mi ira no temblaba sobre el gatillo de mi pistola cuando cabalgaba con ella en la mano por la orilla del mar azul. [Llorando]. Las lágrimas no afectaban a mi vista, ni debilitaban mi corazón. Que aquel que se ría de mi emoción cierre aquí este libro, porque poco encontrará de su agrado en mis viajes por Tierra Santa.*

Saca agua de debajo de las piedras.

Soy consciente de que he hecho un repaso muy voluminoso del libro del Sr. Grimes. Sin embargo, resulta adecuado y legítimo hablar de él, porque *Nomadic Life in Palestine* es un libro representativo —representativo de una *clase* de libros sobre Palestina— y hacer una crítica de él es como criticarlos a todos. Y como lo trato en calidad de libro representativo, me he tomado la libertad de darles, tanto al libro como a su autor, nombres ficticios. Quizás sea mejor hacerlo así.



## LI

**N**azaret resulta increíblemente interesante porque tiene un aire de estar exactamente como la dejó Jesús, y nos descubrimos diciendo, todo el rato, «El Niño Jesús ha estado en este umbral; ha jugado en esa calle; ha tocado esas piedras con sus manos; se ha ido de excursión por esos montes calizos». Quienquiera que escriba sobre la niñez de Jesús con un poco de ingenio, hará un libro que resultará muy interesante, tanto a los jóvenes como a los mayores. Lo digo porque Nazaret nos resultó mucho más interesante que Cafarnaúm y el mar de Galilea, aun a pesar de lo que especulamos al respecto. De pie junto al mar de Galilea no era posible hacerse más que una idea vaga y lejana del majestuoso Personaje que caminó sobre sus aguas como si hubiese estado en tierra firme, y que, sólo con tocar a los muertos, éstos se levantaban y andaban. Ahora leo entre mis notas, con renovado interés, algunas frases sacadas de una edición de 1621 de los Evangelios Apócrifos. [Extracto].

*Cristo, besado por una novia a la que los encantadores habían dejado muda, la cura. Una joven leprosa, curada por el agua en la que se había bañado el Niño, se convierte en sirvienta de José y María. El hijo leproso de un príncipe es curado de igual manera.*

*Un joven que había sido encantado y convertido en mulo, se cura al ponerle al Niño sobre el lomo, y se casa con la joven que había sido curada de la lepra. Tras lo cual los transeúntes alaban a Dios.*

*Capítulo 16. Cristo milagrosamente alarga o corta puertas, ordeñaderos, catres y arcas que José no ha hecho bien por no estar extraordinariamente práctico en el arte de la carpintería. El rey de Jerusalén le encarga un trono a José, quien trabaja en él durante dos años y lo hace dos palmos más pequeño. El rey se enfada con él y Jesús lo consuela: le manda tirar de un lado del trono mientras él tira del otro, y así lo arregla y lo deja con las medidas adecuadas.*

*Capítulo 19. Jesús, acusado de haber empujado a un niño desde la terraza de una casa, milagrosamente hace que el niño muerto hable y lo absuelva. Su madre lo manda a buscar agua, se le rompe el cántaro y, milagrosamente, recoge el agua en su pañuelo y se la lleva a casa.*

*Lo envían ante un maestro, se niega a pronunciar las letras y, cuando el maestro va a castigarle con el látigo, se le seca la mano.*

Más adelante, en este singular volumen de evangelios rechazados, hay una epístola de San Clemente a los Corintios que se utilizó en las iglesias y que, hace mil cuatrocientos o mil quinientos años, se tenía por auténtica. En ella se nos ofrece este

relato sobre la legendaria ave fénix:

*1. Consideremos ese maravilloso tipo de resurrección que se ve en las regiones del oriente, esto es, en Arabia.*

*2. Hay un ave, llamada fénix. Ésta es la única de su especie, vive quinientos años; y cuando ha alcanzado la hora de su disolución y ha de morir, se hace un ataúd de incienso y mirra y otras especias, en el cual entra en la plenitud de su tiempo, y muere.*

*3. Pero cuando la carne se descompone, es engendrada cierta larva, que se nutre de la humedad de la criatura muerta y le salen alas. Entonces, cuando ha crecido bastante, esta larva toma consigo el ataúd en que se hallan los huesos de su progenitor, y los lleva desde el país de Arabia al de Egipto, a un lugar llamado la Ciudad del Sol.*

*4. Y en pleno día, y a la vista de todos, volando hasta el altar del Sol, los deposita allí; y una vez hecho esto, emprende el regreso.*

*5. Entonces los sacerdotes examinan los registros de los tiempos, y encuentran que ha venido cuando se han cumplido los quinientos años.*

Los negocios son los negocios, y no hay nada como la puntualidad, sobre todo en un ave fénix.

Los pocos capítulos relacionados con la infancia del Salvador contienen muchas cosas que parecen frívolas y que no merece la pena conservar. Sin embargo, la mayor parte del resto del libro se lee tan bien como la Biblia. Hay un versículo que no debían haber rechazado, porque resulta evidente que se refiere, proféticamente, a la tendencia general en los Congresos de los Estados Unidos:

*199. Se conducen bien, como hombres prudentes; y aunque son necios, pasan por maestros.*

He puesto estos extractos por escrito según los he encontrado. En todas las catedrales de Francia y de Italia, hallamos tradiciones que nos hablan de personajes que no aparecen en la Biblia, y de milagros que no se mencionan en sus páginas. Pero todos están en estos Evangelios Apócrifos y, aunque los han dejado fuera de la Biblia moderna, se afirma que eran evangelios aceptados hace doce o quince siglos, y se les concedía tanto crédito como a los que más. Es necesario leerlos antes de visitar tan venerables catedrales, con sus tesoros de tradición antigua y convertida en tabú.

En Nazaret nos obligaron a contar con otro pirata: otro invencible guarda árabe. Le echamos una última mirada a la ciudad, aferrada a la ladera como un avispero encalado, y a las ocho de la mañana partimos. Desmontamos y guiamos a los caballos

por un camino de herradura que me pareció tan tortuoso como un sacacorchos, que sé que es tan empinado como la curva descendente de un arco iris, y que tengo por el peor tramo de camino de toda la geografía mundial, a excepción de uno en las Islas Sándwich que recuerdo con horror, y posiblemente uno o dos senderos de montaña de Sierra Nevada. A menudo, en tan estrecho camino, el caballo tenía que mantenerse en equilibrio sobre un borde de tosca piedra, pasar las patas delanteras por encima de dicho borde y salvar una distancia, hacia abajo, que superaba la mitad de su altura. Eso hacía que casi rozase el suelo con el hocico, mientras su cola señalaba al cielo, lo que le daba aspecto de estar preparándose para hacer el pino. Un caballo pierde la dignidad en esa postura. Por fin terminamos el largo descenso y trotamos por la gran llanura de Esdrelón.

A alguno de los nuestros le pegarán un tiro antes de que termine la peregrinación. Los peregrinos han leído *Nomadic Life* y se mantienen en un estado constante de heroísmo quijotesco. Llevan la mano en la pistola todo el tiempo y, a veces, cuando menos lo esperamos, la desenfundan y apuntan a beduinos que no son visibles, y sacan sus cuchillos y les hacen unos pases terribles a otros beduinos que no existen. Siempre corro peligro de muerte, porque esos espasmos son repentinos e irregulares y, por supuesto, nunca sé cuando he de quitarme de en medio. Si me asesinan accidentalmente durante uno de esos románticos arrebatos de los peregrinos, el Sr. Grimes debe ser acusado formalmente como cómplice. Si los peregrinos apuntasen deliberadamente y disparasen a un hombre, me parecería de lo más adecuado, porque ese hombre no correría peligro; pero a lo que me opongo es a estos asaltos al azar. No deseo ver más lugares como Esdrelón, donde el terreno es llano y se puede galopar. Les mete tonterías melodramáticas a los peregrinos en la cabeza. De repente, cuando uno va avanzando tranquila y estúpidamente bajo el sol, pensando en las musarañas, aparecen ellos, galopando tempestuosamente, espoleando y gritándoles a esos pobres pencos de lomos llagados y ulcerados hasta que sus pezuñas vuelan de tal forma que sobrepasan a sus cabezas, y cuando pasan zumbando, aparece de repente un revolver como de juguete, se oye un pequeño estallido que sobresalta, y un perdigón atraviesa el aire silbando. Ahora que he empezado este peregrinaje, tengo intención de terminarlo aunque, en verdad, ha sido el valor más desesperado lo que, hasta el momento, me ha llevado a cumplir mi propósito. No me importan los beduinos, no les tengo miedo; porque ni los beduinos ni los árabes normales han mostrado disposición alguna a hacernos daño, pero sí les tengo miedo a mis propios compañeros.

Al llegar al extremo más alejado de la llanura, ascendimos un pequeño montículo y nos encontramos en Endor, famoso por su pitonisa.

Sus descendientes siguen allí. Componían la horda de salvajes medio desnudos más primitiva que hemos visto hasta ahora. Salían arrastrándose de una especie de colmenas; de unas chabolas tipo caja de mercería; de unas cuevas abiertas bajo las rocas arrinconadas; de unas grietas que había en el suelo. En cinco minutos, la

soledad y el silencio sepulcral de aquel sitio desaparecieron, y una multitud implorante, chillona y gritona se afanaba entre las patas de los caballos y nos bloqueaba el paso. «¡Limosna! ¡Limosna! ¡Limosna! ¡Howajji, limosna!». Otra vez Magdala, sólo que aquí el brillo de los ojos infieles era feroz y lleno de odio. Son doscientos cincuenta habitantes y más de la mitad vive en cuevas talladas en las rocas. La especialidad de Endor es la suciedad, la degradación, el salvajismo. Ya no hacemos comentarios sobre Magdala y Deburieh. Endor encabeza la lista. Es peor que cualquier *campoodie* <sup>[67]</sup> indio. La colina es yerma, pedregosa y agreste. No se ve ni una ramita de hierba, y sólo un árbol. Es una higuera, que mantiene un precario equilibrio entre las rocas situadas ante la entrada a la sombría caverna que ocupó la auténtica adivina de Endor. Según la tradición, en esta cueva Saúl, el rey, se sentó a la medianoche, y observó y se espantó, mientras la tierra temblaba, los truenos caían entre las colinas y, en medio del fuego y del humo, el espíritu del profeta muerto apareció y se enfrentó a él. Saúl había llegado hasta allí a escondidas, de noche, mientras su ejército dormía, para saber qué destino le esperaba en la batalla del día siguiente. Se marchó triste, a sufrir deshonra y muerte.

Un arroyuelo mana, gota a gota, de entre las piedras, en los oscuros recovecos de la caverna, y nosotros teníamos sed. Los ciudadanos de Endor no querían que la visitásemos. No les importa la suciedad; no les importan los harapos; no les importan los piojos; no les importan la ignorancia y el salvajismo; no les importa sufrir un nivel razonable de inanición, pero sí les gusta aparecer puros y santos ante su dios, sea quien sea, y por eso se estremecen y llegan a palidecer sólo al pensar que unos labios cristianos puedan contaminar un arroyuelo cuyas aguas deben descender por sus santificados esófagos. No teníamos ningún deseo de herir *siquiera* sus sentimientos, ni de ignorar sus prejuicios, pero nos habíamos quedado sin agua por lo que, ya a primera hora, nos moríamos de sed. Fue en ese momento, y en esas circunstancias, cuando formulé un aforismo que se ha hecho muy célebre. Dije: «La necesidad no conoce ley». Entramos y bebimos.

Nos alejamos de aquellos ruidosos miserables, por fin, dejándolos atrás en cuadrillas y en parejas mientras desfilábamos sobre las colinas: primero los ancianos, luego los niños, y las jovencitas un poco más allá; los hombres fuertes corrieron a nuestro lado durante una milla, y sólo se fueron cuando estuvieron seguros de llevarse todas las piastras posibles en calidad de limosna.

Al cabo de una hora llegamos a Naín, donde Cristo resucitó al hijo de la viuda. Naín es Magdala en menor proporción. No tiene población relevante. A unos cien metros, se encuentra el cementerio original, por lo que yo alcanzo a comprender; las lápidas están tumbadas en el suelo, que es la moda judía en Siria. Creo que los musulmanes no les permiten colocar las lápidas de pie. Una tumba musulmana suele estar toscamente enyesada y encalada y, en un extremo, tiene un saliente hacia arriba moldeado con el fin de lograr una rudimentaria ornamentación. En las ciudades no suele tener forma de tumba: una lápida alta y delgada, de mármol, elaboradamente

escrita, dorada y pintada, marca el lugar del enterramiento, y está rodeada por un turbante, esculpido y con la forma necesaria para indicar el rango que el muerto tenía en vida.

Nos mostraron un fragmento de un antiguo muro que, según ellos, era un lateral de la puerta por la que sacaban al hijo muerto de la viuda, hace ya tantos siglos, cuando Jesús se encontró con la procesión:

*Cuando se acercaban a las puertas de la ciudad vieron que llevaban un muerto, hijo único de su madre, viuda, y una muchedumbre bastante numerosa de la ciudad la acompañaba. Viéndola el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y Él dijo: Joven, a ti te hablo, levántate. Sentóse el muerto y comenzó a hablar, y Él se lo entregó a su madre. Se apoderó de todos el temor y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo. [68]*

Una pequeña mezquita se levanta en el lugar en que, según la tradición, estaba la casa de la viuda. Dos o tres árabes ancianos se sentaban ante su puerta. Entramos y los peregrinos arrancaron muestras del muro maestro, aunque para ello tuvieron que tocar, e incluso pisar, las alfombras de oración. Fue casi como arrancarles un pedazo de su corazón a aquellos ancianos árabes. Pisar a las bravas sus sagradas alfombras de oración, calzados con botas —algo que ningún árabe osa hacer— era infligir un terrible dolor a unos hombres que no nos habían ofendido de ninguna manera. Imaginemos que un grupo de extranjeros armados entran en la iglesia de una aldea americana, rompen ornamentos del altar para llevárselos como recuerdo, y caminan sobre la Biblia y sobre los cojines del púlpito. Aunque son casos distintos. Una cosa es profanar un templo de nuestra fe, y otra es sólo la profanación de un templo pagano.

Descendimos de nuevo a la llanura y nos detuvimos un momento en un pozo —de la época de Abraham, sin duda. Se hallaba en un lugar desierto. Lo rodeaba un muro de un metro de alto hecho con pesados bloques de piedra, como las imágenes que nos muestra la Biblia. A su alrededor había camellos de pie, y otros arrodillados. También había un grupo de serenos burritos a los que trepaban unos niños desnudos y sucios, o se sentaban a horcajadas sobre sus cuartos traseros, o les tiraban del rabo. Las doncellas descalzas, morenas y de ojos negros, ataviadas con harapos y adornadas con brazaletes de latón y pendientes de pacotilla, estaban acomodando los cántaros sobre sus cabezas, o sacaban agua del pozo. Cerca se veía un rebaño de ovejas, a la espera de que los pastores llenasen de agua las piedras huecas para poder beber; unas piedras que, como las que rodeaban el 68 pozo, estaban muy desgastadas y profundamente rayadas por el roce de las quijadas de cientos de generaciones de animales sedientos. En el suelo se sentaban unos pintorescos árabes, en grupos, que fumaban, solemnes, sus alargados *chibuks*. Otros árabes llenaban de agua unas pieles

de cerdo negro que, cuando estaban llenas del todo e hinchadas con el agua hasta que las cortas patas sobresalían del resto del odre, parecían los cadáveres de los cerdos abotargados después de ahogarse. Se trataba de la típica imagen oriental que yo había adorado mil veces en los suaves y espléndidos grabados. Pero en los grabados no había desolación; ni suciedad; ni harapos; ni pulgas; ni rasgos feos; ni ojos enfermos; ni moscas dándose un banquete; ni embrutecida ignorancia en los rostros; ni calvas en los lomos de los burros; ni parloteos desagradables en lenguas desconocidas; ni el hedor de los camellos; ni indicios de que un par de toneladas de polvo situado bajo el grupo, desencadenadas, intensifiquen el efecto y aporten a la escena un genuino interés y un atractivo que siempre sería agradable recordar, aunque viviésemos mil años. Las escenas orientales están mejor en los grabados. Yo ya no me trago esa imagen de la reina de Saba visitando a Salomón. Me digo a mí mismo: «Está usted muy guapa, señora, pero no tiene los pies limpios y apesta como un camello».

Al poco, un árabe salvaje que estaba a cargo de una caravana de camellos, reconoció en Ferguson a un viejo amigo, y ambos corrieron, se abrazaron y se besaron las caras mugrientas y barbudas. Al instante comprendí algo que siempre me había parecido una rebuscada figura retórica oriental. Me refiero a esa circunstancia en la que Cristo reprende a un fariseo, o algún otro personaje de éstos, y le recuerda que no ha recibido de él ningún «beso de bienvenida». A mí no me parecía razonable que los hombres se besaran, pero ahora me doy cuenta de que lo hacían así. También tenía su razón. La costumbre era algo natural y adecuado, porque la gente necesita besar, y ningún hombre de este país se atrevería a besar a una mujer por su cuenta y riesgo. Para aprender, hay que viajar. Ahora, a diario, viejas frases bíblicas que antes no habían tenido ningún significado para mí, lo adquieren de repente.

Continuamos rodeando la base del pequeño Hermón, pasamos el castillo de los viejos cruzados de El Fuleh, y llegamos a Sunam. Era otra Magdala, en pequeño, con frescos y todo. Aquí, según la tradición, nació el profeta Samuel, y aquí la mujer sunamita construyó una casa sobre la muralla de la ciudad para albergar al profeta Eliseo. Eliseo le preguntó qué esperaba a cambio. Se trataba de una cuestión perfectamente natural, porque estas gentes tenían, y tienen, la costumbre de brindar favores y servicios para luego esperar, y pedir, que les paguen. Eliseo los conocía bien. No podía comprender que nadie le construyese esa humilde y pequeña habitación sólo por la existencia de una vieja amistad, y sin motivo egoísta alguno. Antes me parecía que Eliseo había sido descortés, por no decir grosero, con la mujer al preguntárselo, pero ahora ya no me lo parece. La mujer dijo que no esperaba nada. Y entonces, por su bondad y su generosidad, él le dio la alegría de comunicarle que tendría un hijo. Era una gran recompensa, pero ella no le habría dado las gracias por una hija: aquí las hijas siempre han sido impopulares. El hijo nació, creció, se hizo fuerte y se murió. Eliseo lo resucitó en Sunam.

Aquí encontramos un huerto de limoneros: fresco, umbrío y lleno de frutos. Somos dados a sobreestimar la belleza cuando escasea pero, a mí, ese huerto me

pareció muy bonito. Era muy bonito. Y no lo sobreestimo. Siempre recordaré Sunam con gratitud, como el lugar que nos proporcionó ese frondoso refugio después de nuestro largo y abrasador viaje. Almorzamos, descansamos, charlamos, fumamos nuestras pipas durante una hora, y luego montamos y seguimos adelante.

Mientras cruzábamos trotando el valle de Jezrael, nos encontramos con media docena de indios excavadores <sup>[69]</sup> (beduinos) que traían unas lanzas muy largas en las manos, retozaban sobre viejos caballos demacrados y acometían a los enemigos imaginarios; gritaban y agitaban sus harapos al viento, comportándose, en todos los sentidos, como una panda de locos sin salvación. Por fin, aquí estaban «los salvajes y libres hijos del desierto que recorrían al galope la llanura como el viento, sobre sus yeguas árabes» acerca de los que tanto habíamos leído y que tanto deseábamos ver. Aquí estaban las «pintorescas vestimentas». Éste era el «gallardo espectáculo». Mendigos andrajosos, burda baladronada, las «yeguas árabes» daban vueltas y estiraban el pescuezo como un ichthyosaurus de museo, y tenían joroba y eran anguladas como los dromedarios. Echarle un vistazo a un genuino hijo del desierto es despojarlo para siempre de todo su encanto, contemplar su corcel es desear, por caridad, quitarle los arreos y dejar que se caiga hecho pedazos.

Al poco llegamos a una población vieja y ruinoso sobre una colina, que era la antigua Jezrael.

Ajab, rey de Samaria, (éste era un reino inmenso para aquellos tiempos, y era casi la mitad de grande que Rhode Island) vivía en la ciudad de Jezrael, que era su capital. Cerca de él vivía un hombre que respondía al nombre de Nabot y que tenía una viña. El rey se la pidió, y como no se la quiso dar, se ofreció a comprársela. Pero Nabot se negó a venderla. En aquellos tiempos se consideraba que era una especie de delito deshacerse de la herencia recibida, fuera cual fuese el precio, y aunque un hombre se deshiciese de ella, volvía a ser suya o de sus herederos en el siguiente aniversario. Así que aquel hijo de rey malcriado fue a echarse sobre su cama, mirando a la pared, y se lamentó enormemente. La reina, un personaje famoso del momento, y cuyo nombre es sinónimo de deshonor aún ahora, entró y le preguntó porqué estaba tan triste, y él se lo contó. Jezabel dijo que ella conseguiría la viña; así que falsificó unas cartas dirigidas a los nobles y sabios, en nombre del rey, en las que les ordenaba proclamar un ayuno, llevar a Nabot ante el pueblo y poner ante él a dos testigos que jurasen que había blasfemado. Lo hicieron así y el pueblo lapidó al acusado junto a la muralla, donde murió. Luego Jezabel acudió junto al rey y le dijo: «Mira, Nabot no vive ya. Levántate y ve a posesionarte de su viña». Y Ajab bajó a la viña para tomar posesión de ella. Pero el profeta Elías se reunió con él y le hizo conocer su destino y el de Jezabel; y le dijo que en el lugar donde los perros habían lamido la sangre de Nabot, también lamerían la suya. Además, le dijo que los perros se comerían a Jezabel junto a la muralla de Jezrael. Con el paso del tiempo, el rey murió en combate, y cuando lavaron las ruedas de su carro en el estanque de Samaria, los perros lamieron su sangre. Años después, Jehú, que era rey de Israel, se lanzó contra Jezrael, por orden

de uno de los profetas, y propinó una de esas reprimendas tan efectivas y tan comunes entre las gentes de aquellos tiempos: mató muchos reyes y muchos súbditos y, al avanzar, vio a Jezabel, pintada y bien vestida, que miraba por la ventana, y ordenó que la echaran abajo. Un sirviente lo hizo y el caballo de Jehú la pisoteó. Después Jehú se fue a cenar; y al poco dijo: «Id a enterrar a esa maldita, que al fin es hija de rey». Sin embargo, el espíritu caritativo se apoderó de él demasiado tarde, porque la profecía ya se había cumplido: los perros se la habían comido y «no hallaron de ella más que el cráneo, los pies y las palmas de las manos»<sup>[70]</sup>.

Ajab, el difunto rey, había dejado tras él una familia indefensa y Jehú mató a setenta de los hijos huérfanos. Después mató a todos los parientes, maestros, sirvientes y amigos de la familia, y descansó de su tarea hasta que llegó cerca de Samaria, donde se encontró con cuarenta y dos personas, a las que preguntó quiénes eran; le dijeron que eran hermanos del rey de Judá. Los mató. Cuando llegó a Samaria, dijo que mostraría su fervor por el Señor; así que reunió a los sacerdotes y a todas las gentes que adoraban a Baal, diciéndoles que iba a adoptar sus creencias y a ofrecer un gran sacrificio; y cuando estaban todos encerrados donde no podían defenderse, hizo que los mataran. Después Jehú, el buen misionero, descansó una vez más de su tarea.

Regresamos al valle y cabalgamos hasta la fuente de Jarod. Suelen llamarla la fuente de Jezrael. Aquí Gedeón acampó en los viejos tiempos; junto a Sunam estaban «Madián, Amalec y los Bene Quedem», que resultaban «como una nube de langostas. Ellos y sus camellos eran innumerables y venían a la tierra para devastarla»<sup>[71]</sup>. Lo que significa que había ciento treinta y cinco mil hombres, con un servicio de transporte a la medida.

Gedeón, con sólo trescientos hombres, los sorprendió por la noche y se quedó de pie, mirando como se masacraban entre sí, hasta que ciento veinte mil quedaron muertos sobre el campo.

Antes de anochecer, acampamos en Jenín, y a la una de la madrugada nos levantamos y nos pusimos de nuevo en camino. Más o menos al amanecer, pasamos la localidad donde la tradición más autenticada sitúa el pozo en el que sus hermanos arrojaron a José y, sobre el mediodía, después de pasar una serie de cumbres montañosas, cubiertas de huertos de olivos e higueras, con el Mediterráneo a la vista, a cuarenta millas de distancia, y de atravesar muchas ciudades bíblicas cuyos habitantes observaban con salvaje furia nuestra cristiana procesión, y parecían inclinados a practicar su puntería lanzándole piedras, llegamos a las singulares, y nada agraciadas, colinas colgantes, que revelaban que habíamos salido de Galilea y entrado en Samaria, por fin.

Ascendimos un elevado monte para visitar la ciudad de Samaria, de donde pudo proceder la mujer con la que conversó Cristo junto al pozo de Jacob y de donde, sin duda, procedía también el famoso buen samaritano. Se dice que Herodes el grande convirtió el lugar en una ciudad magnífica, y muchos autores señalan como prueba de



ello un buen número de bastas columnas de piedra caliza, de seis metros de alto y sesenta centímetros de ancho, a las que casi ni se puede acusar de poseer elegancia arquitectónica ni ornamentos. Sin embargo, en la antigua Grecia no habrían sido consideradas como algo bello.

Los habitantes de este campamento son especialmente crueles, y hace uno o dos días apedrearon a dos de nuestros peregrinos, que se buscaron el problema al enseñar sus revólveres cuando no tenían intención de utilizarlos, algo que no se considera buena idea en el Lejano Oeste, y que debería juzgarse del mismo modo en el resto del mundo. En los nuevos territorios, cuando un hombre pone la mano sobre su arma, sabe que ha de usarla; debe usarla de inmediato o esperar a que le peguen un tiro allí mismo. Aquellos peregrinos habían estado leyendo a Grimes.

No teníamos nada que hacer en Samaria, excepto comprar puñados de antiguas monedas romanas a un franco la docena, y visitar una ruinoso iglesia de los Cruzados y, dentro de ella, una cripta que en su día contuvo el cuerpo de Juan el Bautista. Hace mucho que se llevaron dicha reliquia a Génova.

Samaria soportó, en tiempos de Eliseo, un asedio desastroso, a manos del rey de Siria. Las provisiones alcanzaron tal precio que «un *jómer* de mosto valía ochenta siclos de plata, y el cuarto de un *cab* de harina fina, cinco siclos de plata» [72].

Un incidente documentado de aquellos terribles tiempos nos dará una buena idea de la angustia que prevalecía dentro de los muros de la ciudad. Un día, mientras el rey paseaba por la muralla, le gritó una mujer: «¡Sálvame, oh, rey, mi señor!». Preguntóle luego el rey: «¿Qué te pasa?». Y ella respondió: «Esta mujer me dijo: Trae a tu hijo y lo comeremos hoy, y mañana comeremos el mío. Cocimos, pues, mi hijo y lo comimos, y al día siguiente yo le dije: Trae a tu hijo para que lo comamos, pero ella ha escondido a su hijo» [73].

El profeta Eliseo declaró que, en cuestión de veinticuatro horas, los precios de los alimentos bajarían hasta casi quedar en nada, y así fue. El ejército sirio levantó el campamento y huyó, por un motivo u otro, la hambruna fue aliviada desde fuera, y muchos especuladores chapuceros en mosto y harina fina se arruinaron.

Nos alegramos de abandonar aquella aldea abrasadora y polvorienta y nos apresuramos a continuar camino. A las dos nos detuvimos a comer y descansar en la antigua Siquem, entre los históricos montes Gerizim y Ebal, desde cuyas alturas, en la antigüedad, a las multitudes judías se les leían los libros de la ley, las maldiciones y las bienaventuranzas.

## LII

**E**l estrecho cañón en el que está situada Nablus, o Siquem, se halla muy cultivado y su tierra es sumamente negra y fértil. Está bien regado y su opulenta vegetación impresiona más debido al contraste con las yermas colinas que se elevan a cada lado. Una de ellas es el monte de las Bienaventuranzas, y el otro el de las Maldiciones, y los sabios que buscan el cumplimiento de las profecías, creen encontrar aquí uno de esos prodigios, a saber, que el monte de las Bienaventuranzas es curiosamente fértil y su compañero, igual de curiosamente infructuoso. Sin embargo, nosotros no vimos que existiera demasiada diferencia al respecto entre los dos.

Siquem se distingue por ser una de las residencias del patriarca Jacob, y la sede de aquellas tribus que se separaron de sus hermanos de Israel y propagaron doctrinas que no eran conformes al credo original judío. Durante miles de años, ese clan ha habitado Siquem bajo un estricto *tabú*, manteniendo muy pocas relaciones comerciales, o de otro tipo, con sus prójimos de cualquier religión o nacionalidad. Durante generaciones no han sido más de cien o doscientos, pero siguen fieles a su vieja fe y mantienen sus antiguos ritos y ceremonias. ¡Eso sí que es tradición familiar! Los príncipes y los nobles se enorgullecen de unos linajes que se remontan a varios cientos de años atrás. ¿Qué es esa insignificancia para este puñado de viejas familias de Siquem que pueden nombrar a sus antepasados a miles, sin fallar, hasta llegar a un período tan remoto que los hombres criados en un país donde se denomina «antigüedad» a los días pasados hace doscientos años se quedan aturcidos y desconcertados cuando intentan abarcarlo? Aquí hay respetabilidad, aquí hay «familia», aquí hay una ascendencia de la que merece la pena hablar. Este triste y orgulloso vestigio de una comunidad otrora poderosa sigue manteniéndose al margen del mundo; siguen viviendo como vivieron sus antepasados, trabajan como lo hicieron ellos, piensan como ellos, sienten como ellos, rezan en el mismo sitio, a la vista de los mismos lugares, y de la misma forma anticuada y patriarcal que los suyos hace más de treinta siglos. Me descubrí a mí mismo mirando con total fascinación a cualquier vástago diseminado de esta extraña raza, como nos quedaríamos observando a un mastodonte viviente, o a un megaterio que se hubiera adentrado en los albores de la creación y visto las maravillas de ese mundo misterioso que existió antes del diluvio.

Cuidadosamente conservado en los archivos sagrados de esta curiosa comunidad hay un manuscrito, copia de la antigua ley judía que, según se dice, es el documento más antiguo existente en la tierra. Está escrito sobre pergamino y tiene entre cuatro y cinco mil años. La única forma de conseguir echarle una ojeada es pagar una buena propina. Su fama se ha visto un tanto disminuida en los últimos tiempos, debido a que muchos autores de viajes a Palestina se han considerado merecedores del privilegio de ponerlo en duda. Al hablar de este manuscrito he recordado que conseguí que el

sumo sacerdote de esta antigua comunidad samaritana, a un alto precio, me entregase un documento secreto de antigüedad aun mayor y de interés muy superior, que tengo intención de publicar tan pronto termine de traducirlo.

Josué se despidió de los hijos de Israel en Siquem, y enterró un valioso tesoro, en secreto, bajo una encina, más o menos al mismo tiempo. Los supersticiosos samaritanos siempre han tenido miedo de buscarlo. Creen que lo guardan unos fieros espíritus invisibles al hombre.

A una milla y media de Siquem nos detuvimos en la base del monte Ebal ante una pequeña zona cuadrada, rodeada por un elevado muro de piedra muy bien encalado. En uno de los extremos de este recinto hay una tumba construida a la manera de los musulmanes. Es la tumba de José. No hay verdad mejor autenticada que ésta.

Cuando José se estaba muriendo profetizó el éxodo de los israelitas de Egipto, que ocurrió cuatrocientos años después. Al mismo tiempo arrancó un juramento a su gente por el que, cuando viajasen a la tierra de Canaán, llevarían con ellos los huesos de José, para enterrarlos en la antigua heredad de sus padres. El juramento se cumplió.

*Los huesos de José, que los hijos de Israel habrían traído de Egipto, fueron enterrados en Siquem, en el trozo de tierra que Jacob había comprado por cien quesitas a los hijos de Jamor, padre de Siquem <sup>[74]</sup>.*

*Hay pocas tumbas en la tierra que inspiren veneración a tantas razas distintas y a tantos hombres de diferentes credos como ésta de José.*

*Samaritanos y judíos, musulmanes y cristianos, todos la veneran y la honran con sus visitas. La tumba de José, el hijo obediente, el hermano afectuoso e indulgente, el hombre virtuoso, el sabio príncipe y gobernante. Egipto vivió su influencia, el mundo conoce su historia.*

*En el mismo «trozo de tierra» que Jacob compró a los hijos de Jamor por cien quesitas se encuentra el famoso pozo de Jacob. Está excavado en plena roca y ocupa ocho metros cuadrados y treinta metros de profundidad. El nombre de este modesto agujero en el suelo, junto al que resultaría muy fácil pasar sin percatarse de su existencia, es conocido hasta para los niños más pequeños y los campesinos de los países más lejanos. Es más famoso que el Partenón; es más antiguo que las Pirámides.*

Fue junto a este pozo donde Jesús se sentó y habló con una mujer de esa extraña y

anticuada comunidad samaritana a la que me he referido, y le habló de la misteriosa agua de la vida. Al igual que los descendientes de los viejos nobles ingleses siguen conservando, entre las tradiciones de sus casas, contar cómo aquel rey, o este otro, se demoró un día con algún privilegiado antepasado trescientos años antes, sin duda los descendientes de la mujer de Samaria que viven aquí, en Siquem, seguirán haciendo referencia, con excusable vanidad, a esa conversación de su antepasada, mantenida hace tan poco tiempo con el Mesías de los cristianos. No es probable que infravaloren semejante distinción. La naturaleza samaritana es la naturaleza humana, y la naturaleza humana recuerda cualquier contacto con alguien ilustre, siempre.

En una ocasión, por una ofensa infligida al honor de la familia, los hijos de Jacob exterminaron Siquem.

Abandonamos el pozo de Jacob y viajamos hasta las ocho de la noche, pero muy despacio, porque llevábamos diecinueve horas sobre la silla, y los caballos estaban cruelmente agotados. Tanto nos adelantamos a las tiendas que tuvimos que acampar en una aldea árabe y dormir en el suelo. Podíamos haber dormido en la más grande de las casas; pero había algunos inconvenientes: estaba llena de piojos, tenía el suelo sucio, no tenía nada limpio, una familia de cabras ocupaba el único dormitorio, y dos burros el salón. En el exterior no había inconvenientes, excepto que los morenos y harapientos aldeanos de ojos serios, de ambos sexos y de todas las edades, se agruparon en cuclillas a nuestro alrededor, y hablaron sobre nosotros y nos criticaron en voz alta hasta medianoche. No nos importaba el ruido, porque estábamos muy cansados, pero, sin duda, el lector comprenderá que resulta casi imposible dormirse cuando se sabe que hay alguien mirándonos. Nos acostamos a las diez y a las dos nos levantamos y nos pusimos de nuevo en camino. Así es como las gentes se ven perseguidas por los dragomanes, cuya única ambición en la vida es adelantarse los unos a los otros.

Cerca del amanecer pasamos por Silo, donde el Arca de la Alianza había descansado durante trescientos años, y ante cuya puerta el bueno y anciano Helí cayó y «se desnucó» cuando el mensajero, recién llegado de la batalla, le contó que su pueblo había sido vencido, que sus hijos habían muerto y, lo peor, que el orgullo de Israel, su esperanza, su refugio, la antigua Arca que sus antepasados habían traído desde Egipto, había sido capturada. No es de extrañar que, en semejantes circunstancias, se cayese y se desnucase. Pero Silo no ofrecía encantos a nuestros ojos. Teníamos tanto frío que sólo nos encontrábamos bien si nos movíamos, y estábamos tan soñolientos que casi no aguantábamos sentados en los caballos.

Al cabo de un rato llegamos a una masa informe de ruinas, que sigue llevando el nombre de Betel. Fue aquí donde Jacob se acostó y tuvo esa soberbia visión en la que los ángeles revoloteaban, arriba y abajo, por una escalera que iba desde las nubes hasta el suelo, y pudo atisbar su sagrado hogar a través de las puertas del Cielo, que estaban abiertas.

Los peregrinos se llevaron lo que quedaba de las sagradas ruinas, y seguimos

adelante, camino de la meta de nuestra cruzada: la célebre Jerusalén.

Cuanto más avanzábamos, más quemaba el sol, y más pedregoso y sin vegetación, repulsivo y deprimente se volvía el paisaje. En esta parte del mundo no podía haber habido más pedazos de piedra dispersos al azar, aunque cada treinta metros de terreno hubiese estado ocupado, durante décadas, por distintos y separados talleres de canteros. Casi no había ni un árbol, ni un arbusto. Hasta los olivos y los cactus, esos firmes amigos del suelo sin valor, habían abandonado la zona casi por completo. No existe paisaje más agotador para el ojo que el que envuelve la llegada a Jerusalén. La única diferencia entre los caminos y el paisaje que los rodea es que, quizás, en los caminos hay más piedras que en el resto del terreno.

Pasamos Rama y Beriot, y a la derecha vimos la tumba del profeta Samuel, posada en lo alto de un imponente promontorio. Y seguíamos sin ver ni rastro de Jerusalén. Continuamos con impaciencia. Nos detuvimos un momento en la fuente de Beira, pero sus piedras, profundamente gastadas por las quijadas de los sedientos animales que murieron hace siglos, no nos resultaban interesantes: lo que queríamos era ver Jerusalén. Espoleamos a los caballos colina tras colina y empezábamos a estirar el cuello minutos antes de alcanzar cada cima, pero siempre llegaba la decepción: detrás había otra estúpida colina, y más paisaje feo, pero de la Ciudad Santa, ni rastro.

Por fin, en mitad del día, los muros vetustos y los arcos desmoronados comenzaron a marcarnos el camino. Ascendimos una última colina y todos los peregrinos, y todos los pecadores lanzaron al aire sus sombreros. ¡Jerusalén!

Posada en sus colinas eternas, blanca, llena de cúpulas y compacta, apiñada y enarcada por altos muros grises, la venerable ciudad destellaba al sol. ¡Qué pequeña! No era más grande que una población americana de cuatro mil habitantes, ni más grande que una ciudad Siria de treinta mil. Jerusalén sólo alberga a catorce mil personas.

Desmontamos y estuvimos mirando, durante una hora o más, sin hablar ni una docena de frases, el ancho valle intermedio; y observamos esas características destacadas de la ciudad que los dibujos convierten en algo familiar para todos los hombres, desde sus días de escuela hasta la muerte. Pudimos reconocer la torre de Hípico, la mezquita de Omar, la puerta de Damasco, el monte de los Olivos, el valle de Josafat, la torre de David, y el jardín de Getsemaní, y basándonos en todos esos lugares, pudimos calcular, casi sin equivocarnos, la situación de muchos otros que no éramos capaces de distinguir.

Y aquí dejo constancia de un hecho notable, aunque no ignominioso, y es que nadie lloró, ni siquiera nuestros peregrinos. Creo que no había ni un solo individuo en el grupo cuya mente no estuviese repleta de pensamientos, imágenes y recuerdos invocados por la grandiosa historia de la venerable ciudad que se extendía ante nosotros, pero aun así, entre ellos, no hubo «ninguna voz que llorase».

Las lágrimas no venían a cuento. Habrían estado fuera de lugar. Los pensamientos

que Jerusalén sugiere están llenos de poesía, elevación y, sobre todo, dignidad. Tales pensamientos no encuentran expresión adecuada en las emociones propias de niños pequeños.

Justo después del mediodía entramos en aquellas calles estrechas y tortuosas, a través de la antigua y famosa puerta de Damasco, y ahora llevo ya varias horas intentando asimilar que estoy, de verdad, en la ilustre y vieja ciudad en la que habitó Salomón, donde Abraham mantenía conversaciones con Dios, y donde aún hay en pie muros que fueron testigo del espectáculo de la Crucifixión.

## LIII

**U**n buen caminante podría salir de las murallas de Jerusalén y dar una vuelta completa al perímetro de la ciudad en una hora. No se me ocurre otra manera de indicar lo pequeña que es. El aspecto de la ciudad resulta peculiar. Está tan llena de bultos, debido a las incontables cupulitas que contiene, como la puerta de una cárcel lo está de cerrojos. Cada casa tiene entre una y media docena de esas cúpulas de piedra encaladas, anchas y bajas, que se asientan en el centro del techo plano, o se apiñan sobre él. Por lo que, si miramos desde un promontorio, sobre la compacta masa de casas (tan apretadas, de hecho, que no parece que existan calles, y la ciudad semeja sólida), contemplaremos la población más llena de bultos del mundo, a excepción de Constantinopla. Parece que la han techado, partiendo del centro hasta abarcar toda su extensión, con platillos invertidos. La monotonía del paisaje sólo se ve interrumpida por la gran mezquita de Omar, la torre de Hípico, y uno o dos edificios más que se elevan dominantes, autoritarios.

Por lo general, las casas tienen dos plantas y son de sólida albañilería, encaladas o enyesadas por fuera, y tienen un enrejado de madera que sobresale frente a cada ventana. Para reproducir una calle de Jerusalén, bastaría con darle la vuelta a un gallinero y colgarlo delante de cada ventana en un callejón de casas americanas.

Las calles están mal empedradas y son tolerablemente tortuosas, lo bastante como para que parezca que cada calle se cierra constante mente y llega a su fin a unos cien metros por delante del peregrino, siempre y cuando éste haya decidido pasear por ella. Desde el techo de la planta baja de muchas casas sobresale un estrecho porche o cobertizo, sin apoyo inferior; y yo he visto a los gatos cruzar la calle saltando de un tejadillo a otro, cuando salen de visita. Los gatos podrían haber saltado el doble de distancia sin esforzarse demasiado. Lo digo para que se hagan una idea de lo estrechas que son las calles. Ya que un gato puede cruzarlas de un salto sin problemas, no resulta necesario advertir que son demasiado estrechas para permitir el acceso a los carruajes. Dichos vehículos no pueden recorrer la Ciudad Santa.

La población de Jerusalén se compone de musulmanes, judíos, griegos, latinos, armenios, sirios, coptos, abisinios, greco-católicos y un puñado de protestantes. De este último grupo, sólo cien viven ahora en el lugar donde nació el Cristianismo. Los distintos matices de nacionalidades que se incluyen en la lista anterior, y los idiomas que éstas hablan, son demasiado numerosos para mencionarlos siquiera. A mí me parece que todas las razas, colores e idiomas de la tierra deben estar representados entre las catorce mil almas que habitan Jerusalén. Abundan los andrajos, la inmundicia, la pobreza y la suciedad, esas señales y símbolos que indican la presencia del dominio musulmán más que la propia bandera de la media luna. Los leprosos, los tullidos, los ciegos y los idiotas nos asaltan a cada momento, y sólo saben una palabra de un único idioma, o eso parece: el eterno «limosna». Al ver la cantidad de lisiados, malformados y enfermos que atestan los lugares santos y que obstruyen las puertas,

podríamos suponer que los viejos tiempos han vuelto y que el ángel del Señor bajará en cualquier momento a agitar las aguas de Bethesda. Jerusalén es fúnebre, deprimente y aburrida. No me gustaría vivir aquí.

Por supuesto, lo primero es ir al Santo Sepulcro. Está en la ciudad, cerca de la puerta del oeste: el sepulcro y el lugar de la Crucifixión y, en realidad, cualquier otro lugar íntimamente relacionado con tan tremendo acontecimiento, están ingeniosamente concentrados y cubiertos por un único techo: la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro.

Al entrar en el edificio, a través del acostumbrado conjunto de mendigos, vemos a la izquierda unos cuantos guardas turcos, ya que los cristianos de distintas sectas no sólo discutirían, sino que también se pelearían en tan sagrado lugar, en caso de permitírseles. Al frente hay una losa de mármol, que cubre la Piedra de la Unción, sobre la que yació el cuerpo del Salvador mientras lo preparaban para su entierro. Resultó necesario ocultar de esta forma la piedra auténtica para evitar su destrucción. Los peregrinos son demasiado dados a arrancarle pedacitos para llevárselos a casa. Cerca hay una reja circular que indica el sitio donde la Virgen permaneció en pie mientras unguían el cuerpo del Señor.

Al entrar en la gran rotonda, nos hallamos ante el lugar más sagrado de la Cristiandad: la tumba de Jesús. Se encuentra en el centro de la iglesia, justo bajo la gran cúpula. La rodea una especie de templo pequeño de piedra blanca y amarilla, de imaginativo diseño. Dentro del templete hay un pedazo de la vera piedra que el ángel removió del Sepulcro y sobre la que se sentó cuando María vino «ya para amanecer el día». Nos agachamos y entramos en la cripta, es decir, en el propio Sepulcro. Sólo mide uno ochenta por dos, y el lecho de piedra sobre el que yació el Salvador se extiende de un extremo al otro del cuarto y ocupa la mitad de su ancho. Está cubierto por una losa de mármol que ha sufrido el desgaste provocado por los labios de los peregrinos. Ahora esta losa sirve como altar. Sobre ella colgaban unas cincuenta lámparas de oro y de plata, que están siempre encendidas. Cualquier otro tipo de baratija, oropel o adorno chabacano constituiría un escándalo.

Todas las sectas del Cristianismo (a excepción de los protestantes), tienen capillas bajo el techo de la iglesia del Santo Sepulcro, y sus miembros deben limitarse a la suya, respetando las de los demás. Se ha demostrado, sin lugar a dudas, que no pueden rezar juntos, en paz, alrededor de la tumba del Salvador del mundo. La capilla de los sirios no es bonita; la de los coptos es la más humilde de todas. No es más que una triste caverna, toscamente tallada en la piedra del monte Calvario. En un lateral hay excavadas dos tumbas antiguas y se dice que son las de Nicodemo y José de Arimatea.

Mientras nos movíamos entre los enormes pilares y columnas de otra zona de la iglesia, nos tropezamos con un grupo de monjes italianos, de túnicas negras y aspecto de animal, que llevaban velas en las manos, que salmodiaban algo en latín y que estaban realizando una especie de representación religiosa alrededor de un disco de



mármol blanco embutido en el suelo. Allí había sido donde el Salvador resucitado se le había aparecido a María Magdalena bajo la forma de un jardinero. Cerca había una piedra similar, a modo de estrella, que era donde había permanecido de pie la Magdalena en el mismo momento. También había monjes actuando en aquel lugar. Actúan en todas partes del enorme edificio, y a todas horas. Sus velas siempre revolotean en la oscuridad, y hacen que la vieja y poco iluminada iglesia resulte más sombría de lo que en realidad debería ser, aunque se trate de una tumba.

Nos mostraron el lugar donde nuestro Señor se le apareció a Su madre después de la Resurrección. También aquí, una losa de mármol marca el lugar donde Santa Elena, la madre del emperador Constantino, encontró las cruces unos trescientos años después de la Crucifixión. Según la leyenda, este gran descubrimiento provocó extravagantes demostraciones de júbilo. Pero poco duraron. Se inmiscuyó la pregunta: «¿Cuál sostuvo al Santísimo Salvador, y cuáles a los ladrones?». Tener dudas en un asunto tan extraordinario como éste, no estar seguros de a cuál adorar, era una terrible desgracia. Convirtió el júbilo de la gente en pena. Pero ¿cuándo hubo un santo sacerdote incapaz de poner manos a la obra y solucionar un problema tan sencillo como éste? Pues uno de ellos pronto dio con un plan que sería una prueba segura. Una dama noble yacía muy enferma en Jerusalén. Los sabios sacerdotes ordenaron que las tres cruces, de una en una, fuesen llevadas junto a su lecho. Y así se hizo. Cuando sus ojos se posaron en la primera, emitió un grito que se oyó más allá de la puerta de Damasco, e incluso en el monte de los Olivos, según se dijo, y luego volvió a caer en un desvanecimiento de muerte. La recuperaron y llevaron la segunda cruz. Al instante empezó a sufrir unas terribles convulsiones, por lo que a duras penas consiguieron sujetarla seis hombres fuertes. Miedo les daba llevar la tercera cruz. Empezaron a temer haberse equivocado de cruces, y que la Vera Cruz no estuviese entre ellas. Sin embargo, como parecía que la mujer iba a morir a causa de las convulsiones, que la estaban desgarrando, decidieron que la tercera no podría más que aliviarla de su sufrimiento con una muerte feliz. Así que la llevaron y ¡Oh, maravilla! ¡Milagro! La mujer saltó de la cama, sonriendo jubilosa, perfectamente recuperada. Cuando escuchamos testimonios como éste, no podemos hacer más que creer. Nos daría vergüenza dudar, y con razón. Incluso sigue allí la zona de Jerusalén en la que aquello ocurrió. Así que no queda espacio para la duda.

Los sacerdotes intentaron mostrarnos, a través de una pequeña rejilla, un fragmento de la auténtica Columna de la Flagelación, a la que ataron a Cristo cuando lo azotaron. Pero no pudimos verla, porque en el interior de la rejilla había oscuridad. Sin embargo, tienen aquí un bastón que el peregrino clava a través de un agujero que hay en la rejilla, y así ya no le cabe duda de que la verdadera Columna de la Flagelación se encuentra ahí dentro. No puede tener excusa alguna para dudar, porque puede tocarla con el palo. La siente con la misma claridad con la que sentiría cualquier otra cosa.

No lejos de aquí había una hornacina donde solían guardar un trozo de la Vera

Cruz, pero ya no está. El pedazo de cruz fue descubierto en el siglo dieciséis. Los sacerdotes latinos dicen que fue robado, hace mucho, por sacerdotes de otra secta. Parece una afirmación un tanto dura, pero nosotros sabemos muy bien que ha sido robado, pues lo hemos visto con nuestros propios ojos en varias de las catedrales de Italia y Francia.

Pero la reliquia que más nos conmovió fue la vieja y sencilla espada de ese valeroso cruzado, Godofredo de Bouillon, el rey Godofredo de Jerusalén. No hay hoja en la Cristiandad que ejerza tanta atracción como ésta, ninguna de las hojas que se oxidan en los salones ancestrales de Europa es capaz de invocar las mismas visiones de aventuras en la imaginación del que la mira, ninguna que pueda hablar de las caballerías hazañas o relatar las valentías de los guerreros de antiguo. Despierta en nosotros los recuerdos de la Guerra Santa que durmieron durante años en nuestras mentes, y puebla nuestros pensamientos de imágenes en cota de malla, de ejércitos en marcha, de batallas y de asedios. Nos habla de Balduino, de Tancredo, de Saladino el Magnífico, y del gran Ricardo Corazón de León. Era con hojas como ésta con lo que esos héroes espléndidos de la caballería solían segregar a un hombre, por así decirlo, y dejar que una mitad del mismo cayera en un lado y la otra, en el otro. Esta misma espada ha hendido cientos de caballeros sarracenos desde la frente a la barbilla, en aquellos viejos tiempos en los que Godofredo la empuñaba. Entonces había sido encantada por un genio que estaba bajo el mando del rey Salomón. Cuando el peligro se acercaba a la tienda de su amo, siempre golpeaba el escudo y hacía sonar una furiosa alarma sobre el sobresaltado oído de la noche. En momentos de duda, de niebla o de oscuridad, si se desenvainaba, señalaba al instante hacia el enemigo, y así revelaba la dirección a seguir, además de intentar perseguirlo por iniciativa propia. Un cristiano no conseguía nunca disfrazarse lo bastante como para que no lo reconociera y se negara a herirlo, al igual que no podía un musulmán camuflarse lo suficiente para evitar que saltara de su vaina y le quitara la vida. Estas afirmaciones están bien autenticadas en muchas leyendas que se encuentran entre las más fiables que conservan los buenos y viejos monjes católicos. Ya no podré olvidarme de la espada del viejo Godofredo. La probé con un musulmán y lo partí en dos como a un muñeco. El espíritu de Grimes se había apoderado de mí, y si hubiese tenido un cementerio, habría acabado con todos los infieles de Jerusalén. Limpié la sangre de la espada y se la devolví al sacerdote: no quería que la sangre fresca manchara esos lugares sagrados que habían teñido de rojo su brillo un día, hace seiscientos años, por lo que le advertí a Godofredo que, antes de que se pusiera el sol, su viaje por la vida habría terminado.

Aún atravesando las tinieblas de la iglesia del Santo Sepulcro llegamos a una pequeña capilla excavada en la roca, lugar que se ha conocido como «la Prisión de Cristo» durante muchos siglos. Dice la tradición que aquí fue donde encerraron al Salvador antes de crucificarlo. Bajo un altar situado junto a la puerta, había una picota de piedra. Se llama «las ataduras de Cristo» y al uso que se le dio en su día

debe el nombre que ahora recibe.

La capilla griega es la más espaciosa, la más rica y la más ostentosa de las de la iglesia del Santo Sepulcro. Su altar, como los de todas las iglesias griegas, es una elevada pantalla que ocupa la capilla de un extremo al otro, llena de imágenes y dorados. Las numerosas lámparas que cuelgan ante ella son de oro y plata, muy caras.

Pero lo más característico del lugar es una columna que surge en el medio del empedrado de mármol de la capilla y que marca *el centro de la tierra* con exactitud. Las tradiciones más fidedignas nos cuentan que este punto se tenía por el centro de la tierra, hace muchos años, y que cuando Cristo anduvo en la tierra solventó para siempre todas las dudas al respecto, al salir de sus labios la confirmación de que la tradición era correcta. Recuerden: Él dijo que esa columna en concreto se erguía sobre el centro de la tierra. Si el centro de la tierra cambia, la columna también cambia su posición. Esta columna se ha movido por su cuenta en tres ocasiones distintas. Y esto es así porque, en las grandes conmociones naturales, en tres momentos diferentes, masas de tierra —seguramente cordilleras enteras— han salido volando hacia el espacio, disminuyendo así el diámetro de la tierra, y haciendo que la situación exacta de su centro varíe en un punto o dos. Se trata de una circunstancia muy curiosa e interesante, y constituye una mordaz reprimenda para esos filósofos que pretenden hacernos creer que no es posible que ningún pedazo de tierra salga disparado en dirección al espacio.

En una ocasión un escéptico, para convencerse de que este punto era de verdad el centro de la tierra, pagó una buena cantidad por el privilegio de ascender a la cúpula de la iglesia para ver si, al caer el sol sobre él al mediodía, hacía sombra. Y bajó perfectamente convencido. El día estaba nublado y el sol no se veía por ninguna parte; pero el hombre estaba convencido de que si el sol hubiese salido y proyectado sombras, desde luego no las habría proyectado él. Las frívolas lenguas de los que siempre ponen reparos no deberían desestimar pruebas como ésta. Para los que no son intolerantes y están dispuestos a dejarse persuadir, son tan convincentes que nada ni nadie podría desestimarlas.

Y si se necesitan pruebas más rotundas que las que ya he mencionado para demostrar a los tozudos y a los necios que éste es el auténtico centro de la tierra, aquí las tenemos. La más importante de ellas se asienta en el hecho de que, de debajo de esta misma columna, se tomó *el barro con el que se hizo a Adán*. Y no creo que haya nada más que hablar. No parece probable que el primer hombre se haya hecho con un barro de mala calidad, cuando era de lo más adecuado conseguir el de primera calidad del centro de la tierra. Cualquiera mente que sea capaz de pensar tiene que entenderlo, a la fuerza. Que Adán fue creado a partir del barro conseguido en este mismo lugar queda de sobra demostrado por el hecho de que, en seis mil años, ningún hombre ha conseguido probar que el barro no salió de aquí, del lugar en el que fue creado. Y es curiosa la circunstancia de que, bajo el techo de esta misma iglesia, y no muy lejos de tan insigne columna, el propio Adán, padre de la raza humana, yacía enterrado. Y no

hay duda de que se halla verdaderamente sepultado en la tumba en la que dicen que está —no puede haberla— porque nunca se ha demostrado que esa tumba no sea la sepultura en la que está inhumado.

¡La tumba de Adán! Qué conmovedor resulta, aquí, en esta tierra de extraños, lejos de casa, de los amigos y de todos los que me quieren, descubrir la tumba de un pariente. Ciertamente, es lejano, pero sigue siendo un pariente. El infalible instinto de la naturaleza facilitó su reconocimiento. La fuente de mi afecto filial se vio sacudida hasta sus cimientos más profundos, y cedí a un tumultuoso sentimiento. Me apoyé en una columna y rompí a llorar. Y no me da vergüenza haber llorado sobre la tumba de mi pobre pariente muerto. Que aquel que se ría de mi emoción cierre aquí este libro, porque poco encontrará de su agrado en mis viajes por Tierra Santa. Este noble hombre no vivió para verme, no vivió para ver a su descendiente. Y yo... yo... ¡Cielos, yo no viví para verlo a él! Abrumado por las penas y la decepción, murió antes de que yo naciera... seis mil breves veranos antes de que yo naciera. Pero sacaremos fuerzas de flaqueza para superarlo. Confiemos en que esté mejor donde está. Consolémonos al pensar que su pérdida es nuestra ganancia eterna.

El siguiente punto al que el guía nos llevó, en la santa iglesia, era un altar dedicado al soldado romano perteneciente a la guardia militar que asistió a la Crucifixión para imponer el orden y que —cuando la cortina del templo se rasgó en medio de las tinieblas que se extendieron; cuando las rocas del Gólgota se hendieron debido al terremoto; cuando la artillería de los cielos resonó y al tétrico resplandor de los rayos los muertos amortajados deambularon por las calles de Jerusalén— temió sobremanera y dijo: «Verdaderamente, éste era hijo de Dios» [75]. Donde se alza ahora este altar, estuvo entonces aquel soldado romano, a plena vista del Salvador crucificado, a plena vista y oído de todas las maravillas que sucedían en los alrededores del monte Calvario. Y en este mismo lugar, los sacerdotes del templo lo decapitaron por aquellas palabras blasfemas que había pronunciado.

En este altar conservaban antes una de las reliquias más curiosas que ha visto jamás el ojo humano: una cosa que tenía el poder de fascinar al que la miraba, misteriosamente, y que lo mantenía mirando durante horas. Se trataba, nada más y nada menos, que de la placa de cobre que Pilatos colgó sobre la cruz del Salvador y en la que escribió: «Éste es Jesús, el rey de los judíos». Creo que Santa Elena, la madre de Constantino, encontró tan maravilloso recuerdo cuando estuvo aquí, en el siglo III. Viajó por toda Palestina y siempre tuvo suerte. Cuando aquella mujer entusiasta leía sobre alguna cosa que su Biblia mencionase, ya fuese en el Antiguo o en el Nuevo Testamento, ella se ponía a buscarla, y no paraba hasta que la encontraba. Si se trataba de Adán, encontraba a Adán; si era el Arca, encontraba el Arca; si eran Goliath o Josué, daba con ellos. Aquí encontró la inscripción de la que he hablado, creo. La encontró en este mismo lugar, cerca de donde permaneció en pie el soldado romano martirizado. Esa placa de cobre está ahora en una de las iglesias de Roma. Cualquiera puede verla allí. La inscripción se lee claramente.

Subimos unos pocos escalones y vimos el altar que habían construido en el lugar exacto donde los buenos sacerdotes católicos dicen que los soldados se repartieron la vestimenta del Salvador.

Luego bajamos a una caverna que, según los críticos, fue una cisterna. Sin embargo, ahora es una capilla: la capilla de Santa Elena. Mide quince metros de largo por trece de ancho. En ella hay un asiento de mármol en el que Elena solía sentarse para supervisar a sus obreros mientras cavaban y escarbaban en busca de la Vera Cruz. En este sitio hay un altar dedicado a San Dimas, el ladrón arrepentido. También hay una estatua de bronce, nueva: una estatua de Santa Elena. Nos recordó al pobre Maximiliano, recientemente fusilado. Él se la regaló a la capilla, cuando estaba a punto de partir para ocupar el trono de México.

Desde la cisterna descendimos doce escalones y nos hallamos en una gruta de toscas formas, totalmente excavada en la roca. Elena la abrió a base de explosivos cuando buscaba la Cruz. La verdad es que fue un trabajo terrible, pero de recompensa generosa: de aquí sacó la corona de espinas, los clavos de la cruz, la propia Vera Cruz, y la cruz del ladrón arrepentido. Cuando ya creía haberlo encontrado todo y estaba apunto de rendirse, en sueños recibió el mensaje de que debía continuar un día más. Fue una gran suerte. Lo hizo y encontró la cruz del otro ladrón.

Los muros y el techo de esta gruta siguen llorando amargas lágrimas en conmemoración del acontecimiento que tuvo lugar en el Calvario, y los peregrinos devotos gimen y sollozan cuando esas tristes lágrimas les caen encima desde la roca empapada. Los monjes llaman a este cuarto «Capilla de la invención de la Cruz», nombre que no resulta afortunado, porque inclina a los ignorantes a imaginar que así se hace un tácito reconocimiento de que la tradición, según la que Elena encontró aquí la Vera Cruz, es falsa, una invención. Sin embargo, es una alegría saber que la gente inteligente no pone en duda ni un solo detalle de esta historia.

Los sacerdotes de cualquiera de las capillas y confesiones que se hallan en la iglesia del Santo Sepulcro pueden visitar esta gruta sagrada para llorar, rezar y adorar al gentil Redentor. Sin embargo, hay dos congregaciones a las que no se les permite entrar a la vez, porque siempre se pelean.

Aún recorriendo la venerable iglesia del Santo Sepulcro, entre los cánticos de los sacerdotes, con sus largas y bastas túnicas y sus sandalias; los peregrinos de todos los colores y nacionalidades, vestidos con toda clase de curiosos atuendos; pasando bajo los oscuros arcos y junto a deslustradas columnas y pilares; a través de las sombrías tinieblas propias de una catedral, cargadas de humo e incienso, y ligeramente estrelladas por docenas de velas que aparecían de repente y que, con la misma rapidez, desaparecían, o vagaban misteriosamente, de acá para allá, por los lejanos pasillos como fantasmales fuegos fatuos, por fin llegamos a una capillita llamada «Capilla del Escarnio». Bajo el altar había un fragmento de una columna de mármol; en ella se sentó Cristo cuando, para denigrarlo y escarnecerlo, lo hicieron rey, coronándolo con espinas y dándole una caña en lugar de cetro. Aquí fue donde le

vendaron los ojos, lo maltrataron y le dijeron, burlándose: «Profetízanos ¿quién es el que te hirió?» [76]. La tradición que afirma que éste es el lugar exacto donde tuvo lugar el escarnio es muy antigua. El guía nos dijo que Saewulf [77] había sido el primero en mencionarla. No conozco a Saewulf pero, aun así, no puedo negarme del todo a recibir su testimonio... ninguno de nosotros puede.

Nos mostraron el lugar donde el gran Godofredo y su hermano Balduino, los primeros reyes cristianos de Jerusalén, habían yacido enterrados junto al Santo Sepulcro por el que durante tanto tiempo, y tan valientemente, lucharon, para arrebatárselo al infiel. Pero los nichos que habían contenido las cenizas de tan famosos cruzados estaban vacíos. Incluso habían desaparecido las cubiertas de sus tumbas, destruidas por los devotos miembros de la iglesia ortodoxa griega, porque Godofredo y Balduino eran príncipes latinos y habían sido criados en una fe cristiana cuyo credo difería del de ellos en algunos aspectos sin importancia.

Continuamos y nos detuvimos ante la tumba de Melquisedec. Se acordarán ustedes de Melquisedec, sin duda: era el rey que salió a exigirle un tributo a Abraham y a sus hombres, cuando persiguieron a los captores de Lot hasta Dan, y les arrebató todo cuando tenían. Eso había ocurrido hace alrededor de cuatro mil años, y Melquisedec murió al poco tiempo. Sin embargo, su tumba se encuentra en un buen estado de conservación.

Cuando entramos en la iglesia del Salto Sepulcro, el propio Sepulcro es lo primero que deseamos ver, y lo cierto es que es casi lo primero que vemos. Lo siguiente que anhelamos contemplar es el sitio donde el Salvador fue crucificado. Pero éste nos lo muestran al final. Se trata de la gloria suprema del lugar. Cuando nos hallamos ante la pequeña tumba del Salvador, nos mostramos serios y pensativos, mal podríamos estar de otra forma en un lugar así, pero no tenemos ni la más mínima posibilidad de creer que el Señor yació allí alguna vez, por lo que el interés que sentimos por el lugar se ve muy, pero que muy deslucido por esa reflexión. Miramos el sitio donde estuvo de pie la Virgen María, en otro punto de la iglesia, y donde estuvo Juan, y María Magdalena; donde la multitud ridiculizó al Señor; donde se sentó el ángel; donde encontraron la corona de espinas, y la Vera Cruz; donde apareció el Salvador resucitado... miramos todos esos lugares con interés, pero con la misma convicción que sentimos en el caso del Sepulcro, que no hay nada auténtico en ellos, y que son lugares santos imaginarios creados por los monjes. Pero el lugar de la Crucifixión nos afecta de otra forma. Nos creemos, sin dudar, que estamos ante el punto exacto en el que el Salvador entregó su vida. Recordamos que Cristo fue muy célebre, mucho antes de entrar en Jerusalén; sabemos que su fama fue tan grande que siempre lo seguía la multitud; somos conscientes de que su entrada en la ciudad provocó una sensación emocionante y que lo recibieron entre ovaciones, no podemos pasar por alto el hecho de que, cuando fue crucificado, había muchos en Jerusalén que creían que era el verdadero Hijo de Dios. Ejecutar públicamente a un personaje así bastaba para convertir el lugar del ajusticiamiento en un espacio memorable

durante años; además, la tormenta, las tinieblas, el terremoto, la cortina del templo rasgada, y la resurrección prematura de los muertos, fueron acontecimientos calculados para grabar la ejecución y todo lo que la rodeó en la mente de hasta el testigo más irreflexivo. Los padres contarían a sus hijos tan extraño acontecimiento, y les señalarían el lugar donde ocurrió; los hijos transmitirían la historia a sus descendientes, y así, fácilmente, abarcaríamos un período de trescientos años [78], momento en el que llegó Elena y construyó una iglesia sobre el Calvario para conmemorar la muerte y enterramiento del Señor y conservar el lugar sagrado en las memorias de las gentes; desde entonces, siempre ha habido allí una iglesia. No es posible que pueda haber error alguno relativo al lugar de la Crucifixión. Puede que ni media docena de personas conocieran el sitio donde se enterró al Salvador y, además, un enterramiento no es algo que llame la atención. Por eso, se nos puede perdonar que no nos creamos lo del Sepulcro, pero no ocurre lo mismo con el lugar de la Crucifixión. Dentro de quinientos años no quedará ni rastro del monumento de Bunker Hill, pero América seguirá sabiendo dónde se luchó la batalla y dónde cayó Warren. La Crucifixión de Cristo fue un acontecimiento demasiado destacable para Jerusalén, y convirtió el monte Calvario en un lugar demasiado conocido como para que fuese olvidado en el breve lapso de trescientos años. Yo subí las escaleras, dentro de la iglesia, que llevan a la pequeña cima de piedra allí encerrada, y vi el lugar en el que se levantó la Vera Cruz con un interés mucho más absorbente del que había sentido jamás por cualquier asunto terrenal. No podía creer que los tres agujeros que había en la parte superior de la piedra fuesen los auténticos en los que habían clavado las cruces, pero me bastó saber que dichas cruces habían estado muy cerca del lugar que ocupan los agujeros y que los pocos centímetros de posible diferencia no eran importantes.

Cuando permanecemos de pie donde fue crucificado el Salvador, debemos esforzarnos por tener en mente que Cristo no fue crucificado en una iglesia católica. Tenemos que recordarnos, de vez en cuando, que el gran acontecimiento tuvo lugar al aire libre, y no en el interior de una lúgubre celda iluminada por velas y situada en un rinconcito de una iglesia enorme, al final de unas escaleras; una celda pequeña, toda enjorjada y salpicada de ostentosos adornos de execrable gusto.

Bajo un altar de mármol, como una mesa, hay un agujero circular en el suelo también de mármol, que se corresponde con el que hay justo debajo, en el que la Vera Cruz estuvo clavada. Lo primero que hace todo el mundo es arrodillarse y acercar una vela para examinarlo. Y realizan tan extraña exploración con una gravedad que es imposible de calcular, o de apreciar, si no se ha presenciado la operación. Después sostienen la vela ante una imagen ricamente grabada del Salvador, realizada sobre un sucio pedazo de oro, maravillosamente rayado y salpicado de diamantes, que cuelga sobre todo ello dentro del altar, y su solemnidad se convierte en verdadera admiración. Se ponen en pie y observan las figuras, hábilmente talladas, del Salvador y de los malhechores alzadas sobre sus cruces detrás del altar e iluminadas con un

lustre metálico de muchos colores. Después se vuelven hacia las figuras más próximas a ellos, las de la Virgen y María Magdalena; luego hacia la grieta que el terremoto abrió en la roca, en el momento de la Crucifixión, uno de cuyos extremos ya han visto antes en el muro de una de las grutas inferiores; a continuación observan la vitrina que guarda en su interior una imagen de la Virgen, y se asombran ante la magnífica fortuna en piedras preciosas y joyas que rodean tan densamente la figura, que la ocultan casi como si de una prenda de vestir se tratase. En toda la habitación, la llamativa parafernalia de la iglesia ortodoxa ofende a la mirada y nos obliga a esforzarnos para recordar que éste es el lugar de la Crucifixión, el Gólgota, el monte Calvario. Y lo último que observan es lo primero que vieron: el punto en el que se levantaba la Vera Cruz. Eso los mantendrá unidos a aquel sitio y los obligará a mirar una vez más, y otra, después de haber satisfecho toda su curiosidad y perdido el interés relacionado con el resto de los asuntos concernientes al lugar.

Y así pongo punto final a mi capítulo sobre la iglesia del Santo Sepulcro, el lugar más sagrado de la tierra para millones y millones de hombres, mujeres y niños, para los nobles y los humildes, los esclavos y los libres. En su historia desde el principio, y en sus extraordinarias asociaciones, es el edificio más ilustre de la Cristiandad. A pesar de sus vacías atracciones secundarias y las inapropiadas imposturas de todo tipo, sigue siendo grandiosa, digna de reverencia, venerable, porque aquí murió un dios; durante mil quinientos años, sus altares han estado húmedos por las lágrimas de los peregrinos llegados desde los rincones más remotos de la tierra; durante más de doscientos, los reyes más valientes que jamás blandieron espada entregaron sus vidas en la lucha por recuperarla y mantenerla a salvo de la contaminación infiel. Incluso en nuestros días se luchó una guerra, que costó millones de riqueza y ríos de sangre, porque dos naciones rivales reclamaron el derecho en exclusiva de ponerle una nueva cúpula. La historia está repleta de citas sobre esta vieja iglesia del Santo Sepulcro, llena de la sangre que se derramó debido al respeto y a la veneración que el hombre siente por el lugar del último descanso del manso y humilde, del apacible y bondadoso Príncipe de la Paz.



## LIV

**N**os hallábamos en una estrecha calle, junto a la torre de Antonio. «Sobre estas piedras que se desmoronan», nos dijo el guía, «se sentó el Salvador a descansar antes de coger la cruz. Aquí es donde comienza la Vía Dolorosa o Vía Crucis». El grupo tomó nota del lugar sagrado y siguió adelante. Pasamos bajo el arco del Ecce Homo, y vimos la ventana desde la que la esposa de Pilatos le advirtió a su marido que no tuviese nada que ver con la persecución del Justo. Dicha ventana se halla en un excelente estado de conservación, teniendo en cuenta sus muchos años. Nos mostraron el lugar donde Jesús descansó la segunda vez, y donde la multitud se negó a liberarlo y dijo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» [79]. Los católicos franceses están construyendo una iglesia en este punto y, con su veneración de siempre hacia las reliquias históricas, están embutiendo en los muros nuevos tantos restos de los antiguos como han podido encontrar. Un poco más adelante vimos el lugar donde el Salvador, desfallecido, cayó bajo el peso de su cruz. Por entonces, allí yacía una gran columna de granito, de algún templo antiguo, y la pesada cruz le propinó semejante golpe que la partió en dos. Ésa fue la historia que nos contó el guía cuando nos hizo detener delante de la columna rota.

Cruzamos una calle y llegamos a la que había sido residencia de Santa Verónica. Cuando el Salvador pasó por allí, ella salió, plena de piedad femenina, le dijo unas palabras compasivas, imperturbable ante los abucheos y las amenazas de la multitud, y le limpió el sudor del rostro con su pañuelo. Habíamos oído hablar tanto de Santa Verónica, y habíamos visto su retrato pintado por tantos maestros, que llegar a su antiguo hogar de Jerusalén fue como encontrarse de repente con una vieja amiga. Lo más curioso del incidente que tan famosa la hizo es que, cuando le limpió el sudor, la forma del rostro del Salvador se quedó grabada en el pañuelo —retrato perfecto—, y así ha permanecido hasta el presente. Lo sabíamos porque vimos el pañuelo en una catedral de París, en otra de España, y en dos más de Italia. En la catedral de Milán verlo cuesta cinco francos, y en San Pedro de Roma resulta casi imposible contemplarlo, sea cual fuere el precio. No hay tradición tan ampliamente verificada como esta de Santa Verónica y su pañuelo.

En la esquina siguiente vimos una profunda hendidura en la dura piedra del ángulo de una casa, y hubiéramos pasado despreocupadamente junto a ella si no fuese porque el guía dijo que la había hecho el codo del Salvador, que tropezó aquí y se cayó. Poco después llegamos a otra hendidura igual en una pared de piedra. El guía nos dijo que el Salvador también se había caído allí y había hecho la muesca con el codo.

Había más lugares donde el Señor se había caído, y otros donde se había parado a descansar; pero uno de los puntos de referencia más curiosos de la historia antigua que encontramos en nuestro paseo mañanero por las retorcidas callejas que llevan al

Calvario, fue una determinada piedra empotrada en una casa: una piedra tan agrietada y llena de marcas que mantenía una grotesca similitud con un rostro humano. Los salientes que hacían las veces de mejillas se habían visto suavizados por los apasionados besos de generaciones de peregrinos procedentes de tierras lejanas. Preguntamos «¿Por qué?» y el guía nos dijo que se trataba de una de «las auténticas piedras de Jerusalén» que Cristo mencionó cuando le echaron en cara que permitiese a la gente gritar «¡Hosannah!» mientras realizaba su memorable entrada en la ciudad a lomos de un pollino. Uno de los peregrinos dijo «pero no hay pruebas de que las piedras gritasen. Cristo dijo que si sus discípulos callaban, gritarían las piedras». El guía se mostraba perfectamente sereno. Dijo, con calma: «Ésta es una de las piedras que habrían gritado». De poco servía intentar sacudir los cimientos de la fe, tan simple, de aquel hombre; eso se veía fácilmente.

Y por fin llegamos a otra maravilla, de interés profundo y permanente: la verdadera casa donde habitó el infeliz desgraciado que, durante más de mil ochocientos años, ha sido recordado, en relatos y canciones, como el Judío Errante. El memorable día de la Crucifixión estaba él en el umbral de su casa, con los brazos en jarras, observando a la multitud que se acercaba, y cuando el Salvador, agotado, se hubo sentado para descansar un momento, le dio un desagradable empujón y le dijo «¡Sigue andando!». El Señor le contestó: «Sigue andando tú también», y la orden no ha sido revocada desde entonces. Todos sabemos cómo el malhechor sobre cuya cabeza cayó tan justa maldición ha recorrido el mundo entero, de un lado a otro, durante años y años, buscando descanso sin hallarlo jamás; cortejando la muerte, pero siempre en vano; deseando detenerse, en las ciudades, los bosques o los solitarios desiertos, pero oyendo siempre la implacable orden de marchar, de seguir andando. Dicen, esas viejas tradiciones, que cuando Tito saqueó Jerusalén y masacró un millón cien mil judíos en sus calles y caminos secundarios, se veía siempre al Judío Errante en lo más encarnizado de la batalla, y que cuando las hachas de guerra destellaban en el aire, él inclinaba la cabeza en medio de ellas; cuando las espadas lanzaban sus rayos mortales, él se ponía delante; exponía su pecho desnudo a las lanzas que pasaban zumbando, a las silbantes flechas, a todas y cada una de las armas que prometían muerte, olvido y descanso. Pero era inútil, salía indemne de la carnicería. Y se dice que quinientos años después, siguió a Mahoma cuando llevó la destrucción a las ciudades de Arabia, y luego se volvió en su contra, con la esperanza de recibir la muerte del traidor. Volvió a equivocarse. No se le dio cuartel a nadie, excepto a una única criatura, que era justamente quien no lo quería. Buscó la muerte, quinientos años más tarde, en las guerras de las Cruzadas, y se sometió a la hambruna y a la peste de Ascalón. Escapó de nuevo, no podía morir. Tanto enfado acabó teniendo un claro efecto: debilitó su confianza en sí mismo. Desde entonces, el Judío Errante ha mantenido una especie de juego desganado con los materiales y utensilios de destrucción más prometedores pero, por regla general, con poca esperanza. Ha especulado lo suyo en cólera y ferrocarriles, y se ha interesado profundamente por las

máquinas infernales y específicos. Ahora es viejo y severo, como corresponde a su edad; no se entrega a diversiones ligeras, exceptuando que a veces asiste a las ejecuciones, y le gustan los funerales.

Hay una cosa que no puede evitar; vaya a donde vaya, mundo adelante, no debe olvidar hacer acto de presencia en Jerusalén cada cincuenta años. Hace sólo uno o dos que estuvo aquí por trigésima séptima vez desde que Jesús fue crucificado en el Calvario. Dicen que muchas personas mayores, que ahora están aquí, lo vieron en esta ocasión y ya lo habían visto antes. Siempre tiene el mismo aspecto: viejo, atrofiado, con la mirada vacía, y apático, aunque hay algo en él que parece sugerir que busca a alguien, que espera a alguien; quizás a los amigos de su juventud. Pero la gran mayoría de ellos ya han muerto. Siempre fisgonea por las viejas calles, solitario, dejando su marca en las paredes, aquí y allá, y observando los edificios más antiguos con una especie de medio interés amistoso; y derrama unas lagrimitas en el umbral de su antigua morada, y las suyas sí que son lágrimas amargas. Después cobra el alquiler y se marcha de nuevo. Muchas noches estrelladas lo han visto de pie junto a la iglesia del Santo Sepulcro, porque desde hace muchos siglos alberga la idea de que, si logra entrar allí, podría descansar. Pero cuando se acerca, las puertas se cierran de golpe, la tierra tiembla y todas las luces de Jerusalén se vuelven de un azul mortecino. Pero él repite lo mismo cada cincuenta años. Es inútil, pero es que cuesta desprenderse de los hábitos a los que uno lleva acostumbrado mil ochocientos años. Ahora el viejo turista anda vagabundeando lejos de aquí. ¡Cómo debe de sonreír al ver a una pandilla de zoquetes como nosotros, galopando mundo adelante, con aspecto de sabios, imaginándonos que descubrimos grandes cosas sobre él! Debe sentir un desprecio enorme por esos burros ignorantes y autocomplacientes que andan correteando por el mundo en estos tiempos del ferrocarril, y lo llaman viajar.

Cuando el guía nos mostró uno de los lugares en los que el Judío Errante había dejado su familiar marca en la pared, me quedé asombrado. Ponía:

*S T. 1860 X.*

Todo lo que he contado acerca del Judío Errante puede demostrarse ampliamente consultando con nuestro guía.

La impresionante mezquita de Omar, y el patio pavimentado que la rodea, ocupan una *cuarta parte* de Jerusalén. Se alzan sobre el monte Moria, donde estuvo el Templo del rey Salomón. Esta mezquita es el lugar más sagrado para los mahometanos, a excepción de la Meca. Hasta hace cosa de un año o dos, ningún cristiano podía entrar en ella, o en su patio, ni por amor ni por dinero. Pero la prohibición se ha retirado y entramos gratis, a cambio de limosna.

No necesito hablar de la espectacular belleza y la exquisita elegancia y simetría que tan famosa han hecho a esta mezquita, porque no las he visto. Esas cosas no se pueden ver de un simple vistazo: lo normal es descubrir lo realmente hermosa que es

una mujer realmente hermosa después de conocerla bien; lo mismo ocurre con las cataratas del Niágara, con las montañas majestuosas y con las mezquitas... sobre todo con las mezquitas.

La principal característica de la mezquita de Omar es la prodigiosa piedra que hay en el centro de su rotonda. Es la roca sobre la que Abraham tan cerca estuvo de sacrificar a su hijo Isaac. Al menos, es auténtica, o resulta mucho más fiable que la mayoría de las tradiciones, en cualquier caso. Sobre esta roca también se posó el ángel que amenazó a Jerusalén y al que David convenció para que perdonase a la ciudad. Mahoma estaba muy familiarizado con esta piedra. Desde ella ascendió al cielo. La piedra intentó seguirlo, y de no haber estado allí, por pura buena suerte, el arcángel Gabriel para sujetarla, lo habría hecho. Muy poca gente tiene el agarre de Gabriel; las huellas de sus monstruosos dedos, de cinco centímetros de profundidad, se pueden ver aún hoy en la roca.

Esta roca, a pesar de lo grande que es, está suspendida en el aire. No está en contacto con nada. Lo dijo el guía. Es de lo más maravilloso. En aquellos puntos donde se apoyó Mahoma, dejó grabada la huella de sus pies en la piedra maciza. Yo diría que calzaba un cincuenta y dos y medio. Pero lo que iba a decir cuando comenté que la piedra estaba suspendida en el aire es que, en el suelo de la caverna que bajo ella hay, nos mostraron una losa que, según ellos, cubría un agujero que era algo de extraordinario interés para los mahometanos, porque ese agujero lleva a la perdición, y toda alma que sea trasladada de allí al cielo debe pasar a través de dicho orificio. Mahoma permanece allí de pie y los saca tirando de ellos por los pelos. Todos los mahometanos se afeitan la cabeza, pero tienen cuidado de dejar un mechón de pelo para que el Profeta pueda tirar de él. Nuestro guía comentó que un buen mahometano se consideraría sentenciado a permanecer para siempre entre los condenados en caso de perder su cabellera y morir antes de que le volviera a crecer. De todos modos, la mayoría de los que yo he visto deberían quedarse con los condenados, independientemente de cómo llevasen el pelo.

Desde hace ya varios años no se permite la entrada de ninguna mujer a la caverna donde se halla ese importante agujero. La razón de esto es que, en una ocasión, pescaron allí a una de ellas contándoles todo lo que sabía sobre lo que estaba ocurriendo en la tierra a los pillastres de las regiones infernales. Llevó a tal extremo su cotilleo que era imposible mantener nada en privado: no se podía hacer o decir nada sin que todos los que habitaban ese mundo de perdición lo supieran antes de que se hubiese puesto el sol. Llegó el momento de dejar a la mujer sin telégrafo, cosa que se hizo sin demora. La mujer dejó de respirar más o menos al mismo tiempo.

El interior de la gran mezquita es muy ostentoso, con sus muros de mármol jaspeado y sus ventanas e inscripciones de elaborado mosaico. Los turcos también tienen reliquias sagradas, como los católicos. El guía nos mostró la auténtica armadura que vistió el gran yerno y sucesor de Mahoma, además de la rodela del tío de Mahoma. La gran reja de hierro que rodea la piedra fue adornada, en un lugar, con

mil harapos atados a sus barrotes. Son para que Mahoma no se olvide de los fieles que los anudaron allí. Se considera que éste es el mejor de los recordatorios, después del método que consiste en atarle un hilo en el dedo.

En el exterior de la mezquita hay un templo en miniatura, que indica el lugar donde solían sentarse David y Goliat para juzgar a la gente [80].

Por toda la mezquita de Omar hay pedazos de columnas, altares curiosamente trabajados, y fragmentos de mármol elegantemente tallados: restos preciosos del Templo de Salomón. Los han encontrado enterrados a distintas profundidades entre la tierra y los escombros del monte Moria, y los musulmanes siempre se han mostrado dispuestos a conservarlos con el mayor de los cuidados. En la zona del antiguo muro del Templo de Salomón que se llama Muro de las Lamentaciones, y donde los judíos se reúnen todos los viernes para besar las veneradas piedras y llorar la grandeza perdida de Sión, cualquiera puede ver una parte del indiscutido e indiscutible Templo de Salomón, y que consta de tres o cuatro piedras puestas una encima de la otra, cada una de las cuales es el doble de larga que un piano de siete octavas, y tiene tanto grosor como altura dicho piano. Pero, como ya he dicho antes, sólo hace uno o dos años que se derogó el antiguo edicto que prohibía a la basura cristiana como nosotros, *entrar* en la mezquita de Omar para ver los costosos mármoles que adornaban el interior del Templo. Los diseños tallados en dichos fragmentos son todos singulares y curiosos, por lo que el encanto de la novedad se une al profundo interés que, por naturaleza, inspiran. A cada paso nos encontramos con tan venerables pedazos, sobre todo en la vecina mezquita el Aksa, en cuyos muros interiores se han embutido muchos de ellos para conservarlos. Estos trozos de piedra, manchados y polvorientos debido al paso de los años, nos dejan entrever una grandeza que nos han enseñado a considerar la más magnífica que se ha visto jamás en la tierra, e invocan imágenes de una procesión que resulta familiar a todas las imaginaciones: camellos cargados de especias y tesoros; hermosas esclavas, presentes para el harén de Salomón; una larga cabalgata de bestias ricamente gualdrapeadas y de guerreros; y la reina de Saba en la vanguardia de esta visión de «magnificencia oriental». Estos elegantes fragmentos llaman más la atención al pecador despreocupado de lo que lo hará nunca la solemne inmensidad de las piedras que los judíos besan en el Muro de las Lamentaciones.

En la tierra hueca, bajo los olivos y los naranjos que florecen en el patio de la gran mezquita, hay un bosque de columnas, restos del antiguo Templo: ellas lo sostenían. También hay pesadas arcadas, sobre las que el destructor «arado» de la profecía pasó sin rozarlas. Resulta agradable saber que estamos decepcionados, porque nunca soñamos con poder ver pedazos del verdadero Templo de Salomón, y sin embargo no experimentamos ni sombra de sospecha de que pudiera tratarse de un embuste y un fraude de los monjes.

Estamos saturados de lugares de interés. Ya nada nos parece fascinante, a excepción de la iglesia del Santo Sepulcro. Hemos ido allí a diario y no nos hemos cansado de ella; pero estamos hartos de todo lo demás. Hay demasiado que ver. Los

lugares de interés nos asaltan a cada paso; no hay ni un centímetro de Jerusalén, o sus alrededores, que no tenga una historia conmovedora e importante. Resulta un alivio escaparse a dar un paseo de cien metros sin un guía al lado que no pare de hablar sobre cada piedra que pisamos, y que nos haga retroceder años y años hasta el día en que alcanzó la fama.

Parece mentira que yo pueda encontrarme apoyado en un muro un momento, mirando *apáticamente* hacia la histórica piscina de Betzata. Jamás imaginé que esas cosas pudieran estar tan *llenas* de gente como para hacer disminuir su interés. Pero lo cierto es que hemos estado moviéndonos a la deriva, durante varios días, usando nuestros ojos y nuestros oídos más por el sentido del deber que por un motivo más elevado y digno. Y demasiado a menudo nos hemos alegrado cuando era hora de volver a casa y no teníamos que seguir afligiéndonos por los ilustres lugares.

Nuestros peregrinos condensan demasiado en un solo día. Nos atiborramos de lugares de interés hasta hartarnos, como si fuesen caramelos. Desde el desayuno de hoy hemos visto lo suficiente como para poder reflexionar al respecto durante un año entero... si hubiésemos podido ver los objetos cómodamente y los hubiésemos mirado sin prisas. Visitamos el estanque de Ezequías, donde David vio a la mujer de Urías saliendo del baño y se enamoró de ella.

Salimos de la ciudad por la puerta de Jaffa y, por supuesto, nos contaron muchas cosas sobre su torre de Hípico.

Atravesamos el valle de Hinón, entre dos de los estanques de Guijón, junto a un acueducto construido por Salomón que sigue llevando el agua a la ciudad. Ascendimos la colina del Mal Consejo, donde Judas recibió sus treinta monedas de plata, y también nos detuvimos un momento bajo el árbol del que, según una venerable tradición, se colgó.

Bajamos de nuevo y entonces el guía se puso a darle nombre e historia a cada loma o canto rodado con los que tropezábamos: «Éste era el Campo de Sangre; estos recortes en las rocas eran santuarios y templos de Moloc; aquí sacrificaban niños; más allá está la puerta de Sión; el valle Tiropeo, la colina de Ofel; aquí está el cruce del valle de Josafat, a su derecha, el pozo de Job». Ascendimos por Josafat y el recital continuó: «Éste es el monte de los Olivos; éste es el monte de la Ofensa; el grupo de cabañas es la aldea de Siloé; aquí, más allá, por todas partes, está el Jardín del Rey; bajo este enorme árbol fue asesinado Zacarías, el sumo sacerdote; más allá están el monte Moria y el muro del Templo; la tumba de Absalón; la tumba de Santiago; la tumba de Zacarías; más lejos, el jardín de Getsemaní y la tumba de la Virgen María; aquí está el estanque de Siloé y...».

Dijimos que íbamos a desmontar, apagar nuestra sed, y descansar. Nos moríamos de calor. Nos rendíamos a la fatiga acumulada de días y días de marcha sin parar. Y lo hacíamos encantados.

El estanque es un foso profundo y amurallado, por el que corre un arroyo de agua clara que procede de algún lugar situado bajo Jerusalén; después de pasar por la

fuente de la Virgen, o de recoger agua de ella, llega hasta aquí por un túnel de obra. El famoso estanque tenía exactamente el mismo aspecto que en tiempos de Salomón, sin duda, y las mismas mujeres morenas y orientales acudían, con su estilo oriental, y se iban cargadas con vasijas de agua sobre la cabeza, como lo hacían hace tres mil años, y como lo harán dentro de cincuenta mil años, si alguna de ella sigue en este mundo.

Nos marchamos de allí y nos detuvimos en la fuente de la Virgen. Pero el agua no era buena y resultaba imposible sentirse cómodo o en paz, a causa de un regimiento de niños, niñas y mendigos que siempre nos perseguía pidiendo limosna. El guía nos pidió que les diésemos dinero, y así lo hicimos; pero cuando continuó diciendo que se estaban muriendo de hambre, no pudimos evitar sentir que habíamos cometido un grave pecado al impedir que se consumara algo tan deseable, por lo que intentamos recuperarlo, pero no lo conseguimos.

Nos adentramos en el jardín de Getsemaní y visitamos la tumba de la Virgen, cosas que ya habíamos visto antes. No resulta conveniente que hable ahora de ellas. Ya surgirá un momento más oportuno.

No puedo hablar ahora del monte de los Olivos, ni de la vista que desde él se disfruta de Jerusalén, el mar Muerto y los montes de Moab; tampoco de la puerta de Damasco, ni del árbol que plantó el rey Godofredo de Jerusalén. Deberíamos sentirnos a gusto cuando hablamos de esas cosas. Yo no puedo decir nada acerca de la columna de piedra que se destaca sobre Josafat desde el muro del Templo como un cañón, excepto que los musulmanes creen que Mahoma se sentará a horcajadas sobre ella cuando venga a juzgar al mundo. Es una pena que no pueda juzgarlo subido a algún palo de su propia Meca, sin colarse en nuestra tierra sagrada. Cerca está la puerta Dorada, en el muro del Templo, puerta que fue ejemplo de escultura elegante en la época del Templo, y que lo sigue siendo. En su umbral, en la antigüedad, el supremo sacerdote judío soltaba al chivo expiatorio y lo dejaba huir al desierto para que se llevase su carga, compuesta por los pecados cometidos durante doce meses por el pueblo. Si ahora soltaran un chivo, no llegaría ni al jardín de Getsemaní antes de que esos miserables vagabundos lo engulleran <sup>[81]</sup>, con pecados y todo. Les iba a dar igual. Las chuletillas de cordero aderezadas con pecados les parecerían una buena dieta. Los musulmanes vigilan la puerta Dorada con mucho celo, con ansia, porque según una tradición muy honrada, cuando ésta caiga, caerá el islamismo y, con él, el Imperio Otomano. No me dio pena alguna comprobar que la vieja puerta empezaba a dar muestras de inestabilidad.

Otra vez en casa. Estamos agotados. El sol nos ha achicharrado, o casi.

Sin embargo, hallamos consuelo en una reflexión. Nuestras experiencias en Europa nos han enseñado que, con el tiempo, esta fatiga se olvidará; olvidaremos el calor; la sed, la insoportable locuacidad del guía, la persecución de los mendigos... y entonces quedarán los recuerdos agradables de Jerusalén, recuerdos que recuperaremos con un interés siempre en aumento al pasar los años, recuerdos que

acabarán por ser sólo hermosos, cuando la última molestia relacionada con ellos se desvanezca de nuestras mentes para nunca más volver. Los años de la escuela no son más felices que otros años posteriores de nuestras vidas, pero los recordamos echándolos de menos porque hemos olvidado los castigos, y cómo nos preocupábamos cuando perdíamos las canicas o se rompían nuestras cometas... porque hemos olvidado todas las penas y privaciones de esa época canonizada y sólo recordamos la fruta que robábamos en las huertas, los desfiles con espadas de madera y las vacaciones dedicadas a la pesca. Estamos satisfechos. Esperaremos. Recibiremos nuestra recompensa. Para nosotros, Jerusalén y las experiencias de hoy se convertirán en un recuerdo encantado dentro de un año... un recuerdo que no venderíamos a ningún precio.



## LV

**H**icimos cuentas. Y la cosa salió bastante bien. No quedaba nada más por ver en Jerusalén, excepto las tradicionales casas del rico epulón y del Lázaro de la parábola, las tumbas de los Reyes, y las de los Jueces; el lugar en el que lapidaron hasta la muerte a uno de los discípulos y decapitaron a otro; la habitación y la mesa que la Última Cena hizo famosas; la higuera que Jesús hizo marchitar; varios lugares históricos de Getsemaní y el monte de los Olivos, y quince o veinte más en distintos puntos de la ciudad.

Nos acercábamos al final. La naturaleza humana empezaba a imponerse. El exceso de trabajo y el agotamiento resultante comenzaron a ejercer efecto. Procedieron a dominar las energías y a apagar el ardor del grupo. Perfectamente seguros de que ya no fracasarían al dejar de cumplir con alguno de los detalles exigidos por la peregrinación, les apetecía disfrutar por adelantado de la fiesta que pronto se daría en su honor. Se volvieron un tanto perezosos. Llegaban tarde a desayunar y se quedaban charlando después de la cena. Treinta o cuarenta peregrinos habían llegado desde el barco, siguiendo las rutas cortas, y había mucho que comentar y cotillear. Y durante las calurosas tardes mostraban una fuerte disposición a tumbarse en los frescos divanes del hotel, fumando y hablando de las agradables experiencias vividas a lo largo del mes que acababa de pasar... porque incluso tan pronto, esos episodios de un viaje que a veces resultaron molestos, otras exasperantes y a menudo irrelevantes cuando ocurrieron, comienzan a elevarse por encima del nivel de reminiscencias monótonas y se convierten en puntos de referencia bien proporcionados en nuestra memoria. La sirena antiniebla, silenciada entre un millón de sonidos insignificantes, deja de oírse a una manzana de distancia, pero el marino la oye mar adentro, donde no puede llegar ninguno de esos sonidos insignificantes. Cuando estamos en Roma, todas las cúpulas son iguales; pero cuando nos hemos alejado doce millas, la ciudad se desvanece por completo y deja a San Pedro sobresaliendo por encima de la llanura como un globo anclado. Cuando viajamos por Europa, los incidentes cotidianos parecen todos idénticos; pero cuando los hemos dejado a dos meses y dos mil millas de distancia, aquellos que merecía la pena recordar destacan, y los verdaderamente insignificantes se han esfumado. Esa tendencia a fumar, holgazanear y charlar no era algo bueno. Estaba claro que no debíamos permitir que ganase terreno. Había que buscar una distracción, o acabaríamos todos desmoralizados. Las sugerencias fueron el Jordán, Jericó y el mar Muerto. El resto de Jerusalén debía quedar sin visitar, al menos durante un tiempo. El viaje se aprobó enseguida. Una nueva vida latía en cada uno. Otra vez galopar las enormes llanuras, dormir en lechos cuyo único límite es el horizonte... la imaginación se puso a trabajar de inmediato con estos ingredientes. Resultaba doloroso ver lo rápido que aquellos hombres de ciudad se habían acostumbrado a la vida en libertad del campamento y el desierto. El instinto nómada es un instinto

humano; nació con Adán y se nos transmitió a través de los patriarcas, y después de treinta siglos de constante esfuerzo, la civilización aún no ha conseguido erradicarlo por completo de nosotros con la educación. Posee un encanto que, cuando se prueba, se desea volver a experimentar. Es imposible erradicar con la educación el instinto nómada de un indio.

Una vez aprobado el viaje, se lo notificamos a nuestro dragomán.

A las nueve de la mañana la caravana se hallaba a la puerta del hotel, y nosotros estábamos desayunando. Había bastante alboroto. Por todas partes se oían rumores que hablaban de guerra y derramamiento de sangre. Los ingobernables beduinos del valle del Jordán y de los desiertos próximos al mar Muerto se habían levantado en armas e iban a destruir a todo el mundo. Habían presentado batalla ante una tropa de la caballería turca y habían vencido, dejando varios muertos. Habían encerrado a los habitantes de una aldea y a una guarnición turca en un viejo fuerte cerca de Jericó y los mantenían asediados. Habían asaltado un campamento de nuestros excursionistas junto al Jordán, y los peregrinos habían salvado la vida sólo porque habían huido a refugiarse en Jerusalén, abusando de látigo y espuelas en plena noche. Otro de nuestros grupos había sufrido una emboscada, con disparos y todo, para ser luego atacado a plena luz del día. Hubo disparos en ambos bandos. Por suerte no se derramó sangre. Hablamos con el mismísimo peregrino que había efectuado uno de los disparos y escuchamos de sus propios labios cómo, en tan inminente peligro de muerte, sólo la frialdad y el valor de los peregrinos, su superioridad en número e imponente despliegue de material bélico, los habían salvado de la destrucción total. Nos informaron que el cónsul había solicitado que ninguno más de nuestros peregrinos se desplazara al Jordán mientras estuvieran así las cosas; y aún más, que no estaba dispuesto a que nadie fuera hasta allí, al menos sin una escolta militar excepcionalmente fuerte. Teníamos un problema. Pero con los caballos a la puerta y sabiendo todo el mundo por qué estaban allí, ¿qué habrían hecho ustedes? ¿Reconocer que tenían miedo y dar marcha atrás? Lo dudo. No sería propio de la naturaleza humana, y menos habiendo tantas mujeres. Habrían hecho ustedes lo que hicimos nosotros: decir que no tendrían miedo ni de un millón de beduinos, hacer testamento y jurarse en silencio que intentarían ocupar un discreto lugar en la retaguardia de la procesión.

Daba la impresión de que todos habíamos decidido adoptar la misma táctica, porque parecía que nunca jamás llegaríamos a Jericó. Yo tenía un caballo notoriamente lento pero, no sé cómo, no conseguía mantenerlo a la zaga, para salvar el cuello. Siempre aparecía en vanguardia. En tales casos temblaba yo un poco y me bajaba con la disculpa de arreglar la silla. Pero no servía de nada. Los otros también se bajaban a arreglar sus sillas. Jamás había visto que unas sillas diesen tantos problemas. Era la primera vez que cualquiera de ellas se estropeaba en tres semanas, y ahora se rompían todas a la vez. Probé a ir andando, para hacer ejercicio: no me había bastado el que hicimos en Jerusalén buscando lugares santos. Pero fue un

fracaso. La pandilla entera necesitaba hacer ejercicio, y no pasaban ni quince minutos antes de que todos fuesen a pie y yo volviera a estar en la vanguardia. Resultaba desalentador.

Todo esto ocurrió después de haber pasado Betania. Nos detuvimos en la aldea de Betania, que está a una hora de Jerusalén. Nos mostraron la tumba de Lázaro. Preferiría vivir en ella a hacerlo en cualquier casa de la ciudad. También nos enseñaron una enorme «fuente de Lázaro» y, en el centro de la aldea, la antigua morada de Lázaro. Parece que Lázaro tenía muchos bienes. Las leyendas de las Catequesis no le hacen justicia; dan la impresión de que era pobre. Y eso es porque se lo confunden con ese Lázaro que no tenía más mérito que su virtud, y la virtud nunca ha sido tan respetable como el dinero. La casa de Lázaro es un edificio de tres plantas, de piedra, aunque la basura acumulada de tantos años lo ha cubierto todo, excepto el último piso. Cogimos unas velas y bajamos a las sombrías habitaciones, como celdas, en las que Jesús compartió alimento con Marta y María, y conversó con ellas acerca de su hermano. No pudimos evitar contemplar aquellos deslustrados lugares con un interés fuera de lo normal.

Desde la cima de un monte vislumbramos el mar Muerto, como un escudo azul sobre la llanura del Jordán, y ahora descendíamos por un desfiladero estrecho, en llamas, escarpado y desolado, donde ninguna criatura podría sobrevivir excepto, quizás, la salamandra. ¡Qué soledad tan deprimente, repulsiva y espantosa! Era el «desierto» en el que Juan había predicado, con un vestido de pelos de camello — atuendo más que suficiente—, pero aquí nunca habría encontrado sus langostas y miel silvestre. Descendíamos como alma en pena por aquel horrible lugar, todos a la cola. Nuestros guardias, dos jóvenes y magníficos jeques árabes, cargados de espadas, pistolas y dagas, ganduleaban en cabeza.

—¡Beduinos!

Todos nos encogimos y desaparecimos dentro de nuestras ropas, como si fuésemos tortugas. Mi primer impulso fue el de arrojarme al frente y destruir a los beduinos. El segundo fue salir pitando a la retaguardia para ver si había alguno que viniese en esa dirección. Y seguí el último de mis impulsos. Los demás también. Si algún beduino se nos hubiera acercado entonces, desde esa dirección, habría pagado cara su osadía. Todos insistimos en ello, después. Se habrían producido escenas tan desenfundadas y con tanto derramamiento de sangre que ninguna pluma hubiese podido describirlas. Lo sé porque todos contaron lo que habrían hecho, individualmente; y resulta imposible concebir tal mezcla de desconocidas e insólitas inventivas de crueldad. Un hombre dijo que había decidido, serenamente, perecer en el mismo lugar en el que estaba, si era necesario, pero que jamás cedería ni un centímetro; pensaba esperar, con infalible paciencia, hasta que pudiera contar las rayas de la túnica del primer beduino, luego las contaría y después se la devolvería. Otro iba a quedarse quieto hasta que la primera lanza quedara a pocos centímetros de su pecho, la esquivaría y se apoderaría de ella. Me abstengo de decir lo que pensaba

hacerle al beduino que la poseía. Sólo de imaginarlo se me hieló la sangre en las venas. Otro iba a arrancarles la cabellera a tantos beduinos como le tocara en suerte, y llevarse con él a casa a sus pelados hijos del desierto, vivos, como trofeo. Pero el rapsoda peregrino de mirada salvaje estaba callado. Sus ojos tenían un brillo mortal, aunque sus labios no se movían. La ansiedad aumentaba y se le preguntó. Si hubiese atrapado a un beduino, ¿qué habría hecho?, ¿pegarle un tiro? Sonrió rezumando desprecio y movió la cabeza. ¿Lo habría apuñalado? Otra sacudida de cabeza. ¿Lo habría descuartizado? ¿Desollado? Más negativas con la cabeza. ¡Oh! ¡Horror! ¿Qué habría hecho?

—«¡Comerlo!».

Ésa fue la horrible respuesta que retumbó en nuestros oídos. ¿Qué podría significar la gramática para semejante forajido? En el fondo de mi corazón me alegré de no haber presenciado esas escenas de horrible matanza. Ningún beduino atacó nuestra terrible retaguardia. Y ninguno atacó la vanguardia. Los recién llegados no eran más que un refuerzo de árabes cadavéricos, con sus túnicas y las piernas al aire, a los que enviaban por delante de nosotros para que blandiesen sus armas oxidadas, gritasen, se pavoneasen y se comportasen como dementes, para asustar a todos los grupos de beduinos merodeadores que pudieran acechar nuestro paso. Qué vergüenza, que unos cristianos blancos y armados tengan que viajar bajo la protección de una chusma como esta contra los vagabundos emboscados del desierto, esos sanguinarios forajidos que siempre van a hacer algo desesperado, pero que nunca lo hacen. No está de más que diga aquí que, en todo el viaje, no vimos ni un solo beduino, y la guardia árabe nos hizo tanta falta como unos botines de charol y unos guantes blancos de cabritilla. Los beduinos que con tanta fiereza habían atacado a los otros grupos de peregrinos habían sido reunidos para la ocasión por los guardias árabes de dichos grupos, y habían llegado desde Jerusalén para hacer, temporalmente, el papel de beduinos. Después de la batalla, se juntaron todos a la vista de los peregrinos, almorzaron, se dividieron las propinas arrancadas en los momentos de peligro y luego acompañaron a la cabalgata de vuelta a la ciudad. Se dice que la molestia de la guardia árabe la crean los jeques y los beduinos para su mutuo beneficio, y no hay duda de la gran verdad que encierra dicha afirmación.

Visitamos la fuente que el profeta Eliseo saneó (y que sigue saneada), donde permaneció un tiempo y fue alimentado por los cuervos.

La antigua Jericó no resulta una ruina demasiado pintoresca. Cuando Josué dio siete vueltas alrededor de ella, hará cosa de unos tres mil años, y la destruyó con su trompeta, hizo tan bien el trabajo que casi no dejó restos suficientes para hacer sombra. La maldición pronunciada contra la reconstrucción de la ciudad nunca ha sido retirada. Un rey, que no le dio mucho valor a la maldición, lo intentó, pero se vio gravemente afligido por su presunción. Su ubicación siempre permanecerá desocupada; a pesar de ser uno de los mejores emplazamientos para una ciudad que hemos visto en toda Palestina.

A las dos de la madrugada nos sacaron de la cama —otro ejemplo de crueldad injustificada, otro estúpido esfuerzo de nuestro dragomán por adelantarse a uno de sus rivales. El Jordán no estaba ni a dos horas de camino. Sin embargo, estábamos vestidos y en marcha antes de que a nadie se le ocurriese comprobar qué hora era, y así fuimos dormitando en medio del helado aire nocturno, soñando con fuegos de campamento, camas calientes y otras comodidades.

No había conversación. La gente no habla cuando tiene frío, se siente mal y tiene sueño. A veces echábamos una cabezadita en la silla, y nos despertábamos sobresaltados para descubrir que la procesión había desaparecido en medio de las tinieblas. Entonces dedicábamos todas nuestras energías y atención a avanzar, hasta que su oscura silueta se hallaba de nuevo a la vista. De vez en cuando se oía, en voz baja, la orden: «Cierren filas, cierren filas, esto está lleno de beduinos al acecho». ¡Qué intensos escalofríos nos producía a todos!

Llegamos al famoso río antes de las cuatro de la madrugada, y la noche era tan oscura que podríamos habernos metido en él, con caballos y todo, sin verlo. Algunos estábamos de mal humor. Esperamos y esperamos a que amaneciera, pero nada. Al final nos alejamos en la oscuridad y dormimos una hora sobre el suelo, entre los arbustos, y nos enfriamos. En ese sentido, el sueñecito nos costó lo suyo pero, por lo demás, nos sentó bien, porque no tuvimos la sensación de estar perdiendo el tiempo, y nos dejó de mejor humor que una primera vista del río sagrado.

Al sospechar que iba a amanecer, todos los peregrinos se quitaron la ropa y se metieron en el oscuro torrente, cantando:

*—Estoy en la borrascosa orilla del Jordán,*

*Mirando con melancolía*

*La hermosa tierra de Canaán,*

*Donde está la casa mía. [82]*

Pero no cantaron mucho. El agua estaba tan terriblemente helada que se vieron obligados a dejar de cantar y salir dando brincos. Entonces se quedaron temblando en la orilla, tan disgustados y apenados que merecían la más sagrada de las compasiones. Porque otro sueño, otra preciada esperanza, fracasaba. Durante todo el viaje se habían prometido a sí mismos que cruzarían el Jordán por donde lo habían cruzado los Israelitas cuando entraron en Canaán después de su largo peregrinar por el desierto. Cruzarían por donde estaban situadas las doce piedras en conmemoración del acontecimiento. Y mientras, se imaginaban un enorme ejército de peregrinos cruzando las aguas partidas en dos, llevando la sagrada Arca de la Alianza y gritando «hosannahs», cantando canciones de agradecimiento y de alabanza. Cada uno de ellos se había prometido a sí mismo que sería el primero en cruzar. Por fin estaban en la

meta de sus esperanzas, pero la corriente llevaba demasiada velocidad y el agua estaba demasiado fría.

Y entonces Jack les hizo un favor. Con esa encantadora temeridad que acompaña a la juventud, tan adecuada y apropiada, se lanzó al agua y abrió camino a través del Jordán, y la felicidad volvió a reinar. Todos lo cruzaron caminando y se quedaron de pie en la otra orilla. Donde había más profundidad, el agua no llegaba ni al pecho. De haber sido mayor, no hubiésemos logrado realizar la hazaña, porque la fuerte corriente nos habría arrastrado, para acabar exhaustos y ahogados antes de llegar a un lugar desde el que poder salir a tierra. Una vez alcanzado el objetivo principal, el abatido y lamentable grupo se sentó para esperar de nuevo al sol, ya que todos querían ver el agua, además de sentirla. Pero era un pasatiempo demasiado frío. Se llenaron algunas latas con agua del sagrado río, se cortaron algunas cañas de sus orillas, y luego montamos y nos alejamos de mala gana, para evitar morirnos de frío. Así que vimos el Jordán en penumbra. Los matorrales de arbustos que bordeaban sus márgenes daban sombra a las aguas poco profundas y turbulentas («borrascosas», según el himno, que es un elogioso esfuerzo de la imaginación), y no pudimos calcular a ojo el ancho de su cauce. Sin embargo, por nuestra experiencia al vadearlo sabíamos que muchas calles de América son el doble de anchas que el Jordán.

Amaneció poco después de ponernos en camino y, en cuestión de una o dos horas, llegamos al mar Muerto. Nada crece en el desierto llano y abrasador que lo rodea, excepto malas hierbas y la manzana de Sodoma que, según el poeta <sup>[83]</sup>, es hermosa por fuera, pero se deshace en cenizas y polvo cuando se abre. Las que encontramos no eran bonitas y su sabor era amargo. Pero no se convirtieron en polvo. A lo mejor fue porque no estaban maduras.

El desierto y las áridas colinas que rodean el mar Muerto destellan tanto bajo el sol que producen dolor, y no hay nada agradable, ni un solo ser vivo sobre ellas que nos reconforte. Se trata de un lugar solitario y repulsivo, árido y abrasador. El silencio que se cierne sobre todo ello resulta muy deprimente. Nos hace pensar en entierros y muertes.

El mar Muerto es pequeño. Sus aguas son muy claras, tiene un lecho de guijarros y es poco profundo, aún internándose en él. Proporciona buenas cantidades de asfalto natural: hay fragmentos por toda la orilla que dan al lugar un olor un tanto desagradable.

Todas nuestras lecturas nos habían enseñado a esperar que el primer chapuzón en el mar Muerto conllevaría resultados preocupantes: nuestros cuerpos sentirían como si de repente los penetrasen millones de agujas al rojo vivo; el horrible picor duraría horas; incluso considerábamos la posibilidad de llenarnos de ampollas de la cabeza a los pies y sufrir terriblemente durante muchos días. Nos llevamos una decepción. Nuestros ocho saltaron al agua al mismo tiempo que otro grupo de peregrinos, y nadie gritó ni una sola vez. Ninguno se quejó de algo que no fuese más que una ligera sensación de ardor en aquellos lugares en los que su piel estaba raspada, y que

además duró muy poco. A mí me picó la cara durante dos horas, pero en parte fue porque el sol me la quemó mientras me bañaba, y estuve tanto tiempo en el agua que se me quedó toda cubierta de sal.

No, el agua no nos llenó de ampollas; no nos cubrió con un fango viscoso que nos proporcionaría una atroz fragancia; no era demasiado viscoso; y yo no percibí que oliésemos mucho peor de lo que siempre hemos olido desde que estamos en Palestina. Sólo se trataba de un tipo de olor diferente, pero que no llamaba la atención por eso, ya que contamos con una grandísima variedad al respecto. Allí y en el Jordán no olíamos igual que en Jerusalén; y en Jerusalén no olíamos como en Nazaret, o en Tiberíades, o en Cesarea de Filipo, o en cualquier otra de esas antiguas poblaciones en ruinas que hay en Galilea. No, cambiamos continuamente y, en general, para peor. Nos hacemos nosotros mismos la colada.

Fue un baño divertido. No conseguíamos hundirnos. Podía tumbarme, cuan largo era, de espaldas, cruzando los brazos sobre el pecho y, aún así, todo mi cuerpo, siguiendo una línea trazada desde debajo de las orejas, pasando por la mitad del costado, de la pierna y del tobillo, permanecía fuera del agua. Podía mantener la cabeza totalmente fuera, si quería. Aunque ninguna postura se mantiene durante mucho tiempo; se pierde el equilibrio y nos damos la vuelta: primero estamos de espaldas y luego boca abajo. Es posible tumbarse cómodamente de espaldas, con la cabeza y las piernas fuera, de la rodilla para abajo, equilibrándose con las manos. Podemos sentarnos, con las rodillas en la barbilla y los brazos rodeando las piernas, pero así nos daremos la vuelta muy pronto, porque en esa posición estamos sobrecargados por la parte superior. En donde no hacemos pie, podemos mantenernos rectos, una buena parte de nosotros fuera del agua, como si lo hiciésemos. Pero tampoco se permanece así mucho tiempo. El agua enseguida envía nuestros pies flotando hasta la superficie. No es posible nadar de espaldas y adelantar mucho trecho, porque nuestros pies se quedan tan por encima de la superficie que sólo podemos propulsionarnos con los talones. Si nadamos boca abajo, golpeamos el agua con los brazos como si fuésemos la rueda de paletas de un barco de vapor. No avanzamos. Los caballos tienen tanto sobrepeso arriba que no pueden ni nadar ni mantenerse en pie en el mar Muerto. Enseguida se ponen de lado. Algunos nos bañamos durante más de una hora, y luego salimos tan rebozados en sal que brillábamos como carámbanos. Nos la sacamos con una toalla áspera y nos pusimos en marcha con un olor totalmente nuevo, aunque no resultaba más desagradable que aquellos de los que llevamos semanas disfrutando. Lo que nos encantaba era su abigarrada villanía y su novedad. Los cristales de sal brillan bajo el sol en las orillas del lago. En algunos sitios cubren de tal manera el suelo que parecen una costra brillante de hielo.

Cuando era pequeño, no sé de dónde me saqué que el río Jordán medía unas cuatro mil millas de largo y treinta y cinco de ancho. Su longitud es sólo de noventa millas y es tan tortuoso que, la mitad de las veces, resulta imposible saber en qué

orilla nos encontramos. Esas noventa millas de longitud sólo ocupan cincuenta en línea recta. Y no es más ancho que Broadway, en Nueva York. Y el mar de Galilea y este mar Muerto: ninguno de ellos supera las veinte millas de largo o las trece de ancho. Sin embargo, cuando iba a Catequesis, yo pensaba que medían sesenta mil millas de diámetro.

Viajar y experimentar las cosas deslucen las imágenes más grandiosas y nos despojan de nuestras más queridas tradiciones de la niñez. Pero dejémoslas ir. Yo ya he visto disminuir al imperio del rey Salomón hasta ocupar el tamaño del estado de Pensilvania; supongo que podré soportar la reducción de los mares y del río.

Al pasar, miramos por todas partes, pero no vimos ni una sola arenilla, ni un cristal de sal de la esposa de Lot. Supuso una gran decepción. Conocíamos su triste historia desde muchos años antes, y sentíamos por ella ese interés que siempre inspira la desgracia. Pero ya no estaba. Su forma pintoresca ya no sobresale en el desierto del mar Muerto para recordar a los turistas la condena que sufrieron las ciudades perdidas.

No puedo describir el espantoso viaje a caballo, por la tarde, desde el mar Muerto hasta Mar Saba. Sólo pensar en él es ya un tormento. El sol nos atacaba de tal forma que, en una o dos ocasiones, las lágrimas resbalaron por nuestras mejillas. Aquellos horribles cañones, sin árboles, sin hierba, sin aire, nos asfixiaban como si estuviésemos en un horno. Y digo yo que el sol tendría mucho que ver. Era imposible sentarse erguido bajo sus rayos. Todos íbamos desparramados sobre las sillas. Juan predicó en medio de este desierto. Debió de ser un trabajo agotador. Las sucias torres y murallas del enorme Mar Saba nos parecieron el paraíso, cuando las vimos por primera vez.

Permanecemos toda la noche en aquel grandioso monasterio, invitados por sus hospitalarios monjes. Mar Saba se asienta en la cima de un risco, cual nido humano que brota en lo alto, pegado a una ladera perpendicular; es un mundo de grandiosa construcción que se eleva, terraza tras terraza, por encima de nuestras cabezas, como las columnatas de terrazas en disminución que vemos en las imaginativas pinturas sobre el festín de Baltasar o los palacios de los antiguos faraones. No hay cerca ninguna otra vivienda humana. Fue fundado hace muchos años por un santo solitario que, al principio, vivió en la cueva de una roca —cueva que ahora queda dentro de los muros del monasterio—, y que los monjes nos mostraron con gran reverencia. Este solitario, debido a la rigurosa tortura que infligía a su carne, su dieta de pan y agua, su total alejamiento de la sociedad y de las vanidades del mundo, y sus constantes oraciones y santa contemplación de una calavera, inspiró un sentimiento de emulación que atrajo a muchos discípulos. El precipicio que se alza al otro lado del cañón está muy perforado debido a los pequeños agujeros que excavaban en la roca para vivir. Los actuales ocupantes de Mar Saba, unos setenta, son todos ermitaños. Llevan una túnica de basto tejido, un horrible sombrero sin alas que parece el tubo de una estufa, y van descalzos. No comen nada que no sea pan y sal; sólo



beben agua. Mientras vivan no pueden salir de los muros del monasterio, ni mirar a una mujer, ya que a ninguna se le permite entrar en Mar Saba, bajo ningún concepto.

Algunos de aquellos hombres llevan más de treinta años allí encerrados. En semejante cantidad de tiempo no han oído la risa de un niño, ni la bendita voz de una mujer; no han visto lágrimas humanas, ni sonrisas; no han conocido las alegrías propias del hombre, ni sus penas. En sus corazones no habitan los recuerdos del pasado, ni en sus mentes los sueños del futuro. Han alejado de sí todo aquello que es adorable, hermoso, estimable. Han atrancado sus enormes puertas y levantado sus implacables muros de piedra contra todas aquellas cosas que resultan agradables a la vista, y todos los sonidos que son música para el oído. Han desterrado la delicada gracia de la vida, para dejar sólo una farsa debilitada y enjuta. Sus labios nunca besan, ni cantan; sus corazones nunca odian, ni aman; sus pechos nunca se hinchan al pensar «tengo un país y una bandera». Son muertos vivientes.

He reflejado estos primeros pensamientos porque vinieron a mí de forma natural, no porque sean justos o porque lo correcto sea reflejarlos. Es fácil para el que hace un libro decir «pensé esto y aquello cuando observé tal y cual paisaje», cuando la verdad es que pensó todas esas cosas después. Lo primero que pensamos no suele ser estrictamente fiel a la verdad, pero tampoco es un delito pensarlo o escribirlo, sujeto a la modificación que requiera la experiencia posterior. Estos eremitas *son* hombres muertos, en varios aspectos, pero no en todos; y no resulta apropiado que, aunque al principio pensé mal de ellos, lo siga haciendo, o por haber hablado mal de ellos, reitere mis palabras y me atenga a lo dicho. No, nos han tratado con demasiada amabilidad como para eso. En algún lugar de ellos hay algo humano. Sabían que éramos extranjeros y protestantes, y que, seguramente, no sentiríamos demasiada admiración por ellos, ni simpatía. Pero su gran caridad estaba por encima de tener en cuenta esa clase de cosas. Se limitaron a ver en nosotros hombres hambrientos, sedientos y cansados, y eso fue suficiente. Abrieron sus puertas y nos dieron la bienvenida. No hicieron preguntas, ni farisaicas demostraciones de su hospitalidad. No buscaban cumplidos. Se movían en silencio, poniendo la mesa para nosotros, haciendo las camas, y trayéndonos agua para lavarnos, sin hacernos caso cuando dijimos que no era necesario que hicieran todo eso, porque teníamos hombres cuyo trabajo era ocuparse de hacerlo. Estuvimos verdaderamente cómodos, e hicimos sobremesa. Después recorrimos todo el edificio con los ermitaños y luego nos sentamos en las elevadas almenas y fumamos, mientras disfrutábamos de la fresca brisa, del agreste paisaje y de la puesta de sol. Uno o dos eligieron acogedores aposentos para dormir, pero el instinto nómada empujó al resto a dormir en el ancho diván que rodeaba el enorme vestíbulo, porque daba la sensación de que se dormía al aire libre, por lo que resultaba más alegre y atractivo. Descansamos magníficamente.

Cuando nos levantamos para desayunar al día siguiente, éramos hombres nuevos. A cambio de tanta hospitalidad no nos cobraron nada. Podíamos darles algo nosotros si queríamos; no era necesario dar nada si éramos pobres o tacaños. Los indigentes y

los avaros son tan bien recibidos como los demás en los monasterios católicos de Palestina. Yo he sido educado en la enemistad hacia todo lo católico y a veces, a consecuencia de ello, me resulta más fácil descubrir los fallos católicos que los méritos. Pero hay una cosa que no estoy dispuesto a pasar por alto, y que no quiero olvidar: la sincera gratitud que yo y todos los peregrinos debemos a los monjes de los monasterios de Palestina. Sus puertas están siempre abiertas, y siempre dan la bienvenida a cualquier hombre virtuoso que llegue, ya vaya cubierto de harapos o ataviado como un señor. Los monasterios católicos son una bendición de valor incalculable para los pobres. Un peregrino sin dinero, ya sea protestante o católico, puede viajar a lo largo y ancho de Palestina, y en pleno centro de su desierto más duro encontrará comida saludable y cama limpia todas las noches, en estos edificios. Los peregrinos que viajan en mejores circunstancias se ven a veces afectados por el sol o por las fiebres del país, y entonces su refugio salvador es el monasterio. Sin esos hospitalarios refugios, viajar por Palestina sería un placer que sólo los hombres más fuertes osarían llevar a cabo. Nuestro grupo, peregrinos incluidos, siempre estará preparado y deseoso de levantar una copa y brindar a la salud, prosperidad y larga vida de los monjes que habitan los monasterios de Palestina.

Así que, descansados y refrescados, nos marchamos en fila india por las yermas montañas de Judea, siguiendo rocosas crestas y atravesando estériles desfiladeros, donde reinaban un silencio y una soledad eternos. Hasta se echaba de menos aquí a esos aislados grupos de pastores armados con los que nos habíamos encontrado la tarde anterior, cuidando de sus cabras de pelo largo. Sólo vimos dos seres vivos. Eran gacelas, de esas que miran «dulce». Parecían ejemplares muy jóvenes, pero se alejaron a la velocidad de un tren expreso. No he visto animales que se muevan a mayor velocidad, a menos que haga referencia a los antílopes de nuestras grandes llanuras.

A las nueve o diez de la mañana llegamos al valle de los Pastores, y nos adentramos en un olivar amurallado donde los pastores cuidaban de sus rebaños por la noche, hace dieciocho siglos, cuando una multitud de ángeles les llevó la buena nueva de que había nacido el Salvador. A un cuarto de milla estaba Belén de Judea, y los peregrinos cogieron algunas de las piedras del muro y se pusieron en marcha de nuevo.

El valle de los Pastores es un desierto cubierto de piedras sueltas, sin vegetación, que deslumbra bajo un sol sin piedad. Sólo la música de los ángeles, que ya oyó una vez, podría lograr que sus arbustos y flores volviesen a la vida, devolviéndole la belleza que ha perdido. Ningún encantamiento de menor fuerza que éste, lograría el milagro.

En la enorme iglesia de la Natividad, en Belén, construida hace mil quinientos años por la incansable santa Elena, nos llevaron bajo tierra, al interior de una gruta excavada en la roca. Aquél era el «pesebre» donde había nacido Cristo. Una estrella de plata embutida en el suelo tiene grabada una inscripción latina al efecto. Está

pulida por los besos de muchas generaciones de devotos peregrinos. La gruta estaba engalanada con el mal gusto que se aprecia en todos los lugares santos de Palestina. Como en la iglesia del Santo Sepulcro, allí se hacían evidentes la envidia y la falta de caridad. Los sacerdotes y los miembros de las Iglesias Ortodoxa y Latina no pueden acceder por el mismo pasillo para arrodillarse ante el sagrado lugar de nacimiento del Redentor, sino que se ven obligados a acercarse a él y alejarse usando distintos caminos, para evitar las discusiones y peleas en este lugar, el más sagrado de la tierra.

No cuento con reflexión alguna que me haya sugerido este sitio, donde se pronunció el primer «Feliz Navidad» del mundo, y desde donde el amigo de mi niñez, Santa Claus, emprendió su primer viaje, para alegrar, y seguir alegrando, por siempre jamás, las ardientes chimeneas en esas mañanas de invierno de tierras lejanas. Toco, con reverente dedo, el verdadero lugar en el que el Niño Jesús yació, pero pienso... nada.

No se puede pensar en este lugar, como tampoco se puede en cualquier otro de Palestina que sea capaz de inspirar a la reflexión. Los mendigos, los tullidos y los monjes nos acompañan a todas partes, y sólo nos dejan pensar en la limosna, cuando preferiríamos reflexionar sobre algo más relacionado con la naturaleza del lugar.

Me alegré de salir de allí, como me alegré cuando hubimos atravesado las grutas en las que escribió Eusebio, ayunó Jerónimo, José se preparó para la huida a Egipto, más otra docena de grutas famosas, y supe que habíamos terminado. La iglesia de la Natividad tiene casi tanto exceso de lugares santos como la iglesia del Santo Sepulcro. Hasta tiene una gruta en la que Herodes masacró a veinte mil niños cuando intentaba acabar con la vida del Salvador.

Fuimos a la gruta de la Leche, por supuesto, una caverna en la que María se escondió un tiempo antes de huir a Egipto. Sus paredes eran negras antes de que ella entrase, pero al amamantar al Niño, una gota de su leche cayó al suelo y, al instante, la oscuridad de los muros se convirtió en un blanco muy puro. Aquí recogimos muchos fragmentos pequeños de piedras, porque en todo Oriente se sabe bien que una mujer estéril sólo tiene que besar una de estas piedras para que se solucione su problema. Reunimos muchas muestras, con la idea de llevar la felicidad a ciertos hogares que conocíamos.

Por la tarde nos alejamos de Belén y de su tropa de mendigos y vendedores ambulantes de reliquias y, después de pasar un ratito en la tumba de Raquel, nos apresuramos en dirección a Jerusalén. Jamás me había alegrado tanto de llegar a casa. Nunca disfruté del descanso como lo he hecho en estas últimas horas. El viaje al mar Muerto, el Jordán y Belén fue breve, pero agotador donde los haya. Ese calor asfixiante, la opresiva soledad, y una desolación tan triste no pueden existir en ningún otro lugar de la tierra. ¡Y esa fatiga!

La astucia y el sentido común me dicen que debería contar la mentira agradable de siempre, y decir que me alejé a desgana de cada uno de los lugares famosos de Palestina. Todo el mundo lo dice pero, con la menor ostentación posible, dudo de la

palabra de todo el que lo afirme. Podría jurar que nunca he oído decir nada similar a ninguno de nuestros cuarenta peregrinos, y ellos son tan buenos devotos como cualquier otra persona que viaje hasta aquí. Ellos lo dirán cuando lleguen a casa, rápidamente, pero ¿por qué no iban a hacerlo? No quieren enfrentarse a todos los Lamartine y Grimes del mundo. No tiene lógica que un hombre sea reacio a abandonar un lugar donde lo han acosado, sin descanso, las molestas hordas de mendigos y vendedores ambulantes que se le cuelgan, literalmente, de las mangas y los faldones de la chaqueta, y que le chillan y le gritan en el oído, a la vez que lo espantan con la visión de las horribles llagas y malformaciones que exhiben. Se *alegra* de irse. He oído decir, a personas a las que no les daba vergüenza hacerlo, que se alegraban de irse de los festivales benéficos organizados por las damas, en los que se veían importunados por nubes de encantadoras damitas para que comprasen cosas. Transformemos esas huríes en oscuras arpías y andrajosos salvajes, y sustituyamos sus formas redondeadas por complicadas y horribles malformaciones, sus suaves manos por espantosas deformidades, y la persuasiva música de sus voces por el discordante alboroto de un idioma odiado, y *entonces* veamos cuánta desgana en la partida somos capaces de reunir aún. No, queda bien decir que no queríamos irnos, y luego acallar los profundos pensamientos que luchan por manifestarse en nuestro cerebro; pero seríamos sinceros al afirmar que sí queríamos irnos y que ya no éramos capaces ni de pensar... aunque en verdad no resulte respetable decirlo, ni poético.

En los Santos lugares no pensamos; pensamos luego, en la cama, cuando han desaparecido la fuerte luz, el ruido y la confusión y, en nuestra imaginación, visitamos de nuevo y solos, los solemnes monumentos del pasado, y hacemos revivir las escenas históricas de una época que ya se ha ido.

## LVI

**V**isitamos todos los lugares santos de Jerusalén y alrededores que habíamos dejado sin ver cuando nos fuimos al Jordán y luego una tarde, alrededor de las tres, nos reunimos en procesión y salimos por la majestuosa puerta de Damasco, y la muralla de Jerusalén se cerró tras nosotros para siempre. Nos detuvimos en la cima de una colina lejana para mirarla por última vez y despedirnos de la venerable ciudad que tan bien nos había acogido.

Durante casi cuatro horas viajamos siempre colina abajo. Seguimos un estrecho camino de herradura que cruzaba los lechos de los desfiladeros y, cuando podíamos, evitábamos tropezarnos con las largas caravanas de camellos y de mulas, y cuando no podíamos, sufríamos la desgracia de vernos aplastados contra paredes de piedra perpendiculares y de que la carga, al pasar, nos hiriese las piernas. A Jack lo atraparon dos o tres veces, y a Dan y a Moulton, lo mismo. Uno de los caballos sufrió una terrible caída al resbalar en las piedras, y los demás a punto estuvieron de seguir su destino. Sin embargo, era uno de los mejores caminos que habíamos encontrado en Palestina, si no el mejor, por lo que nadie se quejó demasiado.

Cruzamos el riachuelo que le proporcionó a David la piedra con la que mató a Goliath, y no hay duda de que vimos el lugar exacto en el que se luchó tan famosa batalla. Pasamos junto a una pintoresca ruina gótica cuyos adoquines de piedra habían retumbado bajo las espuelas de muchos y muy valientes cruzados, y cabalgamos por una parte del país que, según nos dijeron, en su día tuvo a Sansón como habitante.

Pasamos la noche con los buenos monjes del monasterio de Ramleh y por la mañana nos levantamos y cabalgamos durante toda la distancia que nos separaba de Jaffa, o Joppe, porque la llanura estaba tan bien nivelada como el piso de una casa y no tenía piedras; además, se trataba de nuestra última marcha por Tierra Santa. Cuando hubiesen transcurrido esas dos o tres horas, nosotros, y los agotados caballos, podríamos descansar y dormir tanto como quisiéramos. Ésta era la llanura a la que se refería Josué cuando dijo: «Sol, detente sobre Gabaón; y tú, luna, sobre el valle de Ayalón» <sup>[84]</sup>. Al acercarnos a Jaffa, los muchachos espolearon a los caballos y disfrutaron de la emoción de una buena carrera, experiencia que casi no habíamos vivido desde las carreras de asnos de las Islas Azores.

Por fin llegamos al noble huerto de los naranjos en el que yace enterrada la ciudad oriental de Jaffa; entramos en sus murallas y volvimos a recorrer estrechas callejuelas entre enjambres de alegres harapientos, y contemplamos otras visiones y vivimos otras experiencias con las que ya estábamos familiarizados desde hacía mucho tiempo. Desmontamos, por última vez, y en lontananza, allí fondeado, ¡vimos el barco! Y lo pongo entre admiraciones porque admiración fue lo que sentimos cuando lo vimos. El largo peregrinaje había llegado a su fin y, de alguna forma, nos

alegrábamos de ello.

[Para la descripción de Jaffa, véase el *Universal Gazetteer*]. Aquí vivió anteriormente Simón el Curtidor. Fuimos a su casa. Todos los peregrinos visitan la casa de Simón el Curtidor. Pedro tuvo la visión de los animales que descendían del cielo sobre un mantel grande mientras se hallaba en el tejado de la casa de Simón el Curtidor. Desde Jaffa zarpó Jonás cuando se le dijo que fuera a predicar a Nínive, y sin duda no fue lejos de la ciudad donde lo arrojó la ballena cuando se dio cuenta de que no tenía billete. Jonás era desobediente, criticón y quejica, por lo que merece que se hable de él a la ligera, o casi. Las maderas utilizadas en la construcción del Templo del rey Salomón llegaron flotando en balsas hasta Jaffa, y el estrecho paso que hay en el arrecife, a través del que llegaron a la orilla, no es ni un centímetro más ancho, ni un grado menos peligroso para la navegación de lo que lo era entonces. Así de letárgico es el carácter de la población con la que cuenta, y siempre ha contado, el único puerto de mar de Palestina. Jaffa tiene historia y, además, emocionante. Aunque no aparecerá en ningún lugar de este libro. Si el lector desea pasarse por la biblioteca y dar mi nombre, le facilitarán libros que le aportarán una información muy completa acerca de Jaffa.

Y así acaba la peregrinación. Deberíamos estar agradecidos por no haberla hecho con el fin de recrear la vista en los aspectos fascinantes de la naturaleza, ya que nos habríamos llevado una decepción... al menos en esta época del año. Un escritor en *Vida en Tierra Santa* observa:

*Por muy monótona e inhóspita que la mayor parte de Tierra Santa pueda parecer a ojos de las personas acostumbradas al verdor casi constante de las flores, a los anchos arroyos y las variadas superficies de nuestro propio país, debemos recordar que su aspecto para los Israelitas, después de una agotadora marcha de cuarenta años a través del desierto, debió de resultar muy diferente.*

Algo que todos nosotros reconoceremos de buena gana. Pero sí que es «monótona e inhóspita», y no hay motivos suficientes para describirla de otra forma.

De todas las tierras que cuentan con un paisaje deprimente, creo que Palestina se lleva la palma. Las colinas son yermas, no tienen color y sus formas son anodinas. Los valles son feos desiertos bordeados de una pobre vegetación que tiene aspecto apenado y abatido. El mar Muerto y el mar de Galilea duermen en medio de un amplio trecho de colinas y valles en el que la vista no logra posarse sobre ninguna tonalidad agradable, ni objeto llamativo, ni tierna imagen que sueñe entre la calima púrpura o se vea moteada por la sombra que producen las nubes. Todos los contornos son duros, cada rasgo está muy marcado, no existe perspectiva, aquí la distancia no hace milagros. Es una tierra sin esperanza, triste, desgarrada.

Sin embargo, algunas pequeñas franjas y zonas deben de ser muy hermosas en plena primavera, y todavía más hermosas en contraste con la desolación que todo lo

toca y que las rodea por todas partes. Me encantaría ver las lindes del Jordán en primavera, y Siquem, Esdrelón, Ayalón y los confines de Galilea, pero aún así, esos lugares parecerían simples jardines de juguete situados a intervalos muy amplios, en el erial de una desolación sin límites.

Palestina se asienta sobre cenizas y sayales. Por encima de ella se cierne el sortilegio de una maldición que ha marchitado sus campos y encadenado sus energías. Donde una vez se alzaron las torres y cúpulas de Sodoma y Gomorra, ese mar solemne inunda ahora la llanura, ese mar de amargas aguas en el que no existe ninguna criatura viva —sobre cuya tranquila superficie el aire abrasador permanece inmóvil, muerto—, y en cuyas orillas sólo crecen malas hierbas, y matas aisladas de cañas, y esa fruta traicionera que promete frescos labios resacas, pero se convierte en ceniza al tocarla. Nazaret está abandonada; alrededor de ese vado del Jordán a través del que las huestes de Israel se adentraron en la Tierra Prometida cantando su regocijo, sólo encontramos un inmundo campamento de fantásticos beduinos del desierto; Jericó la maldita no es más que una ruina desmoronada, a pesar de que el milagro de Josué la dejó así hace más de tres mil años; Belén y Betania, en su pobreza y su humillación, no tienen nada ahora capaz de recordarnos que conocieron el gran honor de la presencia del Salvador; el sagrado lugar donde los pastores cuidaban a sus ganados por la noche, y donde los ángeles cantaron «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», no está ocupado por criatura alguna, ni bendecido por algún rasgo agradable a la vista. La propia Jerusalén, el nombre más imponente de la historia, ha perdido toda su antigua grandeza, y se ha convertido en una aldea de indigentes; las riquezas de Salomón ya no están allí para atraer la atención de las reinas orientales que van de visita; el maravilloso templo que fue el orgullo y la gloria de Israel ya no está, y la media luna otomana se alza sobre el lugar donde, en el día más memorable de los anales de la historia, levantaron la Sagrada Cruz. El famoso mar de Galilea, donde fondeaban las flotas romanas y navegaban los discípulos del Salvador, hace mucho que fue abandonado por los seguidores de la guerra y del comercio, y ahora sus orillas son un desierto silencioso; Cafarnaúm es una ruina informe; Magdala alberga árabes andrajosos; Betseda y Corazeín se han esfumado de la superficie terrestre, y los «lugares desérticos» que las rodeaban, donde miles de personas escucharon la voz del Salvador y comieron del milagroso pan, duermen en la calma de una soledad que sólo habitan las aves de presa y los zorros que se ocultan.

Palestina es una tierra devastada y poco agraciada. ¿Y por qué iba a ser de otro modo? ¿Puede la *maldición* de la Deidad embellecer una tierra?

Palestina ya no forma parte de este mundo ordinario. Para la poesía y la tradición es sagrada: es una tierra de ensueño.

## LVII

**E**star de nuevo en el mar valía un reino. Era un alivio librarse de toda ansiedad, de todas esas dudas, como por ejemplo, a dónde deberíamos ir; cuánto tiempo deberíamos quedarnos; si merecía la pena ir o no; las preocupaciones sobre el estado de los caballos; y preguntas tales como «¿Encontraremos agua alguna vez?», «¿Comeremos alguna vez?», «Ferguson. ¿Durante cuántos millones de millas más tenemos que arrastrarnos bajo este horrible sol antes de acampar?». Fue un alivio dejar muy lejos todos esos atormentadores afanes —eran como cadenas de acero, cada uno de ellos formaba un eslabón—, y sentir la satisfacción temporal que nace al desvanecerse los problemas y las responsabilidades. No mirábamos la brújula: ya no nos importaba a dónde se dirigía el barco, con tal de perder de vista la tierra lo antes posible. Cuando vuelva a viajar, quiero ir en un crucero de placer. Ninguna cantidad de dinero podría habernos garantizado, en un buque desconocido y entre rostros extraños, la perfecta satisfacción y el efecto de sentirnos de nuevo *en casa* que experimentamos cuando subimos a bordo del *Quaker City* —nuestro propio barco— después de tan agotadora peregrinación. Es algo que siempre hemos sentido al regresar a él, y algo que nunca tuvimos deseos de vender.

Nos sacamos nuestras camisas de lana azul, las espuelas, las pesadas botas, los sanguinarios revólveres y los pantalones con culera de piel, nos afeitamos y volvimos a salir ataviados como cristianos. Todos menos Jack, que se cambió todos los demás artículos de vestido pero siguió usando sus pantalones de viaje. Aún conservaban intacto su amplio asiento de piel; y eso, unido a su corto chaquetón marinero y a sus piernas, tan largas y delgadas, lo convertía en un objeto pintoresco cuando permanecía en pie en el castillo de proa, mirando al mar, a lo lejos, por encima del tajamar. En esos momentos, yo recordaba el último consejo de su padre. Le dijo:

*«Jack, hijo mío, estás a punto de viajar en la inmejorable compañía de unas damas y unos caballeros refinados y cultos, totalmente conocedores de las costumbres de la buena sociedad. Escucha su conversación, estudia sus hábitos y aprende. Sé amable y atento con todos, respeta las opiniones de cada uno, así como sus faltas y sus prejuicios. Exige el respeto justo de todos tus compañeros de viaje, aunque no consigas que te tengan por amigo. Y Jack... ¡jamás se te ocurra, mientras vivas, aparecer en público en cubierta, con buen tiempo, vestido de manera impropia al salón de visitas de tu madre!».*

Habría sido digno de verse que el padre de un joven tan optimista hubiese subido a bordo en algún momento, para encontrárselo de pie en el castillo de proa, chaquetón marinero, fez rojo con borla, pantalón con culera de piel y todo lo demás, contemplando, plácidamente, el océano: un espectáculo de lo más curioso para el



salón de cualquiera.

Después de una agradable travesía y un buen descanso, nos acercamos a Egipto y, a través de la más apacible puesta de sol, vimos alzarse las cúpulas y los minaretes de Alejandría. Tan pronto echamos el ancla, Jack y yo cogimos un bote y bajamos a tierra. Para entonces ya era de noche y los demás pasajeros se contentaron con quedarse en casa y visitar el antiguo Egipto después de desayunar. Eso fue lo que hicieron en Constantinopla. Se sentían vivamente interesados por cada nuevo país, pero su impaciencia de escolares se había agotado, y habían aprendido que lo más cuerdo era tomarse las cosas con calma y desplazarse cómodamente: esos viejos países no se esfuman por la noche; esperan hasta la hora del desayuno.

Cuando llegamos al muelle encontramos un ejército de niños egipcios con unos burros no más grandes que ellos, esperando a los pasajeros, ya que los burros son los omnibuses de Egipto. Nosotros preferíamos caminar, pero no pudimos salirnos con la nuestra. Los niños se apiñaron a nuestro alrededor, gritaron a nuestro alrededor, y cruzaron sus asnos exactamente en medio de nuestro camino, fuésemos por donde fuésemos. Eran unos bribones amables, como los burros. Montamos, y los niños corrieron detrás de nosotros, manteniendo a los burros en un galope furioso, a la moda de Damasco. Creo que prefiero montar en burro a hacerlo en cualquier otra bestia del mundo. Es rápido, no se da aires, y es dócil, aunque testarudo. Ni Satán en persona sería capaz de asustarlo y es oportuno, muy oportuno. Si uno se cansa de montar, le basta apoyar los pies en el suelo y dejar que el burro siga galopando solo.

Encontramos el hotel y conseguimos habitaciones, y nos alegramos al saber que el príncipe de Gales se había alojado allí en una ocasión. Lo anunciaban en toda clase de carteles. Desde entonces, no se había alojado allí ningún otro príncipe, hasta que llegamos Jack y yo. Luego nos fuimos a recorrer la ciudad y descubrimos que tenía grandes edificios comerciales y calles hermosas y anchas, muy bien iluminadas. Por la noche recordaba algo a París. Pero Jack encontró una heladería y ahí se acabaron todas las investigaciones nocturnas. Hacía mucho calor, muchos días habían transcurrido desde que Jack había visto un helado por última vez, y resultó inútil hablar de abandonar la heladería hasta que cerró.

Por la mañana, las tribus perdidas de América bajaron a tierra, infestaron los hoteles y tomaron posesión de todos los burros y otros carruajes abiertos que les ofrecieron. Acudieron, en pintoresca procesión, a ver al cónsul; los grandes jardines; las Agujas de Cleopatra; la columna de Pompeyo; el palacio del virrey de Egipto; el Nilo; los soberbios palmerales. Uno de nuestros más empedernidos cazadores de reliquias llevaba encima su martillo, e intentó romper un fragmento de la Aguja que estaba en pie, aunque no lo consiguió; lo intentó en la que está caída y fracasó; le pidió prestada una pesada maza a un albañil y lo intentó de nuevo. Probó en la columna de Pompeyo, y lo dejó desconcertado. Desperdigadas alrededor del impresionante monolito había esfinges de noble semblante, talladas en granito egipcio, tan duro como el acero inoxidable, en cuyos torneados rasgos ni el paso de

cinco mil años había conseguido dejar huella. El cazador de reliquias las golpeó sin descanso, y sudó profusamente mientras lo hacía. Fue como si hubiese intentado desfigurar la luna. Lo contemplaron serenas, con la majestuosa sonrisa que llevaban tantos años luciendo, y que parecía decirle: «Ve a picotear a otro lado, pobre insecto; no fuimos hechas para temer a los de tu calaña; en el transcurso de sólo doscientos años hemos visto más tipos como tú que arenas hay a tus pies: ¿han dejado en nosotras alguna marca?».

Pero me olvido de los colonos de Jaffa. En Jaffa habíamos aceptado a bordo a unos cuarenta miembros de una comunidad muy conocida. Había hombres y mujeres; bebés, niños y niñas; matrimonios jóvenes y otros que ya habían dejado atrás la flor de la vida. Me refiero a la «Colonia de Adams en Jaffa» [85]. Otros ya habían desertado con antelación. En Jaffa dejamos al Sr. Adams, a su esposa y a quince desgraciados que, no sólo no tenían dinero sino que, además, no sabían a quién acudir o a dónde ir. Eso fue lo que nos dijeron. Nuestros cuarenta ya eran bastante desdichados y encima se pasaron todo el viaje tumbados en cubierta, mareados, lo que acabó por rematar su desdicha, supongo yo. Sin embargo, uno o dos jóvenes aguantaron en posición vertical y, debido a un constante acoso, conseguimos que nos proporcionasen alguna información. Nos la dieron de mala gana y de forma muy fragmentada porque, al haber sido vergonzosamente embaucados por su profeta, se sentían humillados e infelices. Y en esas circunstancias a nadie le gusta hablar.

La colonia resultó un completo fiasco. Ya he dicho que los que podían marcharse lo hacían, de vez en cuando. El profeta Adams —que había sido actor, luego varias cosas más, después Mormón y misionario y, siempre, un aventurero— se ha quedado en Jaffa con un puñado de afligidos súbditos. Los cuarenta que hemos traído con nosotros eran principalmente indigentes, aunque no todos. Deseaban llegar a Egipto. No sabían qué sería de ellos una vez allí y probablemente no les importaba: sólo querían alejarse de la odiada Jaffa. Ya casi no tenían esperanza. Porque después de muchos llamamientos a la compasión de Nueva Inglaterra, realizados por unos desconocidos de Boston a través de los periódicos, y después de que se abriera una oficina para la recepción de contribuciones económicas a favor de los colonos de Jaffa, sólo se donó un dólar. El cónsul general de Egipto me mostró el párrafo del periódico en el que se mencionaba dicha circunstancia, y me contó también la interrupción de los esfuerzos después de que se cerrara la oficina. Resultaba evidente que Nueva Inglaterra, tan práctica ella, no lamentaba haberse librado de semejantes visionarios, y no se sentía en absoluto inclinada a contratar a alguien que los llevase de vuelta. Aún así, llegar a Egipto ya era algo para aquellos desgraciados colonos, aunque la posibilidad de llegar más lejos fuese casi inexistente.

En esa situación llegaron a Alejandría en nuestro barco. Uno de nuestros pasajeros, el Sr. D. Moses S. Beach, del *New York Sun*, preguntó al cónsul general cuánto costaría enviar a esas gentes de vuelta a su casa, en Maine, vía Liverpool, y éste le contestó que con mil quinientos dólares en oro bastaría. El Sr. Beach entregó

un cheque por dicha cantidad y así acabaron los problemas de los colonos de Jaffa. [86]

Aleandría se parecía demasiado a una ciudad europea como para resultar novedosa, y pronto nos cansamos de ella. Nos pusimos en marcha y nos vinimos aquí, a la antigua El Cairo, que sí es una ciudad oriental en todos los sentidos. Pocas cosas hay en ella que desengañen a nuestros cerebros del error, si se les mete en la cabeza que nos encontramos en el corazón de Arabia. Imponentes camellos y dromedarios, egipcios morenos, turcos ídem y etíopes negros, todos con turbantes, fajines, y una gran variedad de vestimentas orientales en toda la gama de colores llamativos, es lo que vemos por doquier, abarrotando las estrechas calles y los bazares como enjambres. Nos alojamos en el Shepherd's Hotel, que es el peor del mundo, a excepción de otro que hay en una pequeña población de los Estados Unidos. Me resulta agradable leer ahora la siguiente anotación de mi libreta, y sé que podré soportar el Sheperd's Hotel porque he estado en otro igual en América y he sobrevivido:

*Me alojé en el Benton House. Era un buen hotel, pero eso no significa nada. Yo también era un buen chaval, si vamos a eso. Los dos hemos perdido reputación en los últimos años. El Benton no es un buen hotel Al Benton le falta mucho para ser un buen hotel. Perdicion está llena de hoteles mucho mejores que el Benton.*

*Anoche era ya tarde cuando llegué y le dije al recepcionista que quería mucha luz, porque me apetecía leer durante una hora o dos. Cuando llegué a la habitación N.º 15 con el mozo (recorrimos un vestíbulo poco iluminado y revestido de una moqueta antigua, descolorida, desgastada en muchos sitios y remendada con pedazos de hule; un vestíbulo que se hundía bajo nuestros pies y que crujía estrepitosamente a cada paso), encendió una luz: cinco centímetros de una vela de sebo tísica, lastimosa y amarillenta que brilló con una luz azul crepitó, se desanimó y se apagó. El mozo volvió a encenderla y yo le pregunté si ésa era toda la luz que enviaba el recepcionista. Me dijo: «Oh, no, tengo más aquí», y sacó otros cinco centímetros de vela de sebo. Le dije: «Encienda las dos. Necesitaré una para ver la otra». Lo hizo, pero el resultado fue peor que la propia oscuridad. Era un chico alegre y complaciente. Me dijo que iría «por ahí» a robar una lámpara. Me convertí en su cómplice y lo animé a delinquir. Diez minutos después oí al director ir tras él en el vestíbulo.*

—¿A dónde vas con esa lámpara?

—La quieren en la quince, señor.

—*¡En la quince! Pero si tiene un lote doble de velas, ¿es que quiere iluminar la casa entera? ¿Quiere celebrar una procesión nocturna? ¿Qué es lo que pretende?*

—*No le gustan las velas. Dice que quiere una lámpara.*

—*Pero... ¿Qué rayos...? Jamás había oído tal cosa. ¿Para qué demonios puede querer la lámpara?*

—*Sólo pretende leer... o eso dice.*

—*¿Así que quiere leer? ¡Y no le llega con mil velas, que además quiere una lámpara! Me pregunto yo para qué demonios querrá ese tipo una lámpara. Llévale otra vela, y si...*

—*Pero quiere la lámpara... ¡dice que quemará el edificio hasta los cimientos si no le llevo una lámpara! (Cosa que yo nunca dije).*

—*Ya me gustaría a mí ver cómo lo intenta. Bueno, pues llévasela, pero juro que nunca he visto cosa tal Y a ver si consigues enterarte de para qué quiere esa lámpara.*

*Y se marchó mascullando y haciéndose cruces ante la inexplicable conducta del de la N.º 15. La lámpara era buena, pero me reveló algunas cosas desagradables: una cama situada en las afueras de un desierto de habitación... una cama que tenía dentro colinas y valles y en la que había que acomodar el cuerpo a la huella dejada por el hombre que había dormido antes en ella, en caso de querer sentirse cómodo; una alfombra que había visto días mejores; un melancólico aguamanil en una lejana esquina, en el que había una triste jarra que lloraba su pico roto; un espejo con una grieta a la mitad, que cortaba la cabeza a la altura de la barbilla y te hacía parecer un horrible monstruo inacabado; el papel que colgaba de las paredes hecho pedazos.*

*Suspiré y dije:*

—*Qué bonito; y ahora, ¿podría usted traerme algo para leer?*

*El mozo contestó:*

—*Por supuesto; el viejo tiene toneladas de libros.*

*Y se marchó antes de que pudiera decirle qué clase de literatura prefería. Aunque su expresión manifestaba una total confianza en su capacidad para cumplir el encargo que le había hecho. El viejo se lanzó en picado sobre él.*

—*¿Qué piensas hacer con ese montón de libros?*

—*Me los piden en la quince, señor.*

—*¿En la quince? Lo próximo será un caliente camas. ¡O una enfermera! Llévale todo lo que haya en la casa: llévale al camarero, llévale el carrito de los equipajes y llévale una doncella. ¡Maldita sea! Nunca he visto cosa semejante. ¿Te ha dicho para qué quiere los libros?*

—*Para leerlos, digo yo; no es probable que los quiera para comérselos, supongo.*

—*Para leerlos... ¡para leerlos a estas horas de la noche, el muy chalado! Pues no se los llesves.*

—*Pero dice que tengo que llevárselos; dice que si no se paseará por todo el establecimiento gritando y armando una buena... ¡Sabe Dios lo que sería capaz de hacer si no se los llevo! Porque está borracho, loco y desesperado, y nada que no sean los malditos libros lo calmará. [Yo no había hecho amenaza alguna, y no me hallaba en el estado que el mozo me atribuía].*

—*Pues vete; pero aquí estaré yo cuando se ponga a pasearse y a armarla, y al primer espectáculo que dé, haré que se pasee en la calle.*

*Y el anciano se marchó, farfullando como antes.*

*Aquel mozo era un genio. Me dejó una buena pila de libros sobre la cama y me dio las buenas noches tan confiado como si supiera, sin lugar a dudas, que aquellos libros eran exactamente del tipo que yo quería leer. Y ya podía. Su selección cubría toda la amplia gama de la literatura tradicional. Incluía La gran consumación, del reverendo Cummings, teología; Revisión de los estatutos del estado de Missouri, derecho; Todo lo que hay que saber sobre veterinaria, medicina; Los trabajadores del mar, de Victor Hugo, novela; Las obras de William Shakespeare, poesía. Jamás dejaré de admirar el tacto y la inteligencia de aquel dotado mozo.*

Pero todos los burros de la cristiandad y la mayor parte de los niños egipcios, creo, están a la puerta, y hay algo de ruido, por no utilizar un lenguaje más fuerte. Estamos a punto de salir hacia las insignes pirámides de Egipto, y están inspeccionando los burros que usaremos en el viaje. Iré a escoger uno antes de que se queden con todos los que valen algo.

## LVIII

Los burros eran todos buenos, guapos, fuertes y estaban en buenas condiciones, eran rápidos y tenían ganas de demostrarlo. Eran los mejores de todos los que habíamos encontrado, y los más *recherche*. No sé lo que significa *recherche*, pero eso es lo que eran. Algunos tenían un suave color ratón, y los otros eran blancos, negros y de varios tonos. Algunos estaban afeitados por completo, menos un mechón de pelo que les dejaban al final de la cola. A otros los habían afeitado haciendo dibujos, como los empleados por los paisajistas, y sus cuerpos se adornaban con líneas curvas que en un lado estaban limitadas por el pelo y, en el otro, por la suave piel liberada por las tijeras de esquila. Acababan de afeitarlos a todos y estaban muy elegantes. Algunos de los blancos parecían cebras, con sus rayas pintadas en azul, rojo y amarillo, como un arco iris. Resultaban indescriptiblemente bonitos. Dan y Jack eligieron uno de éstos porque les traía reminiscencias italianas de los Maestros Antiguos. Las sillas eran esas cosas altas, rellenas y con forma de rana que ya habíamos visto en Éfeso y en Esmirna. Los muleros eran chavales egipcios alegres, capaces de seguir al burro y mantenerlo a medio galope la mitad del día sin cansarse. Teníamos muchos espectadores cuando montamos, porque el hotel estaba lleno de ingleses civiles que iban camino de la India y de militares preparándose para la campaña africana contra el rey Teodoro de Abisinia. No éramos un grupo muy grande, pero mientras nos abríamos camino por las calles de la gran metrópolis, hacíamos el ruido de quinientos, mostrando una actividad y creando entusiasmo en la misma proporción. Es imposible guiar a un burro, y algunos chocaban con los camellos, derviches, efendis, asnos, mendigos y todo lo demás que ofreciera a los burros una oportunidad razonable para colisionar. Cuando entramos en la amplia avenida que sale de la ciudad en dirección al Viejo Cairo, había sitio de sobra. Las murallas de majestuosas palmeras datileras que bordeaban los jardines y delineaban el camino, nos proporcionaban sombra y hacían que el aire resultase fresco y vigorizante. Nos dejamos llevar por el espíritu del momento y la carrera se convirtió en una huida despavorida, en una estampida, en pánico absoluto. Ojalá viva para disfrutar algo así de nuevo.

En varios puntos del camino fuimos testigo de algunas muestras de la asombrosa inocencia oriental. Una niña que aparentaba trece años apareció andando por la vía pública vestida como Eva antes de la caída. En casa habríamos dicho que tenía trece años; pero aquí las niñas que aparentan trece no suelen tener más de nueve. En alguna ocasión vimos hombres totalmente desnudos, de magnífica constitución, bañándose y sin intentar ocultarse. Sin embargo, una hora de contacto con tan alegre costumbre reconcilió con ella a los peregrinos, y así dejó de llamarles la atención. De esta forma hasta las novedades más sorprendentes pierden su garra y su espíritu para estos vagabundos que tienen demasiadas cosas que ver.

Al llegar al Viejo Cairo, los criados se ocuparon de los burros y los subieron en

tropel a bordo de un pequeño bote de vela latina, nosotros los seguimos y zarpamos. La cubierta estaba abarrotada de burros y hombres; los dos marineros tenían que subir, bajar y atravesar la compacta masa para ocuparse de las velas, y el timonel tenía que sacar de en medio a cuatro o cinco burros cada vez que quería mover la caña del timón y maniobrar. Pero ¿qué nos importaban a nosotros sus problemas? No teníamos nada que hacer; nada que no fuese disfrutar del viaje; nada que no fuese echar a los burros para que no nos pisasen los callos y deleitarnos con el encantador paisaje del Nilo.

En la isla que quedaba a nuestra derecha estaba esa máquina a la que llaman Nilómetro: una columna de piedra cuyo fin es marcar las crecidas del río y profetizar si sólo llegará a los nueve metros, provocando una hambruna, o si inundará la tierra como es debido, a los doce metros, trayendo la abundancia, o si llegará hasta los trece y llevará la muerte y la destrucción de rebaños y cosechas. Pero no son capaces de explicarnos cómo hace todo eso, de manera que lo entendamos. En la misma isla aún se muestra el lugar donde la hija del faraón encontró a Moisés entre los juncos. Cerca del sitio del que zarpamos vivió la Sagrada Familia durante su estancia en Egipto, hasta que Herodes completó la matanza de los inocentes. El mismo árbol bajo el que descansaron cuando llegaron seguía estando allí hasta hace poco, pero el virrey de Egipto se lo envió recientemente a la emperatriz Eugenia. Y justo a tiempo, pues de lo contrario se lo habrían llevado nuestros peregrinos.

El Nilo, en esta zona, está lleno de barro, la corriente es rápida, y sus aguas turbias, y no le falta mucho para ser tan ancho como el Misisipi.

Trepamos con dificultad la pronunciada orilla en la pobre población de Giza, volvimos a montar en los burros, y salimos corriendo y dando brincos. Durante cuatro o cinco millas la ruta seguía un alto terraplén que, según dicen, será donde se asiente la vía de un ferrocarril que piensa construir el Sultán, con el único motivo de que cuando la emperatriz de los franceses venga a visitarlo, pueda ella acercarse a las Pirámides con total comodidad. Eso es auténtica hospitalidad oriental. Me alegro mucho de que tengamos el privilegio de ir en burro, y no en tren.

A pocas millas de distancia, las Pirámides sobresalen por encima de las palmeras, nítidas, grandiosas, imponentes, pero también suaves, transparentes. Nadan en una densa calima que les ha arrebatado todo matiz de la insensibilidad propia de la piedra, y las ha hecho parecer sólo las etéreas fruslerías de un sueño; estructuras que podrían transformarse en pisos de borrosas arcadas, o de columnatas ornamentadas, quizás, y cambiar una y otra vez, adoptando todas las formas airoas de la arquitectura mientras las mirábamos, para luego derretirse deliciosamente y fundirse con la trémula atmósfera.

Dejamos los burros al final del embarcadero y subimos a un bote de vela con el que navegamos un afluente del Nilo, o un desbordamiento, y bajamos a tierra donde las arenas del Gran Sahara dejaban su dique, liso como un muro, siguiendo el borde de la llanura aluvial del río. Una ardua caminata bajo un sol en llamas nos llevó a los

pies de la Gran Pirámide de Keops. Ya no era una aparición encantadora. Era una montaña de piedra estriada y antiestética. Cada uno de sus monstruosos lados era una gigantesca escalera que subía, peldaño a peldaño, estrechándose al ascender, hasta que acababa en punta, allá muy lejos, en el aire. Hombres y mujeres como insectos — peregrinos del *Quaker City*— trepaban por aquellas atalayas de vértigo, y un pequeño enjambre negro agitaba sellos de correos desde la aireada cima —entiéndase pañuelos—.

Por supuesto que nos asedió una chusma de egipcios y árabes musculosos que querían ser contratados para arrastrarnos hasta la cima; es lo que hacen todos los turistas. Por supuesto que resultaba imposible oír nuestras propias voces, debido al alboroto que nos rodeaba. Por supuesto que los jeques dijeron que *ellos* eran los únicos responsables; que todos los contratos debían hacerse con ellos, todo el dinero debía pagársele a ellos, y que sólo ellos podían imponernos cualquier tipo de pago. Por supuesto que acordaron que los granujas encargados de arrastrarnos hasta arriba no nos pedirían propina ni una sola vez. Porque ésa es la rutina de siempre. Por supuesto que cerramos el trato con ellos, les pagamos, nos dejaron en manos de los que iban a tirar de nosotros, nos arrastraron pirámide arriba, y nos hostigaron y acosaron pidiéndonos propina desde la base hasta la cima. Y la pagamos, porque, en aquel vasto lado de la pirámide, estábamos muy alejados los unos de los otros —lo hacían a propósito—. No había nadie cerca que pudiera ayudarnos si pedíamos socorro, y los Hércules que tiraban de nosotros tenían una manera de pedir, dulce y halagadora, que hasta seducía, y una forma de parecer lo bastante fieros y amenazantes como para arrojarnos al vacío, que era persuasiva y convincente.

Cada escalón era tan alto como una mesa de comedor; y había muchos muchos escalones; un árabe nos agarraba por cada brazo, brincaban hacia arriba de escalón en escalón, y nos arrastraban con ellos, obligándonos a subir los pies a la altura del pecho en cada ocasión, y a hacerlo rápido, y a mantener el ritmo hasta que estábamos a punto de desmayarnos. ¿Quién puede decir que subir a las pirámides no es un pasatiempo alegre, vivificante, lacerante, destroza-músculos, tuerce-huesos y perfectamente atroz y agotador? Imploré a aquellos bribones para que no me dislocasen *todas* las articulaciones; iteré, reiteré, incluso les *juré* que no deseaba competir con nadie para llegar a la cima; hice todo lo posible para convencerles de que, si llegaba el último, me sentiría el hombre más afortunado y les estaría agradecido para siempre; les supliqué, les rogué, les lloré para que me dejaran detenerme un momento a descansar, sólo un momentito: y me contestaron con más brincos espantosos, y un voluntario no contratado comenzó, por detrás, un bombardeo de denodados impulsos con su cabeza que amenazaba con enviar a pique para siempre toda mi economía política.

En dos ocasiones, durante un minuto, me dejaron descansar mientras me extorsionaban la propina, y luego continuaron con su vuelo fanático pirámide arriba. Querían llegar antes que los otros. A ellos tanto les daba que yo, un desconocido,



hubiese de ser sacrificado sobre el altar de su impura ambición. Pero no hay mal que cien años dure. A pesar de lo apurado de la situación, había algo que me consolaba. Y es que yo sabía que, a menos que esos mahometanos se arrepintieran, algún día irían de cabeza a la perdición. Y nunca se arrepienten, nunca traicionan su paganismo. Este pensamiento me calmó, me alegró, y me desplomé, cojo y agotado, sobre la cima, pero feliz, *muy* feliz y sereno por dentro.

Por un lado, un impresionante mar de arena amarilla se extendía hacia el fin del mundo, solemne, silencioso, desprovisto de vegetación, sin que la silueta de ningún ser vivo alegrase su soledad; por el otro, a nuestros pies se desplegaba el Edén de Egipto: un amplio fondo verde, partido en dos por el sinuoso río, salpicado de aldeas, cuyas vastas distancias se miden, y se marcan, por la estatura en disminución de los grupos de palmeras que se alejan. Parecía dormir en medio de un ambiente encantado. No había sonidos, ni movimientos. Por encima de los penachos de las datileras, a media distancia, se erguía una masa de cúpulas y pináculos, que relucía a través de una neblina exquisita, matizada; a lo lejos, hacia el horizonte, una docena de esbeltas pirámides vigilaban las ruinas de Memphis; y a nuestros pies, la amable e impasible Esfinge observaba el paisaje desde su trono de las arenas, tan plácida y pensativamente como lo miraba hace cincuenta siglos.

No hay pluma capaz de describir la tortura que nos infligieron las hambrientas peticiones de limosna que, sin parar, destellaban en los ojos de los árabes y brotaban de sus labios. ¿Para qué intentar visualizar las tradiciones de la desaparecida grandeza egipcia? ¿Para qué procurar imaginar a Egipto siguiendo a los Ramseses muertos hasta sus tumbas de la Pirámide, o a la gran multitud de Israel marchándose en dirección al vasto desierto? ¿Para qué intentar pensar, siquiera? Era imposible. Aquí hay que venir con las reflexiones en conserva o, si no, ponerlas en conserva después.

El tradicional árabe nos propuso, a la manera tradicional, que bajaría corriendo la pirámide de Keops, cruzaría la octava parte de una milla de arena que queda entre ésta y la pirámide de Kefrén, ascendería a la cima de la de Kefrén y volvería junto a nosotros a lo alto de la Keops... todo ello en nueve minutos por reloj, y todo el servicio costaría sólo un dólar. Con la primera oleada de irritación pensé «que el árabe éste y sus proezas se vayan al diablo». Pero ¡alto! El tercio superior de la pirámide de Kefrén estaba recubierto de mármol, tan pulido como el cristal. Un pensamiento dichoso se apoderó de mi cerebro. Indefectiblemente, se rompería la crisma. Cerrad el contrato enseguida, dije yo, y que se vaya. Se fue. Nosotros miramos. Empezó a bajar botando por el amplio lado, brinco tras brinco, como un íbice. Se hizo cada vez más pequeño hasta que no fue más que un pigmeo balanceante, allá abajo, al fondo, y luego desapareció. Nos giramos para mirar hacia el otro lado: cuarenta segundos, ochenta segundos, cien... ¡qué alegría, ya está muerto! Dos minutos... y cuarto. ¡«Allá va»! Verdad. Era verdad. Era muy pequeñito. Lento, pero seguro, superó el nivel del suelo. Volvió a brincar y a ascender. Arriba, arriba, arriba, hasta que llegó al recubrimiento liso... a por él. Pero se agarraba con

uñas y dientes, como una mosca. Así fue trepando: hacia la derecha pero subiendo; hacia la izquierda, sin dejar de subir. Y por fin se puso de pie sobre la cima, como una pica negra, y agitó su bufanda de pigmeo. Después se deslizó hacia abajo, hasta llegar a la zona de piedras escalonadas, recuperó sus ágiles talones y salió volando. Lo perdimos de vista. Pero enseguida volvimos a verlo bajo nosotros, subiendo con la misma energía del principio. Al pronto se halló entre nosotros, con un gallardo grito de guerra. Tiempo, ocho minutos, cuarenta y un segundos. Había ganado. Tenía los huesos intactos. Era un fracaso. Reflexioné. Me dije «Está cansado y podría marearse. Me jugaré otro dólar».

Volvió a empezar. Hizo de nuevo el viaje. Resbaló en el tramo recubierto... casi fue mío. Pero una grieta infame lo salvó. Volvía a estar con nosotros, sano y salvo. Tiempo: ocho minutos, cuarenta y seis segundos. Le dije a Dan:

—Présteme un dólar. Aún puedo ganar.

Cada vez peor. Ganó de nuevo. Tiempo: ocho minutos, cuarenta y ocho segundos. Se me había acabado la paciencia. Estaba desesperado, el dinero ya no me importaba. Le dije:

—Señor, le doy cien dólares si se tira de cabeza desde esta pirámide. Si no está conforme con las condiciones, dígame cuánto quiere. No pienso escatimar gastos a estas alturas. Pretendo quedarme aquí y seguir arriesgando dinero en usted mientras a Dan le quede un solo centavo.

Seguramente ahora ganaría yo, porque ningún árabe podría rechazar semejante oportunidad. Reflexionó un momento, y creo que lo habría hecho, pero llegó su madre y se metió en medio. Sus lágrimas me conmovieron —soy incapaz de presenciar las lágrimas de una mujer con indiferencia— y le dije que le daría cien dólares a ella si se tiraba también.

Pero fue un fracaso. Los árabes están demasiado valorados en Egipto. Se dan unos aires que no resultan apropiados a semejantes salvajes.

Descendimos, acalorados y sin humor. El dragomán encendió unas velas y todos entramos en un agujero situado cerca de la base de la pirámide, ayudados por un gentío de árabes muy ruidosos que nos impusieron sus servicios sin que los solicitásemos. Nos arrastraron por una rampa alargada e inclinada, dejando caer el sebo encima de nosotros. La rampa no era más del doble de ancha y de larga que un baúl de mujer, y estaba encerrada —arriba, abajo y a los lados— por bloques macizos de granito egipcio tan anchos como un armario, con el doble de fondo y tres veces más largos. Continuamos subiendo, entre opresivas tinieblas, hasta que me pareció que debíamos de estar de nuevo cerca de la cumbre, y entonces entramos en la cámara de la Reina, y, poco después, en la cámara del Rey. Aquellos grandes recintos eran tumbas. Las paredes estaban hechas con monstruosas masas de granito pulido, perfectamente unidas. Algunas eran tan grandes como un salón de recibir normal. Un enorme sarcófago de piedra, como una bañera, ocupaba el centro de la cámara del Rey. A su alrededor se veía un pintoresco grupo de árabes salvajes y de peregrinos

sucios y andrajosos, que mantenían sus velas en alto mientras charlaban, y las titilantes manchas de luz descubrían a uno de los irreprimibles buscadores de recuerdos, que estaba golpeando el venerable sarcófago con su martillo sacrílego.

Luchamos por salir al aire libre y a la luz del sol, y durante treinta minutos recibimos a los andrajosos árabes a pares, docenas y pelotones, y les pagamos sus propinas por unos servicios que ellos juraban —y demostraban apoyándose los unos en los otros— habernos prestado, pero de los que nosotros no habíamos sido conscientes. Cada vez que pagábamos a un grupo, sus miembros se volvían a poner de nuevo en la cola, hasta que les llegaba otra vez el turno para exponernos una lista inventada de deudas a liquidar.

Almorzamos a la sombra de la pirámide, en medio de un grupo tan usurpador e inoportuno, y luego Dan, Jack y yo nos levantamos para dar un paseo. Un aullante enjambre de mendigos nos siguió, nos rodeó, casi nos decapitó. Entre ellos había un jeque, con su albornoz blanco y ligero y un alegre turbante. Quería más propina. Pero había adoptado un nuevo código: pedía millones por defendernos, pero ni un centavo de propina. Le pregunté si, en caso de pagarle, podría convencer a los demás para que se fueran. Dijo que sí... a cambio de diez francos. Aceptamos el contrato y dijimos:

—Y ahora convenza a sus vasallos para que se marchen.

Hizo oscilar su largo bastón alrededor de su cabeza y tres árabes mordieron el polvo. Se puso a hacer cabriolas entre la multitud como un loco de atar. Sus golpes caían como el granizo y, dondequiera que uno caía, un sujeto se iba al suelo. Tuvimos que acudir corriendo al rescate y decirle que bastaba con hacerles un poquito de daño, que no era necesario matarlos. En dos minutos estábamos a solas con el jeque, y así permanecimos. Los poderes de persuasión de aquel salvaje analfabeto eran impresionantes.

Cada uno de los lados de la pirámide de Keops mide tanto de largo como el Capitolio de Washington, o como el palacio nuevo del Sultán en el Bósforo, y es más largo que San Pedro de Roma en su punto de mayor profundidad. Todo lo cual equivale a decir que cada lado de la pirámide de Keops mide doscientos y pico metros de largo. Es unos veinte metros más alta que la cruz de San Pedro. La primera vez que descendí por el Misisipi pensé que el despeñadero más alto que daba al río entre San Luis y Nueva Orleans —estaba cerca de Selma, Missouri—, sería probablemente la montaña más alta del mundo. Mide ciento veinticinco metros de alto. Sigue emergiendo entre mis recuerdos con igual grandeza. Aún veo los árboles y arbustos hacerse cada vez más pequeños mientras los seguía con la vista en su ascenso, hasta que se convertían en unos flecos livianos allá arriba, en la cumbre. Esta simétrica pirámide de Keops —esta montaña de piedra maciza levantada por las pacientes manos de los hombres; esta impresionante tumba de un monarca olvidado— empequeñece a mi preciada montaña. Porque mide ciento cuarenta y seis metros de altura. En años previos a los que me he referido, Hollyday's Hill, en nuestra ciudad, era para mí la más grandiosa de las obras de Dios. Parecía perforar los cielos.

Medía casi noventa metros de altura. En aquellos días reflexioné mucho sobre el asunto, pero no conseguí entender por qué su cima no presentaba un vendaje de inagotables nubes, y su majestuosa cumbre no estaba coronada por las nieves perpetuas. Había oído decir que eso era lo que ocurría con las grandes montañas en otras partes del mundo. Recordaba lo mucho que había trabajado, con otro chico, durante las tardes robadas al estudio y pagadas con azotes, para socavar y separar de su base una inmensa roca que descansaba en el borde de aquella cima; recordaba que un sábado por la tarde le habíamos dedicado a la tarea tres horas de trabajo concentrado y que, por fin, habíamos visto próxima la recompensa; recordaba que nos habíamos sentado, nos habíamos limpiado el sudor de la frente y habíamos esperado a que un grupo que iba de excursión pasara por el camino de abajo y dejase libre la zona. Y entonces empujamos la roca. Fue espléndido. Cayó colina abajo rompiéndolo todo, arrancando árboles jóvenes, segando arbustos como si fuesen césped, desgarrando, aplastando y haciendo añicos todo lo que encontraba en su camino; diseminó e hizo astillas para siempre un montón de madera apilada al pie de la colina, y luego saltó desde el alto terraplén y pasó por encima de una carreta que iba por el camino —el negro que la conducía miró hacia arriba una vez y la esquivó— y al segundo siguiente hizo trizas una tonelería, y los toneleros salieron en tropel, como abejas. Entonces dijimos que había sido totalmente impresionante y nos fuimos. Porque los toneleros empezaban a subir la colina para ver qué había pasado.

Pues esa montaña, por muy prodigiosa que fuese, no era nada comparada con la pirámide de Keops. No lograba conjurar comparación alguna capaz de ayudar a mi mente a comprender de forma satisfactoria la magnitud de un montón de piedras monstruosas que ocupaba trece acres de terreno y que se extendía, hacia arriba, a lo largo de ciento cuarenta y seis agotadores metros, por lo que me rendí y me acerqué caminando hasta la Esfinge.

Después de años de espera, por fin la tenía ante mí. Ese gran rostro estaba tan triste, tan serio, tan anhelante, tan paciente. Había una dignidad en su semblante que no era de este mundo, y en su faz una benignidad que nunca adornó ninguna faz humana. Era de piedra, pero parecía sensible. Si alguna vez una imagen de piedra pensó, ésta estaba pensando. Miraba en dirección al borde del paisaje, pero sin mirar a nada: sólo distancia y vacío. Miraba fijamente al océano del Tiempo, a las hileras de olas hechas de siglos que, al retroceder cada vez más, se acercaban las unas a las otras para confundirse, al fin, en una sola marea continua que se aleja hacia el horizonte de la antigüedad remota. Pensaba en las guerras de épocas pasadas; en los imperios que había visto crear y destruir; en las naciones cuyo nacimiento había presenciado, cuyo progreso había observado y cuya aniquilación había advertido; en la alegría y la pena, la vida y la muerte, la grandeza y decadencia de cinco mil años que se repiten. Era la representación de un atributo del hombre, de una facultad de su alma y su mente. Era la MEMORIA —LA RETROSPECCIÓN— convertida en una forma tangible, visible. Todo el que sabe cuánto patetismo permanece en los

recuerdos de los días que se han consumado y de los rostros que han desaparecido — aunque sólo haya transcurrido una insignificante veintena de años—, podrá apreciar en parte el patetismo que habita esos ojos solemnes que tan firmemente echan atrás la mirada a las cosas que conocieron antes de que naciera la Historia —antes de que la Tradición existiese—; cosas que fueron, y formas que se movieron, en una época imprecisa de la que incluso la Poesía y el Romance saben poco, y que una a una fueron desapareciendo, dejando a la soñadora de piedra sola en medio de una era nueva y extraña, y de unas imágenes no comprendidas.

La Esfinge es grandiosa en su soledad; imponente en su magnitud; impresionante en el misterio que se cierne sobre su historia. Y eso se refleja en la majestuosidad, que todo lo eclipsa, de su eterna figura de piedra, con su recuerdo acusador de las hazañas de todas las edades, que nos revela parte de lo que sentiremos cuando, por fin, nos hallemos ante la terrible presencia de Dios.

Hay algunas cosas que, para prestigio de América, deberían quedar sin decir, quizás; pero es que justamente esas cosas ocurren a veces para ser precisamente ellas las que, a beneficio de los americanos, ocupen un lugar destacado. Mientras estábamos mirando, una verruga —o excrecencia de algún otro tipo— apareció en la mandíbula de la Esfinge. Oímos el golpe familiar del martillo y de inmediato comprendimos lo que ocurría. Uno de nuestros reptiles bien intencionados —me refiero a los cazadores de reliquias— había reptado hasta allí e intentaba arrancar una «muestra» del rostro de la más majestuosa creación realizada por la mano del hombre. Pero la gran imagen contemplaba las edades muertas con la misma calma de siempre, inconsciente del pequeño insecto que trasteaba nervioso en su mandíbula. El granito egipcio, que ha desafiado las tormentas y terremotos de siempre, no tiene nada que temer a los martillitos de los excursionistas ignorantes, salteadores de caminos como este espécimen. Fracasó en su intento. Enviamos a un jeque a arrestarlo si tenía autoridad, o a advertirle, si no la tenía, de que según las leyes de Egipto, el delito que estaba intentando cometer se castigaba con prisión o una tunda de palos. Desistió y se marchó.

La Esfinge: cuarenta metros de largo, veinte de alto y treinta metros de perímetro en la cabeza, si no recuerdo mal, tallada en un único bloque de una piedra más dura que cualquier hierro. El bloque debía de ser tan grande como el Fith Avenue Hotel antes de que perdiese (por necesidades de la escultura) una cuarta parte o la mitad de su masa original. Aporto estas cifras y estos comentarios para sugerir la ingente labor de tallado que debieron realizar, y lo difícil que debió de ser hacerlo de manera tan elegante, simétrica e impecable. Esta piedra es tan dura que las figuras en ella talladas permanecen claras y sin perder definición después de verse expuestas a las inclemencias del tiempo durante dos o tres mil años. ¿Fueron necesarios cien años de paciente esfuerzo para tallar la Esfinge? Parece probable.

Surgieron dificultades y no visitamos el mar Rojo, ni caminamos sobre las arenas de Arabia. No describiré la gran mezquita de Mehmet Alí, cuyas paredes interiores

están totalmente recubiertas de alabastro pulido, reluciente; no contaré que los pajaritos han construido sus nidos en los globos de las enormes arañas que cuelgan en la mezquita, que llenan todo aquel lugar con sus trinos y que no le tienen miedo a nadie porque se perdona su audacia, se respetan sus derechos y a nadie se le permite meterse con ellos, aunque por eso la mezquita se vea condenada a pasar sin luz; desde luego que no relataré la manida historia de la masacre de los Mamelucos, porque me alegro de que masacraran a esos bribones sin ley, y no deseo levantar simpatía alguna a su favor; no contaré cómo ese único Mameluco obligó a saltar a su caballo —una distancia de treinta metros— desde las almenas de la ciudadela y escapó, porque no me parece para tanto: yo mismo podría haberlo hecho; no hablaré del pozo de José, que cavó en la roca maciza de la colina donde se alza la ciudadela, y que sigue estando como recién hecho, ni de cómo las mismas mulas que él compró para sacar el agua (con una cadena interminable), siguen haciéndolo aún y, además, ya empiezan a cansarse; no diré nada de los graneros de José, que construyó para almacenar en ellos el grano, en esos tiempos en los que los brókers egipcios vendían a la baja, inconscientes de que no habría trigo en la zona cuando les llegase el momento de cumplir; no comentaré nada acerca de la muy curiosa y extraña ciudad de El Cairo, porque sólo es una repetición, bastante intensificada y exagerada, de las ciudades orientales de las que ya he hablado; no opinaré acerca de la Gran Caravana que todos los años sale en dirección a la Meca, porque yo no la vi; ni de la costumbre que tiene la gente de postrarse para formar una larga calzada humana sobre la que cabalgará el jefe de la expedición a su regreso, asegurando la salvación de todos ellos, porque tampoco la vi; no hablaré de la red de ferrocarriles, porque es igual que cualquier otra —sólo diré que el combustible que usan para sus locomotoras se compone de momias que tienen tres mil años de edad y que se compran por toneladas o por cementerios para tal fin, y que a veces se puede oír al maquinista blasfemo gritar malhumorado: «Malditos plebeyos, no valen ni para arder bien. Pásame a un rey» <sup>[87]</sup>—; no diré nada de los grupos de conos de barro pegados como avisperos sobre miles de montículos por encima de la línea de la marea alta, por todo lo largo y ancho de Egipto: las aldeas de las clases más bajas; no hablaré de la ilimitada extensión llana, verde de exuberante grano, que alegra la vista siempre que logra penetrar la suave y cálida atmósfera de Egipto; no comentaré lo que supone ver las pirámides a una distancia de veinticinco millas, porque la imagen resulta demasiado etérea como para que una pluma poco inspirada la retrate; no diré nada de las multitudes de mujeres morenas que acudían en tropel a los vagones cuando se detenían un momento en alguna estación, para vendernos un sorbo de agua o una rojiza y jugosa granada; no hablaré de las heterogéneas multitudes y de las curiosas vestimentas que adornaban una feria en plena celebración que encontramos en otra de esas estaciones sin civilizar; no contaré el banquete de dátiles frescos que nos dimos, ni cómo disfrutamos del agradable paisaje durante toda la visita relámpago; ni cómo entramos, por fin, en Alejandría, bajamos en tropel de los vagones, remamos hasta el barco,

dejamos atrás a un compañero (que debía regresar a Europa y, desde allí, a casa), levamos anclas, y pusimos rumbo a casa, por fin y para siempre, después de tan largo viaje; ni cómo, mientras el tenue sol se ponía sobre la tierra más antigua del mundo, Jack y Moulton se reunieron solemnes en la sala de fumadores y lloraron la pérdida del camarada durante toda la noche, sin que nada pudiera consolarlos. No diré ni una sola palabra acerca de todas estas cosas, ni escribiré una sola línea. Serán como un libro sellado. No sé lo que es un libro sellado, porque nunca he visto uno, pero «un libro sellado» es la expresión a utilizar con respecto a esto, porque es popular.

Nos alegrábamos de haber visto la tierra que fue la madre de la civilización, que se lo enseñó todo a Grecia y, a través de Grecia, también a Roma y, a través de Roma, al mundo entero; la tierra que pudo haber humanizado y civilizado a los infortunados hijos de Israel, pero que les permitió abandonar sus fronteras casi como salvajes. Nos alegrábamos de haber visto esa tierra que tuvo una religión culta con recompensas y castigos eternos, mientras que ni la religión de Israel contenía una promesa del más allá. Nos alegrábamos de haber visto la tierra que tuvo el vidrio tres mil años antes de que Inglaterra lo tuviera, y que sabía pintar sobre él como ninguno de nosotros es capaz de hacerlo ahora; esa tierra que sabía, hace tres mil años, prácticamente todo lo relacionado con la medicina y la cirugía que la ciencia ha *descubierto* recientemente; que tenía todos esos instrumentos quirúrgicos tan curiosos que la ciencia ha *inventado* últimamente; que daba la mayor importancia a miles de lujos y necesidades de una civilización avanzada, que nosotros hemos ido ideando y acumulando en los tiempos modernos, asegurando que eran cosas completamente nuevas; que tenía papel un sinnúmero de siglos antes de que nosotros soñáramos, siquiera, con él... y pelucas antes de que nuestras mujeres pensaran en ellas; que contaba con un sistema perfecto de escuelas tanto tiempo antes de que empezásemos a presumir de nuestros logros al respecto, que parece una eternidad; que embalsamaba tan bien a los muertos que casi volvía inmortal la carne, algo que nosotros no podemos hacer; que construía templos que se ríen de la destrucción provocada por el paso del tiempo y sonrían ante nuestros loados prodigios de la arquitectura; esa vieja tierra que sabía todo lo que sabemos nosotros ahora, tal vez más; que recorrió el amplio camino de la civilización en los albores de la creación, siglos y siglos antes de que naciósemos; que dejó la huella de una mente elevada y culta sobre la frente eterna de la Esfinge para desconcertar a todos los burlones que, cuando todas las demás pruebas hayan desaparecido, intenten persuadir al mundo de que el Egipto imperial, en los días de mayor renombre, había avanzado a tientas en la oscuridad.

## LIX

**Y**a estábamos de nuevo en el mar, para realizar una travesía muy larga: íbamos a recorrer todo el Levante a lo largo; también el Mediterráneo propiamente dicho, para luego cruzar todo el ancho del Atlántico; una travesía que duraría varias semanas. Naturalmente nos acomodamos a un ritmo de vida muy lento, hogareño, y decidimos ser personas tranquilas y ejemplares, y no vagar ya más durante veinte o treinta días. Al menos no más que de proa a popa del barco. Se trataba de una perspectiva muy cómoda, porque estábamos agotados y necesitábamos un buen descanso.

Todos nos sentíamos indolentes y satisfechos, como demuestran las exiguas entradas de mi diario (indicio claro, para mí, de mi estado). Vaya estupidez que resulta una libreta cuando uno viaja por mar. Por favor, presten atención al estilo:

*Domingo. Oficios, como siempre, a las cuatro campanadas. Oficios también por la noche. Nada de jugar a las cartas.*

*Lunes. Bonito día, pero llovió mucho. Deberían rellenar de guijarros al ganado comprado en Alejandría para carne. O al menos engordarlo. El agua se queda estancada en charcas, en las depresiones que se forman detrás de sus paletillas. También en muchas zonas de sus lomos. Menos mal que no son vacas, porque las empaparía y aguaría la leche. La pobre águila de Siria <sup>[88]</sup> tiene un aspecto miserable y decaído bajo la lluvia, posada en el cabestrante de proa. Parece tener opinión propia sobre el viaje por mar y, si pudiéramos pasarla al lenguaje y, ese lenguaje, solidificarlo, probablemente serviría de presa para contener al río más salvaje del mundo.*

*Martes. En algún punto próximo a la isla de Malta. No se puede parar. Cólera. Tiempo muy tormentoso. Muchos pasajeros mareados e invisibles.*

*Miércoles. El tiempo sigue salvaje. La tormenta arrastró al mar a dos aves de tierra y han acabado a bordo. El viento también ha traído un halcón. Dio más y más vueltas alrededor del barco, deseando aterrizar, pero atemorizado de la gente. Al final, estaba tan cansado que tuvo que hacerlo, o morir. Varias veces se paró en la cofa del trinquete y el viento se lo llevó otras tantas. Al fin, Harry consiguió atraparlo. El mar lleno de peces voladores. Salen en bancos de trescientos y destellan acompañando al barco, sobre las crestas de las olas, a cincuenta o cien metros de distancia, luego se sumergen y desaparecen.*

*Jueves. Fondeamos frente a Argel, África. Hermosa ciudad, rodeada de un hermoso paisaje montañoso y verde. Nos quedamos medio día y nos fuimos. No nos dejaron bajar a tierra aunque mostramos una cartilla sanitaria sin mácula. Tenían miedo de la peste egipcia y del cólera.*

*Viernes. Por la mañana, dominó. Por la tarde, dominó. Al anochecer, paseo por cubierta. Después, charadas.*



Sábado. *Por la mañana, dominó. Por la tarde, dominó. Al anochecer, paseo por cubierta. Después, charadas.*

Domingo. *Oficios de mañana, cuatro campanadas. Oficios de tarde, ocho campanadas. Monotonía hasta la medianoche... tras lo cual, dominó.*

Lunes. *Por la mañana, dominó. Por la tarde, dominó. Al anochecer, paseo por cubierta. Después, charadas y una conferencia del Dr. C. Dominó.*

Sin fecha. *Fondeamos frente a la pintoresca ciudad de Cagliari, Cerdeña. Nos quedamos hasta la medianoche, pero esos infames extranjeros no nos dejaron bajar. Huelen inodidamente —no se lavan— y no quieren arriesgarse a sufrir el cólera.*

Jueves. *Fondeamos frente a la hermosa ciudad catedralicia de Málaga, España. Bajamos a tierra en la lancha del capitán. Bueno, a tierra no, porque tampoco nos dejaron pisarla. Cuarentena. Envié mi correspondencia para el periódico, la cual cogieron con pinzas, sumergieron en agua de mar, le hicieron miles de agujeros, y luego la fumigaron con infames vapores hasta que olió como un español. Pregunté qué posibilidades había de eludir el bloqueo y visitar la Alhambra de Granada. Demasiado arriesgado: podrían colgarnos. Zarpamos a media tarde.*

*Y siempre lo mismo, siempre lo mismo, siempre igual durante varios días. Por fin, fondeamos frente a Gibraltar, que resulta familiar, casi como estar en casa.*

Me recuerda a un diario que comencé en una ocasión el día de Año Nuevo, cuando era un niño, una presa confiada y dispuesta a cumplir con esos imposibles planes de reforma que las viejas doncellas y las abuelas, con su mejor voluntad, establecían para guiar los pasos de los jóvenes en esa época del año, encomendándoles tareas descomunales que, al fracasar necesariamente, debilitaban la fuerza de voluntad del niño de forma infalible, y hacían disminuir su confianza en sí mismo, perjudicando sus posibilidades de tener éxito en la vida. Por favor, observen este extracto:

Lunes. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Martes. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Miércoles. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Jueves. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Viernes. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Viernes siguiente. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Quince días después. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Un mes después. *Me levanté, me aseo, me fui a la cama.*

Y entonces paré, desanimado. Parece que los acontecimientos especiales no abundaban tanto en mi vida como para tener necesidad de un diario. Sin embargo, me siento orgulloso porque, a pesar de ser tan pequeño, me lavaba al levantarme. Aquel diario me remató. Desde entonces nunca tuve valor para llevar uno. La pérdida de confianza en mí mismo en cuanto a ese tema resultó ser permanente.

El barco tuvo que permanecer una semana, o más, en Gibraltar, con el fin de hacer acopio de carbón para el viaje de regreso a casa.

Quedarnos a bordo iba a ser agotador, así que cuatro de nosotros nos saltamos la cuarentena y disfrutamos de siete días deliciosos en Sevilla, Córdoba, Cádiz, y vagabundeando por los gratos paisajes rurales de Andalucía, el jardín de la España Antigua. Las experiencias vividas en esa alegre semana fueron muchas y demasiado variadas para un capítulo corto, y no me queda espacio para uno largo. Así que no contaré ninguna.

## LX

**L**as diez o las once de la mañana nos descubrieron un día, en Cádiz, bajando a desayunar. Nos dijeron que el barco llevaba anclado en el puerto dos o tres horas. Había llegado el momento de que nos espabilásemos. El barco no podía esperar mucho más debido a la cuarentena. Enseguida estuvimos a bordo y, en el plazo de una hora, la ciudad blanca y las agradables costas de España se hundieron bajo las olas y se desvanecieron. Nunca lamentamos tanto perder de vista una tierra como lamentamos alejarnos de ésta.

Hacía mucho que se había decidido, en una ruidosa reunión celebrada en el camarote principal, que no podíamos ir a Lisboa, porque seguramente allí nos aplicarían la cuarentena. Lo hacíamos todo celebrando reuniones multitudinarias, a la moda nacional, desde cambiar un imperio por otro en el programa del viaje, hasta quejarnos por la cocina o la escasez de servilletas. Ahora recuerdo una de esas quejas sobre la comida que realizó uno de los pasajeros. El café llevaba tres semanas siendo cada vez más y más execrable, hasta que al final dejó de ser café y asumió la naturaleza de simple aguachirle; eso fue lo que dijo esta persona. Dijo que era tan débil que transparentaba la taza hasta una profundidad de tres centímetros. Una mañana, al acercarse a la mesa, vio transparentarse la taza, gracias a su extraordinaria vista, mucho antes de llegar a su asiento. Retrocedió y se quejó, de manera despótica, al capitán Duncan. Le dijo que el café era vergonzoso. El capitán le mostró el suyo. Parecía tolerablemente bueno. El incipiente amotinado se sintió aún más ultrajado ante lo que denunció como parcialidad mostrada hacia la mesa del capitán por encima del resto de las mesas del barco. Desanduvo sus pasos, cogió su taza, la depositó ante el capitán, triunfante, y dijo:

—Pruebe éste jarabe una sola vez, Capitán.

Lo olió, lo degustó, sonrió bondadoso, y luego dijo:

—Resulta inferior —para ser café—, pero es un té bastante bueno.

El humillado rebelde lo olió, lo probó, y volvió a su asiento. Había quedado como un perfecto idiota delante de todo el barco. No volvió a hacerlo más. Después de eso, todo le parecía bien. Se trataba de mí.

Habíamos vuelto a la tradicional vida de a bordo, ahora que ya no había tierra a la vista. Durante días y días todo fue lo mismo, un día exactamente igual al siguiente y, para mí, todos ellos agradables. Por fin anclamos en el fondeadero abierto de Funchal, en el hermoso archipiélago de Madeira.

Las montañas parecían indescriptiblemente hermosas, revestidas de vida, de vegetación; estriadas con crestas de lava; moteadas de cabañas blancas; divididas por profundas simas de color morado; las grandes laderas, bañadas por el sol y veteadas por las sombras, se lanzaban desde las errantes escuadras del cielo, y tan soberbia imagen quedaba coronada por las altísimas cumbres cuyos frentes habían rozado los flecos colgantes de la nubes.

Pero no pudimos bajar a tierra. Nos quedamos allí de pie, todo el día, mirando, insultando al hombre que se inventó la cuarentena; celebramos media docena de asambleas multitudinarias y las llenamos de discursos interrumpidos, mociones condenadas al fracaso, enmiendas que quedaron en nada, y resoluciones que murieron de puro agotamiento al intentar ser presentadas en público. Por la noche zarpamos.

Durante la travesía la media de reuniones multitudinarias fue de cuatro a la semana; así parecía que estábamos siempre ocupados y, sin embargo, de manera tan falaz que cuando, muy pocas veces, conseguíamos llegar a una resolución, era motivo de público regocijo, e izábamos bandera y disparábamos salvas de saludo.

Pasaron los días... y las noches; y las hermosas Bermudas surgieron del mar, nos adentramos en el tortuoso canal, nos movimos de aquí para allá entre las alegres islas veraniegas y descansamos, por fin, bajo la bandera inglesa, donde fuimos bien recibidos. Aquí no éramos una pesadilla, porque aquí había civilización e inteligencia, en lugar de la superstición, la suciedad y el miedo al cólera de Italia y de España. Unos días entre los bosquecillos refrescados por la brisa, los jardines de flores, las cuevas de coral y las hermosas vistas del agua azul que entraba y salía, que desaparecía y que pronto volvía a aparecer entre los selváticos muros de brillante follaje, restauraron las energías minadas por la larga somnolencia del océano, y nos pusieron en forma para nuestra última travesía: un paseo de mil millas hasta Nueva York, América, nuestro HOGAR.

Nos despedimos de «nuestros amigos los habitantes de Las Bermudas», según reza el programa —la mayor parte de aquéllos con los que intimamos eran negros—, y volvimos al gran azul. He dicho la mayor parte. Conocimos a más negros que blancos porque teníamos mucha ropa para lavar y planchar, pero hicimos muy buenos amigos entre los blancos, a los que será un placer guardar en nuestro recuerdo durante mucho tiempo.

Zarpamos y, desde ese momento, se acabó la buena vida. Se puso en marcha una operación de vaciado de armarios, llenado de camarotes y preparación de baúles como no se veía desde que echamos el ancla en el puerto de Beirut. Todo el mundo estaba ocupado. Había que hacer listas de todas las compras y de lo que habían costado, para facilitar las cosas en la aduana. Las compras hechas a granel, entre varios, debían repartirse de forma equitativa, cancelar las deudas pendientes, comparar cuentas y etiquetar baúles, cajas y paquetes. El trajín y la confusión se prolongaban durante todo el día.

Y entonces se produjo nuestro primer accidente. Un pasajero iba corriendo por una pasarela, entre cubiertas, una noche de tormenta, cuando metió el pie en la armella de hierro de la puerta de una escotilla que alguien había dejado abierta, con gran irresponsabilidad, y se rompió el tobillo. Fue nuestra primera desgracia seria. Habíamos recorrido más de veinte mil millas, por mar y tierra, bajo climas agotadores, sin que nadie saliese herido, sin un solo caso grave de enfermedad, y sin muertes entre sesenta y cinco pasajeros. Habíamos tenido una buena suerte

maravillosa. Un marinero había saltado por la borda una noche, en Constantinopla, y no habíamos vuelto a verlo, pero se sospechaba que su intención era la de desertar, y había una posibilidad, al menos, de que hubiese alcanzado la costa. Pero la lista de pasajeros estaba al completo. No faltaba ni un solo nombre.

Por fin, una agradable mañana, nos adentramos en la bahía de Nueva York, todos en cubierta, todos vestidos como cristianos —por orden especial, ya que en algunos existía la latente tendencia de salir vestidos de turcos—, y entre el agitar de pañuelos de los amigos que habían ido a recibirlos, los alegres peregrinos percibieron el estremecimiento de las cubiertas, indicio de que barco y muelle habían vuelto a darse la mano y de que el largo y curioso crucero se había acabado. Amén.

## LXI

Ahora quiero incluir aquí un artículo que escribí para el *Herald* de Nueva York la noche en que llegué. Lo hago en parte porque el contrato con mis editores me obliga; en parte porque se trata de un resumen correcto, tolerablemente exacto y exhaustivo del crucero y del comportamiento de los peregrinos en tierras extranjeras; y en parte porque algunos de los pasajeros me han insultado por escribirlo, y deseo que el público vea lo ingrata que resulta la tarea de molestarse en glorificar a las personas poco agradecidas. Se me acusó de «entrar corriendo en imprenta» con esos cumplidos. No corrí. Había escrito boletines para el *Herald* en alguna ocasión, y aún así, cuando visité sus oficinas aquel día, nada dije acerca de escribir un discurso de despedida. Fui a las oficinas del *Tribune* para ver si deseaban que escribiera un artículo de ese tipo, porque yo formaba parte del personal habitual del periódico, y era mi deber hacerlo así. El director no estaba, así que no volví a pensar en el asunto. Por la noche, cuando del *Herald* me pidieron un artículo, tampoco corrí. De hecho, puse reparos durante un tiempo, porque en aquel momento no me apetecía escribir cumplidos y, por lo tanto, tenía miedo de hablar del crucero, por si acababa usando algún otro lenguaje que no fuera elogioso. Sin embargo, reflexioné que estaría justificado escribir algo amable acerca de los *hadjis* —los *hadjis* son aquellos que han peregrinado— porque los que no habían sido parte interesada no podrían hacerlo tan sentidamente como yo, un compañero *hadji*, por lo que escribí el discurso de despedida. Lo he leído una y otra vez; y si hay en él una sola frase que no sea elogiosa en exceso para con el capitán, el barco y los pasajeros, yo no logro encontrarla. Si no es un capítulo que cualquier grupo se sentiría orgulloso de protagonizar, es que no tengo criterio. Y después de lo dicho, lo someto al juicio imparcial del lector:

REGRESO DE LOS EXCURSIONISTAS A TIERRA SANTA:

LA HISTORIA DEL CRUCERO.

CARTA AL EDITOR DEL 'HERALD'.

El vapor *Quaker City* ha completado, por fin, su extraordinario viaje y ha regresado a su viejo muelle, al pie de Wall Street. La expedición fue un éxito en algunos aspectos, en otros no. En un principio se anunció como una «excursión de placer». Bueno, tal vez fuese una excursión de placer, pero lo cierto es que no lo pareció; sin duda no se portó como tal. La idea que cualquiera, y que todo el mundo, tiene de una excursión de placer es que aquellos que formen parte de ella sean, necesariamente, jóvenes, frívolos y algo alborotadores. Bailarán bastante, cantarán bastante, y cortejarán, pero sermonearán poco. La idea que cualquiera, y que todo el mundo, tiene de un entierro bien organizado es que debe haber un coche fúnebre y un cadáver, dolientes principales y dolientes de cortesía, mucha gente mayor, mucha

solemnidad, ninguna frivolidad, además de una oración y un sermón. ¡Tres cuartos de los pasajeros del *Quaker City* tenían entre cuarenta y setenta años! ¡Menudo grupo para ir de pícnic! Podría suponerse que el otro cuarto estaba compuesto de jovencitas. Pues no. En su mayoría lo formaban solterones desentrenados y un niño de seis años. Si hallamos la media de edad de los peregrinos del *Quaker City*, resulta que es de cincuenta años. ¿Hay alguien lo bastante loco como para imaginar que esta excursión de patriarcas cantó, cortejó, bailó, se rió, contó anécdotas y se entregó a impías frivolidades? Según mi experiencia, poco pecaron en estas cuestiones. Sin duda aquí, en casa, alguien supuso que estos retozones veteranos reían, cantaban y jugueteaban todo el día, y día tras día, paseando su ruidoso entusiasmo de un extremo al otro del barco; y que jugaban a la gallinita ciega o bailaban *quadrilles* <sup>[89]</sup> o vales por la noche, a la luz de la luna, en el alcázar; y que en los pocos momentos de tiempo libre apuntaban una o dos lacónicas observaciones en los diarios que habían comenzado a llevar, con esa idea, cuando dejaron su hogar, para escabullirse a sus torneos de *whist* y de *euchre*, bajo la luz de las lámparas del camarote. Si alguien supuso todo eso, supuso equivocadamente. Los venerables excursionistas no eran alegres ni estaban llenos de vitalidad. No jugaron a la gallinita ciega; no se entregaron al *whist*; no eludieron el irritante diario porque ¡Oh, prodigio!, la mayoría de ellos lo que escribía era un libro. Nunca juguetearon, hablaron poco, nunca cantaron, excepto en la reunión para rezar de todas las noches. El barco de placer era una sinagoga, y el viaje de placer fue como un entierro sin cadáver. (No hay nada estimulante en un entierro sin cadáver). Una carcajada libre y jovial era un sonido que no se escuchaba, en aquellas cubiertas y camarotes, más de una vez cada siete días, y cuando se oía, tropezaba con poquísima comprensión. Los excursionistas bailaron, en tres noches distintas, hace mucho mucho tiempo (parece un siglo), *quadrilles*, de un solo grupo, formado por tres damas y cinco caballeros (éstos últimos llevaban un pañuelo atado al brazo para indicar su sexo), que acompañaban sus pies al resuello solemne de un melodeón; pero se consideró que incluso tan melancólica orgía era pecado, por lo que se dejó de bailar.

Los peregrinos jugaban al dominó cuando un exceso de Josefo, o de las investigaciones en Tierra Santa de Robinson, o de escribir sus libros, hacía necesario el esparcimiento; porque el dominó es uno de los juegos más benignos y menos pecaminosos que existen, quizás, siempre con la excepción de ésa inefablemente insípida diversión a la que llaman *croquet*, que es un juego en el que no hay que meter bolas en la tronera, ni hay que hacer carambolas, y cuando se acaba, nadie tiene que pagar, ni ir a buscar refrigerios por lo que, en consecuencia, no produce satisfacción alguna. Así que jugaban al dominó hasta que se sentían descansados, y luego se vilipendiaban los unos a los otros en privado hasta la hora de rezar. Cuando no estaban mareados, eran extraordinariamente rápidos tan pronto sonaba el gong que anunciaba la cena. Ésa era nuestra vida cotidiana a bordo del barco: solemnidad, decoro, cena, dominó, oraciones, difamaciones. No era lo bastante animada como

para llamarla viaje de placer; aunque si hubiésemos tenido un cadáver, habría sido un entierro majestuoso. Ya ha terminado; pero al mirar atrás, la imagen de esos fósiles venerables realizando una excursión de seis meses me parece exquisitamente reconfortante. El título con el que anunciaron la expedición —«Gran excursión de placer a Tierra Santa»— era poco apropiado. «Gran cortejo fúnebre a Tierra Santa» habría sido mucho mucho mejor.

Fuésemos a donde fuésemos —Europa, Asia o África— causábamos sensación y, supongo que podría añadir, provocábamos hambruna. Ninguno había viajado antes; todos procedíamos del interior; viajar constituía toda una novedad para nosotros, y nos portábamos de acuerdo con los instintos naturales que llevábamos dentro, y ni las ceremonias o los convencionalismos nos ponían trabas. Siempre tuvimos cuidado de dejar claro que éramos americanos... ¡Americanos! Cuando supimos que muchos de los extranjeros casi ni habían oído hablar de América, y que muchos otros más la tenían por una provincia sin civilizar en algún lugar remoto, que últimamente había estado en guerra con alguien, nos compadecimos de la ignorancia del Viejo Mundo, pero no rebajamos ni un ápice nuestra importancia. Muchas sencillas comunidades del hemisferio oriental recordarán durante años la incursión de esa extraña horda, en el año del Señor de 1867, cuyos miembros se decían americanos y que parecían imaginar, no se sabe bien por qué, que tenían derecho a estar orgullosos de serlo. En general, provocábamos hambrunas, porque el café del *Quaker City* era insoportable y, a veces, la comida más abundante no era rigurosamente de primera clase; y también porque uno se cansa de sentarse siempre a la misma mesa y comer de los mismos platos.

Las gentes de esos países extranjeros son muy muy ignorantes. Miraban con curiosidad los atuendos que habíamos llevado desde los remotos parajes de América. Observaban que, a veces, hablábamos en voz muy alta en la mesa. Se fijaban en que mirábamos los gastos y sacábamos todo cuanto podíamos de un franco, y se preguntaban de dónde rayos habríamos salido. En París, simplemente abrieron mucho los ojos y se nos quedaron mirando fijamente ¡cuando les hablamos en francés! Jamás conseguimos que aquellos idiotas entendiesen su propio idioma. Uno de nuestros pasajeros le dijo al dependiente de una tienda, en relación a que volvería para adquirir un par de guantes, «*Resté voustéd tranquillé. Est posiblé que nous retourné lunés*»; y, no se lo creerán, pero ese dependiente, francés de nacimiento, tuvo que preguntar qué era lo que había dicho. No sé, pero a veces tengo la sensación de que debe haber alguna diferencia entre el francés de París y el francés del *Quaker City*.

La gente se nos quedaba mirando en todas partes, y nosotros los mirábamos a ellos. Generalmente hacíamos que se sintieran insignificantes antes de rematarlos, porque caíamos sobre ellos con la grandeza de América hasta que los aplastábamos. Y sin embargo, adoptamos encantados los usos y costumbres, sobre todo las modas, de los distintos pueblos que visitamos. Cuando zarpamos de las Azores, vestíamos esos horribles capotes y usábamos palillos finos de dientes... con éxito. Cuando



volvimos de Tánger, en África, nos tocábamos con un fez del rojo más sangriento que llevaba borlas colgando, como esos mechones de pelo que se dejan los indios en medio de la cabeza. En Francia y España llamamos algo la atención así vestidos. En Italia nos tomaron, naturalmente, por garibaldinos malhumorados, y enviaron una cañonera para que vigilase cualquier detalle de importancia en nuestros cambios de uniforme. Roma se partió de la risa. Podíamos hacer que cualquier sitio se partiera de la risa, cuando llevábamos toda nuestra ropa puesta. No conseguimos vestimentas nuevas en Grecia —allí tenían poco de todo—. Pero en Constantinopla ¡cómo nos desquitamos! Turbantes, cimitarras, feces, pistolas, túnicas, fajines, pantalones holgados, babuchas amarillas ¡Oh, qué guapos estábamos!

Los ilustres perros de Constantinopla se quedaron sin mandíbulas de tanto ladrarnos y, aún así, no nos hicieron justicia. Ahora ya están todos muertos. No podían ocuparse de tanto trabajo como les dimos y sobrevivir.

Y luego fuimos a ver al emperador de Rusia. Lo visitamos tan a gusto como si lo conociéramos desde hacía cien años, más o menos, y cuando dimos por terminada la visita, nos abigarramos con una selección de las vestimentas rusas y volvimos a zarpar, más pintorescos que nunca. En Esmirna compramos chales de pelo de camello y otras cosas elegantes de Persia; pero en Palestina... Ah, en Palestina nuestra espléndida carrera llegó a su fin. Allí no llevaban ninguna prenda de la que mereciese la pena hablar. Nos dimos por satisfechos y lo dejamos. No hicimos experimentos. No nos probamos sus ropas. Pero asombramos a los nativos del país. Los anonadamos con tantas excentricidades al vestir como se nos ocurrieron. Cruzamos Tierra Santa, desde Cesarea de Filipo hasta Jerusalén y el mar Muerto, formando una extraña procesión de peregrinos, erguidos sin importar el esfuerzo, solemnes, magníficos, con gafas verdes, dormitando bajo unas sombrillas azules, a horcajadas de un grupo aún más penoso de caballos, camellos y asnos que aquellos que salieron del Arca de Noé después de once meses de mareos y poca comida. Si alguna vez esos hijos de Israel que habitan Palestina olvidan la ocasión en que la banda de Gedeón atravesó sus tierras procedente de América, merecerían que los maldijeran otra vez, y que los remataran. Fue el espectáculo más extraño jamás visto por ojos mortales, probablemente.

Bueno, en Palestina nos sentíamos como en casa. Resultaba fácil apreciar que ésa era la principal característica de la expedición. Europa no nos había importado demasiado. Pasamos al galope a través del Louvre, de la Pitti, de la Uffizi, del Vaticano —de todas las galerías— y por las iglesias llenas de cuadros y de frescos de Venecia, Nápoles, y las catedrales de España; algunos de nosotros dijeron que ciertas obras de los Maestros Antiguos eran creaciones gloriosas propias de un genio (lo encontramos en la guía, aunque a veces nos equivocábamos de cuadro), y otros dijeron que eran viejos mamarrachos indignantes. Examinamos la estatuaria moderna y antigua con ojo crítico, en Florencia, Roma o dondequiera que la encontramos, y la alabamos si nos parecía justo y, si no, decíamos que preferíamos los indios de madera

que adornan los estancos de América. Pero Tierra Santa supo provocar todo nuestro entusiasmo. Nos sentimos extasiados junto a las yermas orillas de Galilea; reflexionamos en Tabor y en Nazareth; nos deshicimos en poesías sobre el cuestionable encanto de Esdrelón; meditamos en Jezrael y Samaria acerca del fervor misionero de Jehú; nos emocionamos... nos emocionamos bastante entre los lugares santos de Jerusalén; nos bañamos en el Jordán y en el mar Muerto, sin prestar atención a si nuestras pólizas de seguro cubrían riesgos extremos o no, y trajimos tantas vasijas de la sagrada agua de esos dos lugares que, este año, todo el país, desde Jericó a los montes de Moab, sufrirá sequía, creo yo. Sí, la parte de la excursión que fue peregrinaje constituyó su principal característica, de eso no hay duda. Después de la triste y taciturna Palestina, el hermoso Egipto nos atrajo muy poco. Nos limitamos a mirarlo de refilón y a prepararnos para volver a casa.

No nos dejaron bajar a tierra en Malta: cuarentena; no nos dejaron bajar a tierra en Cerdeña; ni en Argel, África; tampoco en Málaga, España, ni en Cádiz, ni en las Islas Madeira. Así que nos ofendimos con todos los extranjeros, les dimos la espalda y regresamos a casa. Supongo que sólo nos detuvimos en las Bermudas porque estaban en el programa. Ya no nos importaba nada ningún sitio. Queríamos volver a casa. La nostalgia viajaba a bordo con nosotros, era una epidemia. Si las autoridades de Nueva York hubiesen sabido lo contagiados que estábamos, nos habrían puesto en cuarentena.

La gran peregrinación ha terminado. Le digo adiós y que conservaré un buen recuerdo de ella, y lo hago con la mejor voluntad. No lo digo con malicia, ni guardo malas intenciones hacia ninguno de los individuos relacionados con ella, tanto pasajeros como oficiales. Las cosas que ayer no me gustaban nada, hoy me parecen bien, ahora que estoy en casa, y en lo sucesivo siempre podré reírme de todo el grupo si estoy de humor para ello, sin decir ni una sola palabra maliciosa.

La expedición realizó todo lo que su programa prometía realizar, y todos deberíamos estar satisfechos con la gestión del asunto, naturalmente. ¡Adiós!

## MARK TWAIN

A mí me parece elogioso. Es elogioso; y sin embargo, no he recibido ni una sola palabra de agradecimiento, por haberlo escrito, de los *hadjis*; al contrario, soy fiel a la más estricta verdad cuando digo que muchos de ellos hasta se ofendieron por el artículo. En mi esfuerzo por agradecerles incluso trabajé durante dos horas seguidas en el texto. Y menuda recompensa que he recibido. Jamás volveré a sentirme generoso.

## CONCLUSIÓN

Casi un año entero ha pasado volando desde que esta notable peregrinación llegó a su fin; y mientras estoy sentado en mi casa de San Francisco, pensando, me siento inclinado a confesar que, día a día, el conjunto de mis recuerdos de la excursión se ha ido haciendo cada vez más agradable, a medida que los incidentes desagradables del viaje, que lo entorpecían, fueron saliendo uno a uno de mi cabeza; y ahora, si el *Quaker City* fuese a levar anclas para volver a realizar la misma travesía, nada me agradaría más que ser uno de sus pasajeros.

Con el mismo capitán e incluso los mismos peregrinos, los mismos pecadores. Me llevaba estupendamente con ocho o nueve de los excursionistas (aún siguen siendo mis leales amigos), y hasta me hablaba con el resto de los sesenta y cinco. He navegado lo suficiente como para saber que, de media, la travesía fue muy buena. Porque un viaje largo por mar no sólo saca a la superficie todos los rasgos malos que poseemos, y los exagera, sino que también hace aparecer otros que ni siquiera sospechábamos que teníamos, y hasta crea algunos nuevos.

Un viaje por mar de doce meses puede convertir a un hombre normal y corriente en un milagro de maldad. Por otro lado, si un hombre tiene buenas cualidades, el ambiente lo lleva a mostrarlas a bordo en contadas ocasiones, al menos haciendo hincapié en ellas. Ahora sé bien que nuestros peregrinos, en tierra firme, son personas mayores y agradables; también sé que en el mar, en una segunda travesía, serían más agradables, de alguna manera, de lo que lo fueron en nuestra gran excursión, por lo que digo, sin dudar, que estaría encantado de volver a navegar con ellos. Al menos disfrutaría de la vida con mi grupito de viejos amigos. Ellos también podrían disfrutar de la vida con sus *camarillas* — los pasajeros siempre se dividen en camarillas, en todos los barcos—.

Y aquí mismo diré que prefiero viajar con un grupo de matusalenes a tener que ir cambiando de barco y de camaradas constantemente, como hace la gente que viaja a la manera normal. Estos últimos siempre se quejan de alguno de los barcos que han conocido y perdido, o de algunos camaradas de los que sus rutas divergentes los han separado. Cuando por fin aprenden a querer un barco, tienen que cambiarlo por otro, y se acostumbran a un compañero de viaje agradable sólo para quedarse sin él. Es una experiencia triste esa de verse a bordo de un navio desconocido, entre extraños que no se preocupan por nadie, y soportar las intimidaciones habituales de unos oficiales desconocidos y las insolencias de unos sirvientes extraños, repetidas una y otra vez en el plazo de cada mes que pasa. También se enfrentan a esa otra molestia de hacer baúles y deshacerlos, de exponerse al horror de las aduanas, de la ansiedad que lleva aparejada la responsabilidad de trasladar una masa ingente de equipaje de un punto a otro, en tierra, sin que le ocurra nada. Preferiría navegar con una brigada entera de patriarcas a sufrir todo eso. Sólo nos ocupamos de nuestros baúles en dos ocasiones: cuando zarpamos de Nueva York y cuando regresamos.

Cuando viajábamos por tierra, calculábamos los días que íbamos a estar fuera, preparábamos una maleta o dos, según las necesidades, y dejábamos los baúles a bordo. Elegíamos a nuestros camaradas entre nuestros amigos, ya bien conocidos, y nos poníamos en marcha.

Nunca dependíamos de unos desconocidos para poder tener compañía. Tuvimos muchas ocasiones de compadecernos de otros americanos a los que encontramos viajando, de manera deprimente, entre extraños, sin amigos con los que intercambiar penas y placeres. Cuando regresábamos de un viaje por tierra, nuestros ojos siempre buscaban una misma cosa en la distancia: el barco; y cuando lo veíamos fondeado, con la bandera al viento, nos sentíamos como se siente el vagabundo que, al regresar, ve su casa. Al subir a bordo, nuestras preocupaciones se esfumaban, nuestros problemas se acababan, porque el barco era nuestro hogar. Siempre teníamos el mismo viejo y familiar camarote, en el que nos sentíamos a salvo, en paz, y cómodos.

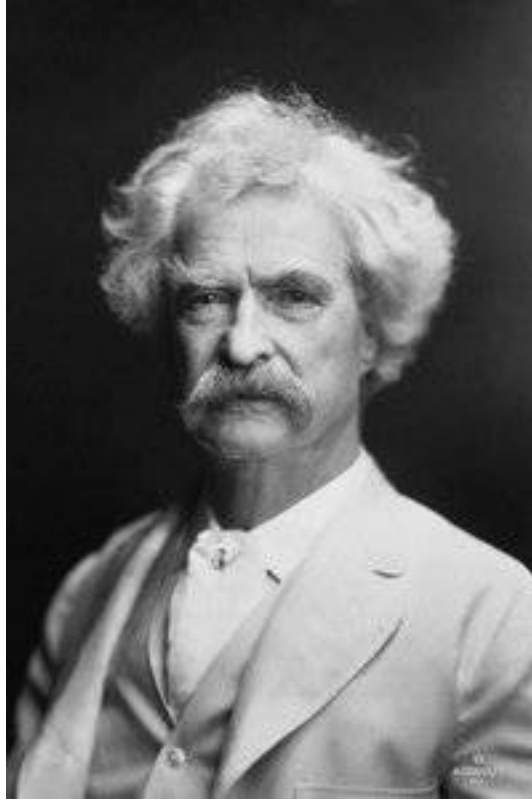
No puedo hallar defecto alguno en la forma en la que se gestionó nuestra excursión. Se llevó a cabo el programa completo: algo que me sorprendió, porque estas grandes iniciativas suelen prometer mucho más de lo que luego ofrecen. No estaría mal que semejante excursión pudiera organizarse todos los años y el sistema puesto en marcha de nuevo de forma regular. Viajar es nefasto para el prejuicio, la intolerancia y la estrechez de miras; y muchos de los nuestros lo necesitan desesperadamente por ese motivo. Un punto de vista caritativo, abierto y sano de los hombres y las cosas no se consigue vegetando toda nuestra vida en el mismo rincón de la tierra.

La Excursión ha terminado y ha ocupado su lugar entre las cosas que han sido. Pero sus variados escenarios y múltiples incidentes permanecerán, como algo bueno, en nuestros recuerdos durante muchos años. Siempre alzando el vuelo, como íbamos, parándonos tan sólo un momento para echar breves ojeadas a las maravillas de medio mundo, no podíamos pretender recibir o retener vívidas impresiones de todo lo que tuvimos la suerte de ver. Y sin embargo, nuestras vacaciones a la fuga no fueron en vano, porque por encima de la confusión de los recuerdos imprecisos, se imponen las imágenes más valiosas, que seguirán conservando su perfección de colores y formas aún después de que todo lo que las rodea se haya esfumado.

Recordaremos algo de la placentera Francia; y también algo de París, aunque pasó destellando por encima de nosotros como un meteoro espléndido, para luego desaparecer sin que supiéramos ni cómo ni dónde. Recordaremos, siempre, cómo vimos la majestuosa Gibraltar, ensalzada por el suntuoso colorido de una puesta de sol española, nadando en un mar de arcoiris. En nuestra imaginación volveremos a ver Milán, con su grandiosa catedral y su bosque de gráciles agujas de mármol. Y Padua, Verona, Como, enjoyada de estrellas; y la patricia Venecia, flotando en su laguna estancada, silenciosa, desolada, altanera —desdeñosa de su humilde situación—, envuelta en recuerdos de sus flotas perdidas, de batallas y triunfos, y todo el esplendor de una gloria ya desvanecida.

No podemos olvidar Florencia, Nápoles —ni el anticipo de los cielos que encontramos en el delicioso ambiente de Grecia—, y desde luego, tampoco Atenas y los templos derruidos de la Acrópolis. Y menos aún la venerable Roma, ni la verde llanura que la rodea, haciendo contrastar su alegría con la triste decadencia de la ciudad, ni los arcos en ruinas que se mantienen apartados en el llano y que cubren su deslucimiento de ventanas y curvas con vides. Recordaremos San Pedro: no como la vemos al caminar por Roma, cuando creemos que todas las cúpulas son iguales, sino como se ve a varias leguas de distancia, cuando todos los edificios más pequeños se han desvanecido y esa única cúpula emerge, soberbia, en el sonrojo del ocaso, plena de dignidad y gracia, tan bien perfilada como una montaña.

Recordaremos Constantinopla y el Bósforo; la colosal magnificencia de Baalbek; las pirámides de Egipto; la forma prodigiosa y el semblante bondadoso de la Esfinge; la oriental Esmirna; la sagrada Jerusalén; Damasco, la «perla del Oriente», el orgullo de Siria, el legendario Jardín del Edén, hogar de los príncipes y los genios de *Las mil y una noches*, la metrópolis más antigua de la tierra, la única ciudad del mundo entero que ha conservado su nombre y mirado, serena, adelante, mientras durante cuatro mil años los reinos e imperios han surgido, disfrutado de su breve ciclo de soberbia y boato, y han desaparecido para quedar, por siempre, olvidados.



MARK TWAIN, seudónimo de Samuel Langhorne Clemens, nació en Florida, Missouri, en 1835. Pasó su infancia y adolescencia en Hannibal, a orillas del río Misisipi. En 1861 viajó a Nevada como ayudante personal de su hermano, que acababa de ser nombrado secretario del gobernador. Más tarde, en San Francisco, trabajó en *The Morning Call*. En 1866 realizó un viaje de seis meses por las islas Hawái y al año siguiente embarcó hacia Europa. Resultado de este último viaje fue uno de sus primeros éxitos editoriales, *Inocentes en el extranjero*, publicado en 1869. En 1876 publicó su segunda obra de gran éxito, *Las aventuras de Tom Sawyer*, y en 1885 la que los críticos consideran su mejor obra, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Murió en 1910 en Redding, Connecticut.

# NOTAS

[1] Henry Ward Beecher (1813-1887) fue pastor Congregacionista, abolicionista y reformador social. Precisamente fue él quien recopiló la *Plymouth Collection of Hymns* a la que el autor hace mención unos párrafos antes. Era hermano de Harriet Beecher Stowe, la autora de *La cabaña del tío Tom*. (N. de la T.). <<



[2] El *reel* de Virginia es un baile popular norteamericano de ritmo muy vivo y que suele interpretarse a gran velocidad. Tiene sus orígenes en el *reel*, un tipo de danza similar originaria de Irlanda y Escocia. (N. de la T.). <<

[3] Trismo: contracción tetánica de los músculos maseteros que produce la imposibilidad de abrir la boca. (N. de la T.). <<

[4] Antiguo barco de guerra que, por sus características, resultaba muy útil para realizar operaciones militares cerca de la costa. (N. de la T.). <<

[5] El empedrado Russ se realizaba con unos bloques cuadrados (de unos 30 cm. de lado) de una sustancia dura fabricada con varios compuestos. En 1845 comenzó a ponerse en Broadway y parecía la solución a los problemas que surgían a la hora de pavimentar las grandes ciudades. Recibe el nombre de su fabricante, Horace P. Russ. (N. de la T.). <<

[6] Es una marcha que el ejército de la Unión hizo famosa durante la guerra civil norteamericana. Se compuso en honor de John Brown (1800-1859), célebre abolicionista. (N. de la T.). <<

[7] Sierra Carbonera, Cádiz. (N. de la T.). <<

[8] Obviamente la guarnición se componía de un único hombre. (N. de la T.). <<

[9] *The Solitude of Alexander Selkirk*, poema de William Cowper (1731-1800). Alexander Selkirk fue un marinero escocés que vivió cuatro años en una isla desierta. Se cree que sirvió de inspiración a Daniel Defoe para crear el personaje de Robinson Crusoe. (N. de la T.). <<



[10] Versos del poema histórico *Ivry*, escrito por Thomas Babington Macaulay (1800-1859), poeta, historiador y político británico. (N. de la T.). <<

[11] Siguen el principio de que es mejor que sufra un hombre inocente a que sufran quinientos. M. T. <<

[12] *The Lady of Lyons*, es el título de una obra de teatro (1838), escrita por Bulwer-Lytton (1803-1873), cuya protagonista es una dama francesa. Fue una de las obras de teatro más populares del siglo XIX. (N. de la T.). <<

[13] Denis Auguste Affre (1793-1848). (N. de la T.). <<

[14] Charles Blondin (1824-1897) seudónimo de Jean François Gravelet, funambulista y acróbata francés. Se hizo famoso cuando cruzó, sobre la cuerda floja, la garganta situada bajo las cataratas del Niágara. La distancia era de 335 metros, a 50 metros por encima de las aguas. Repitió su hazaña de varias maneras, una de ellas llevando sobre la espalda a su representante, Harry Colcord. (N. de la T.). <<

[15] Título de uno de los mejores poemas de Robert Burns (1759-1796). Lo escribió en 1791 utilizando una mezcla de inglés y dialecto escocés. Cuenta la historia de un hombre que se quedó demasiado tiempo en un *pub* y, al volver a su casa, presenció una visión terriblemente perturbadora. Burns también es autor del famoso «Auld Lang Syne», que en los países anglosajones se canta en Fin de año. (N. de la T.). <<

[16] Todos los nombres de los cócteles utilizados por el autor tienen otro significado en inglés, de ahí el desconcierto del camarero. Por ejemplo, *brandy smash* se traduciría, literalmente, por un puñetazo de *brandy*. (N. de la T.). <<

[17] En Francia, recibían este nombre las mujeres mantenidas por sus amantes, y que se dedicaban al ocio, al espectáculo y al placer. Se llamaban así por la iglesia de Notre Dame de Lorette, en París, cerca de la que vivían muchas de ellas. (N. de la T.).

<<



[18] 1 de julio de 1867. M. T. <<

[19] Juego de palabras intraducible. «Nasty», en inglés, significa «desagradable», «asqueroso». (N. de la T.). <<

[20] El Agujero negro de Calcuta era una pequeña mazmorra del Fuerte William, India, donde las tropas del nawab de Bengala encerraron a los prisioneros de guerra británicos después de la captura del Fuerte en 1756. Debido al poco espacio y al calor, la mayor parte de los allí encerrados murieron. Algunos historiadores opinan que ese episodio no existió, que fue inventado para manipular a la opinión pública de la época. (N. de la T.). <<

[21] *The Lady of Lyons*, es el título de una obra de teatro (1838), escrita por Bulwer-Lytton (1803-1873), cuya protagonista es una dama francesa. Fue una de las obras de teatro más populares del siglo XIX. (N. de la T.). <<

[22] James Fenimore Cooper (1789-1851), escritor norteamericano que en muchas de sus obras relató la vida de los pioneros y sus enfrentamientos con los indios. La más famosa es *El último mohicano*. (N. de la T.). <<

[23] Se trata del coronel J. Heron Foster, director de un periódico de Pittsburg, y caballero muy estimable. Mientras se preparan estas hojas para entrar en prensa, he conocido la triste noticia de su muerte, acaecida al poco de regresar a casa. M. T. <<

[24] Filipenses, 4: 7. (N. de la T.) <<

[25] Extracto de la obra *Italy*, escrita por el poeta y hombre de negocios inglés Samuel Rogers (1763-1855). (N. de la T.). <<



[26] Verso del poema Horatius, escrito por Thomas Babington Macaulay (1800-1859), poeta, historiador y político inglés. (N. de la T.). <<

[27] Edwin Forrest (1806-1872) actor nacido en Filadelfia. De él se dice que fue la primera estrella de los escenarios americanos. (N. de la T.). <<

[28] Verso del Canto IV del poema *Childe Harold's Pilgrimage*, de Lord Byron (1788-1824), en el que habla de Roma y de sus monumentos. (N. de la T.). <<

[29] Las comillas son mías. M. T. <<

[30] Xavier Jouvin (1801-1844. Guantero francés que, en 1838, convirtió el arte de hacer guantes en una industria, al inventar el troquel de corte. (N. de la T.). <<

[31] Nombre que el Capitán Cook le dio a las Islas Hawai al descubrirlas, en honor de uno de sus patrocinadores, John Montagu, cuarto Conde de Sándwich. Durante el siglo XIX, el nombre cayó en desuso. (N. de la T.). <<

[32] *Quaker City*, significa «ciudad cuáquer», en referencia a la comunidad religiosa del mismo nombre. (N. de la T.). <<

[33] Antiguo barrio marginal de Manhattan en el que las condiciones de salubridad eran pésimas. (N. de la T.) <<



[34] Véase la nota 15. (N. de la T.). <<

[35] *Rum Punch, Gin Sling y Eggnog*, distintos tipos de ponches y combinados realizados con alcohol. (N. de la T.). <<

[36] «*We that have free souls, it touches us not*». *Hamlet*, III-2. (N. de la T.). <<

[37] «*Come like shadows, so depart*». *Macbeth*, IV-1. (N. de la T.). <<

[38] Estrofa final del poema «The Day is Done», del poeta americano Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). (N. de la. T.). <<

[39] Disculpen la expresión: no hay otra palabra que lo describa mejor. M. T. <<

[40] Estrofa del poema «The Burial of Moses», escrito por Cecil Francés Alexander (1818-1895). (N. de la T.). <<

[41] Versos del poema «Casabianca» de Felicia Dorotea Hemans (1793-1835), poetisa de la escuela lakista. (N. de la T.). <<



[42] Fragmento de *Arabian Nights* (*Alf laylah wa laylah - Las mil y una noches*) en versión de Richard F. Burton (1821-1890). (N. de la T.) <<

[43] Calle que cruza, de este a oeste, la ciudad vieja de Damasco. Se menciona en la Biblia. Hechos de los Apóstoles 9: II. (N. de la T.). <<

[44] Hechos 9: 3-6. (N. de la T.). <<

[45] Yuba Dam es el nombre de un famoso campamento minero situado en California. Sus ruinas fueron destruidas por un incendio en 1906. (N. de la T.). <<

[46] La vía férrea ha sido completada, desde que fue escrito lo anterior. M. T. <<

[47] Isaías 32: 2. (N. de la T.). <<

[48] Población del condado de Onondaga, Nueva York. (N. de la T.). <<

[49] Nombre con el que el autor intenta ocultar una referencia muy crítica a William C. Prime (1825-1905) y a su obra *Tent Life in the Holy Land* (1857), título recomendado como lectura a los pasajeros del *Quaker City*. (N. de la T.). <<



[50] Josué, 11:4-5. (N. de la T.) <<

[51] Jueces, 4: 21. (N. de la T.). <<

[52] Jueces, 5: 24-27. (N. de la T.) <<

[53] Levítico, 26: 32-33. (N. de la T.). <<

[54] Lucas, 2: 14. (N. de la T.). <<

[55] Jack confunde *turtledove* (tórtola) con *turtle* (tortuga). El texto al que hace referencia es de El cantar de los cantares: «... y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola». (N. de la T.) <<

[56] Génesis, 33: 9. (N. de la T.) <<

[57] Comparo todos los lagos con el Tahoe, en parte porque estoy más familiarizado con él que con cualquier otro, y en parte porque lo admiro de tal forma y conservo tan buenos recuerdos de él, que casi me resulta imposible hablar de lagos sin mencionarlo. M. T. <<



[58] Véase nota 49. (N. de la T.). <<

[59] Otra vez utiliza un nombre falso (en esta ocasión sólo siglas) y hasta un título similar al de la obra original, para hacer referencia a William C. Prime y su *Tent Life in the Holy Land*. (N. de la T.). <<

[60] Edward Robinson(1794-1863), erudito especialista en la Biblia. Viajó a Palestina en 1838, y luego publicó *Biblical Researches in Palestine and Adjacent Countries*, que le valdría la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica en 1842. (N. de la T.). <<

[61] Se trata de una descripción ilustrada de Tierra Santa en la que el autor hace referencias directas a distintos pasajes bíblicos. William McClure Thompson (1806-1894) fue un clérigo y misionero presbiteriano. (N. de la T.). <<

[62] Texto que forma parte de los Ritos Masónicos de Segundo Grado. El acontecimiento se relata en el libro de los Jueces, 12. (N. de la T.) <<

[63] Isaías, 55: I. (N. de la T.). <<

[64] El barón de Münchhausen (1720-1797) fue un personaje real que contó de tal modo sus aventuras que acabó convertido en un personaje ficticio, epítome del mentiroso y del exagerado. (N. de la T.). <<

[65] Israel Putnam (1718-1790), general americano que se distinguió por su gran valor y sus hazañas durante la Guerra de la Independencia. (N. de la T.) <<



[66] «Koorbash es la palabra árabe que significa cuero, aunque en este caso sea de rinoceronte. Es el látigo más cruel que se conoce. Pesa como el plomo y es flexible como el caucho, suele medir un metro y se estrecha gradualmente, desde los dos o tres centímetros, hasta acabar en punta. Administra un golpe que *deja marca para siempre*». *Scow Life in Egypt*, del mismo autor. M. T. <<

[67] Aldea o grupo de chozas. Procede del español «campo». (N. de la T.). <<

[68] Lucas 7:12-16. (N. de la T.) <<

[69] En inglés *Digger Indians*. Término aplicado a los indios Paiute, debido al hecho de que excavaban la tierra en busca de raíces con las que complementar su dieta de maíz. Ahora se considera despectivo. (N. de la T.). <<

[70] II Reyes, 9: 35. (N. de la T.) <<

[71] Jueces 6:5. (N. de laT). <<

[72] II Reyes 6: 25. (N. de la T.). <<

[73] II Reyes 6: 26; 28-29. (N. de la T.). <<



[74] Josué, 24: 32. (N. de la T.). <<

[75] Mateo 27:54. (N. de la T.). <<

[76] Lucas 22:64. (N. de la T.) <<

[77] Saewulf vivió en el siglo XII y fue un anglosajón que formó parte de la Primera Cruzada y que relató la ruta que siguieron los cruzados. (N. de la T.). <<

[78] La idea es del Sr. Primes, no mía, y tiene mucho sentido común. La he tomado prestada de su *Tent Life*. M. T. <<

[79] Mateo 27: 25 (N. de la T.). <<

[80] Un peregrino me informa de que no eran David y Goliat, sino David y Saúl. Yo me atengo a mi propia afirmación: me lo dijo el guía, y él debería saberlo. M. T. <<

[81] Expresión que gusta mucho a los peregrinos. M. T. <<



[82] *On Jordan's Stormy Banks*, es uno de los himnos más famosos de Samuel Stennett (1727-1795), ministro baptista y compositor de himnos. (N. de la T.). <<

[83] Se refiere a John Milton (1608-1674), que alude a esta fruta en *El paraíso perdido*. (N. de la T.) <<

[84] Josué, 10:12. (N. de la T.). <<

[85] George J. Adams (1811-1880) era el líder de una secta cismática de los Mormones que quiso establecer una colonia de americanos en Palestina. Llegó a Jaffa con 156 seguidores, pero la experiencia fue un completo desastre, tal y como relata Mark Twain, llegando incluso a fallecer algunos de sus miembros. (N. de la T.). <<

[86] Fue un acto benéfico totalmente desinteresado; se hizo sin ostentación alguna y jamás ha sido mencionado en ningún periódico, creo. Por lo que resulta reconfortante saber ahora, varios meses después de que el texto anterior hubiese sido escrito, que otro hombre se llevó todo el mérito del rescate de los colonos. Así es la vida. M. T.

<<

[87] Me lo aseguraron a ciencia cierta. Sólo lo cuento como me lo contaron. Yo estoy dispuesto a creerlo. Me lo creo todo. M. T. <<

[88] Después fue regalada al Central Park. M. T. <<

[89] Baile para cuatro parejas, en cinco o seis movimientos. (N. de la T.). <<